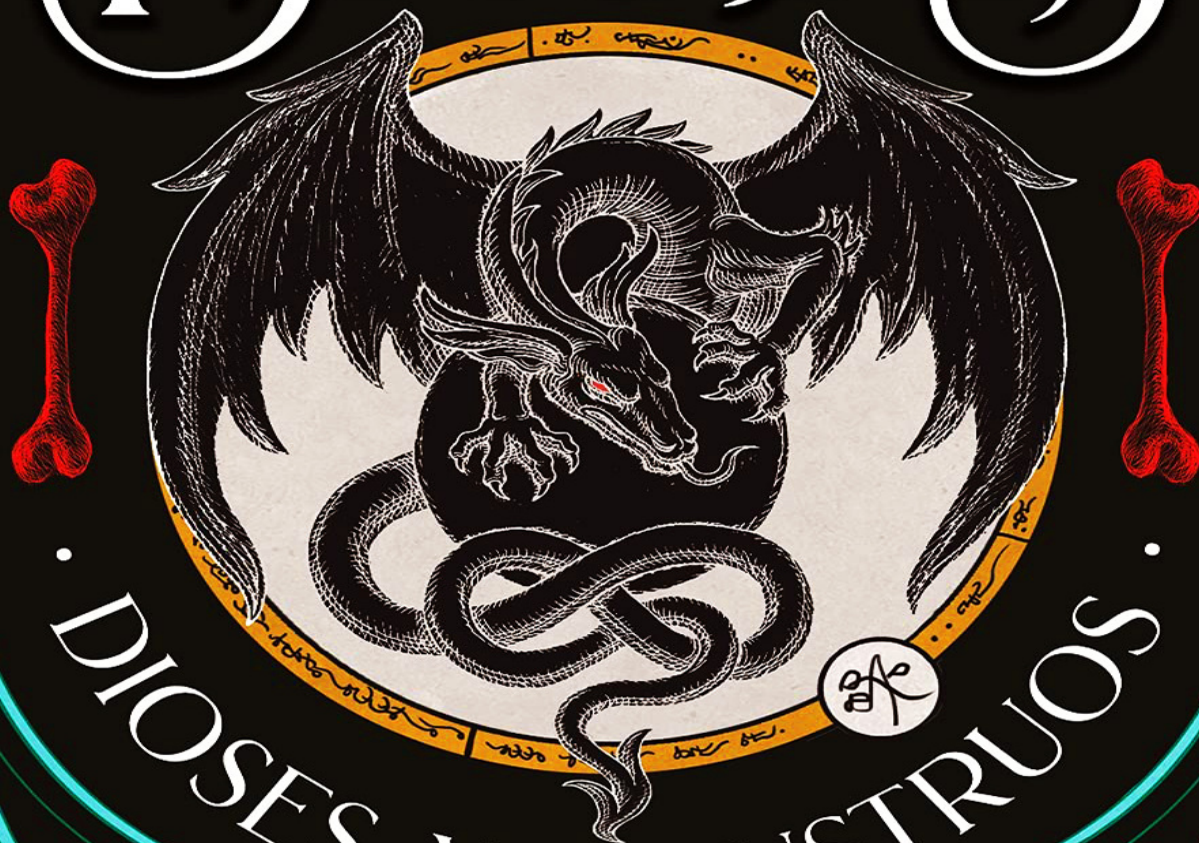


de
ASESINO
- de -
BRUJAS



• DIOSSES Y MONSTRUOS •

SHELBY
MAHURIN

El mal siempre busca un punto de apoyo. No debemos dárselos.

Después de una pérdida desgarradora, Lou, Reid, Beau y Coco están empeñados en vengarse más que nunca, y ninguno más que Lou.

Pero ella ya no es la Lou que creían conocer. Ya no es la Lou que cautivó el corazón de un *chasseur*. Una oscuridad se ha apoderado de ella, y esta vez hará falta más que el amor para expulsarla.



Shelby Mahurin

Dioses y Monstruos

Asesino de brujas - 3

ePub r1.1

Titivillus 02.05.2022

Título original: *Gods & Monsters*

Shelby Mahurin, 2021

Traducción: Guiomar Manso

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Dioses y Monstruos

Mapa

Primera Parte

Capítulo 1: Un nido de ratones

Capítulo 2: L'enchanteresse

Capítulo 3: Oscuridad mía

Capítulo 4: La llama de Coco

Capítulo 5: La petite larme

Capítulo 6: Una presencia insidiosa

Capítulo 7: Un juego de preguntas

Capítulo 8: Mi nombre es legión

Capítulo 9: El faro

Capítulo 10: El cauchemar

Capítulo 11: Ninguna rosa sin espinas

Segunda Parte

Capítulo 12: Muerte en las aguas

Capítulo 13: Un asesinato de cuervos

Capítulo 14: El dragón y su doncella

Capítulo 15: Letanía

Capítulo 16: Otra tumba

Capítulo 17: Un favor simple

Capítulo 18: Le Cœur brisé

Capítulo 19: La verdad de las aguas

Capítulo 20: Mathieu

Capítulo 21: Lo que es ahogarse

Capítulo 22: Lo que es nadar

Capítulo 23: El verso final

Capítulo 24: Otro patrón

Tercera Parte

Capítulo 25: La duda se cuela

Capítulo 26: Angélica

Capítulo 27: Mentira por omisión

Capítulo 28: Un nido de urraca

Capítulo 29: El lazo verde

Capítulo 30: El oráculo y el erizo de mar

Capítulo 31: El tono de azul más bonito

Capítulo 32: Palos y piedras

Capítulo 33: La apuesta

Capítulo 34: Agujeros en el tapiz

Capítulo 35: El país de las maravillas invernal

Capítulo 36: Cosas letales y preciosas

Capítulo 37: No me hagas preguntas

Capítulo 38: Verdad o reto

Capítulo 39: La resaca

Capítulo 40: La brecha

Capítulo 41: Hombres santos

Cuarta Parte

Capítulo 42: El aspecto de la felicidad

Capítulo 43: Llévame a la iglesia

Capítulo 44: La barriga de la bestia

Capítulo 45: Los siete

Capítulo 46: Nuestra historia

Capítulo 47: Confesional

Capítulo 48: Una sola chispa

Capítulo 49: Una lluvia de luz

Capítulo 50: La batalla final

Capítulo 51: Cuando interviene un dios

Capítulo 52: El abismo

Capítulo 53: Como empezamos

Capítulo 54: Termina con esperanza

Capítulo 55: La patisserie de pan

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

ASESINO
- de -
BRUJAS



SHELBY
MAHURIN

Para Jordan,
que más que amiga es una hermana.



BELTERRA

Chateau
le Blanc

El puente

L'Eau
Mélancolique

AMANDINE

Saint Loire

Domaine
les-Roses

La Forêt des Yeux

La Riviere des Dents

Beauchêne

CESARINE

Le Ventre

Gévaudan

La ciudad de
CESARINE

Soleil et Lune

Cementerio

Parque
Brindelle

Léviathan

Rio Doleur

Pâtisserie
de Pan

Catedral Saint
Cécille d' Cesarine

Mansión de
Tremblay



Castillo de
Cesarine

PRIMERA PARTE



Quand le chat n'est pas là, les souris dansent.
Cuando el gato no está, los ratones bailan.

PROVERBIO FRANCÉS

CAPÍTULO 1

UN NIDO DE RATONES



Nicholina

*Belladona, eufrasia, baya de arrayán,
colmillo de víbora y ojo de búho,
pizca de flora, pellizco de animal,
para vil posesión o propósito puro.*

*Icor de un amigo, icor de un contrario,
un alma negra como noche insondable,
pues en la oscuridad se halla el almarío
do surcan las ánimas lo inescrutable.*

El hechizo es familiar; oh, sí, muy familiar. Nuestro favorito. Ella nos deja leerlo a menudo. El grimorio. La página. El hechizo. Nuestros dedos repasan cada trazo de pluma, cada letra difuminada, y cosquillean con una promesa. La promesa de que jamás estaremos solos, y les creemos. Le creemos *a ella*. Porque no estamos solos, nunca estamos solos, y los ratones viven en nidos con cientos de otros ratones, con *muchísimos* ratones. Se refugian todos juntos para cuidar de sus crías, de sus hijos, y encuentran recovecos calientes y secos con mucha comida y magia. Encuentran rincones sin enfermedad, sin muerte.

Nuestros dedos se enroscan en torno al pergamino y dejan nuevas huellas.

Muerte. Muerte, muerte, *muerte*, nuestra amiga y enemiga, irremediablemente nos llega a todos.

Excepto a mí.

Los muertos han de olvidar. Cuidado con sueños que impidan dormir.

Ahora desgarramos el papel, lo rompemos en pedazos. En trocitos minúsculos. Se desperdigan como ceniza en la nieve. Como los recuerdos.

Los ratones se refugian todos juntos, sí; se mantienen a salvo y calientes los unos a los otros, pero cuando una cría de la camada enferma, los ratones se la comen. Oh, sí. Se la zampan entera, enterita, para alimentar a la madre, al nido. El último en nacer siempre está enfermo. Siempre es pequeño. Devoraremos a la ratoncita enferma, y ella nos alimentará.

Ella nos alimentará.

Acecharemos a sus amigos, sus *amigos* (un gruñido brota por mi garganta ante la palabra, ante la promesa vacía), y los alimentaremos hasta que estén gordos de aflicción y culpabilidad, de frustración y miedo. Allá donde vayamos, ellos nos seguirán. Y entonces los devoraremos a ellos también. Y cuando devolvamos a la ratoncita enferma a su madre en Château le Blanc, cuando su cuerpo se marchite, cuando *sangre*, su alma se quedará con nosotros para siempre.

Ella nos alimentará.

Jamás estaremos solos.

CAPÍTULO 2

L'ENCHANTERESSE



Reid

La neblina se extendió por el cementerio. Las lápidas, viejas y agrietadas, con sus nombres borrados hace mucho por los elementos, alanceaban el cielo desde donde estábamos, sobre el borde del acantilado. Incluso el mar en lo bajo estaba silencioso. En esta inquietante luz previa al amanecer, por fin comprendí la expresión *silencioso como una tumba*.

Coco se pasó una mano por los ojos cansados antes de señalar hacia la iglesia más allá de la neblina. Pequeña. De madera. Parte del tejado se había venido abajo. No se veía luz alguna a través de las ventanas de la rectoría.

—Parece abandonada.

—¿Y si no lo está? —Beau resopló mientras sacudía la cabeza, pero se paró con un bostezo—. Es una *iglesia* y nuestras caras están pegadas por todo Belterra. Incluso un párroco rural nos reconocerá.

—Muy bien. —Su voz cansada llevaba menos mordiente de lo que seguramente pretendía—. Duerme fuera con el perro.

Todos a la vez, nos giramos para mirar el espectral perro blanco que nos seguía. Había aparecido a las afueras de Cesarine, justo antes de que decidiéramos bordear la costa

en lugar de ir por la carretera. Todos habíamos visto lo suficiente de La Fôret des Yeux para una eternidad. Durante días, el perro nos había seguido, sin acercarse nunca tanto como para que lo tocáramos. Receloso, confuso, los *matagots* habían desaparecido poco después de su aparición. No habían vuelto. Tal vez el perro fuese un espíritu atormentado él mismo, un nuevo tipo de *matagot*. Tal vez fuese solo un mal presagio. Tal vez fuera por eso que Lou todavía no lo había bautizado.

La criatura nos miró, sus ojos eran un toque fantasmal sobre mi cara. Apreté la mano de Lou con más fuerza.

—Llevamos toda la noche andando. Nadie nos buscará dentro de una iglesia. Es tan buen sitio como cualquier otro para escondernos. Si *no está* abandonada —seguí hablando a pesar de que Beau había empezado a interrumpir— nos marcharemos antes de que nos vea nadie, ¿de acuerdo?

Lou le sonrió a Beau, con la boca muy abierta. Tan abierta que casi pude contar todos sus dientes.

—¿Tienes *miedo*?

—Después de los túneles —le dijo, tras lanzarle una mirada dubitativa—, tú también deberías tenerlo.

La sonrisa de Lou desapareció, y se notó cómo Coco se ponía tensa y apartaba la mirada. La tensión enderezó mi propia columna. Sin embargo, Lou no dijo nada más; se limitó a soltar mi mano y dirigirse hacia la puerta de la iglesia. Giró el picaporte.

—Abierta.

Sin decir una palabra, Coco y yo la seguimos a través del umbral. Beau se reunió con nosotras en el vestíbulo un momento después, mientras estudiaba la sala en penumbra con una suspicacia clara. Una gruesa capa de polvo cubría los candelabros. La cera que había goteado hasta el suelo de madera se había endurecido entre las hojas muertas y demás restos. Nos llegó una corriente de aire desde el

santuario un poco más allá. Sabía a salmuera. A descomposición.

—Joder, este lugar está encantado —susurró Beau.

—Ese lenguaje. —Fruncí el ceño en su dirección y entré en el santuario. Se me comprimió el pecho al ver los bancos destartalados. Las páginas rotas de los himnarios amontonadas en un rincón para pudrirse—. Esto fue un lugar sagrado en el pasado.

—No está encantado. —La voz de Lou resonó con eco en el silencio. Se detuvo detrás de mí para levantar la vista hacia la vidriera. La cara suave de santa Magdalena le devolvió la mirada. Era la santa más joven de Belterra; había sido venerada por la iglesia por regalarle a un hombre un anillo bendecido, por el cual su negligente esposa había vuelto a enamorarse de él y se había negado a separarse de su lado, incluso cuando su marido se embarcó en un peligroso viaje por el mar. Se había adentrado detrás de él en las olas y se había ahogado. Solo las lágrimas de Magdalena pudieron resucitarla—. Los espíritus no pueden vivir en suelo consagrado.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Beau, con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que *no* lo sabes tú? —replicó Lou.

—Deberíamos descansar. —Pasé un brazo en torno a los hombros de Lou y la conduje hasta un banco cercano. Estaba más pálida de lo habitual, con oscuras sombras bajo los ojos y el pelo enredado y despeinado por el viento después de varios días de duro viaje. Más de una vez, cuando ella creía que no la estaba mirando, había visto convulsionarse todo su cuerpo, como si luchara contra alguna enfermedad. No me sorprendería. Había sufrido mucho. Todos lo habíamos hecho—. Los aldeanos se despertarán pronto. Investigarán cualquier ruido extraño.

Coco se instaló sobre un banco, cerró los ojos y se echó la capucha de la capa por encima de la cabeza. Para no vernos.

—Alguien debería montar guardia.

Aunque abrí la boca para ofrecerme a hacerlo, Lou me interrumpió.

—Lo haré yo.

—No. —Negué con la cabeza, incapaz de recordar la última vez que Lou había dormido. Notaba su piel fría y pegajosa contra la mía. Si *de verdad* estaba luchando contra alguna enfermedad, necesitaba descansar—. Duerme tú. Yo vigilo.

Un sonido reverberó muy profundo en su cuello mientras ponía una mano sobre mi mejilla. Su pulgar rozó mis labios, se demoró ahí un poco. Igual que sus ojos.

—Preferiría mil veces vigilarte a ti. ¿Qué vería en tus sueños, Chass? ¿Qué oiría en tus...?

—Iré a ver si hay comida en la despensa —musitó Beau. Pasó por nuestro lado de mal modo y miró atrás para lanzarle a Lou una mirada de asco. Mi estómago gruñó mientras lo veía marchar. Tragué saliva e ignoré la punzada de hambre. La repentina y desagradable presión en mi pecho. Con suavidad, retiré la mano de Lou de mi mejilla y me quité el abrigo para dárselo a ella.

—Vete a dormir, Lou. Te despertaré al atardecer y podremos... —las palabras quemaron mi garganta—... podremos continuar.

Hacia el Château.

Hacia Morgane.

Hacia una muerte segura.

Lou había dejado bien claro que iría al Château le Blanc, la acompañáramos o no. A pesar de mis protestas, a pesar de recordarle *por qué* buscábamos aliados para empezar, por qué los *necesitábamos*, Lou seguía afirmando que podía

manejar a Morgane ella sola. *Ya oísteis a Claud.* Afirmaba que esta vez no dudaría. *Ella ya no puede tocarme.* Afirmaba que reduciría su hogar ancestral a cenizas, junto con toda su familia. *Construiremos uno nuevo.*

¿Un nuevo qué?, había preguntado yo con recelo.

Un nuevo todo.

Jamás la había visto actuar con una intensidad tan decidida. No. Obsesiva. La mayoría de los días, un brillo feroz iluminaba sus ojos, una especie de hambre salvaje, pero en otros, no los tocaba ninguna luz en absoluto. Esos días eran muchísimo peores. Se dedicaba a observar el mundo con una expresión aturdida, y se negaba a reconocerme a mí o a mis débiles intentos de consolarla.

Había solo una persona que podía hacer eso.

Y él ya no estaba.

Ahora tiró de mí para tumbarme a su lado, mientras me acariciaba el cuello casi sin pensar. Sus dedos fríos hicieron que un escalofrío bajara correteando por mi columna y sentí un repentino deseo de apartarme. Hice caso omiso. La sala se sumió en un silencio denso y pesado, excepto por los gruñidos de mi estómago. El hambre era una compañera constante esos días; ya ni siquiera recordaba la última vez que había comido hasta saciarme. ¿Con Troupe de Fortune? ¿En el Hueco? Al otro lado del pasillo, la respiración de Coco se hizo poco a poco más regular. Me concentré en el sonido, en las vigas del techo, más que en la piel gélida de Lou o en el dolor en mi pecho.

No obstante, pocos segundos después, unos gritos brotaron de la despensa y la puerta del santuario se abrió de par en par. Beau salió disparado y pasó como una exhalación hasta más allá del púlpito.

—¡Retirada! —Gesticuló como loco hacia la salida mientras yo me levantaba de un salto—. ¡Hora de irnos! Ahora mismo, *ahora mismo, vámonos...*

—¡Alto! —Un hombre encorvado con las vestiduras de un cura irrumpió en el santuario con un cucharón de madera en la mano. De él goteaba estofado amarillento. Como si Beau hubiese interrumpido su almuerzo de media mañana. Los trocitos de verduras desperdigados por la barba canosa y descuidada que ocultaba la mayor parte de su cara confirmaron mis sospechas—. He dicho que vuelvas *aquí*...

Frenó en seco y derrapó hasta pararse cuando nos vio al resto. Por instinto, me giré para esconder la cara entre las sombras. Lou se echó la capucha por encima de su pelo blanco y Coco se puso en pie, preparada para salir corriendo. Pero ya era demasiado tarde. Una chispa de reconocimiento iluminó sus ojos oscuros.

—Reid Diggory. —Me miró de arriba abajo, luego detrás de mí—. Louise le Blanc. —Incapaz de reprimirse, Beau se aclaró la garganta desde el vestíbulo y el cura lo miró unos instantes antes de soltar una risita burlona y sacudir la cabeza—. Sí, también sé quién eres tú, chico. *Y tú —añadió en dirección a Coco, cuya capucha todavía ocultaba su rostro entre las sombras. Como había prometido, Jean Luc había añadido su cartel de «se busca» al lado de los nuestros. Los ojos del cura se entornaron al percatarse de la daga que había desenvainado—. Guarda eso antes de que te hagas daño.*

—Sentimos haber entrado aquí sin permiso. —Levanté las manos en ademán de súplica, mientras fulminaba a Coco con la mirada a modo de advertencia. Salí al pasillo con disimulo, y empecé a dirigirme poco a poco hacia la salida. Detrás de mí, Lou hizo lo mismo—. No pretendíamos causar ningún daño.

El cura soltó un bufido desdeñoso, pero bajó el cucharón.

—Os habéis colado en mi casa.

—Es una iglesia. —La apatía restó énfasis a la voz de Coco, que dejó caer la mano como si de repente no fuese

capaz de soportar el peso de la daga—. No una residencia privada. Y la puerta no estaba cerrada con llave.

—Tal vez para tentarnos —sugirió Lou con un placer inesperado. Con la cabeza ladeada, contempló al cura fascinada—. Como una araña con su tela.

El ceño del cura se frunció ante el abrupto cambio de tema, al igual que el mío. La voz de Beau reflejó nuestra confusión.

—¿Qué?

—En las zonas más oscuras del bosque —explicó Lou, arqueando una ceja—, vive una araña que caza otras arañas. *L'Enchanteresse*, la llamamos. La hechicera. ¿No es así, Coco? —Coco no respondió, y Lou continuó hablando con decisión—. *L'Enchanteresse* se cuela en las telarañas de sus enemigos, tironea de sus hebras de seda y les hace creer que han atrapado a una presa. Cuando las arañas llegan para darse el festín, la hechicera ataca, envenenándolos despacio con su veneno singular. Los saborea durante días. De hecho, es una de las pocas criaturas del reino animal que disfruta infligiendo dolor.

La miramos todos con cara de pasmo. Incluso Coco.

—Eso es perturbador —comentó Beau al cabo de unos instantes.

—Es *inteligente*.

—No. —Beau hizo una mueca, la cara contorsionada—. Es *canibalismo*.

—Necesitábamos un sitio donde refugiarnos —intervine yo, con la voz un poco demasiado alta. Demasiado desesperada. El cura, que había estado observando cómo reñían con una expresión de desconcierto, se giró hacia mí—. No sabíamos que la iglesia estaba ocupada. Nos marcharemos de inmediato.

El hombre continuó mirándonos en silencio, el labio un poco retraído. El oro brotó ante mí en respuesta. Buscaba.

Tanteaba. Protegía. Hice caso omiso de su pregunta silenciosa. No necesitaría magia ahí. El cura blandía solo una cuchara. Aunque hubiese llevado una espada, las arrugas de su cara indicaban que era mayor. Añoso. A pesar de su altura, el tiempo parecía haber marchitado su musculatura y haber dejado a un anciano enclenque y larguirucho a su paso. Podíamos escapar de él sin problema. Agarré la mano de Lou para estar preparados, lancé un rápido vistazo a Coco y a Beau. Los dos asintieron una vez a modo de confirmación.

Con el ceño fruncido, el cura levantó el cucharón como para detenernos, pero en ese momento una nueva oleada de hambre atacó mi estómago. Su gruñido retumbó por toda la sala como un terremoto. Imposible de ignorar. Los ojos del cura se tensaron. En el silencio subsiguiente, apartó la vista de mí para mirar ceñudo a santa Magdalena.

—¿Cuándo comisteis por última vez? —preguntó a regañadientes después de otro segundo.

No respondí, pero noté que el calor trepaba por mis mejillas.

—Nos marcharemos de inmediato —repetí.

—Eso no es lo que os he preguntado —respondió, mirándome a los ojos.

—Hace... unos cuantos días.

—¿Cuántos días?

—Cuatro —contestó Beau por mí.

Otro retumbar de mi estómago rompió el silencio. El cura sacudió la cabeza.

—Y... ¿cuándo dormisteis por última vez? —preguntó, con aspecto de querer tragarse el cucharón entero.

Una vez más, Beau dio la impresión de no poder reprimirse.

—Echamos una cabezada en los barcos de unos pescadores hace un par de noches, pero uno de ellos nos

pilló antes del amanecer. Intentó atraparnos en su red, el muy idiota.

Los ojos del cura saltaron hacia las puertas del santuario.

—¿Podría haberos seguido hasta aquí?

—Acabo de decir que era idiota. Reid lo atrapó a él en la red.

Esos ojos encontraron los míos otra vez.

—No le hicisteis daño. —No fue una pregunta. No la respondí. En vez de eso, apreté más la mano en torno a la de Lou y me preparé para huir. Ese hombre, ese hombre *santo*, pronto daría la alarma. Teníamos que poner kilómetros de distancia antes de que llegara Jean Luc.

Lou no parecía compartir mi preocupación.

—¿Cómo se llama, clérigo? —preguntó con curiosidad.

—Achille. —Volvió a fruncir el ceño—. Achille Altier.

Aunque el nombre me sonaba, no pude ubicarlo. A lo mejor había viajado alguna vez a la *Cathédral Saint-Cécile d’ Cesarine*. A lo mejor lo había conocido cuando estaba bajo juramento como *chasseur*. Lo miré con suspicacia.

—¿Por qué no ha llamado ya a los cazadores, padre Achille?

De pronto parecía muy incómodo. Sus hombros irradiaban tensión cuando bajó la vista hacia su cucharón.

—Deberíais comer —dijo con brusquedad—. Hay estofado en la trascocina. Debería haber suficiente para todos.

Beau no lo dudó ni un instante.

—¿De qué tipo? —Cuando le lancé una mirada furibunda, él se encogió de hombros—. Podría haber despertado a todo el pueblo en cuanto nos reconoció...

—Todavía podría —le recordé, la voz dura.

—... y mi estómago está a punto de comerse a sí mismo —terminó—. El tuyo también, por cómo suena. Necesitamos comida. —Sorbió por la nariz y se volvió hacia el padre

Achille—. ¿Su estofado lleva patatas? —le preguntó—. No soy partidario de ellas. Es una cuestión de textura.

El cura entornó los ojos e hizo un gesto brusco con el cucharón hacia la trascocina.

—Sal de mi vista, chico, antes de que cambie de opinión.

Beau agachó la cabeza en señal de derrota y pasó corriendo por delante de nosotros. Lou, Coco y yo, sin embargo, no nos movimos. Intercambiamos miradas de recelo. Después de un largo momento, el padre Achille soltó un suspiro.

—También podéis dormir aquí. Solo hoy —añadió con irritación—, siempre y cuando no me molestéis.

—Es domingo por la mañana. —Coco se quitó la capucha por fin. Tenía los labios agrietados, la cara demacrada—. ¿No deberían venir los aldeanos a misa en un rato?

El cura soltó una risa desdeñosa.

—No he celebrado misa desde hace años.

Un cura solitario. Por supuesto. El triste estado de la capilla tenía sentido ahora. Antaño, habría sentido desdén por este hombre, por su fracaso como líder religioso. Por su fracaso como hombre. Le habría echado en cara que hubiese dado la espalda a su vocación. A Dios.

Cómo habían cambiado los tiempos.

Beau reapareció con un bol de cerámica y se apoyó de manera casual contra el marco de la puerta. El vapor del estofado ondulaba en torno a su cara. Cuando mi estómago volvió a retumbar, esbozó una sonrisita.

—¿Por qué querría ayudarnos, padre? —pregunté con los dientes apretados.

A regañadientes, los ojos del cura recorrieron mi cara pálida, la espeluznante cicatriz de Lou, la expresión embotada de Coco. Los profundos huecos de debajo de nuestros ojos y el perfil demacrado de nuestras mejillas.

Después, apartó la mirada y fijó la vista en el aire vacío por encima de mi hombro.

—¿Y eso qué importa? Vosotros necesitáis comida. Yo tengo comida. Necesitáis un sitio donde dormir. Yo tengo bancos vacíos.

—La mayoría del clero no nos acogería.

—La mayoría del clero no acogería a su propia madre si fuese una pecadora.

—No. Pero la quemarían si fuese una bruja.

Achille arqueó una ceja sardónica.

—¿Eso es lo que buscas, chico? ¿La hoguera? ¿Quieres que os inflija vuestro castigo divino?

—Creo —apuntó Beau desde la puerta—, que solo está diciendo que *usted* pertenece al clero... a menos que en realidad sea usted el pecador de esta historia. ¿No es bienvenido entre sus compañeros, padre Achille? —Lanzó una mirada significativa al ruinoso entorno—. Aunque odio llegar a conclusiones precipitadas, seguro que si no fuese así, nuestros adorados patriarcas hubiesen enviado a alguien a arreglar este antro.

Los ojos de Achille se oscurecieron.

—Vigila tu tono.

Intervine antes de que Beau pudiese provocarlo más. Abrí los brazos a los lados. De incredulidad. De frustración. De... todo. Se me hizo un nudo de tensión en la garganta ante la inesperada amabilidad de este hombre. No tenía sentido. No podía ser real. Por horrible que fuese la imagen que nos había pintado Lou, una araña caníbal que nos engañara para caer en su red parecía algo más probable que un cura que nos ofreciera santuario.

—Sabe quiénes somos. Sabe lo que hemos hecho. Sabe lo que sucederá si lo pillan dándonos refugio.

El cura me estudió durante un buen rato; su expresión era inescrutable.

—Entonces, hagamos lo posible por que no nos pillen.

Con un sonoro bufido de indignación, se dirigió a la puerta de la trascocina. En la puerta, sin embargo, hizo una pausa y miró el bol de Beau. Lo agarró en un santiamén, ignoró las protestas de Beau y me lo plantó delante.

—Sois solo unos críos —musitó, sin mirarme a los ojos. Cuando mis dedos se cerraron alrededor del bol, al tiempo que mi estómago daba un doloroso retortijón, lo soltó. Se recolocó las vestiduras. Se frotó el cuello. Asintió en dirección al estofado.

—Frío no estará ni la mitad de bueno.

Entonces dio media vuelta y salió de la sala con paso airado.

CAPÍTULO 3

OSCURIDAD MÍA



Lou

Oscuridad.

Lo rodea todo. Me envuelve a mí, me restringe, presiona contra mi pecho, mi cuello, mi lengua, hasta que se *convierte* en mí. Atrapada dentro de su ojo, ahogándome en sus profundidades, me encojo sobre mí misma hasta que ya no existo en absoluto. Yo soy la oscuridad. Esta oscuridad, mía.

Duele.

No debería sentir dolor. No debería sentir nada. Soy informe y sin hacer, una mota en toda la Creación. Sin forma. Sin vida ni pulmones ni extremidades que controlar. No puedo ver, no puedo respirar, pero aun así, la oscuridad... ciega. La presión ahoga, asfixia, aumenta a cada segundo que pasa hasta que me raja de arriba abajo. Pero no puedo gritar. No puedo pensar. Solo puedo escuchar... no, *sentir*... una voz que proviene de las sombras. Una voz preciosa, terrible. Serpentea a mi alrededor, en mi *interior*, y susurra con dulzura. Promete olvido. Promete respiro.

Ríndete, me sugiere con voz melosa, *y olvida. Deja de sentir dolor.*

Por un momento, o un millar de momentos, vacilo, lo pienso. Rendirme y olvidar me tienta más que resistir y recordar. Soy débil y no me gusta el dolor. La voz es tan bonita, tan tentadora, tan fuerte, que casi dejo que me consuma. Y aun así... no puedo. Si lo dejo todo, perderé algo importante. A *alguien* importante. No puedo recordar quién es.

No recuerdo quién soy *yo*.

Eres la oscuridad. Las sombras se cierran a mi alrededor y yo me encojo aún más. Un grano de arena debajo de unas olas negras infinitas. *Esta oscuridad es tuya*.

Sigo ahí aferrada.

CAPÍTULO 4

LA LLAMA DE COCO



Reid

Coco se apoyó contra la lápida a mi lado. Una estatua de santa Magdalena ajada por los elementos se alzaba sobre nosotros, su rostro de bronce envuelto en sombras bajo la gris luz del crepúsculo. Aunque hacía mucho rato que había cerrado los ojos, Coco no dormía. Tampoco hablaba. Se limitaba a frotar una cicatriz de la palma de su mano con el pulgar contrario, una y otra vez hasta que la piel estaba irritada. Dudaba de que lo notara. Dudaba de que notara nada.

Coco me había seguido al cementerio después de que Lou hubiera registrado la despensa en busca de carne roja, insatisfecha con el pescado que el padre Achille había preparado para cenar. No había nada inherentemente equivocado en la manera en que Lou había atacado la ternera, aunque el corte no hubiese estado del todo cocinado. Hacía días que estábamos hambrientos. Nuestro desayuno de estofado y el almuerzo con pan duro y queso no habían mitigado nuestra hambre. Y aun así...

Se me contrajo el estómago sin explicación.

—¿Está embarazada? —preguntó Coco después de un buen rato. Abrió los ojos y giró la cabeza para mirarme—.

Dime que habéis tenido cuidado —dijo, su tono neutro—. Dime que no tenemos otro problema.

—Sangró hace dos semanas y, desde entonces, no hemos... —Me aclaré la garganta.

Coco asintió y levantó la barbilla hacia el cielo una vez más. Cerró los ojos con un gran suspiro.

—Bien.

La miré. Aunque no había llorado desde La Mascarade des Crânes, sus párpados seguían hinchados. Restos de kohl todavía salpicaban sus mejillas. Churretones de lágrimas.

—¿Estás...? —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Tosí para aclararla y lo volví a intentar—. He visto una bañera dentro, por si quisieras darte un baño.

Sus dedos se cerraron en torno al pulgar ante mis palabras, como si todavía pudiera sentir la sangre de Ansel sobre sus manos. Aquella noche, las había frotado en el Doleur hasta dejarlas casi en carne viva. Había quemado su ropa en el Léviathan, la posada donde las cosas se habían torcido tantísimo.

—Estoy demasiado cansada —murmuró al fin.

El familiar dolor de la pena subió por mi garganta, quemándome. Demasiado familiar.

—Si necesitas hablar sobre ello...

—No somos amigos —sentenció, sin abrir los ojos.

—Sí lo somos.

Cuando no contestó giré la cabeza, haciendo un esfuerzo para no poner mala cara. Perfecto. Coco no quería tener esa conversación. Yo tenía aún menos ganas que ella. Crucé los brazos para protegerme del frío, y acababa de acomodarme para una larga noche de silencio cuando la expresión fiera de Ansel apareció detrás de mis párpados. Su convicción fiera. *Lou es mi amiga*, me había dicho una vez. Él había estado dispuesto a seguirla a Château le Blanc antes que

yo. Él había guardado los secretos de Lou. La había ayudado a cargar con sus problemas.

La culpabilidad me alanceó. Cortante y afilada.

Le gustara o no, Coco y yo éramos amigos.

Sintiéndome bastante estúpido, me obligué a hablar.

—Todo lo que digo es que cuando el arzobispo falleció, hablar de ello me ayudó. Hablar de él. Así que... —Me encogí de hombros un poco tieso, el cuello caliente. Los ojos ardiendo—. Si necesitas... hablar de ello... puedes hablar conmigo.

Ahora sí que abrió los ojos.

—El arzobispo era un capullo pervertido, Reid. Comparar a Ansel con él es una vileza.

—Sí, bueno... —Le lancé una mirada elocuente—. No siempre podemos elegir a quién querer.

Bajó la vista al instante y, para mi vergüenza, le tembló el labio.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—Claro que sí —replicó con un asomo de su antigua fuerza. El fuego iluminó sus facciones—. Sé que no es mi culpa. Ansel me quería y... y solo porque yo no lo quería del mismo *modo* no significa que lo quisiera menos. Desde luego que lo quería más que *tú*. —A pesar de su afirmación acalorada, se le quebró la voz al decir esto último—. Así que puedes llevarte tus consejos y tu condescendencia y tu *compasión*, y puedes metértelos por el culo. —Mantuve una expresión impasible, no pensaba levantarme. Coco podía atacar todo lo que quisiera. Yo podía encajarlo. Se levantó de un salto y me señaló con un dedo—. Y no me voy a quedar aquí sentada para dejar que me *juzgues* por... por... —Su pecho se hinchó con una respiración temblorosa y una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Cuando cayó entre nosotros y chisporroteó sobre la nieve, todo su cuerpo

pareció hundirse—. Por algo que yo no podía evitar — terminó, tan bajito que casi no la oí.

Despacio, incómodo, me levanté para ponerme a su lado.

—No te estoy juzgando, Coco. Y tampoco te compadezco. —Cuando soltó una risa burlona, negué con la cabeza—. No lo hago. Ansel también era mi amigo. Su muerte no fue culpa tuya.

—Ansel no es el único que murió esa noche.

Juntos, contemplamos la fina voluta de vapor que subía flotando desde su lágrima.

Después miramos al cielo.

El humo ocultaba el sol del atardecer, oscuro y ominoso por encima de nosotros. Denso. Debería ser imposible. Llevábamos varios días de viaje. Los cielos de la zona, a muchos kilómetros de Cesarine (donde el humo aún brotaba de bocas de túneles, de la catedral, las catacumbas, el castillo, de los cementerios, posadas y callejones), deberían haber estado despejados. Sin embargo, las llamas de debajo de la capital no procedían de un simple fuego. Era fuego negro, antinatural e interminable, como nacido de las entrañas del infierno mismo.

Era el fuego de Coco.

Un fuego con humo para envolver un reino entero.

Ardía más caliente que una llama normal, con lo que asoló tanto los túneles como a las pobres almas atrapadas en su interior. Peor aún, según el pescador que nos había abordado (un pescador cuyo *hermano* resultó ser un novicio de los *chasseurs*), nadie podía apagar el fuego. El rey Auguste lo había contenido solo a base de apostar a un cazador en cada entrada. Sus Balisardas impedían que el incendio se propagase.

Parecía que La Voisin había dicho la verdad. Cuando la llevé a un lado en el Léviathan, antes de que huyera al bosque junto con sus *Dames rouges* sobrevivientes, su

advertencia había sido clara: *El fuego arrecia con su pena. No parará hasta que lo haga ella.*

Toulouse, Thierry, Liana y Terrance estaban atrapados en esos túneles.

—Sigue sin ser culpa tuya, Coco.

Su rostro se contorsionó mientras contemplaba la estatua de santa Magdalena.

—Mis lágrimas iniciaron el fuego. —Se sentó de golpe y dobló las piernas para pegar las rodillas al pecho. Pasó los brazos alrededor de sus espinillas—. Están todos muertos por mi culpa.

—No están todos muertos. —Al instante, mi mente saltó hacia *madame* Labelle. A sus cadenas de cicuta, su húmeda celda en la prisión. A los duros dedos del rey sobre su barbilla. Sus labios. La ira hizo arder mi sangre. Y aunque me hacía despreciable, también sentí alivio. Debido al fuego de Coco, el rey Auguste, mi *padre*, tenía cosas más importantes de las que encargarse que de mi madre.

—Por el momento —afirmó Coco, como si me hubiese leído los pensamientos.

Mierda.

—Tenemos que regresar —dije muy serio, mientras el viento aumentaba a nuestro alrededor. Me imaginé el olor a cuerpos carbonizados en el humo, la sangre de Ansel en el suelo. Aun armados con las *Dames rouges* y los *loup garous*, aun armados con el *Woodwose*, el ser del bosque, habíamos perdido de todos modos. Una vez más, me sorprendí por la absoluta absurdidad de nuestro plan. Morgane nos asesinaría si marcháramos solos contra el Château—. Lou no quiere escucharme, pero quizá te escuche *a ti*. Deveraux y Blaise se quedaron atrás para buscar a los otros. Podemos ayudarlos, y después podemos...

—No los van a encontrar, Reid. Ya te lo he dicho. Todo el que haya quedado en esos túneles está muerto.

—Los túneles ya han cambiado antes —repetí, por décima vez o más. Me devané los sesos en busca de algo, cualquier cosa o persona que hubiese podido pasar por alto en nuestras discusiones previas sobre el tema. Si convencía a Coco, ella podría convencer a Lou. Estaba seguro—. A lo mejor han vuelto a cambiar. A lo mejor Toulouse y Thierry están atrapados en un pasadizo seguro, a salvo y de una pieza.

—Y a lo mejor Liana y Terrance se convierten en gatos domésticos cuando haya luna llena. —Coco no se molestó en levantar la cabeza, su voz sonó peligrosamente apática una vez más—. Olvídalo, Reid. Lou tiene razón. Esto tiene que terminar. Su forma de hacerlo es tan buena como cualquier otra; mejor, incluso. Al menos avanzamos.

—Entonces, ¿cuál era el *objetivo* de reunir aliados? —Hice un esfuerzo por evitar que se me notara la frustración en la voz—. No podemos matar a Morgane nosotros solos.

—Está claro que tampoco podemos matarla con aliados.

—¡Bueno, pues encontramos otros nuevos! Volvemos a Cesarine y planeamos una estrategia con Deveraux...

—Y *exactamente* ¿qué es lo que esperas que haga? ¿Quiénes son estos misteriosos aliados que esperas encontrar? ¿Qué va a hacer Claud... hacerlos crecer en los árboles y ya está? —Endureció la mirada—. No pudo salvar a Ansel en La Mascarade des Crânes. Ni siquiera pudo salvar a su *propia* familia, lo cual significa que tampoco puede ayudarnos a nosotros. No puede matar a Morgane. Afróntalo, Reid. Este es el camino que tenemos por delante. No podemos registrar Cesarine en busca de fantasmas.

Relajé la mandíbula. Noté que el calor trepaba por mi garganta. No sabía qué hacer.

—Mi madre no es un fantasma.

—Tu madre puede cuidar de sí misma.

—Su *vida*...

—... depende por completo de lo bien que sepa mentir.

Beau vino paseando hacia nosotros con ademán casual. Señaló con un dedo perezoso al cielo lleno de humo.

—Nuestro padre estará desesperado por apagar este fuego, aunque deba reclutar a una bruja para hacerlo. Mientras las nubes cuelguen de manera bastante literal por encima de nuestras cabezas, tu madre está a salvo. Perdón por haber escuchado vuestra conversación, por cierto —añadió—. Quería saber si os habíais fijado en mi nueva barba. —Hizo una pausa—. Además, Lou no ha parpadeado en la última media hora.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—No ha parpadeado —repitió. Se dejó caer al suelo al lado de Coco y levantó una mano hacia la nuca de la chica. Sus dedos empezaron a darle un suave masaje—. Ni una sola vez. Se ha pasado los últimos treinta minutos mirando la vidriera en silencio. Es desagradable. Ha conseguido incluso asustar al cura y hacer que se marchara.

—¿Has cronometrado sus parpadeos? —La inquietud empezó a hacerse un nudo en mi estómago.

—¿Tú no? —Beau arqueó una ceja, incrédulo—. Es *tu* mujer... o amiga, o amante, o como que sea que hayáis decidido llamaros. Está claro que hay algo mal en ella, hermano.

El viento aumentó a nuestro alrededor. El perro blanco reapareció por un lado de la iglesia. Pálido y espectral. Silencioso. Observador. Me forcé a ignorarlo, a centrarme en mi hermano y sus estúpidas observaciones.

—Y no tienes barba —le dije irritado, mientras gesticulaba hacia su barbilla desnuda—, si es que estamos hablando de cosas obvias. —Miré a Coco, que todavía escondía la cara entre sus rodillas—. Cada uno llora sus penas de manera diferente.

—Te digo que esto va más allá de lo *diferente*.

—¿Quieres llegar a alguna parte? —Lo miré, furioso—. Todos sabemos que ha sufrido... cambios recientes. Pero sigue siendo Lou. —Sin querer, volví a mirar al perro. Él me miraba con una quietud sobrenatural. Ni siquiera el viento despeinaba su pelo. Me puse de pie, levanté una mano y silbé bajito—. Ven, chico. —Di un paso hacia él. Luego varios más. El perro no se movió—. ¿Le ha puesto nombre ya? —musité en dirección a Beau y Coco.

—No —dijo Beau con énfasis—. Ni siquiera ha dado muestras de saber que existe, dicho sea de paso.

—Te estás obsesionando.

—Tú estás evitando ver la realidad.

—Y sigues sin tener barba.

Se llevó una mano a su rostro lampiño.

—Y *tú* sigues sin tener...

Pero se calló cuando varias cosas sucedieron al mismo tiempo. El viento arreció de pronto a la vez que el perro daba media vuelta y desaparecía entre los árboles. Un «¡Cuidado!» en tono alarmado cortó el aire, la voz familiar, *demasiado* familiar, y enfermizamente fuera de lugar entre el humo y las sombras. Todo ello seguido del chirrido ensordecedor del metal al romperse. Al unísono, levantamos la vista horrorizados. Demasiado tarde.

La estatua de santa Magdalena se partió por la cintura y el busto cayó empujado por el viento hacia Beau y Coco. Ella lo agarró del brazo con un chillido, en un intento de arrastrarlo fuera del camino, pero sus piernas...

Me lancé hacia delante, le hice un placaje a la estatua en el aire y me estampé contra el suelo justo cuando Coco y Beau retiraban los pies a toda prisa. El tiempo se detuvo durante un segundo. Beau comprobó que Coco estaba bien; ella cerró los ojos y se estremeció con un sollozo. Con una mueca por el dolor en mi costado, intenté recuperar la respiración, sentarme... para...

No.

Olvidando el dolor, di media vuelta y me apresuré a levantarme para enfrentar a la recién llegada.

—Hola, Reid —susurró Célie.

Con la cara blanca y temblando, sujetaba una bolsa de cuero contra su pecho. Su piel de porcelana estaba cubierta de cortecitos superficiales y arañazos, y los bajos de su vestido colgaban andrajosos alrededor de sus pies. Seda negra. Lo reconocí del funeral de Filippa.

—Célie. —La miré durante unos instantes, incapaz de creer lo que veía. No podía estar aquí. No podía haber cruzado todo ese campo solo con pantuflas y un vestido de seda. Pero ¿cómo explicar su presencia, si no? No podía ser que hubiese simplemente *sucedido* en ese sitio exacto, en ese momento exacto. Debía... debía de habernos seguido. *Célie*. La realidad de la situación me golpeó de lleno y la agarré de los hombros mientras me resistía a la tentación de sacudirla, abrazarla, regañarla. Mi pulso atronaba en mis oídos—. ¿Qué *demonios* estás haciendo aquí? —Cuando retrocedió, con la nariz arrugada, dejé caer las manos y me tambaleé hacia atrás—. Lo siento. No pretendía...

—No me has herido. —Sus ojos, muy abiertos, asustados, bajaron hacia mi camisa. Con un poco de retraso, me di cuenta del líquido oscuro que la impregnaba. Metálico. Viscoso. La tela de debajo estaba pegada a mi piel. Fruncí el ceño—. Es solo que estás... bueno, estás cubierto de sangre.

Perplejo, me giré un poco y levanté mi camisa para examinarme las costillas. El leve dolor de mi costado parecía más un moratón que una herida.

—Reid —dijo Beau con brusquedad.

Algo en su voz interrumpió mis movimientos. Despacio, seguí la dirección de su dedo hacia donde santa Magdalena yacía en la nieve.

Hacia donde unas lágrimas de sangre rodaban por sus mejillas.

CAPÍTULO 5

LA PETITE LARME



Reid

Después de un momento de conversar preocupadamente en susurros, como si la estatua pudiera oírnos, nos retiramos a la seguridad del santuario.

—Ha sido ese maldito perro —dijo Beau, mientras se instalaba en el banco al lado de Coco. Cerca del púlpito, Lou se levantó. La luz de las velas iluminaba la mitad de su cara y sumía el resto en sombras. Un escalofrío recorrió mi columna ante esa imagen infernal, como si Lou estuviese cortada en dos. Parte Lou y parte... otra cosa. Algo oscuro.

Frunció el ceño. Sus ojos saltaban alternativamente de Célie a mí.

—¿Qué es esto?

—*Esto* —dije, en un tono más áspero de lo que pretendía, al tiempo que me giraba hacia Célie—, no es nada. Se va a casa por la mañana.

Célie levantó la barbilla. Apretó las manos en torno a la correa de su bolsa de cuero. Temblaban un poco.

—De eso nada.

—Célie. —Exasperado, la conduje al banco al lado de Lou, que no hizo ni ademán de saludarla. Qué raro. Creía que habían forjado un vínculo después de lo que habían vivido en La Mascarade des Crânes—. Acabas de ver lo peligroso

que es estar aquí. Todo el mundo en este reino quiere vernos muertos.

—Yo no quiero vernos muertos. —Beau cruzó los tobillos en el banco, las piernas estiradas por delante de él. Pasó un brazo por encima de los hombros de Coco. Cuando sus ojos se posaron en Célie, esta se sonrojó—. Por cierto, gracias por el aviso, *mademoiselle* Tremblay. Parece que todos los demás han olvidado sus modales. Terrible, en realidad. Esa estatua nos hubiese aplastado, de no haber sido por ti.

—¿Estatua? —preguntó Lou.

—La estatua del cementerio... se cayó —murmuré. No mencioné lo de las lágrimas.

Célie, aún sonrojada por el sentido agradecimiento de Beau, nos ignoró a los dos e hizo una profunda genuflexión.

—Al... alteza. Solo ellos han olvidado sus modales. Por favor, perdonadme.

Beau arqueó una ceja, me sonrió por encima de la cabeza agachada de Célie.

—Me gusta. —Se volvió hacia Célie—. Tutéame, por favor.

Coco se puso la capucha para esconder la cara. Aunque no se acurrucó entre los brazos de Beau, tampoco se inclinó en dirección contraria.

—No debería estar aquí.

—Es ese perro —insistió Beau con énfasis—. Vaya donde vaya, ocurre una catástrofe. También estaba presente cuando ese pescador intentó ahogarnos.

Célie frunció el ceño.

—Pero el pescador no... —Al percatarse de nuestras miradas, cerró la boca de golpe y se puso aún más roja. Levantó un hombro con delicadeza—. El barco volcó a causa de una ola. ¿No os acordáis?

—¿Nos has estado *siguiendo*? —preguntó Lou.

Célie se negaba a mirarnos.

Me dejé caer en un banco y apoyé los antebrazos en mis rodillas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Célie?

—Yo... —Su expresión abierta, dolorosamente vulnerable. Miró de Lou a Beau y a Coco, antes de fijar los ojos en mí—. Me gustaría ayudar.

—Ayudar —repitió Lou, burlona. Célie frunció el ceño al oír su tono.

—Creo... que tengo recursos que podrían beneficiar al grupo en su búsqueda de M... M... —Volvió a interrumpirse, pero levantó más su bolsa de cuero y cuadró los hombros—. En su búsqueda de *La Dame des Sorcières*.

—Ni siquiera eres capaz de decir su nombre —musité, frotando mis sienes.

—No necesito decir su nombre para matarla.

Matarla.

Dios mío.

Una risa inesperada provino de Lou, que sonrió de oreja a oreja y levantó las manos para dar una palmada. Dos. Tres. Ese brillo extraño había vuelto a sus ojos.

—Vaya, vaya. Parece que el gatito por fin ha encontrado sus uñas. Estoy impresionada. —Su risa se me clavó debajo de la piel, me arañó el estómago—. Pero mi madre no es un ratón. ¿Cómo piensas matarla? ¿Le harás una genuflexión? ¿La invitarás a tomar el té?

Sí, estaba claro que había malinterpretado su relación. Por el músculo que se apretó en la mandíbula de Beau, él había hecho lo mismo.

—Déjala en paz, Lou.

Célie le lanzó una mirada apreciativa. Animada, continuó con una voz más fuerte.

—No sé *cómo* matarla, no exactamente, *todavía* no... pero sí tengo información en mi poder. Antes tenías razón, alteza. —De su bolsa de cuero extrajo un pulcro sobre de

lino. Reconocí la escritura de Jean Luc en la parte delantera —. El rey Auguste ha pospuesto la ejecución de tu madre de manera indefinida. Planea utilizar su magia para sofocar el fuego.

—Te lo dije —comentó Beau, asintiendo en mi dirección.

Cuando me entregó el sobre, revisé su contenido antes de devolvérselo.

—Gracias por esto, Célie. De verdad. Pero no puedo dejar que te quedes. ¿Y si te pasara algo? No sería capaz de seguir viviendo conmigo mismo. —Hice una pausa, volví a fruncir el ceño. Ahora que lo pensaba...—. ¿Qué opinan tus padres de esto?

—Nada de nada. —Célie sorbió por la nariz en un gesto crítico. Fruncí el ceño aún más.

—No saben que estás aquí, ¿verdad? —Beau esbozó una sonrisilla y arqueó una ceja—. Chica lista. Supongo que es más fácil pedir perdón que pedir permiso.

Emití un gemido al pensar en las implicaciones y enterré la cara en las manos.

—*Célie.*

—*¿Qué?* —Su tenue compostura saltó por los aires en un instante. Me enderecé, sobresaltado. En todos los años desde que la conocía, Célie jamás había perdido la *compostura*—. No tienes por qué preocuparte de que envíen al reino entero tras de mí, Reid. Si recuerdas bien, la última vez que desaparecí hizo falta *bastante* tiempo hasta que apareció la ayuda. Que Dios no permita que alguien sepa que mi padre no es capaz de controlar a su propia familia.

Parpadeé para ocultar mi sorpresa. Aunque ya sabía que, al parecer, *monsieur* Tremblay había fracasado como padre, había subestimado en qué medida.

—Jean Luc vendrá en tu busca. Traerá a todos los *chasseurs* consigo.

Célie agitó el sobre delante de mi cara.

—Jean Luc sabe que estoy aquí. *Vio* cómo robaba el carruaje de mi padre, por el amor de Dios, y me regañó a lo largo de todo el proceso. —La miré pasmado. Nunca había oído que robara. Ni que tomara el nombre de Dios en vano. Soltó el aire con fuerza por la nariz al tiempo que guardaba el sobre en su capa otra vez—. Sea como fuera, hubiese imaginado que *tú* apreciarías mi intervención. Si viajo con tu banda de famosas brujas y fugitivos... perdón, alteza... Jean no puede detener a ninguno de vosotros sin detenerme también a mí. Y eso no va a suceder. Así que ya no os perseguiré más.

—Oh, cómo me hubiese gustado ver su cara. —La cara del propio Beau se retorció como si sufriera algún dolor—. Otra prueba más de que existe un Dios y me odia.

—No importa. —Me puse de pie, ansioso por poner punto final a esa conversación. Por encontrar al padre Achille y alertarlo de la situación, por pedirle otra manta más para la noche—. No puedes venir con nosotros.

Furiosa, me observó pasar con una ira silenciosa, los hombros bien cuadrados y la columna recta como un palo. Se le habían puesto los dedos blancos en torno a la bolsa de cuero.

—Lo que *no puedo hacer* —dijo al fin, con los dientes apretados— es mirar a mis padres a los ojos. Quieren fingir que no ha ocurrido nada. Quieren volver a la vida como era antes. Pero no pueden obligarme a hacerlo. —Su voz bajó hasta un tono peligroso—. *Tú* no puedes obligarme. La idea de estar s... sentada en casa, haciendo genuflexiones a un noble tras otro, bebiendo *té*, mientras Morgane sigue libre, me pone físicamente enferma. —Como no dejé de andar, continuó a la desesperada—. Me atrapó en ese ataúd con Filippa durante semanas, Reid. *Semanas*. Me... torturó, y mutiló a esos niños. Lo que *no puedo* es no hacer *nada*.

Me quedé paralizado al lado del púlpito. Debía de haberla oído mal. Seguro que este repentino temor en mi pecho... estaba equivocado. No me giré.

—¿Que ella hizo qué?

Un hipido como respuesta.

—No me hagas repetirlo —dijo.

—Célie... —Cuando por fin fui hacia ella, las náuseas me habían revuelto el estómago. Ella detuvo mi avance con un gesto de la mano. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas, pero no las ocultó ni se las secó. La misma mano hizo columpiar la bolsa de cuero desde su hombro y vació su contenido en el suelo mugriento: joyas, *couronnes*, piedras preciosas, incluso un cáliz. Los otros contemplaron la pequeña colección de tesoros, ansiosos, pero yo no veía más allá de las palabras de Célie. No podía dejar de... imaginármelas.

Filippa había sido unos cuantos años mayor que nosotros. A diferencia de Célie, ella había actuado como mi hermana. Una especie de hermana estirada y reprobadora, pero hermana en cualquier caso. La idea de Célie atrapada con su cadáver, *meses* después del entierro, hizo que se me revolviere el estómago de manera violenta. Me atraganté con la bilis que subía por mi garganta.

—No solo robé el carruaje de mi padre —susurró Célie al silencio. Hizo un gesto hacia el centelleante montón de cosas—. También saqué su caja fuerte. Supuse que necesitaríamos dinero para nuestros viajes.

Beau se levantó para echar un vistazo más de cerca y arrastró a Coco con él.

—¿Cómo has *cargado* con todo esto? —Miró los brazos de Célie con un escepticismo descarado, mientras Lou seguía sus pasos. Coco empujó las monedas con la punta del pie, sin ningún interés.

—¿Y dónde está tu carruaje?

Por fin, Célie dejó caer la bolsa de cuero. Flexionó los dedos.

—Lo he dejado con el mozo de cuadra en la posada.

—¿Y tu lacayo? —Beau se arrodilló y toqueteó la bolsa con cautela, como si estuviese hecha de piel humana. Tal vez así fuera. Durante un tiempo, *monsieur* Tremblay había tratado con peligrosos objetos mágicos. Las brujas habían matado a Filippa por ello—. ¿Tu cochero?

—Conduje yo misma.

—¿Qué? —Aunque Beau giró en redondo, fue *mi* voz la que cortó a través de la sala—. ¿Te has vuelto loca?

Lou volvió a reírse, inusualmente contenta con toda la situación.

La fulminé con la mirada y volví con el grupo a paso airado, mi propio temperamento bullía peligrosamente cerca de la superficie. Respiré hondo. Luego otra vez.

—Ya está. Se acabó. Hablaré con el padre Achille y él te organizará una escolta para llevarte de vuelta a Cesarine en cuanto salga el sol.

De mal modo, empecé a meter las joyas de vuelta en su bolsa de cuero. Incluso llena de joyas, seguía sin pesar en mi mano. Quizá no fuera piel humana, pero estaba claro que era mágica. Condenado Tremblay. Condenada *Célie*. Si una bruja la hubiese encontrado con esa bolsa, habría tenido el mismo final que Filippa. Tal vez fuese eso lo que quería. Tal vez después de *La Mascarade des Crânes*, deseaba morir.

Pues tenía muy claro que no le iba a dar el gusto.

—*Espera*. —Coco me agarró el brazo de manera inesperada, su voz era la más intensa que le había oído en días. Le temblaban los dedos. Retiró la capucha de su cabeza y me quitó un medallón. Cuando lo sujetó en alto para verlo a la luz de las velas, su rostro, aún más pálido ahora, casi ceniciento, se reflejó en su superficie dorada. Una filigrana serpenteaba alrededor del diamante en el

centro del colgante oblongo. El dibujo que creaba se asemejaba a... olas.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó en voz baja, con una frialdad cortante.

Lou apareció a su lado. Ahora que los diamantes se reflejaban en ellos, sus ojos brillaban casi plateados.

Célie tuvo la suficiente sensatez para dar un paso atrás.

—Ya... ya os lo he dicho. Lo robé de la caja fuerte de mi padre. —Me miró en busca de confianza, pero no podía darle ninguna. Jamás había visto esa intensidad, esa *posesión*, en la mirada de Coco, ni en la de Lou. Sus reacciones eran... inquietantes. Fuese cual fuere la reliquia que Célie nos había traído sin querer, debía de ser importante—. Era mi pieza favorita cuando era niña, pero... no se abre. Padre no pudo venderla.

Coco se estremeció como si la hubieran insultado. Luego sacó una daga de su capa. Me apresuré a colocarme delante de Célie.

—Oh, por favor —bufó Coco, y se pinchó la punta de un dedo. Una única gota de sangre cayó sobre el diamante y formó un círculo perfecto. Entonces, por increíble que pueda parecer, se hundió bajo la superficie de la gema en una brillante espiral carmesí. Cuando el color se disipó, el medallón se abrió con un chasquido.

Todos nos inclinamos hacia delante, fascinados, para ver una superficie transparente como el cristal en su interior.

Lou se echó atrás.

—*La Petite Larme* —dijo Coco, su voz más suave ahora. Olvidó su ira por unos momentos.

—La Pequeña Lágrima —repitió Beau.

—Un espejo hecho a partir de una gota de L'Eau Mélancolique. —Contempló su reflejo con una expresión inescrutable antes de volverse de nuevo hacia Célie. Hizo

una mueca de asco una vez más—. No se abría porque no os pertenece. Le pertenecía a mi madre.



Podría haber caído un alfiler al suelo del santuario y hubiésemos oído hasta su eco. Incluso el padre Achille, que acababa de irrumpir en la sala por las puertas de la trascocina con un delantal puesto y un plato jabonoso en la mano, gruñendo sobre el exceso de ruido, pareció darse cuenta de que había interrumpido un momento tenso. Entornó los ojos al ver a Célie y todo el oro a sus pies.

—Célie Tremblay —dijo en tono hosco—. Estás muy lejos de tu casa.

Aunque Célie le ofreció una sonrisa educada, fue un poco seca. Tensa.

—Perdóneme, *monsieur*, pero no creo que hayamos tenido el placer de ser presentados.

—Achille —contestó el cura. Frunció los labios—. Padre Achille Altier.

Coco cerró el medallón de golpe. Y sin decir palabra, volvió a ponerse la capucha.

—Bonito delantal. —Beau sonrió al ver las rosas pintadas a mano sobre el delantal del padre Achille. Con unas pinceladas largas e irregulares, parecía que las había pintado un niño. En azul, rojo y verde.

—Me lo hicieron mis sobrinas —musitó el padre Achille.

—Resalta sus ojos.

El padre Achille le tiró el plato. Aunque Beau logró atrapar el resbaladizo plato contra el pecho, el agua salpicó su cara al impactar. El padre Achille asintió con una satisfacción justificada.

—Ese es el último plato vuestro que voy a fregar, chico. Puedes fregar el resto tú mismo... y la despensa, gracias a ella. —Señaló con el pulgar a Lou, irritado—. Hay un cubo y una fregona esperándote.

Beau abrió la boca para protestar, pero Célie lo interrumpió.

—Padre Achille. —Hizo otra genuflexión, aunque no tan profunda esta vez. No tan grandiosa. Miró el delantal floreado y su ropa andrajosa, el triste estado del santuario, con una desaprobación poco velada—. Me alegro de conocerlo.

El padre Achille se movió nervioso delante de ella, como si no estuviese acostumbrado a unos modales tan perfectos. Si no lo conociese ya un poco, hubiese dicho que se sentía incómodo bajo su escrutinio. Avergonzado, incluso.

—Conocí a tu madre —dijo al fin, a modo de explicación—. Cuando viví en Cesarine.

—Por supuesto. La saludaré de su parte.

Achille soltó otro resoplido burlón.

—Mejor, no. He dicho que la conocí, no que me gustara demasiado. —Al ver la expresión escandalizada de Célie, musitó otro comentario—: El sentimiento era mutuo, te lo aseguro. Ahora —se enderezó con tanta dignidad como pudo reunir—, no es asunto mío preguntar qué estás haciendo en Fée Tombe, *mademoiselle* Tremblay. No me corresponde decirte lo estúpida que eres por enredarte con esta panda. Así que no lo haré. Porque no me importa. Solo asegúrate de no causar ningún problema antes de marcharte.

Di un paso al frente mientras Achille giraba sobre los talones.

—Necesita una escolta de vuelta a Cesarine.

—Reid. —Célie llegó a dar un pisotón para recalcar su protesta—. Deja de ser tan... tan...

—¿Cabezota? —sugirió Beau.

El padre Achille nos miró ceñudo sin darse la vuelta del todo.

—No soy vuestra niñera.

—¿Ves? —exclamó Célie triunfal, señalando con el dedo—. No quiere encargarse de mí y el viaje es demasiado peligroso para hacerlo sola. Debo quedarme aquí. Con vosotros.

—No tuviste ningún problema en correr riesgos para venir —comenté entre dientes.

—Sí, pero... —Algo parecido a nerviosismo cruzó sus ojos, y su sonrisa se esfumó—. Pu... puede que haya... dicho una mentirijilla antes. Una nimiedad, algo inconsecuente —añadió a toda prisa al ver mi expresión—. Os dije que había dejado mi carruaje en el establo, pero en realidad, emm, la *verdad* es que tal vez haya tomado el camino equivocado...

—El camino equivocado, ¿dónde? —exigí saber.

—Hacia el faro.

El padre Achille se giró despacio.

—Os perdí de vista justo antes del amanecer. —Célie se retorció las manos a la altura de la cintura—. Cuando llegué al cruce de caminos, yo... tomé el que conducía lejos del pueblo. Jamás imaginé que podríais buscar refugio en una iglesia. En realidad, he tenido una suerte extraordinaria de encontraros...

—*Querida* Célie —interrumpió Beau—. Por favor, sigue tu relato.

Célie volvió a sonrojarse y agachó la cabeza.

—P... por supuesto, alteza. Perdóname. Cuando me acercaba al faro, algo se movió entre las sombras. Y... asustó a Cabot, por supuesto, y el caballo casi nos tira por el acantilado en su prisa por huir. Una rueda se rompió contra una roca. Conseguí liberar a Cabot antes de que el carruaje entero cayera al mar... o, al menos, lo *habría* hecho

si la criatura no lo hubiese puesto a salvo. —Se estremeció—. Jamás había visto a un monstruo así. Pelo largo y apelmazado y piel del color de las sombras. Afilados dientes blancos. Además, olía a podrido. Carne en descomposición. Estoy muy segura de que si no hubiese huido a lomos de Cabot, nos habría comido a ambos. —Soltó un gran suspiro y levantó los ojos hacia los míos—. Así que, como verás, dejé a *Cabot* en el establo, no mi carruaje. Simplemente no puedo recuperarlo mientras siga en manos de esa criatura y tampoco puedo arriesgarme a viajar sin él. *Debo* quedarme con vosotros, Reid, o jamás llegaré a casa siquiera.

—*Cauchemar* —murmuró Lou. Alargué una mano cansada hacia ella.

—¿Qué?

Con una sonrisita, entrelazó los dedos con los míos. Todavía los tenía fríos como el hielo.

—No he dicho nada.

—Sí que...

—En efecto, un *cauchemar* mora ahora en el faro. —Al ver nuestras caras de perplejidad, el padre Achille tuvo que explicarse, aun a regañadientes—. Una pesadilla. Así es como lo llaman los aldeanos en cualquier caso. Nos encontró aquí en Fée Tombe hace tres días y están todos aterrados. —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Los muy idiotas planean demoler el faro por la mañana.

Algo en su expresión ceñuda me obligó a hacer una pausa.

—Ese *cauchemar*, ¿ha herido a alguien?

—¿Aparte de a mí? —intervino Célie—. Casi nos mata de un susto a Cabot y a mí.

—Menuda tragedia hubiese sido —se burló Coco desde debajo de su capucha.

—Coco —la regañó Beau—. Eso no ha sido propio de ti. Si vas a ser rencorosa, al menos hazlo con ingenio.

—No es rencor para nada —repuso con dulzura—. El caballo me hubiese dado mucha pena.

—¿Perdona? —Célie giró en redondo para mirarla, boquiabierta de la incredulidad—. Yo... siento muchísimo lo del medallón de tu m... madre, Cosette, pero no lo *sabía*...

Hablé a la vez que ella.

—¿Ha herido a alguien el *cauchemar*?

—Apenas importa —respondió el padre Achille encogiéndose de hombros.

—A mí me importa.

—Esa multitud se aproxima, chico. Conseguirás que te maten.

—No le importa.

—Correcto. —Abrió las aletas de la nariz—. No me importa nada. Los *cauchemars* son conocidos por su crueldad, pero esta criatura no ha atacado todavía. Ayer por la noche entró en la carnicería y robó unos cuantos trozos descartados, pero eso es todo lo que sé. —Cuando intercambié miradas primero con Lou, luego con Beau, el párroco rechinó los dientes y dijo, como si las palabras le hicieran daño físico—: Deberíais quedaros al margen. Esta no es vuestra guerra.

Sin embargo, una multitud que iba a quemar a una criatura inocente sonaba exactamente como mi guerra. Le harían lo mismo a Lou, si tuviesen la oportunidad. Lo mismo a Coco. A mi madre. A mí. Una ira muy familiar, espesa y viscosa bulló en mi estómago. Estos aldeanos no eran culpables por sí solos. Aunque querían matar a este inocente, Morgane había torturado y mutilado a mis hermanos y hermanas, todos daños colaterales de esta guerra que ellos no habían elegido. Una guerra que este *cauchemar* no había elegido.

Basta ya.

Una breve parada en el faro no haría daño a nadie. Podríamos poner sobre aviso al *cauchemar* antes de que la multitud llegara, quizás incluso pudiéramos liberarlo, y aun así estar en camino al amanecer. Era la opción más noble. Puede que Lou hubiese elegido el camino equivocado para nosotros, pero esto parecía un paso en la dirección correcta. A lo mejor nos marcaría un nuevo rumbo. Uno mejor.

Como muy poco, retrasaría nuestra llegada a Château le Blanc. Y quizá...

—Yo voto en contra. —La voz de Coco sonó cortante desde abajo de su capucha—. Los *cauchemars* son peligrosos y no podemos permitirnos distracciones. Deberíamos seguir nuestro camino hacia el Château.

Lou sonrió y asintió.

—Si ayudamos a este *cauchemar* —murmuré—, tal vez él nos ayude a nosotros. Este podría ser tu misterioso aliado, Cosette. Sin necesidad de árboles.

Aunque no podía verle la cara, sentía su mirada furibunda.

Sacudí la cabeza, le di a Célie mi manta y volví a mi banco. Lou no me soltó la mano. Su pulgar trazaba las venas de mi muñeca.

—Necesitamos el carruaje de Célie —dije—. Regrese ella a casa o no.

Célie levantó la cabeza de golpe.

—Un carruaje aceleraría nuestro viaje de manera considerable.

—Sí. —La miré durante un rato. Más bien la *miré con nueva consideración*. Un músculo se tensó en mi mandíbula al ver su expresión esperanzada, el porte decidido de sus hombros. Esta no era la Célie que había conocido siempre—. Lo haría.

Achille levantó las manos por los aires y se fue a la trascocina para librarse de nosotros.

—Idiotas, todos vosotros —dijo mientras se alejaba, la voz adusta—. De noche es cuando un *cauchemar* es más fuerte. Actuad con la primera luz del alba, antes de que ataque la multitud. Sin importar lo que hagáis, no dejéis que os vean. El miedo vuelve estúpidas a las personas. —Con una última mirada a Célie y a mí, sacudió la cabeza—. Pero el valor también las hace estúpidas.

CAPÍTULO 6

UNA PRESENCIA INSIDIOSA



Lou

Desde la oscuridad, surge una voz.

No *esa* voz. No la voz terrible que canturrea y llama. Esta voz es más afilada, punzante, cortante. Familiar. No me tienta. Me... me regaña.

Despierta, espeta. Todavía no estás muerta.

Pero no conozco esa palabra. No comprendo la muerte.

Nadie lo hace. No se trata de eso... o quizá se trate «justo» de eso. Te estás apagando.

Apagando. La oscuridad ofrece olvido. Un dulce alivio.

Que le den. Has trabajado demasiado duro y demasiado tiempo para rendirte ahora. Venga. Quieres más que olvido. Quieres «vivir».

Una risa fantasmagórica reverbera entre las sombras. A través de la negrura sin fin. Se enrosca a mi alrededor, acaricia los irregulares bordes de mi conciencia, calma los fragmentos rotos en mi centro. *Ríndete, ratoncito. Deja que te devore.*

Me duele. A cada latido de la oscuridad, el dolor aumenta hasta que ya no puedo soportarlo.

Es tu corazón. La voz cortante ha vuelto, más fuerte esta vez. Más fuerte incluso que el tamborileo rítmico. *Ta-bum. Ta-bum. Ta-bum.* Por instinto, intento apartarme, pero no

puedo esconderme del sonido. Del dolor. Reverbera por todas partes a mi alrededor. *Sigue palpitando.*

Intento procesarlo, intento mirar a través de la oscuridad hacia donde un corazón podría latir de verdad. Pero sigo sin ver nada.

No te escondas de ello, Lou. Abraza tu dolor. Utilízalo.

Lou. La palabra me suena familiar, como la exhalación de una risa. La inspiración antes de saltar, la exclamación ahogada cuando de hecho vuelas. Es un suspiro de alivio, de irritación, de desilusión. Es un bramido de ira y un grito de pasión. Es... yo. No soy la oscuridad. Soy algo distinto por completo. Y esta voz... es la mía.

Ahí estás, dice (digo yo) con un alivio evidente. Ya era hora.

Sin embargo, sobre las alas de una certeza viene otra, y me flexiono de repente para empujar contra la aplastante negrura. Ella responde del mismo modo, no ya simple oscuridad sino una presencia sensible con ente propio. Una presencia insidiosa. De algún modo parece equivocada. Extraña. No debería estar aquí (sea donde fuere *aquí*), porque este lugar... también me pertenece. Como el latido de mi corazón. Como mi nombre. Aunque me flexiono otra vez, para poner a prueba mi fuerza, y me expando más, y empujo y empujo y *empujo*, no encuentro más que una resistencia férrea.

La oscuridad es firme como una piedra.

CAPÍTULO 7

UN JUEGO DE PREGUNTAS



Reid

Las yemas de los dedos de Lou acariciaban mi pierna al son de la respiración rítmica de los otros. A cada inspiración, las deslizaba hacia arriba. A cada exhalación, giraba la muñeca, y hacía el camino inverso con el dorso de la mano. El viento silbaba por las rendijas del santuario, se me puso carne de gallina en los brazos. Estaba sentado, muy rígido, bajo sus caricias, y mi corazón aporreaba en mi garganta ante la suave fricción. Tenso. Aguardando. Como era de esperar, esos dedos fueron subiendo, subiendo, *subiendo* por mi muslo con un lento movimiento seductor, pero la agarré de la muñeca, deslicé mi mano para tapar la suya. Para inmovilizarla.

Una emoción extraña se congeló en mi sangre cuando miré su mano debajo de la mía. Debía de estar sintiendo deseo, debía de estar tenso con esa hambre tan familiar, ese *calor*, que me dejaba casi febril cuando nos tocábamos. Pero este nudo en mi estómago... no era anhelo. Era algo distinto. Algo *equivocado*. Mientras que los otros se habían preparado para irse a dormir hacía media hora, una sensación general de miedo se había apoderado de mí. Ese miedo solo se había intensificado cuando Beau, el último

despierto, se había dormido por fin, dejándonos solos a Lou y a mí.

Me aclaré la garganta, le apreté los dedos. Forcé una sonrisa. Le di un beso suave en la palma de la mano.

—Tenemos que madrugar. Después de que liberemos al *cauchemar*, tendremos que marcharnos de Fée Tombe. Serán unos cuantos días largos en la carretera.

Sonaba a excusa.

Lo era.

Un ruido grave reverberó desde su garganta. No había llevado su lazo desde que nos marchamos de Cesarine. Mis ojos se posaron en su cicatriz, en proceso de curación pero todavía fruncida, enrojecida. Lou la acarició con su mano libre.

—¿Cómo se *libera* a un *cauchemar*?

—Tal vez podamos razonar con él. Convencerlo de que regrese al bosque.

—¿Y si no lo logramos?

—Solo podemos advertirle acerca de las intenciones de la multitud —reconocí con un suspiro—. No podemos obligarlo a hacer nada.

—¿Y si decide *comerse* a la gente? ¿Y si nuestro aviso le da la oportunidad de hacerlo?

—Eso no va a pasar —aseguré con firmeza.

Me miró con media sonrisa en la cara.

—Has desarrollado una afinidad bastante grande con nosotros, ¿verdad? —Su sonrisa se ensanchó—. Monstruos.

Le planté un beso en la frente. Hice caso omiso de su olor tan familiar.

—Duérmete, Lou.

—No estoy cansada —murmuró con voz melosa, sus ojos demasiado brillantes en la oscuridad. Demasiado pálidos—. Hemos dormido todo el día. —Cuando su mano se deslizó por mi pecho una vez más, la atrapé y entrelacé mis dedos

con los suyos. Ella malinterpretó el movimiento. Lo tomó como una invitación. Antes de que pudiera parpadear siquiera, había pasado una rodilla sobre mi regazo para sentarse encima de mí, con una pierna a cada lado. Levantó nuestras manos por encima de nuestras cabezas de un modo un poco extraño. Cuando arqueó la espalda y apretó su pecho contra el mío, se me cayó el alma a los pies. Como una piedra. Mierda.

Hice un esfuerzo por mantener una expresión impassible. Por supuesto que quería... tocarme. ¿Por qué no habría de querer? Hace menos de un mes, yo la deseaba como un adicto. La sutil curva de su cadera, su espesa cabellera ondulada, el brillo travieso en sus ojos. Había sido incapaz de dejar de meterle mano a todas horas del día. Ni siquiera la presencia de mi propia *madre* me había detenido. No obstante, incluso entonces, había sido mucho más que físico.

Desde el primer momento, Lou me había despertado. Su presencia había sido contagiosa. Incluso cuando estaba furioso, exasperado, jamás había dejado de querer estar cerca de ella.

Ahora en cambio miré a Beau, a Coco, a Célie, y recé por que uno de ellos se removiera. Deseé que abrieran los ojos y nos interrumpieran. Pero no se despertaron. Siguieron durmiendo, ajenos a mi lucha interior.

Quería a Lou. Estaba seguro. Lo notaba en los huesos.

Pero tampoco soportaba verla siquiera.

¿Qué me *pasaba*?

La ira se abrió de par en par cuando movió sus labios por mi oreja, cuando mordisqueó el lóbulo. Demasiados dientes. Demasiada *lengua*. Otra oleada de asco me atravesó de arriba abajo. ¿Por qué? ¿Era porque Lou todavía estaba de luto? ¿Porque lo estaba *yo*? ¿Acaso porque había atacado su cena como un animal rabioso, o porque solo había

parpadeado dos veces en la última hora? Me sacudí mentalmente, irritado con Beau. *Conmigo mismo*. Había estado más extraña de lo habitual, sí, pero eso no justificaba la forma en que me hormigueaba la piel cuando me tocaba.

Peor aún. Estos pensamientos, este miedo acechante, esta aversión inquietante... parecían una traición. Lou se merecía algo mejor que esto.

Tragué saliva con esfuerzo y me giré para recibir sus labios. Ella me devolvió el beso con entusiasmo, sin vacilar, y mi culpa solo se intensificó. Sin embargo, no parecía darse cuenta de mis reticencias. En vez de eso, se apretó más contra mí. Movi6 sus caderas contra las mías. Torpe. Ansiosa. Cuando volvió a bajar su boca hacia mi cuello, cuando sorbió de mi pulso acelerado, sacudí la cabeza, derrotado. Aquello no iba bien. Puse las manos sobre sus hombros.

—Tenemos que hablar.

Las palabras salieron por voluntad propia. Lou parpadeó sorprendida y algo que parecía... inseguridad se reflejó en sus ojos pálidos. Me odiaba por ello. Había visto a Lou insegura una o dos veces en toda nuestra relación, y ninguna de las dos veces había acabado bien para nosotros. No obstante, esta vez desapareció tan deprisa como había llegado, sustituida por un brillo pícaro.

—Eso implica lenguas, ¿no?

Con suavidad, pero con firmeza, la bajé de mi regazo.

—No, esta vez no.

—¿Estás seguro? —canturreó, mientras se inclinaba hacia mí con ademán seductor. O al menos esa era su intención. Pero al movimiento le faltaba su habitual finura. Me eché hacia atrás, estudié sus ojos demasiado brillantes. Sus mejillas arreboladas.

—¿Pasa algo?

Dime lo que es. Yo lo arreglaré.

—Dímelo tú. —Una vez más, sus manos buscaron mi pecho. Las agarré con una frustración que me costaba reprimir. Apreté sus gélidos dedos a modo de advertencia.

—Háblame, Lou.

—¿De qué te gustaría hablar, *querido* marido?

Respiré hondo, sin quitarle el ojo de encima.

—De Ansel.

El nombre cayó entre nosotros como un cadáver. Pesado. Muerto.

—Ansel. —Lou liberó sus manos de las mías con el ceño fruncido. Sus ojos se volvieron distantes. Velados. Fijó la vista en un punto justo por encima de mi hombro, sus pupilas se dilataban y contraían en diminutos movimientos casi imperceptibles—. Quieres hablar de Ansel.

—Sí.

—No —dijo ella sin emoción alguna—. Yo quiero hablar de ti.

—Pues yo no —dije. Fue mi turno de entornar los ojos.

Lou no respondió de inmediato. Seguía con la vista fija en un punto, como si buscara... ¿qué? ¿Las palabras adecuadas? A Lou nunca le habían importado las palabras adecuadas hasta ahora. De hecho, disfrutaba diciendo las más inadecuadas. Y si era sincero conmigo mismo, yo disfrutaba oyéndolas.

—Entonces, juguemos otro juego de preguntas —dijo de sopetón.

—¿Qué?

—Como en la pastelería. —Asintió deprisa, casi para sí misma, antes de mirarme por fin. Ladeó la cabeza—. No te comiste tu bollo de miel y canela.

—¿Qué? —Pestañeé, confuso.

—Tu bollo pegajoso. No te lo comiste.

—Sí, te había oído. Es solo que... —Sacudí la cabeza y lo intenté de nuevo, desconcertado—. No soy tan goloso como tú.

—Humm. —Lou se chupó los labios con ademán lascivo. Cuando su brazo serpenteó detrás de mí por el banco, reprimí el impulso de echarme hacia delante. Sin embargo, cuando sus dedos se hundieron en mi pelo no pude evitarlo. Continuó como una plaga—. El venado también es delicioso. Salado. Tierno. Al menos —añadió, con una sonrisa entendida—, si lo comes directamente. —La miré, confundido. Luego, horrorizado. Quería decir si lo comías *crudo*—. De otro modo, el *rigor mortis* endurece la carne. Tienes que colgar al animal durante un par de semanas para romper los tejidos conectivos. Pero claro, así es difícil evitar las moscas.

—¿Cuándo demonios has comido *ciervo crudo*? —pregunté con incredulidad.

Sus ojos parecieron centellear ante la blasfemia, toda ella parecía vibrar de la emoción. Se inclinó hacia mí.

—Deberías probarlo. Puede que te guste. —Entonces...—. Aunque, claro, supongo que un cazador no tendría ninguna necesidad de despellejar ciervos en su torre de marfil. Dime, ¿has pasado hambre alguna vez?

—Sí.

—Quiero decir hambre *de verdad*. ¿Alguna vez has tenido frío? ¿Del tipo que te congela las entrañas y te deja como el hielo?

A pesar de la hostilidad de sus palabras, su voz no iba cargada de desprecio. Solo de curiosidad. Una curiosidad *genuina*. Se balanceó adelante y atrás, incapaz de estarse quieta mientras me miraba. Yo la miré con la misma intensidad.

—Sabes muy bien que sí.

—¿Lo sé? —Ladeó la cabeza. Después de fruncir los labios, asintió una vez más—. Lo sé. Sí, claro. El Hueco. Un frío de mil demonios, ¿verdad? —Su índice y su dedo corazón subieron caminando por mi pierna—. Tienes hambre incluso ahora, ¿verdad?

Se rio cuando devolví la mano a su regazo.

—¿Cuál —me aclaré la garganta— es tu siguiente pregunta?

Podía seguirle la corriente. Podía jugar ese jueguito. Si significaba llegar a ella, si significaba desentrañar lo que había... *cambiado* en ella, me quedaría ahí sentado toda la noche. La ayudaría. Lo *haría*. Porque si esto era realmente pena, Lou necesitaba hablar sobre ello. Los dos necesitábamos hablar sobre ello. Me alanceó otra punzada de culpabilidad cuando bajé la vista hacia sus manos. Las había cruzado con fuerza.

Yo debería estar sujetando esas manos. Pero no fui capaz de obligarme a hacerlo.

—Oooh, preguntas, preguntas. —Se había llevado los nudillos entrelazados a los labios, cavilando—. Si pudieses ser otra persona, ¿quién serías? —Otra sonrisa—. ¿La piel de quién vestirías?

—Yo... —Miré de reojo a Beau sin pensar. A Lou no se le pasó por alto el movimiento—. No querría ser nadie más.

—No te creo.

—¿Quién serías tú? —pregunté a la defensiva.

Bajó las manos al pecho. Con los dedos aún entrelazados, podía haber estado rezando. Excepto por el brillo calculado de sus ojos, por su sonrisa diabólica.

—Puedo ser quien quiera.

Me aclaré la garganta e hice un esfuerzo por hacer caso omiso de los pelos que se me habían puesto de punta en la nuca. Fracasé.

—¿Cómo sabes qué son los *cauchemars*? Yo llevo toda la vida estudiando lo oculto y jamás había oído hablar de una criatura semejante.

—Vosotros habéis *extinguido* lo oculto. Yo he vivido con ello. —Ladeó la cabeza. El movimiento me provocó otro escalofrío por la columna—. Yo lo *soy*. Aprendemos más en las sombras de lo que lo hacemos jamás al sol. —Cuando no respondí, hizo otra pregunta. Sencilla. Abrupta—. ¿Cómo elegirías morir?

Ah. La miré comprensivo. *Allá vamos*.

—Si pudiese elegir... supongo que querría morir de viejo. Gordo y feliz. Rodeado de mis seres queridos.

—¿No elegirías morir en batalla?

Una exhalación asustada. Un golpe repugnante. Un halo escarlata. Aparté mi último recuerdo de Ansel a un lado y la miré de lleno a los ojos.

—No elegiría esa muerte para nadie. Ni siquiera para mí. Ya no.

—Él la eligió.

Aunque se me comprimió el corazón, aunque incluso su nombre trajo una presión incómoda a mis ojos, asentí.

—Es verdad. Y lo honraré por ello todos los días de mi vida. Que eligiera ayudarte, luchar contigo. Que eligiera enfrentarse a Morgane contigo. Era el mejor de nosotros. — Por fin se le borró la sonrisa de la cara y yo estiré un brazo para agarrar su mano. A pesar de su temperatura gélida, no la solté—. Pero no deberías sentirte culpable. Ansel tomó esa decisión por él mismo; no por ti ni por mí, sino por él. Ahora —dije con firmeza, antes de que pudiese interrumpir—, tu turno. Responde a la pregunta.

Su rostro permaneció inescrutable. Inexpresivo.

—No quiero morir.

Froté su mano helada entre las mías en un intento por calentarla.

—Lo sé. Pero si tuvieras que elegir...

—Elegiría no morir —sentenció.

—Todo el mundo muere, Lou —le dije con suavidad.

Se acercó más al ver mi expresión, deslizó una mano por mi pecho.

—¿Y eso quién lo dice, Reid? —me susurró al oído. Me puso una mano en la mejilla y, solo por un segundo, me perdí en su voz. Si cerraba los ojos, podía fingir que una Lou diferente me sujetaba de este modo. Podía fingir que esta mano gélida pertenecía a otra persona: a una ladrona malhablada, una pagana, una bruja. Podía fingir que su aliento olía a canela y que su pelo fluía largo y castaño más allá de sus hombros. Podía fingir que todo esto era parte de una broma elaborada. Una broma *inapropiada*. En este punto, Lou se hubiese reído y me hubiese dado un golpecito en la nariz. Me hubiese dicho que tenía que relajarme. En vez de eso, sus labios levitaban a escasos milímetros de los míos—. ¿Quién dice que tenemos que morir, Reid?

Tragué saliva con dificultad, abrí los ojos y el hechizo se rompió.

CAPÍTULO 8

MI NOMBRE ES LEGIÓN



Lou

Hay muy pocas ventajas en perder la posesión del cuerpo de uno; o más bien en perder la *conciencia* del cuerpo de uno. Sin ojos para ver ni orejas para oír, sin piernas para andar ni dientes para *comer*, paso mi tiempo flotando en la oscuridad. Excepto que... ¿puede alguien *flotar* siquiera sin un cuerpo? ¿O simplemente existo? Y esta oscuridad no es oscuridad *del todo*, ¿verdad? Lo cual significa...

Oh, Dios. Ahora existo dentro de Nicholina le Clair.

No. *Ella* existe dentro de *mí*, esa zorra robacuerpos.

Con suerte estoy en mi sangrado mensual. Se lo merecería.

Aunque espero su respuesta, impaciente, ninguna risa fantasmal responde a mi provocación, así que lo intento otra vez. Más fuerte esta vez. Grito mis pensamientos (¿puede alguien tener pensamientos sin cerebro?) al abismo. *Sé que puedes oírme. Espero que mi útero se haya revuelto contra ti.*

La oscuridad parece moverse en respuesta, pero aun así no dice nada.

Me fuerzo a concentrarme y empujo contra su presencia opresiva. No se mueve. Lo intento de nuevo, más fuerte esta vez. Nada. No sé cuánto tiempo empujo. No sé cuánto

tiempo ha pasado desde que recuperé la conciencia. El tiempo no tiene ningún significado aquí. A este ritmo, reclamaré mi cuerpo más o menos dentro de trescientos años y me despertaré en una tumba más como polvo que como esqueleto. Al menos mi madre no puede matar a un esqueleto. Al menos no tienen úteros.

Creo que me estoy volviendo loca.

Con un último empujón violento, me resisto al ataque de rabia. Las emociones parecen... diferentes en este sitio. Corren como locas y sin control pues no tienen un cuerpo que las contenga, y a veces, en momentos como estos, siento que (en la forma que sea que he adoptado ahora) me deslizo en ellas sin adular. Como si me *convirtiera* en la emoción.

Reid odiaría este lugar.

Pensar en él me lanza a través de mi conciencia y una nueva emoción amenaza con consumirme. La melancolía.

¿Se ha dado cuenta de que no soy yo misma? ¿Se ha dado cuenta alguien? ¿Saben lo que me ha ocurrido?

Vuelvo a centrarme en Nicholina, en la oscuridad, antes de que la melancolía me engulla entera. No hace ningún bien darles vueltas a esas cosas, aun cuando un frío debilitador se filtra a través de la neblina, mi subconsciente, ante otro pensamiento poco bienvenido: ¿cómo podrían haberse dado cuenta? Incluso antes de que La Voisin y Nicholina nos traicionaran, no era yo misma. Todavía noto esos bordes astillados, esas fisuras en mi espíritu que rompí a propósito.

Una es más profunda que el resto. Una herida abierta.

Me aparto de ella por instinto, aunque palpita con ojos color whisky, pestañas rizadas y una risa suave y lírica. Duele con un brazo larguirucho alrededor de mis hombros, una mano cálida en la mía. Palpita con empatía, con un acento fingido y una botella de vino robada, con sonrojos

tímidos y casi cumpleaños. Arde con el tipo de lealtad que ya no existe en este mundo.

No llegó a los diecisiete.

Ansel lo sacrificó todo, me abrió en canal y yo permití que Nicholina se colara en esa grieta. Así es como le devolví el favor: perdiéndome por completo. El odio hacia mí misma da vueltas, negro y nocivo, a las puertas de mi conciencia. Se merecía algo mejor. Se merecía *más*.

Yo se lo daría. Como Dios o la Diosa, o solo la oscuridad de mi condenada alma como testigo, yo se lo daría. Me aseguraría de que no muriera en vano. En respuesta, una voz desconocida me sobresalta murmurando *Oh, bravo*.

La oscura neblina se contrae con mi susto, pero empuja contra ella con fuerza, en busca de la nueva presencia. No es Nicholina. Y desde luego que no soy *yo*. Eso significa... que hay alguien más aquí.

¿Quién eres?, pregunto con bravuconería fingida. Por los senos de una madre, ¿cuántas personas... o espíritus, o entidades, o *lo que sea...*, caben dentro de un único cuerpo? *¿Qué quieres?*

No tienes por qué tener miedo. Otra voz esta vez. Tan desconocida como la anterior. *No podemos hacerte daño*.

Somos tú.

O más bien, añade una tercera, *somos ella*.

Esa no es una respuesta, espeto cortante. *Decidme quiénes sois*.

Una breve pausa.

Entonces llega una cuarta voz que dice: *No nos acordamos*.

Y ahora una quinta: *Pronto tú tampoco lo harás*.

Si tuviese huesos, sus palabras los hubiesen helado hasta el tuétano. *¿Cuántos... cuántos de vosotros estáis ahí?*, pregunto en silencio. *¿Ninguno de vosotros puede recordar su nombre?*

Nuestro nombre es Legión, contestan las voces al unísono, sin perder ni un segundo. Pues somos muchos.

Santo infierno. Es obvio que hay más de cinco voces; suenan más bien como cincuenta. Mierda, mierda, *mierda*. Recuerdo vagamente el verso que recitaban de un pasaje de la Biblia del arzobispo, la que me prestaba en el sótano de la torre de los *chasseurs*. El hombre que lo había pronunciado había estado poseído por demonios. Pero estos... no son demonios, ¿verdad? ¿Nicholina está poseída por *demonios*?

Es una lástima, pero no lo sabemos, dice el primero en tono amistoso. No sabemos cuántos años llevamos viviendo aquí. Podríamos ser demonios o podríamos ser ratones. Vemos solo lo que ve nuestra señora, oímos solo lo que oye nuestra señora.

Ratones.

A veces nos habla, aporta otro y, de algún modo, percibo su mala intención. Simplemente lo sé, como si su conciencia se hubiese fusionado con la mía. Estamos de broma, por cierto. No nos llamamos Legión. Menudo nombre más estúpido, si quieres nuestra opinión.

Lo usamos con todos los recién llegados.

Siempre molesta.

Sin embargo, esta vez hemos sacado el verso directo de tus recuerdos. ¿Eres religiosa?

Es de mala educación preguntar si alguien es religioso.

Ya no es un «alguien». Es una de nosotros. En cualquier caso, ya sabemos la respuesta. Estamos siendo educados.

Al contrario, es bastante maleducado hurgar en sus recuerdos.

Ahórrate el sermón para cuando los recuerdos se hayan perdido. Mira aquí. Todavía están frescos.

Una incómoda sensación cosquillosa desciende mientras las voces discuten y, una vez más, sé por instinto que están

hurgando en mi conciencia, dentro de *mí*. Imágenes del pasado entran y salen de la neblina tan deprisa que no puedo seguirles el ritmo, pero las voces solo se acercan aún más, hambrientas de más. Bailando en torno al árbol de mayo con Estelle, ahogándome en el Doleur con el arzobispo, estirada ante el altar debajo de mi madre...

Parad. Mi propia voz corta de manera brusca a través de los recuerdos, y las voces reculan, sorprendidas pero escarmentadas. Como deberían estarlo. Es como una infestación de pulgas en mi propio subconsciente. *Mi nombre es Louise le Blanc y desde luego que sigo siendo un «alguien».* *Os diría que salierais a toda velocidad de mi cabeza, pero como no estoy segura de que esto sea siquiera mi cabeza, daré por sentado que la separación es imposible en este punto. Así que, ¿quién es el último que ha llegado a este sitio? ¿Lo recuerda alguien?*

El silencio reina durante un maravilloso segundo, antes de que todas las voces empiecen a hablar al mismo tiempo, discutiendo sobre quién lleva aquí más tiempo. Demasiado tarde, me doy cuenta de mi error de juicio. Estas voces ya no son individuales sino una escalofriante cosa colectiva. Una colmena. El enfado se convierte enseguida en ira. Deseando tener manos con las que estrangularlos, intento hablar, pero una voz nueva interrumpe.

Yo soy el más novato.

Las otras voces cesan de inmediato, irradian curiosidad. Yo misma siento curiosidad. Esta voz suena diferente a las demás, grave y profunda y masculina. También ha dicho *yo*, no *nosotros*.

¿Y tú eres...?, pregunto.

Si una voz pudiera fruncir el ceño, esta lo hace. *Yo... creo que antes me llamaba Etienne.*

Etienne, corean los otros. Sus susurros vibran como las alas de un insecto. El sonido es desconcertante. Peor aún,

siento el momento en el que manifiestan su nombre a partir de sus recuerdos. De *mis* recuerdos. *Etienne Gilly*.

Eres el hermano de Gaby, digo horrorizada, recordando, igual que ellos. *Morgane te asesinó*.

Las voces prácticamente tiemblan de anticipación cuando nuestros recuerdos se sincronizan y rellenan los huecos para pintar el retrato entero: cómo Nicholina lo había poseído y había cruzado el bosque a pie bajo el pretexto de ir de caza; cómo ella lo había conducido adonde esperaba Morgane. Cómo Morgane lo había abducido, cómo lo había torturado en las entrañas de una cueva oscura y húmeda a solo un puñado de kilómetros del campamento de sangre. Y La Voisin, cómo ella lo había sabido desde el principio. Cómo prácticamente había entregado las cabezas de Etienne y Gabrielle a Morgane en bandeja de plata.

Parte de mí todavía no puede creerlo, no puede procesar mi conmoción por su traición. Mi humillación. Josephine y Nicholina se han aliado con mi madre. Aunque no me gustaran, jamás pensé que serían capaces de tanta maldad. Sacrificaron a miembros de su propio aquelarre para... ¿qué? ¿Para regresar al Château?

Sí, susurra Etienne.

Lo sabe porque vio cómo sucedía todo a través de los ojos de Nicholina, incluso después de que el verdadero Etienne hubiese muerto. Vio su propio cuerpo profanado apoyado contra mi tienda de campaña. Observó impotente mientras Morgane raptaba a Gabrielle para que corriera la misma suerte, mientras mi madre atormentaba a su hermana pequeña, y Gaby por fin escapaba de La Mascarade des Crânes.

Excepto...

Frunzo el ceño. Había unos *vacíos* notorios en este recuerdo. Un pequeño agujero ahí, otro enorme por aquí. Mi propia participación en la Mascarada de la Calavera, por

ejemplo. El color del pelo de Gabrielle. Sin embargo, cada agujero se va rellenando a medida que pienso en él, a medida que mi memoria aporta su propia información, hasta que la línea temporal está completa en su mayor parte.

A pesar de estar... *muerto*, fue capaz de verlo todo como si estuviera ahí.

¿Cómo?, pregunté desconfiada. *Etienne, tú... tú moriste. ¿Por qué no has seguido camino?*

Cuando Nicholina me poseyó, me uní a su conciencia y... creo que nunca me marché.

Hostias. Mi conmoción se convierte a toda velocidad en un horror absoluto. *¿Os ha poseído Nicholina a todos?*

Noto cómo hurgan en nuestros recuerdos una vez más, cómo juntan fragmentos de nuestros conocimientos colectivos sobre Nicholina, La Voisin, sobre la magia de sangre. La oscuridad parece vibrar de agitación mientras contempla una conclusión tan fantástica e *imposible*. Y aun así... ¿con cuánta frecuencia hablaba Nicholina de ratones? Gabrielle decía que ella y La Voisin son corazones que permanecerán jóvenes para siempre. Otros susurraban sobre artes aún más oscuras. Su comprensión se resuelve como la mía.

De algún modo, Nicholina ha atrapado sus almas en esta oscuridad con ella para siempre.

La tuya también, comenta la estirada. *Ahora eres una de nosotras.*

No. La oscuridad parece acercarse más mientras sus palabras suenan sinceras, y durante un momento no puedo hablar. *No, sigo viva. Estoy en una iglesia, y Reid...*

¿Quién dice que estamos todas muertas?, pregunta la voz traviesa. *A lo mejor algunos de nosotros seguimos vivos, en alguna parte. A lo mejor nuestras almas solo están fragmentadas. Parte aquí, parte ahí. Parte en todos sitios. La tuya se romperá más pronto que tarde.*

Cuando la oscuridad vuelve a moverse, más pesada ahora, y me aplasta bajo su peso, los otros perciben mi histeria afligida. Sus voces se vuelven menos amistosas, menos estiradas, menos traviesas. *Lo sentimos, Louise le Blanc. Es demasiado tarde para ti. Para todos nosotros.*

NO. Forcejeo contra la oscuridad con todas mis fuerzas, repitiendo la palabra una y otra vez como un talismán. Busco un patrón dorado. Busco *cualquier cosa*. Solo encuentro oscuridad. *No no no no no...*

Solo me responde la risa frígida de Nicholina.

CAPÍTULO 9

EL FARO



Reid

La primera luz del amanecer rodeaba como un halo al padre Achille, de pie a las puertas del santuario. Esperó mientras yo despertaba a los otros. Nadie había dormido bien. Célie tenía oscuras ojeras, aunque hizo todo lo posible por infundir color a sus pálidas mejillas con varios pellizcos. Coco bostezó mientras Beau gemía y hacía crujir su cuello. A mí también me dolía, a pesar de que los dedos de Lou masajearan el músculo agarrotado en la zona. Encogí los hombros para alejarme de su contacto con una sonrisa de disculpa y un gesto hacia la puerta.

—Los aldeanos aún tardarán una hora en levantarse — nos informó Achille, dándonos a cada uno una manzana al pasar a su lado—. Recordad lo que os dije: no dejéis que os vean. Los *chasseurs* tienen una sede no muy lejos de aquí. No querréis que nadie os siga donde quiera que vayáis.

—Gracias, padre. —Me metí la manzana en el bolsillo. No era brillante. No era roja. Pero era más de lo que tenía que hacer por nosotros. Más de lo que nos hubiesen dado otros—. Por todo.

Me miró sin pestañear.

—No ha sido nada. —Cuando asentí e hice ademán de conducir a los otros a través del cementerio, me agarró del

brazo—. Tened cuidado. Se dice que los *cauchemars* presagian fatalidades. —Arqueé una ceja, incrédula—. Solo se ven antes de sucesos catastróficos —añadió con reticencia.

—Una multitud no es un suceso catastrófico.

—No subestimes nunca el poder de una muchedumbre enfervorizada. —Beau pasó un brazo de manera casual por encima de los hombros de Coco, mientras esperaban apoyados contra un árbol. La neblina se aferraba a los bordes de sus capuchas—. La gente es capaz de males innombrables cuando va en masa. Lo he visto con mis propios ojos.

El padre Achille me soltó el brazo y se apartó.

—Yo también. Cuídese.

Sin una palabra más, desapareció por la entrada y cerró la puerta con firmeza detrás de él. Una sensación extraña me atenazó el pecho al observarlo marchar.

—Me pregunto si volveremos a verlo alguna vez.

—No es probable —dijo Lou. La espesa neblina casi engullía su enjuta figura. Detrás de ella, una forma blanca se deslizó por un hueco en la bruma y unos ojos ambarinos centellearon. Fruncí el ceño. El perro había vuelto. Lou no se había dado cuenta, así que se limitó a extender el brazo hacia el pie de la colina.

—¿Vamos?



El pueblo de Fée Tombe había sido conocido por sus cúmulos marinos de hematita. Unas rocas negras y centelleantes asomaban desde el mar a lo largo de kilómetros, como alas de hada con formas dispares: unas altas y delgadas con vetas plateadas parecidas a telarañas,

otras bajitas y achaparradas con venas rojas. Incluso las rocas más pequeñas se alzaban por encima del mar como grandes seres inmortales. Las olas se estrellaban en torno a los restos de barcos naufragados. Desde nuestro camino a lo largo del acantilado, las botavaras y los mástiles rotos parecían dientes.

Célie tiritaba en la fría brisa, e hizo una mueca cuando se le enganchó y torció el pie entre dos rocas. Beau le lanzó una mirada compasiva.

—Todavía no es demasiado tarde para que cambies de opinión, ¿sabes?

—No. —Célie levantó la barbilla con terquedad antes de liberar su pie de un tirón. Más rocas rodaron desde el camino y cayeron al mar—. Necesitamos mi carruaje.

—El carruaje de tu *padre* —musitó Coco. Mantuvo una mano apoyada contra la pared vertical del acantilado a su izquierda, la otra cerrada con fuerza en torno a *La Petite Larme*, y pasó a su lado. Beau la siguió con cuidado, pendiente de dónde pisaba por el irregular suelo del camino que se estrechaba mientras ascendía en espiral. En la parte de atrás del grupo, yo mantenía mi propia mano enroscada en la tela de la capa de Lou.

No tenía que haberme molestado. Se movía con una gracia felina, jamás resbalaba, jamás tropezaba. Cada paso era ligero y ágil.

Las mejillas de Célie empezaron a ponerse rojas mientras intentaba que mantuviéramos el ritmo. Su respiración se volvió laboriosa. Cuando volvió a tropezar, me asomé desde detrás de Lou.

—Beau tenía razón, Célie —murmuré—. Podrías esperar en la capilla mientras nos encargamos del *cauchemar*. Volveremos a por ti antes de marcharnos.

—No pienso esperar en la capilla —bufó, con la falda y el pelo azotados por el viento.

Lou pasó rozando por al lado de Célie y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Pues claro que no, gatita. —Después miró de soslayo por encima de su hombro derecho hacia donde el mar se estrellaba mucho más abajo—. En cualquier caso no tienes por qué preocuparte. Los gatitos tienen siete vidas. —Sus dientes centellearon—. ¿No es así?

Cerré el puño en torno a su capa y tiré de ella hacia atrás.

—Para —le dije al oído.

—¿Que pare qué, cariño? —Giró el cuello para mirarme. Los ojos muy abiertos. Inocentes. Sus pestañas aletearon—. La estoy *animando*.

—La estás asustando.

Estiró un brazo hacia atrás para deslizar el índice por el contorno de mis labios.

—A lo mejor es que no le das el crédito suficiente.

Dicho eso, se liberó de mi agarre y adelantó a Célie sin dedicarle ni una sola mirada más. La observamos marchar con grados de alarma variados. Cuando desapareció al otro lado del recodo en pos de Coco y de Beau, los hombros de Célie se relajaron de manera casi imperceptible. Respiró hondo.

—Todavía no le gusto. Pensé que tal vez lo haría después de...

—¿A ti te gusta ella?

Un segundo demasiado tarde, arrugó la nariz.

—Por supuesto que no.

—Entonces, no hay ningún problema. —Hice un gesto con la barbilla para indicarle que deberíamos continuar.

Célie no dijo nada durante unos segundos.

—Pero... ¿*por qué* no le gusto?

—Cuidado. —Hice ademán de sujetarla cuando se tropezó, pero ella se apartó con brusquedad. El movimiento

fue exagerado y chocó con fuerza contra el acantilado. Procuré no poner los ojos en blanco—. Sabe que hubo algo entre nosotros. Además —me aclaré la garganta de modo significativo—, oyó cómo la llamabas «zorra».

—¿Que me oyó *qué*? —Había girado en redondo para mirarme. Me encogí de hombros y seguí caminando.

—En las celebraciones del Día de San Nicolás, oyó nuestra... discusión. Creo que, si tenemos todo en cuenta, se lo tomó bien. Podría habernos asesinado ahí mismo.

—¿Ella... me *oyó*...? —Sus ojos se abrieron mucho, con una angustia palpable. Se llevó una mano a los labios—. Oh, no. Oh, no, no, *no*.

Esta vez no pude resistirme. Puse los ojos en blanco, totalmente vueltos hacia atrás.

—Estoy seguro de que la han llamado cosas peores.

—Es una *bruja* —bufó Célie, su mano bajó para agarrarse el pecho—. Podría... podría *maldecirme* o...

—O podría hacerlo *yo*. —La sonrisa que cincelaba mis labios parecía más dura de lo habitual. Como si hubiese sido tallada en granito. Aun después de que Lou hubiese arriesgado su vida y su integridad física por salvarla en las catacumbas, Célie todavía la consideraba una enemiga. Por supuesto que sí—. ¿Por qué nos has seguido, Célie, si nos desprecias tanto? —Al ver su expresión, sacudí la cabeza con una risa autocrítica. Una risa seca. La de Célie no era una reacción sin precedentes. Si Coco no hubiese prendido los túneles, ¿habrían regresado a por nosotros los habitantes de La Mascarade des Crânes? ¿Habrían traído su propio fuego? Por supuesto que sí, y no podía culparlos por ello. Hubo un tiempo en que yo hubiese hecho lo mismo—. Olvídalo.

—No, Reid, espera, no... no pretendía... —Aunque no me tocó, algo en su voz hizo que me detuviera. Me hizo girar—.

Jean Luc me contó lo que había ocurrido. Me contó... lo tuyo. Lo siento muchísimo.

—Yo no.

—¿Ah, no? —Sus cejas se arquearon, luego se fruncieron.

—No.

Cuando no di más explicaciones, su ceño se frunció aún más. Parpadeó varias veces.

—Oh. Por... por supuesto. Yo... —Soltó el aire con un resoplido, plantó una mano de pronto sobre su cadera y sus ojos centellearon otra vez con ese temperamento tan poco habitual en ella—. Bueno, pues yo tampoco. Tampoco lo siento, quiero decir. Que seas diferente. Que *yo* sea diferente. No lo siento en absoluto.

Aunque había hablado con franqueza, no con rencor, sus palabras hubiesen debido doler de todos modos. No lo hicieron. En vez de eso, la energía nerviosa que bullía justo debajo de mi piel pareció asentarse, sustituida por una calidez peculiar. Quizá paz. Quizá... ¿un punto final? Ahora ella tenía a Jean Luc y yo tenía a Lou. Todo había cambiado entre nosotros. Y eso... estaba bien. Era *bueno*.

Esta vez, cuando sonreí, fue una sonrisa sincera.

—Somos amigos, Célie. Siempre seremos amigos.

—Bueno, pues entonces... —Sorbió por la nariz, se puso muy tiesa y reprimió su propia sonrisa—. Como *amiga* tuya, es mi deber informarte que tu pelo necesita un buen corte con urgencia y que a tu abrigo le faltan dos botones. Además, tienes un chupetón en el cuello. —Cuando mi mano voló hacia la piel sensible próxima a mi pulso, Célie se rio y pasó a mi lado, con la nariz respingona levantada—. Deberías taparlo en aras de la decencia.

Ahí estaba la Célie de siempre.

Con una risita, la seguí. Era agradable. Familiar.

—¿Qué haremos después de avisar al *cauchemar*? —preguntó, luego de otro momento de silencio cómodo.

La paz que había sentido se hizo añicos, igual que mi sonrisa.

—Viajaremos hasta el Château.

Su mano revoloteó hasta su cuello una vez más. Un hábito nervioso. Uno revelador.

—Y... ¿después qué? ¿Cómo planeamos derrotar a Morgane?

—Vigila por dónde pisas. —Asentí hacia una hondonada en el camino. Como era de esperar, se trompicó un poco. No alargué la mano hacia ella esta vez, y ella recuperó el equilibrio sin mi ayuda—. Lou quiere reducir el castillo a cenizas. —El peso muerto regresó a mi pecho. A mi voz—. Con todos sus ocupantes.

—¿Cómo lo va a hacer?

—¿Cómo hacen las brujas cualquier cosa? —Me encogí de hombros.

—Entonces, ¿cómo funciona? ¿La... magia? —Su expresión adquirió una cualidad más tímida, bajó la barbilla de prisa hacia el pecho. Se giró para mirar hacia delante una vez más—. Siempre he sentido curiosidad.

—¿Ah, sí?

—Oh, no disimules, Reid. Tú también sentías curiosidad. —Hizo una pausa delicada—. Antes.

Antes. Una palabra tan simple. Mantuve una expresión impassible.

—Es un toma y daca. Para que Lou pueda arrasar el Château, tendrá que destruir algo de igual valor para ella.

—Y ¿qué podría ser? —La voz de Célie iba cargada de asombro.

No lo sé. Reconocerlo dolía. Lou no había dado detalles. Ninguna estrategia. Cuando la habíamos presionado, se había limitado a sonreír.

«¿Tenéis miedo?», había preguntado. Beau había respondido de inmediato con un sonoro «Sí». Yo había

estado de acuerdo con él, en privado. Todo el plan, o la falta de plan, me ponía nervioso.

Como si Dios lo hubiese sacado de mis pensamientos, el grito de mi hermano cortó el aire. Célie y yo levantamos la vista al unísono para contemplar cómo parte del acantilado caía al vacío. Una lluvia de rocas cayó sobre nosotros. Primero golpearon mis hombros, mis brazos, luego mi cabeza. Sentí un dolor agudo y un millar de chispitas estallaron ante mis ojos. Reaccioné por instinto para empujar a Célie fuera de peligro, y Beau... él...

El horror se desenroscó en mis entrañas como una serpiente letal.

Como en cámara lenta, vi cómo perdía pie, cómo agitaba los brazos por los aires, cómo intentaba agarrarse a algo entre las rocas que caían. Y fracasaba en su intento. No había nada que yo pudiera hacer. Ninguna manera de ayudar. Corrí hacia él de todos modos, calculando la distancia que nos separaba, desesperado por agarrar alguna parte de él antes de que cayera al mar...

La mano de Coco salió disparada entre la avalancha de piedras y aferró su muñeca.

Con otro grito, Beau se columpió de su brazo como un péndulo. Estiró la mano libre hacia arriba para agarrarse al borde de la roca y, juntos, los dos forcejearon para arrastrarlo de vuelta al camino. Corrí hacia ellos para ayudar, con el corazón acelerado y ensordecedor. La adrenalina, un *miedo* absoluto y sin adulterar, corría por todo mi organismo, alargaba mis zancadas y acortaba mi respiración. Sin embargo, cuando llegué hasta ellos estaban tirados en el suelo, enredados de cualquier forma. Sus pechos subían y bajaban sin control mientras ellos también intentaban recuperar la respiración. Por encima de nosotros, Lou nos observaba desde la cima del acantilado, una

sombra de sonrisa en los labios. Solo la más leve de las curvas. El perro blanco gruñó y desapareció detrás de ella.

—En serio, deberíais tener más cuidado —comentó en voz baja antes de dar media vuelta.

Beau la miró ceñudo, incrédulo, pero no respondió. Se sentó, pasó una temblorosa mano por la frente y bajó la vista hacia su brazo. Torció el gesto.

—Maldita sea. Se me ha roto la *jodida* manga.

Sacudí la cabeza y maldije con amargura en voz baja. Su *manga*. Casi acababa de perder la vida y todo lo que le importaba era su *jodida manga*. Con un estremecimiento convulsivo de todo el cuerpo, abrí la boca para decirle exactamente lo que podía hacer con esa manga, pero un extraño ruido atragantado escapó de Coco. La miré alarmado. Luego con incredulidad.

No se estaba atragantando en absoluto.

Se estaba *riendo*.

Sin decir una palabra, y sin dejar de sacudir los hombros, se estiró para desgarrar la tela de la otra manga. Beau se quedó boquiabierto, mientras intentaba apartarse de ella con indignación.

—¿Perdona? ¡Mi madre me compró esta camisa!

—Ahora vas a juego. —Coco lo agarró de los brazos y se rio con más ganas—. Tu madre te dará su aprobación cuando te vea. Es decir, *si es que* te vuelve a ver. No sé si te das cuenta, pero casi mueres. —Le dio una palmada en el pecho como si estuviesen compartiendo una broma hilarante—. Casi *mueres*.

—Sí. —Beau escudriñó su cara con recelo—. Ya lo has mencionado.

—Puedo arreglar tu camisa, si quieres —se ofreció Célie—. Llevo aguja e hilo en mi bolsa... —Dejó la frase sin terminar cuando vio que Coco seguía riéndose como una loca. Cuando esa risa se convirtió en algo más oscuro,

desquiciado, Beau la abrazó sin dudar. Los hombros de Coco se sacudían ahora por una razón completamente diferente y enterró la cara en el hombro de Beau, sollozando de manera incoherente. Beau pasó uno de sus brazos en torno a su cintura, el otro por su espalda, y la abrazó con fuerza, con pasión, mientras murmuraba palabras dulces a su oído. Palabras que no pude oír. Palabras que no *quise* oír.

Aparté la mirada.

Ese dolor no era para mí. Esa vulnerabilidad. Me sentí como un intruso. Verlos juntos... la manera en que Beau la meció con suavidad, la forma en que ella se aferraba a él como si fuese lo último que le quedara en la vida... me hizo un nudo en la garganta. Cualquiera podía ver cómo acabaría aquello. Coco y Beau llevaban meses bailando uno alrededor del otro. Sin embargo, la inevitable ruptura y el consiguiente dolor estaban igualmente claros. Ninguno de los dos estaba en condiciones de iniciar una relación. Compartían demasiado dolor entre ambos. Demasiada aflicción. Celos. Rencor. Incluso en las mejores condiciones, no hubiesen sido adecuados el uno para el otro. Como agua y aceite.

Levanté la vista hacia Lou. Nosotros también habíamos sido inadecuados el uno para el otro.

Y al mismo tiempo tan tan adecuados...

Con un suspiro, retomé el camino con pasos pesados. Mis pensamientos eran aún más pesados. Célie me siguió en silencio. Cuando llegamos hasta Lou, entrelacé sus dedos fríos con los míos y nos giramos hacia el faro.



Beau y Coco se reunieron con nosotros unos minutos después. Aunque Coco todavía tenía los ojos hinchados y

rojos, ya no lloraba. En vez de eso, llevaba los hombros muy rectos. Orgullosa. Llena de agujeros, la camisa de Beau todavía humeaba un poco, revelaba más piel de lo que era prudente en enero. No hablaron de lo que había sucedido, nosotros tampoco.

Estudiamos el faro en silencio.

Se alzaba desde el suelo como un dedo torcido que llamara al cielo. Una única torre de piedra. Sucia. Ruinosa. Oscura contra el amanecer. No parpadeaba llama alguna en el receptáculo de debajo del tejado inclinado.

—El chico del establo dijo que nadie enciende las antorchas ya —comentó Célie en voz baja. No le pregunté por qué susurraba. Se me habían puesto de punta los pelos de la nuca sin explicación alguna. Las sombras parecían arremolinarse más densas de lo normal—. Dijo que hace años que no se encienden.

—El chico del establo habla mucho. —Beau nos miró a todos con nerviosismo. Mantuvo el brazo firme en torno a la cintura de Coco—. ¿Hemos... alguien ha *visto* de verdad a un *cauchemar*?

—Ya os lo he dicho —dijo Célie—. Era una gran bestia musculosa llena de dientes y garras y...

—Cariño, no. —Beau levantó la mano libre con una sonrisa forzada—. Quería decir... —rebuscó las palabras adecuadas durante un momento antes de encogerse de hombros— que si alguien *más* ha visto a un *cauchemar*. Preferiblemente alguien que no saliera corriendo dando gritos.

Coco le regaló una sonrisa. Divertida. Parecía fuera de lugar en su rostro adusto. Con cierta sorpresa, me di cuenta de que no recordaba la última vez que Coco había sonreído de verdad. ¿Lo había hecho alguna vez? ¿Lo había visto yo? Cuando le dio a Beau un pellizco en las costillas, él pegó un grito y dejó caer el brazo.

—Tú mismo tienes un falsete precioso —comentó—. Casi lo había olvidado.

Aunque Coco sonrió aún más al ver la indignación de Beau, su sorpresa, la bravuconería de ella parecía frágil. Delicada. No me apetecía verla romperse. Le di a Beau un golpecito en el hombro.

—¿Te acuerdas de la bruja de Modraniht? —le pregunté. Su boca se aplanó.

—No hablamos de ella.

—*Yo sí* que me acuerdo. —Coco me lanzó una mirada apreciativa. Duró solo un abrir y cerrar de ojos; tan breve que podría haberla imaginado—. Le gustó bastante tu pequeña actuación, ¿verdad?

—Soy un cantante excelente —dijo Beau con dignidad.

—Eres un *bailarín* excelente.

Me reí, casi en contra de mi voluntad.

—Yo recuerdo que Beau salió corriendo y dando gritos esa noche.

—¿Qué es esto? —Nos miró a uno y a otra, las cejas y la nariz arrugados en señal de alarma—. ¿Qué está pasando aquí?

—Ella te *dijo* qué aspecto tiene un *cauchemar*. —Aunque Coco no miró a Célie, no reconoció su existencia siquiera, sospechaba que esta afirmación sería la única disculpa que recibiría Célie—. No seas tonto. Escucha.

Con un largo suspiro sufrido, Beau inclinó la cabeza en dirección a Célie, que se puso un poco más recta.

—Mis disculpas, *señora* —musitó. Sonó como un niño malhumorado—. Lo que *quería decir* es que si alguien se ha *enfrentado* alguna vez a un *cauchemar*. Algo de experiencia real podría suponer la diferencia entre sobrevivir indemnes a este encuentro y que tirasen nuestras cabezas al mar.

—¿Ese es tu miedo? —Lou ladeó también la cabeza para mirarlo bien. Se había vuelto inusualmente silenciosa desde

que llegamos al faro. Inusualmente quieta. Hasta ahora, sus ojos no se habían apartado de las oscuras sombras en la base de la torre—. ¿La decapitación?

El ceño de Beau reflejó el de Lou.

—Yo... bueno, no parece demasiado agradable, no.

—Pero ¿te da miedo? —insistió—. ¿Atormenta tus sueños?

Beau soltó un bufido desdeñoso ante esa pregunta tan peculiar, sin molestarse en disimular su exasperación.

—Enséñame a alguien al que no le dé miedo la decapitación y yo te enseñaré a un mentiroso.

—¿Por qué? —Coco entornó los ojos—. ¿Adónde quieres ir a parar, Lou?

Los ojos de Lou volvieron a las sombras. Las miró como si tratara de descifrar algo. Como si escuchara un lenguaje silencioso.

—Un *cauchemar* es una pesadilla —explicó como de pasada, todavía distraída—. Nos parecerá distinto a cada uno de nosotros, pues tomará la forma de nuestros mayores temores.

Se produjeron unos instantes de silencio horrorizado mientras registrábamos del todo sus palabras.

Nuestros mayores temores. Una inquietante sensación bajó de puntillas por mi columna, como si la criatura nos estuviese observando en ese mismo momento. Aprendiendo sobre nosotros. Ni siquiera *sabía* cuál era mi mayor temor. Daba la impresión de que el *cauchemar* me lo diría.

—¿Te has... alguna vez te has enfrentado a uno? —le preguntó Coco a Lou—. ¿A un *cauchemar*?

Una sonrisa taimada se desplegó por la cara de Lou. Aun así, no apartó la vista de las sombras.

—Una vez. Hace mucho tiempo.

—¿Qué forma adoptó? —quiso saber Beau. Los ojos de Lou saltaron hacia los suyos.

—Eso es muy personal, Beauregard. ¿Qué forma adoptará *para tí*? —Cuando Lou dio un paso hacia él, Beau se apresuró a dar un paso atrás—. No decapitación. Tampoco ahogarse. —Ladeó la cabeza y se acercó más, empezó a caminar a su alrededor. Lou no sonrió. No se burló—. No, tu miedo no es tan vital, ¿verdad? Le temes a otra cosa. A algo periférico.

Cuando respiró hondo y sus ojos se iluminaron al darse cuenta de lo que era, la agarré de la mano y tiré de ella atrayéndola a mi lado.

—Este no es el momento ni el sitio —declaré en tono seco—: Tenemos que centrarnos.

—Por supuesto, Chass. —Agitó una mano en dirección a la puerta podrida—. Tú primero.

Miramos todos hacia allí. No se movió nadie.

Eché una miradita hacia atrás, hacia el pueblo, hacia las docenas de puntitos de luz. El sol ya había salido. Los aldeanos se habían reunido. Se pondrían en camino pronto. Disponíamos de media hora, quizá de un cuarto de hora más, antes de que ascendiesen hasta nosotros. Hasta el monstruo del interior, ajeno a lo que se le avecinaba.

Deberíais quedaros al margen, chico. Esta no es vuestra guerra.

Cuadré los hombros.

Con una respiración profunda, me dispuse a abrir la puerta, pero Célie (¡Célie!) se me adelantó.

Su mano parecía más pálida y pequeña de lo habitual contra la madera oscura, pero no vaciló. Empujó con todas sus fuerzas, una vez, dos, tres, hasta que las bisagras por fin cedieron con un chirrido. El sonido atravesó el silencio de primera hora de la mañana y asustó a un par de gaviotas posadas sobre las vigas. Beau dio un respingo y maldijo.

Lou hizo lo mismo.

Con una última respiración profunda, di un paso para entrar.

CAPÍTULO 10

EL CAUCHEMAR



Reid

Los pisos inferiores no tenían ventanas para dejar entrar el sol de primera hora de la mañana, así que el interior del faro siguió oscuro. El aire era frío y húmedo. Rancio. El suelo estaba cubierto de cristales rotos que centelleaban bajo la estrecha franja de luz procedente de la puerta. Una criatura pequeña y asustada cruzó a la carrera, y los fragmentos tintinearón bajo sus patitas. Miré con mayor atención.

Espejos. Espejos rotos.

Cada uno reflejaba pedazos diferentes de la sala circular: ganchos oxidados en las paredes, cuerdas enrolladas sobre ellos, vigas combadas por encima de nuestras cabezas. En un rincón había una cama mohosa, junto con una cacerola de hierro sin lustre. Los restos del último farero que había vivido ahí. Me adentré más en ese revoltijo de sala, pendiente de cómo cambiaban los reflejos. Aquí, un ojo muy abierto de Célie. Allí, la boca fruncida de Beau. Allá, los hombros tensos de Coco. Lou mantuvo una mano sobre mis riñones.

Más allá de nuestras pisadas, no había ningún otro sonido que penetrara en el silencio.

Puede que la criatura ya hubiese seguido su camino. Puede que el padre Achille hubiese estado equivocado.

La puerta se cerró de golpe a nuestra espalda.

Tanto Coco como Célie saltaron hacia Beau con chillidos idénticos. Sin embargo Beau, de algún modo, les falló a las dos al dar un respingo hacia un lado con una violenta maldición. Las chicas no tuvieron más remedio que abrazarse mientras yo pasaba hecho un basilisco. Abrí la puerta de mal modo.

—No pasa nada —dije con firmeza—. Ha sido el viento.

El mismo viento me acarició las mejillas, aunque trajo consigo una risa suave.

¿Eso era...?

Casi se me paró el corazón.

Miré a un lado y a otro repetidas veces, giré en redondo. Los demás imitaron mis movimientos con expresiones de pánico.

—¿Qué pasa? —Coco sacó un cuchillo de su manga—. ¿Has oído algo?

Los latidos de mi corazón atronaban en mis oídos.

—Pensé que había oído... —*Al arzobispo*, estuve a punto de decir, pero las palabras quedaron atoradas en mi garganta. Creí haber oído al *arzobispo*. Pero eso era imposible. No estaba aquí. Y él nunca se reía. Y yo no le tenía *miedo*.

Fue como volver a estar en La Fôret des Yeux. En lugar de árboles, el *cauchemar* se burló de mí retorciendo mis pensamientos para convertirlos en pesadillas. Podría haberme escondido entre las sombras. Célie había descrito a una bestia enorme, pero quizá pudiese cambiar de forma. No sabíamos casi nada sobre esta criatura o sus habilidades. Su apetito.

Aspiré una bocanada de aire para tranquilizarme.

Los «cauchemars» son conocidos por su crueldad, pero esta criatura no ha atacado todavía.

Cruel o no, no le había hecho daño a nadie. Esa risa... no era más que producto de mi imaginación. Un mecanismo de defensa que el *cauchemar* había cultivado para protegerse. Para *protegerse*. No para atacar. No para matar o mutilar o comer.

Aun así, sus tácticas no eran precisamente agradables. Cuando la risa volvió a sonar, saqué una daga de mi bandolera; giré en redondo hacia el origen del sonido.

No había sido el *cauchemar* para nada.

Había sido Lou.

Bajé la daga despacio.

Ajena a lo ocurrido, Lou se inclinó por delante de mí para mirar dentro de la sala. Seguía riéndose bajito.

—Se huele el miedo en este sitio. Es potente. Como si estuviese vivo. —Cuando la miramos, desconcertados, señaló hacia las paredes—. ¿No lo oléis? Impregna las cuerdas —su dedo se giró hacia la madera blanda del suelo —, tiñe los cristales. Toda la habitación rezuma miedo.

—No —dije con sequedad, y con ganas de estrangularla—. No huelo nada.

—Entonces, quizá sea tu miedo el que huelo, no al *cauchemar*. —Cuando otra ráfaga de viento entró por la puerta, se le borró la sonrisa y ladeó la cabeza de nuevo. Escuchó—. No obstante, sí que parece diferente. Parece... — Pero se guardó las palabras que iba a decir y dejó que la frase se prolongase con el silencio. Su mano se apretó contra mi espalda.

»Creo que deberíamos irnos.

Sorprendido por su reacción (aunque en cierto modo no), me acerqué a la escalera de caracol en el centro de la habitación. La madera estaba medio podrida. Con cautela, probé el escalón de abajo con mi pie. Se combó bajo mi peso.

—Lo haremos. Cuando hayamos avisado a la criatura. Cuando le hayamos pedido ayuda.

Durante un instante, parecía que me lo iba a discutir. Enroscó el labio. Sus ojos se oscurecieron. Sin embargo, su expresión se aclaró a la misma velocidad y bajó la barbilla en un ligero asentimiento. Pasó a mi lado para subir las escaleras.

Subimos los dos siguientes pisos en fila india. Paso a paso. Despacio. Cautos. Solo paramos a inspeccionar las ruinosas habitaciones, pero el *cauchemar*, si es que estaba por aquí, permaneció oculto.

—¿Qué ha sido eso? —Beau giró la cabeza hacia la puerta de nuestra derecha, hacia el ominoso quejido procedente del otro lado—. ¿Habéis oído...? —Algo crujió por encima de nosotros y otra ráfaga de viento subió por las escaleras. Beau se volvió hacia Coco—. ¿Has sido tú?

Los ojos de Coco saltaron por todas partes a nuestro alrededor.

—¿Por qué iba a *gemir*?

Que Beau no respondiera era prueba suficiente de su pánico. En lugar de eso, casi tropezó con Célie cuando esta se agachó para recoger algo de la mohosa escalera. Brilló entre sus dedos en la oscuridad. Un fragmento de espejo. Se enderezó y lo sujetó delante de ella como un cuchillo.

Hubo un momento de silencio mientras la mirábamos.

—¿Qué? —masculló a la defensiva, con la cara casi blanca—. Nadie me ha dado un arma.

Para mi sorpresa, Coco respondió agachándose a recoger su propio trozo. Lo sujetó delante de ella con la mano libre, sin decir nada del cuchillo que llevaba en la otra, y asintió en dirección a Célie. Luego le dio un golpecito a Beau, que las miró a ambas, perplejo.

—No puedes decirlo en serio. Es más fácil que nos hagamos daño nosotros mismos que al *cauchemar* con

semejante basura.

Puse los ojos en blanco y le planté una daga en la palma de la mano antes de agarrar mi propio trozo de cristal. Al ver la mirada de incredulidad de Célie, un lado de mi boca se curvó hacia arriba.

—¿Qué? —Me encogí de hombros y seguí subiendo las escaleras, sin mirar atrás—. Ha sido buena idea.

Nos dirigimos en silencio y con sigilo hacia el último piso. Cuando la puerta de abajo se cerró de un portazo otra vez, oímos a Beau susurrar enseguida.

—Estoy tan en contra de airear mis trapos sucios como cualquiera, pero tal vez, visto lo visto... puede que ayude... discutir nuestros miedos. —La madera debajo de él emitió un crujido ominoso y Beau soltó el aire con brusquedad—. Por ejemplo, si uno de vosotros pudieseis reiterar cómo jamás *soñaríais* con ignorarme u olvidarme, sería genial. Es una idea ridícula, lo sé, pero por el bien de...

—Calla —espetó Lou. La escalera terminaba con una puerta justo por encima de ella. Ladeó la cabeza de nuevo, vacilante, antes de abrirla de un empujón y colarse en el interior. La seguí tan de cerca que casi choqué con ella al ponerme en pie. Lou se había parado en seco para escudriñar el último piso: una sala diáfana, sin paredes para protegernos de los elementos. Solo un puñado de vigas sujetaba el tejado en su sitio y el sol entraba a raudales desde todas direcciones, erradicando las últimas sombras. Solté un suspiro de alivio. El *cauchemar* no estaba ahí. No había *nada* ahí, salvo un enorme receptáculo para el fuego. Construido en el centro del suelo de piedra, estaba vacío. Nada de madera, ni cenizas. Excepto...

Lou se mantenía perfectamente quieta, el viento azotaba su pálido pelo contra su cara.

Excepto que no estaba vacío en absoluto.

Desde el receptáculo cóncavo se alzó una enorme figura.

Envuelta en telas sucias, cargó hacia nosotros con las ennegrecidas manos estiradas. Salté hacia el lado de Lou, pero ella ya se había movido, abalanzándose hacia delante a la velocidad del rayo. Cuando hizo columpiar la espada y le dio a la criatura un tajo en la zona media, esta se echó hacia atrás como un gran oso. Aunque una capucha ocultaba su pelo, su cara, sus *dientes*, atacó a Lou con una enorme zarpa y ella salió volando por los aires. Me lancé hacia ella y la agarré de la muñeca antes de que pudiera resbalar por el borde de la sala, al tiempo que los otros atacaban. Sus cuchillos y sus espejos centellearon a la luz del sol.

—¡Parad! —El viento se llevó mi grito—. ¡No le hagáis daño! Estamos aquí para *advertir* a la criatura, no... ¡parad!

El *cauchemar* se tambaleó dando un paso hacia atrás, con las manos todavía en alto, pero no dudó en lanzarle un zarpazo al cristal de Coco y rugir cuando ella le cortó el muslo. Coco se escabulló fuera de su alcance antes de que pudiera cerrar las manos en torno a su cuello. Y entonces llegó el primer terror.

Aunque Lou nos había prevenido, nada hubiese podido prepararme para el espantoso arrebató de miedo. De *dolor*. Mi visión destelló blanca, cegadora, y resbalé, apoyé una rodilla en el suelo. Por los gritos de sorpresa de los otros, estaban experimentando lo mismo.

Una habitación negra, cadenas aún más negras. Frío contra mi piel. Mal. La sangre resbala desde mis muñecas al suelo en un goteo constante. Cuento cada gota. Ella regresa al principio de cada hora. Tres mil seiscientos segundos. Tres mil seiscientas gotas. Cuando la puerta abre una rendija en la gota tres mil quinientos sesenta y dos, reprimo un grito. Una sierra. Una sierra de mano. La levanta a la luz de las velas. «Me pregunto si está en tus huesos. Como en los de ellos».

Caí sobre las manos mientras la mujer sin rostro avanzaba. Boqueé en busca de aire. Sacudí la cabeza. Forcé a mis ojos a que vieran la realidad en lugar del brillo del hueso: a ver a Lou, retorciéndose en el suelo a mi lado; a ver a Coco en posición fetal; a ver a Beau tirado bocarriba; a ver a Célie temblando, con los ojos como platos.

Lancé mi esquirra de cristal, que impactó, con la punta por delante, en el hombro de la criatura. Me levanté de un salto y saqué otro cuchillo de mi bandolera. El *cauchemar* no se amilanó. Un ruido retumbante se acumuló en su pecho, pero ignoré el gruñido y avancé. Los otros se esforzaron en vano por unirse a mí. Otra oleada de miedo nos incapacitó antes de que pudiéramos llegar hasta la bestia.

Solo. Estoy solo. ¿Dónde está él? ¿Dónde está dónde está donde está...?

Apreté los dientes y continué, desorientado, tambaleándome contra el blanco parpadeante como un borracho.

«*Habla.* —Una voz alta e imperiosa. La voz de ella—. *O le sacaré los ojos a tu hermano. ¿Es un castigo apropiado? Él te ha dejado mudo. Yo lo dejaré ciego*». Pero no soy capaz de hablar. Drogado. La droga. Se solidifica en mi sistema. El grillete en mi cuello me asfixia. Gemido. Intento gemir, pero ella solo se ríe. Los gritos de él llenan el aire. Sus súplicas.

Oh, Dios mío.

Esto no estaba bien. Yo no le tenía miedo a la tortura. No estaba *mudo*...

Centellearon más imágenes. Trozos rotos, horror fragmentado. Una mandíbula hinchada. Un hambre irreprimible. Jeringas vacías, el ardiente dolor de la infección. Una risa heladora y pan correoso. Y durante todo ello, un pánico agudo e insoportable.

¿Dónde está dónde está dónde está dónde está...?

Lobos aullando.

Eucaliptos.

Pelo como rayo de luna.

Pelo como rayo de luna.

Parpadeé repetidas veces, mi visión se aclaró al mismo tiempo que la de Lou. Con un agudo grito de guerra Lou se lanzó hacia delante, con un cuchillo en alto. La agarré por la cintura para alejarla del *cauchemar*, que seguía agitando las manos de manera frenética... como si tratara de decirme algo. Me dio un violento retortijón.

—Espera, creo... creo que está...

Con un movimiento torpe y desarticulado, el *cauchemar* retiró su capucha.

Lo miré pasmado.

Al contrario de la descripción de Célie, el *cauchemar* no tenía la piel del color de las sombras ni dientes afilados. Tenía el pelo apelmazado, sí, pero sus ojos hinchados inspiraban más miedo que su tocayo. Su mandíbula rota evocaba más ira. Mi visión se centró en su muslo lacerado, en las feas ronchas rojas de enfermedad sobre su piel rojiza. En la sangre pegada a sus pantalones andrajosos. A este *cauchemar* le habían dado una paliza. Gorda.

Tampoco era un *cauchemar* para nada.

Era Thierry St. Martin.

Lou se retorció para soltarse de mi agarre y esprintó hacia él una vez más. Increíblemente, la agarré por la muñeca.

—Lou, para. *Para*. Este es...

—Suéltame —bufó. Seguía forcejeando como loca. Frenética. *Turbada*—. Déjame que lo mate...

Sentí que mi ira se avivaba, ardiente y repentina. Apreté las manos, la arrastré hacia atrás hasta mi lado y la retuve ahí.

—Para ya. No te lo volveré a pedir. Es Thierry. ¿Lo recuerdas? Thierry St. Martin.

Al oír su nombre, Thierry se apoyó aliviado contra el receptáculo de piedra. Noté su presencia en mi mente, y vi una imagen de mi propia cara, antes de que pudiera balbucear una única palabra.

Reeeidd.

Me resistí al impulso de acudir a su lado, de pasar un brazo por encima de sus hombros para darle apoyo. Parecía a punto de colapsar. Bajé la voz, intenté calmarlo.

—Estoy aquí —murmuré—. Todo va a ir bien. Lou ya te ha reconocido. ¿Verdad, Lou?

Por fin, *por fin*, Lou dejó de forcejear y yo aflojé mi agarre.

—Sí. —La voz suave. Miró de Thierry a mí durante un largo momento. Me quedé perfectamente quieto, receloso del extraño fulgor en sus ojos: salvaje y brillante, como el de un animal arrinconado—. Sí, lo reconozco.

Entonces dio media vuelta y huyó.



Lou embistió contra los otros, los desperdigó a los lados, pero no frenó cuando llegó a la puerta. Célie giró como una peonza al recibir el impacto, pero Coco la agarró del codo antes de que cayera dando volteretas por las escaleras. Maldiciendo como un loco en respuesta, Beau le lanzó una retahíla de insultos a Lou, pero ella no se detuvo. Las sombras se cerraron a su alrededor mientras seguía su carrera, hasta que dejamos de verla.

Thierry levantó una mano débil. Dos de sus dedos parecían estar rotos. Habló con la voz entrecortada por la urgencia, lento por la concentración.

—Atrapaad... la.

No me paré a pensar. A vacilar. A sopesar la determinación que se endurecía en mi pecho. Esta sensación... esta ardiente sensación de justicia, de rectitud, me resultaba familiar. De un modo inquietante.

Lou corrió escaleras abajo a una velocidad antinatural. Ya estaba en la planta baja. En cuestión de segundos, saldría por la puerta.

—¡Lou!

Mi grito reverberó con una furia inesperada. No comprendía por qué me temblaban las manos y se me apretaron los dientes. No comprendía *por qué* necesitaba atraparla. Pero así era. Necesitaba atraparla del mismo modo que necesitaba respirar. Beau había tenido razón: algo iba mal en este lugar. Terriblemente mal. Era algo que iba más allá de la magia de Lou. Más allá de la muerte de Ansel. Más allá del luto.

Como una fruta dejada al sol para pudrirse, Lou se había abierto de par en par y algo malo había crecido en su interior.

Quizás había ocurrido durante La Mascarade des Crânes. Quizás antes, o después. No importaba. Había *ocurrido* y, aunque mis instintos habían intentado prevenirme, los había ignorado. Ahora propulsaron mis pies hacia delante más deprisa. Más deprisa aún. Me decían que si Lou llegaba a la puerta, si desaparecía en los acantilados más allá, no volvería a verla jamás. Eso no podía suceder. Si solo pudiese atraparla, *hablar* con ella, podría arreglar las cosas, podría arreglarla a *ella*. No tenía ningún sentido, pero así era. Esta persecución se había convertido de pronto en la más importante de mi vida. Y no ignoraría mis instintos por más tiempo.

Cuando terminó de bajar el último tramo de escaleras, respiré hondo.

Después agarré la barandilla espiralada y salté por encima.

Un aire frío y húmedo rugió en mis oídos mientras caía al suelo. Con los ojos como platos al mirar hacia atrás, Lou corrió hacia la puerta.

—Mie... —Su palabrota terminó con un chillido cuando aterricé sobre ella. Se retorció para arañarme la cara, los ojos, pero la tomé de las muñecas y se las inmovilicé contra el suelo. Cuando siguió forcejeando y contoneándose, me senté a horcajadas sobre ella, los cristales rotos me cortaron las rodillas mientras peleábamos. Mi peso, sin embargo, la mantenía restringida. Inmovilizada. En cambio, estampó la cabeza contra mi mandíbula. Rechiné los dientes y apreté mi frente contra la suya. Con fuerza.

—Para —gruñí, y aplané todo mi cuerpo contra ella. Los otros bajaron por las escaleras en una cacofonía de gritos—. ¿Qué te *pasa*? ¿Por qué huyes?

—El *cauchemar*. —Forcejeó con más ahínco, jadeaba como una posesa—. Se... se ha transformado en... en Thierry... —Pero la mentira se hizo añicos en su boca cuando Thierry llegó cojeando. Entre los fragmentos de espejo, su odio tan real se refractaba desde todos los ángulos. Sus heridas eran igualmente reales. Coco llegó detrás de él, se dejó caer en el suelo a nuestro lado. Meneó su antebrazo ensangrentado por el aire encima de la boca de Lou, en una amenaza tácita muy clara.

—No me obligues a hacerlo, Lou.

El pecho de Lou subió y bajó deprisa debajo del mío. Al darse cuenta de que la batalla estaba perdida, enseñó los dientes en una sonrisa empalagosa.

—¿Así es como tratas a una amiga, Cosette? ¿A una hermana?

—¿Por qué has huido? —repitió Coco. Su expresión no mostraba calidez alguna mientras miraba a su amiga. Su

hermana. En vez de eso, los ojos de Coco centellearon con un frío gélido, impenetrable. Las dos podían haber sido perfectas extrañas. No, enemigas—. ¿Por qué lo has atacado?

—Lo hemos atacado todos —escupió Lou con una mueca de desdén.

—No después de ver su cara.

—Me sorprendió. Mira en qué estado está.

Al oír eso, Thierry cerró los puños con fuerza. Beau hizo una mueca al ver sus dedos amoratados.

—Tal vez deberíamos volver a la capilla, conseguir víveres —sugirió—. Necesitas atención médica...

«*Eellaa*», lo interrumpió Thierry. La palabra llegó forzada, ahogada dentro de nuestras mentes.

Célie ahogó una exclamación ante la intrusión mental, y sus ojos saltaron alucinados de Thierry a mí.

—¿Qué *ella*? —pregunté—. ¿Qué te ha pasado? —Mi voz resonó demasiado fuerte en la sala en ruinas, mis mejillas arreboladas y mi cuello en tensión se reflejaban en los espejos rotos. Parecía desequilibrado. Fuera de control—. ¿Dónde has estado?

Sin embargo, parecía que no podía contestar. Las imágenes parpadearon como locas otra vez, cada cual más incoherente que la anterior. Cuando su mirada negra se clavó con ademán significativo en Lou, se me cayó el alma a los pies. Mis manos se convirtieron en hielo. Mareado por la inquietud, agobiado por el arrepentimiento, hablé con los dientes apretados.

—Cuéntamelo, Thierry. Por favor.

Thierry gimió y se dejó caer contra la balaustrada. *Ella*.

Célie negó con la cabeza como si intentara quitarse de encima una mosca irritante. Sin embargo, no podía quitarse de la mente la voz de Thierry. No podía impedir su magia.

—Pero... —balbuceó, aturdida—, ¿qué tiene Louise que ver con... —miró boquiabierta sus múltiples heridas antes de apartar la vista a toda prisa— c... con tu infortunio?

—No puede responderos. Todavía no. —La mirada fiera de Coco no se apartó de Lou en ningún momento—. Está agotado y herido, y la magia requerida para hablar es demasiada.

—¿Lo han... crees que lo han torturado?

—Sí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Célie; era obvio que estaba horrorizada—. ¿Por quién?

Coco entornó los ojos.

—Él mismo ha contestado a la última pregunta.

Al unísono, todos nos volvimos hacia Lou, pero sus ojos seguían fijos en Coco. Se estudiaron durante lo que pareció una eternidad; ninguna parpadeó, ninguna reveló ni un ápice de emoción, antes de que una sonrisa lenta y extraña se desplegara por el rostro de Lou.

—Dos hermosas princesas, una dorada y una roja —cantó, su voz era familiar y al mismo tiempo no—. Se deslizaron hacia la oscuridad. Ahora la dorada está muerta.

Un escalofrío serpenteó por mi columna ante esas palabras tan extrañas. Ante su sonrisa. Ante sus ojos... algo cambió en ellos mientras nos miraba. Algo... siniestro. Parpadearon casi plateados, como...

Como...

Mi mente se negó en redondo a aceptar esa posibilidad.

Lou soltó una carcajada.

Coco retrocedió y exhaló una maldición ahogada.

—No. —Repitió la palabra como un mantra, su mano voló hacia su cuello, arrancó el collar de su madre—. No, no, no, no, *no*... —Cuando deslizó el medallón por su antebrazo ensangrentado, refulgió escarlata un breve momento antes

de abrirse con un clic. Lo empujó hacia mí—. Levántala. Levántala *ahora*.

Me apresuré a hacer lo que me pedía, pero Lou atacó con la velocidad de una víbora; hundió los dientes en la carne suave de mi mejilla. Me eché hacia atrás con un rugido. Lou levantó la rodilla con una fuerza alarmante justo contra mi entrepierna. Me hice un ovillo al instante por el dolor tan atroz. Unas estrellitas salpicaban mi visión y oleadas de náuseas sacudían todo mi cuerpo. Vagamente, oí a Lou levantarse de un salto. Pero no podía moverme. No podía *respirar*.

Célie empujó mis costillas con su bota.

—Levántate —me conminó, con su voz callada y temerosa. Oí cristales que crujían y cuerpos que se golpeaban en alguna parte detrás de mí. Me dio otra patadita en el costado—. Se va a escapar. ¡Levántate!

Con un ruido gutural, me obligué a ponerme en pie. Aunque toda mi mitad inferior dolía a rabiar, me apresuré a unirme a Beau y a Thierry cerca de la puerta, donde hacían grandes esfuerzos por sujetar a Lou. Ella bufó y escupió cuando Coco intentó forzar sangre a través de sus labios. Con un hombre sujetándola a cada lado, me coloqué detrás de ella, pasé un brazo alrededor de su cintura y cerré el puño en torno a su pelo. La obligué a echar la cabeza atrás. El movimiento dejó su cara al descubierto para Coco, que actuó deprisa, impregnando de sangre la boca de Lou.

Lou gritó y se quedó quieta al instante. Unas ampollas se formaron donde la sangre había tocado sus labios.

—¿Qué pasa? —pregunté, desesperado. Mi estómago era un revoltijo de miedo, de arrepentimiento, de *determinación* desleal y traicionera. No la solté—. ¿Qué le has hecho?

—Pensé que tu sangre solo la *apaciguaría*... —La voz frenética de Beau era un fiel reflejo de la mía. Observó

horrorizado cómo la espalda de Lou se arqueaba para por fin desplomarse en nuestros brazos.

Coco dio un paso atrás, sus ojos refulgían de satisfacción.
—La sangre de un enemigo envenena.

La sangre de un enemigo envenena.

Unas palabras absurdas. Ridículas. Y aun así...

La realidad empezó a cobrar forma en mis entrañas, aunque mi mente todavía protestara.

Beau sacudió a Lou cada vez más histérico, le costaba respirar. Tenía la cara roja.

—¿Qué *mierda* quiere decir eso? —La sacudió con más fuerza—. ¿Está... la acabamos de...? —Pero Coco se limitó a agarrar la barbilla de Lou como respuesta y la obligó a abrir un párpado tembloroso. *No está muerta*. Repetí las palabras, en un intento por calmar el atronador sonido de mi corazón desbocado. Como una forma de ignorar mi aprensión creciente. *No está muerta. No está muerta. No está muerta. Solo está...*

—Dijiste que estaba claro que había algo mal en ella. —Coco recuperó su medallón de donde había caído al suelo. Lou sufrió un espasmo en respuesta—. Dijiste que iba más allá de la aflicción.

—Eso no quiere decir que la *envenenemos* —protestó Beau, incrédulo—. Sigue siendo *Lou*. Sigue siendo mi *hermana*.

—No. —Coco sacudió la cabeza con vehemencia—. No lo es.

Puso el espejo del medallón delante de Lou y reveló por fin la cruel realidad: estaba sujetando pelo largo y negro en mi mano, no blanco. La cintura a la que abrazaba tampoco era la correcta. Aunque no podía sentir sus huesos debajo de mis dedos, veía cada costilla en su reflejo. Su piel lucía enfermiza. Pálida como el alabastro. No era la suave piel

dorada y pecosa que yo amaba. Y tenía cicatrices... estaba llena de cicatrices.

Mi pulso se ralentizó hasta adoptar un ritmo mortecino y constante mientras interiorizaba la verdad. Un veneno en sí mismo. Noté su tacto frío en el pecho, noté cómo se cristalizaba alrededor de mi corazón. Cuando bajó reptando por mi columna y mis piernas, debilitándome, mis rodillas cedieron y me desplomé, arrastrando el cuerpo de Lou en mi caída. Contemplé su rostro laxo en mi regazo. Los círculos oscuros debajo de sus ojos se habían profundizado desde la víspera. Sus pómulos eran más marcados ahora. Había estado luchando contra un veneno de una clase totalmente diferente. Una enfermedad.

Nicholina le Clair.

Un intenso fuego brotó como lava a través del hielo, y derritió todo a su paso. Me temblaban las manos. Mi pecho subió y bajó.

—Sácala de ahí —gruñí.

CAPÍTULO II

NINGUNA ROSA SIN ESPINAS



Reid

En respuesta, Coco cruzó a toda prisa hasta la puerta, la abrió de par en par y dejó que el sol entrara en la sala destrozada. Pero el sol... hizo poco ahora por desterrar las sombras. En lugar de eso, refractaba arcoíris de luz por espejos rotos, y esos espejos rotos... tampoco funcionaban bien. Reflejaban a Lou en mi dirección.

Esta no era Lou.

—Sácala —repetí, engullendo a la aspirante a Lou entre mis brazos. Mis hombros, mi espalda, se redondearon para protegerla de su propio reflejo. No reaccionó a mi contacto. Debajo de mis dedos, su pulso parecía deshilachado y débil. Su piel, aún más fría de lo habitual—. Sácala *ahora*.

—Tenemos que movernos. —Coco corrió de vuelta a mi lado, pasó un brazo por debajo del mío. Intentó ponerme en pie cuando unas voces enfadadas llegaron hasta nosotros desde los acantilados en el exterior. Los aldeanos. La multitud—. Estarán aquí en cualquier momento. —Se giró hacia Thierry—. ¿Existe una puerta de atrás?

Asintió con un esfuerzo supremo. Todavía no podía hablar, pero en cambio señaló hacia la cama. Beau corrió a moverla. Debajo, un montón de cuerdas y cacerolas

oxidadas ocultaban una trampilla. Las apartó de una patada, y forcejeó para levantar el asa de hierro.

—Gracias a Dios que tienes un carruaje, Célie.

—No... bueno, en realidad, yo... —Se retorció las manos, frenética, antes de terminar a toda prisa—. La vara de la rueda se partió en las rocas.

Beau giró en redondo y la miró, pasmado.

—¿La rueda *qué*?

—Todo el mecanismo está destrozado. No podemos usarlo.

—¡Dijiste que tenías un carruaje! —Beau tiró de la puerta con interés renovado—. Eso implica uno que sea *funcional*.

Célie dio un pisotón, irritada, con los ojos clavados en la puerta.

—¡Sí, bueno, nadie me hubiese dejado venir, si no!

—Explícamelo. —Hice caso omiso de los otros dos y hablé a través de mis labios entumecidos. Me temblaba la voz cuando levanté la vista hacia Coco—. Por favor.

Se arrodilló a nuestro lado, su expresión se suavizó un pelín cuando alargó el brazo para rozar la frente de Lou.

—*La Petite Larme* refleja la verdad. No puede mentir.

—¿Cómo es posible?

—Ya te lo dije. Su espejo proviene de una gota de L'Eau Mélancolique. Las aguas tienen propiedades mágicas. A veces curan, a veces dañan. —Eché un vistazo hacia la puerta abierta, y estiró el cuello para ver más allá. El sol ya había salido del todo. Nos habíamos quedado sin tiempo—. Pero siempre dicen la verdad.

Sacudí la cabeza con un movimiento lento y desorientado, aunque la voz de los aldeanos ya sonaba muy cerca. Doblarían el recodo en cualquier momento.

—No. Quiero decir, ¿cómo es que *ella*... cómo es que está dentro de...? —Pero no pude terminar la pregunta. Mi garganta se cerró en torno a las palabras. Volví a bajar la

vista hacia Lou. Hacia las ampollas de sus labios. Sentí un intenso odio hacia mí mismo que me revolvió el estómago. No me había dado cuenta. ¿Cómo podía no haberme *dado cuenta*?

—En el grimorio de mi tía hay un hechizo —explicó Coco a toda prisa. Ya se oían voces individuales. Palabras individuales. Retomó sus esfuerzos por ponerme en pie—. Un hechizo de posesión. Magia arcaica. —*Posesión*. Cerré los ojos cuando la voz de Coco se oscureció—. Mi tía nos traicionó.

—Pero ¿por qué? Le prometimos el Château...

—A lo mejor Morgane también lo hizo.

—¿Me ayudáis o qué? —resolló Beau. Abrí los ojos al instante mientras Célie corría hasta él.

—Pero no tiene *sentido* —insistí, la voz más dura—. ¿Por qué se aliaría con una bruja que os ha maltratado y ha abusado de vuestro aquelarre cada vez?

Unas bisagras chirriaron cuando Beau y Célie por fin lograron abrir la trampilla. Las voces del exterior aumentaron de volumen en respuesta. Resueltas. Agitadas. Cuando ni Coco ni yo nos movimos, Beau gesticuló con alegría hacia el túnel de tierra.

—¿Vamos?

Coco vaciló solo un segundo antes de asentir. Célie vaciló un poco más.

—¿Tenemos la certeza de que es seguro? —Eché una miradita al agujero negro con un pánico palpable. Idénticos círculos blancos rodearon sus iris—. La última vez...

Pero Coco la agarró del codo al pasar por su lado y las dos desaparecieron en el túnel juntas. Beau abandonó la trampilla, que cayó hacia atrás para abrirse del todo con un crujido atronador de madera contra madera, para ir a ayudar a Thierry a cruzar la sala. El pecho de Thierry resollaba a cada respiración. A cada paso. Su cuerpo estaba

fallando. Eso estaba claro. Después de pasárselo a Coco, Beau se giró por fin hacia mí.

—Hora de irse.

—Pero Lou...

—Morirá si nos quedamos aquí. Los aldeanos van a arrasarlo este lugar. —Me ofreció una mano—. Vamos, hermanito. No podemos ayudarla si estamos muertos.

En eso tenía razón. Estreché a Lou entre mis brazos y seguí a los otros.

Beau se coló en el túnel detrás de nosotros y maniobró torpemente con el brazo por la abertura entre la puerta y el suelo, para tirar de la cama y volver a colocarla en su lugar original. Masculló una maldición cuando la trampilla se cerró de golpe sobre sus dedos. Un segundo después, oímos unos pasos atronadores por encima de nuestras cabezas. No tardamos nada en echar a correr detrás de los otros sin decir una palabra más.

El túnel desembocaba en la pared del acantilado, como un kilómetro y medio más abajo, donde un sendero rocoso conducía hasta la playa. La arena negra centelleaba a la luz de la mañana, y las rocas de Fée Tombe nos miraban con malicia desde lo alto, macabras y antinaturales. Como seres sensibles. Me estremecí y deposité el cuerpo de Lou en la arena, con cuidado de permanecer en la sombra de los acantilados. Si a algún aldeano se le ocurriera buscar a su *cauchemar* ahí abajo, no nos vería. No bajaría con sus antorchas y sus horcas.

Me giré hacia Coco, que había sacado un vial de miel de su mochila. Hizo que Thierry lo ingiriera con cuidado antes de llevar su antebrazo hasta los labios del hombre. Thierry tragó una vez, dos, y las contusiones de su cara empezaron a difuminarse de inmediato. Con un suspiro tembloroso, se desplomó hacia atrás contra las rocas. Perdió el conocimiento en cuestión de segundos.

Pero estaría bien. Se curaría.

Lou también.

—Arréglala. —Mi palabra no admitía discusión—. Tienes que arreglarla.

Coco miró a Lou antes de agacharse para rebuscar en su mochila, su rostro era una máscara de tranquilidad. Sus ojos, sin embargo, permanecieron tensos. Su mandíbula, apretada.

—No se puede *arreglar*. Está poseída, Reid. Nicholina ha...

—¡Pues expulsa a Nicholina! —bramé. Mi propia máscara explotó en una oleada de furia. De impotencia. Cuando Coco se enderezó y me miró ceñuda en silenciosa reprensión, me agarré la cabeza con las manos. Cerré el puño en torno a mi pelo, tiré de él, me lo arranqué, *cualquier cosa* para contrarrestar el atroz dolor de mi pecho. La vergüenza coloreó mis mejillas—. Lo siento. No quería gritar. Lo siento. Solo... por favor. Expulsa a Nicholina. Por favor.

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es. —Mi voz iba teñida de desesperación ahora. Dejé caer las manos, giré bruscamente sobre los talones. Y empecé a caminar. De arriba abajo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Más y más rápido, mis pisadas fueron tallando un camino irregular en la arena—. En el libro de Marcos, Jesús lanzó demonios a una piara de seis mil cerdos.

—Esto no es la Biblia, Nicholina no es un demonio, y yo no soy el hijo del *jodido* Dios. —Abrió las manos, su fachada se agrietó solo un poco, y gesticuló hacia la arena y las olas a nuestro alrededor—. ¿Ves algún cerdo?

—Lo que *digo* —mascullé con los dientes apretados— es que seguro existe una forma de expulsarla. Solo tenemos que encontrarla.

—¿Y qué pasó con los poseídos después de que Jesús los purificara?

—No seas estúpida. Estaban *curados*.

—¿Ah, sí? —Sus ojos lanzaron un destello y sacó un vial de sangre de su mochila—. El cuerpo humano no está hecho para albergar más de un alma, Reid.

Giré en redondo hacia ella, mis propias manos volaron por los aires.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Digo que esto no acaba como queremos que acabe —espetó—. Digo que aunque por un auténtico *milagro* consiguiéramos expulsar a Nicholina, Lou no volverá a ser la misma. Haber tocado otra alma de un modo tan íntimo... no solo con un soneto o alguna otra chorrada simbólica, sino haber *tocado* de verdad otra alma, haber compartido el mismo *cuerpo*... no sé si Lou sobrevivirá a eso intacta.

—¿Quieres decir que... su alma podría estar...?

—Fragmentada. Sí. —Eché a andar y se dejó caer al lado de Lou con más fuerza de la necesaria. El pelo rubio de Lou se llenó de arena negra. Yo hice lo mismo al otro lado, aunque retiré la arena con la mano—. Puede que parte de su alma se vaya con Nicholina. Puede que lo haga *toda* su alma. O... —destapó el vial y el acre hedor de la magia de sangre golpeó mis sentidos—. Lou ya podría haberse ido. Estaba muy mal. Si no, Nicholina no hubiese podido poseerla. Su espíritu estaba débil. Roto. Si obligamos a Nicholina a salir, Lou podría... —Aspiró una bocanada de aire tembloroso—. Podría ser ya una cáscara vacía.

—Eso no lo sabes —dije con tono feroz.

—Estás siendo ignorante a propósito.

—Estoy siendo *optimista*.

—¿Crees que no *quiero* creer que Lou se pondrá bien? —Coco negó con la cabeza con expresión disgustada. No... compasiva. Me compadecía a mí. Apreté los dientes hasta

que me dolieron—. ¿Que Nicholina se irá con facilidad, que Lou se despertará y sonreirá y pedirá unos malditos bollos pegajosos? ¿Crees que no *quiero* fingir que los últimos tres meses no ocurrieron jamás? ¿Los últimos tres *años*? —Su voz se quebró con esto último, su fachada por fin astillada, aunque no se amilanó. No apartó la mirada. Ni siquiera cuando lágrimas frescas empezaron a rodar por sus mejillas, cuando cada emoción brillaba con claridad en sus ojos. Cada miedo inconfesado. Su voz sonó más plana cuando continuó—. Me estás pidiendo que sea optimista, Reid, que tenga esperanza. Pero no puedo. No quiero. He tenido demasiadas esperanzas, durante demasiado tiempo. Y ya estoy harta. ¿Y todo para qué? Mi madre se fue, Ansel murió, mi tía me traicionó. La persona a la que más quiero en este mundo ha sido *poseída*. —Soltó una risa desdeñosa entre sus lágrimas, entre el humo que subía flotando de la arena, y llevó el vial a los labios de Lou—. ¿Por qué habría de tener esperanza?

La agarré de la muñeca para interrumpir el movimiento. La obligué a mirarme a los ojos.

—Porque es la persona a la que más quieres en este mundo.

Me miró por encima de nuestras manos. Sus dedos se apretaron en torno al vial.

—Suéltame.

—¿Qué estás haciendo?

—*Curarla*. —Arrancó su muñeca de mi mano y se secó las lágrimas con furia—. Porque al parecer, no puedo curarme a mí misma. Estoy enferma de esperanza, pero no logro quitármela de encima. Sigue aquí, incluso ahora. Me envenena. —Cuando miró otra vez a Lou, una de sus lágrimas rodó de su mejilla al cuello de Lou. A la cicatriz de Lou. Juntos observamos, callados y ansiosos, mientras la

lágrima chisporroteaba sobre su piel para transformar el tajo plateado en algo diferente por completo.

En una mata de espinas y rosas.

Delicada, intrincada, aún plateada y abultada sobre su piel, la cicatriz parecía ahora menos una lacra. Y más una obra de arte.

Y lo era.

Detrás de nosotros, Célie soltó una exclamación ahogada. Un sonido pequeño y maravillado.

—Il n'y a pas de roses sans épines.

No hay rosas sin espinas.

Coco no dijo nada, contempló la cicatriz con una expresión tan neutra que daba miedo. Apenas me atrevía a respirar. Un parpadeo. Dos. Cuando sus ojos se abrieron tras el tercero, la determinación se había cristalizado intensa y brillante en su interior. Casi me eché a llorar.

—Mi sangre envenenó a Lou porque Nicholina había tomado el control —explicó—. No puedo utilizarla para curarla. —Levantó el vial una vez más—. Usaremos a cambio la sangre de mi tía. No expulsará a Nicholina, pero contrarrestará los efectos de la mía. Es poderosa, más poderosa que nada en esta tierra. También es muy escasa. La sisé de su carpa en el campamento de sangre. —Entonces sonrió. Una sonrisa verdaderamente aterradora—. Estoy segura de que no le importará.

Abrió los labios de Lou y volcó el vial entero entre ellos. Lo que ocurrió a continuación fue una maravilla.

Las mejillas de Lou recuperaron de inmediato el color y su respiración se tornó más profunda. Las ampollas de su boca desaparecieron. La cicatriz transformada, sin embargo, permaneció. Si la miraba demasiado de cerca, parecía... ondular bajo la brisa. Sin pensar, levanté una mano para tocarla, pero Beau se aclaró la garganta y me sobresaltó. Se había acercado sin que yo me diera cuenta.

Dejé caer la mano.

—¿Qué pasará cuando se despierte? —preguntó.

La sonrisa de Coco se esfumó.

—Exorcizamos a Nicholina.

—¿Cómo?

El silencio reinó a modo de respuesta. Las olas chapoteaban contra la arena negra. Una gaviota solitaria chilló en lo alto. Al final, Célie intentó sugerir algo.

—Dijiste... dijiste que el medallón de mi padre...

—El medallón de *mi madre* —la corrigió Coco.

—Por supuesto. —Célie se apresuró a asentir, haciendo todo lo posible por no parecer horrible y terriblemente fuera de lugar—. Di... dijiste que la magia del medallón de tu madre proviene de L'Eau Mélancolique. Nos mostró el verdadero reflejo de Nicholina.

—¿Y?

—Dijiste que las aguas pueden curar.

—También dije que las aguas pueden hacer daño. Fueron creadas a partir de las lágrimas de una loca. —Coco se levantó y guardó los viales vacíos en su mochila. Yo me quedé al lado de Lou, pendiente del movimiento de su pecho, arriba y abajo. Sus párpados empezaron a moverse de manera espasmódica—. Son volátiles. Temperamentales. Tienen las mismas posibilidades de matar a Lou que de recuperarla. No podemos correr ese riesgo.

Entre una respiración y otra, se me ocurrió una idea. Mis ojos volaron hacia Célie. La vaina vacía de mi bandolera, justo por encima de mi corazón, pesaba más de lo habitual. No había notado su ausencia desde Modraniht.

—Necesitamos una Balisarda, Célie. —Me levanté a toda prisa. La arena voló en todas direcciones cuando corrí hacia ella—. Jean Luc. Puedes ponerte en contacto con él, ¿verdad? —Célie murmuró algo ininteligible en respuesta, y

clavó los ojos en sus botas con mucho interés—. Si se lo pides, te traerá su Balisarda y podremos...

—¿Y podremos qué? —preguntó Beau, perplejo. Célie se agachó para recoger una conchilla descolorida, ocultando su rostro por completo—. ¿*Cortar* a Nicholina de su interior?

—Solo tendríamos que romper su piel con la hoja —expliqué, mientras pensaba a toda velocidad. Sí. Sí, eso podría funcionar. Le quité a Célie la conchilla de las manos y la tiré a un lado. Ella observó cómo se alejaba con una expresión triste, pero todavía se negaba a mirarme—. Una Balisarda deshace hechizos. Exorcizaría a Nicholina...

Beau levantó una mano con ademán casual, burlón.

—¿Cuán profundo tendríamos que cortar, hermano? ¿Sería un simple corte en el brazo, o bastaría con clavarle una lanza en el corazón?

Lo fulminé con la mirada antes de agarrar las manos ahora libres de Célie.

—Escríbele, Célie. —Luego, en otro arrebatado de inspiración, me giré hacia Coco—. Con magia, podrías hacerle llegar una carta, como lo hiciste con tu tía en el Hueco.

—¿Introducir con magia una carta en la torre de los *chasseurs*? —Coco puso los ojos en blanco—. Al amanecer lo tendrían ya atado a la hoguera.

Célie retiró sus manos de las mías. Con suavidad al principio, luego con firmeza. A regañadientes, me miró a los ojos.

—No importa. No vendrá.

—No seas ridícula. Está loco por ti...

—No, Reid —insistió—. El cónclave se ha reunido en Cesarine para elegir a un nuevo arzobispo. Por eso no me siguió en primer lugar. Los sacerdotes han requerido su presencia; el *rey* también. No puede venir aquí, y yo no puedo pedírselo... no para esto. No para Lou. Lo siento.

La miré durante unos segundos.

No para esto. No para Lou. La arrogancia en su voz acabó con mis esperanzas. Con mi absurdo optimismo. ¿Acababa de... rechazarnos? ¿Como si *esto* no fuese tan importante como el cónclave de la iglesia? Como si esto no fuese a decidir el destino del reino de un modo más tangible. Puede que Lou no hubiese sido la única jugadora sobre el tablero, pero desde luego que era la más crucial. Solo un tonto no se daría cuenta de eso.

Jean Luc no era ningún tonto. Célie, tampoco.

Cuando volví a hablar, el hielo impregnaba mi voz. Mis venas.

—Lou lo arriesgó todo por ti.

Célie parpadeó, sorprendida por mi tono. Su boca se abrió y se cerró, como la de un pez.

—Yo... Reid, ¡por supuesto que estoy muy agradecida por ello! Jamás querría... negarle heroísmo o implicación en mi rescate, pero es... —Se sonrojó. Luego se inclinó hacia mí, como para decir una obscenidad—. Reid, es una *bruja*. Si hubiese la más *remota posibilidad* de que Jean Luc abandonara sus responsabilidades para salvarla, de que renunciara a su juramento como *chasseur*, es obvio que se lo pediría, pero...

—Pero somos una bruja —Nicholina soltó una alegre carcajada al tiempo que se sentaba en la arena—, así que no correrás el riesgo de consultarlo. Qué lástima. Una lástima tan tan bonita, eres tú. Una muñeca de porcelana tan tan bonita.

Tiré de sus manos para ponerlas a su espalda y le inmovilicé las muñecas. Beau se ubicó a mi lado, preparado para ayudar si se resistía. Pero no lo hizo. Se limitó a mirar con expresión serena a Coco, que estaba en cuclillas delante de ella.

—*Bonjour, notre princesse rouge.* Debo decir que tienes un aspecto espantoso.

—Tú tienes mejor aspecto del que te había visto jamás.

—Ah, lo sabemos. —Nicholina se miró, sonriendo con los labios de Lou y los dientes de Lou—. Esta piel nos queda muy bien.

Unas llamas brotaron en mi pecho al oír sus palabras. *Esta piel.*

—Lou no es un traje —gruñí, y apreté más las manos en torno a sus muñecas hasta que amenazaron con romperse. Sabía que no debería, pero no podía evitarlo. Quería hacerle daño, sacarla *a la fuerza* si fuese necesario. Cuando se rio en respuesta y echó la cabeza hacia atrás con deleite para apoyarse del todo contra mi pecho, noté que mis manos se retorcían. Un segundo más y sus huesos se harían añicos. Solo un segundo más. Solo *uno*.

Su placer aumentó.

—Sí, Reid. *Sí.* —Su lengua asomó entre sus labios para lamer sus dientes, dejó caer la cabeza sobre mi hombro—. Hazme daño. Haz daño a este cuerpo. Este traje. Lo disfrutaremos, sí. Nos deleitaremos en cada magullón.

Me eché hacia atrás al instante, con las manos temblorosas. La sangre rugía en mis oídos. En un abrir y cerrar de ojos, Beau atrapó sus muñecas. Apretó la boca con fuerza cuando ella se giró para hundir la cara en su pecho.

—Mmm. Un *príncipe*. Una vez probé a tu primo.

Coco la agarró de la barbilla y la obligó a mirarla a los ojos.

—Las perversiones sexuales son consentidas, Nicholina. Te vamos a sacar de ahí de un modo u otro. No será pervertido. No será consentido. Pero dolerá.

—Oooh, cuéntamelo, ¿con el palo sagrado del capitán? Me pregunto cómo os ayudará. ¿Me dará tarantantán,

tarantantán...?

—No habrá nada de tarantantán —la interrumpió Beau—. Ni con palos sagrados ni de ningún otro modo. Nada de fuerza innecesaria tampoco —añadió, lanzándonos una mirada significativa a Coco y a mí—. Puede que Nicholina sea... bueno, *Nicholina*, pero se esconde detrás de Lou. ¿Quién sabe lo que Lou puede ver u oír? Lo que puede sentir.

Nicholina se rio otra vez.

—Os dije que está muerta. Yo la maldije. La maldije, os dije. La dorada está acabada. Ahora estoy yo, os contradije.

La ignoré y asentí tras respirar hondo. Lou no estaba muerta. *No lo estaba*. Reprimí una bruma roja de ira antes de recuperar sus muñecas de manos de Beau. Aunque sentí una repugnancia física, por ella, por *mí mismo*, froté la piel enrojecida de la zona con mis pulgares. Esta era Lou. Esta era Nicholina. No podían ser la misma persona, y aun así, de algún modo, lo eran.

Un patrón dorado se enroscó alrededor de nuestras manos. Despacio, con cuidado, lo alimenté hasta que la pátina roja de mi visión se difuminó. A medida que se disipaba mi ira, también lo hicieron las marcas de sus muñecas. Con ello, tuve otro arrebató de inspiración. No podía curarla con Balisarda, pero quizá *sí pudiera* curarla con magia. Cerré los ojos, casi sin aliento por la esperanza, y lancé mi red de oro en busca de una respuesta. Una cura, un reconstituyente. Cualquier cosa para purgar la presencia de Nicholina. Los patrones se enroscaron y ondularon en respuesta, pero ninguno se conectó. Simplemente siguieron flotando hacia delante sin convertirse en nada. Frustrado, tiré de cada uno para examinarlos, para determinar el precio que pedían, pero no percibí nada de ellos. Ninguna toma. Ningún daga. Estos patrones no eran funcionales.

Cuando agarré uno por capricho, chasqueando los dedos, cayó inerte en mi mano en lugar de dispersarse.

Me concentré más y lo volví a intentar. Nada.

Aunque no había practicado la magia de manera rutinaria, no había esperado que mis patrones simplemente... se marchitaran. *¿Podían* marchitarse? No. No, Nicholina debía de estar bloqueándome de algún modo. A pesar de las múltiples veces en que había intentado deshacerme de mi magia, sabía que *no podía* irse con tanta facilidad. Quizá mi mensaje no había sido el correcto.

Me concentré de nuevo. *Ayúdame a exorcizar a Lou.*

Nada.

Ayúdame a expulsar a Nicholina de Lou.

Los patrones flotaron sin ton ni son.

Ayúdame a curar a Lou. Ayúdame a hacer daño a Nicholina. Ayúdame a hacerla como era antes.

Los patrones siguieron deambulando sin sentido. En ese momento, casi estalló un vaso sanguíneo en mi frente. Perdí por completo la noción de la conversación de los otros. *Por favor. Por favor. Ayúdame a salvarla.*

Ante la última petición, los patrones vibraron, se hicieron más brillantes y se reunieron en una sola cuerda. Esas voces familiares me susurraron al oído: *sálvala, sálvala, sálvala*. Seguí a los patrones hasta una cara.

Hasta... la cara de Morgane.

Todo mi cuerpo retrocedió al darme cuenta, horrorizado, y mis ojos se abrieron al instante. Eso no. *Cualquier cosa menos eso*. El precio sería demasiado alto, independientemente del resultado.

Todavía rodeando a Nicholina, los otros parpadearon en mi dirección.

—Eh... —Beau frunció el ceño—. *¿Estás estreñado, hermano?*

Borré al patrón de mi mente. No podía utilizarlo. No quería.

—Mi magia no funciona.

—Si hubieses estado escuchando —hizo un gesto con la cabeza hacia Coco—, sabrías que ella acaba de decir que la magia de una bruja no puede deshacer la de otra. Tiene que ser una magia de otro tipo. Algo antiguo. Algo poderoso.

—¿Qué tiene en mente?

—Qué tengo en mente *yo*, en realidad. —Con un gesto petulante, enderezó el puño de encaje de su manga. Una acción ridícula, pues seguía colgando de su hombro—. Está claro que todos habéis olvidado que tenemos un dios a nuestra disposición.

—Ah, *sí*. El rey del bosque, el rey cornudo. —Nicholina se balanceó adelante y atrás, todavía se reía como una maníaca—. De todos sus nombres, va y elige *Claud*.

Coco la ignoró, con los labios fruncidos mientras pensaba.

—*Sí podría* enviarle una carta con magia, pero si sigue en los túneles, se quemará antes de que la vea.

Beau la miró como si fuese estúpida.

—Es un *dios*.

Me di cuenta de lo que quería decir al mismo tiempo que Coco.

—Le rezamos —murmuré.

—No. —Beau negó con la cabeza, disgustado—. *Tú* le rezas. Tú le gustas más que yo.

—A todo el mundo le gusto yo más que tú.

—A Coco, no.

—No me gustáis ninguno de los dos —dijo ella en tono irritado—. Y tampoco rezo.

—¿Por qué yo? —pregunté.

—Solo hazlo, Reid.

Entonces me miraron todos: Beau, petulante; Coco, impaciente; Célie, aprensiva. Un rubor caliente trepó por mi cuello al ver cómo me juzgaba con los ojos, aunque intentó disimularlo. Debo reconocer que no hablé. No expresé ninguna objeción, ninguna crítica. Nicholina, por su parte, no tuvo ningún problema en hacerlo por ella.

—Reza, cazador. —Su voz flotó como un suave canturreo—. Reza a los viejos dioses. Me pregunto si a tu dios le importará. ¿Abrirá la tierra y te enterrará debajo?

Me aclaré la incertidumbre de la garganta.

—Dios no niega la existencia de otras deidades. Él... solo nos ordena no adorar a otros dioses antes que a él. — Cuando inclinó la cabeza hacia atrás, con una sonrisa tan amplia que casi cortaba su cara en dos, me concentré en las olas. En el horizonte. Tenía un trabajo que hacer. A diferencia de Coco, yo *sí sabía* cómo rezar. Lo había hecho todos los días, varias veces al día, durante la mayor parte de mi vida. Rezarle a Deveraux no sería diferente en absoluto.

Excepto que sí lo era. Deveraux no era una divinidad sin nombre y sin cara. Era un violinista, por el amor de Dios.

Hice una mueca ante esa blasfemia tan pertinente.

Unos dedos delicados tocaron mi codo. El rostro serio de Célie me miraba desde abajo. Antes de hablar tragó saliva, obviamente insegura.

—Quizá podrías... —susurró— empezar como empezarías la oración del Señor.

Iba a ir al infierno. Aun así, asentí, cerré los ojos y procuré disociar. Compartimentar.

Padre nuestro que estás en... Cesarine, bendito sea tu nombre.

Sentí las miradas de los otros en mis mejillas ardientes. Sentí su fascinación. Me sentí como un total y completo idiota. Esto no iba a funcionar. Deveraux era un dios, no *el*

Dios, y si yo no estaba condenado ya antes, ahora seguro que lo estaría. No tenía sentido emplear más ceremonias. Con un deje de irritación, decidí hablarle directamente. *¿Deveraux? No sé si puedes oírme. Es probable que no. Soy yo, Reid.* No pasó nada. *Nicholina ha poseído a Lou y tenemos que exorcizarla. Por favor.* Todavía nada. Lo intenté de nuevo. *¿Puedes reunirte con nosotros? Estamos en un pueblecito de la costa norte de Belterra llamado Fée Tombe. Está a unos tres días de Château le Blanc. Aunque es probable que ya lo sepas. Es probable que ya supieras todo esto. O no, y estoy hablando conmigo mismo como un imbécil.*

Hice otra mueca y abrí un ojo, apenas una rendija.

Beau escudriñó los acantilados durante un momento antes de fruncir el ceño.

—Bueno, eso ha sido decepcionante. —Ahora miró al cielo—. Es el dios de la naturaleza, ¿no? No he malinterpretado su pequeña charla pretenciosa, ¿verdad?

Coco guiñó los ojos para estudiar la playa.

—Rey de la flora y la fauna.

—Francamente, su silencio es insultante. Podría al menos enviar un pájaro a cagarse en nuestras cabezas o algo. — Beau se aclaró la garganta de manera ostentosa y se volvió hacia mí—. ¿Estás seguro de que lo estás haciendo bien?

—¿Quieres intentarlo tú? —le ofrecí, con el ceño fruncido.

—No seamos impulsivos. A lo mejor deberías intentarlo de nuevo.

Forcé a mis ojos a cerrarse. Lancé otra oración al éter con toda mi concentración. *Por favor, Claud. Contéstanos. Necesitamos ayuda. Te necesitamos a ti.* Cuando siguió sin contestar, el calor me hizo cosquillas en el cuello. Abrí los ojos. Sacudí la cabeza.

—Su silencio es respuesta suficiente.

Beau dejó caer las manos a las caderas.

—Entonces, ¿qué se supone que debemos hacer? Tenemos una bandolera vacía, un dios negligente y —hizo un gesto hacia Nicholina, con cara de asco— una poetisa *pésima*. Oh, no me mires así. Tu trabajo es poco original en el mejor de los casos e inmaduro en el peor. —Fruunció aún más el ceño cuando nos miró a cada uno por turnos—. ¿Qué más hay?

Estoy enferma de esperanza, pero no logro quitármela de encima. Sigue aquí, incluso ahora. Me envenena.

Solo me contestó el sonido de las olas.

Y ahí estaba.

Miré a Coco a los ojos.

—No tenemos elección.

Sacudió la cabeza con pesar y cerró los ojos.

—Las Aguas Melancólicas.

SEGUNDA PARTE



La nuit porte conseil.
Consultarlo con la almohada.

PROVERBIO FRANCÉS

CAPÍTULO 12

MUERTE EN LAS AGUAS



Nicholina

El cazador y la princesa tienen intención de castigarme con sus cuerdas envenenadas, pero nos deleitamos en la fricción. Podríamos frotarlas hasta tener las muñecas en carne viva. Hasta que *sus* muñecas estuvieran en carne viva. Porque es el ratón y su cazador quienes más sufren; ella no puede sentirlo, no, pero él sí. Él sabe que está atrapada. Ella también lo sabe. Ella no ve el oro como lo vemos nosotros. Aunque lo invoca, aunque suplica, el oro no puede escuchar. No la dejamos. Y si voces distintas a la nuestra murmuran una advertencia, si bufan (si saben que no pertenecemos), los patrones no pueden arreglarlo. Solo pueden obedecer.

Nosotros solo podemos obedecer.

Aunque algo *esté* mal. Aunque por debajo de la magia de oro ronde una presencia recién descubierta. Aguarde una presencia recién descubierta. No me gusta. No puedo utilizarla. Sin que el ratón lo sepa, se enrosca como una serpiente preparada para atacar, para proteger. Es un don y nos da miedo.

No podemos tener miedo.

Nunca hubo intención de que lo supieran, de que sospecharan. Ahora preparan sus mochilas para ir en busca

de L'Eau Mélancolique. Aguas malvadas. Aguas malditas. Esconden secretos pero también los revelan, oh, sí. Pero no pueden revelar este. El mío, no. No pueden revelar su verdad.

El principito me observa mientras los otros empacan, pero observa más a su princesa. No importa. No queremos escapar. Buscan L'Eau Mélancolique, pero Château le Blanc es su hermana. Su vecina. No nos resistiremos. No lucharemos. Aunque nuestra mano derecha está insensible, no saben que la izquierda tiene sensibilidad. Tiene dolor. Podemos soportar el dolor. Y el oro no puede responder al ratón, no, pero debe responder a nosotros. Aunque lo temo, aunque no confía en mí, enviaremos un mensaje. Es necesario.

El oro estalla en una delicada lluvia cuando las letras se graban en nuestra piel. En nuestra espalda. LO SABEN. Y luego: MUERTE EN LAS AGUAS.

Nuestra señora no estará contenta con nosotros.

Estoy desilusionada, Nicholina, dirá. Te dije que los mataras a todos.

Nos miramos las muñecas. El manchurrón rojo de sangre que hay ahí. La sangre de *ella*. La Princesa Roja. *Mátalos a todos, dirá. Excepto a las princesas.*

Excepto a las princesas.

Más potente que el dolor, más potente que la magia, nuestra furia hierve y burbujea, un veneno en sí mismo. Nocivo. No debemos matarla. Aunque ha abandonado a su familia; ha abandonado a mi señora, debemos obedecer.

Debemos hacer que nuestra señora se sienta orgullosa. Debemos demostrárselo. Entonces será consciente de nuestro valor, sí, será consciente de nuestro amor. Jamás volverá a hablar de la sobrina traicionera. Pero los otros...

Los ahogaré en L'Eau Mélancolique.

Creen que me han atrapado con sus cuerdas, con sus amenazas, con su veneno, pero sus amenazas suenan vacías. No saben nada del dolor. No, no, no, el dolor *verdadero* no está en la sensación de sangre y piel. Está más allá de las ampollas.

Está muy hondo en nuestro interior.

Los ratones emiten chillidos cuando el cazador tira de mí hacia delante. El camino que discurre al costado del bosque está bordeado por rocas. Por encima de nosotros, un humo espeso todavía oscurece el cielo de la tarde. En lo bajo, las olas se estrellan de manera tumultuosa, oh, sí. Auguran una tormenta. De calamidad. *No te asustes, ratoncito*, le decimos a la princesa, respirando hondo. Deleitándonos. *Los muertos han de olvidar.*

No estoy muerta.

Pronto, prometemos. Muy pronto, tu madre devorará tu cuerpo y nosotros, a nuestra vez, devoraremos el resto. Como un ratón en una trampa.

Uno podría decir que ahora el ratón eres tú, Nicholina.

¿Ah, sí?

Mis ratones se acercan más, siempre tan curiosos, y sonreímos cuando el cazador se gira hacia nosotros con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que encuentras tan gracioso? —espeta. Aunque nuestra sonrisa se ensancha, no contestamos. Él no puede soportar nuestro silencio. Lo aflige, y suelta una brusca bocanada de aire por la nariz, musitando una promesa de violencia. Le damos la bienvenida. Nos *deleitamos* en su reacción.

El ratón sigue sin oír la voz de él. Nos reímos porque él tampoco puede oír la de ella.

Es verdad, insiste ella. Nunca estuvo previsto que los otros se enteraran de la traición de La Voisin. Nunca estuvo previsto que supiesen de «ti». Pero fracasaste en el faro y

Morgane no lo olvidará. Conozco a mi madre. Has traicionado su confianza. Te matará a la primera oportunidad. Como a un «ratón» en una trampa.

Nos reímos a través de su nariz, la sonrisa se esfuma. *Nuestra señora nos protegerá.*

Vuestra señora os sacrificará por el bien mayor. Igual que mi madre me sacrificará a mí. Como si sintiera algo en nuestro interior (no siente *nada*), empuja sin pudor contra nuestra conciencia. Notamos cada patada, cada codazo, aunque no tiene ni pies ni brazos. No importa. No puede tocarnos y pronto se fundirá con los otros. Pronto será nuestra. *Has elegido el bando equivocado, Nicholina. Has perdido. Reid y Coco jamás permitirán que nos acerquemos al Château ahora.*

Mis ratones sisean y susurran su incertidumbre. *Ella no sabe nada*, los tranquilizo con voz melosa. *Callad ahora, ratoncitos.*

—Los muertos han de olvidar; cuidado con sueños que impidan dormir. Pues en su pecho hay recuerdos...

El cazador tira de nosotros con violencia y tropezamos. Un cuervo se asusta en un abeto cercano.

Tiene tres ojos.

Ya sabes lo que se avecina, Nicholina. No es demasiado tarde para impedirlo. Todavía puedes devolver mi cuerpo, aliarte con nosotros antes de que Morgane y Josephine te traicionen. Porque te traicionarán. Es solo cuestión de tiempo. Reid, Coco, Beau, yo... podríamos proteger...

La amargura palpita a través de nosotros ante la promesa. Promesas, promesas, promesas vacías. Saben negras, agrias, y la atragantaremos con ellas. Llenaremos su garganta de ojos, ojos, *ojos*, hasta que no pueda respirar bajo su peso. Su conciencia no se mueve ni un poco bajo nuestra presión. Empujamos más fuerte. Restringimos y contraemos y comprimimos hasta que al final retrocede

para endurecerse y formar una pequeña mancha impotente. Una imperfección en nuestro nido. *Crees que eres lista, síseamos, pero nosotros lo somos más. Oh, sí. Los mataremos a todos, tu preciosa familia, y olvidarás a cada uno de ellos.*

NO.

Pero su pánico no significa nada. Sabe vacío, como su promesa. Ya está muerta.

Sus amigos se reunirán con ella pronto.

CAPÍTULO 13

UN ASESINATO DE CUERVOS



Reid

Nicholina dejó de andar de golpe. Su cara se crispaba y sufría pequeños espasmos mientras musitaba algo que sonaba a *malvado* una y otra vez. Su boca se contorsionaba alrededor de la palabra.

—¿Qué es malvado? —pregunté, suspicaz, tirando de ella hacia delante. Cedió un único paso, sus ojos fijos en un árbol lejano al borde del bosque. Un abeto—. ¿Qué estás mirando?

—Ignórala. —Coco se giró hacia nosotros y se arrebujo más hondo debajo de su capa. Por la costa, el viento soplaba más fuerte que en La Fôret des Yeux. Más frío—. Cuanto antes lleguemos a un pueblo, antes encontraremos perlas negras para *Le Cœur Brisé*, el corazón roto.

—Perlas —se burló Beau, y tiró una roca al mar de una patada—. Menudo pago más ridículo.

—*Le Cœur* protege L'Eau Mélancolique. —Coco se encogió de hombros—. Las aguas son peligrosas. Son *poderosas*. Sin pago, nadie llega a sus orillas.

Al lado de Thierry, Célie arrugó la nariz mientras yo obligaba a Nicholina a dar otro paso. Dos.

—¿Y creéis que encontraremos estas... perlas negras en el siguiente pueblo?

—Quizá no en el *siguiente*. —Coco volvió sobre sus pasos para instar a Nicholina a avanzar. Parecía haber arraigado en el suelo. Miré con más atención, se me erizaron los pelos de la nuca. En el árbol había un cuervo solitario—. Pero hay un puñado de pueblos pesqueros entre este punto y L'Eau Mélancolique.

Peor aún, el perro blanco había reaparecido y nos seguía con esos inquietantes ojos silenciosos. Con una maldición de miedo, Beau le tiró otra roca de una patada, y el animal desapareció en medio de una nube de humo blanco.

—Las perlas negras... ¿no son raras? —preguntó Célie con delicadeza.

Sí. Thierry también se había fijado en el cuervo. Frunció el ceño. Aunque no había hablado de sus planes en voz alta, sospechaba que viajaría con nosotros mientras siguiéramos hacia el norte. Hacia L'Eau Mélancolique. Hacia Château le Blanc. Morgane lo había torturado, y a su hermano, eso parecía claro en sus recuerdos. Aun así Thierry estaba aquí, y Toulouse, no. *Pero por el precio correcto, puede comprarse cualquier cosa*, dijo con suavidad.

—*Muévete*, Nicholina —espetó Coco, que acababa de unirse a mí en el extremo de la cuerda. Nicholina dio un respingo al oír las palabras, y nos dimos cuenta de nuestro error demasiado tarde. Con una sonrisa vengativa, enroscó el índice en dirección a la palma de su mano.

Una pluma solitaria cayó del ala del cuervo.

—Oh, *mierda*. —Coco trató de impregnar las cuerdas otra vez a toda prisa, pero el punzante olor de la magia ya atravesaba el aire. La pluma tocó el suelo del bosque. Alarmado, tiré con brusquedad de las muñecas de Nicholina, pero ella estrelló su cabeza contra mi nariz y se tiró hacia atrás sobre mí. Los dos nos estrellamos contra el suelo cuando la pluma empezó a... *cambiar*.

—Un ratón en una trampa —bufó entre dientes—. ¿Quiénes son los ratones ahora?

Los delicados filamentos negros se multiplicaron, despacio al principio, luego fueron ganando velocidad. Se fundieron todos juntos para formar un informe pegote de arcilla. De esa arcilla se formó otro pájaro, idéntico al posado en el árbol. El último graznó de nuevo, y del primero cayó una segunda pluma. Surgió otro pájaro. Tres ahora. Todos idénticos. Nicholina se rio a carcajadas.

Pero los pájaros no habían terminado aún. En cuestión de cinco segundos, se habían formado cinco más. Se multiplicaban cada vez más deprisa. Diez ahora. Veinte. Cincuenta.

—Para. —Estrujé sus manos entre las mías, esas manos que debían de haber quedado insensibles, inútiles, pero ella se retorció para liberarlas mientras los pájaros se alzaban sobre nosotros en una horripilante masa negra. Había muchísimos. Quizá cientos—. Invierte el patrón. Hazlo *ahora*.

—Demasiado tarde. —Se reía encantada mientras rebotaba sobre las puntas de los pies—. Mira, cazador. Es un asesinato de cuervos. Van a picar, picar, picar toda vuestra piel, piel, piel. —La plaga en lo alto se fue acumulando como un tsunami a punto de romper—. ¿Me has oído, cazador? Cuervos. Cuervos asesinos. Dime, ¿qué se comerán primero: tus ojos o tu lengua?

Y entonces la ola rompió.

Los pájaros bajaron en picado como un solo ser, directos hacia nosotros a una velocidad alarmante. Aunque levanté las manos contra el ataque y busqué frenético un patrón, arremetieron con un objetivo claro. Sus garras me cortaron la cara, los dedos. Sus picos atravesaron mis nudillos. Otros me hicieron sangre en la oreja. Coco tiró a Nicholina al suelo y las dos se revolcaron forcejeando en la nieve mientras los

cuervos se lanzaban también a por los otros, picando piel y tirando del pelo.

Unos graznidos enfadados ahogaron los chillidos de pánico de Célie, las agresivas maldiciones de Beau, los gritos indignados de Nicholina. Estiré el cuello para verla retorcerse mientras Coco impregnaba otra vez sus cuerdas con sangre. Sin embargo, los cuervos no pararon. Mi propia sangre resbalaba por mis antebrazos, mi cuello, pero mantuve la cabeza gacha, buscando. El oro surgió en una red enmarañada.

Ahí.

Tiré del patrón con todas mis fuerzas y una potente ráfaga de viento empujó a todos los pájaros hacia atrás. Me puse tenso cuando se estrelló también contra mí. Un sacrificio necesario. Necesitaba espacio para respirar. Para *pensar*.

No conseguí hacer ninguna de las dos cosas. Llegaron más pájaros a toda velocidad para sustituir a los anteriores, con agudos chillidos de indignación.

No servía de nada. Había demasiados cuervos. Demasiados *patrones*. Agarré a Nicholina y eché a correr hacia el acantilado con garras aferradas a mi cuello. Coco iba pegada a mis talones con Beau, mientras Thierry levantaba a Célie en brazos para seguirnos.

—¡Reid! —No frené ante el grito de incredulidad de mi hermano—. ¿Qué estamos *haciendo*?

No, mantuve la concentración, buscaba a ciegas la cuerda correcta. Si teníamos alguna esperanza de sobrevivir con nuestros ojos y lenguas intactos, tendríamos que saltar. Mi visión cabeceó al pensarlo. *Madame* Labelle había dicho una vez que una bruja podía volar, con el patrón adecuado. Deveraux había dicho que un cardenal no podía hacerlo si no creía.

Bueno. Estábamos a punto de poner a prueba sus teorías.

Si estás escuchando, Deveraux, por favor, por favor, «ayúdanos»...

No tuve ocasión de terminar mi oración.

Un rugido ensordecedor sacudió la pared del acantilado, los árboles, y un ala amatista atravesó las nubes de humo en lo alto. Una *enorme* ala amatista. Membranosa. Terminada en un filo cortante. El fuego se extendió en un gran arco y dibujó la silueta de la enorme forma de un descomunal cuerpo serpentino. Apareció una pata con escamas. Una cola terminada en un aguijón.

A continuación, un dragón entero.

CAPÍTULO 14

EL DRAGÓN Y SU DONCELLA



Reid

Solo pude mirarlo alucinado mientras bajaba hacia nosotros a la velocidad del rayo.

Rugió otra vez y de su gran boca brotó más fuego. Su calor casi me produce ampollas en la piel. Al final, recuperé un poco el sentido común y me tiré al suelo, protegiendo el cuerpo de Lou mientras los cuervos en lo alto chillaban de agonía. Sus cuerpos en llamas cayeron a nuestro alrededor como una lluvia macabra; bueno, los que cayeron. El dragón incineró a la mayoría en medio del aire y cerró sus violentas fauces en torno a otros, a los que devoró de un solo bocado.

Mis compañeros se habían tirado al suelo conmigo, y se tapaban la cabeza como si sus brazos pudieran protegerlos de las llamas del dragón. Excepto Thierry. Él también había caído, pero no se protegía; en vez de eso, contemplaba al dragón con una expresión indescifrable. Hubiese jurado que parecía... *alivio*. Pero no podía ser. Habíamos saltado de la olla al fuego. Literalmente.

Ni siquiera con magia, con cuchillos, ni aunque aún tuviese mi Balisarda... era imposible creer que podríamos defendernos de un *dragón*. Teníamos que huir. Ahora. Mientras todavía tuviésemos una oportunidad. Solo necesitábamos una distracción. A toda prisa, tiré del

entramado de patrones dorados. Algo ruidoso. Algo grande. Algo para ralentizar a la bestia mientras esprintábamos hacia el acantilado. ¿Podría derribar un árbol? ¿Un *bosque* entero? Sí. Una jaula de madera para...

Para un dragón escupefuego.

Cerré los ojos. *Maldición.*

Pero no tenía tiempo. Tendría que valer. Me preparé para las consecuencias, reuní las cuerdas doradas en mi mano. Sin embargo, antes de que pudiera tirar, el dragón resopló y una nueva nube de humo nos envolvió. Levanté la vista y vi una llama en miniatura entre la bruma. Entorné los ojos para ver mejor, con más detalle. No era una llama para nada, sino pelo. Pelo rojo. Una persona.

Seraphine me sonrió desde el lomo del dragón.

La tierra se sacudió cuando aterrizó con otro rugido. Agitaba su gran cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, sus cuernos se convirtieron en rizos color lavanda y su cola onduló para transformarse en satén negro. Los ojos reptilianos parpadearon para volverse marrones. Las escamas color amatista se suavizaron al tornarse piel.

—*Thierry.* —Una voz grave y ronca. Zenna levantó a Seraphine en brazos, la transformación completa, antes de depositarla con suavidad sobre sus pies. Las dos corrieron hacia su compañero de *troupe*. Yo las miré boquiabierto. Todos lo hicimos. Incluso Nicholina.

Zenna. Seraphine. Thierry llegó hasta ellas justo cuando Seraphine extendía los brazos, y él la levantó por los aires para hacerla girar a su alrededor. *Estáis aquí.*

—Tú también. —Zenna no parecía contenta—. Imagina nuestra sorpresa cuando Claud te sintió por fin... al norte de Belterra, entre todos los sitios posibles. No en los túneles, donde llevábamos semanas buscándote. —Le agarró una mano—. Hemos estado preocupadísimos, Thierry. ¿Te

importa contarnos dónde has estado? ¿Dónde está Toulouse?

A Thierry le cambió la cara.

Me puse de pie y levanté a Nicholina de un tirón.

—Eres... eres...

—Un dragón, sí. —Zenna soltó un largo suspiro sufrido, y una nubecilla de humo brotó de su nariz. Después de inspeccionar a Thierry una última vez, se limpió de manera casual la sangre de los labios. Hoy se los había pintado de dorado, a juego con las flores bordadas sobre su vestido—. *Bonjour, Mort Rouge*. ¿Lo digerimos todos juntos? Adelante. Tomaos un momento.

—Vamos a tardar muchísimo más que un *momento*. —Beau se levantó como pudo y trató, en vano, de sacudirse los pantalones—. Esto es... No puedo creerlo. Hemos compartido cama y ¿no me lo *dijiste*? ¡Dormí con un dragón! —Se giró hacia mí, como si no lo hubiese oído, los brazos abiertos a los lados—. ¡Un dragón de verdad!

Coco se levantó más deprisa de lo que era humanamente posible.

—¿Que hiciste *qué*?

Beau levantó las manos igualmente deprisa.

—Fue totalmente platónico. —Cuando los ojos de Coco se entornaron hasta no ser más que unas ranuras peligrosas, Beau retrocedió un paso en mi dirección. Lo ignoré. Nicholina se había alejado de mí con disimulo. Tiré de ella de vuelta con una mueca airada—. Tenía frío —continuó Beau a la defensiva—, así que Seraphine me ofreció su sitio.

Seraphine apoyaba la cabeza en el hombro de Thierry. Se negaba a soltar su brazo. Él le apretó la mano con la misma ternura, como podría hacer un hermano con su hermana.

—Algunas noches no puedo dormir —explicó ella.

—Sí, exacto. —Beau asintió en dirección a Coco—. Además, es superamable, incluso me leyó hasta que...

—Oh, ¿eso *hizo*? —Coco dio unas palmadas con una sonrisa aterradora—. Cuéntame más. *Cuéntamelo todo* sobre tu fría noche entre Zenna y Seraphine.

—Bueno, después ya no tuve nada de frío —explicó Beau, penosamente ignorante o decidido a demostrar su inocencia—. Me desperté muerto de calor. Fue terrible. Casi muero de un infarto.

—Es verdad que mi temperatura es más alta que la de un humano —comentó Zenna.

—¿Ves? —Beau asintió de nuevo, como si eso zanjara el tema del todo, mientras yo apretaba las ataduras de Nicholina—. Díselo, Zenna. Dile que fue platónico.

Zenna arqueó una ceja.

—¿Acaso importa?

Coco imitó su expresión.

—Sí, Beauregard. ¿Importa?

Beau las miró horrorizado.

—No me obligues a atarte también los tobillos, Nicholina. —La planté delante de mí cuando intentó escabullirse otra vez—. Lo haré. Te llevaré en brazos todo el camino hasta L'Eau Mélancolique si es necesario.

Se inclinó hacia atrás y frotó su mejilla contra mi pecho como un gato.

—Creo que eso me gustaría, cazador. Oh, sí, creo que me gustaría mucho.

Con el ceño tan fruncido como el mío, Zenna respiró hondo. Si había detectado un olor nuevo procedente de Lou, no dijo nada. En vez de eso, negó con la cabeza y devolvió su atención a Thierry.

—¿Dónde está tu hermano, Thierry? ¿Dónde está Toulouse?

Aunque Thierry se puso tenso, soltó el aire resignado. *Toulouse sigue en el Château. Yo... escapé.*

—¿En Château le Blanc? —Los ojos de Zenna destellaron dorados. Sus pupilas se contrajeron hasta ser meras ranuras —. ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Thierry sacudió la cabeza a regañadientes. *Morgane nos capturó en los túneles. O más bien, lo hizo «ella».* Señaló a Nicholina con un gesto de la barbilla. Ella se inclinó hacia delante y juntó los labios como si le lanzara un beso. Zenna gruñó. Thierry, sin embargo, continuó sin alterarse. *Cuando las luces se apagaron, ella atacó. Me había hecho un corte en el brazo antes de saber siquiera lo que había pasado. Bebió mi sangre. Cuando nos ordenó a Toulouse y a mí que nos encerráramos bajo llave, lejos de La Mascarade des Crânes, para aguardar su regreso, no tuvimos elección. Tuvimos que obedecer.* Me miró como si se disculpara. *Oímos tus gritos, pero no pudimos intervenir. Lo siento.*

Le devolví la mirada con tanta solemnidad como pude reunir mientras Nicholina trataba de girar en mis brazos. Como si estuviéramos bailando.

—No os culpo de lo ocurrido.

Thierry asintió. *Al final fue a por nosotros. Ella y su señora. La Voisin. Nos entregaron a nosotros y a los lobos a la «Dame des Sorcières» sin dudarlos. Morgane estaba... interesada en nosotros. En nuestra magia. Nos incapacitó con sus inyecciones y nos condujo al Château.*

Salió una voluta de humo entre los dientes apretados de Zenna.

No puedo revivir los horrores que nos infligió ahí. No lo haré. Quería... descubrir la fuente de nuestra magia. Poner a prueba sus límites. Estudiar sus diferencias con respecto a la suya. Creo que hizo lo mismo con los lobos. Observó en silencio cómo Beau, Coco y yo tirábamos a Nicholina al suelo como habíamos hecho en el faro. Coco la obligó a abrir la boca. Nicholina estampó la frente contra la cara de

Coco. *O quizá sea que ahora solo le gusta infligir dolor. Sea como fuere, experimentó con nosotros.*

—Thierry —dijo Seraphine.

—Le arrancaré la cabeza de los hombros —dijo Zenna—. Y me la comeré.

Célie esperaba conteniendo la respiración.

—¿Cómo escapaste?

Al final, me salvó mi voz. Thierry soltó una risa sardónica. *Las brujas que estaban de servicio esa noche eran más jóvenes. Nunca me habían cuidado hasta entonces. Había algún tipo de celebración en los pisos superiores y llegaron tarde, un poco achispadas, para administrarme mi inyección. Justo alcanzaba a sentir mis manos. Mis pies. Apagué el farolillo, esperé a que abrieran la puerta. Cuando lo hicieron, proyecté mi voz por el pasillo. Eso las desorientó. Cuando se giraron hacia la proyección, las... las...* Cerró los ojos. Como si no pudiera soportar el recuerdo. *Las derribé.*

—Se lo merecían —escupió Zenna.

Quizá. Sin embargo, sus últimos gritos alertaron a los otros de mi fuga. No pude encontrar a Toulouse. Nos habían separado, nos usaban para torturar al otro. Se interrumpió de golpe, con el pecho agitado. No tuve otra opción que dejarlo atrás, susurró al fin.

Seraphine le tocó el hombro.

—Jamás podrías haberlo salvado sin salvarte primero.

Me perdí en el bosque. Tenía intención de volver. Tengo que volver. Unas lágrimas sin derramar centellearon en sus ojos oscuros cuando por fin los abrió. *No puedo dejarlo solo.*

Zenna se inclinó para mirarlo directamente a los ojos.

—Y no lo haremos. Regresaremos a Château le Blanc a por Toulouse. A por los lobos. Después arrasaremos ese maldito castillo con Morgane le Blanc y sus *Dames blanches* dentro. Te lo prometo.

—Promesas, promesas —murmuró Nicholina en voz baja —. Promesas *vacías*. Mi señora estará a salvo, sí, mi señora estará esperando.

—Tu señora *seguirá* esperando. —Reajusté mi agarre para recalcar lo dicho. Los cuervos no podían volver a suceder. Tendríamos que estar más atentos. Desde aquí hasta L'Eau Mélancolique, la soltaría solo para que Coco cubriera sus cuerdas otra vez. Si todavía planeaba llevar a Lou en presencia de Josephine, de Morgane, tendría que arrastrar mi cadáver con ella. Solté el aire despacio, con pesadumbre—. ¿Cómo es que estáis aquí? ¿Dijiste que Claud había *sentido* a Thierry?

Giró esos ojos dorados hacia mí.

—Claud no es como tú. Ni siquiera es como yo.

—Sí, pero... ¿por qué no sintió a Thierry antes? ¿Por qué no pudo encontrar a Thierry en los túneles? Antes de que Morgane... —Me callé antes de hacer la siguiente pregunta. Nicholina lo hizo por mí.

—¿Antes de que lo *torturara*?

Brotó más humo de la nariz de Zenna.

—Claud nunca ha afirmado ser la deidad suprema, cazador. Solo es divino. No es omnisciente ni es omnipotente. *Sí* sintió a Thierry en los túneles. Sin embargo, cuando se desencadenó el fuego infernal —lanzó una mirada torva en dirección a Coco—, perdió su conexión. Creíamos que la magia del fuego había ocultado la presencia de Thierry. No nos dimos cuenta de que era Château le Blanc. Cuando Thierry se fugó de su encantamiento hace tres días, Claud pudo sentirlo de nuevo. Yo volé al norte para buscarlo de inmediato. —Después de parpadear con sus párpados verticales, secundarios, sus ojos volvieron a ponerse marrones—. Seraphine y yo llevamos días registrando estas montañas. No podíamos volar bastante bajo como para buscar bien sin

arriesgarnos a ser vistas, así que nos vimos obligadas a *andar*. —Su labio se enroscó ante la palabra.

Seraphine le dio unas palmaditas en el brazo.

—Cuando llegamos a Fée Tombe esta mañana, Zenna por fin captó el olor de Thierry. Todavía fresco. Lo seguimos hasta el faro, donde nos recibió una multitud enfadada.

—Ya os habían espantado —Zenna gruñó—, pero seguimos el rastro. —Una sonrisa cruel curvó sus labios pintados—. Los cuervos eran una sabrosa coincidencia. De nada.

—Esperad un momento. —Beau tenía un dedo levantado y miraba de una a otra con el ceño fruncido, incrédulo. Quizás indignado—. Eso quiere decir que... ¿Claud no os envió a por *nosotros*? ¿No oyó nuestra oración?

Zenna arqueó una ceja.

—Vuestra arrogancia es asombrosa.

—Tampoco es que sea *arrogante* esperar la ayuda de un amigo.

—No es tu amigo. Es un *dios*. Si le hablas, escuchará. Sin embargo, *no* siempre contestará —añadió con firmeza, los ojos entornados—. No tienes un dios a tu entera disposición, ninguno de vosotros. Es del Viejo Mundo, y como tal, se rige por las Viejas Leyes. No puede intervenir directamente.

Beau frunció más el ceño hasta hacer una mueca. Hablé yo antes de que él pudiera iniciar una discusión.

—Entonces, ¿podéis ayudarnos? Nicholina ha poseído a Lou. Tenemos que exorcizarla.

—No insultes mi inteligencia. —Abriendo las aletas de la nariz una vez más, Zenna se inclinó hacia delante para mirar a Lou a los ojos—. Sí, reconozco a la plaga que llamáis Nicholina. Hace mucho tiempo, la conocía por un nombre diferente: *Nicola*.

Nicholina dio un respingo.

—No pronunciamos ese nombre —gruñó—. ¡No lo pronunciamos!

Zenna ladeó la cabeza.

—Pero yo soy solo una dragona. No puedo exorcizar a nadie.

—Las Aguas Melancólicas sí pueden —me apresuré a decir—. Nos dirigimos ahí ahora. A lo mejor podríais... uniros a nosotros. —Contuve la respiración mientras esperaba, casi sin atreverme a albergar esperanzas. Con un dragón de nuestro lado, llegaríamos a L'Eau Mélancolique en un solo día. Podría llevarnos ahí volando. Podría protegernos. Nicholina (ni siquiera Morgane) no se atrevería a amenazar a un *dragón*.

Zenna no respondió de inmediato. En vez de eso, dio unos pasos atrás, alejándose de nosotros. Cuadró los hombros. Estiró el cuello.

—Se están reuniendo muchas brujas en Château le Blanc. Las hemos visto en las montañas, a través del bosque. Más de las que habíamos visto jamás. Si queremos rescatar a Toulouse, debemos actuar con celeridad. Lo siento.

—Pero ¡nosotros podemos ayudaros! Nadie conoce Château le Blanc mejor que Lou. Después de que encontremos las perlas para *Le Cœur*, después de que la exorcicemos...

—Después de que Toulouse *muera*, quieres decir. —Sus dientes siguieron alargándose. Sus ojos relucieron dorados—. Deja que sea muy clara, cazador. Puede que Louise le Blanc sea el centro de tu universo, pero no es el centro del mío. He tomado mi decisión. Cada segundo que paso discutiendo contigo es un segundo en el que Toulouse podría perder la vida.

—Pero...

—Cada segundo que paso discutiendo contigo es un segundo en el que podría comerte a cambio.

—Lo entiende —dijo Coco con suavidad. Se puso delante de Nicholina y de mí. Levantó una mano para indicarme que retrocediera. Nicholina se lanzó hacia delante para darle una dentellada—. Marchaos. —Coco hizo un gesto con la cabeza—. Salvad a Toulouse y a los lobos. Arrasad el Château. Y... matad a Morgane, ya que estáis. —Hizo un gesto hacia los cadáveres de los cuervos desperdigados por todas partes a nuestro alrededor—. Dos pájaros, ¿sabéis?

Zenna asintió mientras Thierry hizo ademán de agarrarme del hombro, recordó los dientes de Nicholina y lo pensó mejor. *Nos veremos pronto, mon ami.*

Conseguí esbozar una pequeña sonrisa. Zenna tenía razón, por supuesto. Lou era mi prioridad. Toulouse era la de ellos.

—Buena suerte, *frère*. Tened cuidado.

Los dos retrocedieron hacia el acantilado sin decir una palabra más. Seraphine, sin embargo, se demoró un poco a nuestro lado, como si buscara unas palabras y no encontrara ninguna.

—Desearía poder ayudar más —susurró al fin. Coco apartó un cuervo en llamas de una patada.

—Ya habéis ayudado bastante.

—Mataremos a Morgane si podemos —prometió Seraphine.

Zenna no cambiaba como hacían los hombres lobo. Sus huesos no crujían ni se rompían. En vez de eso, se transformó con la gracia y la teatralidad de una artista. Levantó un elegante brazo por el aire. El otro agarró la cola de su vestido. Con una floritura de satén, giró en redondo y, a mitad de la vuelta, todo su cuerpo explotó hacia arriba. Hacia fuera. Como una llama recién prendida.

—Preciosa —murmuró Célie mientras Zenna extendía una garra enjovada hacia Thierry. Él trepó por ella y Zenna lo aupó hasta las suaves escamas color amatista entre sus alas.

—Lo es, ¿verdad? —comentó Seraphine con una sonrisa.

Entonces el dragón recogió a su doncella y se impulsaron hacia el cielo.

CAPÍTULO 15

LETANÍA



Lou

Reid, Coco, Beau, Ansel, madame Labelle. Reid, Coco, Beau, Ansel, madame Labelle.

Repito los nombres como una letanía en la oscuridad. Imagino cada cara. El cobre del pelo de Reid, el corte de los pómulos de Coco, el arco de las cejas de Beau, el color de los ojos de Ansel. Incluso la tela del vestido de *madame Labelle* la primera vez que la vi: seda esmeralda.

Un color bonito, cavila la Legión, recordando las paredes chapadas en oro y los suelos de mármol del Bellerose, la grandiosa escalinata y las mujeres desnudas. ¿Un bonito... burdel?

Sí. Esas son tetas.

Se acercan más, escuchan cada nombre fascinados, examinan cada recuerdo. Excepto Etienne. Su presencia permanece apartada de los demás, pero más débil ahora. Difuminada. Ha olvidado su propio nombre otra vez, así que se lo recuerdo. Se lo *seguiré* recordando. *Reid, Coco, Beau, Ansel, madame Labelle. Es Etienne. Eres Etienne.*

Soy Etienne, susurra con voz queda.

Nosotros también tuvimos esperanza durante un tiempo. La Legión se aglomera a su alrededor, no para apoyarlo, sino para calmarlo. Ellos no ven más que una salida a

nuestra situación, pero yo me niego a aceptarla. Me *niego*. En vez de eso, recuerdo el olor de la *patisserie* de Pan, la dulce crema de los bollos de miel. El viento en mi pelo mientras salto de tejado en tejado. La sensación de volar. La primera luz del amanecer en mis mejillas. *La esperanza no importa nada.*

La esperanza es lo que más importa, replico con fiereza. *La esperanza no es la enfermedad, es la cura.*

Mientras sopesan mis palabras, la oscuridad se satura con su confusión, su escepticismo. No permito que mancille mis propios pensamientos. *Reid, Coco, Beau, Ansel, madame Labelle. Reid, Coco, Beau, Ansel, madame Labelle.*

Sin embargo, la oscuridad es ahora más fina en algunas zonas, y dentro de ella, alcanzo a ver atisbos de... Nicholina. Sus recuerdos. Resbalan por la superficie de las sombras, tan lustrosos y brillantes como el aceite en el agua; se mezclan con los míos. Trocitos de nana aquí. Pelo pelirrojo y manos cálidas allí, una sonrisa clandestina y un eco de risa, una risa genuina, no la risa tenebrosa y artificial que utiliza ahora. Ese recuerdo en particular está envuelto en calidez y me doy cuenta de que no es su risa para nada. Proviene de otra persona, alguien a quien quiso una vez. ¿Una hermana? ¿Una madre? Piel pálida, pecosa. Ah... una amante.

Reid, Coco, Beau, Ansel...

El pánico se apodera de mí con el último nombre. Hay alguien más, ¿verdad? Lo he olvidado. ¿A *quién* he olvidado?

La Legión canturrea su lamento. *La esperanza no importa nada.*

Soy Etienne, murmura él.

La oscuridad se abre en respuesta; revela el templo de Château le Blanc. Pero este lugar... no lo había visto nunca. La sangre corre como un río desde el templo, baja por la ladera de la montaña, empapa el pelo y los vestidos de las

brujas caídas en su camino. No reconozco a ninguna. Excepto a una.

Nicholina está de pie en el centro del claro, sus manos y su boca gotean sangre.

Oh, Dios mío.

Nunca antes había visto una carnicería semejante. Nunca antes había visto semejante *muerte*. Lo impregna todo, cubre cada brizna de hierba y se extiende por cada rayo de luz de luna. Flota a mi alrededor como una enfermedad, espesa y desagradable en mi nariz. Y Nicholina se regodea en ello, sus ojos son brillantes y plateados cuando se gira para mirar a La Voisin, que desciende del templo empapado de rojo. Detrás de ella, arrastra a una mujer atada. No puedo verle la cara. No logro distinguir si está viva o muerta.

Cuando miro más de cerca, horrorizada, la escena vuelve a la oscuridad y una voz familiar se desliza por mi columna.

¿Le temes a la muerte, ratoncito?

No me arredro, sigo recitando sus nombres. *Reid, Coco, Beau, Ansel*. Después: *Todo el mundo le teme a la muerte. Incluso tú, Nicholina*.

Su risa fantasmagórica reverbera. *Si no logras dominar este único miedo simple, no sobrevivirás a L'Eau Mélancolique Oh, no. Nuestro marido planea bautizarnos, pero no se da cuenta. No lo entiende. Nuestra señora se lo impedirá*. Veo un destello con la imagen de un dragón; aparece y desaparece antes de que pueda verlo bien. *Y aun si no, las aguas bajan, bajan, bajan, bajan, y allí ahogan, ahogan, ahogan, ahogan*.

Mi sorpresa y mi perplejidad se extienden ahora entre nosotras. ¿L'Eau Mélancolique? Aunque me devano los sesos para ubicar el recuerdo, la oscuridad solo parece condensarse alrededor. Conozco esas palabras. Las *conozco*. Es solo que no puedo... No parezco capaz de

recordarlas. Siento un nuevo arrebató de pánico al darme cuenta, pero... no. No cederé. Empujo enfadada contra la oscuridad.

Reid, Coco, Beau, Ansel. Si Reid planea bautizarme en estas aguas, debe de tener una razón. Tendré que confiar en él. *Sé nadar.*

No tiene nada que ver con nadar. Otra imagen surge a través de la oscura neblina. Una mujer. Camina con determinación hacia un mar de una lisura antinatural, un mar tan liso que parece la lámina de un espejo. Insondable. Reluciente. No altera el paso cuando cruza hacia sus profundidades, y el agua... parece absorber sus movimientos. Ni una sola onda rompe la superficie. Sigue caminando, sumerge sus rodillas. Sus caderas. Su pecho. Cuando su cabeza se cuele debajo del agua, no vuelve a emerger. *No eres la primera en buscar el abrazo del agua. Han venido muchos antes de ti, y muchos más vendrán después. Ella adora a sus amantes. Los besa para dormir, los arropa en la cama y los cura con salmuera.*

Se me ocurre un pensamiento de repente. *¿Qué te pasará a ti si yo muero?*

Ya has visto una Ascensión, me dice. Siento, más que veo, cómo vuelve su atención hacia Etienne, que tiembla bajo su escrutinio. Ha olvidado su nombre otra vez. *El alma puede vivir durante un tiempo indefinido sin un cuerpo.*

«Indefinido» no quiere decir «para siempre».

No.

Así que... podrías morir si muero yo.

Eso no va a pasar.

¿Por qué no?

Otra risa entre dientes.

Mi señora reside en el Château. Habrá llevado mi cuerpo. Si sucumbes a la atracción de las aguas, volveré a él. Tú morirás y yo viviré.

¿Cómo sabes que tu cuerpo está ahí?, le pregunto. Presiono de nuevo. Repito los nombres. Has fracasado, Nicholina. Mi madre te atacó y tú la desafiaste abiertamente. Tu señora la necesita a ella más de lo que te necesita a ti. Tal vez tu cuerpo no esté ahí para nada. Tal vez sí que mueras.

No he fracasado. La oscuridad se retuerce angustiada por esas palabras y la Legión bufa y escupe. Sin embargo, la emoción solo les pertenece en parte. No, también sienten... curiosidad, y ahí, bien profundo en su esencia, perdura un sentimiento de añoranza. Un sentimiento de esperanza. *Mi señora me encargó llevarte ante la presencia de Morgane le Blanc, Nicholina escupe el nombre, y yo lo haré, a pesar de la maldad de tu familia. Ya veremos quién baila y quién se ahoga.*

Reid, Coco, Beau.

Riéndose de nuevo, Nicholina se retira.

Reid Coco Beau Reid Coco Reid Coco Reid Coco Reid Coco.

Espera, dice Etienne.

Después se desliza dentro de la Legión otra vez.



Despierta, ratoncito.

Me levanto como si me despertara de un sueño profundo y, de inmediato, noto que algo ha cambiado. Aunque la oscuridad todavía lo envuelve todo, se disipa en volutas tenebrosas ante las palabras de Nicholina, se aleja flotando en el viento. Se aferra a los árboles y las rocas y...

Y a la gente.

Estudio al hombre que tengo a mi lado. Pelo cobrizo enmarañado, camina por un sendero de montaña con una

cuerda en las manos mientras discute con la joven que va a su lado. *Míralos, Louise. Míralos por última vez. Tu familia.* Una pausa odiosa. *¿Los has olvidado?*

Aunque sus nombres salen a la superficie despacio, como si estuviesen metidos en alquitrán, me aferro a ellos con fuerza. Reid y Coco. *No.*

Los ojos oscuros de Coco, tan oscuros que son casi negros, se levantan hacia el cielo antes de posarse en mí. *No. En mí, no. En Nicholina.*

—Incluso con las perlas, sabes que nos estamos metiendo en una trampa, ¿verdad?

Nicholina se ríe. Reid sacude la cabeza, y tira de nosotras para avanzar más deprisa. Mi visión cabecea a cada paso.

—No necesariamente.

Van a morir, ronronea Nicholina. *Todos ellos. Mi señora vendrá. Les arrancará el corazón.*

Ellos no harán tal cosa. Ella no hará tal cosa.

—No tenemos elección. —Las palabras de Reid no admiten argumento alguno—. Las Aguas Melancólicas son nuestra única esperanza.

—¿Y después? ¿Después qué, Reid? —Los dos me miran durante unos momentos largos—. Château le Blanc está cerca. Con Lou siendo ella misma de nuevo... si Zenna no destruye el castillo entero, *quizá podamos* colarnos dentro y... terminar esto.

Los dos que caminan delante ralentizan sus pisadas al oír esto último. Los dos tienen el pelo negro. Los dos me resultan desconocidos.

—Era *Nicholina* la que quería que arrasáramos el Château —insiste Reid—, no Lou. Lo cual significa que es lo último que deberíamos hacer. Puede que Morgane y Josephine esperen...

Pero su voz empieza a perderse mientras la escena se mueve a mi alrededor.

Di adiós, Louise. Las sombras se espesan y solidifican para volver a formar la oscuridad. Me aplasta bajo su peso y me lleva lejos; lejos de Reid, lejos de Coco, lejos de la luz. *No volverás a verlos nunca.*

Sí que lo haré.

Las palabras son calladas y pequeñas, tan insignificantes que Nicholina no las oye. Pero otros sí. Aunque Etienne ya no está, la Legión envuelve su presencia a mi alrededor, me sumerge en sus profundidades. Su intención, sin embargo, no es hacer daño, no es reclamarme. En vez de eso, me mantienen aparte. Me mantienen unida. *La esperanza no es la enfermedad.* Ahora tararean su propia letanía. Su propia oración. *Es la cura.*

CAPÍTULO 16

OTRA TUMBA



Reid

Célie emergió de entre los árboles vestida con unos pantalones ceñidos y botas de cuero hasta las rodillas. Había remetido una amplia camisa por la cintura de los pantalones, la camisa de Jean Luc. Reconocí el bordado del cuello, las mangas. Azul oscuro (azul *chasseur*) y oro. Sobre la cabeza, llevaba un sombrero de ala ancha con una pluma. Sobre la cara, llevaba una barba pulcramente recortada.

Beau estalló en carcajadas.

—¿Qué? —Célie se apresuró a mirarse, alisó su camisa. Comprobó el estado de su pelo, metió un mechón errante en su sombrero—. ¿No es convincente?

—Oh, sí que es convincente —le aseguró Beau—. Pareces idiota.

A mi lado, Nicholina se rio desde donde estaba sentada en el suelo. Le habíamos vuelto a atar las muñecas y habíamos revestido sus manos enteras con la sangre de Coco. Ahora no podía mover ni un dedo si lo intentara.

Sorprendida, quizás incluso escandalizada por la franqueza de Beau, las cejas de Célie salieron disparadas hacia arriba.

—Cosette a menudo lleva pantalones...

—Pero no una *barba* —comentó Beau— No necesitas un disfraz, Célie. Tu cara no aparece en esos carteles de «se busca».

—Bueno, pues... pensé que podría... —Se puso roja como un tomate—. Quizá no me está buscando la Corona, pero mi padre lo hará en algún momento. Jean Luc tiene espías por todo el reino. ¿No debería tomar precauciones? —Ante nuestras miradas impasibles, levantó su barbilla con un gesto desafiante y repitió—: Cosette y Louise llevan pantalones.

Beau abrió las manos con una sonrisita.

—Y punto.

—Majestad —dijo Célie, volviendo al tono formal con los ojos entornados—, por favor no os ofendáis, pero sois mucho menos agradable de lo que hubiese querido creer.

Aún riéndose, Beau pasó un brazo por encima de los hombros de Coco.

—No me ofendo, te lo aseguro.

Coco lo apartó de un empujón.

—Lo hace a menudo.

Beau llamó a Célie con un dedo y la condujo hasta el primer pueblo.

Habíamos decidido que ellos dos irían en busca de perlas negras. Aunque no era lo ideal, Coco y yo teníamos que quedarnos con Nicholina. No era que pudiéramos arrastrarla por las calles con las manos atadas y ensangrentadas. Me estremecí al pensar en que pudiera incluso *hablar* si encontrábamos a alguien que las vendiera.

Para cuando íbamos por el tercer pueblo, la había oído suficiente para toda la eternidad.

Ahora estaba recostada sobre una roca al borde del bosque, gimiendo y forcejeando con sus cuerdas. Sus manos colgaban flácidas e inútiles desde las muñecas. Como cadáveres ensangrentados.

—Tenemos *hambre*. ¿No podríamos entrar en una aldea? Solo en una, solo en una, para divertirnos un poco. —Me lanzó una mirada maliciosa—. Solo en una, para encontrar un bollo de miel.

Aparté la mirada de sus manos llenas de ampollas. No podía soportar verlas.

—Cierra la boca, Nicholina.

Coco vagueaba entre las raíces de un árbol nudoso mientras esperábamos. Hurgaba en el corte reciente de la palma de su mano.

—No parará hasta que lo hagas tú.

—Oooh, ratoncito listo. —Nicholina se sentó de repente y me lanzó una mirada maliciosa—. No solo vivimos debajo de la piel de *ella*, no no no. Vivimos debajo de la *tuya*. Está caliente y está mojada y llena de *respiraciones cortas y enfadadas...*

—Juro por Dios que si no dejas de hablar...

—¿*Qué* es lo que harás? —Con una carcajada, tiró de sus cuerdas otra vez. Yo tiré en dirección contraria y casi se cayó de la roca—. ¿Le harás daño a esta bonita piel? ¿Golpearás esta carne pecosa? ¿Nos castigarás, oh, marido, con unos buenos *azotes*?

—Ignórala —dijo Coco.

Un intenso calor bañaba mi cara. Mi cuello. Mis manos se cerraron en torno a la cuerda. Podía ignorarla. Podía hacerlo. Ella quería una reacción. Pues yo no se la daría.

Pasó otro puñado de minutos en silencio. Entonces...

—Tenemos que hacer nuestras necesidades —declaró Nicholina. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—No.

—¿*Qué* tal entre los árboles? —continuó, como si yo no hubiese hablado—. Tal vez se lo merezcan. Árboles malos, malos. Tal vez nos *observen*. —Se puso en pie mientras se

reía de su propia broma perversa. Tiré de su cuerda con irritación.

—He dicho que no.

—¿No? —Su voz (la voz de *Lou*) sonó teñida de incredulidad, incluso fingida, aún poco sincera, como si de algún modo se hubiese esperado esa respuesta por mi parte. El sonido de esa voz me dolió y me airó a partes iguales—. ¿Prefieres que nos hagamos pis encima? ¿Tu propia esposa?

—Tú no eres mi esposa.

Una desagradable oleada de nostalgia me recorrió de arriba abajo ante esas palabras tan familiares. Ante el recuerdo. El anillo que le había dado un día a Lou, alianza de oro y gema de madreperla, pesaba como una piedra en mi bolsillo. Lo llevaba siempre conmigo desde el Léviathan, ansioso por devolvérselo. Por deslizarlo otra vez en su dedo, al que pertenecía. En *L'Eau Mélancolique* haría justo eso. Me casaría con ella ahí mismo en la playa. Igual que la última vez, solo que ahora bien hecho. Real.

Nicholina me lanzó una sonrisa felina.

—No, no somos tu esposa, ¿verdad? Lo cual nos convierte en tu... ¿qué, exactamente? —Una pausa. Se acercó más, rozó mi nariz con la suya. Me eché hacia atrás al instante—. Ella luchó, ¿sabes? —murmuró, todavía sonriendo. Todo mi cuerpo se quedó quieto. Todo mi ser—. Gritó tu nombre. Deberías haberla oído en esos últimos momentos. Absolutamente aterrada. Absolutamente *deliciosa*. Saboreamos su muerte, la disfrutamos.

No era verdad. Lou seguía ahí dentro. Nosotros la liberaríamos.

—No puede oírte, monada. —Nicholina frunció los labios en un dulce despliegue de simpatía y me di cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta—. Los muertos

no tienen oídos. No oiré tus lamentos y no verá tus lágrimas.

—Basta ya —dijo Coco en tono cortante. Aunque la veía tirar para intentar quitarme la cuerda, no sentía el movimiento. Mi puño permaneció cerrado. La sangre rugía en mis oídos.

—Cierra tu maldita boca, Nicholina.

Ella luchó, ¿sabes?

Nicholina se rio como una niña pequeña. Se encogió de hombros.

—Vale.

Gritó tu nombre.

Respiré hondo. Inspiré por la nariz. Exhalé por la boca. Una respiración tras otra. Y otra y otra.

Deberías haberla oído en esos últimos momentos. Absolutamente aterrada.

Debería de haber estado ahí.

Es tu culpa es tu culpa es tu culpa.

Beau y Célie llegaron justo entonces, y Coco logró quitarme la cuerda de las manos. Miró ceñuda las manos vacías de los recién llegados.

—¿Nada? ¿Otra vez? —espetó.

Célie se encogió de hombros en señal de impotencia mientras Beau levantaba las manos en un gesto abúlico.

—¿Qué quieres que hagamos, Cosette? ¿Cagar las perlas? No somos *ostras*.

—Las ostras no cagan *perlas* —masculló Coco con las aletas de la nariz muy abiertas—, pedazo de idiota...

—¿Cagar? —aportó Nicholina de un modo muy útil.

Coco cerró los ojos y se obligó a respirar hondo antes de levantar la vista hacia el cielo. Aunque el humo todavía oscurecía el sol, debía de ser la última hora de la tarde.

—El siguiente pueblo está a unas dos horas de aquí. Es el último antes de L'Eau Mélancolique. —Su expresión se

endureció y me miró a los ojos. Con la mandíbula apretada, asentí una vez—. Reid y yo también iremos a buscar.

—¿Qué? —Beau nos miró a uno y otro con incredulidad—. Célie y yo somos *perfectamente* capaces de...

—Estoy *segura* de que eso es cierto —espetó Coco—, pero no es el momento de ver quién mea más lejos. Tenemos que encontrar esas perlas. Esta es nuestra última oportunidad.

—Pero... —Célie se inclinó hacia delante, pestañeó repetidas veces—. Pero *Nicholina*...

Coco levantó el puño. Había enroscado la cuerda a su alrededor. El movimiento forzó a Nicholina a acercarse a ella y Coco la miró directamente a los ojos. Cada palabra prometía violencia.

—Nicholina se va a comportar. Nicholina no quiere morir y lleva la cara de la bruja más famosa de Belterra. —La acercó aún más. Nicholina había dejado de sonreír—. Si provoca una escena, si se sale un solo *centímetro* del guion, la llevarán a la hoguera ahí mismo, en Anchois. Nicholina lo entiende, ¿verdad?

Nicholina la miró con desdén.

—No nos dejaríais arder en la hoguera.

—Tal vez no podemos salvarte.

Nicholina la miró furibunda, pero no dijo nada. Aunque fui a agarrar la cuerda una vez más, Coco negó con la cabeza y echó a andar.

—Se queda conmigo —declaró por encima de su hombro—. Tú no eres capaz de darle una patada en el culo, pero yo sí. Es lo que Lou hubiese querido.



Anchois constaba de un grandioso total de tres calles de tierra compactada. Una de ellas conducía al muelle, donde docenas de barcos pesqueros cabeceaban sobre el agua negra. Otra calle albergaba las destartadas viviendas de los aldeanos, y carretas y puestos de venta de pescado salpicaban el mercado de la tercera. Aunque el sol se había puesto del todo, la luz de las antorchas bailaba sobre los rostros de los comerciantes mientras ofrecían sus artículos a voz en grito. Los compradores se deslizaban entre ellos, tomados del brazo, saludando a amigos. A familiares. Algunos llevaban paquetes de papel marrón. Otros, collares de caracolas marinas. Trocitos de ágata centelleaban en el pelo de niños traviesos. Los curtidos pescadores se habían reunido en la playa para beber cerveza en grupos de dos y tres. Se quejaban de sus mujeres. De sus nietos. De sus rodillas.

Coco miró por la calle del mercado, intentando ver algo entre los huecos que dejaba la muchedumbre. Había atado una de las manos de Nicholina a la suya. Las mangas de sus capas ocultaban todas las ampollas. Toda la sangre.

—Deberíamos dividirnos. Cubriríamos más terreno de ese modo.

Aparté a Célie de una carreta que ofrecía piedras para predecir el futuro.

—Perfecto. Vosotras dos id al muelle, preguntad si alguien ha oído hablar de la existencia de perlas negras en la zona. Nosotros recorreremos el mercado.

Un brillo maravillado iluminó los ojos de Célie mientras observaba cómo un hombre joven sacaba una flauta burda de un bolsillo para tocarle una melodía a otro. Algunas doncellas cercanas se echaron a reír. Una incluso se separó de las otras y se animó a bailar. Célie asintió con anhelo.

—Sí. Hagamos eso.

Coco nos miró con escepticismo.

—¿Eso es lo que habéis estado haciendo, Célie?

Beau soltó una risa desdeñosa y negó con la cabeza. Soliviantado.

Agarré el codo de Célie con una confianza decidida.

—Si hay perlas aquí, las encontraremos.

Aunque Coco seguía pareciendo dubitativa, cedió con un asentimiento mientras jugueteaba con el medallón que llevaba al cuello. Se recolocó la capucha.

—Muy bien, pero más os vale registrar el mercado en lugar de pasear por el callejón de los recuerdos. —Me hincó un dedo en la nariz—. Y estad a plena vista cuando vuelva. Quiero ver manos. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Beau y a Nicholina, y nos dejó a Célie y a mí solos, envueltos en un silencio humillado.

Sentí un ardor cosquilloso en las orejas. Las mejillas de Célie estaban rojas como tomates.

—Gracias, Cosette —mascullé con amargura. Obligué a mi mandíbula a relajarse, respiré hondo, me calé bien mi sombrero de ala ancha y guie a Célie hacia la calle. Cuando el vendedor pregonó sus piedras adivinatorias en nuestra dirección, piedras que había tallado de huesos de peces, seguí caminando.

—No hagas caso a Coco. Está... pasando un mal momento.

—Creo que no le gusto. —Célie no quiso mirarme a los ojos.

—No le gusta nadie excepto Lou.

—Ah. —Durante una décima de segundo, un fogonazo de resentimiento cruzó sus facciones de muñeca. Pero entonces suavizó su expresión, esbozó una sonrisa educada y cuadró los hombros. Enderezó la columna. Siempre la perfecta dama—. A lo mejor tienes razón. —Su sonrisa se volvió genuina cuando vio una confitería cutre—. ¡Reid, mira! —Señaló hacia las latas llenas de dulces de almendras

en el escaparate. Pastas almendradas—. ¡Son tus favoritas! Tenemos que comprar algunas. —Con una palmadita sobre su bolsa de cuero que me había colgado del hombro, donde iba golpeando contra la mía, Célie intentó desviarme hacia la puerta rosa de la *confiserie*.

No me moví.

—Estamos aquí para encontrar perlas negras. No dulces.

Siguió tirando de mis muñecas.

—Solo tardaremos dos minutos...

—No, Célie.

Como si la reprimenda de Coco hubiese impactado como un rayo en el suelo entre nosotros, Célie soltó mis manos. Volvió a sonrojarse.

—Muy bien. Tú primero.

Conseguimos seguir adelante dos minutos enteros antes de que se detuviera de nuevo. Dejando atrás la ira, entornó los ojos en dirección a un grupo de hombres encorvados en torno a un barril.

—¿Qué hacen? —preguntó con los ojos muy abiertos y curiosos, como infantiles.

Eché un vistazo por encima de los hombres al pasar a su lado. Había un puñado de sucias *couronnes* de bronce desperdigado sobre el barril. Un par de dados de madera.

—Jugar y apostar.

—Oh. —Estiró el cuello para ver también. Cuando uno de los hombres le guiñó un ojo y le hizo señas para que se acercara, puse los ojos en blanco. Menudo disfraz. Célie dio otra palmadita en su bolsa, ajena a lo ocurrido.

—Creo que me gustaría probar a jugar. Por favor, pásame mi bolsa.

Solté un bufido y seguí andando.

—De ninguna de las maneras.

Célie emitió un ruido indignado en la parte de atrás de su garganta.

—¿Perdona?

Aunque apenas había conocido a Violette y a Victoire, supuse que así debía de sentirse un hermano mayor. Exasperado. Impaciente. Afectuoso.

—Reid. —La ignoré—. *Reid*. —Esta vez incluso dio un pisotón. Cuando seguí sin darme la vuelta, haciendo oídos sordos a su desquiciada petición, Célie pareció perder los estribos. Se lanzó a por mí y se aferró a la bolsa con ambas manos, bufando como un gato; sus uñas incluso arañaron el cuero—. Vas a soltar mi bolsa en este *instante*. Esta es... tú... esta es mi bolsa. No eres quién para controlarla y tampoco puedes controlarme *a mí*. Si quiero jugar y apostar, eso haré, y *tú*... —Por fin, di media vuelta, y ella la dio conmigo. Estiré la mano para sujetarla cuando se tambaleó hacia atrás, pero ella la quitó de en medio con un gruñido muy poco femenino—. *Dame mi bolsa*.

—Perfecto. Toma. —Le tiré la bolsa, pero resbaló de entre sus dedos. Monedas y joyas se desperdigaron por la nieve. Con una maldición, me arrodillé para bloquear la vista de los jugadores con mis hombros—. Pero prometiste ayudarnos. Necesitamos tus *couronnes* para comprar esas perlas.

—Oh, soy muy consciente de que necesitáis mi ayuda. —Unas lágrimas de ira centelleaban en sus ojos cuando ella también se arrodilló. Empezó a meter puñados enteros de tesoros en su bolsa—. A lo mejor eres *tú* el que necesita el recordatorio. —Le lancé una mirada ceñuda y significativa a un transeúnte interesado. Mis manos se juntaron a toda velocidad con las de Célie, y aunque ella intentó apartarlas...

Me enderecé de golpe. Mis dedos se cerraron en torno a un cristal familiar. Un cristal cilíndrico. Un cristal frío. Las uñas de Célie se hincaron en mis nudillos cuando intenté quitárselo.

—¡Espera! —gritó.

Demasiado tarde.

Miré pasmado la jeringa que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué es esto? —Aunque ya sabía lo que era. Los dos lo sabíamos. Célie se quedó perfectamente quieta, con las manos cruzadas a la cintura. No parpadeó, no respiró. No podía culparla. Si se movía, su fachada llorosa podría desmoronarse y la verdad podría salir a la luz—. ¿De dónde lo has sacado? —pregunté, la voz dura.

—Me lo dio Jean —susurró, tras una breve vacilación—, cuando le dije que me iba.

—Cuando le dijiste que ibas en nuestra busca.

No me contradijo.

—Sí.

Mis ojos volaron a su cara.

—¿Lo ibas a utilizar?

—¿Qué? —Su voz se quebró con la palabra y me agarró del antebrazo, ajena a las cabezas de Coco y de Beau, que subían y bajaban entre la multitud. Todavía no nos habían visto—. Reid, yo nunca...

—Sigues llorando.

—Sabes que lloro cuando estoy disgustada —dijo, al tiempo que se secaba la cara a toda prisa.

—¿Por qué estás disgustada, Célie? ¿Creías que lo habías perdido? —Mis dedos se cerraron en torno al cristal. Sin embargo, la inyección de cicuta no se caldeó. La Flor del Diablo, lo habían llamado los curas. Había crecido en la ladera de la montaña de la crucifixión de Jesús. Cuando su sangre había tocado los pétalos, se habían vuelto venenosos—. No debería importarte tanto. No ibas a utilizarlo.

—Reid. —La mano que tenía sobre mi brazo se deslizó con disimulo hacia abajo. Incluso ahora, anhelaba tenerlo en

su poder—. Era solo una precaución. Jamás planeé utilizarlo contigo... ni con nadie más. Debes creerme.

—Te creo. —Y era verdad. Creía que nunca había *planeado* utilizarlo. Sin embargo, si nuestro encuentro hubiese ido mal, no habría dudado en usarlo. El hecho de que lo hubiera llevado consigo, de que lo hubiera *escondido*, significaba que había estado dispuesta a hacernos daño. Me metí la jeringa en el bolsillo—. Sabes que esto es veneno, ¿verdad? Modelo estándar. Bruja o no, te incapacitaría a ti mucho más deprisa que a mí. Se llevaría por delante a Jean Luc. Al rey Auguste. A todos ellos. —Parpadeó, confusa, lo cual confirmó mis sospechas: lo había considerado un arma solo contra brujas. Sacudí la cabeza—. Joder, Célie. ¿De verdad tienes tanto miedo de nosotros? ¿De mí?

Hizo una mueca al oír la palabrota, y sus mejillas se llenaron de color. Pero no de vergüenza. De *ira*. Cuando levantó la barbilla, su voz no tembló.

—¿Eso es una pregunta siquiera? *Por supuesto* que os tengo miedo. Una bruja asesinó a Filippa. Una bruja me encerró en un ataúd con sus restos. Cuando cierro los ojos, todavía siento su cuerpo contra mi piel, Reid. Todavía la *huelo*. A mi *hermana*. Ahora, me aterra la oscuridad, dormir, soñar, e incluso despierta, apenas puedo respirar. Estoy atrapada en una pesadilla sin fin.

Mi propia ira menguó hasta convertirse en algo pequeño. Algo vergonzoso.

—Así que sí —continuó con tono fiero. Las lágrimas rodaban ahora con libertad por sus mejillas—. Traje un arma contra brujas. Os lo oculté. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me guste o no, ahora eres brujo. Eres uno de ellos. Lo estoy intentando, de verdad que sí, pero no puedes pedirme que no me proteja. —Entonces respiró hondo para serenarse y me miró a los ojos—. En verdad, no puedes pedirme nada.

No viviré en otra tumba, Reid. Tú has seguido con tu vida. Es hora de que yo haga lo mismo.

Aunque un centenar de palabras de consuelo llegaron a mis labios, no pronuncié ni una. No eran suficientes para lo que Célie había sufrido. Ninguna cantidad de palabras sería suficiente jamás. En lugar de eso, le devolví la jeringa. La agarró al instante y la puso delante de sus ojos con una expresión realmente aterradora. No como Lou. No como Coco. No como Gabrielle o Violette o Victoire. Como Célie.

—Cuando vuelva a ver a Morgane, le clavaré esta aguja en el corazón —prometió.

Y yo le creí.

CAPÍTULO 17

UN FAVOR SIMPLE



Reid

Beau, Coco y Nicholina nos encontraron poco después. Los conduje a la sombra de un puesto abandonado, lejos de los susurros de los aldeanos.

—¿Y? —Coco nos miró de uno a otra con expresión expectante—. ¿Habéis averiguado algo?

Nicholina se rio entre dientes mientras Célie se guardaba la inyección en el bolsillo.

—Nos... emm... mis disculpas, pero Reid y yo nos... bueno, nos *distrajimos*.

—¿Os distrajisteis? —Coco frunció el ceño.

—No hemos encontrado las perlas todavía —resumí. Volví a echarme la bolsa de Célie al hombro—. Tenemos que seguir buscando.

—Las aguas bajan, bajan, bajan —canturreó Nicholina, con el rostro oculto en la capucha de su capa—. Y ahí ahogan, ahogan, ahogan.

Coco se llevó una mano a la sien.

—Esto es una mierda. En el muelle, nadie sabía nada tampoco. Uno de ellos nos lanzó un *anzuelo* cuando preguntamos sobre perlas negras. Debía de haber oído rumores sobre L'Eau Mélancolique. —Suspiró—. Pescadores. En el mejor de los casos son supersticiosos, pero a lo que

más temen es a las melusinas. No me sorprendería que el tipo llamara a los *chasseurs*. Estas calles estarán llenas de ellos mañana por la mañana.

Beau levantó un montón de pósteres arrugados de «se busca».

—Al menos no nos reconoció.

—Y no estaremos aquí mañana por la mañana. — Chasqué un dedo y los restos de mi ira saltaron hacia los papeles. Beau dio un gritito cuando se prendieron; los dejó caer en la carreta. Nuestras caras quedaron reducidas a cenizas en cuestión de segundos—. Los puestos cerrarán pronto. Pongamos este mercado patas arriba.

Una hora más tarde nos reagrupamos al final de la calle. Malhumorados. Con las manos vacías.

Nicholina se mecía al viento. Un mechón de pelo blanco escapó de su capucha.

—Ahogan, ahogan, ahogan.

Con el ceño fruncido, Coco escudriñó la multitud de nuevo; aunque ya apenas podía llamársela «multitud». La mayoría de los aldeanos se había retirado para la noche; solo un puñado seguía bailando por la calle. Iban tambaleándose por efecto del vino, se agarraban unos a otros y reían como chiquillas. Al lado del agua solo quedaban los pescadores más fuertes. Y los más borrachos.

—Deberíamos marcharnos. Aquí no hay nada. Mañana podemos volver a los otros pueblos...

Beau hizo un gesto cortante con la mano.

—Ya os lo dije. Miramos por todas partes. No había perlas en ninguno de esos pueblos.

Yo también escudriñé los carros más próximos a nosotros. Coral descolorido. Campanillas de madera arrastrada por la corriente. Cestas de algas entretejidas, tazas de sal marina cristalizada, frascos de anchoas en conserva. Frascos y *frascos* de anchoas. En su frustración,

Beau tiró uno al suelo sin querer y el cristal se hizo añicos. Célie dio un salto atrás con un grito de sorpresa. Cuando el aceite empapó sus botas, Beau resopló burlón y ella se vengó lanzándole una anchoa a la cara de una patada.

Niños. Estaba rodeado de niños.

—Basta —dije, con voz cortante. Di una última vuelta en redondo para asegurarme de que no se me había escapado nada. Mi desesperación, sin embargo, no reveló nada nuevo. Anchois no tenía perlas, ni negras ni de ningún otro tipo.

—Mis disculpas. —Célie sorbió por la nariz de un modo muy digno—. No volverá a ocurrir.

—Vas a oler a pescado durante *al menos* dos semanas —comentó Beau. Solté el aire con fuerza por la nariz y giré en redondo para encararme con él.

—¿Podrías al menos *intentar* dejar de provocar a todo el mun...?

Un cartel de madera detrás de él captó mi atención. Un nombre familiar.

LA CURIEUSE MADAME SAUVAGE
PRECIOS DISPONIBLES BAJO PETICIÓN

Fruncí el ceño y empujé a Beau a un lado. *Madame Sauvage*. Yo conocía ese nombre. ¿De qué conocía ese nombre? El cartel en sí, medio oculto y medio podrido, se encontraba entre un puesto de peines larguiruchos y un barril de aceite de pescado. Señalé hacia él.

—Eso no estaba ahí antes, ¿verdad?

Los ojos de Coco siguieron la dirección de mi dedo.

—No veo nada.

—Bueno, mira. Está ahí... —Pestañeeé y las palabras murieron en mi lengua. Estaba señalando el aceite de pescado, no el cartel. Porque *no había* ningún cartel. Bajé el dedo a toda prisa, negué con la cabeza, parpadeé de nuevo —. Yo... no importa.

—No hay nada —dijo Nicholina, su voz inesperadamente dura. Tiró de la mano de Coco—. Nada, nada.

Coco bufó, impaciente, antes de ceñirse mejor la capa a su alrededor.

—Si has *terminado* de... —Pero abrió los ojos como platos al mirar atrás—. Eso... no estaba ahí antes.

Despacio, como si quisiera arrinconar a un animal asustado, mis ojos volvieron al puesto y al barril. Como era de esperar, el cartel de madera se había vuelto a materializar entre ambos. Unas cortinas de seda de color esmeralda y berenjena ondeaban en el carromato que había detrás. Como si hubiese estado ahí todo el rato.

—Magia —susurró Célie.

Coco y yo compartimos una mirada desconfiada antes de avanzar con cautela.

Tomé un cuchillo de mi bandolera, aunque el carromato en sí no *parecía* peligroso. Joyas de todas las formas y colores centelleaban desde las atestadas baldas. Joyas de verdad. Con gemas y metales preciosos; no huesos de peces y tentáculos de pulpos. Un surtido de botellas polvorientas las acompañaba. Flores desecadas. Libros con encuadernación de cuero. En una repisa del fondo dormitaba una serpiente carmesí y dorada, en un terrario de cristal. Célie se acercó a ella fascinada.

Respiré hondo mientras intentaba (y fracasaba) reprimir mi inquietud.

No, no parecía peligrosa, pero ahí, exhibidas con orgullo en la balda del medio, descansaban tres perlas negras en una cama de terciopelo. No podía ser una coincidencia. Cuando Beau se movió hacia ellas, ansioso, lo detuve con un gesto negativo de la cabeza. Miré a nuestro alrededor en busca de la dueña. Esta misteriosa *madame* Sauvage. Aunque no se la veía por ninguna parte, había clavado un trozo de pergamino al cartel:

VOLVERÉ

Coco agarró el borde de la seda esmeralda entre dos dedos.

—Perfecto. Hace que esto sea fácil.

—Demasiado fácil —dije, antes de entender a qué se refería— Espera. ¿Quieres *robarlas*?

—Soy una ladrona, Reid. —Con los ojos de repente en alerta, miró del carromato a la calle, evaluó todo el entorno. Siguió con la mirada a la pareja más próxima a nosotros. Paseaban de la mano, ajenos a nuestra presencia. Cuando me planté delante de ella y le tapé la vista, Coco sonrió satisfecha—. Lou también es ladrona, ¿sabes? Y en cuanto la hayamos salvado, puedes empaparte en tu virtud hasta que tengas los dedos arrugados. Hasta entonces... —Coco se deslizó por mi lado, encogiendo un hombro en ademán casual—. Necesitamos esas perlas. Es mejor que nadie vea nuestras caras. —Sus ojos se posaron en algo detrás de mí y se echó a reír. Luego los tiró hacia mí—. Perfecto. Una recompensa por tu silencio.

Atrapé los pantalones de cuero contra mi pecho.

—Esto no tiene gracia.

—*Au contraire*. Lou va a necesitar echarse unas risas después de todo esto. —Su sonrisilla se diluyó—. Me dijiste que tuviera esperanza, Reid, pero la esperanza no significa nada sin acción. Haré lo que haga falta para salvarla. *Cualquier* cosa. ¿Estás tú dispuesto a hacer lo mismo? ¿O sucumbirá Lou a la espada de tus principios? —La fulminé con la mirada—. Fabuloso. Ahora, no te muevas. Eres un escudo excelente.

Con la mandíbula apretada, estrujé el cuero en mi puño y observé cómo se acercaba con sigilo a las perlas. Cuando Nicholina se movió para tirarlas a un lado de un codazo, agarré la cuerda, la desaté de Coco con dedos hábiles y la enrosqué en torno a mi propia muñeca. Cuando Coco se giró

hacia mí, asentí. Esto no estaba bien, pero Lou tampoco lo estaba. El *mundo* no estaba bien. Después de L'Eau Mélancolique, le pagaría a *madame* Sauvage con intereses. Encontraría una docena de perlas negras para reemplazar estas tres y...

Espera.

¿Solo tres?

—Somos cinco —dije.

—Eso no debería ser un problema. —Se me subió el corazón a la garganta al tiempo que giraba hacia la nueva voz. La mano de Coco quedó paralizada por encima de las perlas. Una mujer mayor apareció por detrás del carromato, los hombros encorvados y el rostro con profundas arrugas. Llevaba una bufanda verde oliva en torno a su pelo plateado. Innumerables aretes en las orejas, los dedos de manos y pies... sus pies *desnudos*. Arrastraba una capa esmeralda por el suelo a su espalda. Sonrió para mostrar una colección de dientes torcidos—. Los humanos no pueden entrar en L'Eau Mélancolique. Las aguas los vuelven locos.

Nicholina siseó debajo de su capucha, se pegó más a mí. Estudié a la mujer.

—¿Nos hemos... visto antes, *madame*?

—¿Quizá? Pero claro, quizá no. Me temo que tengo una de esas caras. *Le visage de beaucoup, le visage d'aucun*. La cara de muchos...

—... la cara de nadie —terminé el viejo dicho de memoria. Pero...

Su sonrisa se tornó taimada.

—Hola, queridines. Bienvenidos a mi gabinete de curiosidades. ¿En qué puedo ayudaros hoy?

Al oír esas palabras la reconocí por fin, y unas baldas diferentes aparecieron ante mí en rápida sucesión, cada una como una cuchillada en mi memoria: ratas bailarinas y

escarabajos de cristal, dientes afilados y alas de mariposa. Una marioneta fea, un anillo de madreperla y... una anciana.

Una anciana que había sabido más de lo que debía.

¿Podrían interesarle los lirios de cala? Se dice que simbolizan la humildad y la devoción. Las flores perfectas para terminar cualquier disputa de amantes.

Heridas medio curadas, todas ellas. Aún sangrando por los bordes.

—*Madame Sauvage* —dije, con una mueca. Ella sonrió con amabilidad.

—*Bonjour*, Reid. Es un placer verte otra vez. —Su sonrisa se esfumó cuando vio a Nicholina, cuyo rostro permanecía oculto—. Santo cielo. —Una risita nerviosa—. Saludaría a nuestra bella Louise, pero parece que alguien más se ha instalado ahí. —Se calló de golpe, ladeó la cabeza—. Vaya, vaya, vaya... más que solo alguien, creo, y uno poderoso, dicho sea de paso. —Su sonrisa volvió en toda su plenitud y dio unas palmadas entusiasmada—. Louise le Blanc, *tanto maldita como bendita*. Qué *fascinante*.

¿Más que solo alguien? Fruncí el ceño. Se refería a Nicholina, por supuesto, pero... ¿bendita?

—Usted lo sabría —gruñó Nicholina con algo parecido al miedo—. Oh, sí, usted reconocería...

—Ah, ah, ah. —Con un dedo agitado por *madame Sauvage*, la voz de Nicholina cesó. Dio la impresión de que a su cuerpo le habían salido raíces—. Ya hemos oído suficiente de ti, Nicola. No habrá sangre ni secretos derramados en mi carreta. Por favor, estate quieta y observa.

—¿Cómo ha...? —pregunté.

—¿Vosotros tres os conocíais? —interrumpió Célie, perpleja.

Madame Sauvage guiñó un ojo. El gesto no encajaba con su rostro marchito.

—Supongo que podría decirse eso. La última vez que nos vimos, sus discusiones casi hacen añicos mis ventanas. — Aunque adoptó una actitud de cuidadosa indiferencia, la curiosidad centelleó en sus ojos oscuros—. Confío en que nuestros tortolitos se hayan reconciliado.

Todavía incrédulo y confundido, tiré los pantalones de cuero sobre una balda cercana.

—No es asunto suyo.

Bufó un poco indignada ante mi tono, pero su sonrisa traviesa no vaciló. Sus ojos saltaron de mí a Célie, y luego se demoraron donde Beau y Coco esperaban cerca de la serpiente.

—Es verdad y aun así... parece que necesitáis ayuda, una vez más.

—¿Cuánto quiere por las perlas? —preguntó Coco.

—Las perlas —repitió *madame* Sauvage con suavidad. Parecía realmente llena de vida—. Bueno, querida, las perlas casi no tienen precio. ¿Qué estáis dispuestos a dar por ellas?

Cualquier cosa.

Nicholina seguía sin moverse.

—Tenemos efectivo —dije de inmediato—. Mucho efectivo.

—Santo cielo. —*Madame* Sauvage volvió a emitir esa risita nerviosa y sacudió la cabeza—. Santo cielo, santo cielo, santo cielo. Eso no valdrá, ¿verdad? No me ensucio las manos con dinero.

Un destello de sorpresa cruzó la cara de Coco.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Sea lo que fuere —musitó Beau—, no puede ser bueno.

Toda la cara de *madame* Sauvage se iluminó con una amplia sonrisa.

—Oh, *no*, alteza, ¡tenéis una idea equivocada por completo! No temáis, no es nada perverso. Veréis, yo trato

solo con favores simples. Simples pruebas, en realidad. Nimiedades.

Fruncí el ceño.

—No hay nada simple en un favor.

—¿Qué favor? —preguntó Coco, en parte aprensiva y en parte impaciente—. Solo díganoslo, para que podamos hacerlo.

—Por supuesto, por supuesto. —Como si fuera posible, la sonrisa de *madame* Sauvage se amplió aún más—. Como he dicho, es bastante simple: un favor por cada perla. Mis disculpas —añadió en dirección a Beau y a Célie, e inclinó la cabeza—, pero en verdad, L'Eau Mélancolique no es lugar para humanos. Es oscuro y peligroso, queridos. Hay más que monstruos acechando en sus profundidades.

—Entonces —bufó incrédulo Beau—, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Quedarnos de brazos cruzados en la orilla?

—¿Cómo sabe tanto sobre L'Eau Mélancolique? —preguntó Coco al mismo tiempo.

—Cuéntenos los favores. —Levanté la voz por encima de la de ellos. Sí, este extraño carro había aparecido de la nada. Esta extraña mujercita parecía conocer todos nuestros planes, conocer a Nicholina. En verdad, parecía más... inquisitiva que malvada, y además, ¿qué otra elección teníamos? Necesitábamos las perlas. *Sus* perlas. Podíamos enfrentarnos a las consecuencias después de conseguirlas.

La mujer se frotó las manos nudosas.

—Empezaremos con el fácil, ¿vale? Solo un beso.

Solo un beso.

El silencio se desplomó sobre nosotros como un cuchillo que cae de punta. Solo que en lugar de clavarse a nuestros pies, levitó por encima de nuestras cabezas. Letal y afilado. Nadie se atrevió a mirar a nadie. Yo no miré a Célie ni a

Nicholina. Ninguna de las dos me miró. Beau y Coco miraban el suelo con determinación.

—¿Entre... quiénes? —pregunté al fin.

Con una carcajada, *madame* Sauvage levantó un dedo torcido hacia Beau y Coco.

El cuchillo dio en su blanco.

Beau se puso rígido. Coco se quedó boquiabierta. La tensión que agarrotaba mi propia columna, sin embargo, desapareció en un santiamén e intenté no suspirar del alivio. Célie no tuvo ningún reparo. Se relajó contra una cesta de escarabajos con una risa temblorosa.

—Los mentirosos, por supuesto. —*Madame* Sauvage asintió con lo que podrían haber sido ánimos. O deleite—. Se besarán y la verdad saldrá a la luz. Hay verdad en un beso —añadió, dirigiéndose a Célie y a mí en ademán cómplice. Célie asintió, aunque sospeché que no era porque estuviera de acuerdo. No. Era porque ahora haría cualquier cosa por evitar la ira de *madame* Sauvage.

Yo asentí igual que ella.

—No estoy mintiendo acerca de nada —farfulló Coco, sin apenas mover los labios.

Beau soltó una carcajada burlona al oírlo.

Aunque sentía compasión por el apuro de Coco, de verdad, estiré un brazo para darle un apretoncito en el hombro.

—Cueste lo que costare, ¿no?

Me miró con el ceño fruncido.

Reprimí una sonrisa. La situación no me divertía. De verdad que no.

Apartó mi mano con una maldición mascullada y dio un paso al frente. Se paró. Cerró los ojos e inspiró una profunda bocanada de aire. Cuando los abrió de nuevo, una determinación pétrea se había asentado en sus profundidades. Asintió una vez en dirección a Beau, que

parecía extrañamente reacio. Sin embargo, no evitó su mirada. No alivió la tensión con una broma. Se limitó a mirarla, sin moverse.

—Solo hazlo —lo conminó—. Date prisa.

Beau hizo una mueca al oír las palabras de Coco, pero dio un pequeño paso adelante, y bajó la voz.

—Si no recuerdo mal, Cosette, no te gusta que sea rápido. —Dio otro paso. Los dedos de Coco todavía temblaban. Cerró los puños contra su falda—. No conmigo.

—No me gusta nada contigo.

Un lado de la boca de Beau se curvó hacia arriba cuando bajó la vista hacia ella, pero mi propio humor se diluyó al ver su expresión. No quería ver las emociones en sus ojos. No quería ver la ternura. El anhelo. Aun así, sus reticencias brillaban con la misma claridad. No quería besarla. No ahí. No ahora. No de este modo.

—Mentirosa —susurró.

Y entonces bajó sus labios hacia los de ella.

Pasó un segundo con ellos ahí plantados, cuerpos rígidos y separados. Labios apenas en contacto. Dos segundos. Tres. Con un suspiro de resignación, Beau hizo ademán de separarse, pero Coco...

Puse los ojos en blanco.

Coco no lo dejaba. Sus manos treparon por el cuello de Beau, se hundieron en su pelo para mantenerlo donde estaba. No. Para acercarlo más. El beso más profundo. Cuando los labios de Coco se entreabrieron en un suspiro, Beau no vaciló, su brazo se deslizó por la cintura de Coco y la apretó contra su cuerpo. Pero no era bastante cerca. No para Coco. Se apretó más fuerte, lo abrazó más fuerte, hasta que Beau soltó una risita y la hizo caminar hacia atrás. Cuando la espalda de Coco chocó con la balda más cercana, Beau la levantó para sentarla sobre ella, abrió sus rodillas para empujar entre ellas. Espacio y medido. Sin

prisa. Hasta que Coco mordió el labio de Beau. Algo pareció hacer reaccionar a Beau entonces.

A mi lado, Célie observaba cómo las manos de ambos se volvían frenéticas, y sus respiraciones eran más sonoras. Tenía los ojos muy abiertos, sorprendidos; las mejillas le ardían escarlatas.

—Madre mía —musitó. Yo aparté la mirada.

—Hacía mucho que esto se veía venir.

—O *no* venir —comentó *madame* Sauvage, arqueando una ceja irónica. Me encogí un poco ante la indirecta.

—¿Cuántos años *tiene*?

—Soy bastante joven, chico. Bastante joven.

Bien. Con *esa* imagen en la cabeza, me aclaré la garganta. Beau acababa de deslizar una mano por la pantorrilla de Coco, la había enroscado en torno a su rodilla para acercarla aún más. Sus dedos acariciaban la piel de la zona. Repetí el sonido, más fuerte esta vez, y sonreí muy a mi pesar.

—¡Hola! ¡Sí, perdón! —Mi sonrisa se ensanchó cuando Beau se echó atrás de golpe, como si saliera a la superficie desde unas aguas profundas. Parpadeó despacio. Respiraba con dificultad—. Parece que no os habéis dado cuenta, pero *aquí hay más personas*.

No obstante, Beau todavía no daba muestras de registrar nuestra presencia. En vez de eso, miraba a Coco. Ella lo miraba a él. Ninguno de los dos habló durante varios segundos. Al final, con una ternura infinita, Beau rozó la frente de Coco con los labios, se apartó, y colocó bien su falda.

—Terminaremos esto más tarde.

En ese momento, Coco pareció volver a la realidad. A recuperar el sentido común. Saltó de la balda a toda prisa e hizo caer un cubo de ojos de cristal, que se desperdigaron por el suelo del carro. Cuando se tropezó con uno y giró en

redondo hacia Nicholina, Beau la agarró del brazo. Coco tiró para intentar soltarse.

—No me *toques*. Estoy bien. —Resbaló sobre otro ojo. Le dio una violenta patada en respuesta—. He dicho que estoy *bien*.

Beau torció el gesto ante el estallido de Coco, frunció el ceño y la soltó.

—Dilo una vez más. —Cuando ella se apartó con torpeza, casi volcando otra cesta, Beau sacudió la cabeza—. Quizá te crea.

Coco lo observó salir del carromato con los ojos demasiado brillantes, los brazos envueltos con fuerza en torno a la cintura. Los hombros encorvados. Como si su beso le hubiese infligido una herida física. Aparté la mirada deprisa cuando sus ojos se cruzaron con los míos.

—No digas ni una palabra —espetó, antes de pasar por mi lado a paso airado y salir a la calle. No siguió a Beau.

—Ah, *l'amour*. —*Madame Sauvage* miró cómo se alejaban con una expresión nostálgica—. Os dije que la verdad saldría a la luz. —Cuando volvió a dar unas palmadas y posó toda la fuerza de su mirada en mí, retrocedí—. Ahora es tu turno, joven. Alarga tu mano, por favor.

—Preferiría... no hacerlo —dije con suspicacia.

—Tonterías. Quieres tu perla, ¿no?

Miré hacia donde se habían alejado Beau y Coco.

—Depende.

Pero no dependía, en realidad no, y los dos lo sabíamos. Tragué saliva con esfuerzo y alargué una mano hacia ella. Para mi sorpresa, sacó una pequeña bolsita de su manga y volcó su contenido en la palma de mi mano. Célie se acercó un poquito, ladeó la cabeza.

—¿Semillas? —preguntó, confundida.

Y eso eran.

Madame Sauvage cerró mis dedos alrededor de ellas con una sonrisa agradable.

—Exacto. Tu tarea es sencilla, querido chico: plántalas. Miré esas cosas tan mundanas y fruncí el ceño.

—¿Que las plante?

Madame Sauvage dio media vuelta para hurgar en su carro, recolocando cosas en los sitios adecuados.

—¿Qué más se puede hacer con unas semillas?

—Yo... —Sacudí la cabeza y devolví las semillas a su bolsita—. ¿Qué son? —*Menuda pregunta más estúpida*. Lo intenté de nuevo—. ¿Dónde... dónde quiere que las plante? ¿Cuándo?

—Esas decisiones dependen de ti.

Cuando le lancé a Célie una mirada de incredulidad, ella se encogió de hombros e hizo un gesto primero hacia las perlas, luego hacia la calle. Metí las perlas negras en la bolsita junto con las semillas. *Madame Sauvage* no me lo impidió; en vez de eso, sacó un ratón vivo de su manga y lo dejó caer en el recinto de la serpiente. Arrulló a la serpiente mientras se desenroscaba. Como una madre con su bebé. Célie hizo otro gesto hacia la calle. Más vehemente esta vez. Enfático.

Pero no parecía correcto simplemente *marcharse*. Y Nicholina... ella seguía de pie en silencio, como si hubiese echado raíces. Estaba claro que *madame Sauvage* no era una vendedora ambulante cualquiera.

—¿Por qué está aquí, *madame Sauvage*? ¿Cómo ha... cómo nos ha encontrado?

La mujer levantó la vista, como sorprendida de encontrarnos todavía ahí de pie.

—¿Por qué estás tú aquí, joven? Ya tenéis vuestras perlas. Ahora marchaos.

Agitó una mano una vez más y Nicholina soltó una exclamación ahogada. Se tambaleó. Al segundo siguiente se

había abalanzado a por *madame* Sauvage con un gruñido, pero di un fuerte tirón de mi muñeca y laforcé a detenerse. La capucha resbaló de su cara y nos miró a uno y otro con una furia silenciosa.

—No es muy agradable, ¿verdad? Perder la autonomía corporal. —*Madame* Sauvage nos echó del carromato sin más ceremonia—. Una lección bien aprendida, Nicola. Ahora, marchaos. Todos tenéis cosas bastante más urgentes a las que atender, ¿verdad?

Célie me agarró del brazo cuando no me moví. Tiró de mí escaleras abajo.

Sí. Sí, deberíamos irnos, pero...

Mis ojos se fijaron en el recipiente de cristal lleno de dulces al lado de la serpiente. Estaba *seguro* de que no estaban ahí antes. Dividido entre la inquietud y el interés, entre el miedo y una calma inexplicable, hice un gesto hacia ellas.

—¿Cuánto... cuánto cuesta el bollo de miel?

—Ah. —*Madame* Sauvage se avivó de pronto, agarró el pastelito del exhibidor y lo envolvió en papel de estraza. Nos siguió escaleras abajo antes de ofrecérmelo.

»¿Para ti? Es gratis. —La miré con recelo—. Nunca temas. —Tiró de su cartel para desenterrarlo del barro; un gesto extrañamente mundano en esas circunstancias tan insólitas—. Volveremos a vernos pronto, Reid Labelle. Planta esas semillas.

Con un guiño alegre, desapareció delante de nuestras narices. Se llevó consigo su cartel y su extraña carreta.

CAPÍTULO 18

LE CŒUR BRISÉ



Reid

—Hemos llegado —anunció Coco en voz baja.

Un cuarto de hora antes, nos había obligado a detenernos para inmovilizar a Nicholina en el suelo y verter una tintura somnífica por su garganta. No había sido bonito. No había sido divertido. Todavía tenía marcas de mordiscos en mi mano para demostrarlo.

Estábamos bajo la sombra de un ciprés solitario (al menos, pensaba que era un ciprés). Por debajo del humo y las nubes, se había hecho la verdadera oscuridad una vez más. El bosque a nuestra espalda mostraba una quietud espeluznante. Incluso el viento había parado, aunque el aire todavía estaba teñido de un toque de salmuera. Nada de olas, sin embargo. No oía ninguna. Gaviotas tampoco. Ningún signo de vida en absoluto. Moví los pies incómodo y miré hacia el camino que teníamos por delante. Estrecho y rocoso, desaparecía entre una niebla tan densa que podría haberla cortado con un cuchillo. Un escalofrío correteó por mi columna al pensar en lo que podía acechar en su interior. A pesar de que no había ninguna señal de Morgane o de Josephine, se me pusieron de punta los pelos de la nuca.

—¿Y ahora qué?

Coco vino hasta mí.

—Seguimos adelante. Recto hacia abajo.

—¿Hacia *eso*? —Beau también se adelantó, para colocarse a mi otro lado—. ¿No podemos evitarlo?

—L'Eau Mélancolique está al otro lado.

—Sí, pero seguro que podemos encontrar un acceso no tan abiertamente ominoso.

—*Le Cœur Brisé* está por todas partes. Uno no *accede* a las Aguas Melancólicas sin él.

—Pero... —Célie tragó saliva—, solo hemos conseguido tres perlas. *Madame Sauvage* dijo que los humanos tenemos prohibido acercarnos a las aguas. Dijo que podían volvernos locos.

—Las aguas pueden volver loco a cualquiera. Humano o bruja. —Coco enderezó los hombros sin apartar los ojos de la niebla—. Aunque tienes razón: solo tenemos tres, así que... seguiremos el camino hasta donde *Le Cœur* nos lo permita, pero solo Reid, Nicholina y yo continuaremos hasta la orilla. —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Si es que somos capaces de pasar su prueba.

—¿Qué *prueba*? —pregunté con una inquietud creciente—. Nadie había dicho nada acerca de ninguna prueba.

Coco hizo un gesto seco con la mano.

—Tú la pasarás. —Sin embargo, echó un vistazo a Nicholina y añadió—: Ella, no estoy tan segura, pero solo nos hizo una prueba una vez. Tal vez no lo haga hoy tampoco...

Beau saltó ante esta nueva información. Giró en redondo para señalar a Coco con un dedo. Triunfante. Furioso.

—*Sabía* que ocultabas algo.

—Lou y yo jugábamos en L'Eau Mélancolique de niñas —replicó Coco en tono cortante—. No es ningún secreto. Y por supuesto que nos topamos con *Le Cœur* una o dos veces. Le gustábamos, así que no nos pedía perlas. A cambio, le traíamos trucos.

Célie parpadeó, confundida.

—Pero dijiste que necesitábamos perlas negras.

Coco bufó con impaciencia, cruzó los brazos y apartó la mirada.

—Las necesitamos. Las *necesitábamos*... solo que no todas las veces. En una ocasión, Lou las convirtió en arañas cuando él las tocó. A *Le Cœur* le aterran las arañas.

Un momento de silencio.

—¿Y le *gustabais*? —preguntó Beau perplejo.

—Yo le gustaba más que Lou.

—Basta. —Sujeté a Nicholina más alto entre mis brazos y me encaminé hacia el sendero. Zarcillos de niebla salieron a mi encuentro, se enroscaron en torno a mis botas. Mis tobillos. Los aparté a patadas. Estábamos muy cerca. *Demasiado* cerca—. No hemos recorrido todo este camino para marcharnos ahora.

PERO OS MARCHARÉIS. Una voz abrupta y desconocida atronó a mi alrededor, *a través* de mí. Me tropecé y casi lancé a Nicholina de bruces hacia la niebla. Por la reacción de los otros (Célie incluso gritó), ellos también lo habían oído. La niebla se espesó visiblemente a mis pies, empezó a trepar por mis piernas. Sentí su presión como una abrazadera. Aterrado, salté hacia atrás y la niebla me soltó. No obstante, no dejaba de espesarse. No dejó de hablar. *SI NO PODÉIS BEBER DE LAS AGUAS Y REVELAR SU VERDAD.*

Casi pisé a Célie en mis prisas por huir.

—¿Qué es? —Me agarró del brazo, agarró el brazo de Nicholina, agarró cualquier cosa para anclarse a la realidad. Lo que pasaba era que esta era nuestra realidad: posesiones, perros agoreros, dragones cambiaformas, *niebla* parlante. No tenía fin—. ¿Es *Le Cœur*?

En respuesta, la niebla se oscureció poco a poco; dio la impresión de envolverse en sí misma, como cuando una araña teje su tela. Le salieron piernas y brazos. Una cabeza.

Un par de gélidos ojos negros como el carbón. A pesar de la voz ominosa, esos ojos se suavizaron al fijarse en Coco cuando su propietario dio un paso adelante. De constitución poderosa, más alto que yo incluso, el hombre soltó una risa atronadora y abrió los brazos para recibirla. Coco vaciló solo un segundo antes de correr hacia él. Con la voz entrecortada por la risa, quizá por lágrimas, Coco enterró la cara en su pecho.

—Te he echado de menos, Constantin.



Beaumiró alucinado mientras se abrazaban. Hubiese podido encontrar cómica su expresión de no haber sentido yo también esta revelación como un golpe en la cabeza.

Constantin. *Constantin*. Conocía el nombre, por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo jamás? *Madame* Labelle me había tenido cautivo con él en el Bellerose hacía muchos meses, tejiendo magia con su historia de amantes malhadados. De anillos mágicos y mares de lágrimas y brujas y hombres santos. De Angélica y *Constantin*. El santo que le había regalado a la iglesia su espada bendita, la Balisarda original. Yo había llevado una parte de él durante años, ajeno a que su espada no había sido bendecida en absoluto, sino encantada por su amante. Ella había querido protegerlo. Él había querido la magia de ella. Cuando no fue capaz de quitársela, acabó por quitarse la vida en cambio.

Este no podía ser el mismo hombre. Por supuesto que no. La historia decía que había muerto y, aunque no lo hubiese hecho, tendría miles de años. Haría muchísimo tiempo que estaría muerto. Y Coco... no había dicho ni una palabra de que conociera a Constantin durante la historia de *madame* Labelle. Nos lo hubiese contado. Seguro. La vida de Lou

había estado atada de manera tangencial a la de Constantin y Angélica, cuyo desventurado amor había provocado el inicio de la guerra entre la Iglesia y las *Dames blanches*. Nos lo hubiese contado. Lo *hubiese hecho*.

—Constantin. —Beau dijo el nombre despacio, como si lo paladeara. Haciendo memoria—. Conozco ese nombre. ¿No deberías estar muerto?

Coco se puso tensa al oír esas palabras tan faltas de tacto, pero Constantin se limitó a reírse. Revolvió el pelo de Coco y se desenredó de sus brazos con suavidad.

—Mi reputación me precede.

—¿Tú eres *Le Cœur Brisé*? —pregunté, incrédulo—. ¿El Corazón Roto?

—No se me escapa la ironía, te lo aseguro. —Sus ojos oscuros centellearon.

—Pero no eres... no eres ese Constantin. No eres él. — Cuando la figura se limitó a mirarme, solté un resoplido y miré a Coco, incapaz de dar voz al repentino y doloroso fogonazo de emoción que sentía en el pecho. No nos lo había contado. Había... retenido información. No había mentido, no exactamente, pero tampoco había dicho la verdad. Lo sentí como una traición—. Vale, bien. —Sacudí la cabeza en un intento por centrarme otra vez—. ¿Cómo es posible?

—¿A quién le importa? —masculló Beau, casi incomprensible.

Constantin abrió los brazos por los aires.

—Me condenaron a ser eterno, cazador, porque ansiaba más.

Coco lo miró de soslayo.

—Creo que fuiste un poco más allá.

—Tienes razón, Cosette, por supuesto. Rompí el corazón de una mujer en el proceso. Lo único de lo que me arrepiento de verdad en mi vida.

Coco puso los ojos en blanco. Luego lo explicó.

—Constantin saltó de esos acantilados. Cuando Angélica lloró su mar de lágrimas, las aguas... lo revivieron. —Hizo un gesto hacia la niebla a nuestro alrededor. La misma niebla de la que él se formaba—. La magia de las aguas le da vida. Ahora él sirve de advertencia.

Todos la miramos pasmados.

—¿Qué significa eso? —preguntó Beau al final.

—Quiere decir que Isla metió la nariz como una cotilla entrometida —explicó Constantin, con un tono sorprendentemente agradable, dadas las circunstancias. Deslizó una mano por su brazo, su pecho desnudo. No llevaba nada excepto la tela de alrededor de su cintura, su mitad inferior oculta por la niebla. La condensación se arremolinó sobre su piel, se enroscó en su pelo—. Observó todo lo que pasó entre Angélica y yo, y, cuando las aguas intervinieron, llegó ella y me condenó a proteger a las mujeres de estas aguas, y a su magia, para siempre.

—¿Las mujeres de estas aguas? —Los ojos de Célie saltaron de acá para allá.

—Las melusinas. —Constantin retorció la cara en señal de desagrado—. Mujeres pez. Mujeres *volubles*.

—Tentadoras —añadió Coco—. Las que viven aquí también son portadoras de la verdad. Algunas son videntes. Las aguas les han dado extrañas habilidades.

Me empezaban a arder los brazos, así que reajusté mi agarre sobre Nicholina.

—¿Quién es Isla?

Constantin soltó una risotada desdeñosa en respuesta.

—La reina de las melusinas.

—La hermana de Claud —dijo Coco al mismo tiempo.

—Entonces, ¿es una diosa? —preguntó Célie. Constantin hizo una leve reverencia e inclinó la cabeza.

—Hay quienes la llamarían así. Otros, no. Sea como fuere, es muy vieja y poderosa. Sin embargo, si pretendéis que os conceda audiencia, debo advertiros que no puede interferir en los asuntos de los humanos. No sin repercusiones.

—No estamos aquí por ella, Constantin —dijo Coco, tras llamar su atención tocándole el brazo—. Al menos, aún no. —Miró a Nicholina, a Lou en mis brazos, y todo su cuerpo pareció marchitarse una vez más. Constantin siguió la dirección de su mirada. Sus ojos avispados vieron la piel cetrina de Lou, sus mejillas demacradas. Expresó su comprensión con un sonido largo y grave.

—Louise está enferma.

—Y poseída —añadí, un pelín desesperado. Las cejas de Constantin salieron disparadas hacia arriba.

—Creéis que las aguas la curarán.

—Te curaron a ti —señaló Beau—, y tú estabas muerto.

Constantin separó la niebla con las manos; los zarcillos se enroscaron entre sus dedos. Me pareció un gesto distraído. Apático.

—Es verdad. Si algo puede curarla, son estas aguas. Aunque empezaron como meras lágrimas, se han vuelto tan sensibles como el pulso de una *Dame rouge*, tan conectadas a esta tierra como una *Dame blanche*. Angélica era una vidente y su magia les dio forma. Las aguas ven cosas que nosotros no vemos, saben cosas que nosotros no sabemos. Ahora soy parte de ellas, aunque ni siquiera yo veo el futuro como lo hacen ellas. He vivido cien vidas humanas, pero aun así no logro comprender sus conocimientos.

Me estaba costando un mundo sacar las perlas de mi mochila mientras sujetaba a Nicholina en brazos, pero Beau lo notó y estiró los suyos. A regañadientes, se la pasé, antes de entregarle las perlas a Constantin. Para mi sorpresa, noté sus manos sólidas. Calientes. Estaba vivo de verdad.

—Nuestro pago —le dije.

Sus dedos se cerraron en torno a las perlas y sus ojos saltaron hacia Coco.

—¿Estás segura?

—Es mi mejor amiga —dijo, asintiendo con decisión. Entonces, Constantin se encogió de hombros y las perlas se disolvieron en niebla.

—Muy bien. En su conciencia queda. —Se volvió hacia el resto de nosotros—. ¿Quién acompaña a las bellas doncellas?

—Yo. —Di un paso al frente.

—Por supuesto. —Me miró de la cabeza a los pies. Refunfuñó, como si no fuese de su agrado. Como si el barro de mis botas o quizá la bandolera de mi pecho lo ofendieran—. Sé de tus hazañas, Reid Diggory. He oído de tu gloria en mi legado. He oído de toda la muerte y la sangre en tus manos y en las de tus compañeros. —Hizo una pausa para que respondiera, pero no le proporcioné ninguna reacción—. Para ser sincero, me recuerdas a una versión mucho más joven de mí mismo.

—No me parezco a ti en nada.

—El tiempo nos cambia a todos, ¿no crees? —comentó con la cabeza ladeada.

—Bla, bla, bla, tonterías misteriosas, advertencias ominosas. —Beau recolocó a Nicholina con movimientos rígidos e incómodos. Soltó un suspiro agraviado—. ¿Tenemos que seguir aquí de pie mucho rato o...?

—Lo pillo. —Constantin sonrió y, con un gesto sutil de la mano, Beau y Célie desaparecieron. Los dos simplemente... desaparecieron. El peso de Nicholina aterrizó de lleno otra vez en mis brazos.

—¿Adónde los has mandado? —preguntó Coco, con la voz cada vez más aguda por el pánico—. Quiero decir... ¿están a salvo?

Los ojos de Constantin centellearon llenos de sabiduría.

—Nadie está a salvo aquí, Cosette. Ni siquiera tú. Yo os protegí a ti y a tu amiga de niñas. Esta vez, sin embargo, buscas las aguas como una adulta con voluntad propia. Ya no puedo infringir las reglas. Tú también debes beber y decir la verdad. Así que... —dio un paso a un lado e hizo un gesto hacia el camino que teníamos por delante, el camino todavía oculto por una niebla semisólida—, ¿vamos?

Vi a Coco tragar saliva.

No obstante, cuando me puse en marcha, entrelazó un brazo con el mío y se apresuró para no quedarse atrás.

—¿Nunca antes has bebido? —le pregunté en voz baja. Aunque no oía a Constantin siguiéndonos, sentía su presencia detrás de nosotros mientras recorríamos el camino, que tenía una ligera inclinación, regular a pesar de las rocas. El silencio aún lo impregnaba todo—. ¿Ninguna de las veces que viniste por aquí?

—Solo una vez —susurró de vuelta—, cuando intenté ver mi... —Pero se calló de golpe y me apretó el brazo con fuerza—. Cuando Lou y yo intentamos nadar en las aguas. Si no, Constantin nunca nos hacía beberlas. Por lo general, solo jugábamos a lo largo de la orilla.

—¿Y esa única vez? —insistí. Coco se estremeció.

—Fue espantoso.

—¿Qué viste?

—Lo que más quería en el mundo.

—¿Y eso era...?

Soltó una risita desdeñosa, pero no apartó el brazo.

—Ni que fuese a contártelo. Ya hablé de ello una vez. No lo voy a hacer de nuevo.

—No puedes estar hablando en serio. —Se me empezaba a formar un dolor en la sien derecha—. ¿Cómo puedo saber qué esperar si no me...?

—No puedes —interrumpió Constantin, que acababa de materializarse delante de nosotros. Los dos paramos en seco—. Nadie sabe lo que le enseñará el agua. Deseos, miedos, fortalezas, debilidades, recuerdos... el agua ve la verdad y exige verdad a cambio. Todo lo que tienes que hacer es darle el reconocimiento debido.

Con sus palabras, la niebla detrás de él empezó a aclararse. Se movía despacio, de un modo intencionado, cada zarcillo ondulaba para apartarse y revelar un cuerpo de agua enorme y de una lisura imposible. Se extendía entre dos montañas, hasta donde llegaba la vista. Hasta el horizonte. Más allá. La luna, del mismo tono plateado de una moneda recién acuñada, brillaba nítida y con fuerza por su superficie vidriosa. Ahí no había humo. Ni olas.

Ni un solo sonido.

Constantin hizo un gesto brusco con la muñeca y, de entre la niebla, se formaron tres cálices que a continuación se solidificaron en simple hierro. Esperaron en la arena, al borde del agua. Casi la tocaban, pero no del todo. Con suavidad, deposité a Nicholina en el suelo. No se movió cuando levanté su párpado, y comprobé su pulso.

—¿Qué le *hiciste*? ¿Apenas está consciente?

—Es una solución somnífica sencilla: lavanda, camomila, raíz de valeriana y sangre. —Coco se encogió de hombros, algo nerviosa—. Es *posible* que se me haya ido un poco la mano.

—Beberá —dijo Constantin; su forma empezaba a difuminarse—, o morirá.

No pude reprimir un gruñido de frustración.

—Eres un verdadero hijo de puta, ¿lo sabías?

Cuando levantó las manos, se disolvieron en niebla. Otra sonrisa arrogante.

—Soy un simple guardián. Bebe de las aguas y revela su verdad. Si lo logras, podrás entrar en sus profundidades

curativas. Si fracasas, abandonarás este lugar y no regresarás jamás.

—No pienso irme a ninguna parte. —Pero en el preciso momento en que las palabras salieron por mi boca, sentí que la niebla se cerraba a mi alrededor como unas esposas de hierro, y supe que quedarme tras fracasar no sería una opción. La niebla (o *Le Cœur*, o las aguas, o la magia en sí) no lo permitiría. Las esposas solo se disiparon cuando mascullé una tensa respuesta afirmativa. Sin embargo, seguía sintiendo su presencia cerca de mi piel. Su advertencia.

—Bebe de las aguas —repitió Constantin, casi inmaterial ya— y revela su verdad. —Solo permanecieron sus ojos. Cuando encontraron a Coco, se suavizaron, y un zarcillo de niebla se estiró para acariciarle la cara—. Buena suerte.

Nos dejó solos a la luz de la luna, mirando nuestros cálices.

CAPÍTULO 19

LA VERDAD DE LAS AGUAS



Reid

Todavía recordaba el momento exacto en que recibí mi Balisarda. Después de cada torneo se celebraba un banquete en honor de los campeones, para darles la bienvenida a las filas de la hermandad. Asistía poca gente aparte de los *chasseurs* y los miembros de la Iglesia, y las celebraciones nunca duraban demasiado: un discurso rápido, una comida aún más rápida. Nada de brindis. Nada de música. Nada de fiesta. Una cosa modesta. A la mañana siguiente, sin embargo, era cuando empezaba la exhibición de verdad. El reino entero acudiría a la *Cathédral Saint-Cécile d' Cesarine* para ver la ceremonia de inducción. Tanto los aristócratas como los indigentes vestían sus mejores galas. Los novicios se alineaban en el pasillo. En el altar, el arzobispo esperaba con las Balisardas de los inducidos. Estas adornaban la mesa de comunión, pulidas y resplandecientes en sus cajas de terciopelo.

Yo había sido el único inducido en mi ceremonia. La mía había sido la única Balisarda.

Jean Luc había estado de pie al final del pasillo, con las manos cruzadas a la espalda. El rostro tenso. El cuerpo rígido. Célie había estado sentada en la tercera fila con sus padres y su hermana. Había intentado llamar mi atención

mientras recorría el pasillo, pero yo no había sido capaz de mirarla. No había sido capaz de mirar nada excepto mi Balisarda. Me había llamado como la canción de una sirena, el zafiro centelleaba a la luz filtrada del sol.

Había repetido mis juramentos de memoria. Los hombros rectos y orgullosos. A continuación, el arzobispo había roto la tradición para abrazarme, pero esa muestra de afecto en público no me había avergonzado. Me había puesto contento. Estaba contento conmigo mismo. Tan tan contento... Y ¿por qué no? Llevaba muchos años entrenando religiosamente, había sangrado y sudado y sacrificado muchas cosas, todo para ese momento.

Sin embargo, cuando alargué la mano para aceptar por fin mi Balisarda, había dudado. Solo por un segundo.

Parte de mí había sabido, incluso entonces, que esa espada, esa vida, traería dolor. Parte de mí había sabido que yo sufriría por ello.

La elegí de todos modos.

Así como elegí ahora.

Mis dedos se cerraron en torno al frío metal de mi cáliz y me arrodillé para llenarlo. No se produjo ni una onda cuando rompí la superficie quieta del agua. En lugar de eso, pareció absorber el movimiento. Fruncí el ceño e intenté meter la mano también, para salpicar, para crear movimiento, pero me topé con un muro invisible. Empujé más fuerte. Mi mano se paró a un pelo de la superficie, tan cerca que sentí el frío invernal que emanaba de las aguas. Seguía sin poder tocarlas. Solté el aire con brusquedad y cesé en mi intento. Ya me lo había advertido Constantin.

Miré el cáliz de hierro con recelo. Esto no iba a ser agradable.

—Espera. —Coco agarró mi antebrazo cuando llevé la copa hacia mis labios—. Primero Lou. No sé lo que ocurrirá

cuando bebamos, pero dudo de que vayamos a ser capaces de ayudarla.

—No creo que *podamos* ayudarla. —Aun así, bajé la mano—. No sabemos qué le mostrarán las aguas. ¿Cómo podemos luchar contra un enemigo invisible?

—No estoy diciendo que sea incapaz de luchar su propia batalla. —Coco puso los ojos en blanco y se agachó para llenar los otros cálices—. Lo que digo es que todavía está inconsciente. Necesitará ayuda para beber.

—Oh. —A pesar de la seriedad de nuestras circunstancias, el calor trepó por mi garganta. Me apresuré a ayudarla a levantar a Lou; la puse con suavidad en mi regazo—. Bien.

—Inclina su cabeza hacia atrás.

Obedecí, aunque tuve que reprimir el instinto de apartar el cáliz a un lado cuando Coco lo llevó a los labios de Lou. Porque Coco tenía razón: si alguien podía hacer esto, esa era Lou. La sujeté con firmeza, y despacio, con cuidado, Coco abrió su boca y vertió el agua en su interior.

—Despacio —le advertí—. Despacio.

Coco no apartó los ojos de la tarea que tenía entre manos.

—Cállate, Reid.

No sucedió nada cuando el agua fría tocó la lengua de Lou. Coco vertió un poco más. Resbaló por la comisura de su boca. Todavía nada.

—No está tragando —comenté.

—Sí, *gracias* por... —Pero Coco se calló de golpe cuando los ojos de Lou se abrieron de repente. Los dos la miramos. Coco apoyó una mano en su mejilla—. ¿Lou? ¿Cómo te encuentras?

Sus ojos se volvieron hacia atrás en respuesta y su boca se abrió en un grito violento... solo que no salió ningún ruido. Todavía reinaba el silencio. Las aguas, sin embargo,

ondularon en una especie de reconocimiento escalofriante. La agarré de los hombros y observé impotente cómo se arañaba la cara, el pelo. Como si quisiera arrancar a Nicholina de su interior por la fuerza. Empezó a sacudir la cabeza.

—*Mierda*. —Me costaba sujetarla, pero Coco me empujó hacia atrás y se bebió su cáliz de un solo trago.

—¡Corre! —Tiró su copa a un lado y apoyó las manos contra la orilla—. Bebe ahora. Cuanto antes revelemos nuestras verdades, antes podremos sumergir a Lou en las... —Pero sus ojos también se volvieron hacia atrás y aunque su cuerpo no se puso todo tenso como el de Lou, cayó de lado, inconsciente. Su mejilla impactó contra la arena, los ojos aún en blanco.

Había tenido ese mismo aspecto en otra ocasión, en la que no veía nada y lo veía todo.

Un hombre cercano a tu corazón morirá.

Con una amarga maldición y tras echar un último vistazo a Lou, que se había quedado inerte en mi regazo, engullí el contenido de mi propio cáliz. Si acaso, el agua estaba aún más fría al tragarla que al tacto. Un frío antinatural. Un frío cruel. Quemó mi garganta todo el camino hasta mi estómago, donde se solidificó en hielo. Igual que en mis brazos y piernas. En mis venas. En cuestión de segundos, se me dificultó moverme. Tosiendo y con arcadas, deslicé a Lou de mi regazo en cuanto el primer temblor sacudió mi cuerpo. Cuando me desplomé hacia delante sobre las manos y las rodillas, la periferia de mi visión palideció para tornarse blanca. Qué extraño. Debería haberse vuelto oscura, no clara, y...

El ardor de mis pulmones se esfumó de golpe y mi visión se aclaró. Parpadeé, sorprendido. Parpadeé de nuevo. Esto no podía estar bien. ¿No habría bebido suficiente? Me enderecé y miré primero mi copa vacía, luego a Lou y a

Coco. La sorpresa se convirtió en confusión. En miedo. Habían desaparecido en la niebla tan completamente como los otros. Me levanté de un salto.

—¿Lou? ¿Coco?

—¡Estoy aquí! —gritó Lou desde la orilla un poco más allá. Sorprendido, aliviado, me apresuré hacia su voz, intentando ver algo entre la niebla y la oscuridad. Aunque la luna todavía bañaba la escena con una suave luz plateada, ahora iluminaba poco. Tenues rayos brillaban de manera intermitente entre la neblina. En un momento me cegaban. Al siguiente me desorientaban.

—¿Dónde estás? No puedo...

Su mano encontró la mía y apareció ante mis ojos, sonriente y entera. La miré alucinado. Su piel, antes pálida y enfermiza, brillaba ahora dorada, salpicada de pecas. Su pelo, antes rapado y blanco, caía ahora largo y lustroso por su espalda, castaño y negro una vez más. Agarré un mechón entre los dedos. Incluso sus cicatrices se habían curado. Excepto... una.

Deslicé un dedo por las espinas y las rosas de su cuello. Ante mi contacto, sus ojos se cerraron con un aleteo de pestañas. La neblina ondulaba en torno a su cara y la envolvía en una bruma etérea.

—¿Te gusta? Coco podría ganar una fortuna haciendo esto: transformar lo macabro en algo macabramente precioso.

—Tú eres preciosa siempre. —Con la garganta encogida, apenas podía pronunciar las palabras. Lou pasó los brazos por mi cintura, apoyó la oreja contra mi corazón—. ¿Estás... mejor? —le pregunté.

—Casi. —Sonrió de nuevo ante mi expresión desconfiada. Se puso de puntillas para darme un beso—. Vamos. Quiero enseñarte algo.

La seguí con los ojos cerrados, el corazón en la garganta. Una voz en el fondo de mi mente me advirtió que no podía ser tan fácil, que no debería confiarme, pero cuando Lou entrelazó los dedos con los míos y tiró de mí hacia las profundidades de la niebla, la dejé. Notaba su mano más caliente de lo que lo había estado desde hacía una eternidad. Y ese olor en el aire, como a magia y vainilla y canela... lo inhalé profundo. Una sensación innata de paz se extendió hacia fuera desde mi pecho. Por supuesto que no vacilé. Esta era Lou. No era una Balisarda y yo no caminaba por el pasillo de la catedral. No estaba comprometiendo mi destino. Eso ya lo había hecho.

—¿Cómo exorcizaste a Nicholina? —pregunté con voz soñadora—. ¿Qué te han mostrado las aguas?

Giró la cabeza hacia mí y me sonrió, iluminada desde el interior.

—No te recordaba tan charlatán, esposo.

Esposo. El acierto de esa palabra me transmitió una sensación cálida. Embriagadora. Sonreí y pasé mi brazo libre por encima de sus hombros para atraerla hacia mi costado. Ansiaba su calor. Su sonrisa.

—Y yo no te recordaba *a ti...*

... revelando su verdad, me regañó mi mente. *Tú tampoco lo has hecho. Esto no es real.*

Se me borró la sonrisa. Por supuesto que era real. Podía sentirla contra mí. Ralentiqué el paso hasta parar, la abracé más fuerte e hice que se diera vuelta. Cuando levantó la vista y arqueó esa ceja tan familiar, se me atascó el aire en la garganta. En verdad, parecía relucir de felicidad. Sentía como si pudiera volar.

—Dime —le dije con suavidad, al tiempo que remetía un mechón de pelo detrás de su oreja—. Dime lo que viste.

—Mejor deja que te lo enseñe.

Fruncí el ceño. ¿De verdad... relucía su piel? Agitó las manos y la niebla a nuestro alrededor se difuminó para revelar un altar de piedra detrás de ella. Sobre él, había una mujer joven tumbada bocarriba, atada y amordazada. Hacía esfuerzos por sujetar su cabeza, que sobresalía del altar. Su pelo, blanco como la nieve y la luna, blanco como su vestido, había sido trenzado. La trenza caía desde su nuca hasta un bol de piedra debajo de su cuello. Me acerqué alarmado. La chica parecía... no, la *sentía*... familiar. Con sus ojos turquesas, podría haber sido una Lou de dieciséis años, pero eso no podía ser. Era demasiado alta. Demasiado fuerte. La piel pálida y sin pecas.

—Mírala, cariño —dijo Lou con voz melosa y una daga en la mano. La miré pasmado, incapaz de entender de dónde había salido. Incapaz de comprender por qué la tenía—. ¿No es preciosa?

—¿Qué estás haciendo?

Tiró la daga al aire, contempló cómo rotaba arriba y abajo, y luego la atrapó por el mango.

—Tengo que matarla.

—¿Qué? No. —Intenté interponerme, pero mis pies no querían moverse. La niebla había reptado hacia delante mientras miraba a la chica, se había solidificado a nuestro alrededor. Se me aceleró la respiración—. ¿Por qué? ¿Por qué harías algo así?

Me lanzó una mirada lastimera.

—Es por el bien mayor, por supuesto.

—No. Eso... no, Lou. —Sacudí la cabeza con vehemencia—. Matar a esa chica no solucionará nada.

—No es *cualquier* chica. —Caminó hacia el altar, sin dejar de tirar el cuchillo y atraparlo. La chica observaba con los ojos muy abiertos, forcejeaba cada vez con más fuerza, mientras la escena a nuestro alrededor continuaba su evolución. Las aguas desaparecieron y se formaron

montañas verdaderas. Un templo en un prado. Montones de mujeres por todas partes bailaban como locas a la luz de la luna. Trillizas de pelo negro y una bruja con una corona sagrada. Pero la chica del altar no podía escapar. La neblina la tenía atrapada en el sitio como un cerdo para la matanza mientras Lou apuntaba el cuchillo hacia su cuello—. *Esta* chica. Solo yo estoy dispuesta a hacer lo que debe hacerse, cariño. Solo yo estoy dispuesta a sacrificarme. ¿Por qué no puedes verlo? *Salvaré a todo el mundo.*

Se me llenó la garganta de bilis.

—No puedes hacer esto. No. Ella, no. Por favor.

Me miró con tristeza, el cuchillo aún alzado sobre la chica.

—Soy la hija de mi madre, Reid. Haré cualquier cosa por proteger a los que amo. ¿No matarías tú —besó el cuello de la chica con la hoja— por mí?

Incrédulo, enfadado, casi me rompí las piernas al intentar liberarme.

—No mat...

La mentira se ennegreció y se agrietó antes de que pudiera terminarla. Como cenizas en mi lengua. Mis cenizas.

Ya *había* matado por Lou. El arzobispo no había sido inocente, no, pero los otros... ¿los que habían muerto antes que él? Los había matado por algo menos que el amor. Los había matado por obligación, por lealtad. Los había matado por la gloria. Pero... eso tampoco era del todo correcto. *Bebe de las aguas y revela su verdad.*

Ahora podía ver las grietas en la magia de las aguas. Su Lou había sido muy convincente. Tan perfecta. Como la Lou que había guardado en mi memoria. Pero la realidad no era perfección, y tampoco lo era ella; ni entonces, ni ahora. Una vez me había dicho que dolía recordar a los muertos como eran, en lugar de como quienes queríamos que fueran. La memoria era una cosa peligrosa.

El tiempo nos cambia a todos, ¿no crees?

Ya no era el chico que había anhelado su Balisarda, que la había blandido primero con reverencia, con orgullo; aun así, parte de mí lo recordaba. Parte de mí todavía sentía su anhelo. Ahora, quizá por primera vez, veía la verdad con claridad. Había matado al arzobispo porque quería a Lou. Había matado a inocentes porque quería al arzobispo. Porque quería a mis compañeros, a mi familia. Cada vez que había encontrado un hogar, había luchado con uñas y dientes por conservarlo.

Igual que Morgane.

Una fina línea escarlata mojó la hoja de Lou. Coloreó el cuello de la chica como un lazo.

—Una vez dijiste que soy como mi madre. —Lou miró la sangre sobre su cuchillo, transfigurada—. Tenías razón. —Más deprisa de lo que pude reaccionar, cortó el cuello de la chica. Se volvió hacia mí mientras la joven se atragantaba y borboteaba. Sus movimientos se ralentizaron en cuestión de segundos. La piedra blanca quedó manchada de escarlata de manera irrevocable—. Tenías razón.

Bebe de las aguas y revela su verdad.

—Sí. —La neblina alrededor de mis pies desapareció con la palabra y caminé hacia delante con determinación. Me tragué la bilis y no miré a la chica, no memoricé su cara. Se me partió el pecho en dos por el esfuerzo. Esto no era real. Todavía no. No lo sería *nunca*, no si yo podía remediarlo—. Sí, Lou, eres como tu madre. —Agarré su barbilla y la forcé a mirarme—. Pero yo también.

En el mismo instante en que las palabras abandonaron mis labios, una gran sonrisa se desplegó en su cara.

—Bien hecho, tú. —Y entonces el suelo empezó a desmoronarse, el altar y el templo se derrumbaron hasta quedar convertidos en arena blanca y agua calma. Un intenso sonido llenó mis oídos, y la barbilla de Lou

desapareció de entre mis dedos. Agarraba solo aire vacío. Noté la arena abrasiva contra mis rodillas y bajé la vista hacia mi cáliz de hierro caído. Lo toqué con cautela. Todavía frío.

—Has regresado. —La voz divertida de Constantin penetró en el silencio mientras me echaba hacia atrás para sentarme, alucinado—. Después de Coco, debo añadir. —Le guiñó un ojo. Estaba sentada a mi lado, congelada, aferrada a sus rodillas.

—Estoy bien —murmuró, al percatarse de mi mirada de ansiedad.

—¿Dijiste tu verdad?

—Hasta la última palabra.

—No lo vas a repetir, ¿no?

—Jamás.

Constantin se rio bajito antes de deslizar la mirada hacia Lou, que empezaba a removerse. Se frotó las manos.

—Ah, excelente. Justo a tiempo.

Llegué a su lado cuando estaba abriendo los ojos. Su mirada pasó de mí a Coco, luego a la interminable arena más allá; se enderezó de golpe y retorció el cuello para mirar atrás.

—¿Lou? —pregunté, dubitativo. Levanté una mano para tocarle la frente. Su mordisco no se había curado (tampoco había esperado que lo hiciera, no tan pronto) y su color parecía más pálido de lo habitual. Tan blanco como su pelo. Retrocedió a toda prisa, apoyada en las manos; buscaba por toda la playa como una posesa.

—¿Dónde están? —Su voz aguda, infantil. Se me cayó el alma a los pies. No era Lou para nada—. ¿Dónde se esconden? ¿Dónde esperan? Están cerca, están cerca. Deben de estar aquí.

La miré con desagrado. Con pena.

—No hay nadie más aquí, Nicholina. Solo tú.

—No, no, no. —Se meció adelante y atrás como había hecho Coco; sacudía la cabeza, frenética, haciendo una mueca al mismo tiempo—. Es una trampa. Están aquí, oh, sí, y están esperando, escondidos, reptan por la niebla...

Coco se arrodilló delante de ella, agarró su barbilla entre los dedos.

—No están viniendo. Acéptalo. Sigue adelante. Mejor aún: cambia de bando. Nicholina, mi tía no es la persona que tú quieres que sea. Morgane es aún peor. No te valoran. No te aceptan. Eres una herramienta para ellas, un medio para lograr un objetivo, igual que el resto de nosotros.

—*No*. —La palabra brotó de Nicholina como un gruñido gutural y se arañó su propia cara, en cuya piel dejó profundas marcas. Cuando salté para intervenir, esas uñas optaron por arañar mi pecho—. *Tú*. Te entregaré con el ratón, sí, sí, sí, y cortaremos tu corazón en tercios...

Constantin chasqueó la lengua con desaprobación y agitó la mano. La neblina respondió girando a su alrededor en un violento tornado que la atrapó en el sitio. Nicholina aulló de rabia.

—Nos matarán a ambas, ratoncita estúpida. Ratoncita estúpida, *estúpida*. No podemos bailar, no, pero nos *podemos* ahogar. En el mar, en el mar, en el mar, nos podemos ahogar. No hay ninguna esperanza. Solo *enfermedad*.

Entonces habló otra vez.

El calor invadió todo mi cuerpo.

—Pensé que no te... —la voz más grave que antes, y apretó los dientes en concentración— preocupaba morir. ¿O es que al final has aceptado la verdad?

Lou.

No podía respirar. No podía apaciguar mi corazón acelerado. Era ella. Era *Lou*.

Las aguas debían de haber debilitado a Nicholina lo suficiente como para que ella pudiera atravesar sus defensas, o... o quizás exigiesen verdad, incluso ahora. Las aguas sabían que Nicholina no pertenecía ahí. Sabían de quién era el cuerpo que habitaba.

—Las disputas eran entretenidas al principio. Ahora ya no. Revelad vuestras verdades, todos vosotros, o dejad este lugar en paz. No tengo toda la noche.

—¿En serio? —Lou intentó sonreír, aunque aún jadeaba —. ¿Qué más... tienes que hacer? Esta es... tu única labor... ¿no?

Constantin le lanzó una mirada furibunda.

—Tan encantadora como siempre, Louise.

Hizo una reverencia, pero no pudo ocultar su mueca cuando Nicholina las lanzó contra la jaula.

—Lo... intento.

—Vuestra verdad —insistió él, con la voz dura.

El rostro de Lou sufrió un espasmo y, una vez más, cuando abrió la boca, no estuvo seguro de quién habló: Lou o Nicholina. Fuera como fuere, revelaron su verdad sin arrepentimiento alguno. Con fuerza y sin estrés.

—Soy capaz de una gran maldad. —Las palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros, tan sensibles como la niebla. Esperaron, enroscadas, mi respuesta. Mi aclaración. Mi propia verdad.

La miré directamente a los ojos.

—Todos lo somos.

Como en un suspiro, las palabras se disiparon. La niebla se fue con ellas y dejó a Lou tirada de cualquier forma en la arena. Constantin asintió.

—Muy bien, todos vosotros. Una de las más difíciles pruebas de la vida es reconocer nuestros propios reflejos. Esta noche os habéis visto a vosotros mismos. Habéis bebido de las aguas y habéis revelado su verdad. —Extendió

una mano hacia la orilla. Una emoción que no lograba identificar del todo brillaba profunda en sus ojos. Quizá fuera tristeza. Melancolía—. Marchaos ya. Dejad que la sabiduría de las aguas fluya por vuestras venas para restauraros. —Se giró hacia Coco—. Espero que vivas tu verdad, Cosette —murmuró.

Coco miró hacia las aguas con una expresión idéntica.

—Yo también lo espero.

En la quietud de ese momento, Nicholina se lanzó hacia el camino con un grito salvaje. Un grito desesperado. La atrapé antes de que pudiera escapar. Me la eché al hombro y sus puños aporrearon mi espalda, más débiles de lo que deberían haber sido. Sus manos todavía tiernas y doloridas. Cuando trató de darme una patada en la entrepierna, agarré su espinilla y la sostuve lejos de mí. Mi propia esperanza se hinchó en mi pecho. Brillante y salvaje.

—Te vas a hacer daño.

—¡Suéltame! —Me mordió el hombro como un animal rabioso, pero la gruesa lana de mi abrigo evitó que me hiciera demasiado daño—. ¡Nos vas a matar! ¿Me oyes? Nos vamos a ahogar. No podemos bailar debajo de estas aguas. Somos demasiado pesados, somos *demasiados*...

—Basta. —La conduje hacia el agua con una determinación férrea. Esta vez, mis pies rompieron su superficie sin resistencia. Nos habían dado permiso para entrar. Para curarnos. Detrás de nosotros, Constantin desapareció y dejó a Coco ahí, de pie, sola. Asintió una vez, con un gesto seco—. Vamos a terminar esto ahora, Nicholina. Saca. Tu. Maldito. Ser. De. Mi. Esposa.

Nicholina soltó un chillido histérico cuando la tiré de cabeza a las aguas.

CAPÍTULO 20

MATHIEU



Lou

El agua estaba helada, de un modo asombroso e incapacitante. Se me agarrotaron los músculos al sumergirme y mi respiración me abandonó en una sola bocanada sobresaltada y dolorosa. Mis pulmones aullaron su protesta al instante.

Jodidamente fabuloso. Jodido *Reid*.

Había tenido buena intención, claro, pero ¿no podía ese bruto heroico haber comprobado la temperatura de las aguas primero? Tal vez hubiese podido darse un bañito él mismo. Lo que estaba claro era que no podía bailar como un bloque de hielo. Y mis ojos... No veía *nada*. La escasa luz de luna que había brillado sobre la superficie no había logrado penetrar aquí abajo, con lo que estábamos sumidos en una negrura absoluta. Un final muy adecuado para Nicholina. Una verdadera dosis de su propia medicina. Si eso fuera posible, a Nicholina parecía gustarle la oscuridad todavía menos que a mí y, con absoluta histeria, dio patadas y manotazos a lo loco, luchando por recuperar el control. Lo cual nos hundió como una piedra.

Para. Apreté mis dientes doloridos e hice un esfuerzo supremo por mover brazos y piernas al unísono. Ella se debatía en dirección contraria y nuestra falda se enredó con

nuestros pies, gruesa y pesada y peligrosa. Nos hundimos un centímetro más, y otro y otro, el pánico de la una alimentaba el de la otra, cada vez más hasta convertirse en una especie de frenesí colectivo. *Nicholina*, dije con brusquedad, haciendo caso omiso del rugido de mi corazón. Casi explotó en mi pecho. *Deja de forcejear. Tenemos que trabajar juntas o vamos a morir las dos. Yo nado muy bien. Deja que guíe el camino...*

Jamás.

Las voces le hicieron eco. *Jamás, jamás, jamás.* Se arremolinaron a nuestro alrededor, asustadas e histéricas, y nos hundimos todavía más deprisa, lastradas por nuestra pesada vestimenta. Yo tiré de la capa mientras Nicholina intentaba aflojar el vestido. Maldiciendo en todos los colores, decidí unirme a ella y juntas, milagrosamente al unísono, desatamos los lazos con dedos rígidos y torpes. Nicholina nos quitó la falda a patadas mientras yo arrancaba la capa. En cuestión de segundos, ambos se alejaban de nosotros flotando por al agua negra, ominosos y lentos, antes de desaparecer por completo.

Aun así, seguimos hundiéndonos.

Mierda. Era como nadar en aceite, en alquitrán. Me ardían los pulmones mientras me esforzaba por estirarme hacia arriba, y Nicholina por fin, desesperada, imitó mis movimientos. *Eso es. Sigue así. Pie izquierdo, pie derecho, pie izquierdo, pie derecho.*

Bailamos, bailamos, bailamos.

Pero no bailábamos en absoluto. Ya empezaban a brotar estrellitas blancas en mi visión y mi cabeza aporreaba por la falta de oxígeno. Un dolor agudo atravesó mis oídos. Y... algo más. Algo peor. Me di cuenta, demasiado tarde, de que el velo de Nicholina, la oscuridad que había ocultado su subconsciente, había desaparecido por completo. Las aguas se lo habían arrancado. Al final, todos sus pensamientos,

todos sus sentimientos, todos sus miedos inundaron nuestra conciencia compartida con una claridad impresionante. Aparecieron caras. Fragmentos de recuerdos, trocitos de sentimiento atados entre sí. Fervor y afecto y odio y vergüenza. Era demasiado. Eran demasiados. Yo no los quería. Sin embargo, sus emociones no dejaron de llegar (tan intensas, tan *dolorosas...*) y toda la fuerza de su ser se estrelló contra mí como un tsunami.

Igual que mi magia.

El dorado y el blanco explotaron con una intensidad cegadora, por todas partes al mismo tiempo. Aunque intenté agarrar un patrón (un patrón para nadar, un patrón para proteger, un patrón para hacer *cualquier cosa*), las emociones de Nicholina lo sobrepasaban todo. Me zarandeaban.

¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? Me instó a avanzar, con la voz frenética, pero también se dio cuenta tarde de lo que había pasado. No se había percatado de que su velo se había levantado. Aunque intentó invocarlo una vez más, las aguas lo habían hecho trizas. *¡Baila, ratoncito! ¡Debes bailar! ¡Derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha!*

Pero las aguas ya no nos ahogaban. Lo hacía ella. Las emociones sin adulterar nos robaron el poco aire que nos quedaba y nos arrastraron hacia abajo. Nos hundimos y hundimos y hundimos con cada ola nueva. No. Nos hundimos *en* cada ola nueva. La oscuridad a nuestro alrededor estaba salpicada de luz.

Y de repente, ya no estábamos en las Aguas Melancólicas para nada.



Las yemas de mis dedos rozaron lavanda. Su aroma perfumaba el aire veraniego, dulce e intenso y embriagador; una única nube gorda pasó flotando. Miré a mi alrededor con cautela. Conocía ese sitio. Conocía las montañas que nos rodeaban, el arroyo que discurría por el borde del campo. De niña había jugado ahí a menudo, aunque entonces no había estado lleno de lavanda, solo había hierba y los tocones retorcidos de unos perales. Manon había dicho que una vez había habido un bosquecillo en ese valle, pero Morgane le había prendido fuego en un ataque de ira inexplicable antes de que nacióramos. ¿La lavanda precedía a los árboles? ¿O había ocurrido después?

Algo se movió a mi lado y me puse tensa por instinto. Giré en redondo para ver qué era.

Se me subió el corazón a la garganta.

—Estás... *tú* —exclamé, incrédula.

Nicholina también me miraba pasmada, con sus ojos plateados más abiertos de lo que los había visto jamás. Su piel, más pálida. Las cicatrices de su pecho resaltaban en toda su crudeza y repugnancia a la brillante luz del sol, y su vestido negro, andrajoso y sucio, parecía incongruente con este sitio tan feliz. Bajé la vista hacia mi propio cuerpo, levanté las manos a modo experimental y respondieron sin vacilar. Flexioné los dedos. Al verlos estirarse y luego volver a enroscarse hacia las palmas de mis manos, una burbuja de risa bulló por mi garganta. *Mi* garganta. No, nuestra.

Incapaz de reprimirme levanté la cara hacia el sol, saboreé su calor. Solo por un momento, no supe dónde estábamos, no supe *cómo* estábamos, y no me importó. La verdad era que me sentía... completa. Una sensación curiosa fluyó por mis piernas y brazos, como si las aguas no solo me hubiesen restaurado sino también fortalecido. Empoderado. O quizá por fin hubiese muerto y entrado en la Tierra del Verano eterno. ¿O estaría en el cielo? Ninguna de

las dos cosas explicaría la presencia de Nicholina, pero ¿qué otra cosa podía ser?

El pánico cortó a través de mi ensoñación, afilado e inesperado, y mi sonrisa se esfumó tan deprisa como había llegado. Porque no era *mi* pánico. No, la emoción provenía de otra persona. Emití un gemido sonoro al darme cuenta: Nicholina también reconocía este sitio. Aunque sus pensamientos llegaban demasiado deprisa como para poder desenmarañarlo, iban cargados de una sensación de añoranza. Una sensación de desesperación.

Mierda.

Sacudí la cabeza.

Aunque nuestros cuerpos se habían separado, parecía que nuestras conciencias no, y ningún dios sería tan cruel como para cargarme con Nicholina por toda la eternidad, lo cual significaba... que esto no era el cielo en absoluto. Miré ceñuda a los cielos de un azul cristalino. Esa nube solitaria daba la impresión de burlarse de mí y no pude evitar soltar una carcajada seca. Tomó forma de una cruz en llamas.

Peor aún: ahora no podía sentir mi magia en absoluto. Con suma cautela, traté de invocar los patrones dorados en mi mente, pero no surgieron. Aunque el velo entre Nicholina y yo no se había vuelto a formar, los patrones simplemente habían... desaparecido. Fuese como fuere la magia que alimentaba este lugar, estaba claro que no era como la mía. Tampoco era como la de ella. Era más poderosa que ambas y nos había dejado a las dos desnudas por igual.

Cuando una voz familiar canturreó una nana detrás de nosotras, nos giramos al mismo tiempo. El pánico de Nicholina aumentó a terror, entrelazado con mi propia curiosidad morbosa.

—¿Quién está ahí? —pregunté, mientras observaba a dos figuras aproximarse. Una mujer delgada y morena, tal vez de mi edad, que iba de la mano de un niño pequeño de

rostro cetrino. Unas profundas sombras drenaban la vida de los ojos del chiquillo, pero aun así se reía, sin aliento, e intentaba mantener el ritmo. Al notar sus esfuerzos, la mujer lo aupó. Cayeron al suelo juntos, todavía riéndose, y rodaron entre la lavanda. Ninguno de los dos se fijó en nosotras.

—Cántame, *maman* —suplicó el niño, tumbándose sobre el pecho de la mujer. Enroscó unos brazos frágiles alrededor de su cuello—. Cántame una canción. *S'il vous plaît*.

Ella lo estrechó entre sus brazos con suavidad. En sus ojos pálidos, la adoración y la ansiedad brillaban en igual medida. Mi corazón se encogió en respuesta. A mi lado, Nicholina se había quedado inmóvil, con su atención cautivada por la carita del niño.

—¿Y qué canción quieres que cante, *mon bébé*? —preguntó la madre.

—¡Tú sabes cuál!

La mujer arrugó la nariz disgustada y alisó el pelo de la frente del niño. Negro, como el de ella.

—Esa no me gusta. Es demasiado... triste.

—Por favor, *maman*. —Los pálidos ojos del niño buscaron los de su madre con determinación—. Es mi favorita.

La mujer se burló con una exasperación cariñosa.

—¿Por qué?

—¡Da miedo! —exclamó el niño. Su sonrisa reveló una paleta mellada y hoyuelos en las mejillas—. ¡Tiene monstruos!

La mujer puso los ojos en blanco y suspiró.

—Muy bien. Pero solo una vez. Y esta vez... no la cantes conmigo, ¿vale? Por favor. —Habría fruncido el ceño por esa petición tan extraña si no hubiese sentido la ansiedad de la mujer resonando a través de Nicholina. Si no hubiese sabido lo que ocurriría tres semanas después. Ese niño... no mejoraría. Moriría una muerte lenta y dolorosa a lo largo de

los siguientes días y... este no era mi infierno, después de todo.

Era el de Nicholina.

Pero ella no siempre había sido Nicholina. Antaño había sido Nicola.

No podía apartar la vista.

La mujer cerró los ojos, se tumbó hacia atrás sobre la lavanda, y el niño acurrucó la cara en el hueco del cuello de su madre. Supe las palabras de la canción antes de que las cantara. Resonaron en mis mismísimos huesos.

—Bajo luna de cosecha, las hojas alzan el vuelo. —Con un tono de soprano alto y claro, la mujer cantó la escalofriante nana despacio, sin dejar de acariciar el pelo del niño—. El velo es fino, demonios ríen, retiemblan los aleros. —El niño se rio mientras ella continuaba—. Del sueño eterno sale un novio, oye la llamada, va en pos de su amor, Geneviève, a su Louis desposada. La bella Geneviève canta, tras su ventana iluminada —y a pesar de la petición de su madre, el niño empezó a cantar también—: al niño que lleva al pecho. Del novio lágrimas manan.

La mujer vaciló un instante, su mano aún sobre el pelo del niño, que continuó la canción sin ella.

—Los muertos han de olvidar. Cuidado con sueños que impidan dormir. Pues en su pecho hay recuerdos...

—De un corazón que no puede latir —dijo la mujer con suavidad. Ya no cantaba. El niño sonrió y, juntos, terminaron la inquietante nana.

—Bajo luna de cosecha, las hojas alzan el vuelo. El velo es fino, el bebé ríe y hasta los demonios hacen duelo.

El niño soltó una sonora carcajada de felicidad.

—Era un *zombi*, ¿verdad, *maman*? ¿El novio era un *zombi*?

—Creo que un demonio necrófago —sugirió la madre, con la mirada perdida. Seguía apretando la cabeza del niño

contra su pecho, más fuerte de lo necesario—. O quizá fuera un tipo de espíritu diferente. Un espectro.

—¿Me convertiré yo también en un espectro, *maman*?

La mujer cerró los ojos, afligida.

—Nunca.

A partir de ahí, la conversación se desvió. Con el estómago revuelto por las náuseas, los contemplé hasta que por fin se levantaron y volvieron por donde habían venido, aún de la mano. Nicholina no parpadeó. Observó la espalda del niño con una añoranza desnuda, sin querer dedicarle ni una miradita a la mujer. A la madre del niño. Nicola.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté con voz queda.

—Mathieu —contestó con igual suavidad.

—¿Mathieu le Claire?

El niño se hizo más y más pequeño en la distancia.

—Yo tenía solo diecisiete años —susurró, perdida en sus recuerdos. Vi los acontecimientos en su mente con la misma claridad que el campo de lavanda: cómo había amado a un hombre, un hombre de piel clara y pelo rojizo de su pueblo de montaña, y cómo habían concebido a un niño al que, a su vez, amaban sin límite, de un modo absoluto e incondicional. Cómo el hombre había muerto de repente por el frío, cómo su hijo había caído enfermo poco después, cómo ella lo había intentado todo, desde magia hasta medicina, para curarlo. Lo había llevado incluso a un sacerdote, o lo más parecido a uno, en una tierra lejana, pero él había explicado la enfermedad de Mathieu como un «castigo divino» y los había mandado a casa.

Nicholina lo había matado. La suya fue la primera vida con la que había acabado jamás.

Entonces no conocía a La Voisin. De haber sido así, quizá Mathieu hubiese...

—Fuera de mis pensamientos, ratoncito —gruñó ahora. Sacudió la cabeza adelante y atrás como para quitarse de encima a una mosca molesta—. No queremos verlo, no, no queremos verlo...

—Tenías diecisiete años. —Repetí sus palabras despacio. Giré para mirar a nuestro alrededor otra vez, estudié la silueta de las montañas. Cuando jugaba ahí de niña, había un peñasco que se parecía a la nariz torcida de una vieja bruja. La roca que había formado su verruga, sin embargo, ya no era visible, y eso no podía ser correcto. Las montañas no se *movían* sin más—. ¿Cuántos años *tienes*, Nicholina?

Bufó entre dientes, unos dientes manchados y demasiado afilados. Su ira brotó como una llama en la yesca. Y sentí pena por ella. Esos dientes habían sido preciosos en algún momento. *Ella* había sido preciosa. No solo su cara y su cuerpo, sino su espíritu, el tipo de espíritu que empuja a una madre a los confines de la tierra para salvar a su hijo, el tipo de espíritu que amaba con todo su ser. El tipo que no se guardaba nada. Sí, Nicola había sido preciosa de todas las formas que contaban, y también de todas las que no contaban, pero la belleza se había diluido con el tiempo.

Y Nicholina había vivido demasiado tiempo.

«¿Cómo te volviste así?». Le había hecho esa pregunta a Nicholina una vez, sentadas en la tierra, en la oscuridad del Léviathan. Entonces no me había dado una respuesta adecuada. No necesitaba darme una ya. Lo supe sin necesidad de que abriera sus labios agrietados, sin que tuviera que alzar su extraña voz infantil. Había vivido demasiado tiempo, un tiempo que la había destrozado hasta convertirla en la marchita cáscara de la mujer que había sido una vez.

La invadió una oleada de ira cuando percibió mi compasión, o quizás ante el recuerdo de su hijo muerto. Se

revolvió como un animal, salvaje y atrapado.

—¿Desearías estar en el infierno, Louise le Blanc? —escupió—. Te daremos ese gusto. Oh, sí, te arrastraremos abajo, abajo, abajo...

Cuando se abalanzó sobre mí y cerró sus dedos esqueléticos alrededor de mi cuello, las olas negras se estrellaron contra nosotros una vez más. Aplastaron la lavanda, envolvieron el sol, nos arrastraron a su traicionera corriente. Mis pulmones aullaron de agonía mientras nuestra situación se resolvía con una claridad absoluta.

No estábamos en el infierno y tampoco estábamos en el cielo.

Con los oídos a punto de reventar, la visión borrosa, forcejeé contra el agarre de Nicholina, pero esos dedos se apretaron contra algo más que carne ahora. Se hincaron en nuestras conciencias, desgarraron recuerdos. Las dos nos hundimos zarandeadas sin merced entre las olas, hasta que Nicholina recuperó su agarre y casi me aplasta la tráquea. Sentí esa presión por todas partes. En mi cabeza, en mi pecho, en mi corazón. Una luz blanca explotó por todas partes a mi alrededor cuando me liberé y caímos de cabeza en otro recuerdo.

A través de una cortina.

Se hizo el silencio entre el público cuando nos estrellamos sobre el escenario y un miedo insidioso afloró al ver la escena: Reid me abrazaba contra su pecho, mi cuerpo inmóvil, como muerto, entre sus brazos. Mi pelo largo y castaño, mi rostro ensangrentado y magullado. Mi vestido desgarrado. Miré de reojo a la derecha, muerta de miedo; el arzobispo saldría por ahí en cuestión de momentos. Y el público... que esperaba, ¿me miraba a mí? ¿Me reconocería? ¿Me encontraría por fin?

Nicholina se aprovechó de mi terror: me agarró del pelo y me retorció la cabeza hacia arriba.

—Mírate, ratoncito. Huele tu miedo incluso ahora, tan denso y delicioso. Tan precioso. —Aspiró una profunda bocanada de aire contra las cicatrices de mi cuello—. Y tienes tanto miedo, ¿verdad? Temes a tu propia madre, a tu propio padre. Temes a tu propio *marido*. —Cuando lamió la columna en mi cuello, me retorció entre sus manos, estampé la coronilla contra su cara y me tambaleé hacia delante. Se pasó una mano por la nariz ensangrentada antes de llevarla a sus labios. Su lengua asomó como la de una serpiente—. Pero deberías sentirte *afortunada* de haberlo engañado. Oh, sí, porque si no lo hubieses engañado (menudo ratoncito retorcido), jamás te habría querido. Si hubiese sabido lo que eres, jamás te habría *abrazado* bajo las *estrellas*.

Giré la cabeza hacia donde Reid y yo todavía nos mirábamos el uno al otro, paralizados. Desde los bastidores del teatro, Estelle acudió en mi ayuda. Nicholina se rio.

—La quemaste, Louise. Tu miedo la *quemó*.

Cuando Reid me tiró a un lado, hice una mueca, mientras observaba mi maltrecho cuerpo golpear el escenario una vez más.

Pero ahí... en sus ojos...

Él también tenía miedo.

Tenía miedo, y aun así se levantó con los tramoyistas cuando llegaron. Aunque le temblaban las manos, no se resistió a ellos, no se acobardó ni suplicó ni huyó. Y yo tampoco lo haría. El miedo era inevitable. Todos hacíamos nuestras elecciones y todos sufríamos nuestras consecuencias. Todos teníamos miedo. El *truco* era aprender a vivir con ese miedo, continuar adelante a pesar de él.

—Nunca tuve la intención de que ocurriera nada de esto —murmuré. Ansiaba estirar el brazo y tocar su cara. Alisar la arruga entre sus cejas. Decirle que todo iría bien—. Pero me alegro de que así fuera.

Cuadré los hombros como había hecho Reid y me giré para mirar a Nicholina. Sus ojos ardían con una luz plateada y su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Como yo, hacía esfuerzos por recuperar el aliento, aunque esta fuerza en mis piernas era también suya. Las aguas nos habían curado a ambas. Y de repente, lo entendí.

Las Aguas Melancólicas *curaban*.

No exorcizaban presencias malévolas.

Eso tendría que hacerlo yo sola.

Apreté los dientes y me abalancé sobre ella.

CAPÍTULO 21

LO QUE ES AHOGARSE



Lou

En cuanto toqué su piel, rodó hacia un lado y las aguas nos arrastraron de nuevo. Nicholina me lanzó una dentellada al cuello. Abrí su boca de par en par, la *mantuve* abierta, y nadé a favor de la corriente esta vez, en lugar de contra ella. Sin embargo, ahora giraban un montón de corrientes a nuestro alrededor, unas calientes y otras frías, unas familiares y otras desconocidas. Cientos o miles de ellas. Y seguía sin poder respirar, sin poder *pensar*, mientras infinitas imágenes pasaban a toda velocidad en el agua: fragmentos de caras, trozos de horizonte, vistas y olores y sensaciones. Cada una atraía y amenazaba al mismo tiempo, como dedos que te llaman en la oscuridad. Tiraban de mí en todas direcciones, tiraban de mi pelo y desgarraban mi camisola. Mi pánico se convirtió en un ente viviente mientras forcejeaba por nadar, por esquivar los rechinantes dientes de Nicholina. ¿Cómo podía exorcizarla sin ahogarme en el proceso?

Tras los pasos de ese pensamiento llegó otro, rápido, repentino y seguro.

Podía ahogarla *a ella*. Si no en agua, entonces en emoción. Quizás en ambas.

Por instinto, me zambullí en una corriente desconocida y entramos en espiral en el templo de al lado de Château le Blanc.

La ladera de la montaña seguía empapada de sangre y ahí, en el centro, estaba Nicholina con la mandíbula goteando como las fauces de un animal salvaje. *Nicholina*, no Nicola, porque en su mano sujetaba un corazón humano.

El triunfo llameaba en nuestro interior, caliente y embriagador. Triunfo, y una vergüenza espantosa.

Fomenté esta última, la hice crecer mientras forcejeábamos. Más caliente. Se convirtió en un arma entre mis manos y la blandí como un cuchillo para cortar a través de su carne. Hasta llegar a su mismísimo corazón. Esta vergüenza... podría matarla, si yo lo permitiera.

—¿Qué hiciste, Nicholina?

—Lo *necesario*. —Sus dientes por fin se hundieron en mis dedos y grité cuando mi piel se rasgó al tirar para soltarlos. Nicholina escupió sangre—. Matamos a nuestras hermanas, sí, y no sentimos ninguna vergüenza —mintió. Siguió hablando de inmediato—. La hubiésemos matado también a ella. Hubiésemos matado por nuestra señora.

—¿Quién...?

Pero Nicholina me atacó con un fervor nuevo mientras observábamos a La Voisin arrastrar a una mujer inconsciente desde las escaleras del templo. Di un paso a un lado y estiré el cuello con un deseo poderoso e inexplicable de ver la cara de la mujer. La Voisin me hizo el favor al tirarla al suelo, pero la Nicholina del pasado saltó hacia ellas y me bloqueó la vista. La del presente giró en redondo y vino a la carga hacia mí una vez más. Di gracias a cualquier dios que estuviera escuchando, a las aguas mismas, por haber rescindido nuestros poderes en este lugar. Cuando arremetió, la agarré de la muñeca y se la

retorcí. Yo era bastante hábil sin magia, pero me hubiese resultado imposible luchar contra un espectro.

¿Me convertiré yo también en un espectro, maman?

La idea me hizo dudar, me sentí *enferma*, y Nicholina aprovechó para girar en redondo y darme un fuerte codazo en el pecho. Cuando me doblé por la cintura, incapaz de respirar, me agarró del cuello una vez más. Esta vez, no soltó.

Sabía que las reglas de nuestro juego habían cambiado.

Mátame, le susurré en la mente, incapaz de decir las palabras en voz alta. La piqué aún más, y aunque la agonía no hacía más que aumentar en mis pulmones, la presión se acumuló detrás de mis ojos. Los capilares estallaron en pequeños fogonazos de dolor antes de curarse de nuevo. No importaba. La agarré de las muñecas y me acerqué más, con intención letal. Miré a esos ojos siniestros. *Mátame o te mataré yo a ti.*

Nicholina gruñó, apretó más fuerte, su propio impulso asesino guerreaba contra su lealtad a La Voisin, que le había dicho que no me matara. Que le había dicho que yo era para Morgane.

Te matará si lo haces, escupí. *Yo te mataré si no lo haces. Haz lo que hagas, mueres.*

Atragantada contra su propia rabia, me enseñó los dientes y me tiró al suelo empapado de sangre. Alimenté esa rabia. La alimenté y la acaricié y observé cómo la consumía.

—Ella nos perdonará, sí —farfulló, totalmente desquiciada—. Nuestra señora lo comprenderá...

Apesta a miedo, Nicholina. Tal vez tuvieras razón. Tal vez seamos parecidas. Tal vez tú también le temas a la muerte. Forcé una sonrisa a pesar de la presión cegadora de mi cabeza. Colgaban cuerdas entre nosotras como los hilos de una marioneta, porque Nicholina *era* una marioneta. Si

cortara los hilos para liberarla, caería. Se ahogaría. Las palabras arañaron mi cuello maltratado como esquivas de cristal. Como cuchillos. Lasforcé a salir por mi lengua hinchada, boqueando.

—Pronto... te reunirás con Mathieu... en la Tierra del Verano eterno.

Al oír su nombre en mis labios, Nicholina hizo un ruido gutural y olvidó a su señora, olvidó todo excepto su propia sed de sangre. Apretó la rodilla contra mi estómago y empujó con todo su cuerpo, toda su fuerza, contra mi cuello. Los codos bloqueados.

Y ahí fue cuando gané.

Arqueé el cuerpo y empujé hacia arriba con todas mis fuerzas. Golpeé sus brazos por los codos para romper su agarre y enganché un pie por fuera del suyo. El aire volvió en una ola mareante mientras rodaba para ponerme encima de ella. Le di un puñetazo en la cara, dos, antes de empujar contra su pecho para ponerme en pie. Cuando me tambaleé hacia atrás, resollando, La Voisin se dejó caer sobre una rodilla al lado de la mujer inconsciente. Le tomó con fuerza la barbilla y levantó su cara.

Casi se me paró el corazón.

Era *Coco* la que me miraba.

Sacudí la cabeza incrédula, todavía mareada por la falta de oxígeno. No podía ser Coco. Tenía que ser otra persona, alguien casi *idéntico*...

Nicholina me derribó por detrás sin previo aviso y caímos de vuelta en el gélido revoltijo de aguas. Con una aguda risa mágica, nos forzó a tomar una corriente aún más fría. Me puse tensa por instinto, traté de resistirme a la tracción, pero era demasiado tarde.

Aterrizamos en una habitación maltrecha de la torre de los *chasseurs*. Había restos de muebles desperdigados por el suelo a nuestro alrededor. Agarré un poste de cama roto

mientras rodábamos. Cuando intenté clavárselo en el pecho, Nicholina lo esquivó hacia un lado, así que se hundió en su brazo. Implacable, lo retorcí y me deleité con sus aullidos.

—Ríndete. —Me tiré de cabeza hacia otro pedazo de madera—. Estás *soła*. Tu amante, tu hijo... ya *no están*. Están *muertos*. Josephine te va a matar a ti también y, si no lo hace ella, lo hará Morgane. Estás hasta el cuello de...

Arrancó la estaca de madera de su brazo y la usó para bloquear mi golpe.

—No estamos solos, ratoncito. *Nunca* estamos solos. —Se rio con suavidad y deslizó los ojos detrás de mí—. No como tú.

No le daría la satisfacción. No miraría. *No lo haría*.

Como una polilla atraída por una llama, mi mirada se deslizó hacia atrás en dirección a la voz de Reid. Temí su sonido. La expresión en su cara. Nicholina se rio a carcajadas, sin moverse para atacar.

Ya había elegido su arma.

Ella también intentaba ahogarme.

Reid se alzaba por encima de mi cuerpo maltratado, su voz sonaba arisca, enfadada y herida. La hermana de Estelle todavía se enfriaba a nuestros pies, pero ninguno de los dos la miramos. Teníamos ojos solo el uno para el otro.

—Soy un *chasseur* —rugió él, mientras se retorció las manos; los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza que hacía—. Juré dar caza a brujas. ¡Darte caza *a ti!* ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Tú... Reid, también hiciste un juramento *ante mí*. —Escuché mi propia súplica apasionada con un arrepentimiento amargo—. Eres mi marido y yo soy tu mujer.

Su expresión se oscureció y se me revolvió el estómago. Un dolor se acumuló en la parte de atrás de mi garganta.

—No eres mi mujer.

Una desesperanza fría y familiar me heló hasta el tuétano al oír sus palabras. ¿Cuán a menudo las había oído? ¿Cuán a menudo había plagado esta escena exacta mis pesadillas?

—¿Ves? —Nicholina se acercó a mí, dejando un rastro de sangre a su paso. La herida punzante de su brazo, sin embargo, ya había desaparecido. Aparté la vista de Reid para estudiar la suave piel de alabastro de la zona. Las aguas la habían curado. Nicholina se dio cuenta al mismo tiempo que yo y una sonrisa cruel se extendió por su cara. Hizo girar el trozo de madera ensangrentado entre los dedos —. Qué suerte que lo engañaste, en verdad. Suerte, suerte, *suerte*.

Agarré mi propia estaca para no ser menos y la levanté.

—Me hubiese querido de todos modos.

Y entonces nos estábamos ahogando de nuevo, atrapadas por corrientes nuevas. Cuando intentó clavarme su estaca en el cráneo, la madera estalló en un géiser que le roció toda la cara mientras dejábamos atrás el recuerdo anterior. La quemaba. Aulló de nuevo y, en ese momento, se me apareció otra escena: una tienda de campaña oscura y figuras encapuchadas, mi madre y La Voisin. Se dieron la mano entre la salvia humeante mientras Nicholina aguardaba en el rincón. Se le rebeló el corazón.

—No podemos hacer esto —musitó, siguiendo a su señora fuera de la tienda. Su rostro y sus hombros se sacudían nerviosos—. Los niños, no.

Sin previo aviso, La Voisin giró en redondo y le dio un bofetón tremendo.

—Hacemos lo que es necesario. No olvides tu lugar, Nicholina. Querías una cura para la muerte y yo te di una. Mi benevolencia llega solo hasta cierto punto. Me seguirás o revocaré mi regalo. ¿Eso es lo que quieres?

Nicholina se revolvió, humillada y herida, y nos arrancó de ese recuerdo. *¿Ves? Mi voz llevaba un dejo cruel, incluso para mis propios oídos. Sin embargo, no podíamos continuar de este modo para siempre. Había llegado el momento de que una de las dos terminara; y una de nosotros lo haría. Prefería morir a volver a la superficie con Nicholina. Ella no te quiere. No es una hermana ni una madre ni familia para nada. No significas nada para ella. Ríndete y márchate en paz. No tienes nada que temer de la muerte, Nicholina. Mathieu estará...*

En ese momento, reaccionó con una violencia inusitada y me arrastró por la corriente más fría de todas.

Máscaras centelleantes.

Un enorme espacio diáfano y cavernoso.

Y... Ansel.

Se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de su intención. Mis uñas se hincaron en la piel de su brazo. Ya no para herirla, sino para *escapar*. Cada fibra de mi ser rehuía ese recuerdo, pero no importaba. No podía pararlo.

Así que, después de todo, me ahogaría.

Aterrizó, como un gato, al pie del anfiteatro, y yo caí despatarrada a sus pies. Aturdida, me escabullí antes de que pudiera tocarme, antes de que pudiera obligarme a mirar al grupo en el centro del primitivo escenario. Pero no podía mirarlo. No podía pasar estos últimos momentos preciados mirándome a mí misma, a Coco o a Beau, incluso a Reid... al espantoso alivio en el rostro de todos nosotros. Creíamos que habíamos ganado. Creíamos que Claud había llegado para salvarnos, que habíamos eludido la profecía de Coco, que habíamos derrotado a mi madre al fin.

Habíamos pensado muchas cosas.

Morgane se deslizó hacia el túnel de atrás, en el que Ansel estaba cerca. Demasiado cerca. Su preciosa cara se

contorsionó con concentración mientras su mirada iba de ella a Claud y luego a mí.

Me había mirado y yo no me había dado ni cuenta.

Ahora, corrí hacia él.

A nivel racional, sabía que este recuerdo terminaría igual, independientemente de mi presencia, de mi interferencia. Mis pies, sin embargo, no eran racionales. Mi corazón, tampoco. Los dos me llevaron hacia delante con una urgencia absurda mientras Morgane empezaba a aplaudir. Me paré derrapando delante de él y miré desesperada a mi alrededor en busca de algo que pudiera utilizar para cubrirlo, para protegerlo. Mis ojos aterrizaron en el cuchillo caído. Me incliné hacia delante para recogerlo, triunfante, pero mis dedos pasaron a través del mango, que se esfumó en una nubecilla de humo antes de volver a formarse.

—No. —Miré mis dedos. Esto no tenía ningún sentido. Había... había tocado la madera en la torre de los *chasseurs*. Había apuñalado a Nicholina, por el amor de Dios —. *No*. —Ante mi exclamación vehemente, los ojos de Claud parecieron saltar en mi dirección antes de encontrar a Morgane una vez más.

—No podemos cambiar al pasado, ratoncito, ni siquiera en nuestros recuerdos. En realidad, no. —Nicholina frunció los labios con una dulce compasión. Sus ojos plateados centellearon—. No podemos salvarlo, no. Está muerto. Está muerto, está muerto, con ese cuchillo en su cabeza. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el cuchillo, que permanecía pegado al suelo. Nicholina avanzó mientras Morgane retrocedía con disimulo—. Es una pena. —Cuando estiró el brazo para acariciar la mejilla de Ansel, aparté su mano de un golpe y afirmé mejor mi posición entre ellos. Nicholina sonrió—. Es una preciosa pena. Era familiar *tuyo*, ¿verdad, Louise? El único que nunca te traicionó.

Fruncí el ceño sin mirarla. Mis ojos permanecieron fijos en Morgane, que farfullaba sobre reglas y juegos, sin dejar de retroceder como quien no quiere la cosa.

—Coco no ha... —Pero Nicholina sabía cosas que yo no, secretos sobre Coco y... su madre. Nicholina se rio al ver mi expresión desorbitada, boquiabierta, cuando esos secretos se hicieron míos—. No. —Sacudí la cabeza, una oleada gélida de conmoción me cubrió por completo—. Coco habría...

Morgane atacó, y yo solo pude quedarme ahí de pie entre ellos, inmateral, mientras me atravesaba con el cuchillo. Mi figura onduló ante el contacto. Los huesos crujieron. Cuando Ansel se desplomó de rodillas, acudí a su lado, intenté atrapar su cuerpo roto, envolví mis brazos invisibles a su alrededor para amortiguar su caída. Y fracasé en el intento. Seguía aturdida. Seguía embotada. Su sangre empapó mi vestido y mi mente simplemente... voló.

—A lo mejor no te merecías la cólera de tu madre —caviló Nicholina, caminando a nuestro alrededor mientras Morgane huía por el túnel y mis propios gritos desgarraban la noche—, ni el odio de tu cazador. Pero *esto* —rebotó emocionada sobre las puntas de los pies—, esto te lo has ganado, Louise.

Nicholina cortó mis propios hilos sin misericordia y repitió las palabras que yo le había dicho a él.

—Rompes todo lo que tocas, Ansel. Es *trágico* lo inútil que eres. —*Tris. Tris*—. Dices que no eres un niño, Ansel, pero *sí lo eres*. —*Tris*—. Eres un crío que juega a disfrazarse con nuestros abrigos y botas. Te hemos dejado venir con nosotros para divertirnos, pero la hora de jugar se ha acabado. La vida de una mujer está en peligro. Mi vida está en peligro. No podemos permitirnos que estropees esto.

Tris, tris, tris.

Como si mi vida hubiese valido más que la suya.

Como si su vida no hubiese valido lo mismo que la de todos nosotros juntos.

Lo había sabido, incluso entonces. Había sabido que era mucho mejor que nosotros. Bajé la vista hacia su perfil, tenía los ojos abiertos pero ciegos. La sangre apelmazaba su pelo. Resbalaba por su elegante cuello y manchaba la parte de atrás de su abrigo.

—¿Lo *querías*, Louise? —Nicholina repitió la burla de mi madre—. ¿Viste cómo la luz abandonaba esos bonitos ojos marrones?

¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no lo había abrazado una última vez?

Cerré mis propios ojos, me dejé caer de rodillas, apoyé la frente contra su mejilla. No podía sentirlo, obvio. No sentía nada. ¿Era esto ahogarse? Qué extraño. Ni siquiera conseguía llorar... ni cuando Coco extrajo el cuchillo de su cráneo, ni cuando Reid abrió sus labios. Ni cuando Nicholina se alzó sobre mí, con el cuchillo descartado en la mano.

Matarme no cambiaría el pasado.

Parte de mí ya había muerto allí.

CAPÍTULO 22

LO QUE ES NADAR



Reid

No me paré a desatarme las botas, a desabrochar mi abrigo. Cuando golpeó el agua, hice ademán de seguirla, con el agua ya hasta los tobillos.

Un gruñido sordo desde atrás.

Me puse tenso y di la vuelta. Unos ojos ambarinos me miraban. Pelaje blanco, brillante a la luz de la luna.

Maldije en voz baja.

El *jodido* perro.

Andaba por el camino, con los pelos de punta y enseñando los dientes. Resopló y sacudió la cabeza antes de gemir una vez. Dos. Sus ojos se clavaron en los míos como si intentara... comunicar algo. Cuando se acercó con cautela, saqué un cuchillo. Inquieto.

—No des ni un paso más —dije muy serio. Agachó las orejas, gruñó otra vez, más alto ahora, más agresivo, e hizo justo eso. Me giré hacia Coco—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Dónde está Constantin?

—Déjalo. —Observó nuestro enfrentamiento mientras se quitaba a toda prisa sus botas—. No le está haciendo daño a nadie.

—Cada vez que nos ocurre algo catastrófico, ese perro está ahí. Es un *mal augurio*...

—Es probable que Lou se esté *ahogando*. —Sus dedos fueron después hacia los lazos de su corpiño. Aparté la mirada a toda prisa—. Mete tu culo ahí dentro antes de que...

Los dos nos quedamos paralizados, lo olimos al mismo tiempo: punzante pero dulce, apenas ahí en la brisa. Todavía me quemaba la nariz con su aroma familiar.

Magia.

No mía y tampoco de ella. De otra persona. Lo cual significaba...

El grito de Célie cortó a través de la noche. Las orejas del perro se pusieron tiesas en respuesta, pero en lugar de apuntar hacia el origen del sonido, clavó la mirada en un punto de dentro de las aguas. Se me heló la sangre en las venas. Desgarrado por la indecisión, arraigado por el miedo, no me moví bastante deprisa. No pude bloquearlo.

A una velocidad sobrenatural, el perro pasó como una exhalación por delante de mí, directo al corazón de las Aguas Melancólicas.

La decisión posterior fue fácil.

Me zambullí detrás de él.

CAPÍTULO 23

EL VERSO FINAL



Lou

Nicholina no atacó de inmediato. Aunque mantuve los ojos cerrados, la escena seguía ardiendo a través de nuestra conciencia compartida. Ociosa, levantó el cuchillo entre el humo, admiró la sangre de Ansel a lo largo de la hoja, mientras yo permanecía inclinada sobre su cadáver y mis manos aferraban con desesperación sus hombros. A través de los ojos de Nicholina, vi cuán patética me había vuelto. Y el deleite de ella. Se regodeaba en este espantoso dolor dentro de mí, este veneno oscuro y nocivo. Era exactamente igual que el suyo.

Debí obligarme a ponerme de pie entonces, a luchar, a huir, a *algo*. Y si no hubiese sido capaz de andar, debería haber gateado. Debí de levantar mis puños y rabiar a través del pitido en mis oídos; debí de escupir en su cara antes de que me clavara el cuchillo en la espalda.

Pero no pude hacer nada de eso. Ni siquiera podía levantar la cabeza.

«No es mi cumpleaños hasta el mes que viene», dijo con timidez, pero de todas formas sostuvo la botella contra el pecho. El fuego arrojó una luz parpadeante sobre su expresión sosegada de alegría. «Nunca nadie... —Se aclaró

la garganta y tragó con fuerza—. Nunca antes me habían hecho un regalo».

Nunca había recibido un regalo de cumpleaños.

«Estoy harto de que todos tengan que protegerme. Me gustaría protegerme a mí mismo para variar, o incluso...». Cuando fruncí el ceño todavía más, suspiró y dejó caer la cara entre las manos, aplastándose los ojos con las palmas. «Solo quiero contribuir al grupo. No quiero ser más el idiota torpe. ¿Es eso mucho pedir? Yo solo... No quiero ser una carga».

Una carga.

«No deja de mirarte». Ansel tropezó con una rama suelta y casi aterrizó de bruces en la nieve. Absalón saltó con elegancia para esquivarlo.

«Por supuesto. Soy objetivamente preciosa. Una obra de arte hecha carne».

Ansel resopló.

«¿Perdón? —Ofendida, le lancé nieve con el pie y casi se cayó de nuevo—. Creo que no te he oído bien. La respuesta adecuada era “Diosa divina, por supuesto, tu belleza es un regalo sagrado del Cielo, y para nosotros los mortales es una bendición incluso posar la mirada en tu rostro”».

«Divina diosa. —Esta vez se rio más fuerte, quitándose la nieve del abrigo—. Claro».

Boqueando, medio riendo y medio llorando, me balanceé adelante y atrás, incapaz de aguantarlo ni un segundo más, este enorme e insondable agujero en mi pecho donde había estado Ansel. Donde habían estado Estelle y mi madre y Manon y mi padre y Coco y Beau e incluso Reid. Yo misma había estado también ahí. Contenta y entera y sana y salva. ¿Qué había *ocurrido*? ¿Qué nos había conducido hasta aquí? Seguro que no habíamos hecho nada para merecer esta vida. Si alguien como Ansel había recibido solo abandono, soledad y dolor por sus esfuerzos, por su *bondad*, ¿qué

esperanza podíamos tener los demás? Yo había mentido, matado y hecho trampas. Había desgarrado las mismísimas fibras de mi alma, y aun así, ahí estaba, todavía en pie. Él merecía algo mejor. Merecía *más*, muchísimo más de lo que le habían dado jamás. En otro momento, hubiese gritado y rabiado por la injusticia de todo ello, por lo absurdo, pero ninguna cantidad de ira cambiaría nada ya. Esto era la vida.

Y Ansel estaba muerto.

Otro día, otra semana, otro mes, sería el cuerpo sin vida de Reid el que sujetaría de manera inevitable, o el de Coco. Lo más probable era que el padre de Beau lo matara, así como mi propia madre me acabaría matando. En realidad, *había* solo una forma de que esta historia pudiera terminar. Había sido una tonta al pensar de otra manera. Muy estúpida e ingenua.

—Será rápido —mintió Nicholina en un susurro, inclinada sobre mí. Sus dedos acariciaron la parte de atrás de mi cabeza y su pelo me hizo cosquillas en la mejilla. A nuestro alrededor, toda la caverna había sucumbido a las llamas negras—. Indoloro. Podrás verlo pronto, ratoncito. Podrás decirle exactamente lo que significaba para ti.

Pero si yo moría ahora, la muerte de Ansel no significaría nada.

Abrí los ojos de golpe ante esa cruel realidad y miré aturdida las llamas que bailaban delante de mí. Ansel merecía algo mejor. Merecía más que mi autocompasión. Echando mano del último ápice de fuerza que me quedaba, el ultimísimo, alcé la cabeza. Ella levantó su cuchillo. Nuestros ojos se cruzaron durante un latido sincronizado de nuestros corazones.

Después, algo se movió en el túnel.

Un fogonazo de confusión nos atravesó a ambas antes de darnos la vuelta. El fuego de Coco había empujado a todo el mundo al interior de ese túnel y no debería de haber

reaparecido nadie. Todos habíamos huido directos al Léviathan después de La Mascarade des Crânes. ¿Podría haber regresado alguien? ¿Podría haber venido alguien a por el cuerpo de Ansel? Sofoqué ese pensamiento al instante. Aunque alguien *hubiese* atravesado, de manera milagrosa, ese fuego maldito, este era *mi* recuerdo. Debería de haber terminado en el momento en que desaparecí en busca de Morgane. ¿Por qué no lo había hecho?

De entre el humo, emergió un perro blanco.

Nicholina le enseñó los dientes y de repente me di cuenta de la realidad, un segundo antes de que el perro se transformara. Si hubiese estado de pie, mis piernas habrían cedido. Sin embargo, me puse de rodillas, despacio, el pitido de mis oídos se intensificó hasta sonar como un torrente. Un rugido de sangre y esperanza y miedo. Esto no podía estar sucediendo. Esto no podía ser *real*.

Ansel caminó hacia mí.

—Hola, Lou. —Sonrió al ver mi expresión pasmada, la misma sonrisa tímida que me había regalado mil veces y la misma sonrisa tímida de la que quería mil más. Llevaba un impecable abrigo azul cielo con borlas y botones dorados (me dolió el corazón por lo familiar que me resultaba), con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de sus pantalones. Un novicio eterno. No había nada de sangre que estropeará su persona, ni su pelo ni su piel, y sus ojos castaños centelleaban incluso en la oscuridad—. ¿Me has echado de menos?

Lo miré durante un segundo de más, tragué saliva con esfuerzo. Y entonces...

—Ansel. —Se me quebró la voz solo con decir su nombre.

Su mirada se suavizó y vino hasta mí. Extendió una mano delgada para ayudarme a ponerme en pie. Casi sin atreverme a respirar, la acepté con cautela y me maravillé

por su calidez. Cuando bajó la vista hacia su cuerpo roto, su sonrisa se enturbió un poquito y sacudió la cabeza.

—¿Qué estás haciendo aquí, Lou?

Seguía sin tener una respuesta.

Sin embargo, no importó, pues la sorpresa de Nicholina se había esfumado. Empezó a gritar con una histeria demente y se tambaleó hacia atrás, entusiasmada.

—Oh, el bebé ratoncito. El meñique, el cachorrillo. —Su expresión se endureció—. El niño que no sabe cuándo es hora de darse por vencido.

Ansel la miró con una expresión igualmente hostil, con mis dedos todavía entre los suyos.

—Aquí nadie va a darse por vencido.

Nicholina se lanzó a la carga sin previo aviso. Intentó apuñalarlo con su cuchillo, pero Ansel desapareció con un guiño en mi dirección. Se me comprimió el corazón por su ausencia. Cuando Nicholina giró en redondo para encontrarlo, sin dejar de cortar el humo con el cuchillo y de escupir un torrente de palabrotas, Ansel reapareció detrás de ella sin hacer ruido y le dio unos golpecitos en el hombro. A Nicholina casi se le salió el pellejo del susto.

Se me escapó una risotada inesperada.

Ansel sonrió de nuevo.

Tras recuperarse a toda velocidad Nicholina atacó de nuevo, más fuerte y más deprisa. Ansel no se movió, pero permitió que su cuchillo lo atravesara... excepto que no lo atravesó en absoluto. Se limitó a quedarse *atascado* a un par de centímetros de su pecho, clavado en medio del aire, como si Nicholina lo hubiera incrustado en una pared de ladrillo invisible. La sonrisa de Ansel se ensanchó aún más.

—No puedes matarme. Ya estoy muerto.

—No me dan miedo los muertos —gruñó ella. Ansel se acercó más.

—Pues es probable que seas la única a la que debería dárselo. En los últimos tiempos he conocido a algunos de tus enemigos, Nicholina: almas rotas y brujas vengativas, e incluso algunos de los hijos del rey. Están todos esperándote.

Me acerqué a él, pasé mi brazo por el suyo e ignoré el escalofrío que recorrió mi columna ante sus palabras. La certeza que había en ellas. Me centré en cambio en el cosquilleo eufórico de mi pecho, el calor que se extendía por mis extremidades. Notaba su brazo sólido contra el mío. Real. No habría podido dejar de sonreír ni aunque lo hubiese intentado. Cosa que no hice.

—Apuesto a que tienen todo tipo de cosas divertidas planeadas para ti.

Ansel ladeó la cabeza.

—«Divertidas» es solo una palabra.

—*Mientes*. —Nicholina arremetió de nuevo, pero Ansel se interpuso entre nosotras y bloqueó el cuchillo. El movimiento tenía una especie de gracia, o quizá confianza, que Ansel jamás había alcanzado en vida. Fascinada, con una curiosidad morbosa... y algo más, algo que pesaba como el plomo en mi pecho... agarré el cuchillo que flotaba en mitad del aire, di dos pasos atrás y se lo lancé a Ansel.

Él lo atrapó sin vacilar, sin *mirar* siquiera, el muy bastardo, y me eché a reír otra vez, incapaz de remediarlo. Esa pesadumbre en mi pecho se alivió un poco cuando se sonrojó.

—Este es un desarrollo interesante —comenté.

—Sí, están pasando muchas cosas de esas. —Arqueó una ceja antes de devolver el cuchillo a mi mano. Aunque Nicholina saltó para atraparlo, dio la impresión de que no podía moverse más allá de él para llegar hasta mí. La pared que Ansel había erigido se mantenía firme. No dio muestra de percibir los esfuerzos de Nicholina, así que yo tampoco—.

La Lou que conocía no se hubiese dado por vencida — continuó con suavidad. Se me borró la sonrisa—. Hubiese luchado. Y hubiese vencido.

Mis palabras apenas fueron audibles. Hablé con los labios entumecidos.

—Sin ti, no, no lo hubiese hecho.

—Tú nunca me necesitaste, Lou. No como yo te necesitaba.

—Mira adónde te llevó eso. —Cerré los ojos, un grueso lagrimón rodó por mi mejilla—. Lo siento tantísimo, Ansel. Yo... debí protegerte. *Jamás* debí dejar que vinieras conmigo.

—Lou. —Me temblaba la barbilla—. Lou —repitió, la voz suave—. Mírame. Por favor. —Cuando seguí sin hacerlo, le dio la espalda por completo a Nicholina y me envolvió en un abrazo. Mis brazos pasaron alrededor de su delgado torso por voluntad propia y, aunque temblaban, se agarraron con fuerza. Con demasiada fuerza. Como si no fuesen a dejar que se marchara de nuevo—. *No quería* que me protegieras. Quería ayudarte...

—Lo hiciste.

—Sé que lo hice —dijo con firmeza. Me dio un apretoncito antes de echarse atrás. Mis brazos permanecieron cerrados a su alrededor. Ansel los retiró uno después de otro y se desenredó con ternura, más fuerte ahora. Fuerte y elegante y confiado. Otra lágrima cayó rodando—. Y voy a ayudarte otra vez. —Asintió en dirección a Nicholina, que no paraba de dar golpes a la barrera invisible—. Tendrás que matarla.

—Ya lo he intentado.

—Inténtalo con más ahínco. —Apretó mis dedos en torno a la empuñadura del cuchillo—. Una herida en el brazo no será suficiente. Las aguas os han curado a las dos de todas vuestras heridas superficiales. Tampoco vas a poder ahogarla. —Miró hacia atrás, hacia donde Nicholina se

debatía furiosa, prácticamente invisible, y una ráfaga de compasión cruzó los cálidos ojos castaños de Ansel—. Ha vivido demasiado tiempo con sus emociones. Está entumecida y ya no las siente.

—No está entumecida con respecto a su hijo.

Ansel se volvió para mirarme.

—¿Preferirías matarla despacio? ¿Hacerla sufrir?

—No. —La palabra brotó de mis labios por voluntad propia. Fruncí el ceño al darme cuenta de que era verdad. A pesar de las cosas tan horribles que había hecho (a mí, a Etienne, a Dios sabe quién más...) no podía olvidar el sentimiento de añoranza por Mathieu que la había invadido en ese prado de lavanda, la desesperanza y la impotencia y la vergüenza. El miedo. *No podemos hacer esto*, le había dicho a La Voisin. *Los niños, no*. Un intenso odio subió ardiente desde mi estómago hasta mi garganta. Aun así, lo había hecho. Aun así, los había matado. Y quizás ese fuese un castigo en sí mismo.

¿Me convertiré yo también en un espectro, maman?

Nunca.

—Creo... —empecé con voz queda, mientras mis pensamientos resonaban con fuerza—. Creo que ya ha sufrido suficiente. —Se me pusieron los nudillos blancos alrededor del cuchillo—. Pero esto no la matará de manera permanente, ¿verdad? Dijo que su cuerpo está en el Château.

—Solo existe una forma de averiguarlo.

Con un gesto del brazo, la barrera colapsó. Nicholina, sin embargo, no nos atacó de inmediato. Con los ojos entornados, recelosa de repente, se escabulló hacia atrás a medida que me acercaba. Percibía mi determinación. La asustaba. Resuelta, continué adelante con decisión. Me moví para bloquear el túnel, su vía de escape más sencilla. Aunque me esquivó con una velocidad increíble, y fintó

incluso más deprisa, todavía compartíamos conciencia, así que imité todos sus pasos. Ansel contempló nuestro baile en silencio, volutas de humo negro ondulaban en torno a su cuerpo enjuto.

No llevó mucho tiempo. Ahora no. No con Ansel a mi espalda.

No con Nicholina sumida en una soledad tan increíble.

Anticipé su tercer engaño, la agarré de la muñeca y la atrapé contra la pared de roca. Las llamas subían lamiendo su superficie, pero ninguna de las dos sentíamos su calor. Planté mi antebrazo cruzado contra su cuello. Ella intentó arañarme la cara, pero apareció Ansel, la tomó de las manos y la redujo con facilidad. Arqueó la espalda contra la pared en respuesta, bufando y escupiendo, los ojos brillantes y desquiciados de miedo... pero, de repente, se quedó quieta cuando levanté el cuchillo. Esos ojos encontraron los míos y me sostuvieron la mirada, y un nombre irradió a través de nuestras conciencias.

Mathieu.

Respiré hondo y le clavé el cuchillo.

Se deslizó entre sus costillas con un movimiento enfermizo y viscoso, y lo dejé ahí, clavado justo en el corazón. Nicholina me miró, sin parpadear, mientras su cuerpo se desplomaba en nuestros brazos.

—Lo siento —murmuré. No sabía si era verdad.

Con una última respiración temblorosa, me agarró y susurró:

—Los muertos han de olvidar, pero yo no lo hago. —Sus ojos encontraron los míos otra vez a medida que la luz los abandonaba por fin—. Lo recuerdo todo.

Resbaló de nuestras manos, se convirtió en niebla negra y después se esfumó.



Los dos nos quedamos mirando el punto en el que había desaparecido.

En esos escasos segundos, una especie de pesada mortaja se asentó sobre nosotros y ahogó el crepitar de las llamas y el retumbar de la piedra. Todo el anfiteatro colapsaría pronto. No lograba hacer que me importara. Un nudo se solidificó en mi garganta cuando miré a Ansel, cuando él me devolvió la mirada con una sonrisita triste.

—Por fin. —Tragué con esfuerzo y forcé una risa—. Era como un enorme grano en el culo. —Y eso era quedarse muy corto—. Gracias —continué, y empecé a farfullar—. Deberíamos buscarte una armadura para la próxima vez. Solo imagínatelo: tú llegando en un corcel blanco, desabrochas tu yelmo en cámara lenta y sacudes esa gloriosa melena al viento. —Tragué saliva otra vez, incapaz de quitarme el nudo de la garganta y... también incapaz de mirarlo, bajé la vista al suelo—. A Coco le encantaría. Demonios, a Beau seguro que también. —El fuego ya había consumido su cuerpo por completo. La bilis subió por mi garganta y aparté la mirada, los ojos anegados de lágrimas nuevas. Estaba claro que *eso* era el infierno, pero aun así no lograba forzarme a partir. A mis pies les habían salido raíces. Un tirón inexplicable se enroscaba muy profundo en mi estómago cuanto más tiempo pasábamos ahí; era como un picor que necesitaba rascar, pero aun así me resistí a su tracción. Me llevaría lejos de ahí. Lejos de él. Lo sabía de un modo tan básico como sabía que, de una manera u otra, este momento tendría que terminar.

Pero todavía no.

A Ansel no se le pasó nada por alto y sacudió la cabeza con una exasperación cariñosa.

—Te lo preguntaré otra vez, Lou: ¿qué haces aquí?
Entrechoqué mi hombro con el suyo.

—Deberías saberlo. Parece que nos has estado siguiendo desde... desde... —Las palabras se marchitaron en mi lengua. Lo intenté de nuevo—. Desde... —*Mierda*. Bajé la vista una vez más antes de arrepentirme enseguida de la decisión. Su cuerpo todavía humeaba a nuestros pies. *Doblemente mierda*.

—¿Desde que morí? —aportó él como ayuda.

Mis ojos volaron hacia los suyos y torcí el gesto.

—Eres bobo.

Ahora fue él quien chocó contra mí. Volvió a sonreír.

—Puedes decir las palabras, ¿sabes? No van a hacer que esté menos muerto.

—Deja de *decirlo*. —Lo aparté a manotazos.

—¿De decir qué? ¿La verdad? —Abrió las manos a los lados—. ¿Por qué te da tanto miedo?

—No me da miedo.

Clavó en mí unos ojos francos.

—No me mientas. Puedes mentirles a todos los demás, pero yo te conozco bien. Eres mi mejor amiga. Aunque no llevase varias semanas siguiéndolos, sabría que eres una de las personas con más miedo que he conocido jamás.

—A todo el mundo le da miedo la muerte —musité con tono petulante—. Los que dicen lo contrario están borrachos. —Incapaz de evitarlo, mis ojos se deslizaron de vuelta a su cuerpo. Se avivó una ira nueva en mi interior. Me quedaba una cantidad finita de tiempo con Ansel y sin embargo ahí estaba, discutiendo con él sobre su pira improvisada. Tal vez estas aguas no me habían curado, después de todo. Tal vez lo que se había roto en mi interior, fuese lo que fuere, no pudiera ser arreglado.

A pesar de sus duras palabras, su insistencia en nuestra nueva realidad, Ansel levantó mi barbilla con un dedo

suave. Frunció el ceño, preocupado. Típico de Ansel.

—Lo siento. No lo mires si te molesta. —Continuó en tono más amable—. Nadie quiere morir, pero la muerte viene a por todos nosotros.

Solté una risa desdeñosa. Fue un sonido feo y enfadado.

—No me des mierda de esa. No quiero oír tópicos.

—No son tópicos. —Bajó la mano y dio un paso atrás, y no pude evitarlo, volví a mirar abajo.

—Por supuesto que lo son. —Unas lágrimas abrasadoras rebosaron de mis ojos y quemaron sendas huellas por mis mejillas. Me las sequé con furia—. La muerte no es un final feliz, Ansel. Es enfermedad y podredumbre y traición. Es fuego y dolor y... —Se me quebró la voz—. Y no tener nunca la oportunidad de despedirse.

—La muerte no es un final en absoluto, Lou. Es lo que intento decirte. Es el principio. —En voz aún más baja, añadió—: Has vivido con miedo demasiado tiempo.

—El miedo me ha ayudado a sobrevivir —espeté, cortante.

—El miedo te ha impedido vivir.

Me aparté de su cadáver, de las llamas, del brillo de entendimiento en su mirada.

—No me...

Sin embargo, no me dejó terminar. Agitó una mano y la escena que teníamos delante se disipó, tan fácil como despejar el humo, y se formó otra en su lugar: una chimenea crepitante, un suelo de piedra suave y una reluciente mesa de madera. Sobre ella colgaban sartenes de cobre, y unas macetas de eucalipto atestaban el alféizar de la ventana más lejana. Al otro lado de los cristales caían gruesos copos de nieve, iluminados por la luz de las estrellas.

Ante el horno, Reid sacó una piedra de asar y los bollos de miel que había encima chisporrotearon y humearon. Se

le habían quemado un poco, la parte de arriba un pelín demasiado marrón, pero aun así se volvió hacia mí supercontento consigo mismo, sonriendo y arrebolado por el calor. Coco y Beau estaban sentados a la mesa, mezclando lo que parecía crema. En el aire había perfume a vainilla y especias.

Me dejé caer en la silla de al lado de ellos, con las piernas y los brazos temblando. Ansel ocupó el último asiento vacío.

Embelesada, observé cómo Beau retiraba un bollo de la piedra, lo mojaba directamente en la crema y se metía la cosa entera en la boca sin decir una palabra.

—Buf, esto quema —protestó, con la cara retorcida por el desagrado. O quizá por el dolor. Los bollos emanaban vapor y, por tanto, su boca también. Coco agitó la mano delante de su cara para no respirar su aliento y puso los ojos en blanco.

—Eres un guarro.

—Y tú... —tragó con fuerza y agarró el respaldo de la silla de Coco para acercarla a él. Se aproximó a ella con una sonrisilla—. Tú eres preciosa. —Coco soltó un bufido desdeñoso y lo apartó de un empujón mientras se servía dos bollos.

Ansel los observaba con una sonrisa sorprendentemente satisfecha.

—¿Dónde estamos? —susurré. Miré la habitación a nuestro alrededor. Había un gato negro hecho un ovillo al lado de la chimenea, y en la distancia, quizás en la habitación de al lado, quizás en la cama de al lado, una mujer y su hija cantaban una tonadilla conocida. Desde la calle de abajo llegaban sonidos de una partida de bolos, así como los gritos y las risas de unos niños—. Nunca había estado aquí.

Aun así, el lugar me resultaba... familiar. Como un sueño que casi podía recordar.

Reid echó crema por encima de dos bollos más con la precisión de un experto, muy concentrado, antes de dármelos. No llevaba su abrigo de *chasseur*, ni una bandolera en torno al pecho. Había dejado sus botas bien colocadas al lado de la puerta de entrada y ahí, en el tercer dedo de su mano izquierda, una sencilla alianza de oro brillaba a la luz del fuego. Cuando bajé la vista hacia el anillo de madreperla de mi propio dedo, mi corazón casi estalla en mi pecho.

—Estamos en el Paraíso, por supuesto —dijo Reid con una sonrisa lenta y seductora. Incluso guiñó un ojo.

Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Lo miré, incrédula.

Coco me quitó los bollos antes de que pudiera tocarlos y vertió medio plato de crema por encima de la obra maestra de Reid. Con una sonrisita ante su repentina mueca de disgusto, volvió a empujarlos hacia mí. Sus ojos ya no centelleaban doloridos. Apenados.

—Toma. Los he arreglado.

Ansel me apretó la mano por debajo de la mesa.

—Esto es lo que querías, ¿no? Un hogar en el East End rodeada de familia.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo has...?

—Es un poco soso para ti, ¿no? —Beau entornó los ojos en dirección al fondo de la sala—. Nada de hombres desnudos con fresas y chocolate. —Reid le lanzó una mirada asesina—. Nada de montañas de oro ni fuentes de champán.

—Ese es tu Paraíso, Beau. —Coco sonrió con dulzura—. Y uno que es un cliché horrible, por cierto.

—Oh, venga ya. No me digas que no esperabas algo extravagante, como osos bailarines u hombres comefuegos.
—Beau frunció el ceño cuando vio al gato que ronroneaba en dirección al fuego.

—¿Eso es...? Dime que no se supone que es Absalón.

—¿Qué? Lo echo de menos —me defendí, indignada por su tono despectivo. Reid hizo un ruido gutural.

—Era un espíritu inquieto, Lou. No una mascota. Deberías alegrarte de que se haya marchado.

Coco se levantó para sacar una baraja de cartas de un aparador cercano. La familiaridad del movimiento, su intimidad, como si hubiese hecho eso mismo cien veces antes, me puso nerviosa. Nunca habíamos tenido un hogar de verdad nosotras dos, pero este lugar, en el que estaba rodeada de seres queridos, se parecía peligrosamente a uno.

En un mundo diferente, puede que hubiese sido Louise Clément, hija de Florin y Morgane. A lo mejor se hubiesen querido, adorado incluso, y hubiesen llenado nuestro hogar del East End con bollos de miel y eucaliptos en maceta. Y niños. Muchos muchos niños... Podríamos haber sido felices. Podríamos haber sido una familia.

Familia. Había sido un pensamiento errante en las catacumbas, rodeados de polvo y muerte. Había sido un sueño simple y absurdo. Ahora, sin embargo, me dolía el pecho mientras miraba de Coco a Reid y luego a Beau. A Ansel. Puede que no hubiese encontrado padres o hermanos o hermanas, pero había encontrado una familia de todos modos. Sentada ahora con ellos a mi mesa, en mi casa, ese sueño no parecía tan tonto, después de todo.

Y lo deseaba. Desesperadamente.

—Nunca se sabe. —Coco levantó un hombro con ademán casual mientras cerraba el cajón—. A lo mejor Absalón ha encontrado la paz.

Paz.

Con un largo suspiro sufrido, Beau se sirvió otro bollo de miel en respuesta.

Sin embargo no lograba quitarme la palabra de encima, mientras los ojos de Ansel se cruzaron con los míos y la levedad de la escena se desvaneció. Incluso la luz del fuego pareció oscurecerse. Y esa tracción en mi estómago regresó con fuerzas redobladas. Esta vez, sin embargo, no lograba discernir adónde llevaba exactamente. Parte de ella parecía arrastrarme lejos de este lugar, lejos de Ansel, pero la otra parte... ladeé la cabeza y la estudié con más atención.

La otra parte parecía arrastrarme *hacia* él.

La llamada de una sirena.

Con otra triste sacudida de la cabeza, Ansel se inclinó hacia delante. Su voz bajó hasta no ser más que un susurro.

—No, Lou.

Beau levantó un dedo y nos señaló con actitud amenazadora.

—Dejadlo ya. No se permiten secretos.

Coco regresó a su asiento y cortó la baraja. Las cartas chasquearon entre sus dedos hábiles.

—Odio cuando susurran. —Sus ojos se deslizaron hacia Ansel—. Su mejor amiga soy *yo*, muchas gracias —añadió, aunque en tono guasón—. Si va a susurrar con alguien, debería ser conmigo.

—*Debería* ser conmigo. —Reid cruzó los brazos, con los ojos fijos en la baraja entre las manos de Coco—. Y te he visto.

Coco sacó la carta de su manga, sonriendo sin remordimiento alguno.

—Estoy bien, Lou —continuó Ansel en voz baja, ignorándolos. Ni siquiera se dignó mirar en su dirección mientras las protestas empezaban de nuevo. Cuando mi barbilla comenzó a temblar, cuando la habitación se puso

borrosa entre mis lágrimas, Ansel levantó una mano para darme unas palmaditas consoladoras en la espalda—. Estoy bien. Y tú también vas a estar bien.

Las lágrimas caían ya gordas y deprisa, saladas sobre mis labios, y todo mi cuerpo se sacudía. Me obligué a mirarlo a la cara, a memorizarlo: el color de sus ojos y la forma de su sonrisa, el sonido de su voz y el aroma de su ropa, como rayos de sol. Puro sol. Así era Ansel. Siempre el más cálido de todos nosotros.

—No quiero que te vayas.

—Lo sé.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—Espero que no hasta dentro de mucho tiempo.

—¿No puedo ir contigo?

Entonces miró a Reid y a Coco y a Beau, que acababan de empezar una partida de tarot. Beau maldijo con ganas cuando Coco se llevó la primera baza.

—¿Eso es lo que quieres de verdad? —preguntó. *Sí*. Me atraganté con la palabra, la cara ardiendo y devastada, antes de negar con la cabeza. Ansel sonrió otra vez—. Eso pensaba. —Aun así, no hizo ademán de levantarse, contento de quedarse sentado conmigo todo el tiempo que yo necesitara. Me di cuenta de que él no me obligaría a irme. Tendría que ser mi decisión.

La tracción en mi estómago se hizo más fuerte, más insistente. Apreté los puños contra ella e incliné la cabeza en respuesta, mis hombros se sacudían. Aún no. *Aún no aún no aún no*.

—Pero no puedo *dejarte* sin más. No puedo hacerlo. Yo... nunca volveré a ver cómo te sonrojas. Nunca te enseñaré el resto de «Big Titty Liddy» y... no volveremos a ir a la *patisserie* de Pan ni meteremos arañas en la almohada de Jean Luc ni leeremos *La Vie Éphémère* juntos. ¡Prometiste

leerlo conmigo, recuerda! Y nunca te enseñé el ático en el que vivía. Nunca pescaste un pez...

—Lou. —Cuando levanté la vista, Ansel ya no sonreía—. Necesito encontrar paz.

Paz.

Tragué saliva alrededor de la palabra, tenía los ojos húmedos e hinchados.

Paz.

Sonaba extraña y desconocida en mi lengua. Amarga.

Paz.

Pero... el dolor en mi corazón se expandió al triple de su tamaño. También parecía correcto. Solté el aire con suavidad, cerré los ojos con determinación. Había perdido la cuenta de las veces que había hecho las cosas mal en mi vida (y me arrepentía de pocas de ellas), pero haría lo correcto para Ansel. No pasaría ni un momento más siguiéndome, nervioso y atrapado en un mundo al que no pertenecía. Él no tendría que arreglar mis errores nunca más. Ni siquiera sabía cómo había conseguido quedarse por aquí en primer lugar, si había sido su elección o la mía, pero no podía mantenerlo aquí. Le daría por fin lo que necesitaba. Lo que merecía.

Merecía paz.

Asentí, embotada, y permití que la tracción de mi estómago tirase de mí para ponerme en pie. Ansel se levantó conmigo y la escena a nuestro alrededor empezó a girar y a cambiar en oleadas.

—¿Algo de esto ha sido real? —pregunté, mientras Reid, Coco y Beau continuaban su partida de cartas, ajenos a las aguas. La presión me pellizcaba los hombros—. ¿O me ahogué y lo imaginé todo?

Los ojos de Ansel centellearon.

—Un poco de las dos cosas, creo.

Nos miramos. Ninguno de los dos quería moverse.

—No creo...

—Es gracioso...

—Tú primero —insistí.

Un toque de nostalgia invadió sus facciones.

—¿Crees que... antes de que te vayas... podrías cantarme el último verso? —Se frotó el cuello, tímido de nuevo—. Si te apetece.

Como si hubiese tenido elección alguna vez.

—*Al bebé lo llamaron Abe —canté con una risita aguada —, a su hermano Green Gabe. Luego Belle y Adele y Keen Kate. Pronto maullaban docenas, pero aun así continuaron sus actividades obscenas, incluso fuera de las puertas serenas.*

El rostro de Ansel ardía de un escarlata tan intenso que rivalizaba con todos mis recuerdos, pero sonrió de oreja a oreja de todos modos.

—Eso es indecente.

—Por supuesto que lo es —susurré—. Es una canción de pub.

Sus ojos brillaban demasiado ahora, rebosantes de lágrimas propias. Aun así sonrió.

—¿Alguna vez has estado en un pub? —Cuando asentí, con una sonrisa tan amplia que dolía, el pecho dolorido y dolorido y *dolorido*, sacudió la cabeza horrorizado—. Pero eres una *mujer*.

—Existe todo un mundo fuera de esta iglesia, ¿sabes? Podría enseñártelo si quisieras.

Su sonrisa se borró poco a poco, me tocó la mejilla y se inclinó para darme un suave beso en la frente.

—Gracias, Lou. Por todo.

Agarré su muñeca, desesperada, a medida que los últimos rincones de la casa se oscurecían, a medida que la tracción en mi estómago se intensificaba hasta convertirse en un ardor. La presión de mis hombros aumentó y mis

oídos se destaparon. Unos gritos penetraron la espesa bruma de mi conciencia, y resonaron por todas partes a nuestro alrededor como si estuviera debajo del agua.

—¿Dónde irás?

Ansel miró hacia atrás, hacia donde Coco había estado sentada a nuestra mesa, barajando cartas y riendo. La nostalgia volvió a su rostro.

—Tengo una despedida más que hacer.

El ardor en mi pecho se tornó casi insoportable. Unas agujas gélidas alancearon mi piel.

—Te quiero, Ansel.

Se me enturbió la visión cuando las olas cayeron de verdad sobre mí, sorprendentes y brutales. Aunque me arrastraron lejos de él, recordaría su sonrisa hasta el día de mi muerte. Hasta el día en que volviera a verla. Sus dedos resbalaron de los míos y Ansel se alejó en la corriente, un faro de luz en la oscuridad.

—Yo también te quiero.

Con una poderosa patada de mis piernas, me di impulso hacia arriba.

Hacia el miedo.

Hacia el dolor.

Hacia la *vida*.

CAPÍTULO 24

OTRO PATRÓN



Reid

Rompimos la superficie juntos. El agua chorreaba por su cara, dorada y pecosa, y por su pelo, largo y castaño. Agarró mi camisa mientras boqueaba y escupía antes de echar la cabeza hacia atrás, mirar al cielo y sonreír. Esos vistosos ojos azul verdoso miraron a los míos, y por fin habló.

—¿Tienes algo guardado, Chass, o solo estás contento de verme?

No pude evitarlo. Eché atrás la cabeza y me reí.

Cuando la había encontrado a la deriva bajo la superficie, su cuerpo inerte y frío, su pelo blanco flotando de manera espeluznante a su alrededor, había temido lo peor. La había agarrado. La había sacudido. Había nadado hacia la superficie y gritado su nombre. No funcionó nada. En un ataque de rabia, me había vuelto a zambullir hacia el fondo para encontrar al perro blanco, pero había desaparecido.

Sin embargo, mientras subíamos la segunda vez algo había cambiado: sus piernas habían empezado a moverse. Despacio primero, luego más deprisa. Más fuerte. Habían trabajado en sincronía con las mías, y observé, asombrado, cómo su pelo crecía a cada patada, cómo el color iba volviendo a cada mechón. A su piel.

Se había curado delante de mis propias narices.

Ahora la abracé y giré con ella en el agua. No se hizo ni una onda con el movimiento. No me importó.

—Lou. —Pronuncié su nombre con desesperación. Retiré los largos mechones de pelo de su cara—. Lou. —Besé su boca, sus mejillas, su cuello. Besé cada centímetro de ella al que logré llegar. Sin dejar de reír. Apenas capaz de respirar. Ella se rio conmigo y el sonido chispeó en mis huesos. Ligero. Brillante. Si dejaba de nadar ahora, hubiese flotado. Hubiese *volado*. La besé de nuevo. No dejaría de besarla nunca—. Lou, ¿estás...?

—Estoy bien. Soy yo. —Sus brazos se cerraron en torno a mi cuello y me atrajo hacia sí. Enterré la nariz en el hueco de su hombro—. Me siento... me siento mejor que hace muchísimo tiempo. En serio. Como si pudiera volar o blandir un hacha o... erigir una estatua en mi honor. —Tiró de mi cabeza hacia arriba para besarme otra vez. Cuando nos separamos, boqueando en busca de aire, añadió—: Estaría hecha de bollos de miel, por supuesto, porque estoy *muerta de hambre*.

Me dolían las mejillas de tanto sonreír. Mi cabeza palpitaba al ritmo de mi corazón. No quería que dejara de hacerlo jamás.

—Tengo uno en mi...

El grito de Coco en la orilla nos pilló desprevenidos. Nos giramos al tiempo que el mundo volvía a enfocarse a toda prisa. Coco se había dejado caer de rodillas y miraba las aguas como si hubiese visto a un fantasma.

—Ansel —susurró Lou. Se soltó de mí para poder mantenerse mejor a flote. Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Quería despedirse. —Ahora sonreía con mayor dulzura. Me besó de nuevo—. Te quiero, Reid. No lo digo bastante a menudo.

Parpadeé, alucinado. Una oleada de calor se extendió por mi pecho al oír sus palabras, y llegó hasta las puntas de los dedos de manos y pies.

—Yo también te quiero, Lou. Siempre te he querido.

Se rio en tono juguetón.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—No me querías cuando me estrellé contra ti en la *patisserie* de Pan.

—Por supuesto que sí —protesté. Mis cejas volaron hacia arriba—. Adoré tu espantoso traje y tu feo bigote y...

—¿Perdona? —Se echó hacia atrás con fingida indignación—. Mi bigote era *magnífico*.

—Estoy de acuerdo. Deberías llevarlo más a menudo.

—No me tientes.

Me incliné hacia ella, rocé mi nariz contra la suya.

—¿Por qué no? —susurré contra sus labios.

Sus ojos brillaron con malicia en respuesta y enroscó las piernas alrededor de mi cintura, lo que casi nos ahogó a ambos. No lograba que me importara.

—Me has corrompido de una manera terrible, Chass. — Con un último beso enloquecedor, lento y profundo, se desenredó de mí y me dio un golpecito en la nariz—. Me pondré ese bigote para ti más tarde. Pero de momento deberíamos...

Entonces Coco gritó de nuevo.

Supe de inmediato que ese grito no era como el anterior. Lo supe antes de que el cuerpo de un hombre cayera con un golpe sordo sobre la playa, lo supe antes de que Lou me soltara de pronto. Alargué los brazos hacia ella para envolverla en un abrazo protector.

Porque había reconocido el cuerpo del hombre.

Y Constantin, un ser inmortal hecho de agua y niebla, estaba muerto.

Coco corrió hasta él con otro grito.

—¡Constantin! —Sus manos revolotearon por encima de él impotentes, mientras Lou y yo nos manteníamos a flote en silencioso horror. El hielo trepó por mi columna al ver sus ojos abiertos de par en par. Su boca laxa. El agujero sangriento en su pecho—. ¡Constantin! —Coco lo sacudió con violencia, estaba claro que no podía procesarlo. Su conmoción, no, su *negación*, reflejaba la mía. Constantin no podía haber muerto. Las melusinas lo habían condenado a ser inmortal.

Nadie está a salvo aquí, Cosette.

Los nudillos de Lou se pusieron blancos sobre mis brazos.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé —contesté. Apreté mi brazo en torno a su cintura.

Cuando vimos que Coco seguía sacudiéndolo, cada vez más histérica, Lou empezó a nadar hacia ella con determinación.

—Bien. Podemos arreglarlo. Las aguas lo curaron una vez, lo cual significa...

Agarré la parte de atrás de su camisola.

—Espera...

Una risa aguda y escalofriante resonó por encima de los acantilados y hasta la orilla, y Morgane le Blanc salió del camino para entrar en la playa. Una docena de brujas venía detrás. Se abrieron en abanico detrás de ella, en formación defensiva, ojos penetrantes y bocas tensas. Decididas. Coco retrocedió a toda prisa dentro del agua y arrastró el cuerpo de Constantin con ella.

—Vaya, vaya, qué escena más dulce. —Con el pelo reluciente a la luz de la luna, Morgane aplaudió varias veces. Sus ojos saltaron de Lou y de mí hasta Coco, que levantaba en ese momento un cáliz plateado a los labios de Constantin en un último intento por revivirlo. Morgane hizo

una mueca—. Debes de estar muy orgullosa, Josephine. Mira cómo tu querida sobrina se preocupa por el guardián. —Se volvió hacia Coco—. Está muerto, *mon petit chou*. —Levantó sus dedos manchados de sangre—. Seguro que sabes que la magia no puede vivir sin un corazón, ¿verdad?

—¿Cómo... cómo lo has...? —La voz de Coco se entrecortó mientras miraba impotente a Constantin—. Él es el *guardián*. ¿Cómo lo has matado?

—Yo no he sido —la contradijo Morgane, tras arquear una ceja.

Y entonces apareció La Voisin. Una sustancia oscura impregnaba sus manos. Encajaba con el agujero en el pecho de Constantin.

—He sido yo.

Coco se puso de pie, despacio.

—Un hombre muy tonto. Le presentamos nuestras perlas negras, por supuesto, pero aun así se resistió. —Aunque Morgane chasqueó la lengua, al sonido le faltó su melodrama característico. Unas oscuras sombras moradas subrayaban sus ojos, como si llevara días sin dormir. Tenía la piel más pálida que de costumbre. Su cara y su pecho estaban salpicados de quemaduras y su pelo parecía chamuscado en algunas partes—. Por desgracia para Constantin, somos las dos brujas más poderosas del mundo. Eso sí, he de admitir que el dragón nos hizo replantearnos algunas cosas. Me robó mis juguetes rotos, casi arrasó mi casa de muñecas, pero dio igual. El dragón ya no está y a nosotras no nos pillarán por sorpresa otra vez. —Miró hacia las aguas. Estaba claro que le desagradaban—. Ahora estamos aquí.

—¿Un dragón? —susurró Lou—. ¿Quién...?

—Zenna.

Después de todo, había salvado a los otros. Había volado de vuelta a Cesarine.

En esos momentos, Coco podría haber sido tallada en piedra.

—¿Qué has hecho, *tante*?

La Voisin encajó la dura mirada de su sobrina sin alterarse, impasible. Su expresión no revelaba nada. Con un gesto de su barbilla, sin embargo, tres brujas de sangre se adelantaron. Entre ellas flotaban dos figuras maniatadas y amordazadas. Con los ojos muy abiertos, ambos forcejeaban en vano contra la magia que los sujetaba.

Beau y Célie.

Lou maldijo en voz baja.

—Lo que debo —dijo La Voisin sin más.

Pasaron unos instantes de silencio mientras se miraban.

—No. —Los ojos de Coco refulgieron con la palabra, cerró los puños. Dio un pequeño paso adelante y las aguas... ondularon bajo su pie. Los ojos de La Voisin siguieron el movimiento, se entornaron de un modo infinitesimal—. Esa no es una respuesta, como tampoco lo es Morgane le Blanc. ¿Cuántas veces pedimos su ayuda? ¿Cuántos miembros de nuestra familia han muerto de frío y de enfermedades? ¿Cuántos han *muerto de hambre* mientras ella se quedaba de brazos cruzados?

La Voisin arqueó una ceja.

—¿Igual que *tú* te has quedado de brazos cruzados?

Coco ni se inmutó.

—Ahora no estoy de brazos cruzados.

—No. Estás en medio de mi camino de manera *activa*.

—Tú nos traicionaste.

—Estoy perdiendo la paciencia —comentó Morgane con una malevolencia contenida. Sus dedos se movían espasmódicos.

—Niña tonta. —La Voisin habló como si no la hubiese oído—. ¿Preferirías que siguiéramos enfermando y muriendo de hambre? ¿Por qué? —Sus ojos negros nos encontraron a Lou

y a mí—. ¿Por ellos? —Con una mueca de asco, negó con la cabeza en un movimiento lento y giratorio, como una cobra presta a atacar—. Eres la *Princesse Rouge*. Hubo un tiempo en el que habría fomentado tu voz. Hubiese respetado tu opinión. Pero ahora tu empatía suena hueca. No te preocupa nuestra gente. No los consideras tu familia. Puedes quejarte de mi traición, Cosette, pero tú nos traicionaste mucho antes de eso. Morgane ha prometido a nuestro aquelarre refugio seguro en Château le Blanc —sus ojos parecieron endurecerse al decir el nombre—, a cambio de Louise. Haría cosas mucho peores que traicionarte para lograrlo. Ha llegado la hora de elegir bando.

Al decir esto se puso al lado de Morgane, alta e implacable. Juntas, formaban una imagen impactante. Ambas regias, ambas preciosas. Ambas reinas por derecho propio. Mientras que Morgane poseía una especie de glamur oscuro, Josephine, la eterna artista, no mostraba adorno alguno. Era austera. Un estudio de dura realidad y verdad desoladora. La malicia en los ojos de la primera tenía un brillo cómico al lado de los astutos ojos fríos e inexpresivos de la otra. La honradez. No intentaba ocultarla.

La Voisin odiaba a Morgane.

—El fin justifica los medios —murmuró al final—. Si no estamos juntas, caeremos.

Coco miró a su tía como si la estuviera viendo por primera vez.

—Tienes razón. —Las *Dames rouges* de la playa se quedaron muy quietas ante la inesperada respuesta. Reconocí a unas cuantas del tiempo que pasamos juntas en el Léviathan—. Yo *era* una niña —continuó, su voz era más fuerte con cada palabra. Apasionada—. Era una niña asustada de mi propio derecho de nacimiento; de liderar a todo el mundo, de fallar a alguien. De decepcionarte *a ti*.

Temí las responsabilidades que semejante vida conllevaría. Sí, hui, y me arrepiento de haberlo hecho.

Entonces miró a sus hermanas, inclinó la cabeza, aceptó su parte de culpa en sus miserias. Ellas la miraron con una mezcla de suspicacia y admiración.

—Ya no soy esa niña. *Sois* mi familia y quiero protegeros tanto como quiere hacerlo mi tía. Pero *su* vida —señaló con un dedo en dirección a Lou— vale tanto como la vuestra. — Se volvió hacia su tía—. Morgane ha estado dando caza a los hijos del rey. Encontramos a Etienne, el hijo del rey, asesinado en nuestro propio campamento, y Gabrielle desapareció poco después. Morgane fue la responsable, *tante*. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? ¿Se los ofreciste tú misma? ¿A tu propia gente? —Cuando Josephine no dijo nada, lo cual confirmaba sus sospechas, Coco soltó el aire con brusquedad y se interpuso entre nosotros y su tía con un cuidado deliberado—. Ya he elegido mi bando.

Lou se quedó muy quieta al oírla. Las brujas de sangre, sin embargo, se removieron. Varias de ellas murmuraron. Si era en su apoyo o en su contra, no pude saberlo.

La expresión de La Voisin no cambió ante la declaración de su sobrina. En vez de eso, hizo un gesto con la cabeza hacia las brujas más próximas a ella.

—Atrapadla. —Cuando vacilaron, lanzando miradas nerviosas a Coco, La Voisin se giró despacio hacia ellas. Aunque no pude ver su cara, esta vez se apresuraron a obedecer.

Coco retrocedió a toda prisa mientras se acercaban, y las aguas ondularon de nuevo. Siguieron ondulando.

Las brujas vacilaron en la orilla, reacias a seguirme, hasta que la más valiente dio un paso tentativo hacia delante.

Cuando un dedo de su pie tocó las aguas, todo su cuerpo dio una sacudida y... como si una mano espectral se

hubiese estirado para agarrarla del pie, resbaló y desapareció en las profundidades. Las aguas se tragaron su grito sin hacer ni una onda.

La bruja muy bien podría no haber existido jamás.

Morgane chasqueó la lengua mientras las otras brujas retrocedían. Su voz resonó con dureza. Implacable.

—Supongo que las reglas son las reglas, ¿no? Cosas horribles. Como si cualquiera de nosotras tuviese tiempo de *revelar nuestra verdad*. Sin embargo, no temas nada, *tata* —le dijo a Josephine, cuya mandíbula se apretó ante el epíteto diminutivo—. Los pobrecillos tendrán que salir en algún momento, y nosotras tenemos todo el tiempo del mundo. —Chasqueó sus dedos ensangrentados y Beau y Célie cayeron al suelo—. *Estos* dos, sin embargo, no tienen demasiado tiempo, no. ¿Qué dices tú, cariño? —le preguntó a Lou—. ¿Cómo puedo jugar con ellos?

—Estás enferma —escupió Beau, las venas de su cuello se abultaron cuando pugnó por moverse.

Morgane solo sonrió. Sin calidez alguna. De su capa, extrajo la inyección de Célie y tiró la jeringa al agua.

—Aunque, bien pensado, tal vez esté aburrida de jugar y ya está. Ven aquí, Louise, o los mataré. Nuestro juego ha terminado.

Lou empezó a avanzar al instante, pero mis dedos agarraron su camisola. No la dejé ir. No podía dejarla ir.

—Reid, no...

Morgane enseñó los dientes y chasqueó los dedos de nuevo. Aparecieron sendas espadas en las manos de Beau y de Célie. Otro chasquido y Beau arremetió: su hoja cortó el costado de Célie. La sangre manó a su paso. Con un rápido gesto de los dedos de Morgane, Célie contraatacó con un sollozo, y su espada se clavó profundo en el hombro de Beau. Soldados de juguete.

—Lo siento —exclamó Célie con voz ahogada y los brazos temblorosos mientras trataba de oponerse a la magia de Morgane—. Lo siento mucho...

—Estoy bien. —Beau intentó consolarla por todos los medios mientras bloqueaba sus estocadas con los dientes apretados; su respiración era superficial—. Vamos a estar bien...

Célie lo apuñaló de nuevo, esta vez en el muslo.

Manó la sangre.

Con un grito salvaje, Coco se dirigió hacia la playa mientras Lou se retorció entre mis brazos. No obstante, Morgane agitó una mano y, cuando Coco salió del agua, una jaula de cristal descendió a su alrededor. Coco aporreó las paredes, furiosa, pero entonces unas cuerdas se enroscaron en torno a sus muñecas y tobillos.

Con una mueca de rabia, La Voisin corrió hacia allí para intervenir.

—El fin, Josephine. —Morgane agitó otra mano y las cuerdas se apretaron para estirar las extremidades de Coco hasta el punto de sufrir dolor. Una muñeca en una caja—. El fin justifica los medios. ¿No es eso lo que dijiste?

La Voisin se paró en seco. Todo su cuerpo temblaba de furia.

—Mi sobrina no debe sufrir ningún daño.

—¡No ha sufrido ningún daño! —Esos relucientes ojos esmeralda encontraron a Lou. Beau y Célie seguían luchando detrás de ella, su sangre salpicaba ya la arena—. Por el momento.

—Tienes que soltarme, Reid —suplicó Lou—. No va a parar hasta...

—No. —Mantuve la voz baja y sacudí la cabeza con ímpetu. Traté de ignorar mi pánico creciente. Tenía que haber otra manera. Mis ojos se deslizaron otra vez por encima de las brujas, evaluativos. Trece en total: seis

Dames rouges, por las cicatrices de su piel, y siete *Dames blanches*. Las primeras necesitarían contacto físico para hacer daño, pero las segundas podían atacar en cualquier momento. Mi mente buscó como loca una ventaja. *Cualquier* ventaja. ¿Podía L'Eau Mélancolique afectar nuestra magia? ¿Reprimirla? Si de algún modo pudiésemos tentar a Morgane a meterse en las aguas... probé mis propios patrones. Las cuerdas doradas surgieron al instante. *Mierda*.

Peor aún, una cuerda continuó brillando más fuerte que el resto; palpitaba con insistencia. La misma cuerda que había respondido en el faro. La misma cuerda de la que no podía tirar. De la que no *quería* tirar.

Sálvala, susurró la magia. *Sálvalos a todos*.

Seguí haciendo caso omiso.

Coco gritó cuando sus cuerdas se apretaron, y Lou aprovechó mi distracción para por fin soltarse de mi agarre.

—Mira, *maman*, mira. —Agitó las manos en un gesto apaciguador—. Jugaré contigo ahora. Incluso intercambiaré juguetes: yo, a cambio de Beau y de Célie. —Aunque no dejé de sacudir la cabeza y alargué los brazos para intentar alcanzarla, ella se alejó pataleando y continuó con determinación—. Pero no puedes volver a hacerles daño. Lo digo en serio, *maman*. A ninguno de ellos. Beau, Célie, Reid, Coco. Todos ellos quedan a salvo desde este momento en adelante. No los toca nadie.

El patrón pulsó. Mi cabeza siguió negando.

Morgane no parecía demasiado sorprendida por la petición de Lou; tampoco se rio ni bailó ni se regodeó, como hubiese hecho hace un tiempo.

—Verás, eso puede suponer un problema, hija. Con tu muerte, el príncipe y el cazador también sucumbirán.

—Estás dando por sentado que moriré.

—*Sé* que morirás, cariño.

Entonces Lou sonrió con suficiencia y la imagen me impactó como un golpe físico. Hacía tan solo unos días había temido no volver a ver esa sonrisa nunca más. Mi cuerpo se tensó con una contención apenas controlada.

—Supongo que tendremos que jugar para averiguarlo — señaló.

Retomó el trayecto hacia la orilla.

—No. —La agarré del brazo. Lou no había sufrido tanto, no lo había sacrificado todo, no había caminado a través de fuego, ni exorcizado a un maldito *demonio*, para rendirse tan fácilmente. Coco había dicho que una vida no valía más que otra, pero había estado equivocada. La vida de Coco significaba más. Las vidas de Beau y de Célie significaban más. Y Lou... su vida era la que más significaba de todas. Yo me aseguraría de que la viviera. Me aseguraría de que *todos* vivieran—. No puedes hacer esto.

Pataleó un poco para ascender y besarme en una última súplica desesperada.

—No puedo matarla si me sigo escondiendo, Reid — murmuró contra mi mejilla—. Recuerda lo que dijo tu madre: cerrar los ojos no haría que los monstruos dejaran de verme. Tengo que jugar. Tengo que *ganar*.

—No. —Bloqueé la mandíbula y seguía sin poder dejar de negar con la cabeza—. Así no.

—O mato a mi madre, o mi madre me mata a mí. Es la única manera.

Pero eso no era verdad. No era la única manera. Aunque ella no lo sabía, por supuesto. Me había negado a decir la otra alternativa en voz baja, me había negado incluso a reconocer su presencia en mis pensamientos. La cuerda dorada vibraba de anticipación.

Lou ya había dado muchísimo. Había viajado de ida y vuelta hasta el infierno para salvarnos, y se había destrozado en el proceso. No podía morir ahora. Y si no

moría... hablaba muy a la ligera de matar a su madre, como si el matricidio no fuese un acto de una crueldad innombrable. Como si no fuese algo antinatural. Como si no fuese a destrozarla otra vez desde cero.

—No.

Mi determinación se reafirmó cuando le agarré la cara. Cuando sequé gotitas de agua de sus pestañas.

Qué bonita era.

—Estáis poniendo a prueba mi paciencia, niños. — Morgane hizo un gesto con la mano y Beau, Célie y Coco se desplomaron al unísono con movimientos idénticos. Como juguetes aplastados por un pisotón. Beau y Célie perdieron la conciencia por completo, y Coco se mordió el labio para reprimir un grito. Los ojos esmeralda de Morgane se llenaron de ganas de hacer daño—. A lo mejor tienes razón, brujita de sangre. Tal vez os mate a todos al final.

—No seas tonta —espetó La Voisin—. Acepta los términos. El príncipe y la chica no significan nada. Morirán más pronto que tarde.

Morgane se giró para encararse con ella.

—¿Cómo osas darme órdenes...?

A lo lejos, oí sus voces cada vez más altas, pero todo mi mundo se había concentrado en la cara de Lou. En el patrón dorado. Hice un esfuerzo por mantener la concentración, casi cegadora ahora. Apuntaba recta y precisa hacia su objetivo. Nos conectaba. Exigía ser vista. La esperanza y la desesperación guerreaban en lo más hondo de mi pecho. Ninguna de las dos existía sin la otra.

Encontraría el camino de vuelta con Lou. Ya lo había hecho una vez. Podía hacerlo de nuevo.

Y ella por fin estaría a salvo.

—Te encontraré otra vez, Lou. —Susurré, y frunció el ceño, aturdida. Besé sus cejas con suavidad—. Lo prometo.

Antes de que pudiera responder, cerré el puño en torno a su pelo.

El patrón estalló en una lluvia de oro.

Ya no vi nada más.

TERCERA PARTE



C'est l'exception qui confirme la règle.
La excepción que confirma la regla.

PROVERBIO FRANCÉS

CAPÍTULO 25

LA DUDA SE CUELA



Nicholina

El dolor se difumina sin un cuerpo, igual que el sentido del tacto, del olfato, del gusto. No hay sangre mientras subimos en espiral del mar al cielo. No hay magia. No hay muerte. Aquí estamos... libres. Somos una ráfaga de viento. Somos el frío del invierno. Somos un revoloteo de nieve en la ladera de la montaña, girando y rodando y rotando, dando mordisquitos a las narices de las brujas en lo bajo. Nuestra señora camina entre ellas. Las llama por su nombre.

No pronuncia el nuestro.

Ansiosos ahora, continuamos adelante. Arriba, arriba, *arriba* por la montaña, mientras copos de nieve revolotean a nuestro alrededor, en nuestro interior. *No está aquí*, revolotean, murmuran. *No podemos encontrarlo.*

Nuestro cuerpo, nuestro cuerpo, nuestro cuerpo.

Nuestra señora no se habrá olvidado de nosotros.

Nos movemos más deprisa ahora, seguimos buscando, volamos entre los árboles. El castillo. Ella habrá llevado nuestro cuerpo al castillo. Pero no hay ningún castillo, solo nieve y montaña y pinos. No hay puente. No hay nadie para darnos la bienvenida, nadie para permitirnos el acceso. Si *ella* se hubiese quedado, la de las palabras desagradables, la de los patrones dorados... si su espíritu se hubiese

fragmentado, habríamos encontrado el castillo. Habríamos encontrado nuestro cuerpo.

Pero no se fragmentó. No se quedó.

Ahora está sola.

Has fracasado, Nicholina.

Palabras desagradables.

Tu señora la necesita a ella más de lo que te necesita a ti.

Nuestra señora no nos ha olvidado.

Tal vez tu cuerpo no esté ahí para nada. Tal vez «sí» que mueras.

Giramos en espiral otra vez, nerviosos, asustados, y recorremos la ladera de la montaña. Ya sentimos cómo nos expandimos, cómo vamos a la deriva, cómo perdemos propósito. No podemos pasar demasiado tiempo sin un cuerpo, o nos convertiremos en algo distinto. Algo impotente y pequeño. Un gato o un zorro o una rata. Existen muchas formas de convertirse en un *matagot*, oh, sí, pero no nos convertiremos en uno. Nosotros no. No se han olvidado de nosotros.

Algo corretea entre el follaje y nos lanzamos en picado, provocando un chillido de miedo por parte de la criatura. No importa. Necesitamos un cuerpo hasta que nuestra señora regrese. Hasta que *su* señora nos muestre el camino. Mujer malvada, como su hija. Bruja malvada.

Nos quedamos agazapados dentro del cuerpo del visón y esperamos. El tiempo pasa de manera diferente para los animales. Nos dedicamos a vigilar sombras, temblando entre las raíces de un árbol. Escondidos de águilas. De zorros. Olemos a nuestra señora antes de verla, y oímos sus palabras cortantes e impacientes. Discute con Morgane. Habla de la hija de Morgane.

Abandonamos al visón y las seguimos mientras torres y torretas cobran forma. Un puente. El fuego ha arrasado

cada estructura. Por todas partes, las damas blancas cosen y tejen sus patrones invisibles en piedra. En madera. En ventanas y arcos y tejas. A nosotros no nos importan las reparaciones del castillo. Nos lanzamos hacia la entrada, escondidos de sus ojos curiosos, nos enroscamos entre el humo. Ahora sentimos la atracción de nuestro cuerpo. Lo sentimos ahí.

Nuestra señora no se ha olvidado de nosotros después de todo.

Subimos por la escalera, recorremos el pasillo, entramos en la pequeña y austera habitación. Sin embargo, nuestro cuerpo no está sobre la cama. No está sobre la almohada. *La cama está vacía*, gritamos consternados. *La cama está desierta*. Nos paramos en seco, temblando, mientras buscamos. Mientras seguimos la atracción de nuestro cuerpo. Lo encontramos en el duro suelo de piedra. *Pero la cama está vacía*. La confusión da vueltas en nuestro interior. *La cama está desierta*.

Nuestro cuerpo parece un cadáver entre las sombras del rincón. Enfermizo y pálido. Lleno de cicatrices. Lo miramos desde lo alto, nos invade una sensación de rencor. Una sombra de dolor. Ningún fuego calienta la habitación. No hay velas encendidas. Pero no importa. Nosotros no sentimos frío, no, y nuestra señora lo sabe. Lo sabe. Sabe que el dolor es fugaz. Se deleitará en nuestra bienvenida.

Has fracasado, Nicholina.

No importa.

Tu señora la necesita a ella más de lo que te necesita a ti.

El dolor es fugaz.

Has elegido el bando equivocado, Nicholina. Pero no es demasiado tarde. Podrías aliarte con nosotros antes de que ellas te traicionasen. Porque te traicionarán. Es solo cuestión de tiempo.

Nuestra señora jamás nos traicionaría.

Despacio, nos hundimos en nosotros mismos, primero un dedo, un pie, luego una pierna y un brazo y un pecho, hasta que todo nuestro cuerpo se asienta en sí mismo con una respiración pesada. Pesada. Tan pesada. Tan cansada. En nuestra cabeza parpadean imágenes de lavanda y espectros y niñitos enfermos con aspecto cadavérico. Recuerdos de familia. El mundo sabe diferente ahora de lo que lo hacía entonces. Antaño sabía a comodidad, a amor, a calor. Ahora no recordamos cómo era sentir calor. No recordamos el amor. Dentro de *ella* lo habíamos sentido, un breve titilar entre las sombras, en la oscuridad. Ella lo había sentido con mucha intensidad. Ahora nos aferramos a ese recuerdo. Nos aferramos a ese calor que sentimos cuando ella miraba a su cazador, a su familia.

Nuestros propios ojos no se abren mientras permanecemos tumbados sobre esta piedra fría y dura. No nos movemos hacia la cama. Nuestra señora no nos quería ahí.

A veces pensamos que nuestra señora no nos quiere en absoluto.

CAPÍTULO 26

ANGÉLICA



Lou

Sin previo aviso, Reid se desplomó de bruces contra el agua, y ahí...

Ahí perdí completamente la compostura.

Estallaron nuevos gritos en la orilla mientras me zambullía a por él. Pasé un brazo por sus hombros y le di la vuelta sobre la espalda, entrelacé su codo con el mío y acuné su cabeza contra mi hombro. Un intenso y potente olor a magia flotaba a su alrededor. Aunque su pecho todavía subía y bajaba, el movimiento parecía superficial, brusco, como si estuviera sufriendo un dolor terrible.

—¡Reid! —Lo sacudí, desesperada, haciendo un gran esfuerzo por mantenernos a flote. Nos sumergimos. El agua me quemaba la garganta, los ojos. Atragantada con ella, patearé más fuerte para propulsarnos a través de la superficie durante unos pocos segundos maravillosos. Sabía nadar, sí, pero arrastrar a un hombre inerte de noventa y tantos kilos era algo completamente distinto—. *¡Reid!*

Los gritos a nuestro alrededor aumentaron y miré hacia la orilla. Se me atoró el corazón en mi garganta destrozada.

Morgane había perdido la conciencia con Reid.

Fuese cual fuere la magia que había utilizado, la había afectado también a ella, y reinaba un caos absoluto. Las

Dames blanches más próximas a ella chillaron y corrieron a su lado para apartarla de Josephine, de Coco, de nosotros.

—¡No seáis idiotas! —Los gritos vehementes de Josephine cortaron a través de la neblina, que había descendido ahora con fuerzas redobladas—. ¡Esta es nuestra oportunidad! ¡Agarrad a la chica!

Pero ni siquiera las brujas de sangre se atrevían a meter otro pie en las aguas, no mientras continuaban onduladas.

No cuando Coco se puso en pie, pues sus ataduras se habían esfumado tras el desvanecimiento de Morgane.

No cuando volvió a meterse en las aguas y levantó las manos. Sus ojos oscuros se posaron primero en Constantin, luego en Beau y en Célie, todavía empapados en sangre e inconscientes, y ardieron de furia.

—Deberías haber sabido que no debías seguirnos hasta aquí, *tante*. Yo nací en estas aguas. Su magia es mi magia.

Me hundí bajo las olas, pero resurgí a tiempo de ver a Josephine cerrar los puños.

—La magia de las aguas es de *ella* —escupió—. No es tuya. Jamás fue tuya.

—Yo soy parte de ella.

—Eres *mía*. —El último resquicio de control de Josephine pareció saltar por los aires. Sacó una larga daga torcida de su capa. Le temblaban las manos—. Ella te abandonó. Me abandonó *a mí*. Ella...

—... está de camino —terminó Coco con seriedad. Deslizó los ojos hacia su propia mano levantada. Una herida nueva en la que no me había fijado cortaba la palma, y la sangre goteaba de ella a las aguas. Y sobresaltada, me di cuenta de que los pasos de Coco no habían despertado a L'Eau Mélancolique para nada.

Había sido su sangre.

Y ahora las aguas no solo ondulaban.

Se estaban *moviendo*. Se abrían por el centro como si el Cielo hubiese trazado una línea desde Coco hasta el horizonte. Se acumulaban a ambos lados de esa línea, creciendo y creciendo y *creciendo*, como tsunamis gemelos, hasta que apareció un camino por el rocoso fondo del mar, bastante pequeño para que una única persona pudiera caminar sin problemas. Me aferré a Reid mientras las olas nos zarandeaban, y las corrientes nos arrastraban al fondo antes de lanzarnos hacia arriba una vez más. Cuando grité el nombre de Coco, tosiendo y escupiendo y pataleando a la desesperada en dirección a la orilla, se volvió para mirarnos. Se le abrieron mucho los ojos del susto, luego nos sumergimos de nuevo.

Cuando volvimos a emerger, otra corriente nos recogió entre una respiración y la siguiente. Esta, sin embargo, parecía determinada a no ahogarnos, sino a llevarnos hasta Coco. No me debatí ni la cuestioné, mientras dedicaba toda mi atención a mantener la cabeza de Reid fuera del agua. Me temblaban los brazos debido al esfuerzo. Se me agarrotaron las piernas.

—Vamos, Chass. —Apreté la parte de atrás de su cabeza contra el hueco de mi cuello una vez más—. Ya casi hemos llegado. Quédate conmigo. Vamos, *vamos*...

La corriente cayó de repente y nosotros caímos en picado con ella, directos a través del agua gélida y al camino sobre el fondo del mar. Cuando aterrizamos, aturdidos y tiritando, Coco corrió a nuestro encuentro. Tiró de mis brazos, de mis manos, apartó el pelo empapado de la cara de Reid, comprobó su pulso. Hizo caso omiso de Josephine y de las brujas de sangre. Seguían sin atreverse a entrar en L'Eau Mélancolique, ni siquiera por el camino.

—¿Estás herida? —me preguntó Coco, al tiempo que comprobaba cada centímetro de mí con movimientos torpes y preocupados—. ¿Estás...?

La agarré de las manos y sonreí.

—Tienes un aspecto espantoso, *amie*. Esas ojeras son tan grandes como la cabeza de Beau.

Coco dejó caer la frente hasta nuestras manos unidas. Soltó un suspiro de alivio.

—Eres tú.

—Soy yo.

—Gracias a Dios.

—Gracias a *Ansel*.

Se rio mientras soltaba un poco de aire y levantaba la cabeza. Entonces se quedó paralizada. Sus ojos se clavaron en algo por encima de mi hombro, algo más allá por el camino. Su reflejo plateado, solo una mota en la oscuridad, brilló con intensidad en sus ojos. Quienquiera, o lo que fuera, se acercaba a nosotros no desde la orilla, sino desde las profundidades de L'Eau Mélancolique. Me puse tensa por instinto. Una cara se apareció en el ojo de mi mente procedente de los recuerdos de Nicholina y la suspicacia hizo que se me erizaran los pelos de la nuca. Se me puso la carne de gallina a lo largo de los brazos.

Sin embargo, cuando Josephine se tornó cenicienta, lo supe. Cuando se tambaleó, cuando de verdad se *tambaleó* un paso hacia atrás, agarré a Reid más fuerte en mi regazo. Los latidos de mi corazón atronaban en mis oídos. Varias de las brujas de sangre huyeron sin decir palabra. Mantuve los ojos clavados en Coco a medida que la mota plateada de sus ojos aumentaba. Más cerca. Demasiado cerca ya para ignorarla.

Por fin, me giré para mirar hacia atrás.

Y ahí estaba.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al verla: alta y escultural, con espesos rizos negros y lustrosa piel marrón, casi idéntica a Coco en todo. Excepto en los ojos. En algún momento entre el recuerdo de Nicholina y ahora, se habían

vuelto de un tono pálido, gélido. Su vestido pegaba con ese color tan peculiar. La tela iridiscente rielaba entre blanco y verde y morado y azul. Ondeaba con la brisa a medida que se aproximaba. Como una maldita princesa de cuento de hadas.

Se detuvo un paso detrás de mí. Me quedé alucinada. Mi boca debió abrirse como la de un pez de ojos saltones. De cerca, era aún más hermosa: su rostro con una perfecta forma de corazón, sus labios con una curva igual de perfecta. Polvos plateados salpicaban sus mejillas y su nariz, así como su frente y sus clavículas, y unas elaboradas joyas de piedra lunar relucían en sus dedos, sus muñecas, sus orejas, su cuello. Se había trenzado el pelo en torno a una diadema de ópalo con forma de lágrima. La gema preciosa brillaba contra su frente.

Su vestido y su pelo continuaron ondulando con suavidad, incluso después de que la brisa hubiera amainado.

Bajó la vista y me sonrió.

—Angélica —susurré, extasiada.

—Hermana —bufó Josephine.

Pero fue la acusación susurrada de Coco la que lo cambió todo.

—Madre.



Con una elegante inclinación de cabeza, Angélica asintió. Se quedó ahí de pie con una postura impecable, una quietud de otro mundo, los hombros atrás y las manos cruzadas a la cintura en una postura familiar. ¿Cuántas veces había visto a Josephine así? ¿Cuántas veces había anhelado retorcer ese cuello largo y elegante?

Era inquietante cómo dos personas con las mismas facciones podían parecer tan diferentes.

Miré a Coco.

Era tenebroso cuando había una tercera.

—*Soeur*. —Con una voz tan suave como la seda, Angélica habló con una confianza calmada—. *Fille*. —Levantó una mano como para tocar la mejilla de Coco antes de pensarlo mejor. Optó por dejarla caer al lado. Flácida—. Os he echado de menos.

Aunque Coco no dijo nada, sus ojos lo decían todo. Centelleaban con una emoción contenida a la luz de la luna.

Fruncí el ceño, mis propios ojos se entornaron y el brillo de alrededor del rostro de Angélica se diluyó un poco.

Más que un poco.

Podría incluso haberla llamado «espantosa» ahora.

Aunque claro, madres que abandonaban a sus hijos con familiares crueles puede que fuese un tema delicado para mí. *Madame* Labelle había abandonado a Reid, que había acabado con el arzobispo como padre. Morgane había intentado matarme a mí y, de algún modo, yo también. Por hermosa que fuera, Angélica había dejado a Coco en manos de su tía. En realidad, no difería de ellos en nada. Estaba podrida por dentro.

En este caso, sin embargo, la putrefacción resultó oler a lirios.

Aceptando que su hija no quería, o quizá *no podía*, contestar, Angélica se giró hacia Josephine, que se había acercado con disimulo a Beau y a Célie. Esos labios perfectos se fruncieron.

—No hagas daño a los chicos, Josie. Tu pelea es conmigo.

Josephine echaba chispas por los ojos cuando levantó la cabeza de Célie. Sus manos no se mostraron innecesariamente crueles, sino cuidadosas y serenas mientras sostenía firme el cuello de Célie. No. Cuidadosas,

no. Prácticas. Eficientes. Mataría a Célie si fuese necesario, igual que había matado a Etienne.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a su hermana—. No puedes abandonar las aguas.

Coco y yo intercambiamos una breve mirada de confusión.

Angélica se limitó a sacar una daga enjorada de la vaina que llevaba pegada al muslo (¡una *vaina en el muslo!*) y suspiró.

—¿Tenemos que hacer esto, *soeur*? Las dos sabemos el daño que puedo infligir desde aquí. —Para ilustrar lo que decía, colocó la daga contra su pecho y cortó hacia abajo, justo entre los pechos, sin vacilar. La hoja se deslizó a través de la tela y de la piel como si fuesen mantequilla; dejó una gruesa línea de sangre a su paso.

Josephine siseó y su mano voló hacia su propio pecho, en el que se había formado una herida idéntica.

Mi confusión solo aumentó mientras la miraba. Los recuerdos de Nicholina no habían revelado nada por el estilo, aunque tampoco hubiese sabido qué buscar.

—¿Qué demonios está pasando? —le susurré a Coco. Josephine y Angélica todavía se fulminaban con la mirada, sangrando, en un enfrentamiento silencioso—. Dijiste que tu madre estaba muerta.

—Dije que mi *tía* había dicho que estaba muerta.

—¿Y ahora?

Se encogió de hombros, toda tensa.

—Ahora parece que tienen un vínculo de sangre.

—¿Un vínculo de sangre?

—Es un hechizo peligroso entre *Dames rouges*. Vincula sus vidas. Su magia.

Eché otro vistazo a sus heridas gemelas.

—Oh, mierda.

—Eso más o menos lo resume todo —asintió.

Pegado a los talones de ese desagradable descubrimiento, vino otro.

—¿Significa eso que... no podemos matar a tu tía sin matar a tu madre?

—Eso parece.

Se me cayó el alma a los pies cuando Josephine reajustó su agarre sobre Célie y puso la daga contra la parte de atrás de su cabeza.

—Tu amenaza es tan vacía como siempre, *soeur* —dijo—, mientras te escondes detrás de las faldas de otras personas, donde no puedo alcanzarte. —Soltó una risa ronca. La única vez que la había oído reír en la vida—. No. No infligirás un daño real sobre ti misma para hacerme daño, o ya lo hubieses hecho hace siglos.

Vale. O sea que no podía matarla. Probé mis patrones a toda velocidad; seguí a cada uno hasta su sacrificio. Solo necesitaba quitarle el cuchillo de la mano; algo simple. Una ráfaga de viento, quizá. Un espasmo de sus dedos.

—Espera —le susurré a Coco mientras cavilaba—. Si creías que tu madre estaba muerta, ¿por qué estabas intentando invocarla?

—No intentaba invocarla. Solo... las aguas me hablaron. Yo escuché.

—¿Les diste tu *sangre* —le lancé una mirada de incredulidad por encima del hombro— porque te lo pidieron amablemente? ¿Al menos dijeron «por favor»?

—Nací de ellas —musitó a la defensiva.

—Entrega a Louise —insistió Josephine, haciendo caso omiso de nuestra ferviente conversación. Angélica mantenía su cuchillo colgando a su lado. Su propia sangre goteaba de la punta sobre el suelo marino y se formaron perlas negras de cada gota. Volví a mirar a Constantin—. Entrega a Cosette —los dedos de Josephine se apretaron en torno a su

propia daga—, o daré debida cuenta de esta patética niña. Daré debida cuenta del príncipe mortal.

Y una mierda.

Rechiné los dientes en un repentino arrebató de odio, apreté el puño y mi ira se avivó en un patrón. Observé mientras chisporroteaba entre nosotros, sentí cómo su calor me abandonaba. La cuerda se desintegró en ceniza dorada al tiempo que Josephine soltaba un gritito, dejaba caer su daga y se agarraba la mano quemada. Sonreí satisfecha y meneé los dedos.

—Es hora de que te marches, *Josie*.

Angélica levantó su propia mano con ímpetu y las aguas respondieron, rebosaron por la orilla para reclamar a Célie y a Beau y los depositaron a nuestros pies. Pero no pararon ahí. Continuaron inundando la arena para reclamar la playa y llevarse los cálices de plata. Persiguieron los bajos del vestido de Josephine con una determinación consciente, y ella no tuvo más opción que retroceder a toda prisa. Igual que Nicholina había tenido miedo de la oscuridad, daba la impresión de que Josephine tenía miedo de la extraña magia que fortificaba estas aguas.

Pero seguía negándose a ceder.

No obstante, cuando se giró para gritar órdenes a las *Dames rouges* restantes, para conminarlas a mantenerse firmes, abrió los ojos como platos al percatarse por fin de que la batalla estaba perdida. Las brujas de sangre ya habían huido a los acantilados. Josephine estaba sola.

—Abandona este lugar, *soeur* —dijo Angélica. Por el tinte férreo de su voz, supe que esta era su última advertencia—. Y no vuelvas jamás. No puedo prometer tu seguridad si continúas provocando a Isla.

—*Isla*. —Josephine contorsionó el rostro ante el nombre. Sin embargo las aguas no dejaron de fluir, la obligaron a retroceder hasta que estuvo sobre las primeras rocas del

camino. Sus ojos negros taladraban agujeros en la preciosa cara de Angélica—. El oráculo. Tu *señora*.

—Mi *amiga*. —Con otro gesto de la mano de Angélica, las aguas treparon más alto y Josephine saltó hacia atrás, lejos de ellas. Se movía con una agilidad sorprendente para una bruja de mil años—. Harías bien en respetarla —continuó Angélica—. Aunque ella gobierna abajo, no ha perdido de vista la guerra en lo alto. No quieres tenerla como enemiga. —Una luz peculiar se formó en esos ojos pálidos cuando su mirada se volvió hacia dentro—. Aunque parece que ya has disgustado a sus hermanos. —En nuestro beneficio, añadió una explicación—. La Triple Diosa y el Hombre Salvaje del Bosque.

¿Tienes familia, Deveraux?

La verdad es que sí. Dos hermanas mayores. Unas criaturas aterradoras, te lo aseguro.

—Durante todos estos años te he estado observando, Josephine. —La tristeza suavizó la voz de Angélica y el brillo etéreo pronto se diluyó en sus ojos—. No perdía la esperanza en ti. Tú me consideras una cobarde, pero eres una tonta. ¿Es que no has aprendido nada de nuestros errores?

Josephine no reaccionó de manera clara a las duras palabras de su hermana. Se limitó a continuar caminando hacia atrás; su expresión era inescrutable, sus ojos ardían como llamas gemelas en la oscuridad.

—No hay ningún error, hermana. —Nos sonrió a todos por turnos—. Nos veremos pronto, creo.

Entonces dio media vuelta, su capa ondeó a su espalda, y desapareció en la noche.

CAPÍTULO 27

MENTIRA POR OMISIÓN



Lou

Me dejé caer al lado de Reid al momento siguiente y Coco hizo lo mismo con Beau y con Célie. Para mi sorpresa, Angélica se arrodilló también, y acarició la mejilla de Constantin con el dorso de una mano delgada. A diferencia de su hermana, llevaba sus emociones con orgullo para que todo el mundo pudiera verlas. Esta parecía similar a... nostalgia.

Señalé hacia el agua desbordada sobre la playa, al mismo tiempo irritada e impresionada.

—Quizás empiece por eso la próxima vez.

Angélica se rio bajito.

Sacudí la cabeza y refunfuñé, pues su risa sonaba como una maldita campana, luego pegué la oreja al pecho de Reid para escuchar su corazón. Latía con fuerza y regularidad. Cuando comprobé su temperatura noté su piel caliente, pero no demasiado, bajo mi muñeca. Después levanté sus párpados y produje un chispazo de luz en la punta de mi dedo con ira residual. Sus pupilas se contrajeron como debían. Todo correcto. Me eché atrás, aliviada. Estaba perfectamente sano, solo... dormido. Lo más probable fuera que hubiese reclamado la conciencia de Morgane para darnos tiempo de huir, sacrificando la suya en el proceso.

Solo necesitaba despertarlo. Sin embargo, mientras buscaba un patrón para hacerlo, no podía sofocar mi curiosidad. Miré a Angélica y a Constantin.

—¿No te traicionó? —le pregunté. Los ojos pálidos de Angélica se alzaron para mirar los míos.

—Así es.

Coco no levantó la vista. Su mandíbula apretada, sus hombros tensos, irradiaban tensión. Agarró mi daga para volver a abrirse el corte de la palma de la mano. Como yo, sin embargo, no parecía capaz de evitarlo.

—¿Y todavía lo querías?

—No tienes por qué hacer eso, cariño. —Los ojos de Angélica saltaron hacia la pared de agua a nuestra derecha. En respuesta, un delgado arroyo reptó hacia nosotros como una serpiente. Llegó primero hasta Beau; tocó la profunda herida punzante de su pierna y fluyó bajo su piel. La herida se cerró casi al instante, seguida de la de su hombro. Un segundo zarcillo se desenrolló en dirección a Célie, y un tercero se extendió hacia Angélica. Todas sus heridas desaparecieron—. ¿Ves? —Angélica sonrió y se me quedó el aire un poco atascado en la garganta. Forcé una expresión hosca para compensar—. No te fatigues. —Miró otra vez al cuerpo exangüe de Constantin, sus ojos se demoraron en el agujero de su pecho, antes de tragar saliva con esfuerzo. El movimiento la hizo parecer casi humana—. Pero sí, Cosette. Lo quería del modo en que siempre queremos las cosas que no debemos. En exceso. Y me hizo daño del modo en que siempre lo hacen esas cosas. —Esa tristeza palpable volvió a arrasar su voz—. Siento que esté muerto.

Siento que esté muerto. Y así, sin más, se convirtió en algo extraño y desconocido otra vez.

Las manos de Coco se cerraron en torno al cuello de la camisa de Beau cuando sus ojos se abrieron con un aleteo de pestañas. Coco no le dio las gracias a su madre por

haberlo curado. No la culpaba. En lugar de eso, me acerqué a ella arrastrando a Reid conmigo y apoyé mi hombro contra el de Coco en señal de apoyo silencioso. Se inclinó hacia mí y soltó la camisa de Beau cuando él se sentó bien erguido.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Morg...? —Abrió los ojos como platos al ver a Angélica. En su defensa, solo parpadeó como un estúpido durante unos tres segundos antes de volverse hacia Coco. Después parpadeó unas cuantas veces más—. ¿Es tu...?

Coco asintió, con un gesto escueto. Cuando levantó su mano para cerrarla con fuerza en torno al medallón que llevaba al cuello, los ojos de Angélica siguieron el movimiento. Se quedó boquiabierta de la incredulidad.

—Llevas... mi medallón —dijo. Sonó como una pregunta.

—Yo... —Coco clavó la vista en el suelo con una determinación feroz—. Sí.

Una especie de fiero instinto protector brotó en mi pecho al ver su obvia incomodidad. Quizá debería estar enfadada con ella por no haberme contado nunca lo de su madre. ¿Cuántas veces habíamos hablado de Angélica? ¿Cuántas veces había elegido no contármelo? Una mentira por omisión seguía siendo una mentira. ¿No lo había aprendido yo por las malas?

Nicholina lo había llamado «traición». Tal vez debería estar molesta, pero no lo estaba. Todos teníamos nuestros secretos. Yo desde luego que había tenido unos cuantos. Lo que no entendía era por qué no había confiado en mí. *Sí* sabía que Coco tenía seis años la última vez que vio a su madre. También sabía que no necesitaba público para este reencuentro. Lo que *necesitaba* era tiempo para procesarlo, tiempo para decidir cómo quería que fuera su relación con Angélica. Para decidir si quería que esa relación existiera o no.

Resuelta, me decidí por un patrón para despertar a Reid. Le di un golpecito en la nariz, impaciente por distraer a los otros de esta situación tan dolorosa, incómoda y extraña. Una noche de mi propio sueño a cambio de la conciencia de Reid. Sencillo, pero eficaz. Nada demasiado dañino. Con Reid despierto, podríamos seguir nuestro camino. Podríamos reunir a nuestros aliados para marchar contra Château le Blanc o regresar a Cesarine o... bueno, no sabía exactamente qué, pero podríamos hacer *algo* más que solo mirar embobados.

Le di a Reid otro golpecito en la nariz y esperé a que se disipara el patrón que había conjurado. No se movió. Lo intenté de nuevo, apretando el puño esta vez. Lo único que conseguí fue que se encogiera y se retorciera en un patrón totalmente diferente. Y los otros patrones de mi red... también lo hicieron. Se convirtieron en una maraña imposible de un modo que no podía seguir ni entender, como si la magia en sí estuviese confundida.

Bajé la vista hacia él con el ceño fruncido.

¿Qué demonios *había hecho*?

Distraída por mis patrones absurdos, no vi ni oí a Angélica moverse detrás de mí. Su mano aterrizó sobre mi hombro.

—No se va a despertar —me dijo con suavidad—. No hasta que esté preparado.

Le lancé una mirada de irritación y encogí los hombros para quitarme su mano de encima.

—¿Qué significa eso?

—Su mente necesita tiempo para curarse. —Dejó caer la mano sin mostrarse insultada y entrelazó los dedos en una pose de una calma desquiciante—. Tiene suerte de estar vivo, Louise. Ese hechizo podría haberle causado daños irreparables a más cosas que solo su mente.

—¿*Qué* hechizo? —Cuando no contestó, mi ceño fruncido se intensificó en una verdadera mueca de indignación. Me levanté, mis mejillas estaban más calientes de lo habitual. Claud, Constantin, Angélica... ¿de qué *servían* la omnisciencia, la omnipotencia, si uno no las utilizaba? Sacudí la cabeza—. Si su mente ha resultado dañada, ¿por qué no puedes curarlo? ¡Has curado a todos los demás!

Angélica se limitó a sonreír otra vez; una sonrisa horrible, compasiva.

—Solo él puede curarse a sí mismo.

—Eso es una jodid...

—No te preocupes, Louise. —Un indicio de ese brillo antinatural regresó a sus ojos; di un paso atrás sin pretenderlo—. Sus lesiones no son fatales. Se despertará. De eso estoy segura. Su camino adelante, sin embargo, no puede verse todavía.

Las aguas ven cosas que nosotros no vemos, saben cosas que nosotros no sabemos. La advertencia de Constantin se repitió en mi mente. *Angélica era una vidente y su magia les daba forma.*

—Tu camino, por otra parte, está claro. —Hizo un gesto hacia la estrecha abertura entre las aguas. Conducía directo al corazón de L'Eau Mélancolique. A la luz plateada de la luna, la neblina de sus paredes líquidas centelleaba como chispitas de diamante. Angélica miró a Coco casi con expresión de disculpa—. Siento mucho, *fille*, que nuestro reencuentro esté lleno de tantas complicaciones. Cuando me invocaste...

—No sabía que te estaba invocando —intervino Coco. Angélica asintió, aunque algo parecido al dolor brilló en sus ojos.

—Por supuesto. Cuando llamaste a las *aguas*, lo oí. Percibí tu necesidad y... bueno, necesitaba responder a ella. —Su voz se suavizó mientras continuaba, aunque hablaba

con la misma certidumbre—. Hay muchas cosas que no entiendes, Cosette. Sé que estás enfadada conmigo, y deberías estarlo, pero no disponemos del lujo del tiempo para largas explicaciones y disculpas.

Coco se puso tensa ante esas palabras tan francas. Le di un apretoncito en el brazo. No obstante, Angélica tenía razón: este no era el momento ni el lugar para esa conversación. No con Morgane y Josephine rondando por aquí cerca; no con un cadáver a nuestros pies, atrapado entre colosales paredes de agua. Las miré con nerviosismo justo cuando una larga aleta plateada pasaba flotando por delante.

—Para hacerlo —continuó Angélica, llamando mi atención de nuevo—, debes comprender tres cosas. Primero: ya no estoy a salvo fuera de estas aguas. La benevolencia de Isla me protege y arriesgó mucho al dejarme venir aquí. Mi hermana vive con miedo a mi magia, con miedo a la propia Isla, pero si Josephine hubiese tratado de entrar en estas aguas, yo no habría sido capaz de impedirselo. Pues por mucho que esta magia sea tuya por nacimiento, también es suya debido a nuestro vínculo de sangre.

No nos dio otra oportunidad de interrumpir.

—Comprende esta segunda cosa: durante toda tu vida, Cosette, te he observado. —Un remolino blanco tiñó esos ojos azules y la carne de gallina erizó los pelos de mis brazos. También los de Coco—. Sé dónde has estado y a quién has amado. Sé que has recorrido el reino desde La Fôret des Yeux hasta Le Ventre y Fée Tombe, en busca de aliados contra Morgane. Has trabado amistad con la Bestia de Gévaudan y el Hombre Salvaje del Bosque. Has hechizado por igual a dragones, brujas y hombres lobo.

Por primera vez vaciló, el blanco de sus ojos brilló con más intensidad. Se volvió hacia mí.

—¿Todavía quieres derrotar a tu madre?

—Por supuesto que sí, pero ¿qué...?

—Isla sería una amiga poderosa.

Coco me agarró el brazo tan fuerte que casi pierdo la sensibilidad en él. Pero su voz no le falló.

—Sea lo que fuere lo que estés tratando de decir, *maman*... dilo.

—Muy bien. —Agitó la mano en dirección a las aguas una vez más, y unos zarcillos turbulentos salieron disparados, se entrelazaron en medio del aire para formar un entramado líquido. Se parecían mucho a las raíces de un árbol de cristal, claros, brillantes y relucientes. Se entretejieron debajo de Reid y levantaron su cuerpo para dejarlo suspendido a la altura de la cintura. Estiré el brazo libre para agarrar su mano. Cuando Angélica hizo un gesto para que avanzara por el camino, las aguas obedecieron. Se alejó de nosotras flotando y yo corrí para mantenerme a su altura y arrastré a Coco conmigo.

—¡Para! ¿Qué estás...?

Su madre habló con una voz tensa.

—Ojalá pudiera ofrecerte una elección, *fille*, pero en realidad, ya hiciste una. Cuando invocaste las aguas, les pediste un favor. Ahora debemos pedirte uno a ti.

Coco frenó en seco, incrédula.

—Pero no sabía que...

Las aguas empezaron a cerrarse a nuestra espalda, y bloquearon nuestro camino hacia la playa. Las observamos horrorizadas.

—Isla desea hablar contigo en Le Présage, Cosette. Contigo y con tus amigos. —La preciosa cara de Angélica se crispó de arrepentimiento—. Me temo que debéis venir todos conmigo.

CAPÍTULO 28

UN NIDO DE URRACA



Lou

Le Présage.

Había oído el nombre una vez, mencionado entre risas sin aliento ante el árbol de mayo. Otra brujilla había sugerido que lo buscáramos mientras girábamos y bailábamos en el sofocante calor de mitad de verano. Manon se había negado en redondo, y nos había repetido una historia que le había contado su madre sobre melusinas que ahogaban a brujillas ingenuas. En aquel momento, le habíamos creído todos. Las melusinas eran *famosas* por su sed de sangre, no cabía duda. Traicioneras y escalofriantes. El hombre del saco escondido debajo de nuestras camas; o en el patio de atrás, como era el caso en realidad. Algunos días había podido ver la niebla de su orilla por mi ventana al amanecer. No fue hasta jugar por primera vez con Coco que me di cuenta de que las melusinas no suponían ninguna amenaza real. Dominaban un mundo entero en lo bajo, un mundo aparte del resto de nosotros, más grande y más extraño que el nuestro. Tenían poco interés en los asuntos de las brujas.

Hasta ahora, según parecía.

Lancé miradas subrepticias a las aguas negras a medida que avanzábamos con paso cansino. Se cruzaban debajo de

Reid y tiraban de él hacia delante, mientras más agua inundaba el camino por detrás y nos forzaba a adentrarnos cada vez más profundo por el suelo marino. Dentro de las olas a ambos lados vi sombras que se movían, algunas pequeñas e inocuas y otras alarmantes en su tamaño y destreza. Beau parecía compartir mi inquietud. Casi me iba pisando los talones en su prisa por huir de los rostros serpentinos que presionaban a lo largo del trayecto.

—Mujeres pez, ¿eh? —me murmuró al oído.

—Las leyendas dicen que antaño podían moverse por tierra, pero jamás he visto algo así.

—No me gustan los peces —sentenció Beau, con un estremecimiento de todo el cuerpo.

Otra cara plateada destelló en las aguas y le sacó su lengua bífida al pasar.

Angélica miró hacia atrás mientras continuaba deslizándose hacia delante.

—Más allá de lo que hagáis, no las insultéis. Son de una vanidad increíble las melusinas, pero nunca sosas. Valoran la belleza casi tanto como la finura y la gentileza. Los buenos modales son de vital importancia para ellas, aunque tienen un temperamento agresivo cuando se las provoca.

Al ver la expresión alarmada de Beau, Coco añadió:

—Les encantan los halagos, así que no tendrás problemas.

—Halagos. —Beau asintió muy serio para sí mismo; se grabó esa información en la mente—. Vale.

—Entonces, ¿son muy hermosas? —preguntó Célie, sujetando su bolsa de cuero por encima del hombro con ambas manos. Tenía tierra reseca debajo de las uñas rotas y su pelo colgaba enmarañado de su moño. Su piel de porcelana estaba manchada de sangre y restos, al igual que el terciopelo de sus pantalones, antes rico y elegante. El

ribete de encaje de sus mangas ondeaba con suavidad tras ella al viento—. ¿Puesto que valoran la belleza?

—Lo son. —Angélica inclinó la cabeza con una sonrisa casi pícara—. Sin embargo no son humanas. No olvides nunca, niña, que las cosas bonitas pueden tener dientes. —Célie frunció el ceño ante las palabras, pero no dijo nada más. Angélica se volvió entonces hacia Coco, que la ignoró con mucho cuidado. La mujer estudió a su hija durante un buen rato, cavilando, antes de aclararse la garganta—. ¿Estás bien, Cosette? ¿Se han curado tus lesiones?

—Es Coco. —Con el ceño fruncido, contempló un pez precioso que pasó nadando a toda velocidad, sus aletas doradas ondeaban tras él—. Y he sobrevivido a cosas peores.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Ya sé lo que has preguntado.

Hubo unos instantes de incomodidad antes de que Angélica hablara de nuevo.

—¿Estás suficientemente abrigada?

—Estoy bien.

Otro momento incómodo.

—Debo decir que tu pelo está precioso —intentó de nuevo—. Es asombroso lo mucho que ha crecido.

—Parezco una rata ahogada.

—Tonterías. Jamás podrías parecerte a una rata.

—Aunque sí se te ve un poco pachucha —aportó Beau para hacerse útil—. Un poco floja.

Las dos lo miraron con frialdad, pero él se encogió de hombros sin parecer contrito en absoluto. Cuando apartaron la vista una vez más, le di un codazo en las costillas.

—Serás idiota —susurré entre dientes.

—¿Qué? —Se frotó el costado con cara de pena—. Es posible que sea la primera vez en la vida que han estado de acuerdo en algo. Estoy intentando ayudar.

Después de unos cuantos intentos poco inspirados de entablar conversación, que Coco cortó con una facilidad y una eficiencia que tuve que admirar, Angélica fue directa al grano.

—Tenemos una larga caminata por delante hasta Le Présage, hija. Me gustaría aprovecharla para conocerte un poco mejor, si tú quieres.

Coco soltó una risa burlona y le dio una patada a una roca cubierta de algas. Cayó al agua y salpicó los bajos de mi vestido ya harapientos.

—¿Por qué? Has dicho que me has estado observando. Ya deberías saberlo todo.

—Quizá, pero no conozco tus pensamientos. —Angélica ladeó la cabeza con los labios fruncidos, como si cavilara sobre algo—. No sé por qué llevas mi collar, por ejemplo —dijo después de unos segundos.

Sutil como un ladrillo.

—Me pregunto lo que se siente —caviló Coco con amargura, sin dejar de contemplar el pez dorado—. Al querer una explicación y no recibir una nunca. Sería una frustración horrible, ¿no crees?

Angélica no forzó ninguna otra conversación horripilantemente incómoda después de eso.

En cuanto a mí, intenté no pensar. Angélica había dicho que las lesiones de Reid no eran letales. Había dicho que se despertaría. E Isla... aunque sabía poco sobre la misteriosa mujer a la que llamaban «el Oráculo», era verdad que *sería* una aliada poderosa contra Morgane y Josephine. Con nuestros otros aliados ocupados, tenía sentido llegar a un acuerdo con Isla. Estaba claro que Josephine le temía.

No supe cuánto tiempo había pasado antes de que me empezaran a doler los talones. Podían haber sido momentos. Podían haber sido horas. En un segundo, la luna brillaba justo por encima de nuestras cabezas, perfilaba de

plata la silueta de Reid, y al siguiente, había descendido por debajo de la pared de agua y nos bañaba a todos en sombra. Solo entonces me fijé en el extraño brillo fosforescente que emanaba de las aguas.

—¿Qué es eso? —susurré.

—Un tipo especial de plancton —explicó Angélica, su voz igualmente suave—. Aunque aquí las llamamos «estrellas de mar». Iluminan las aguas alrededor de la ciudad.

El resplandor azulado se reflejaba en los ojos muy abiertos de Célie. Alargó la mano hacia la pared más cercana a nosotros, donde miles de motas de luz casi iridiscentes giraban juntas para formar una ola brillante y palpitante.

—Son como luciérnagas.

Angélica sonrió y asintió, levantando la barbilla para que miráramos más adelante por el camino. Lo que parecía una verja dorada lo cortaba en dos, colosal y elaborada, se expandía hacia las extensas llanuras de agua a ambos lados y subía hacia el cielo. De no ser por las algas que crecían por sus espirales y púas, podría haber sido la puerta al Paraíso.

Al otro lado, daba la impresión de que no había agua en absoluto.

—He aquí... Le Présage. —La sonrisa de Angélica se ensanchó cuando nos paramos todos al unísono—. Y ahí, en el centro, *Le Palais de Cristal*.

Todos estiramos el cuello para mirar el orbe de terreno seco y montañoso en el corazón de L'Eau Mélancolique. Se habían excavado cabañas en la roca a lo largo del perímetro de la ciudad, en la misma ladera de la montaña, mientras el suelo marino ascendía hasta un pico tumultuoso. En la cima de ese pico se alzaban torres de cristal marino, crueles y afiladas y preciosas, a partir de las ruinas de un enorme

barco hundido. Sus mástiles rotos y sus velas desgarradas relucían azules a la luz de las estrellas de mar.

—Es... ¿eso es tierra firme? —Beau pasó la mirada de Coco a mí una y otra vez en busca de una explicación, pero Coco no pareció darse cuenta; tenía la boca un poco entreabierta mientras levantaba la vista hacia la ciudad. Su mano libre había vuelto a subir para agarrar de nuevo el medallón.

—Yo... recuerdo este sitio —murmuró. Esos ojos oscuros buscaron los míos, rebosantes de repentina certidumbre. De esperanza. Con una sonrisa solté su brazo, y ella dio un torpe paso hacia delante—. He estado aquí antes. Le Présage. —Dijo las palabras como si las paladeara, y me devolvió la sonrisa. Su ira, su resentimiento, olvidados por el momento. La memoria era una cosa extraña y maravillosa—. La Ciudad Oráculo. *Le Palais de Cristal*.

Angélica seguía todos sus movimientos, bastante cerca como para tocarla pero sin atreverse a hacerlo todavía.

—Tú naciste ahí.

Coco giró en redondo para mirarla de frente, casi sin aliento en su anticipación, y la presa por fin reventó.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ser que naciera aquí si tú no puedes marcharte? ¿Mi padre es un tritón? ¿Mi padre es Constantin? ¿Por qué está la Ciudad Oráculo construida en tierra firme? ¿Cómo puede haber tierra firme en medio de las Aguas Melancólicas?

Angélica se rio ante el arrebató de Coco (era *verdad* que su risa sonaba a campanas) y nos invitó a avanzar hacia la puerta. Las estrellas de mar nos siguieron los pasos. Aunque no hablaban, aunque apenas podía verlas, parecían casi... *curiosas*. Como duendecillos.

—No es tierra firme y no siempre es tierra seca —aclaró—. Ya os lo dije: las melusinas son corteses hasta decir

basta. No querrían que sus invitados se sintiesen incómodos.

—¿Así que han drenado su ciudad entera? —preguntó Beau, incrédulo—. ¿Solo para que podamos respirar?

Angélica emanaba elegancia y gracia incluso al encogerse de hombros.

—¿Por qué no?

—¿Eso quiere decir que *pueden* caminar por la tierra? —pregunté, al tiempo que metía un dedo en las aguas por impulso. Las estrellas de mar se arremolinaron alrededor de mi nudillo e iluminaron la forma de mi hueso a través de la piel. Flexioné el dedo, fascinada, y observé cómo giraban y se amontonaban, desesperadas por tocarme. Dejaron una sensación fría y cosquillosa a su paso.

La sonrisa de Angélica se esfumó y me dio un manotazo para que sacara el dedo de ahí.

—Para. —Levantó mi dedo para ponerlo a la altura de mis ojos. Descubrí miles de diminutos pinchacitos rojo sangre. Marcas de dientes—. Te comerán si las dejas. —Retiré mi mano con un ruido enojado, me sequé la sangre en la camisola y miré furiosa a las pequeñas bestias carnívoras—. Y *no* estamos en tierra firme —continuó—. No os equivoquéis. Seguimos estando sobre el suelo marino, donde las melusinas tienen la capacidad de hacer que les crezcan piernas.

—¿Les crecen piernas? —La cara de Beau se retorció de asco al tiempo que un puñado de sombras humanoides nadaba hacia nosotros desde la puerta, sus colas metálicas centelleaban. Me acerqué más a Reid—. ¿Como ranas?

La expresión de Angélica se volvió pétrea a medida que los rostros de las melusinas cobraban forma a través de las aguas. Tres mujeres y dos hombres. Aunque sus cuerpos tenían diferente tamaño, desde anchos y bastos hasta finos y delicados, todos parecían algo más largos que los

humanos, como si les hubiesen estirado las piernas y los brazos, y todos se movían con una especie de gracia líquida. Sus colores variaban del plateado más pálido al ébano más oscuro, pero todos resplandecían un poco, monocromáticos y salpicados de escamas nacaradas. Sus dedos palmeados se cerraban en torno a lo que solo podía describirse como lanzas. Quizá tridentes.

Fuesen lo que fueren, relucían con un filo letal bajo la luz fosforescente, y yo no tenía ningún interés en estar en el extremo equivocado de ellas.

—Beau —murmuré. Sonreí de manera agradable a sus rostros hostiles mientras se aproximaban nadando. Más cerca—. Discúlpate, tonto del culo.

Retrocedió, chocó conmigo y casi me rompió el pie. Yo le di un pisotón sobre los dedos a cambio. Maldijo de manera sonora, con un gruñido.

—Es imposible que me hayan oído.

Coco habló sin borrar su propia sonrisa fija, imitó a Célie, que hizo una profunda genuflexión, y le dio un codazo a Beau cuando él no hizo lo mismo.

—Buena idea. Corramos el riesgo.

—Lo decía en serio.

Las melusinas no se pararon ante la pared de agua; en vez de eso, se deslizaron con fluidez a través de ella y pisaron, *pisaron* de verdad, el camino; sus colas bífidas se transformaron en piernas delante de nuestras narices. Las escamas de sus aletas desaparecieron y una piel centelleante se envolvió en torno a pies, tobillos, pantorrillas, muslos y...

Se produjo un momento de silencio mientras la alarma de Beau se desvaneció enseguida, sustituida por una amplia sonrisa comemierda.

Estaban desnudos.

Y, al contrario de la afirmación de Angélica, parecían *muy* humanos. Célie soltó una exclamación ahogada.

—*Bonjour, mademoiselle* —le dijo Beau a una de las de delante. Se inclinó para besar su mano de largos dedos. Vaciló solo un segundo cuando se percató de que tenía un nudillo de más por dedo. Cada uno cerrado en torno a su lanza, que apuntaba a la cara de Beau, bufando para revelar un par de finos colmillos.

—¿Cómo osas tocarme sin permiso?

El macho más cercano a ella levantó su tridente para dar más énfasis a sus palabras. A diferencia de la hembra, llevaba una gruesa cuerda dorada alrededor del cuello, con un colgante esmeralda del tamaño de un huevo de ganso. Unas esmeraldas a juego centelleaban en sus orejas afiladas.

—Además, nos ha comparado con anfibios. —Cuandoladeó la cabeza, el movimiento fue depredador. Sus ojos plateados refulgieron con una amenaza—. ¿Parecemos anfibios?

Angélica se apresuró a realizar una genuflexión profunda e inmaculada.

—No pretendía ofender, Aurélien.

—No quería ofender —corroboró Beau a toda prisa. Levantó las manos en ademán apaciguador y asintió para dar más énfasis.

La hembra entornó sus ojos negros en su dirección. Contra su estrecha cara gris y su largo, *larguísimo*, pelo plateado, parecían... desconcertantes. Y demasiado grandes. En verdad, todo su ser y las facciones de sus compañeros parecían desproporcionados por alguna razón. No era exactamente algo equivocado. Solo... extraño. Impactante. Como un retrato precioso cuyo cometido es ser estudiado, no admirado. No bajó su arma.

—Aun así, no he oído una disculpa. ¿Acaso el príncipe humano nos encuentra feos? ¿Nos encuentra extraños?

Sí.

La respuesta me vino a los labios sin buscarla, pero me mordí la lengua en el último segundo, en el que fruncí el ceño y aparté la mirada. Sin embargo, el movimiento atrajo la atención de la melusina, y esos ojos negros se volvieron hacia mí y se deslizaron por todos los planos de mi cara. Me estudiaba. Sonrió con una astucia oscura y se me cayó el alma a los pies al darme cuenta de lo que pensaba.

*Las mujeres que viven aquí son portadoras de la verdad.
Bebe de las aguas y revela su verdad.*

Oh, Dios.

Beau, que había reprimido su propia respuesta con un sonido estrangulado, me lanzó una mirada de pánico. Se la devolví con igual expresión. Si no podíamos mentir, si nos habían obligado a entrar en un reino de verdad *literal*...

Si no nos mataba él, seguro que lo haría yo.

Fuese como fuere, estaríamos todos muertos para el final de la noche.

Beau trató de hablar otra vez, con los ojos enfocados con cuidado en la cara de la melusina. Su cuello subió y bajó contra la punta de la lanza.

—Por supuesto que no parecéis ranas, *mademoiselle*, y siento muchísimo las implicaciones. En realidad, sois bastante... —La mentira se quedó atascada en su garganta y su boca se abrió y cerró, como las de los peces que se habían reunido para contemplar nuestra inevitable muerte —. Bastante...

—Preciosos —terminó Célie; su voz era decidida y firme —. Sois preciosos.

Las melusinas miraron a Célie con una curiosidad obvia, y la hembra de pelo plateado bajó su lanza despacio. Beau tragó saliva de manera visible cuando ella inclinó la cabeza.

Los otros hicieron lo mismo, algunos con profundas reverencias, otros con genuflexiones. El llamado Aurélien incluso le estrechó la mano, momento en el cual le plantó un pendiente de esmeralda en la palma.

—Eres bienvenida aquí, Célie Tremblay. —La melusina de pelo plateado torció el gesto cuando miró a Beau otra vez—. Más que tus compañeros.

Célie hizo otra genuflexión, más escueta esta vez.

—Me alegro mucho de conocerte, *mademoiselle*...

—Soy Elvire, la Mano del Oráculo. —La melusina sonrió en aprobación de los impecables modales de Célie, y otra de sus acompañantes pasó un collar de bonitas perlas blancas alrededor del cuello de Célie. Quedaban ridículas contra su vestido andrajoso, pero a Célie no pareció importarle.

—Gracias. —Levantó una mano sorprendida y las acarició con suavidad, antes de ponerse el solitario pendiente esmeralda en el lóbulo de una de sus orejas. Parecía una urraca—. Cuidaré cada una con sumo cuidado.

Beau la miró incrédulo.

—Te pegan. —Elvire asintió antes de hacer un gesto hacia sus compañeros—. Estamos aquí para acompañaros en la Ciudad Oráculo. Este es Aurélien —señaló hacia el enjoyado pero por lo demás desnudo tritón—, Olympienne —otra sirena, esta del más pálido de los lavandas con diamantes adornando sus dientes—, Leopoldine —una tercera, con finas cadenas doradas que centelleaban contra su torso negro como el carbón—, Lasimonne y Sabatay. —Terminó las presentaciones con dos tritones de piel de ónice. Uno ostentaba rubíes en los pezones, mientras que los ojos del otro relucían de un blanco lechoso. Tenía algas entretejidas en el pelo trenzado—. Estamos simplemente encantados de conoceros. Si fueses tan

amable de caminar a mi lado, *mademoiselle* Célie, apreciaría mucho tu compañía.

Cuando Célie asintió, Elvire extendió un brazo y entrelazaron sus codos, tan recatadas y educadas como dos aristócratas cualesquiera paseando por el parque de Cesarine. Sabatay les hizo un gesto a Angélica y a Coco para que la siguieran, mientras que Leopoldine y Lasimonne iban cada uno a un lado de Reid. Aurélien empezó a caminar detrás de todos ellos sin mirar atrás. Solo su tridente atestado de percebes apuntó en nuestra dirección y nos conminó a avanzar.

Y así fue como Beau y yo nos encontramos en la parte de atrás de la procesión al entrar en la ciudad.



Le Présage era distinto de cualquier cosa que hubiese visto en mi vida. Justo como había sospechado, las melusinas vivían como urracas: construían sus hogares a partir de los restos de barcos hundidos, con corales, con piedras, y arramblaban con tesoros hundidos para decorar sus ventanas y jardines. Un ajado busto de mármol estaba enterrado profundo en el cieno de un jardín lleno de algas al borde de la ciudad. El propietario había pegado diamantes a cada ojo. Más allá, unos oficiales hicieron pasar a las melusinas hacia un lado de una ajetreada vía pública. En lugar de con ladrillo o adoquines, la carretera había sido pavimentada con monedas de todo tipo: *couronnes* de oro, plata y bronce, así como monedas extranjeras que no reconocí. Alguna gema ocasional. Una caracola errante.

—¿Siempre está así de... lleno? —preguntó Beau, arqueando las cejas. Montones de melusinas se habían reunido para vernos pasar; sus ojos eran luminosos y su

piel, lustrosa. Muchos llevaban vestidos de una moda de hacía doscientos años, ostentosos y elaborados, mientras que otros, como nuestros guardias, no llevaban nada de nada. Un tritón con un collar de huesos y una capucha de perlas me guiñó un ojo desde la lejanía. Su compañera se había pintado todo el cuerpo de dorado y llevaba solo un tridente en su moño de intrincada trenza.

Al parecer, la única cosa que tenían en común todas las melusinas eran sus piernas.

—Hace muchos años que no hemos andado —comentó Aurélien a modo de explicación.

Desde la curva de la calle, un equipo de pulpos color siena apareció de pronto. Tiraban de un carruaje dorado, aunque su pintura se había desintegrado en el agua salada y la madera se había podrido en su gran mayoría, hundiendo medio tejado. Aun así, las melusinas más próximas a él aplaudieron con alegría y la pareja del interior (uno llevaba un monóculo, por el amor de Dios) saludó como si fuese de la realeza. A lo mejor lo era. Tal vez los reyes y reinas del mundo de debajo tuvieran pulpos y carruajes. Tal vez también cosieran dientes de tiburón en velos y llevaran cubiertos de oro en sus alas empolvadas.

La ciudad entera relucía con un aspecto de opulencia absurda venida a menos.

Me encantó.

—Quiero una peluca. —No tenía tiempo de verlo todo mientras caminábamos por delante de tiendas de piedra con maceteros de algas rojas. Un melusino paseaba a su mascota, una tortuga moteada, con una correa hecha con hilo de oro. Otra descansaba en una bañera con patas de animal en una esquina de la calle, echándose agua de una jarra por encima de las piernas, que recuperaron su forma de aletas de obsidiana delante de nuestras narices. Los comerciantes anunciaban a voz en grito todo tipo de

artículos, desde buñuelos de caracola y patas de cangrejo hasta cajas de música y pendientes de perlas y ostras. La luz de las estrellas de mar ondulaba de forma un poco escalofriante sobre cada cara; era la única iluminación de toda la ciudad.

—¿*Por qué* tienen pelucas las melusinas?

—¿Y vestidos? —preguntó Coco, mirando con disimulo a la pareja más cercana a nosotros. Los dos llevaban pesados velos de brocado de terciopelo y... corsés. Solo corsés. Sin corpiño. Sin camisolas—. ¿Cómo te los pones con aletas? ¿No te lastrarían las faldas en el agua?

—¿Puede ahogarse una melusina? —pregunté con curiosidad.

Olympienne ladeó su cabeza lavanda entre nosotras mientras pensaba. Frunció sus labios lavanda.

—No seas tonta. Por supuesto que no pueden ahogarse. Tenemos agallas. —Descubrió su cuello para revelar unas ranuras iridiscentes a los costados—. Y pulmones. —Respiró hondo—. Pero sí, por desgracia, semejantes atuendos pueden resultar bastante incómodos debajo del agua. Llevamos mucho tiempo esperando vuestra visita, justo por esta razón.

—¿Para ponerlos vestidos? —Beau frunció el ceño mientras un niño pasaba por delante ataviado con unos ajustados pantalones escarlatas y una amplia capa. Nos enseñó unos dientes afilados—. Habéis drenado la ciudad entera para llevar... vestidos.

—Drenamos la ciudad porque somos unos anfitriones corteses —dijo Lasimonne, su voz tenía una profundidad inesperada—. Que también llevemos nuestro tesoro es un plus que se agradece.

Llevar nuestro tesoro. Hum. Tenía sentido. ¿Dónde más podía una melusina atrapada debajo del agua encontrar ropa tan suntuosa aparte de en barcos hundidos? Tal vez los

aros con rubíes de los pezones de Lasimonne procedieran del barco al que nos estábamos acercando en este mismo momento, astillado al pie de *Le Palais de Cristal*.

—¿Cuánto tiempo se tarda en drenar una ciudad entera?
—Me asomé por una callejuela oscura que parecía caer en picado a un abismo en el que juraría haber visto parpadear un enorme ojo—. Y ¿qué hay ahí abajo?

—Un calamar gigante. No, no lo provoques. —Aurélien me devolvió a la carretera principal con la punta de su tridente.

—Isla previó vuestra llegada hace meses. —Sabatay echó su trenza por encima de un hombro esculpido y nos hizo un gesto para que siguiéramos avanzando. El palacio se alzaba ya justo delante de nosotros—. Desde el momento en que elegiste casarte con el cazador en lugar de huir o permitir que las autoridades te encerraran.

Beau se aclaró la garganta mientras echaba un vistazo a las aguas mucho más arriba. El reflejo de las estrellas de mar palpitaba tenue en sus ojos oscuros.

—Sin embargo, Constantin estaba bastante empeñado en que Célie y yo *no* entráramos en este lugar. De hecho, decía que los humanos que bebieran de las aguas se volverían locos.

Elvire giró la cabeza para mirarnos.

—Y ¿*bebisteis* de las aguas?

—Yo... —Beau frunció el ceño y miró a Célie—. ¿Lo hicimos?

—No lo sé. —Célie sacudió la cabeza, con el ceño fruncido—. Sí tuve un sueño bastante inquietante mientras estuve inconsciente, pero creí...

—Los sueños nunca son sueños, *mademoiselle* Célie —le dijo, con unas palmaditas comprensivas sobre el brazo—. Son nuestros más profundos deseos y nuestros más oscuros secretos hechos realidad, susurrados solo bajo el velo de la

noche. En ellos, somos libres de conocernos a nosotros mismos.

La piel de Beau lucía cetrina bajo esa luz fantasmal. Tragó saliva, visiblemente alterado.

—Yo no revelé ninguna verdad.

—¿Ah, no, *alteza*? —Elvire arqueó una ceja plateada en su dirección. Cuando Beau no contestó y se limitó a mirarla consternado, ella se rio bajito—. No temáis. No os volveréis locos por hacerlo. Habéis entrado en las aguas por invitación del Oráculo y ella protegerá vuestra mente durante toda vuestra estancia.

Fruncí el ceño aún más cuando nuevos guardias bajaron una pasarela podrida para que subiéramos al barco.

—La única entrada humana a Le Palais de Cristal — explicó Aurélien al tiempo que nos instaba a continuar. De un modo tentativo, seguimos a los otros por la madera blanda. Se combó bajo nuestro peso.

Una melusina regordeta nos esperaba arriba, con su pelo plateado recogido en un elaborado peinado y sus ojos grises empañados por la edad. Unas finas arrugas de expresión fruncían las comisuras de su boca.

—*Bonsoir* —nos saludó, con una profunda genuflexión, y su velo centelleó sobre la cubierta detrás de ella. No llevaba peinetas ni monóculo, y más bien parecía una perfecta aristócrata humana. Incluso el color y el corte de su vestido de seda en un tono berenjena, bordado con hilos de oro, hubiese estado muy a la moda en Cesarine—. Bienvenidos a *Le Palais de Cristal*. Soy Eglantine, la doncella principal del Oráculo y señora de este palacio. Os atenderé durante vuestra estancia en nuestro hogar.

Con la misma gracia impecable y la confianza innata de Angélica, se giró hacia las colosales puertas a nuestra izquierda. Por algún milagro, el agua no había erosionado la estructura del otro lado (¿las dependencias del capitán,

quizá?) como sí había hecho con gran parte del puesto de mando. Algunos de los tablones se habían astillado o podrido por completo, por lo que había agujeros a través de los cuales parpadeaba la luz de las velas desde más abajo. También música. Agucé el oído para captar fragmentos de la evocadora melodía, pero Aurélien volvió a instarme a avanzar. Cruzamos las puertas para desembocar en una grandiosa escalinata. Cubiertas con una alfombra mohosa e iluminadas por candelabros bañados en oro, las escaleras parecían descender a las entrañas del barco.

Miré de reojo las torres de cristal por encima de nuestras cabezas.

—¿No vamos hacia arriba?

—No se permite la entrada de invitados en las torres. — Aurélien me clavó el tridente con más insistencia ahora—. Solo el Oráculo y su corte viven ahí.

—¿Tú formas parte de su corte?

—Sí. —Hinchó su musculoso pecho, de un peculiar tono entre blanco y gris. Como niebla. Di unas palmaditas sobre su tridente.

—Por supuesto que sí.

Fascinada, a mi pesar, seguí a Beau escaleras abajo. En algún momento, las paredes habían estado empapeladas, pero el tiempo y el agua habían desintegrado todo excepto escasos jirones del dibujo a rayas. Nuestros pies chapoteaban suavemente sobre la alfombra.

—¿Cuándo conoceremos a Isla? —pregunté con una sonrisa, mientras Leopoldine deslizaba un largo dedo a través de la llama de una vela. Lo retiró al instante y examinó la quemadura con el ceño fruncido—. ¿Habrás comido?

Aunque los guardias se pusieron tensos, como insultados por la pregunta. Eglantine se rio entre dientes.

—Pues claro que habrá comida. Tanta como podríais comer. —Mi estómago ronroneó satisfecho—. Se ha preparado un banquete especial solo para vosotros. Después de que os aseéis, nos reuniremos con Isla para cenar.

—¿Solo ella? —preguntó Coco, los ojos entornados con suspicacia. Un brillo inteligente asomó a los ojos de Eglantine.

—Bueno, estaría siendo negligente si no mencionara cuán ansiosa está toda la corte por conoceros a todos. Sobre todo a ti, Cosette. —Le guiñó un ojo a Coco en ademán cómplice y decidí al instante que esa melusina me gustaba—. ¡Mira cuánto has crecido! Siempre fuiste preciosa, *chérie*, pero debo decir que tus pechos son un añadido exquisito.

Confirmado. Me gustaba mucho.

Coco enderezó los hombros, orgullosa, o desafiante, empujando dichos añadidos hacia delante y hacia el centro cuando los guardias se aprestaban a dejarnos. Elvire se volvió hacia Célie.

—¿Querías sentarte con nosotros en la fiesta de esta noche, *mademoiselle* Célie? Nos gustaría disfrutar de tu compañía.

Célie parpadeó una vez y miró los rostros esperanzados de todos ellos antes de sonreír de oreja a oreja.

—Me encantaría.

—Excelente. —Olympienne enseñó sus dientes diamantinos mientras Leopoldine soltaba una cadena de oro de entre sus pechos y la ajustaba ahora en torno a la cintura de Célie. Sabatay remetió una hebra de alga en su moño y Beau, Coco y yo... bueno, observamos cómo Célie se convertía en un nido de pájaro con una perplejidad mal disimulada—. Hasta luego, *mon trésor*.

Nos dejaron bajo la atenta mirada de Eglantine.

—Vuestras habitaciones están justo al otro lado del vestíbulo; una para cada uno, por supuesto. A menos que tú y el príncipe humano queráis compartirla, Cosette.

Beau esbozó una sonrisilla mientras una ráfaga de tensión recorría la columna de Coco.

—No será necesario —dijo, en tono neutro. Angélica se giró para ocultar su sonrisa detrás de la mano—. Gracias.

—Muy bien. Yo os voy a dejar aquí. —Eglantine se detuvo ante otra puerta medio podrida. Habían colgado una cortina burdeos en el umbral para separar la habitación del vestíbulo—. Toda esta ala es vuestra en exclusiva. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las otras puertas a lo largo del pasillo—. Tocad las campanas cuando hayáis terminado de asearos y vendré a recogeros. ¿Puedo traer alguna cosa más para haceros sentir más cómodos?

Con ciertas reticencias, Célie bajó la vista hacia sus pantalones andrajosos.

—¿Quizás un vestido de noche limpio?

—¡Oh! Qué tonta soy. —Eglantine apartó la cortina burdeos a un lado y señaló hacia el armario deslustrado que descansaba al lado de una hamaca de redes—. Cada habitación está provista de ropa de todas las formas y tamaños, seleccionada a mano por el Oráculo en persona. Consideradla vuestra.

CAPÍTULO 29

EL LAZO VERDE



Lou

Coco me siguió al interior de la habitación de la cortina mientras Beau y Célie se alejaban por el pasillo en busca de privacidad. Se veían volutas de vapor que emanaban de una bañera dorada en el rincón. A su lado estaba plegado lo que probablemente había sido un biombo de seda, solo que la tela se había descompuesto hacía mucho tiempo ya. A cambio, habían entretejido algas en los paneles.

Con un bostezo, Coco desató los lazos de su blusa antes de quitársela por encima de la cabeza. Aunque me coloqué al lado de Reid, no me molesté en tapar sus ojos. No había movido ni un músculo desde que entramos en Le Présage y si ni siquiera la vista de los exquisitos atributos de Coco podía tentarlo a despertar, quizá tuviésemos un problema más gordo de lo que yo pensaba.

Agarré un bol del tocador y lo llené con agua de la bañera.

Aunque, claro, este *era* Reid. Si abriera los ojos ahora mismo, se volvería a desmayar al instante.

Se iba a poner *bien*.

Coco miró el bol de reojo mientras se contoneaba para quitarse los pantalones y sacaba una bufanda del armario. La enroscó alrededor de su pelo.

—¿Lo vas a bañar?

—Nop. —Empujé su hombro con el mío, lo hice rodar sobre la hamaca y su cama mágica se reventó bajo nosotros, empapando la alfombra una vez más—. Todavía no, en cualquier caso. —Coco arqueó una ceja y se metió en la bañera. Pescó algo de sal marina del frasco de al lado y frotó la arenosa sustancia contra su piel. Cuando levanté la muñeca de Reid para sumergir su mano en el bol, Coco sacudió la cabeza y suspiró.

—Dime que no estás haciendo lo que creo que estás haciendo.

—Tu madre dijo que se despertaría —me excusé, con un encogimiento de hombros—. Solo lo estoy ayudando a que lo haga.

—Dijo que se despertaría *cuando estuviera listo*.

—¿Y? —Observé sus pantalones con atención, al tiempo que me instalaba en la hamaca a su lado, la espalda contra la pared húmeda. Mi *magia* no funcionaba, pero...—. Quizás esté listo.

Los labios de Coco se movieron de manera casi imperceptible cuando siguió la dirección de mi mirada. El pecho de Reid siguió subiendo y bajando de manera rítmica, pero no se movió.

—Quizá no lo esté —comentó.

—Bueno, lo sabremos en unos minutos, ¿no crees?

—Esperaba que estuvieras más preocupada al respecto.

—Me he pasado la vida entera preocupada, Coco. No ha cambiado nada.

Solo que sí lo había hecho. Le había hecho una promesa a Ansel, a mí misma, cuando lo dejé en aquellas aguas. No dejaría que el miedo me controlara ni un momento más. No. Ni siquiera un segundo más.

Los labios de Coco se fruncieron aún más mientras se restregaba la piel.

—Se va a poner furioso cuando despierte.

Cuando despierte. Arqueé una ceja maliciosa.

—Me atrevería a decir que se va a... ¿mear del cabreo?

Ahora soltó una carcajada de verdad y se inclinó por encima del borde de la bañera para ver mejor el proceso.

—Oh, Dios mío. Eso ha sido *terrible*.

—Ha sido brillante y lo sabes. —Absurdamente contenta conmigo misma, me puse de pie justo cuando un verdadero ejército de doncellas cruzaba la cortina. Cada una llevaba nuevas jarras de agua hirviendo.

—¿Ha terminado, *milady*? —le preguntó una a Coco. Cuando esta asintió, la doncella sujetó abierta una bata de seda, y Coco, después de lanzar una rápida mirada dubitativa en mi dirección, vaciló solo un instante antes de dejarse envolver en ella. Oculté una sonrisa detrás de mi mano. No podía hablar por Coco, pero a mí no me habían atendido así desde que dejé el Château a los dieciséis años. ¿La habría mimado a ella alguien alguna vez? Mi sonrisa se ensanchó cuando otra doncella le entregó unas botellas de aceites perfumados para su piel y su pelo. Las otras se afanaron en vaciar la bañera y rellenarla con agua limpia.

—De los géiseres de debajo del palacio —explicó una entre el vapor. Eligió un vestido para Coco y lo extendió sobre la elaborada, aunque mohosa, silla del rincón—. A menudo los visitamos para bañarnos nosotras mismas, pero esta es la primera vez que usamos sus aguas de este modo. ¿Cómo ha encontrado el baño? —le preguntó a Coco—. ¿Ha sido agradable?

—Mucho. —Despacio, Coco deslizó los dedos por el encaje de su vestido de noche—. Gracias.

—Muy bien —dijo la doncella con una sonrisa—. ¿Necesita algo más?

Coco se llevó una mano tentativa al estómago.

—De hecho, me encuentro un poco mareada.

—Encargaré un poco de té de jengibre. Recién cosechado de un barco en ruta hacia Amandine. Asentará su estómago.

Esperé hasta que se fueron antes de quitarme la camisola ensangrentada y sumergirme en la bañera. El agua casi me escaldó, pero me deleité en su calor; fue como una catarsis. Eché la cabeza atrás y me froté el cuero cabelludo para soltar la arena y la tierra que pudiera haber pegadas. No recordaba la última vez que había estado limpia de verdad.

Eché otro vistazo a Reid, que no se había hecho pis y tampoco se había despertado.

Coco retiró su mano del bol.

—Tenemos que ponernos creativas. Podrías...

Alguien llamó con suavidad contra el umbral de la puerta y las dos nos giramos.

—Soy yo —dijo Célie en voz baja—. ¿Puedo pasar?

Al oír su voz, tanto Coco como yo nos quedamos paralizadas e intercambiamos una mirada de pánico. No es que Célie *no nos gustara*. De hecho, habíamos arriesgado la vida y nuestra integridad física por salvarla, pero no habíamos... pasado tiempo con ella. En realidad, no. No habíamos creado ningún vínculo fuera de La Mascarade des Crânes. No éramos *amigas*.

Coco hizo un gesto hacia la cortina. *Adelante*, me dijo solo con los labios. *Contéstale*.

Agité una mano nerviosa por todo mi cuerpo desnudo.

Coco se encogió de hombros, las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba. ¿A quién le importa? *Estás tan caliente como...*

—¡Pasa! —llamé, y tiré sal marina mojada a la cara engreída de Coco. Aterrizó con un *sploch* y empapó su bata, justo cuando Célie asomaba la cabeza por la cortina—. Hola, Célie, ¿algo va mal?

Un bonito rubor rosa se extendió por sus mejillas al oír la pregunta. Ella también se había bañado y llevaba su propio vestido de noche, con volantes hasta la barbilla.

—No. —Apartó la cortina con cuidado y entró en la habitación sin mirarnos, concentrada en la ostentosa bandeja de cristal y oro que llevaba en las manos. Sobre ella había un juego de té un poco descascarillado—. Es solo que... os oí hablar. Tomad. —Empujó la bandeja hacia nosotras de sopetón—. Me crucé con una doncella en el pasillo. Decía que había molido jengibre para tu dolor de estómago y yo... me ofrecí a traértelo.

Coco desvió la mirada hacia mí, con la intención clara de que yo tomara la iniciativa. Fruncí el ceño en su dirección. Tenía sentido, por supuesto, ya que Célie no era la pegajosa examante de *Beau*, pero aun así... ¿cómo se reaccionaba en una situación como esta? Célie no tenía ningún sitio al que ir. No tenía amigos con los que hablar, y los horrores que había sufrido... Suspiré. La última vez que había hablado con ella, había odiado mi mismísimo nombre y me había acusado de robarle a Reid con magia. Esa misma noche, había corrido a mis brazos.

No. El recuerdo retorció el ya de por sí apretado nudo de mi estómago. A los brazos de Reid.

Había corrido a los brazos de *Reid*, no a los míos. Lo más seguro era que todavía me considerara una zorra. Había llegado a decirlo una vez, justo antes de besar a mi marido en el baile del Día de San Nicolás. El nudo de mi estómago se apretó aún más y el silencio se alargó mientras yo la miraba y ella miraba cualquier cosa menos a mí.

Vale. Me eché para delante en la bañera, odiando esa sensación tan incómoda entre nosotras. No había nada que hacer. Tendría que preguntárselo.

Coco suspiró con fuerza por la nariz antes de que pudiera hablar. Me lanzó una mirada de impaciencia.

—Gracias —empezó a decir, justo en el mismo momento en que yo decía:

—¿Todavía estás enamorada de Reid?

Sobresaltada, Célie por fin levantó la vista y el rubor de sus mejillas se extendió como una intensa llamarada al verme desnuda. Se tambaleó un paso hacia atrás y se le resbaló la bandeja. Aunque hizo lo posible por recuperar el equilibrio, una de sus manos revoloteó por los aires sin control hasta que encontró un apoyo contra Reid, contra su...

Oh, mierda.

Mis ojos se abrieron de par en par. Con un gritito, apartó la mano a toda prisa y la bandeja salió volando, la porcelana se hizo añicos contra la pared, regó las alfombras, mientras el té salpicaba en todas direcciones y chorreaba de su precioso vestido de noche. Se dejó caer de rodillas para intentar arreglar el desaguisado, pero fracasó en el intento.

—Yo... lo siento muchísimo. Qué torpe soy...

La culpabilidad levantó su fea cabeza como una zorra, y columpié las piernas por encima del borde de la bañera, buscando algo con qué cubrirme. Coco tiró una bata en mi dirección. Me apresuré a atarla mientras Célie seguía farfullando sobre la alfombra empapada, tratando en vano de recoger los trocitos de porcelana.

—No pretendía... oh, las doncellas se van a disgustar mucho. Y vuestros pobres estómagos...

Me arrodillé a su lado y le inmovilicé las manos antes de que se cortara. Sus ojos volaron hacia arriba y se cruzaron con los míos; los suyos, anegados de lágrimas.

—Nuestros estómagos estarán bien, Célie. —Con amabilidad, retiré los fragmentos de sus manos y los devolví al suelo—. Todos estaremos bien.

Célie no dijo nada durante un buen rato, se limitó a quedarse ahí mirándome. Yo le devolví la mirada con una

calma fingida y esperé, aunque ansiaba levantarme, buscar la comodidad y la familiaridad de la presencia de Coco en esta situación tan embarazosa. Célie no tenía una persona así para consolarla. Aquí no tenía a nadie con quien entablar una relación de semejante familiaridad. Y aunque no éramos amigas, tampoco éramos enemigas. Jamás lo habíamos sido.

Cuando habló otra vez, su voz fue un susurro. Apenas discernible.

—No. No estoy enamorada de él. Ya no. —Algo de la tensión abandonó mis hombros. Célie decía la verdad. De otro modo, las aguas no hubiesen permitido las palabras—. Y lo siento. —Su voz sonó aún más callada, pero no bajó la mirada. Sus mejillas brillaban teñidas de escarlata—. No eres una zorra.

Coco se agachó a nuestro lado, con una bata limpia en la mano. Soltó una risotada que rompió la inesperada sinceridad del momento.

—Oh, sí que lo es. Y yo también. No nos conoces lo suficiente —le pasó la bata y arqueó una ceja significativa—, aún.

Célie bajó la vista hacia sí misma, como si acabara de darse cuenta de que se había rociado con el té.

—Toma. —Coco se la puso en las manos antes de gesticular en dirección al biombo. Célie se sonrojó de nuevo y nos miró.

—Supongo que pensáis que soy una mojigata.

—¿Y? —Agité una mano por encima de la porcelana rota y el patrón dorado que conectaba cada trozo se disipó. Una sensación cortante alanceó mi pecho mientras los trozos volvían a entretorse. Levanté una mano para frotar ese punto, indecisa entre suspirar o hacer una mueca. Perdonar era algo doloroso de hacer. Un sacrificio en sí mismo—. No debería importarte lo que pensemos nosotras, Célie; ni

nadie más, dicho sea de paso. No tires por la borda tu poder de ese modo.

—Porque ¿a quién le importa si eres una mojigata? —Coco tiró de Célie con ambas manos para levantarla. Hizo un gesto hacia mí—. ¿A quién le importa si somos unas zorras? Son solo palabras.

—Y seguro que lo hacemos mal, de todas maneras. —Con un guiño, saqué un lazo de satén del armario y lo até alrededor de mi cuello antes de dejarme caer en la hamaca una vez más. Reid osciló a mi lado. Hice caso omiso del nudo de pánico en mi pecho. Todavía no había movido ni un músculo. En vez de eso, le di una patadita a su bota y seguí hablando—. Más nos vale hacer las cosas a nuestro modo. Ser una mojigata o ser una zorra son opciones mejores que ser lo que quieren que seamos.

Célie pestañeó entre nosotras, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieren que seamos? —preguntó en un susurro. Coco y yo intercambiamos una larga mirada sufrida antes de que Coco hablara.

—Suyas —se limitó a decir.

—Sé mojigata y enorgullécete de ello, Célie. —Me encogí de hombros y mi mano se cerró por instinto alrededor del tobillo de Reid—. Nosotras seremos zorrunas y felices. —Reid se despertaría pronto, seguro. Y si no, Isla, el Oráculo, la hermana de Claud, una *diosa*, nos ayudaría a arreglarlo todo. Solo teníamos que cenar con ella primero. Miré ceñuda el cepillo que reposaba sobre el tocador. Coco siguió la dirección de mi mirada y lo agarró antes de que yo pudiera fundir su mango dorado y convertirlo en un mero metal.

Plantó una mano en su cadera, con una sonrisa desafiante.

—Es la hora, Lou.

La fulminé con la mirada.

—Todo el mundo sabe que es malo cepillar el pelo mojado. El cabello es más débil. Podría romperse.

—¿Llamamos a una doncella, entonces, para que encienda un fuego? —Cuando no contesté, meneó el cepillo debajo de mi nariz—. Eso es lo que pensaba. *Arriba*.

Puse los ojos en blanco, me deslicé de la hamaca y fui hacia la silla mohosa. Estaba colocada delante de un espejo de tocador dorado y de cuerpo entero que se había enturbiado con los años. Unas serpientes también doradas se entrelazaban para formar el marco. Irritada, miré mi reflejo en él: mejillas demacradas, pecas marcadas, pelo largo y enredado. Todavía caía agua de las puntas, que empapaba la fina seda de mi bata. Sin embargo, no tenía frío; las melusinas habían conjurado algún tipo de magia para mantener el aire templado y agradable.

Antes de que Coco pudiese levantar el cepillo (sospechaba que disfrutaba en secreto de atormentarme), Célie se adelantó dubitativa y alargó la mano.

—¿Puedo?

—Emm... —Coco deslizó los ojos hacia los míos a través del espejo, vacilante. Cuando asentí una vez, en parte curiosa (sobre todo curiosa), le entregó el cepillo a Célie y dio un paso a un lado—. Las puntas se enredan —advirtió.

—Las mías también. —Célie sonrió.

—Puedo cepillarme el pelo yo sola, ¿sabes? —musité, pero no la detuve cuando levantó una pequeña sección y empezó a pasar el cepillo por las puntas. Aunque sujetaba el pelo con firmeza, se movía con una suavidad asombrosa.

—No me importa. —Con la paciencia de una santa, se dispuso a desenredar dos nudos apretados—. Durante un tiempo, Pip y yo nos cepillábamos el pelo una a la otra todas las noches. —Si notó que me había quedado quieta, no hizo ningún comentario—. Echaron a nuestra doncella cuando yo tenía diez años. Evangeline se llamaba. Yo no entendí dónde

había ido, pero Pippa... Pippa era bastante mayor para darse cuenta de lo que había sucedido. De niñas, a menudo nos colábamos en la caja fuerte de mi padre, ¿sabes? A Pippa le gustaba robar su libro de cuentas, sentarse en su escritorio y hacer sus sumas mientras fingía fumar sus puros, y yo jugaba con las joyas de nuestra madre. Pippa sabía que nuestros padres lo habían perdido todo en una mala inversión. Yo no supe nada hasta que todos los diamantes de *maman* desaparecieron.

Una vez desenredado el nudo, pasó a otra sección de pelo.

—*Père* nos dijo que no nos preocupásemos, por supuesto. Dijo que arreglaría las cosas. —Su sonrisa se torció en el reflejo plomizo del espejo—. E hizo justo eso, supongo. Despacio pero con paso firme, las joyas de *maman* regresaron, junto con todo tipo de objetos extraños e inusuales. Poco después, cambió la cerradura de su caja fuerte; una cerradura imposible que ni siquiera yo lograba abrir. No entonces, al menos.

—¿Evangeline volvió? —pregunté.

—No. —Sacudió la cabeza, apesadumbrada—. Después de aquello, Evangeline se negó a poner un solo pie en la casa. Decía que estábamos malditos. Otra doncella ocupó su lugar, pero Pip insistió en cepillarme el pelo de todos modos. Creo que quería distraerme. Los contactos de *père* siempre venían de noche.

—Suena como una hermana genial.

Su sonrisa se volvió cálida y genuina.

—Lo era.

Nos quedamos en silencio unos instantes, durante los cuales Célie siguió cepillando mi pelo con una precisión de experta, antes de que Coco me sorprendiera haciendo una pregunta.

—¿Y tu madre?

Célie habló sin dudar, con un tono desenfadado, como si Coco no le acabase de hacer una pregunta superpersonal, sino sobre el color del cielo.

—Mi madre lo intentaba. No tenía un gran instinto maternal, pero nos daba lo que podía: regalos, en su mayor parte, pero a veces se quedaba con nosotras en el saloncito mientras cosíamos o tocábamos el pianoforte. Nos leía cuentos. También podía ser severa, por supuesto, sobre todo después de la muerte de Pippa, pero... era su manera de expresar su amor.

Coco ya no fingía estar interesada en su reflejo.

—¿Crees que te echa de menos?

—Desde luego que eso espero. —Célie se encogió de hombros con delicadeza y dejó el cepillo sobre el tocador. Recolocó mi pelo ahora desenredado y suelto por mi espalda—. Pero volveré a verla pronto. ¿Quién sabe? Tal vez esté orgullosa de que haya ayudado a liberar al mundo de Morgane.

Coco y yo intercambiamos miradas en el espejo. La congoja en la suya brillaba con claridad.

Mi madre lo intentaba.

No debería haber sido un gran halago, pero lo era. La madre de Célie lo había intentado y, al hacerlo, le había dado más a su hija de lo que ninguna de nuestras madres nos había dado a nosotras. Sin pensarlo, mi mano fue hasta el lazo de satén que rodeaba mi cuello. Una marca del amor de mi madre.

—¿Por qué lo ocultas? —preguntó Célie de pronto. Levanté la vista para encontrarla mirándome, observando mi cicatriz. Incluso Coco pareció volver de sus pensamientos, sus ojos se enfocaron en el lazo esmeralda. Arqueó una ceja y Célie asintió en su dirección—. Coco enseña sus cicatrices.

—Las cicatrices de Coco no son bochornosas. —Ladeé la cabeza y miré su reflejo con los ojos entornados—. ¿Por qué no enseñas tú *tus* cicatrices, Célie?

—Yo no tengo cicatrices —se defendió, pero apartó la mirada.

—No todas las cicatrices son visibles.

—Estás evitando la pregunta.

—Igual que tú.

Con un suspiro, Coco se reunió con Célie detrás de mí y deslizó las manos por mi pelo. Cómoda y familiar. Se agachó, la mejilla pegada a la mía, y nuestros reflejos se encontraron una vez más.

—¿Cuántas veces te lo he dicho? Ninguna cicatriz es bochornosa. —Con una expresión de determinación en la boca tiró del extremo de mi lazo, que cayó de mi cuello para dejar a la vista mi cicatriz. Solo que ya no era mi cicatriz. Al menos, no era la cicatriz que siempre había conocido.

Con una exclamación ahogada, tracé las finas líneas con las yemas de mis dedos, seguí la elegante curva de las hojas, los delicados espirales de pétalos. Como un collar de pétalos, transformó la columna de mi cuello en algo único y precioso. Algo exquisito. Cuando tragué saliva, las hojas parecieron guiñarme el ojo a la luz de las velas.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Cuando nos enteramos de que estabas poseída. —Coco se enderezó y llevó una pequeña banqueta al lado de mi silla. Por el aspecto de su tela, la tapicería había sido de terciopelo, aunque el tono y el dibujo hacía mucho que se habían perdido. Ahora era solo gris, sus patas curvas tan podridas como el resto de este lugar. Coco le hizo un gesto a Célie para que se sentara; la chica parecía más pálida que antes, se retorció las manos con aprensión—. Cuando decidí tener esperanza a pesar de todo. Mis lágrimas la transformaron.

La esperanza no es la enfermedad. Es la cura.

A continuación, Coco deslizó las manos entre el pelo suelto de Célie, lo cual me sorprendió una vez más. Por la forma en que Célie se enderezó, la forma en que abrió los ojos de golpe, Coco también la había sorprendido a ella. Entrelazó los mechones negros en una única trenza por la espalda de Célie y ató el extremo con mi lazo, creando una lazada perfecta con el satén esmeralda.

—Las dos deberíais mostrar vuestras cicatrices — murmuró.

Célie tiró de la trenza sobre su hombro para mirarla, y jugueteó con las puntas del lazo en silencio, asombrada. Coco plantó la mejilla encima de mi cabeza y su aroma familiar (terroso pero dulce, como una taza de té recién hervida) me engulló.

—Significan que sobreviviste.

CAPÍTULO 30

EL ORÁCULO Y EL ERIZO DE MAR



Lou

Esa noche, vestida con un traje de gasa color caléndula adornado con rosas oscuras y centelleantes como la pólvora, seguí a Eglantine por un laberinto de pasadizos. Coco iba a mi lado. Su propio vestido de raso color marfil, de falda más estrecha que el mío, corpiño ceñido y delicadas filigranas bordadas en hilo de oro, arrastraba a nuestra espalda durante kilómetros. El vestido de una verdadera *princesse*. Célie avanzaba como flotando al otro lado de Coco, regia y elegante y completamente en su elemento. El suave rosa pétalo de su corpiño aportaba color a sus mejillas de porcelana, y las serpenteantes enredaderas de junípero que adornaban la falda resaltaban su figura esbelta.

Estábamos bastante impresionantes las tres. Más de una cabeza se giró cuando pasamos.

Incluso Beau nos miró dos veces cuando salió de su camarote. Sus ojos saltaron del tocado de perlas en el pelo de Coco al pendiente de esmeralda en la oreja de Célie, y luego al lazo a juego en su muñeca.

—Que el Señor nos ayude a todos. —Beau sacudió la cabeza y empezó a caminar detrás de nosotras, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones de

terciopelo. Silbó bajito—. Aunque el cielo jamás creó una imagen semejante.

—Lo sabemos. —Coco arqueó una ceja por encima del hombro; cada paso revelaba un poco de muslo suave a través de la ranura de su falda.

Como el resto del barco, el salón rezumaba extravagancia con sus paneles antaño dorados y sus centelleantes aunque rotas lámparas de araña. Sin embargo, a diferencia de nuestros camarotes, esta sala se alzaba muy por encima de nuestras cabezas; los techos pintados tenían una altura antinatural para una nave marina. El aire del lugar olía no a moho sino a magia: dulce, agradable y punzante. Una mesa de banquete dorada discurría por toda la longitud de la enorme sala, y encima de ella, platos y bandejas de una variedad extraña cubrían cada centímetro. En la puerta, una melusina con librea se inclinó en una profunda reverencia y por poco hizo caer su peluca.

—*Bonjour, mes demoiselles.* —Se enderezó con la fría altivez de un aristócrata. En una mejilla empolvada, había dibujado un diminuto corazón negro—. Por favor, permitan que las acompañe a sus asientos.

Eglantine nos guiñó un ojo antes de retirarse de la sala.

Seguimos al mayordomo en fila india hasta que llegamos a la cabecera de la mesa, donde un verdadero trono de caracolas marinas y perlas aguardaba vacío, junto con dos asientos a cada lado. El mayordomo sentó a Coco y a Célie juntas con una eficiencia de experto antes de volverse hacia mí. A Beau no le hizo ningún caso.

—El Oráculo se reunirá con nosotros en breve. Les pide amablemente que prueben la lechuga salada de mar. —Hizo una pausa para sorber por su larga nariz—. Es su favorita número uno.

—Recuerda —Célie hablaba en voz muy baja y mantuvo la expresión agradable cuando el mayordomo regresó a su puesto— estar atenta a tus modales. —Sonrió a los aristócratas sentados más allá en la mesa. Nos observaban sin disimulo; algunos le devolvieron la sonrisa, otros susurraban detrás de abanicos pintados—. No queríamos ofender a nuestros anfitriones.

Sin previo aviso, Elvire apareció detrás de su hombro. Ya no iba desnuda, sino que llevaba un vestido fabricado con viejas velas con un cinturón de cuerda, y una tiara de esmeraldas. Esta última iba a juego con el pendiente de Célie. Sospechaba que no era ninguna coincidencia. Elvire lo tocó con ademán reverente e inclinó la cabeza.

—*Bonjour, mademoiselle* Célie. Tu vestido es exquisito.

Detrás de ella, Leopoldine y Lasimonne se inclinaron hacia delante con un interés cómico en aferrarse a cada palabra de Célie. Sin preámbulo, las melusinas sentadas al lado de Célie se levantaron con educación y ofrecieron sus asientos a los guardias, que los aceptaron con la misma cortesía. Fue todo muy civilizado. Casi empalagoso.

—Debes probar el sargazo —insistió Lasimonne, al tiempo que servía varias cucharadas de esas hojas amarillentas en el plato de Célie y luego echaba salsa verde por encima de ellas—. Es el plato favorito del Oráculo.

Miré su plato con suspicacia, con la clara sensación de no haberme preparado para un examen en el colegio.

—Creía que la lechuga marina salada era su favorita.

Lasimonne me miró y parpadeó varias veces antes de volverse hacia Leopoldine, que asintió muy seria.

—Es verdad. Los sargazos eran su plato preferido *ayer*.

Oh, Dios.

—Madre mía. —Lasimonne se llevó una mano horrorizada al pecho antes de hacer una profunda reverencia sobre el plato de sargazo de Célie—. Mis disculpas, *mademoiselle*.

Por supuesto, debes probar más bien la lechuga marina salada. Por todos los cielos. El Oráculo no hubiese olvidado semejante falta de respeto.

Beau y yo intercambiamos miradas con los ojos muy abiertos.

Sin decir una palabra más, serví una montaña de lechuga marina salada primero en mi plato, luego en el de Beau.

—A la derecha del tenedor de la carne —musitó con discreción mientras yo estudiaba los cubiertos desparejados a cada lado de mi plato. Alanceé una hoja con el diminuto tenedor, pero antes de que pudiera llevármelo a la boca, Beau me detuvo con un escueto gesto negativo de la cabeza—. Córdala primero. ¿Te has criado en un establo?

El calor lamió mis mejillas mientras devolvía la hoja a mi plato y buscaba el cuchillo apropiado.

Elvire bebía sorbitos del líquido efervescente de su estrecha copa mientras Célie cortaba su propia lechuga en trozos ejemplares.

—Sí —dijo la primera—, el Oráculo ha desterrado a Guillaumette por la metedura de pata de la semana pasada.

—Una mujer insípida —comentó Leopoldine en tono confidencial—. Jamás tuve interés en ella.

Elvire clavó en ella una mirada fría y arqueó una ceja plateada.

—¿En serio? ¿No es la madrina de tu hija?

Leopoldine, incapaz de contestar, descubrió de pronto que tenía algo muy interesante que hacer con su bebida.

—¿Dónde está Angélica? —Me concentré en cortar mi lechuga marina en cuadrados perfectos, no fueran a ofenderse Elvire o Leopoldine o los pulpos en la calle, y decidieran darme como alimento el calamar gigante—. ¿Se reunirá con nosotros?

Lasimonne me miró como si yo fuese el calamar gigante.

—Por supuesto que sí. —Aunque estaba claro que le había molestado que hablara siquiera, no dudó en servirme una larga copa del líquido efervescente. Tan educado. Tan fascinante. Si volcara el plato en su regazo, ¿me daría las gracias?

—Es la máspreciada de las compañeras del Oráculo. Me atrevería a decir que va a llegar con Nuestra Señora en persona.

Me mordí la lengua antes de preguntar *cuándo* sería eso; luego la deslicé por encima de mis dientes para comprobar que no quedaban trocitos de lechuga marina; solo por si acaso. Al parecer, la tardanza no era una ofensa tan horrible como olvidar la comida favorita de Su Señoría. Así que opté por asentir y llevarme la copa a los labios. Luego me atraganté.

Era agua de mar.

Con una sonrisa forzada, Beau me dio unas palmaditas en la espalda mientras yo escupía, al tiempo que presionaba con su pie sobre el mío por debajo de la mesa.

—Ya está, ya está. —Me dio una servilleta doblada antes de dirigirse a los demás—. Por favor, perdonad a mi querida hermana. Debe de ser de arcada sensible.

Volví a resoplar, incapaz de evitarlo, y me quité el pie de Beau de encima de una patada.

En ese momento, otras dos melusinas con librea entraron en la sala de banquetes, cada una con una enorme caracola. Al unísono, las acercaron a los labios y soplaron. La llamada reverberó por la sala, hizo tintinear la porcelana y temblar los candelabros, y todas las melusinas que nos rodeaban se levantaron de un salto.

El Oráculo apareció un momento más tarde.

Me quedé pasmada. Solo podía mirarla.

Simplemente, era la mujer más bella que había visto en mi vida.

Su pelo rielaba y se ondulaba por encima de sus hombros mientras entraba flotando en la habitación. Concentró su etérea mirada plateada en nuestra dirección. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, no vi iris y esclerótica sino tranquila luz de luna en el mar, espuma sedosa a lo largo de la orilla. Vi olas crecientes y escamas centelleantes; criaturas primitivas de dientes y sombras que se despertaban con la oscuridad. Vi tempestades para destrozarse reinos, secretos revelados y secretos guardados. Secretos ahogados en profundidades sin límites.

Entonces me sonrió y un escalofrío bajó correteando por mi columna. En esa sonrisa, vi caos.

Un caos puro y sin adulterar.

Angélica caminaba detrás de ella, con la cabeza gacha y las manos cruzadas. Captó la mirada de Coco mientras se aproximaban, y le guiñó un ojo con disimulo antes de retomar su posición piadosa. El Oráculo me miraba solo a mí. Me erguí tan furtivamente como pude, muy consciente de la humedad de las palmas de mis manos, aunque no me acobardé. Claud se había descrito una vez como el Salvaje y, en su verdadera forma, le había creído. El Oráculo no necesitaba asumir su verdadera forma para que yo lo entendiera. Desde el brumoso color sin nombre de su pelo y su piel hasta el movimiento líquido de su cuerpo, ella *era* el mar. Y el mar ahogaba a aquellos que no sabían nadar.

—*Je vous voix*, Louise. —Para mi gran sorpresa, su voz llevaba un toque calmante y tranquilo, como unas aguas tranquilas al amanecer—. *Bienvenue* al Palacio de Cristal. Llevo mucho tiempo esperando tu llegada.

Hice una genuflexión junto con los demás.

—Estoy muy contenta de estar aquí. Gracias por interferir en la playa.

Sus ojos plateados, tan parecidos a los de Angélica y al mismo tiempo tan diferentes, centellearon divertidos.

—Ah. La playa. Hablaremos largo y tendido sobre esa feliz coincidencia más tarde. Primero, debemos cenar. —Asintió en dirección a otra melusina con librea, que se apresuró a sacar su silla. Su vestido, fabricado por entero a partir de largas y relucientes ristras de perlas, tintineó con suavidad cuando se sentó. El resto de la corte se sentó con ella. Cuando chasqueó los dedos, la aristócrata a la derecha de Coco se levantó de un salto sin decir ni una palabra y le cedió su asiento a Angélica—. Has probado la lechuga marina salada, ¿sí?

—Sí, mi señora. —Yo también volví a mi asiento y aproveché para secarme las palmas de las manos contra los muslos por debajo de la mesa—. Ha sido... —Las aguas me impedían mentir. Lo intenté de nuevo—. Una experiencia especial.

—Oh, vamos. —Su sonrisa se ensanchó y, sin pretenderlo, la imagen de un tiburón hambriento surgió en el ojo de mi mente. Agarré mi falda con los puños mientras me regañaba mentalmente—. No hay ninguna necesidad de utilizar lenguaje ingenioso entre amigos. ¿Qué te ha parecido, de verdad?

—Me alegro de haberla probado.

—Alegro. —Dijo la palabra despacio, con curiosidad—. Hay designaciones más feas, supongo. Yo me alegro de que la encontraras... ¿qué palabra ingeniosa has usado? —Se dio unos golpecitos en los labios—. *Especial*. Ahora —chasqueó los dedos de nuevo—, lleváosla toda. Su olor me cansa. —Los sirvientes se afanaron en retirar todos los platos de lechuga marina salada de la mesa—. *S'il vous plaît* —continuó antes de que hubieran terminado—, anhelo algo más sólido esta noche. Traed la *neige marine* para nuestros invitados *especiales*.

A lo mejor no era tan calmante, después de todo.

Las palmas de mis manos seguían sudando.

Nos quedamos sentados en un silencio claramente incómodo mientras pasaban más platos y bandejas por la mesa. Isla no parecía darse ni cuenta. Se limitó a seguir sonriendo mientras los sirvientes servían pequeñas cantidades de una sustancia gris y pegajosa en cada plato. Cuando se llevó un bocado a los labios, hizo una pausa y miró a su alrededor para asegurarse de que tenía la atención de todos los presentes. La tenía, por supuesto. Los rostros de todas las melusinas estaban vueltos hacia ella como si fuese el mismísimo sol. Agitó una mano elegante por el aire con una carcajada.

—Comed, *mes enfants*, sed felices.

Sus hijos obedecieron y los leves sonidos del tintineo de los cubiertos y las voces suaves enseguida llenaron el silencio. Elvire, Leopoldine y Lasimonne entablaron conversación de inmediato con Célie, y Angélica con una resignada Coco, lo cual nos dejaba a Beau y a mí para sufrir la mirada de Isla nosotros solos.

—Dime —empezó, con voz melosa, al tiempo que se inclinaba por delante de Beau para agarrar mi mano pegajosa. Beau se puso tenso, pero no se quejó—. ¿Cuáles fueron tus últimas palabras a Reid?

Sorprendida, levanté la vista de mi *neige marine*.

—¿Perdón?

—Las últimas palabras que le dijiste a tu amante. ¿Cuáles fueron?

—Yo... —Eché una miradita a Beau y fruncí el ceño—. No me acuerdo.

Su sonrisa se volvió claramente malvada.

—Inténtalo.

Cada vez más inquieta, me concentré en recordar. Solté un gran suspiro cuando los hilos de nuestra conversación volvieron a mí.

—Dije: «O mato a mi madre, o mi madre me mata a mí. Es la única manera».

Esa sonrisa. Esos ojos. No eran aguas tranquilas para nada, sino más bien la calma en el ojo de un huracán. Quizás el huracán en sí. Por alguna razón inexplicable, sabía que los cumplidos y los comentarios amables habían terminado. Soltó mi mano y regresó a su asiento. Se limpió la boca con una servilleta.

—¿Eso es así?

—No hubiese podido expresarlo de otro modo.

Beau plantó su pie sobre el mío otra vez.

—Y... ¿recuerdas las últimas palabras que te dijo él? —preguntó de manera taimada.

No tuve que hacer ningún esfuerzo por recordar esas palabras.

—Me prometió que me encontraría.

—¿Que te encontraría? —Cuando aleteó con las pestañas como si... como si me provocara, la inquietud puso de punta todos los pelos de mi nuca. Seguro que esta no era una conversación adecuada para la mesa. Acabábamos de conocernos y las melusinas valoraban la etiqueta. Mis sospechas solo se profundizaron cuando preguntó—: Duerme en las cubiertas inferiores, ¿verdad?

—Verdad. —Forcé mi voz a permanecer calmada y serena; agradable, incluso. Aun así, no pude evitar buscar en sus facciones algún resquicio de la calidez de su hermano. Su buen humor—. He intentado despertarlo pero no he conseguido nada. De hecho... —Me aclaré la garganta con tanta delicadeza como pude, antes de dejar toda cautela de lado—. Esperaba que pudieras... acelerar el proceso.

Un triunfo inexplicable destelló en esos ojos sin nombre.

—¿Oh? —Aunque su voz conservó la ligereza, el tono coloquial, sus palabras contradecían el tono—. ¿*Esperas* o

asumes?

Fruncí el ceño ante la palabra.

—Jamás *asumiría*...

—¿No? —Levantó una mano distraída y un sirviente se apresuró a llenar su copa—. ¿Mis espejos mienten, *l'oursin*? ¿No tramas en secreto una alianza?

—Yo... —Incrédula, mis ojos se cruzaron con los de Coco al otro lado de la mesa. Ella, sin embargo, no intervino. No se atrevió a interrumpir—. Yo no *tramo* nada, mi señora. Aunque me hubiese *gustado* asegurar vuestra amistad durante nuestra visita, no lo espero.

—¿Te *hubiese* gustado? ¿Significa eso que ya no deseas mi amistad?

—No, mi señora. Quiero decir, *sí*. Es solo... —abrí las manos con impotencia—, esto no parece estar yendo demasiado bien.

—¿Qué *esperas*, Louise, cuando tratas a dioses y diosas como tus asistentes personales? —Bebió un sorbito de su agua de mar, sin dejar de mirarme—. Para ser sincera, no puedo ni imaginar lo que mis hermanos ven en ti, ni por qué consienten tu arrogancia. Cuando envié a Angélica a buscarte, esperaba... algún tipo de grandeza, un magnetismo, quizá... pero ahora que te he conocido, veo que no posees ninguna de las dos cosas. Aurore ha dado su bendición a un erizo de mar.

La primera chispa de ira se prendió en mi pecho. ¿La bendición de Aurore? ¿Un erizo de mar?

—¿Por eso me has invitado aquí? ¿Para satisfacer tu curiosidad?

No contestó; en cambio, se volvió hacia Beau.

—¿Y tú qué, principito? ¿Crees que Louise es inteligente?

—S... —La respuesta se le atascó en la garganta y sus ojos volaron hacia los míos, asustado de pronto. Triste. Mi ira se avivó en respuesta. Beau no podía mentir, aquí no, no

atrapado en la red mágica de Isla; ni siquiera para proteger mis sentimientos. La idea dolía, pero no cortó tan profundo como para dejar cicatriz. Puede que yo no fuese de una *inteligencia extraordinaria*, pero tenía la inteligencia suficiente para saber que Isla quería hacerme daño. Quería sorprenderme y asombrarme. Lo único que no entendía era por qué.

—Eso pensaba. Dime entonces, principito, ¿es que la encuentras de una belleza extraordinaria?

Beau frunció el ceño, sus ojos todavía saltaban de una a otra. Los de Isla, sin embargo, seguían sin apartarse de los míos. Se clavaban en mí con una intensidad alarmante. Con una *claridad* alarmante. Beau tironeó del cuello de su camisa antes de musitar.

—Por supuesto que la encuentro guapa. Es mi... —su garganta se puso a funcionar de nuevo y no pudo formar las palabras—, es *como* mi hermana.

—Qué enternedor. Sin embargo, te he preguntado si crees que su belleza es *extraordinaria*. ¿Es Louise una de la más guapas que has conocido jamás? —Cuando Beau no contestó de inmediato, Isla ladeó la cabeza—. Así es. ¿Consideras entonces que tiene una valentía extraordinaria? —Una vez más, no respondió—. ¿No? ¿De una sinceridad extraordinaria, quizá? ¿De una justicia extraordinaria? — Beau siguió sin decir nada. Tragó saliva en torno a palabras que no podía pronunciar. Tenía la frente perlada de sudor por el esfuerzo. Su pie presionó contra el mío con fuerza suficiente como para romperme los huesos.

Empecé a oír un zumbido peculiar en mis oídos por la presión, y mi visión se concentró en la expresión de superioridad en el rostro de Isla. ¿Cómo se *atreveía* a tratarnos de ese modo? Éramos invitados en su reino. Ella nos había *invitado* a ir ahí, y ¿para qué? ¿Para atormentarnos? ¿Para pinchar y hurgar hasta que

perdiéramos los papeles? Una indignación casi infantil inundó todo mi organismo debido a la injusticia de la situación.

Se suponía que Isla debía ser una aliada.

—No... ¿por qué haces este tipo de preguntas? —
masculló Beau.

Isla hizo caso omiso de su lucha interna y continuó sin piedad.

—¿Es Louise una líder, Beauregard? ¿Una visionaria?

—Ella... no como tal...

—¿Te ha ofrecido riquezas a cambio de tu lealtad? ¿Te ha ofrecido magia?

Casi se atragantó con su respuesta.

—¿Es extraordinaria de *algún* modo?

—Ella... —Beau me miró, impotente, las mejillas cada vez más rojas. Desde el otro lado de la mesa, Célie nos lanzaba miradas disimuladas, todavía fingía escuchar a Elvire. Coco no fingía en absoluto. Miraba a Isla furiosa, con ojos que ardían de odio mientras el zumbido en mis oídos se hacía más y más grande.

—... es justo lo que me temía —terminó Isla por él—. Es ordinaria. Dolorosa e intolerablemente ordinaria, aunque inspira la lealtad y la devoción de mi hermana, mi hermano, *tú*. —Con una risa burlona, negó con la cabeza e hizo una seña para que sirvieran otro plato—. Una bendición malgastada.

—Yo no fui bendecida.

—Ni siquiera te das cuenta, ¿verdad? No debería sorprenderme. Aurore puede decir lo que quiera acerca de Morgane, pero al menos tu madre posee un mínimo de sensibilidad.

Mis dedos temblaron al oír la comparación. El insulto. Cerré los puños, miré el dulce frito en sartén sin verlo.

—¿Por qué nos hiciste venir?

Una vez más, ignoró mi pregunta. Volvió a estirarse por delante de Beau para agarrar el broche de diamante en mi pelo.

—Ayúdame a comprender, Louise. ¿Por qué te siguen allá donde vas? Solo te he visto fracasar. Observé tu asesinato, observé tu mentira, te observé hacer trampas... De hecho, como un erizo de mar, la única hazaña que has logrado en toda tu vida es sobrevivir. Al hacerlo, has hecho daño a todas las personas en esta amada familia tuya. Y aun así, todos se quedan a tu lado. ¿Por qué?

—Puede que sea mi extraordinario sentido del humor. — Las palabras cayeron pesadas de mis labios. Duras. El calor irradiaba ahora desde mi pecho y atravesaba mis extremidades; mi cuerpo entero temblaba. Empecé a ver blanco por la periferia de mi visión. *Ordinaria*. Isla lo había dicho como palabrota. Algo básico y basto, algo inferior.

—No. —Con un giro errático de su muñeca, mi broche de diamante cayó al suelo con un repicar metálico. Vagamente, me di cuenta de que la concurrencia se había quedado paralizada a nuestro alrededor. Todos los ojos habían girado en mi dirección—. No lo creo. Incluso con la bendición de Aurore, incluso con tus preciados aliados, no estás equipada para ganar esta guerra, Louise le Blanc. En pocas palabras, mi hermana eligió mal.

Ese calor siguió extendiéndose. Más caliente que la ira ya. Más caliente que la vergüenza. Beau frunció el ceño alarmado, observó mi mano cuando la estampé contra la mesa.

—Hablas de bendiciones —escupí, las palabras salieron a la luz a lo loco, asalvajadas—, pero ¿de qué sirven la *lealtad* y la *devoción* del Hombre Salvaje del Bosque y de la Triple Diosa? Mi madre, mi propia *madre*, la persona que más debería haberme querido en el mundo, ha intentado matarme tres veces. Asesinó a mi mejor amigo delante de

mis narices. Desde entonces he pasado días, quizá *semanas*, poseída por Nicholina. Esta misma noche, más temprano, casi me ahogó en estas malditas aguas, donde mi madre también intentó matarme. *Otra vez*. Ahora Reid duerme bajo un hechizo que no logro romper mientras tú me insultas delante de toda la corte. —Mi pecho subió y bajó—. Si esto es la *bendición* de una diosa, odiaría ver su maldición.

Isla se limitó a sonreír.

Con un único dedo, empujó en mi dirección el plato que había entre nosotros y todavía estaba tapado. Ese gesto tan casual solo me enrabetó aún más. Me levanté con brusquedad, dispuesta a marcharme de la sala, a agarrar el cuerpo de Reid y *marcharnos*, cuando mis ojos se posaron en la campana protectora plateada. Se posaron en mi reflejo.

Demasiado tarde, registré el acre olor de la magia.

Los ojos de Coco mostraban asombro, miedo, cuando ella también se levantó de la mesa.

—¿Lou?

Pero no reconocí mi reflejo. Unos ojos marrones y redondos me devolvían la mirada, y un pelo liso color trigo sustituía al mío. Mejillas rosadas reemplazaban a las pecas. Mi vestido colgaba de unos hombros diminutos, el exceso de tela se arremolinaba a mis pies. Mientras lo miraba, el calor en mi pecho se transformó poco a poco en algo distinto: algo inocente, joven, inquisitivo, *vivo*.

Sin darme ni cuenta, me había transformado en la Doncella.

Cuando Isla se levantó para venir hacia mí, toda su corte se levantó con ella. Deslizó un dedo casual por mi cuello. Sin cicatrices ahora.

—¿Qué decías?

Tragué saliva contra su uña, con fuerza, y me negué a mirar a nadie. Sobre todo a mi reflejo.

—¿Cómo... cómo es posible?

—Claud advirtió a Morgane. Le dijo lo que ocurriría si seguía desafiándonos. Morgane organizó tu posesión de todos modos.

—Pero eso —Beau empujó su plato hacia atrás con expresión embotada—, eso significa...

—Sí, principito. —Isla se puso detrás de mí. Abrió mi pelo en abanico sobre mis hombros—. El erizo de mar se ha convertido en *La Dame des Sorcières*. Una pena, si me lo preguntas a mí, pero he de reconocer que es útil.

—¿Lo sabe Morgane? —preguntó Coco con brusquedad.

En respuesta, Angélica se puso tensa, sus ojos empezaron a girar hasta que ya no veían la habitación sino algo distinto. Un *sitio* distinto.

—Sí. —Regresó con nosotros después de un momento—. No está contenta —dijo, sacudiendo la cabeza y haciendo una mueca.

Hablé entre mis labios entumecidos.

—¿Por qué nos has traído aquí?

Sus manos se apretaron contra mi cuello y por fin, *por fin*, contestó:

—Mi querida Angélica cree que deberíamos aliarnos contigo en esta tediosa lucha contra Morgane. —Noté que se encogía de hombros. Como si estuviésemos hablando del tiempo y no de mi propia vida—. Debo confesar que no tengo mayor interés en ello. Ni la muerte de tu madre ni la tuya nos afectarán aquí.

Se puso a mi lado entonces, y me tendió la mano. No tuve otra opción que aceptarla. Entrelazando mi brazo con el suyo, me condujo por toda la sala mientras los otros nos seguían con la mirada. Nadie se atrevió a retomar la cena.

—Sin embargo, no soy tonta.

No la corregí.

—Tú supones una oportunidad única para mí y para mi gente; y sobre todo para Angélica. La quiero mucho, ¿sabes? —añadió. La mujer en cuestión mantuvo la cabeza gacha y las manos cruzadas, como hacían todas las melusinas—. Hace veinte años, robaron un anillo suyo mientras ella se entretenía fuera del agua y creaba a tu preciosa amiga. —Isla hizo un gesto vago en dirección a Coco—. Has oído hablar de este anillo. Lo has llamado por su nombre. —Estiró un brazo por delante de mí y levantó mi mano derecha para acariciar mi dedo anular vacío—. Incluso has utilizado su magia. No obstante, no lo conoces como nosotros. No es un simple anillo de inmunidad e invisibilidad, como creen los tontos de tus congéneres. Y lo que es más importante, no les pertenece. No os pertenece a *ninguno* de vosotros. Es el anillo de Angélica, es su mismísimo poder. Y lo queremos de vuelta.

Vindicada, casi me eché a reír al darme cuenta de lo que decía. De la dura y deliciosa realidad. A pesar de toda su extraordinaria inteligencia, belleza y valentía, ahí estaba... necesitada de mí. Un erizo de mar.

—Si sabes que lo he usado, también sabes que ya no lo tengo. Lo tiene mi madre y lo guarda bajo llave en Château le Blanc.

—Precisamente.

—No estoy entendiendo del todo lo que insinúas. Un cerebro ordinario, ya sabes. Si ese anillo es tan importante, seguro que puedes recuperarlo tú misma.

Cuando me hizo girar con brusquedad para mirarla, su sonrisa lucía dura y brillante, y sus uñas se clavaron en mi antebrazo hasta doler, más largas y afiladas que antes. Llevó un dedo a mis labios cuando intenté protestar, y noté enseguida el sabor metálico de la sangre. *Mi* sangre.

—Ah, ah, ah. —Sus ojos bajaron hacia mis labios, a sus dedos, antes de volver a los míos—. No me faltes al respeto o jamás oirás mi proposición. —La miré furiosa, en medio de un silencio soliviantado. Isla arqueó una ceja demoníaca—. No puedo recuperar el anillo en persona porque no puedo intervenir directamente. Mis melusinas no pueden hacerlo por mí porque, sin él, no pueden abandonar las aguas. ¿Lo entiendes ahora, *mon pouffiassse*? Es, como tú dices, un acuerdo mutuamente beneficioso.

Sus palabras resonaron en mis oídos mientras el resto de sus dedos se cerraban en torno a mi cara, apretándome las mejillas con la fuerza suficiente para dejar magullones.

—Mañana, volverás a la superficie y le robarás el anillo de Angélica a tu madre. Entonces, y *solo* entonces, se unirá mi gente a ti contra ella.

CAPÍTULO 31

EL TONO DE AZUL MÁS BONITO



Lou

Apenas una hora más tarde, en cubierta, Angélica se llevó a Coco a un lado mientras Aurélien, Olympienne y Sabatay revoloteaban en torno a Célie, en una despedida lacrimógena. Literalmente. Auténticas *lágrimas* resbalaban por las mejillas lavanda de Olympienne. Con una risa burlona, Beau ajustó bien su mochila y empezó a bajar por la pasarela. A medio camino del suelo marino, se giró para hacerme un gesto con la barbilla.

—Venga.

Eché mi propia mochila sobre mi hombro. Después de la cena, Isla no había perdido ni un momento en expulsarnos de su reino. Puede que fuese la criatura más engreída del mundo, pero al menos *sí* nos había proporcionado víveres y material para el camino que teníamos por delante. Eso incluía ropa limpia, sensata esta vez, y también caliente. También me había amarrado una vaina nueva al muslo, solo por si acaso.

Reid iba flotando detrás de nosotros, aún comatoso, mientras Elvire y Leopoldine nos acompañaban fuera de la ciudad. A cada paso, la inquietud que había estado evitando se fue haciendo imposible de ignorar. Me ponía de los

nervios y palpitaba de un modo doloroso en mi sien derecha.

A pesar de mis súplicas, Isla no lo había despertado. Había insistido en que ella no podía intervenir. Yo había insistido en que no podíamos robar Château le Blanc arrastrando a un hombre *inconsciente* de metro noventa de altura y noventa kilos.

La verdad era que esperaba que ya se hubiese despertado. Llevaba horas inconsciente.

No te preocupes, Louise. Sus lesiones no son fatales. Se despertará, de eso estoy segura.

Mi cabeza siguió palpitando.

Los otros caminaron hacia las puertas en silencio, ajenos al parecer a nuestro importante problema. Excepto Beau, que lanzó más de una mirada ansiosa hacia mí.

Supuse que esperaba que me transformara en la Doncella en cualquier momento. Yo también lo esperaba en parte. Incluso ahora, no estaba segura de cómo lo había hecho, pero tuve cuidado de no pensar demasiado tiempo ni con demasiado ahínco en ese escalofrío en mi piel, esa embriagadora sensación de abandono salvaje. Por curioso que pudiera parecer, me recordaba a... tejados. Si cerraba los ojos, casi podía *sentir* el viento enredando mi pelo, mis brazos abiertos a los lados, mientras me impulsaba hacia arriba, hacia delante, desde las tejas al aire vacío. Durante esos maravillosos segundos, la euforia se instalaba en mi estómago. Esos maravillosos segundos en los que podría haber volado.

Cuando mis manos empezaron a ondular, mis ojos se abrieron de golpe.

Beau me miraba.

—¿Qué pasa? —pregunté, mi tono fue cortante—. Escúpelo.

—¿Estás bien? ¿Tienes algún problema? ¿Con... —señaló mis manos con su barbilla—... eso?

Lo miré con suspicacia.

—¿Lo tienes *tú*?

Echó la cabeza atrás y lo pensó un poco, antes de que una sonrisa feroz se desplegara por su cara.

—Creo que es la jodida cosa más impresionante que he visto en la vida. Eres una... Lou, ahora eres una *diosa*.

—Diosa Divina. —Imité su sonrisa con una propia, a pesar de que las palabras de Isla resonaban con fuerza y verdaderas en mis oídos: *Mi hermana eligió mal*—. Reina de los erizos de mar.

Al cabo de unos instantes, la sonrisa de Beau se difuminó; miraba con determinación la parte de atrás de la cabeza de Elvire.

—En cuanto a eso. Yo... quería disculparme. —Se aclaró la garganta—. Por lo de antes.

—Ah. —Solté el aire con una leve carcajada—. No hay ninguna necesidad.

—Sí que la hay.

—Dijiste la verdad.

—*No era la verdad.* —Sacudió la cabeza con nerviosismo—. Eso es lo que intento decirte. Isla... ella retorció mis palabras. —Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo, tras bajar la voz para que los demás no pudieran oírlo—. *Sí te encuentro extraordinaria. Quizá no de una valentía o una justicia o una sinceridad extraordinarias, pero extraordinaria de todos modos.* —Cuando puse los ojos en blanco, educadamente escéptica, Beau se ubicó delante de mí y me obligó a pararme—. *¿Quién más habría aceptado al hijo mimado de un rey? ¿A la aristócrata descarriada? ¿Al cazador sacrílego? A ojos del reino, no somos nada.* —Su voz bajó aún más—. *Nos has dado a todos un lugar, un propósito, cuando no teníamos ninguno. Tú eres la razón de*

que estemos aquí, Lou. Y me importa un bledo la verdad de las aguas, sí eres mi hermana. No lo olvides nunca.

Aceleró para caminar al lado de Coco y de Célie sin darme tiempo a responder. Seguramente haya sido mejor así.

La emoción que invadía mi garganta me impedía hablar.



Cuando por fin llegamos a las orillas de L'Eau Mélancolique, el agua que sujetaba a Reid saltó por los aires cuando los últimos restos de la magia de Angélica se desvanecieron. Reid se desplomó sobre la arena y yo me dejé caer de rodillas a su lado al instante.

—Mierda. —Comprobé su pulso de nuevo, abrí sus párpados para evaluar sus pupilas. Todo parecía estar sano.

Solté el aire con brusquedad y le clavé un dedo en las costillas. Nada. Le di un golpecito en la nariz. Nada otra vez. Soplé en su cara, en sus ojos, desaté una de sus botas para hacerle cosquillas en el pie, incluso le di una bofetada seca en la mejilla. Nada, nada, *nada*. Se me comprimió el pecho de la frustración mientras lo arrastraba hasta el borde del agua. Cuando salpicarle la cara no dio ningún resultado, solté todas las palabrotas de mi repertorio y me preparé para sumergir su cabeza, todo su *cuerpo*, si fuese necesario, pero Beau me lo impidió con una mano impaciente.

—No creo que ahogarlo sea una opción.

—Conmigo funcionó...

—Has probado con magia, supongo. —Sus ojos se dirigieron, furtivos, hacia el camino y hasta las montañas. No podía culparlo. Morgane y Josephine podrían haber estado observándonos en ese mismo momento. Aun así... por mucho que Isla había insistido en que no se implicaría,

dudaba de que fuese a perdonar un ataque sobre su gente tan deprisa. Constantin había estado bajo su protección. Haría falta una bruja muy valiente, o quizás una muy estúpida, para llegar a estas orillas sin invitación otra vez. Morgane y Josephine no eran valientes ni estúpidas.

Aquí estábamos a salvo. Por ahora.

—Los patrones están hechos un nudo. —Después de su confesión, me resistí al impulso de replicarle a Beau con algo cortante. Debió de ser difícil admitir esas cosas en voz alta, y yo las aprecié—. No logro hacer nada útil ni encontrarles un sentido.

Coco se acercó dubitativa.

—Podría sacarle algo de sangre.

Mi mente huyó de la idea de inmediato. La última vez que Coco había sacado sangre, había predicho la muerte de Ansel y yo ya estaba harta de malinterpretar el futuro.

—Angélica dijo... —empezó Célie, pero yo la interrumpí con impaciencia.

—No tenemos tiempo para consejos crípticos. Reid tiene que despertarse *ya*. —Célie se agachó a mi lado en respuesta, me puso una mano reconfortante en la espalda, y me sentí como la mayor imbécil del mundo—. Perdona —murmuré—. Es solo que no sé qué hacer. Si no lo despertamos, no podremos robar el anillo de Angélica, y si no lo robamos, no podremos contar con que las melusinas se unan a nosotros contra Morgane. Sin las melusinas...

—Lo comprendo. —Su mano dibujaba círculos consoladores—. Al menos Reid está bien. Lo está. Míralo. —Me obligué a abrir los ojos y lo observé respirar, cada vez que su pecho subía y bajaba era un pequeño consuelo. Célie sonrió—. En realidad, podría estar solo dormido. Un sueño encantado, quizá, pero...

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? —Me enderecé de golpe—. ¿Qué pasa, Célie?

—Uno de los cuentos que solía leerme mi madre —dijo sin aliento al tiempo que daba unas palmaditas—. Era sobre una princesa condenada a un sueño eterno. La única manera de romper el hechizo era con un beso de amor verdadero.

Coco soltó una risa burlona y se tiró sobre la arena.

—Eso es un cuento de hadas, Célie. No es real.

—Acabamos de bañarnos, de cenar y de conversar bajo el agua en el palacio real de las melusinas, donde los pulpos eran paseados con correa y la Diosa del Mar nos ha servido *lechuga marina* salada. —Las mejillas de Célie ardían de un rosa intenso—. Nada de esto debería ser real.

—Ahí tiene razón —comentó Beau, con una ceja arqueada.

—Perfecto. —Con un suspiro cansado, Coco se dejó caer de espaldas y cruzó las manos sobre su pecho—. Bésalo. Bésalo a fondo. Solo hazlo de prisa. Y cuando eso, inevitablemente, falle, le pincharé el dedo y podremos hacer progresos de verdad.

Miré sus caras expectantes y me sentí completamente ridícula. *Un beso de amor verdadero*. Al parecer, Célie había confundido esta pesadilla con un romance apasionado con el caballero blanco que entra a la carga para salvar a su hermosa doncella. Miré ceñuda los labios de Reid. Para ser sincera, *sí* había empezado de ese modo: «Erase una vez». Reid había cruzado el reino entero para salvarme del altar de los sacrificios de Morgane. Tal vez pudiésemos intercambiar papeles ahora que era él quien necesitaba ayuda. Y además, ¿qué daño podía hacer un beso?

Solté el aire con fuerza por la nariz, le agarré los hombros y me incliné sobre él.

Allá va.

Mis labios rozaron los suyos en una suave caricia. Los abrí despacio y toqué su lengua con la mía. Solo un

segundo. Una sola respiración. Cerré los ojos ante la simple alegría de ello, de besar a Reid. Dios, cómo lo echaba de menos. Durante demasiado tiempo, nuestras vidas habían estado enredadas pero separadas, intrínsecamente unidas pero para siempre alejadas. Era mi culpa. También era la suya.

Pero sobre todo, era culpa de Morgane.

No despertó.

Suspiré, derrotada, y apoyé la cabeza sobre su pecho. Escuché su corazón. ¿Cuántas veces había estado tumbada en esta posición exacta, contando cada latido? En esas ocasiones Reid solía acariciar mi pelo, y deslizaba un dedo por mi columna, incluso cuando las cosas estaban tensas entre nosotros. Cuando las cosas estaban bien, sin embargo, envolvía sus fuertes brazos a mi alrededor y...

Una mano pesada cayó sobre mi espalda.

Abrí los ojos de golpe.

Detrás de mí, Célie soltó una exclamación ahogada. Coco también. Incluso *Beau* exclamó. Me apresuré a apoyarme sobre los codos y bajé la vista hacia el rostro de Reid, alucinada. Él me miró y parpadeó, y esos ojos... eran del más precioso tono de azul. Una risa atolondrada burbujeó por mi garganta al verlo fruncir el ceño.

—La bella durmiente ha despertado.

Sus manos aterrizaron con suavidad sobre mi cintura.

—¿Perdona?

Deslicé la yema de un dedo por sus oscuras pestañas y me incliné para besarlo otra vez. Él se echó atrás antes de que pudiera hacerlo.

—Has dormido durante un tiempo, Chass. Estábamos preocupados de que no fueras a despertar. —Me reí entre dientes y froté mi nariz contra la suya. Frunció el ceño—. No te vas a *creer* dónde hemos estado. —Ni siquiera paré para que lo adivinara—. Fuimos bajo el agua, Reid. Al suelo

marino de L'Eau Mélancolique. Tú también estabas, por supuesto, solo que inconsciente. —Mis pensamientos daban vueltas en un remolino incoherente de emoción. ¿Por dónde empezar? Habían pasado tantas cosas en un periodo de tiempo tan corto—. Caminamos con melusinas en Le Présage; ¿sabías que pueden hacer que les crezcan piernas? Y cenamos con el Oráculo en Le Palais de Cristal. El Oráculo es la hermana de Claud, ¿recuerdas? Conocimos a Isla, y ha resultado ser la mayor *zorra*...

Reid se puso tenso de repente y frunció tanto el ceño que se convirtió en una mueca horrible.

—Mis disculpas, *mademoiselle*, pero creo que ha habido un malentendido. Por favor —me levantó de su regazo para depositarme con firmeza en la arena a su lado—, permita que me presente. Soy el capitán Reid Diggory. —Se aclaró la garganta de manera significativa—. Agradecería que, en el futuro, se abstuviera de utilizar un lenguaje tan soez en mi presencia.

Solté un bufido de incredulidad.

—Vaya cara más dura viniendo *de ti, monsieur* Joder. — Sus ojos se abrieron de manera cómica al oír la palabrota y yo solté una carcajada. Él no—. Perfecto —dije, aún con sensación de ingravidez por la felicidad. Que se mostrase tan picajoso no iba a estropearlo. Estaba despierto, yo estaba despierta, y estábamos juntos. Por fin—. Te seguiré el juego... sea cual fuere. ¿Algún tipo de preliminares, quizá?

Me puse de pie y le ofrecí una mano. Él la miró como si pudiera morderlo. Me encogí de hombros y opté por sacudir el asiento de mis pantalones. Si sus ojos habían estado abiertos antes, ahora casi se salían de sus órbitas.

—*Bonsoir*, capitán Diggory. —Con otra carcajada, hice una reverencia teatral—. Mi nombre es Louise le Blanc, hija de la infame Morgane le Blanc, y estoy muy *contenta* de

conocerte por fin. Veo que te falta el uniforme oficial, pero no importa. ¿Encendemos la hoguera ya o...?

Reid clavó la vista en mi cara y, sin previo aviso, se levantó de un salto.

—¿Qué has dicho?

Mi sonrisa se esfumó ante la repentina ferocidad de su voz, toda formalidad olvidada. Miré de reojo a Coco y a Beau, que me devolvieron sendas miradas de desconcierto. Célie se puso de pie despacio detrás de mí.

—Mi nombre es Louise le Blanc —repetí, menos teatral ahora. Para alguien tan estoico como Reid, actuaba mucho mejor de lo que hubiese pensado—. Y estoy encantada de conoc...

—¿Eres la hija de Morgane le Blanc? ¿Una bruja?

Unas campanas de alarma empezaron a tañer en mi cabeza.

—Bueno, sí...

Me derribó antes de que pudiera terminar de hablar.

Caímos al suelo con fuerza, rodamos y su antebrazo colisionó con mi cuello. El aire huyó de mis pulmones en una explosión dolorosa.

—Umm... *auuh*. —Con una exclamación ahogada, empujé contra su pecho, pero él no se movió. Su antebrazo se quedó donde estaba. Combinado con el peso de su cuerpo, apenas podía respirar—. Vale, Chass, este rollo del juego de rol ha ido oficialmente demasiado lejos... —Él se limitó a presionar más fuerte hasta que unas lucecitas empezaron a estallar en mi visión.

Vale. Esto ya no era nada divertido.

Eché la cabeza hacia atrás y la estrellé contra su nariz, al tiempo que estampaba mi rodilla contra su entrepierna cuando retrocedió. Y cuando se dobló por la cintura con un gemido, me escabullí de debajo de él.

—¿Qué demonios te pasa? —escupí, mientras me agarraba la garganta—. ¿Acaso intentas matarme?

—Eres una bruja —dijo, jadeando, y me enseñó los dientes.

—¿Sí? ¿Y qué?

Me ignoró para poder abrir su bandolera a toda prisa y desenvainar un cuchillo. Luego fue a sacar otro, el que llevaba justo encima del corazón. Pero no estaba ahí. Su vaina estaba vacía. Comprobó las otras de manera frenética; sus dedos agarraron cada una, antes de que se diera cuenta de lo que los demás ya sabíamos. Toda emoción desapareció de su rostro. Con una calma letal, levantó la vista hacia nosotros.

—¿Dónde está mi Balisarda?

Me acerqué más a Coco.

—Para ya, Reid. Me estás asustando.

Reid avanzó despacio, con determinación. Daba un paso por cada uno de los míos.

—¿Dónde está?

—Se la comió un árbol. —Coco me agarró del codo y tiró de mí hacia su costado. Juntas, observamos cómo se acercaba—. En el sur del reino. Bas y sus bandidos atacaron en la carretera y Lou tiró tu Balisarda para protegerme. —Coco hizo una pausa, sin saber muy bien qué hacer—. ¿No te acuerdas?

—Tú. —El reconocimiento afloró en sus ojos cuando miró a Coco—. Eres curandera en la Torre. —Bajó la mirada hacia donde Coco agarraba mi brazo y torció el gesto—. ¿Estás en connivencia con esta bruja?

—Yo... —Se calló cuando sacudí la cabeza; se me cayó el alma a los pies con un *déjà vu*. Había tenido esta conversación exacta con Bas después de que intentara matarme en La Fôret des Yeux. ¿Había Reid...?

No.

Mi mente se bloqueó, nada dispuesta a continuar el pensamiento. No, él no habría... *No podía...* ¿Podía?

—¿Quién soy? —Mi voz temblaba cuando me puse delante de Coco, di un paso hacia él y hacia su cuchillo. El movimiento pareció sorprenderlo porque no me atacó de inmediato. En vez de eso, me miró con el ceño fruncido mientras yo empujaba con cuidado su arma hacia abajo—. ¿Cómo es que nos conocemos?

Levantó el cuchillo otra vez, hasta mi cara.

—No nos conocemos.

No no no.

—Si esto es una broma, Reid, ya ha ido demasiado lejos.

—Yo no bromeo.

La verdad de las palabras se fragmentó en mi pecho y solté una gran bocanada de aire, absorbí su dolor. Nadie podía actuar tan bien. Lo cual significaba que... se había olvidado de mí. Igual que Bas, me había olvidado, solo que esta vez no podía invertir el patrón. Yo no lo había lanzado. Pero ¿hasta dónde llegaba?

Y ¿*por qué* estaba actuando Reid de ese modo?

Busqué la respuesta a ciegas, recordando la forma en que se había desplomado entre mis brazos. La forma en que Morgane se había desplomado con él en la playa. Si de verdad me había olvidado, ¿significaba eso que...?

Por todos los demonios.

—¿Estás seguro? —pregunté—. Piénsalo bien, Reid. Por favor. Solo piensa. Soy Lou, ¿recuerdas? Soy tu... —Bajé la vista a mi dedo anular desnudo y las grietas de mi pecho se profundizaron aún más. Yo había devuelto el anillo de su madre. *Estúpida. Tan estúpida*—. Soy tu mujer.

—Yo no tengo mujer. —Sus ojos se habían endurecido.

—Tranquilo. —Me eché atrás cuando intentó darme una cuchillada. Levanté las manos en ademán apaciguador—.

Soy tu mujer. Quizá no *legalmente*, pero sí en el sentido bíblico.

Tal vez hablar de su libro sagrado hubiera sido un error.

Con un gruñido, se abalanzó sobre mí de nuevo. Yo di un paso a un lado y le pateé la rodilla desde atrás. No se tambaleó, como había planeado, sino que giró en redondo con una agilidad aterradora. Esta vez su cuchillo pescó mi camisa, pero me retorcí en el último segundo y acabó cortando mi manga.

—*Maldita* sea. —La tela ondeó inútil bajo la brisa—. Solo por una vez, me gustaría mantener mi ropa *intacta*.

Reid atacó de nuevo con una velocidad inesperada. Agarró mi manga rota y tiró de mí para acercarme a él. Levantó su cuchillo para clavarlo bien hondo en mi pecho. Aferré su muñeca, pero yo no tenía nada que hacer contra su fuerza. La hoja bajaba y bajaba y, no por primera vez en mi vida, miré a la muerte directamente a los ojos.

Eran del más bonito tono de azul.

Algo duro impactó contra la espalda de Reid, propulsando su cuchillo ese último centímetro. La sangre brotó cuando perforó mi piel, al tiempo que Beau golpeaba la cabeza de Reid con ambos puños. Coco se unió a él enseguida, bufando mientras le daba puñetazos en los codos para aflojar su agarre. Cuando Reid se giró, arrastró a Beau por encima de su hombro y lo tiró al suelo. En ese momento, Coco arrancó un cuchillo de la bandolera de Reid y se hizo un tajo en el antebrazo. El amargo olor de la magia de sangre impregnó el aire.

—No queremos hacerte daño, Reid —le dijo, resollando—, pero si no dejas de ser un capullo, tendré que actuar en consecuencia.

—Engendro del demonio. —Abrió mucho las aletas de la nariz. Coco le enseñó los dientes en una sonrisa.

—En carne y hueso.

Reid fue a atacarla, pero Beau lo agarró del tobillo.

—Detente de inmediato. Te lo ordeno como tu... como tu príncipe heredero —terminó, sin mucha convicción. Reid se quedó paralizado y frunció el ceño.

—¿Alteza? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Eso es. —Beau se atragantó al toser, todavía con problemas para respirar. Señaló a su propio pecho—. Yo estoy al mando. Yo. Y te estoy diciendo que cedas.

—Pero eres... —Reid sacudió la cabeza con energía y guiñó los ojos como si sufriera dolor—, eres... mi hermano. —Se llevó una mano a la sien—. *Eres mi hermano.*

Beau se desplomó en el suelo.

—Oh, gracias a Dios. Lo recuerdas. —Hizo un gesto con la mano y tosió de nuevo—. Baja tu cuchillo, Reid. Te superamos en número, aunque no en hombres, y no tengo ningún interés en comprobar qué consecuencias tendría eso para un capullo. —Se volvió hacia Célie, que estaba un poco apartada del resto de nosotros, el rostro ceniciento—. ¿Tú quieres comprobarlo?

Fue el turno de Reid de ponerse blanco.

—Célie. —Sin embargo, en lugar de bajar las armas, corrió a su lado y su ira justiciera se tornó en una rabia absoluta. La empujó detrás de él—. Quédate atrás, Célie. No permitiré que te toquen.

—Oh, santo cielo —musitó Coco.

—Reid. —Célie probó a empujar un poco su espalda, pero no se movió. Los ojos de Reid encontraron los míos y, en ellos, el odio ardía más caliente que cualquier cosa que hubiese visto jamás. Pude sentir su calor deslizarse por mi piel, primitivo y visceral. Eterno. Como el Fuego Infernal de Coco—. Reid, esto es innecesario. Estas... Louise y Cosette son mis amigas—. Intentó enseñarle el lazo verde que rodeaba su muñeca—. ¿Ves? No me harán daño. A ti

tampoco te harán daño. Solo danos una oportunidad de explicarte las cosas.

—¿Qué? —Reid giró sobre los talones para mirarla. Arrancó el lazo de su mano—. ¿Las llamas *amigas*? Son *brujas*, Célie. ¡Mataron a tu hermana!

—Sí, *gracias* por ese amable recordatorio. —Recuperó el lazo de un tirón, con el ceño fruncido, y salió de detrás de él—. Te sorprenderá descubrir que mis oídos realmente funcionan. Sé quiénes son. Y lo que es más importante, *tú* sabes quiénes son, si solo dejases de portarte como un bárbaro y *escuchases*.

—Yo no... —Negó con la cabeza de nuevo, entornó los ojos. La confusión empañó su mirada y una esperanza estúpida e *inútil* brotó en mi corazón. Reid percibía la verdad en las palabras de Célie. Por supuesto que lo hacía. Seguro que podía intuir que algo se había torcido muchísimo. Seguro que si seguía el hilo de sus pensamientos, se daría cuenta de lo sucedido e invertiría el patrón. Y *tenía* que invertir el patrón. Olvidarse de mí era una cosa, pero... esto no era Reid. Esto era un *fanático* asesino. Debía de haber hecho una chapuza con la magia en algún punto, quizás había tirado de dos cuerdas en lugar de una.

Tan deprisa como llegó el pensamiento, lo descarté; en mi corazón sabía que no era verdad. Reid no había hecho ninguna chapuza.

Solo... me había olvidado.

Se había olvidado de sí mismo.

Había olvidado todo.

—Recuerda, Reid —susurré, las lágrimas hicieron que mi voz sonara más gruesa—. Por favor. No sé qué ganaste al hacer esto, pero devuélvelo. No merece la pena. —Cuando estiré una mano hacia él, incapaz de evitarlo, sus nudillos se

tensaron sobre los cuchillos. Empujó a Célie detrás de él una vez más.

—No sé de qué estás hablando.

—El patrón. —Los sonidos de la playa se perdieron en la distancia mientras me retorció las manos y le imploraba que me mirara. Que me *viera*—. Es tu magia. Solo tú puedes invertirla. Perdiste el conocimiento en L'Eau Mélancolique. Piensa en ese momento. Recuerda lo que elegiste olvidar.

—Lou. —Coco sacudió la cabeza con tristeza—. No lo hagas.

—Tiene que entenderlo. Puedo ayudarlo...

—Pero es que él *sí* lo entendía. Ese es el tema. Hizo una elección que pensó que era necesaria. Tenemos que respetarlo.

—¿Respetarlo? —Mi voz sonó aguda, histérica—. ¿Cómo puedo *respetarlo*? ¿Cómo puedo respetar *nada* de esto? —Abrí los brazos a los lados, peligrosamente cerca de mi punto de ruptura—. Si no me quiere, si ni siquiera me *recuerda*, ¿qué sentido tuvo todo esto, Coco? ¿Qué sentido tuvo *nada* de ello? ¿Todo el dolor, toda la pena, toda la *muerte*?

Las lágrimas empapaban las pestañas de Coco cuando tomó mis manos en las suyas.

—Reid hizo esto *por ti*, Lou. Si Morgane ha olvidado, quizás estés... quizá por fin estés a salvo.

Arranqué mis manos de las suyas.

—*Jamás* estaré a salvo, Coco. Aunque Morgane me *haya* olvidado, Josephine no. Auguste y sus *chasseurs* tampoco. ¿Cómo se supone que vamos a ganar esta *guerra* si Reid no puede distinguir entre amigo y enemigo?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza con impotencia—. De verdad que no lo sé. Solo sé que nos salvó la vida.

En ese momento, Reid pasó un brazo por la cintura de Célie y la alejó de nosotros. Cerré los ojos contra esa

imagen. La imagen de ellos dos juntos. Reid había hecho un sacrificio por un bien mayor; una vez más, mi sangre se derramaba sobre el altar.

—Estáis locas las dos —dijo Reid con brusquedad—. Vamos, Célie. Tenemos que marcharnos.

Célie levantó la voz para protestar.

—Pero yo no quiero...

—Estás cometiendo una equivocación, Reid —dijo Coco. Reid soltó una risa sombría.

—No te preocupes. Volveré a por ti, bruja. Y a por tus amigos. Incluso traeré a unos cuantos de los míos. Quizá construyamos una pira.

—Oh, claro que vas a volver, hermano. —Beau se puso en pie—. No tienes ningún otro sitio al que ir. Pero no te vas a llevar a Célie contigo.

—Con el debido respeto, *hermano*...

—El debido respeto significa hacer caso de la petición de la dama —intervino Coco—. No quiere ir contigo y *tú* no quieres enzarzarte en una pelea conmigo, Reid. No sin tu Balisarda.

La amenaza flotó pesada en el aire.

Por fin abrí los ojos.

La garganta de Reid trabajaba con una angustia palpable mientras sopesaba la situación: dos brujas contra un cazador desarmado, con su príncipe blasfemo y su amor de juventud pillados entre fuego cruzado. El *chasseur* que había en su interior, la parte regida por el deber, por el honor, por el valor, se negaba a marcharse. El hombre que había en su interior sabía que debía hacerlo. Coco no había mentido: le *haría* daño, si fuese necesario. Reid no sabía que yo no se lo permitiría. Tampoco sabía que él podía utilizar magia.

No me recordaba.

Apuntó a nuestras caras con sus cuchillos, antes de hablar en voz baja y amenazadora.

—*Volveré.*

Observé cómo desaparecía por el camino. Sentía una abrumadora sensación de vacío.

Coco apretó mi cabeza contra su hombro.

—*Volverá.*

CAPÍTULO 32

PALOS Y PIEDRAS



Reid

Mis pisadas resonaban al mismo ritmo que mi corazón. Más y más deprisa. Más deprisa aún. Mi piel rezumaba calor, sudor, mientras esprintaba colina arriba, saltando por encima de piedras y helechos. Solo había venido tan al norte una vez. Justo después de jurar mis votos. Mi capitán en aquel momento, un hombre de espíritu débil llamado Blanchart, había estado intentando demostrarle al arzobispo su valía. Había oído rumores de la existencia de melusinas en la zona y había ordenado a mi contingente que investigara. Ni siquiera habíamos encontrado la playa; en vez de eso, llevábamos días deambulando entre esa niebla perdida de la mano de Dios.

Si la bruja pecosa había dicho la verdad, Blanchart había estado en lo cierto. Había melusinas en la zona. Después de despachar al demonio en cuestión, había regresado y...

Con una risa desdeñosa, salí del camino.

Era una bruja.

Por supuesto que no decía la verdad.

En lugar de adentrarme en el bosque, seguí la línea de árboles hacia el sur. Había habido una aldea por ahí cerca. Mis compañeros y yo habíamos alquilado habitaciones ahí cada noche. Sin pensarlo, bajé la vista hacia mi pecho. Mi

bandolera. La vaina vacía por encima de mi corazón. Fragmentos de recuerdos se arremolinaron y picaron como insectos. Rostros con miradas maliciosas. Nieve manchada de sangre. Dolor lacerante y carros pintados y miel amarga...

Un árbol se había comido mi Balisarda.

Casi me tropecé al registrarlo. Ante semejante avalancha de imágenes. Formaban una historia salpicada de agujeros, un puzle al que le faltaban piezas. Había habido pelo lavanda. Capas rutilantes. Troupe de Fortune. Las palabras impregnaron mi mente de un dolor sorprendente y, esta vez, sí perdí pie. Había viajado con ellos durante un breve tiempo. Había tirado cuchillos en su compañía.

¿Por qué?

Apreté los ojos contra semejantes pensamientos desenfrenados. Me concentré en el único cuchillo que importaba. El único cuchillo que *sí* reclamaría. Quemaría el bosque entero si fuera necesario. Talaría ese árbol demoníaco y excavaría hasta que sus raíces se convirtieran en yesca.

Bas y sus bandidos atacaron en la carretera y Lou tiró tu Balisarda para protegerme. ¿No te acuerdas?

Oh, sí que me acordaba. Me acordaba de la bruja con cicatrices que se había colado en nuestras filas como curandera. Me acordaba del deshonorado Bastien St. Pierre, y me acordaba de mi propia herida espantosa. Sin embargo, *no* me acordaba de su coconspiradora: la bruja pecosa. La que me había mirado como si alguien hubiese muerto.

Soy tu mujer, había dicho, con los ojos centelleantes de lágrimas sin derramar. *En el sentido bíblico.*

Recuerda, Reid. Había sabido mi nombre. Me había llamado por mi nombre.

Si no me quiere, si ni siquiera me «recuerda», ¿qué sentido tuvo todo esto, Coco?

Una furia ardiente aceleró aún más mi paso. El viento soplaba con fuerza por mi lado, me quemaba las mejillas y entumecía mis orejas. Como si yo fuese a rebajarme jamás con una bruja. Como si yo fuese a casarme jamás con *nadie*, no digamos ya con una novia de Satán. «Lou». Mascullé el nombre en voz alta, mi aliento se quedó atascado a su alrededor. Un nombre horrible para un ser horrible, y Célie...

Dios mío.

Había dejado a Célie sola con ellos.

No. Negué con la cabeza. No estaba sola. El príncipe heredero, mi *hermano*, también había estado ahí. Incluso había compartido algún tipo de camaradería absurda con las criaturas, como si ellos tres fuesen familia, en lugar de él y yo. A lo mejor él podía proteger a Célie. Aunque claro, a lo mejor no. No importa cómo se sintiese con respecto a ellas, las brujas no tenían familia. No podía arriesgarme. No con ella.

Doblé la curva a toda velocidad y, en efecto, una aldea familiar vino a mi encuentro. Bueno, si es que podía llamarse así. Consistía en una única calle, con una parroquia y una posada, en la que había un pub en la planta baja. Todo el asentamiento había surgido solo para albergar a marineros necesitados de trabajo que iban de una ciudad portuaria a la siguiente. Un puñado de ellos me miraron cuando pasé corriendo a su lado. No importaba.

Sin alterar mi ritmo, me dirigí a la parroquia al final de la calle. Mi puño casi tiró la puerta abajo. Una vez. Dos. Tres. Al final, un chico alto y pecosó asomó la cabeza. Sus ojos se abrieron como platos al ver mis mejillas arreboladas, mi enorme figura. Mi furia palpable. Soltó un gritito antes de intentar darme con la puerta en las narices. Incrédulo, la agarré y volví a abrirla de un tirón.

—Soy el capitán Reid Diggory, y...

—¡No puedes estar aquí! —Sus brazos enclenques temblaban por el esfuerzo de cerrar la puerta. La sujeté con fuerza—. Tú... tú...

—... requiero tus servicios —terminé con voz hosca. Empezaba a perder la paciencia, así que abrí la puerta de par en par. Chocó contra la desgastada pared de piedra. Los hombres del exterior del pub se giraron para mirar—. Hay brujas en la zona. Llama a tu sacerdote. Si no hay *chasseurs* cerca, necesitaré un contingente de hombres capacitados para...

El chico se plantó en el umbral cuando hice ademán de entrar.

—El padre Angelart no está. Ha ido... a Cesarine para asistir al cónclave, ¿no es así?

—¿Qué cónclave? —pregunté con el ceño fruncido. El chico se limitó a negar con la cabeza y tragó saliva. Fruncí el ceño aún más. Aunque traté de entrar otra vez, el chico abrió los brazos a los lados para bloquear la entrada. La impaciencia hizo que bullera la ira en mis entrañas—. Apártate, chico. Esto es urgente. Esas brujas tienen retenidos como rehenes tanto al príncipe heredero como a una dama de la aristocracia. ¿Quieres tener la vida de personas inocentes sobre la conciencia?

—¿Y tú? —Su voz se quebró con el desafío, pero siguió sin moverse—. Vamos. ¡Vete! —Hizo un gesto con la cabeza hacia la calle y agitó las manos para espantarme como si fuese un perro sarnoso—. El padre Angelart no está, pero yo... yo también tengo un cuchillo, ¿vale? Te sacaré las tripas, eso haré, antes de que lleguen los cazadores. Este es un lugar sagrado. ¡Aquí... no toleramos a los de tu especie!

Cerré los puños e intenté resistirme al impulso de apartar su mano a un lado. De abrirme paso por la fuerza.

—¿Y qué especie es esa?

El chico temblaba ya de la cabeza a los pies. De ira o de miedo, no lo sabía.

—Asesinos. —Daba la impresión de que quería escupirme. Ira, pues—. *Brujas*.

—¿De qué estás hablando...? —Mis propias palabras enfadadas se quebraron cuando me llegaron unos recuerdos. Un templo. El arzobispo. Y... y yo. Lo había apuñalado hasta la muerte. Un frío enfermizo me barrió de arriba abajo al darme cuenta. Sofocó mi rabia. Mi mente, sin embargo, continuó repasando las imágenes, saltaba de una a otra antes de desperdigarse. Me tambaleé hacia atrás. Levanté las manos. Todavía podía sentir su sangre en ellas, sentía su calor pegajoso sobre la palma de la mano.

Pero... no tenía ningún *sentido*. Yo no sentía más que amor por mi patriarca. Nada más que respeto. Excepto... Me concentré más en el recuerdo, la parroquia delante de mí se perdió en la lejanía.

También me había sentido vengativo. Amargo. Las emociones fueron llegando a mí poco a poco, con reticencia. Como secretos bochornosos. El arzobispo había mentido. Aunque no lograba recordarlo, aunque el recuerdo se ondulaba de algún modo, como distorsionado, sabía que me había traicionado. Había traicionado a la *Iglesia*. Se había aliado con una bruja, y yo... debí de matarlo por eso.

Ya no era un *chasseur* para nada.

—¿Hay algún problema? —Un fornido marinero con barba apoyó una mano sobre mi hombro y me sacó de mi ensimismamiento. Dos compañeros lo flanqueaban—. ¿Te está molestando este hombre, Calot?

En lugar de alivio, un nuevo pánico desencajó las facciones del chico. Su mirada pasó desde la mano del marinero sobre mi hombro hasta mi cara; mi mandíbula se había apretado y mi boca dibujaba ahora una fina línea recta.

—Retire la mano, señor —dije entre dientes—. Antes de que yo la retire por usted.

El hombre se rio entre dientes, pero hizo lo que le pedía.

—Muy bien. —Despacio, giré la cabeza para mirarlo—. Tienes la constitución de un árbol y yo no quiero ningún problema. ¿Por qué no nos vamos tú y yo a tomar una cerveza y dejamos en paz al pobre Calot?

Calot señaló algo a nuestro lado antes de que yo pudiera contestar. Una hoja de papel. Aleteaba con la brisa del atardecer, pegada al tablón de anuncios al lado de la puerta. La miré con más atención. Una imagen de mi propia cara me miró ceñuda desde el papel.

REID DIGGORY

SE BUSCA VIVO O MUERTO

SOSPECHOSO DE ASESINATO, CONSPIRACIÓN Y BRUJERÍA

HAY RECOMPENSA

Las náuseas de mi estómago se multiplicaron por diez.

No podía ser verdad. Aunque mi memoria parecía un poco... *rara*, seguro que sabría si yo... si...

Tragué bilis. Había demasiados agujeros. No podía estar seguro de *nada*, y estos hombres... su naturaleza amigable desapareció al instante.

—Por todos los demonios —murmuró uno. Su compañero se apresuró a desenvainar la espada. Levanté las manos en ademán conciliador.

—Yo tampoco busco problemas. Vine a reunir hombres. Hay brujas a unos cinco kilómetros de aquí. Dos. Ellas...

—Ya sabemos quiénes son —gruñó el hombre barbudo, al tiempo que señalaba hacia los otros pósteres. Habían salido más hombres del pub y ahora venían hacia nosotros. Iban sacando armas a medida que avanzaban. Calot se encogió hacia las sombras del vestíbulo.

»Tú viajas con ellas. Se dice incluso que una es tu mujer. *Mort Rouge y Sommeil Éternel*, te llaman. —Él también sacó un par de cuchillos de su cinturón. Brillaban afilados y pulidos a la luz del atardecer. Bien usados—. Mataste al arzobispo. Prendisteis fuego a la capital.

Entorné los ojos. Un zarcillo de ira, de desagrado, se desenroscó en mi interior.

—Yo jamás me casaría con una bruja.

—¿Esto es algún tipo de broma? —preguntó su amigo, dubitativo. El hombre barbudo le hizo un gesto con la barbilla.

—Agarra un caballo y ve a Hacqueville. Mira a ver si ese *chasseur* sigue ahí. Lo retendremos.

—¿Ese *chasseur*? —Mi voz se volvió más cortante—. ¿Quién?

En lugar de contestar, el hombre se abalanzó sobre mí y la ira que bullía en mi estómago explotó. Colisionamos con un impacto brutal y Calot dio otro gritito antes de cerrar la parroquia con un sonoro portazo. Lancé al hombre barbudo contra la puerta.

—Esto es ridículo. Estamos del mismo...

Su amigo, indemne, saltó sobre mi espalda y enroscó un brazo en torno a mi cuello. Lo agarré del pelo y tiré de él hasta hacerlo volar por encima de mis hombros. Saqué un cuchillo de mi bandolera. Los dos hombres se pusieron de inmediato fuera de mi alcance cuando lo hice columpiar de lado a lado delante de mí.

—Perfecto. ¿Queréis desafiarme? Vais a perder. Soy el capitán más joven de la historia de los *chasseurs*...

—*Eras*. —El hombre barbudo caminó a mi alrededor. Su amigo caminó detrás de él—. *Eras* un capitán de los *chasseurs*. Ahora eres un brujo.

—Llamadlos. —Con una mueca de odio, desenvainé otro cuchillo y apunté uno hacia cada uno de ellos. Retrocedí

hacia la pared de la parroquia—. Llamadlos a todos. Hay brujas cerca y se han llevado a alguien que...

Se abalanzaron sobre mí al mismo tiempo. Aunque esquivé al hombre barbudo, la espada de su amigo me hirió en el costado. Apreté los dientes y bloqueé su contraataque, pero estaban llegando más hombres. Muchos. Demasiados. Las hojas centelleaban en todas direcciones, y cuando una fallaba, un puño acertaba. Una bota. Un codo. Una vaina se estrelló contra mi cráneo y unas estrellitas empañaron mi visión. Cuando me doblé por la cintura, alguien estampó una rodilla contra mi cara. Otra contra mi entrepierna, mis costillas. No podía respirar. No podía pensar. Me tapé la cabeza con los brazos e intenté abrirme paso a empujones entre la multitud, pero caí de rodillas escupiendo sangre. Los golpes no cesaron. Gritos violentos y desquiciados resonaban desde todas partes al mismo tiempo. Mi cabeza daba vueltas con ellos.

Una extraña energía susurrante empezó a vibrar en mi pecho, aumentó y aumentó hasta...

—¡Ya es suficiente! —Una voz familiar cortó a través del barullo y el pie que estaba sobre mi espalda desapareció—. ¡Parad! ¡Soltadlo! —Sentí, más que vi, cómo se acercaba. Mis ojos estaban cerrados debido a la hinchazón. Aun así, dos manos me agarraron por debajo de los brazos y tiraron hasta que recuperé la vertical. El brazo del hombre se envolvió alrededor de mi cintura ensangrentada.

—Jean Luc —grazné, intentando despegar el ojo derecho. Jamás me había alegrado tanto de su presencia.

—Cállate —me dijo en tono hosco.

Quizá no.

Hizo un amplio arco con su Balisarda y los que estaban más cerca de nosotros saltaron hacia atrás, protestando.

—Esta criatura pertenece ahora a la Iglesia y le daremos el trato que le corresponde... en una hoguera en Cesarine.

¿Creíais que vuestros puños podrían matarlo? ¿Creíais que una espada en el corazón serviría? —Miró a todos los presentes con una sorna y un desdén de los que solo él era capaz—. Las brujas deben *arder*. Mirad, ¡observad cómo apaciguo a la criatura! —Cuando levantó una jeringa, me aparté de él y me lancé a por mis cuchillos caídos. Él se rio con frialdad y me dio una patada en las rodillas. Caí despatarrado sobre la nieve. Me inmovilizó con su peso y se inclinó sobre mí.

—Sígueme la corriente —me susurró, mientras fingía clavarme la aguja en el cuello.

Todos mis músculos se relajaron por el alivio.

Me hizo rodar sobre la espalda con la punta de su bota.

—Tú —ladró, señalando al hombre barbudo. Hizo un gesto con la barbilla hacia su caballo—. Ayúdame a mover el cuerpo. Lo quemarán en la hoguera antes de que pasen dos semanas. —El hombre se apresuró a ayudar y, juntos, levantaron mi cuerpo—. Sobre la montura —ordenó Jean Luc.

—¿Señor? —El hombre vaciló. Los ojos de Jean Luc se entornaron cuando se dio cuenta de su error.

—Quería decir que lo atases *a* la montura. Lo arrastraré tras de mí hasta Cesarine.

—¿Lo?

—*Lo* —espetó Jean Luc—. *Lo* arrastraré hasta Cesarine, bobo impertinente. Tal vez quieras unirme a nosotros.

Me dejaron caer detrás del caballo sin decir otra palabra. Nadie habló mientras Jean Luc ataba una cuerda a mis muñecas y se encaramaba en la montura. Lo observé, incrédulo.

—Ya podéis iros todos. —Le dio una patada al caballo para ponerlo al trote y mi cuerpo aulló de dolor mientras me apresuraba a ponerme en pie—. Gracias por vuestro servicio para aprehender a este criminal —gritó Jean Luc en el último

segundo—. Informaré al rey de vuestro... —se giró en la montura para mirarlos—, ¿cómo se llama este agujero inmundo?

—Montfort —gritó el hombre barbudo, enfadado.

—¿Qué pasa con el dinero de nuestra recompensa? —gritó otro.

Jean Luc los ignoró a ambos mientras me arrastraba hacia el bosque.



—Has disfrutado demasiado —dije en tono sombrío.

Con más violencia de la necesaria, Jean Luc desató la cuerda de mis muñecas fuera del pueblo.

—Demasiado, desde luego. —No sonrió. En vez de eso, me dio un empujón en el pecho con expresión asesina—. ¿Qué demonios te pasa? ¿Dónde está Célie?

Me froté las muñecas, alerta al instante. Todavía me palpitaba la cabeza.

—Está con las brujas.

—¿Qué? —El rugido de Jean Luc sacudió a los pájaros de los árboles más cercanos y se dirigió hacia mí de nuevo—. ¿Qué brujas? ¿Quién?

En circunstancias normales, no hubiese retrocedido. Sin embargo, tal y como estaban las cosas, debía de tener dos costillas rotas, una conmoción cerebral y la nariz hecha añicos. Mi orgullo, además, ya estaba bastante magullado de por sí. No necesitaba sufrir otra derrota a manos de Jean Luc.

—No lo sé. Dos de ellas. —Empecé a caminar hacia el norte, con cuidado de pasar *por fuera* de Montfort—. Coco... y Lou. El príncipe heredero también estaba ahí. Intenté traer a Célie conmigo, pero se negó. Le gustan.

—¿Le *gustan*? —Jean Luc se apresuró para alcanzarlo—. ¿Qué significa eso?

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté en cambio.

—No lo sabía. He estado buscando a Célie desde que urdió este plan demencial. ¿Sabías que se llevó el carruaje de su padre?

—Después de robar su caja fuerte —añadí, y me sorprendí incluso a mí mismo.

—¿Robó a su padre? —Con la voz distante, Jean Luc negó con la cabeza—. Has sido una influencia terrible. Tú y esa bruja. No puedo *creer* que dejaras a Célie atrás. —Levantó las manos por los aires y me adelantó en su agitación—. Tú eres la única razón de que la dejara ir. Este lugar, todo este maldito reino, es peligroso. Se suponía que tú ibas a *protegerla*. Ahora estará Dios sabe dónde con solo un príncipe idiota como protección. —Soltó el aire con fuerza y siguió sacudiendo la cabeza de manera frenética—. Es posible que esta sea la cosa más estúpida que hayas hecho en la vida, Reid. Aunque no debería sorprenderme. No has vuelto a pensar derecho desde que conociste a... —Cerró los puños en medio del aire, al parecer sobrepasado por la situación. Respiró hondo. Luego otra vez—. Siempre que *ella* está por ahí, es como si todos los pensamientos coherentes volaran de tu mente.

—¿Quién? ¿Célie?

Jean Luc se giró como una exhalación, con ojos asesinos.

—No. Célie, no. Lou. Tu *mujer*.

Mi mujer. Perdí los papeles al oír esas palabras repulsivas. Me agaché para recoger una piedra y se la tiré a la cara. Con los ojos como platos, Jean Luc se echó a un lado y apenas logró evitarla.

—Deja de *decir* eso —gruñí.

—¿Qué demonios te pasa? —Entonces, él buscó su propia piedra y me la tiró también. No la esquivé a tiempo. Cuando

rozó mi hombro, me quejé, pero él se limitó a buscar otra, un palo esta vez—. ¿Decir *qué*? ¿Que es tu mujer? *Lo es*. Yo mismo fui testigo de esa ceremonia tan inane.

—¡Cállate! —Lo atacó a la altura de las rodillas y caímos dando volteretas por la nieve—. ¡Cá-lla-te! *Jamás* me ataría a una criatura semejante. —Rodamos enzarzados, aunque ninguno de nuestros golpes impactaba de lleno—. Jamás me dignaría a *tocar* siquiera a una...

—Por lo que sé, la has tocado de sobra. —Enseñó los dientes y plantó la palma de la mano contra mi cara para escabullirse de mi agarre—. ¿Qué pasa, Reid? ¿Problemas en el paraíso? Podría haberte dicho que jamás funcionaría, pero no hubieses escuchado. Has estado obsesionado con ella por completo. Y aún lo estás, por lo que dices y haces. Oh, no, no intentes negarlo, y tampoco te hagas ninguna idea sobre tú y Célie. Hiciste tu elección. Ella ha pasado página...

Resoplé desdeñoso y me levanté de un salto.

—Eres patético. ¿Crees que te *pertenece*? ¿Crees que tú le *permitiste* venir aquí? No la conoces para nada, ¿verdad? —Cuando tomó la pechera de mi abrigo, iracundo, rompí su agarre y tuve que hacer un esfuerzo por no romper también su nariz—. No es un objeto. Es una persona y ha cambiado desde la última vez que la viste. Más vale que te prepares.

—Si tú...

Le di un codazo para abrirme paso.

—No tienes que preocuparte por mí. —La verdad en las palabras me sorprendió. Donde una vez hubo atracción, incluso encaprichamiento, cuando pensaba en Célie, ahora sentía solo una especie de afecto familiar. Fruncí el ceño e intenté identificar la fuente del cambio, pero no pude. Aunque había tratado de negarlo, de racionalizarlo, estaba claro que algo había ocurrido dentro de mi cabeza. Algo antinatural. Algo como brujería. Me encaminé furioso hacia

el norte, decidido a arreglarlo, costara lo que costare. Las brujas lo sabrían. Lo más probable era que me hubiesen maldecido ellas mismas. Su último acto en la Tierra sería deshacer ese hechizo—. Preocúpate de ti mismo, Jean. Célie no se alegrará de saber que la has estado siguiendo. Eso implica una falta de confianza. Una falta de fe.

Jean Luc hizo una mueca y apartó la mirada. Bien.

—Ahora —dije, aprovechando su silencio—, deberíamos trazar una estrategia para cuando las encontremos. No tengo mi Balisarda, pero tú sí. Tendrás que incapacitar a la pecosa. —Fruñí el ceño—. La magia de Coco es diferente. Ella necesita tocarnos para infligir dolor, así que puedo encargarme yo. Debería poder inutilizarla antes de que cause daños físicos.

Jean Luc sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿Por qué tendríamos que incapacitar a ninguna de ellas?

—Porque son brujas.

—Igual que tú.

Fue mi turno de hacer una mueca.

—¡Limítate al plan!

Se detuvo para encararse conmigo por fin. Cuadró los hombros.

—No.

—¿Perdona?

—He dicho que *no*. —Aunque se encogió de hombros, un resentimiento antiguo brilló en sus pálidos ojos—. Odio tu plan. Es un plan malísimo y no voy a hacer nada de eso. Solo he venido a recoger a Célie. ¿Por qué querría meterme en una pelea con dos brujas, una de las cuales casi me mata durante nuestro último encuentro?

—Porque eres un *chasseur* —espeté—. Hiciste un juramento en el que te comprometías a erradicar lo oculto.

—¿Significa eso que debería erradicarte a ti? —Se acercó más, ladeó la cabeza—. ¿Cuándo lo hago, Reid? ¿Cómo? ¿Preferirías que te arrastrara de vuelta a Cesarine, o mejor te decapito aquí y ahora, y reduzco tu cuerpo a cenizas? Desde luego, sería más fácil. —Dio otro paso, casi pecho con pecho conmigo—. ¿Qué tal te parece eso como plan?

Mi visión se puso roja; no supe si por mí o por él. Inspiré hondo por la nariz. Exhalé con fuerza. Me concentré en cada respiración y conté hasta diez.

—No podemos simplemente dejarlas vivir —dije al fin, cuando fui capaz de que mi voz sonara serena—. Ellas... me han hecho algo, Jean. Mi cabeza, no está bien. Creo que me han robado mis recuerdos. Partes de mi vida. Y la bruja pecosa, ella...

—Lou —me corrigió.

—*Lou*. —El nombre me supo amargo en la lengua—. Creo que ella fue la que lo hizo.

Puso los ojos en blanco y empezó a caminar otra vez.

—Se moriría antes de hacerte daño. No, no emp... —levantó una mano para impedir mis protestas—, no empieces. Está claro que algo va mal, pero matar a Lou y a Coco no lo va a solucionar. *No lo hará*, Reid. Son las únicas personas que te aprecian. No, *he dicho* que no interrumpas. Si la matas y regresas a Cesarine, es inevitable que los cazadores te encuentren y te ejecuten. Ya viste los carteles de «se busca». Eres uno de los criminales más famosos de todo el reino, solo superado por Lou. Es demasiado peligroso para ti recorrer los caminos tú solo (algo que acabas de demostrar, por cierto) lo cual deja solo una opción: te quedas con las brujas.

—Yo no...

—Te quedas con las brujas —continuó con tono duro— y ellas te protegerán. Quizás incluso puedan ayudarte a deshacer lo que sea que se ha torcido *tantísimo* dentro de

tu cabeza. Por supuesto, es muy probable que tengas que actuar con un poco más de encanto para persuadirlas. Una tarea casi imposible, lo sé...

—Lo van a deshacer como sea —gruñí. Jean Luc se paró de nuevo y giró para mirarme con un suspiro de impaciencia.

—Parece que todavía no lo entiendes, así que permíteme que te deje esto perfectamente claro. No puedes matarlas. En pocas palabras, yo no te dejaré. Si vas por ahí sin ellas, eres hombre muerto, y además, después te odiarías si las mataras. A pesar de lo que piensas ahora, esas mujeres son tus amigas. Tu familia. Os he observado a todos juntos y yo... —Se interrumpió de golpe y apretó los ojos, antes de dar media vuelta para seguir su camino por la nieve a paso airado—. Eres idiota.

Miré ceñudo la parte de atrás de su cabeza, pero ya no intenté discutir. Me lo había dejado todo muy claro. Sí, quizá no tuviese otro sitio al que ir en estos momentos. Quizá mis compañeros me matarían si me encontraran. Quizá fuese *verdad* que necesitaba a esas brujas... para invertir el hechizo sobre mi mente, para garantizar que Célie y el príncipe heredero sobrevivieran. Pero Jean Luc había estado equivocado sobre una cosa: *sí podía* sobrevivir solo. Antes no había estado preparado, pero eso no volvería a suceder.

Y mataría a Lou y a Coco a la primera oportunidad.

CAPÍTULO 33

LA APUESTA



Lou

Coco me permitió hundirme en mi miseria durante unos tres minutos (durante los cuales me abrazó sin descanso), antes de echarse atrás y secar mis lágrimas.

—No está muerto, ¿sabes?

—Me odia.

Se encogió de hombros y rebuscó en su bolsa hasta encontrar una botella de miel.

—Creo recordar que ya te odió una vez. Los dos estuvisteis a la altura. —Combinó el líquido ámbar con sangre de su antebrazo antes de untar la mezcla sobre la herida de mi pecho. Se volvió para examinar las heridas de Beau—. Más nos vale ponernos cómodos mientras esperamos.

—¿Esperar qué? —preguntó Beau, que no parecía enterarse de nada. Con un terrorífico ojo morado cortesía de Reid, bebió de un trago la sangre y la miel. La hinchazón desapareció casi al instante.

—A que Reid vuelva arrastrándose con el rabo entre las piernas. No debería tardar demasiado. —Lo envió a pasear por la playa—. Ahora ve a encontrar algo de madera arrastrada por las corrientes para encender una hoguera. Aquí fuera está más frío que la teta de una bruja.

—*¿Por qué?* —Aunque Beau obedeció y empezó a recoger palitos al lado de nuestros pies, miró a nuestro alrededor con nerviosismo—. ¿No deberíamos marcharnos? Morgane podría estar acechando entre las sombras.

—Lo dudo —murmuró Coco—, si no recuerda a Lou.

Volví a colocar la manga en su sitio con un gesto brusco.

—Espera. —Célie esbozó una leve sonrisa y buscó en el interior de su bolsa. Sacó hilo y aguja—. Deja que te ayude con eso. —Fruncí el ceño mientras sus delicados dedos enhebraban la aguja y luego, despacio, recolocaba la manga en su sitio.

—Nos iremos en cuanto vuelva Reid. —Coco fue hasta el camino para reunir rocas con las que montar una hoguera—. Si nos marchamos antes, puede que no sea capaz de encontrarnos después. Lo necesitaremos para ayudar a robar el anillo antes de que podamos volver a Cesarine. — Con una mirada inescrutable en mi dirección, añadió—: *Ese es el plan, ¿no? ¿Reunir a Claud y a Blaise con las melusinas? ¿Planificar un golpe final contra Morgane? ¿Rescatar a *madame* Labelle de la hoguera?*

—Más o menos.

Beau frunció el ceño cuando Coco le quitó el palo y habló en un susurro agraviado.

—Con respecto a eso, ¿cómo demonios se supone que vamos a *robar* el anillo? Château le Blanc es una fortaleza y, *una vez más*, Morgane podría estar escondida detrás de esa roca en estos mismos momentos, escuchando todo lo que decimos.

—*Una vez más*, sin Lou en la película, Morgane podría estar reuniendo fuerzas para matar a tu padre mientras hablamos —dijo Coco en tono significativo—. Zenna dijo que en Château le Blanc se estaban reuniendo brujas en masa. Dudo de que se estén haciendo trenzas unas a otras. Puede

que ya hayan partido hacia Cesarine. Desde luego que ello facilitaría nuestro trabajo.

—¿Y si no? ¿No podríamos simplemente... despachar a Morgane en el Château?

—¿Como podríamos haberla despachado en la playa? — Observé mientras Célie se movía hacia el corte en mi pecho. Aunque la tela seguía mojada con mi sangre, y con la miel y la sangre de Coco, no pareció importarle. A mí, sin embargo, me estaba costando estar me quieta. Mantener la *calma*—. Funcionó muy bien para nosotras la primera vez. Estoy segura de que será aún más fácil rodeadas de una masa de brujas. ¿Por qué no pensamos en eso? —le pregunté a Coco.

Se encogió de hombros.

—¿Quién necesita dioses y dragones, hombres lobo y sirenas, cuando podríamos haberlo hecho nosotros sin más desde un principio?

—Bueno, vale. —Beau nos miró ceñudo a cada una y se alejó por la playa, mientras Célie terminaba de coser mi camisa—. Era solo una idea.

Volvió unos momentos después con una brazada de palos y madera que dejó caer a los pies de Coco. Esta hizo una mueca de desagrado y apiló el material formando un cuadrado.

—En serio, ¿cómo has sobrevivido hasta ahora, Beauregard?

—Déjame a mí. —Chasqué los dedos y, con magia, hice que la fricción entre ellos llegara al punto de resultar dolorosa. El patrón dorado desapareció cuando brotó una llama. Me invadió un calor delicioso, un alivio bienvenido frente al frío gélido de mi pecho. Por instinto, eché una mirada hacia el camino.

Volverá.

—Lou. —Como si me leyera los pensamientos, Coco giró mi barbilla con un solo dedo—. Olvidaste incluir un

componente clave en nuestro plan: seducir a Reid. —Esbozó una sonrisilla satisfecha al ver mi expresión impávida—. Por suerte, resulta que tienes un máster en el arte de la seducción. No te preocupes, Célie —añadió con un guiño—. Te enseñaré a ti también en el proceso. Piensa en ello como tu primera lección de depravación.

Se me cayó el alma a los pies y sacudí la cabeza.

—Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Además —añadí, odiando el toque de amargura en mi voz—, no funcionará. Esta vez no.

—No veo por qué no. Ya se enamoró de ti una vez. —Dejó caer la mano—. Y diría que es la cosa *más* importante.

—Entonces no sabía que era una bruja. Creía que era su mujer.

—Matices. Vuestras almas están unidas. La magia no puede cambiar eso.

—No puedes creer de verdad en almas gemelas, ¿verdad?

—Creo en ti. —Al ver mi expresión de incredulidad, se encogió de hombros otra vez mientras observaba el crepitar de las llamas—. Y *quizás* esté dispuesta a hacer una excepción ya que se trata de vosotros dos. He estado aquí todo el tiempo, ¿sabes? —añadió—. He visto a Reid acabar con la vida de su progenitor para salvar la tuya. He visto cómo tiraba todo su sistema de creencias por la ventana y aprendía magia por ti... y cómo vestía pantalones de cuero en una *troupe* ambulante. He visto cómo tú sacrificabas parte de ti para protegerlo. Y él luchó contra una manada entera de hombres lobo para devolverte el favor, y *tú* luchaste con uñas y dientes en estas aguas para volver con él. Has trabado amistad con un dios, has nadado con sirenas, y ahora puedes incluso transformarte en una forma tridimensional a voluntad. Es probable que también puedas hacer un montón de otras cosas nuevas y divertidas. —Sus

cejas subieron junto con sus hombros—. Desde luego que no voy a apostar en tu contra, a menos que tengas demasiado miedo para intentarlo...

La odiosa voz de Nicholina llenó mi mente. *Pero deberías sentirte «afortunada» de haberlo engañado. Oh, sí, porque si no lo hubieses engañado (menudo ratoncito retorcido), jamás te habría querido. Si hubiese sabido lo que eres, jamás te habría «abrazado» bajo las estrellas.*

Maldita sea.

Beau, que había estado escuchando en silencio, me observaba con demasiada atención como para que me sintiera cómoda. Arqueó una ceja.

—No sé, Coco. No creo que Lou pueda hacerlo.

Miré el fuego, furiosa.

—No empieces conmigo, Beau.

—¿Por qué no? —Sus ojos oscuros estudiaron mi cara y no se les pasó nada por alto—. Acabas de decirlo tú misma. No funcionará. Jamás se enamorará de ti otra vez. Solo estoy mostrando mi acuerdo con ese sentimiento.

—No voy a hacerlo.

—Sí, eso lo has dejado muy muy claro. Mejor no intentarlo en absoluto, antes que fallar, ¿no? —Se encogió de hombros sin emoción alguna—. No podría estar más de acuerdo.

—¡Beau! —Célie abrió mucho los ojos en protesta. A lo mejor era demasiado ingenua para ver la manipulación de Beau, o, lo que era más probable, tal vez insistía en ser la voz del optimismo a pesar de todo—. ¿Cómo puedes decir cosas tan malvadas? Por supuesto que Reid la querrá. El vínculo que comparten es *verdadero*. Ya viste su beso. ¡Despertó a Reid a pesar de la magia!

—Oh, Célie, basta ya de esta tontería del *amor verdadero*. —Me devolvió su mirada fría—. ¿Quieres la verdad, hermana mía? Yo te daré la verdad. Antes tenías

razón. Sin recuerdos de vuestra relación, para Reid eres solo una bruja y te odia. Ya no eres su mujer. Por lo que a él se refiere, *nunca* fuiste su mujer. De hecho, lo más probable es que esté tramando maneras de matarte en este mismo momento. —Se inclinó hacia delante para susurrar en tono cómplice—. Yo apuesto por el estrangulamiento. Nunca ha sido capaz de mantener las manos alejadas de ti.

Los ojos de Célie centellearon.

—*De verdad*, Beau, no deberías...

Imité el movimiento de Beau con una sonrisa negra y me incliné hacia él hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—Endulcemos la oferta: yo apuesto a que será un cuchillo al corazón.

Coco puso los ojos en blanco mientras Beau sacudía la cabeza.

—No es bastante íntimo.

—No hay nada *más* íntimo que...

—Oh, no estoy de acuerdo.

—Sois ridículos los dos —espetó Célie, mientras se ponía en pie en un espectacular despliegue de temperamento—. ¿Queréis endulzar la oferta? Yo apuesto todas las riquezas del tesoro de mi padre a que Reid *sí* se enamora de ti otra vez, *a pesar* de saber que eres una bruja.

Se produjo un momento de silencio mientras Célie me miraba furiosa, con las mejillas teñidas de rosa.

—Creía que habías robado todo el tesoro de tu padre —comentó Beau con suspicacia.

—No estuve ni cerca.

Beau frunció los labios, pensativo, mientras yo hervía de rabia en silencio. Estaban tratando esto como un juego, todos ellos. Pero no era ningún juego. Era mi *vida*. Y ¿por qué le importaba tanto a Célie, en cualquier caso? Reid había roto su propia relación por el bien del *amor verdadero*

conmigo. Como si me leyera los pensamientos, Célie se dirigió a mí.

—Vosotros dos tenéis algo especial, Louise —susurró—. Algo valiosísimo. ¿Cómo puedes no luchar por él? Él desde luego ha luchado por ti.

Has vivido con miedo demasiado tiempo.

El miedo me ha ayudado a sobrevivir.

El miedo te ha impedido vivir.

—Creo que me gustaría aceptar esa apuesta, *mademoiselle* Tremblay —caviló Beau antes de volverse hacia Coco—. ¿Tú qué opinas, Cosette? ¿Tiene la bella doncella alguna posibilidad de seducir al galante caballero? ¿Triunfará al final el amor verdadero?

—Ya sabes lo que opino —dijo, mientras atizaba el fuego con cuidado.

—Parece que tenemos una apuesta. —Beau le tendió una mano a Célie, la agarró por la muñeca y cerraron el trato—. Si Lou no logra seducir a su marido, me darás todas las riquezas del tesoro de tu padre. —Sus dientes centellearon en una sonrisa dura—. Y si lo logra, yo te daré todas las riquezas del *mío*.

Célie pestañeó, la indignación de sus ojos se borró de un plumazo y abrió la boca, asombrada.

—¿El tesoro entero del rey Auguste?

—En efecto. A menos, por supuesto, que nuestra bella doncella se oponga. —Extendió su mano libre hacia mí, pero yo la aparté con una mueca de desdén. Imbécil—. Lo que pensaba. —Chasqueó la lengua en voz baja—. Es *verdad* que tienes demasiado miedo.

Una especie de parálisis trepó por mi columna mientras los miraba uno a uno. Aunque abrí la boca para hablar, para oponerme con *vehemencia* a este juego absurdo, las palabras quedaron atascadas y en su lugar brotaron otras distintas por completo. Palabras sinceras.

—No tengo miedo. Estoy *aterrada*. ¿Y si de verdad intenta estrangularme o clavarme un cuchillo en el corazón? ¿Y si no se acuerda para nada? ¿Y si no...? —Tragué saliva con fuerza y pestañeeé para eliminar las lágrimas que amenazaban con derramarse—. ¿Y si no me quiere?

Beau pasó un brazo por encima de mis hombros y me apretó contra él.

—Entonces me convertiré en un hombre rico.

—Ya eres un hombre rico.

—Un hombre *muy* rico.

—Eres un imbécil, Beau.

Me dio un suave beso fraternal en la sien.

—Entonces, ¿tenemos una apuesta?

Apoyé la cabeza sobre su hombro cuando nos llegaron unos ruidos del camino y Reid irrumpió en escena, justo a tiempo. Jean Luc lo seguía a una distancia prudencial. *Jean Luc*. Que yo ni siquiera parpadeara fue prueba suficiente de todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

—Sí —dije. La palabra me supo a esperanza. Me pareció una armadura. Dejé que se enroscara a mi alrededor, me subiera los ánimos y protegiera mi corazón. Reid ya *se había* enamorado de mí una vez y yo todavía correspondía a ese amor con pasión. Era especial. Era maravilloso. Y lucharía por él—. Sí, tenemos una apuesta.

CAPÍTULO 34

AGUJEROS EN EL TAPIZ



Reid

La bruja llamada Lou se separó del príncipe heredero con una sonrisilla de suficiencia cuando me acerqué. Tuve que mirarla dos veces. Mientras que antes sus ojos habían brillado de aflicción, cargados de una pérdida casi inimaginable, ahora centelleaban con una determinación maliciosa. Fruncí el ceño cuando la otra bruja, Coco, se puso delante de ella e interrumpió mi línea de visión.

¿Estaba...? Las miré sin poder creer lo que veía. ¿Estaba tirando del escote de Lou hacia abajo?

Aparté los ojos, furioso, pero volví a mirar cuando Célie se inclinó hacia Lou para pellizcar sus mejillas.

A mi lado, Jean Luc echó a correr. No pareció darse cuenta del escote de Lou. Solo tenía ojos para Célie. Llegó hasta ella, la hizo girar en redondo, agarró su cara entre sus manos y la besó. En plena boca. Delante de todos nosotros. Aunque los ojos de Célie se abrieron de par en par por la sorpresa, no protestó. De hecho, incluso cerró los brazos en torno a su cuello y sonrió contra los labios de Jean.

—Has venido —dijo, feliz.

Él le devolvió la sonrisa antes de apoyar la frente contra la de ella. Los miré pasmado. No había visto sonreír a Jean Luc desde que éramos niños.

—He venido —murmuró.

Algo cambió entonces en la expresión de Célie. Su sonrisa vaciló.

—Has venido. —Levantó la vista hacia él y parpadeó, confundida—. ¿Por qué has venido?

—Sí, Jean. —Avancé hacia ellos, con cuidado de mantener un ojo puesto en Lou. Ella mantenía los dos puestos en mí. Una sensación de inquietud serpenteó por mi columna e inflamó aún más mi ira—. ¿Por qué *has* venido?

Lou también vino hacia nosotros, sin perder la sonrisa. Me negué a retroceder ni un paso. Ni uno solo.

—Yo podría hacerte a ti la misma pregunta, Chass. —Hizo aletear sus pestañas y deslizó un dedo por mi mejilla—. No podías estar más tiempo alejado de mí, ¿verdad?

Agarré su muñeca y di un paso hacia ella. Le enseñé los dientes. Cómo echaba de menos mi Balisarda.

—Apenas. Está claro que has manipulado mis recuerdos, bruja. Los quiero de vuelta.

Ella levantó la cara hacia la mía, impertérrita.

—Humm. Creo que no puedo ayudarte con eso.

—Puedes y lo harás.

—El hechizo solo puede romperlo la bruja que lo lanzó. —La cadera de Coco chocó contra Lou al pasar por nuestro lado y la empujó contra mí. Guiñó un ojo—. En este caso, eso significa *tú*.

Apreté la mandíbula y levanté las manos hasta los hombros de Lou para obligarla a separarse.

—Mientes.

—¿Por qué habríamos de mentir? Créenos cuando decimos que no eres precisamente la más divertida de las compañías; no como estás ahora, en cualquier caso. Si existiera una manera en que pudiéramos invertir tu memoria, ya lo habríamos hecho. —Coco levantó un hombro

cuando salió al camino—. Tendrás que hacerlo tú, porque nadie puede hacerlo por ti.

—Es una pena. —Lou plantó su mochila contra mi pecho. La agarré por instinto—. Supongo que tendrás que quedarte con nosotras hasta que averigües cómo hacerlo.

Siguió a Coco sin mirar atrás, moviendo las caderas por el camino. Retorcí el labio, repugnado. Lou llevaba pantalones. Pantalones ceñidos. De cuero. Se adherían a su delicada figura de un modo desagradable; indecente, incluso. Negué con la cabeza y aparté la mirada para examinar la mochila que tenía en las manos.

Sospechaba que Lou era de todo menos delicada.

—Responde a la pregunta, Jean. —La voz de Célie llamó mi atención. Miraba a Jean Luc con furia, de un modo feroz e implacable—. Dijiste que los sacerdotes, que el *rey*, habían solicitado tu presencia en el cónclave.

—Así fue.

—¿Los has *desobedecido*?

—Yo... —Tironeó del cuello de su camisa—. Tenía que verte.

—¿Por qué? —preguntó con los ojos entornados, con suspicacia—. ¿Por qué estás aquí? ¿Creías...? —Esos ojos acusadores se posaron en los míos—. ¿Acaso creíste que no podía hacer esto? ¿Que moriría a la primera oportunidad?

—En verdad, casi te caes por un acantilado —musitó Jean Luc a la defensiva. La cara de Célie se contorsionó por la sorpresa, por la indignación—. ¿Qué? *Fue así*. Hablé con el padre Achille —añadió.

—¿Hablaste con el padre Achille? —La voz de Célie podría haber congelado el agua. Se apartó de él con brusquedad, y enderezó el cuello y la columna hasta adoptar una rectitud imposible. Tensa como la cuerda de un arco—. ¿Me has estado siguiendo?

—Yo... bueno... por supuesto que sí. —Se frotó una mano por el cuello, avergonzado—. ¿Cómo podía no hacerlo?

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Desde... —Hizo una pausa, claramente reticente a reconocerlo—. Desde Cesarine.

La cara de Célie se vació de toda emoción.

—Abandonaste tu puesto. Te ausentaste del cónclave.

—*No*. —Jean Luc sacudió la cabeza con vehemencia—. Delegué mis obligaciones antes de partir. Me aseguré de que el rey y tus padres estuviesen protegidos...

—¿Lo saben mis padres? ¿Les contaste que planeabas seguirme?

Jean Luc parecía muy incómodo ahora.

—Sí. —Al ver su mirada intensa, fría, se apresuró a añadir—: Teníamos que saber que estabas a salvo, Célie. Ellos... yo... no podíamos soportar la idea de que pudiera pasarte...

Célie no lo dejó terminar. En vez de eso, le lanzó al pecho con fuerza su propia mochila, giró sobre los talones y fue a reunirse con Coco y con Lou. Jean Luc se tambaleó bajo el peso de la bolsa.

—Célie. —Cuando ella no se dio la vuelta, la voz de Jean Luc subió de volumen, se volvió implorante—. Célie, por favor, espera...

Célie giró en redondo de repente, con los puños cerrados a los lados.

—No necesito un *cuidador*, Jean. Puede que esto te resulte una sorpresa, pero puedo cuidar de mí misma. Tal vez sea mujer, tal vez sea dócil y tímida y refinada, como una *muñeca bonita*, pero he sobrevivido a más cosas en mis dieciocho años que tú y mis padres juntos. No me tomes por un objeto de porcelana. No me tomes por *débil*.

Se marchó sin decir una palabra más.

Con dificultad para cargar con la bolsa, Jean Luc intentó seguirla, pero el príncipe heredero le dio una palmada en el

hombro y lo desequilibró aún más. Se tambaleó hacia delante con una maldición.

—Mala suerte, tío. —Beau no movió ni un dedo para ayudarlo a recuperar el equilibrio—. Creo que puede haber incluso lingotes de oro ahí dentro. —Se encogió de hombros—. Fue la preferida de las melusinas.

—Lleva pantalones —dijo Jean Luc, incrédulo. Había empezado a jadear—. *Célie*.

Mi cara, mis hombros y mi cuello irradiaban tensión. Todo aquello me importaba un bledo: las brujas, sus mentiras, su *ropa*. No obstante, independientemente de sus guardarropas sin gusto alguno, las mujeres habían desaparecido al otro lado del recodo. No podíamos permitirnos perderlas. Yo no podía permitirme perderlas. No con mi memoria en juego. A pesar de sus engaños, ellas me ayudarían a recuperar mis recuerdos o les cortarí de cuajo esas mentiras de la lengua. Solo necesitaba paciencia. Con una mueca, acomodé la bolsa de Lou más arriba.

—¿Adónde vamos?

Beau fue tras ellas sin esperarnos a ninguno de los dos.

—Creo que a saquear un castillo.



Jean Luc adquirió dos caballos adicionales en el siguiente pueblo para acelerar nuestra marcha. Cuando le tendió una mano a Célie para ayudarla a montar en su caballo, ella la apartó de un golpe y se subió sola. Ahora iba sentada muy recta y formal en su montura, mientras él iba encaramado detrás de ella.

Quedábamos cuatro.

Miré ceñudo a las brujas, dispuesto a atarlas detrás como Jean Luc me había atado a mí. Beau, sin embargo, tenía una

idea diferente. Sin darme una oportunidad para hablar, para protestar, apremió a Coco a montar en el segundo caballo y se encaramó detrás de ella.

Eso dejaba a dos de nosotros para el último caballo.

Y era inaceptable.

—Dame la cuerda. —Me acerqué a paso airado al caballo de Jean Luc y agarré su bolsa. El rollo de cuerda estaba arriba de todo. Perfecto. Cuadré los hombros y me giré hacia la bruja. Los demás observaban la escena con absoluta fascinación—. No me lo pongas difícil.

Los ojos de Lou registraron la cuerda en mi mano. Su sonrisa vaciló.

—Estás de broma.

—No, yo no bromeo. Dame tus muñecas. Puedes caminar detrás del caballo.

—Que te den.

Coco se bajó ahora de su propio caballo y se puso al lado de Lou.

—No nos obligues a atarte *a ti* al caballo, Reid. —Levantó su muñeca para apoyar la uña de un pulgar sobre ella. Una amenaza—. Si vuelves a hablarle en ese tono, será un placer para mí hacerlo.

—Inténtalo —dije, apretando las manos sobre la cuerda. Beau puso los ojos en blanco.

—De verdad, hermano, ¿vas a insistir con esto otra vez? Si es así, va a ser un viaje muy largo.

—No voy a cabalgar a ningún sitio con esa bruja.

Sin mi Balisarda, estaba virtualmente indefenso. Lou podía atacarme incluso ahora y no sería capaz de detenerla. Como si hubiese percibido ese pensamiento, Lou resopló.

—No corres ni más ni menos peligro sobre ese caballo. —Metió el pie en el estribo y columpió la pierna por encima de la grupa—. No seas estúpido, Chass. Sube. Puedes atarme

más tarde, si quieres, pero no pienso ir andando a ninguna parte.

La fulminé con la mirada.

—No me fío de ti.

La sonrisa a modo de respuesta fue dura.

—Yo tampoco me fío demasiado de ti. Por eso, debes saber —rozó la vaina pegada a su muslo— que te sacaré las tripas como a un pez si intentas cualquier cosa.

No me moví. Coco tampoco. Entornó los ojos mirando mi bandolera.

—No será suficiente. Dame tus cuchillos.

—Eso no va a ocurrir.

Lou levantó la cara hacia el cielo y soltó un gran suspiro.

—No pasa nada, Coco. Le he pateado el culo ya antes. Puedo hacerlo otra vez.

—Estamos perdiendo el tiempo —nos apremió Célie.

Jean Luc me lanzó una mirada de impaciencia.

—Súbete ya a ese caballo, Reid.

Judas.

Reticente, furioso, me monté detrás de ella y estiré los brazos a los lados para agarrar las riendas. Ella las cedió sin resistirse.

—Ten cuidado —le advertí en voz baja—. Puede que tengas magia, pero no eres la única que sabe destripar a un pez.

Volvió la cara hacia la mía.

—Tampoco soy la única que tiene magia. —Cuando puse a nuestro caballo al trote para seguir a los otros, me preguntó—: ¿Ya las has oído? ¿Las voces?

Mantuve la vista hacia delante. Furioso.

—Estoy muy cuerdo.

—Por ahora.

Ignoré la pulla. La ignoré por completo. Hasta que me acordé de algo.

—Beau dijo que íbamos hacia un castillo.

—Château le Blanc. —Se acomodó entre mis brazos; luego soltó un suspiro lacónico cuando la empujé hacia delante una vez más—. Mi hogar ancestral.

—¿Vas a robar ahí? —Intenté mantener un tono de voz casual. Frío. Solo una *Dame blanche* podía localizar el famoso Château. Por fin había encontrado a una para que me llevara hasta ahí. ¿Cuántos años habían estado buscando mis compañeros? ¿A cuántas brujas podría atrapar ahí, inconscientes de lo que ocurría e indefensas? ¿Dejaría al descubierto a la gran pitonisa en persona, *La Dame des Sorcières*? Ojalá.

Si Lou no era capaz de devolverme mis recuerdos, quizás esta fuese la siguiente mejor posibilidad.

—*Nosotros* vamos a robar ahí. —No volvió a apoyarse contra mí. Por desgracia, su posición inclinada hacia delante encajaba su trasero con mayor firmeza entre mis piernas. Apreté los dientes contra la sensación—. Tendremos que entrar en la sala del tesoro, cerrada a cal y canto en la habitación más alta de la torre más alta. Ahí es donde mi aquelarre esconde todas sus reliquias... libros malditos y flores eternas y anillos mágicos por igual.

—A tu padre le daría un ataque, Célie —llamó Beau desde más adelante.

—Cállate, alteza —replicó Jean Luc. Oí a Célie hablar entre dientes.

—Puedo hablar por mí misma, Jean.

Lou se rio antes de continuar.

—Mi madre me dejó entrar solo una vez, y la puerta estaba protegida por un poderoso hechizo. Tendremos que romperlo de algún modo, si es que conseguimos llegar hasta ahí. Hay ojos que vigilan el castillo desde todos los costados. Cientos de brujas viven ahí todo el año. —Hizo una pausa—. Ahora aún más.

Cientos de brujas.

—Dijiste que solo la bruja que lanza el hechizo puede romperlo.

—Exacto.

Apreté la mandíbula, irritado. Decepcionado.

—¿Cómo romperemos el hechizo de la puerta?

Lou se limitó a encogerse de hombros. Su pelo me hizo cosquillas en la cara. Largo, espeso y castaño. Salvaje. Contra mi buen juicio, inspiré su aroma. Olía dulce, de un modo que casi reconocí, como a vainilla y canela. Un abrigo caliente en un frío día de invierno. Nieve en la lengua. Sacudí la cabeza y me sentí como el mayor de los estúpidos.

—No tenéis ninguna estrategia en absoluto, ¿verdad?

—He embotellado varios litros de L'Eau Mélancolique. — El viento nos traía la voz de Coco en una espiral ascendente. Lou se echó hacia delante para oírla y yo me aparté, maldiciendo en silencio. Sentí un rubor ardiente trepando por mis mejillas. Mi cuerpo no era consciente, por supuesto, de que no era una mujer sino una bruja—. Quizá las aguas restauren la puerta a lo que era antes del encantamiento —continuó Coco—. Si no, puede que mi sangre valga. Es una magia diferente a la tuya.

Jean Luc no ocultó su desdén.

—Es una puerta. La tiraremos abajo.

Apenas oí el intercambio. A cada tranco del caballo, el trasero de la bruja se movía contra mi regazo; arriba y abajo, un movimiento rítmico, hasta que el calor sofocaba todo mi cuerpo. Clavé la vista con determinación en el cielo por encima de nuestras cabezas. La situación empezaba a ponerse fea. Pronto se daría cuenta, y tendría que matarla por ello.

—¿Hay algún problema, Chass? —murmuró después de un momento.

—Nop —espeté, cortante. No dijo nada durante varios segundos, pero luego...

—Puedes contármelo si lo hay. —Se aclaró la garganta. Sonó sospechosamente parecido a una risa—. Debe de ser *duro* montar conmigo de este modo. —Tendría que matarla—. En serio, Reid. —Bajó la voz y se giró para mirarme. Solté el aire con brusquedad ante el movimiento—. ¿Necesitas que me mueva? —La repentina seriedad de su expresión me sobresaltó. También el rubor de sus mejillas. La dilatación de sus pupilas—. Puedo sentarme detrás de ti.

Delante de nosotros, Beau lanzó una miradita hacia atrás en mi dirección antes de guiñar un ojo y susurrar algo al oído de Coco, que se echó a reír. Febril de rabia o... o de alguna otra cosa, sacudí la cabeza. Su comportamiento taimado me molestaba. Todo él. Aunque, en realidad, tampoco se los podía llamar «taimados» para nada. Cada uno se comunicaba de un modo abierto aunque no fuese claro, lo cual lo hacía aún más irritante. Se reían a mi costa.

Solo que no sabía por qué.

Y no me iba a dejar humillar por una bruja.

Hice un gesto con la barbilla hacia atrás.

—Muévete.

Lou se puso de pie en los estribos sin vacilar. O al menos lo intentó. No llegaba a los dos, así que optó por ponerse de puntillas sobre mis botas. Casi perdió el equilibrio, pero no la ayudé. No la toqué. No hasta que dio media vuelta para ponerse de frente a mí, con sus pechos a la altura de mis ojos. Estuve a punto de atragantarme. Aunque se apresuró a maniobrar por mi lado, eso no evitó que rozaran contra mi mejilla. Me eché hacia atrás con brusquedad. Olía dulce. Demasiado dulce. A toda velocidad, pasé un brazo alrededor de su cintura y la propulsé detrás de mí. Se agarró a mi hombro para mantener el equilibrio. Sus muslos acunaron los míos. Tuve que reprimir un gemido.

Al menos sus pechos ya no estaban en mi cara... Estaban apretados contra mi espalda.

Dios intentaba matarme.

Deslizó los brazos alrededor de mi pecho.

—¿Así es mejor?

—¿Cómo recupero mis recuerdos? —pregunté, en lugar de responder. Una vergüenza horrible comprimía mi pecho. Esta respuesta física... nunca la había sentido con semejante intensidad. Y lo que era peor, el dolor no se aliviaba. Solo se fortalecía a cada momento que pasaba. Mi cuerpo parecía... insatisfecho. Como si supiese lo que venía a continuación. Como si lo anhelara. Pero eso era una tontería. Mi cuerpo no sabía nada, no *anhelaba* nada, y desde luego que no reconocía ese olor dulce.

—Será doloroso. Yo solo lo he hecho una vez.

—¿Y?

—Y no sé... me limité a concentrarme en los agujeros del tapiz. Seguí las hebras sueltas.

Me reí.

—Acertijos.

—No. —Me apretó más fuerte, su muñeca peligrosamente cerca de uno de mis cuchillos. No la advertí—. No es un acertijo para nada. Piensa en un agujero específico de tu memoria. Concéntrate. Recuerda todo lo que había a su alrededor: los colores, los aromas, los sonidos. Como es lógico, tu mente intentará rellenar las piezas que faltan, pero en el subconsciente cada explicación parecerá errónea. —Hizo una pausa—. Ahí es cuando pasas a las ilógicas. Las mágicas.

¿Estás seguro? Piénsalo bien, Reid. Por favor. Solo piensa. Soy Lou, ¿recuerdas? Soy tu mujer.

Se busca vivo o muerto. Sospechoso de asesinato, conspiración y brujería.

Rechacé con violencia cada pensamiento. No eran verdaderos y ya está. Y a pesar de lo que afirmaba esta criatura, no parecían *correctos*. Parecían equivocados en todos los sentidos. Antinaturales. Agarré las riendas más fuerte y espoleé a nuestro caballo para que acelerara el paso. Necesitaba centrarme otra vez. Recuperar el norte. Clavar un cuchillo en el corazón de una bruja debería ser suficiente. Una solución simple y lógica.

Aún mejor si tenía pecas.

CAPÍTULO 35

EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS INVERNAL



Lou

No estaba preparada para regresar a Château le Blanc. Un escalofrío recorrió mi columna al notar el viento familiar, el sabor de la sal, los pinos y la magia. Más allá de la tenebrosa niebla de L'Eau Mélancolique, las olas rompían y las gaviotas chillaban. Las primeras me habían arrullado cuando me iba a dormir cada noche de niña, y las segundas me habían despertado cada mañana. La ventana de mi dormitorio daba al mar.

—Parad. —Aunque había dicho la palabra en voz baja, Jean Luc tiró de las riendas de su caballo y se giró para mirarme—. Deberíamos ir andando a partir de aquí. Mis hermanas rondan entre estos árboles de noche.

Para mi sorpresa, asintió y obedeció sin argumentos ni burlas. Reid, sin embargo, se puso rígido y negó con la cabeza.

—Tus *hermanas*.

—¿Tú tienes alguna? —Me deslicé de la montura mientras hacía la pregunta con una indiferencia casual. Conocía la respuesta, por supuesto, pero él no lo sabía. Ya lo había asustado una vez con mis comentarios sobre esposas y magia. Su respuesta física ante mí no había ayudado. Si tenía alguna oportunidad de reavivar lo que habíamos

tenido una vez, me haría falta más que mera seducción. Más que súplicas. Tendría que enamorarme de él otra vez, de la persona que era ahora, y él tendría que enamorarse de mí. Cuando no respondió, intenté aclararlo—. Hermanas, quiero decir.

—Ya sabía lo que querías decir —respondió, cortante.

Vale.

Había olvidado que ahora era un idiota.

Jean Luc y Coco se encargaron de atar los caballos a árboles mientras Célie y Beau se acercaban. Beau se frotó las manos contra el frío.

—¿Cuál es el plan? ¿Entramos a la carga, espadas desenvainadas, estandartes al aire?

—Morgane nos mataría antes de que cruzáramos el puente siquiera. —Mis ojos se demoraron en las manos de Célie. Las había cruzado a la altura de la cintura, era la viva imagen de la educación... excepto por la aguja que asomaba entre sus dedos—. ¿Qué es *eso*?

Despacio, estiró los dedos para revelar una jeringa de metal crudo. No se arrugó ni se encogió bajo mi mirada sombría.

—Una inyección —dijo, como si tal cosa—. La perdí en la playa, pero Elvire me la devolvió. Planeo clavarla en el cuello de tu madre.

—Ah. —Coco y yo intercambiamos una mirada de incredulidad—. Bueno, si solo es eso.

Los ojos de Reid relucían cuando se adelantó, pero Célie retiró la mano al instante, antes de que él pudiera tomarla.

—Ni se te ocurra. Me pertenece *a mí*.

Jean Luc y Coco se reunieron con nosotros.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el primero—. ¿Tenemos alguna estrategia preparada?

—¿Cómo te colaste en Modraniht? —le pregunté a Coco.

—*Madame* Labelle transformó nuestras caras. —Se encogió de hombros impotente. Reid, sin embargo, frunció el ceño al oír el nombre, y su mirada se volvió hacia dentro, distante, mientras encontraba a su madre en sus recuerdos. Cuando su ceño fruncido se convirtió en una mueca de asco, supe que había recordado que era una bruja—. ¿Podrías hacer lo mismo? Si han venido brujas de todo el reino, podríamos colarnos dentro sin levantar sospechas.

—Es posible, pero... —Negué con la cabeza, sentía una aprensión creciente—. Puede que Morgane no se acuerde de mí, pero seguro que recuerda cómo os infiltrasteis en el castillo. Otros también lo recordarán. Dudo que se dejen engañar por un truco semejante otra vez, sobre todo después del ataque de Zenna. Todo el mundo estará superalerta. Contarán a cada desconocido del castillo.

—¿Cómo te colaste *tú*? —le preguntó Coco a Jean Luc—. Tú y los *chasseurs*.

—Esperamos en la playa hasta que *madame* Labelle nos condujo a través del hechizo. No tuvimos necesidad de disfrazarnos. Queríamos que las brujas nos vieran acercarnos, que supieran que las nuestras serían las últimas caras que verían jamás.

Célie arrugó la nariz ante esa explicación gratuita.

—Maravilloso.

La expresión de Jean Luc se tornó solemne.

—Todavía soy un *chasseur*, Célie. Todavía me dedico a erradicar lo oculto. Lo que estoy haciendo ahora... perdería mi Balisarda si mis compañeros me pillaran aquí. Ardería en la hoguera yo mismo. —Hizo un gesto que abarcaba al grupo entero—. Todos lo haríamos.

—A menos que les llevásemos la cabeza de *La Dame des Sorcières*. —Reid nos lanzó una mirada significativa a Coco y a mí—. Y las de sus *hermanas*.

Beau lo señaló con un dedo.

—*Tú* no tienes derecho a hablar...

—Solo asegúrate de que esto es lo que quieres. —Jean Luc agarró las manos de Célie, y los ignoró a ambos—. Todavía podemos marcharnos. Tienes elección. No tienes por qué hacer esto.

Los nudillos de Célie se pusieron blancos en torno a la jeringa.

—Sí que tengo que hacerlo.

—Célie...

—Y tú no estás llamado a erradicar lo oculto, Jean. Estás llamado a erradicar el *mal*. —Se apartó de él y dio un paso atrás para ponerse a mi lado—. Y en este *Château* hay mal. En verdad, no tenemos ninguna opción en absoluto.

Se miraron durante varios segundos, sin parpadear, antes de que Jean Luc suspirara.

—Si vamos a entrar por el puente, necesitamos algún tipo de tapadera. —A regañadientes, desabrochó la vaina de la espada y retrocedió un momento hacia su caballo para esconderla entre sus cosas. El zafiro del mango de su Balisarda centelleó cuando la cambió por un juego de cuchillos variados.

Reid abrió los ojos con incredulidad.

—¿Qué estás haciendo?

—Piensa, Reid. —Metió un cuchillo en cada bota—. La única tapadera disponible para nosotros es la magia. —Agitó una mano en mi dirección, pero se negó a mirarme—. La magia no funcionará si llevo mi Balisarda.

Al unísono, se volvieron todos para mirarme. Como si yo conociera las respuestas. Como si yo tuviera el destino de todos ellos en la palma de mi mano. Con el estómago revuelto, meforcé a devolverles la mirada, porque en cierto modo tenían razón. Este era mi antiguo hogar. Ellos eran mi familia. Si no podía protegerlos aquí, si no podía *esconderlos* de mis hermanas, era muy probable que murieran.

—Quizá debería... —Me aclaré la garganta—. Quizá debería entrar sola.

La idea se topó con objeciones instantáneas y decisivas, todo el mundo hablaba a la vez. Coco y Beau se negaban a dejarme. Célie exigió una oportunidad para demostrar su valía, y Jean Luc insistió en que necesitaríamos su experiencia. Incluso Reid negó con la cabeza en estoico silencio; sus ojos comunicaban lo que su boca no decía.

Nada se interpondría entre él y su conquista.

En este momento, esa conquista era Morgane le Blanc. Pronto se daría cuenta de que su objetivo había cambiado, y el fugaz impulso de matarme se solidificaría en algo muy real y muy peligroso. Cuando se enterara de que yo me había convertido en *La Dame des Sorcières*, ya no estaría a salvo con él. No hasta que recordara. No hasta que yo volviera a robarle el corazón.

—Vamos donde vayas tú —sentenció, con una determinación oscura.

Se me comprimió el corazón con sus palabras, me di la vuelta y cerré los ojos. Un entramado de patrones dorados se alzó a mi encuentro. Los estudié con atención, mis párpados aletearon en señal de concentración, y descarté uno tras otro, poco satisfecha con todos ellos. Este tipo de magia, el tipo que servía para esconder a seis personas, tendría un alto coste. Tal vez pudiera transformar sus cuerpos en lugar de sus caras. Podían convertirse en pájaros, o en ardillas o zorros. Una roca en la boca de un tejón.

Con un suspiro de frustración, sacudí la cabeza. Lo más probable era que una transfiguración semejante me matara. Beau tendría que vivir el resto de su vida como una roca; o, más bien, vivir como una roca para siempre porque las rocas no morían. Después de uno o dos momentos de mi propia búsqueda infructuosa, Coco habló con suavidad.

—¿Podrías hacernos invisibles?

No abrí los ojos; en vez de eso, abrí mi vista interior en busca de un patrón semejante. Me hormigueaba la piel por el esfuerzo. Se me estaba acumulando una presión incómoda en el pecho, hasta hacerme doler. Estas cuerdas... parecían simplistas por alguna razón. Inadecuadas. Casi débiles. ¿Le había ocurrido algo a mi magia? ¿Nicholina me había... alterado de alguna manera? Fruncí el ceño y empujé más fuerte; estampé un pie metafórico por la injusticia de todo ello. El calor se extendió por mi cara debido a la humillación.

Ahí estaba yo, *La Dame des Sorcières*: famosa y poderosa, Madre, Doncella y Anciana, y aun así ni siquiera podía lanzar un hechizo para proteger a mis amigos.

Mi hermana eligió mal.

Notaba sus ojos expectantes sobre mí, a la espera de un milagro.

Estampé mi pie otra vez contra el suelo, esta vez con desesperación, y la red debajo de mí se combó y luego rieló hacia fuera. Sobresaltada, estampé el pie otra vez por instinto.

Esta vez, la red se rompió.

Una red de blanco puro y cegador yacía por debajo, y el hormigueo de mi piel explotó en una oleada de poder crudo. No. *Conciencia*, percepción. Cada brizna de hierba, cada copo de nieve, cada *aguja de pino*... lo sentía todo con una intensidad tal que me tambaleé hacia atrás, sin aliento. Célie me agarró del brazo.

—¿Lou? —preguntó, alarmada.

No me atreví a abrir los ojos. No cuando la red allí abajo ofrecía tantísimo más. Repasé cada patrón con un ansia febril. Antes pensaba que mi magia era infinita. La había considerado limitada solo por mi imaginación.

Había estado equivocada.

Mi magia había fluido por la tierra, pero esta magia... *era* la tierra. *Esta* tierra. La Triple Diosa no solo había conferido su forma. Había conferido el corazón de toda nuestra gente. Mi dedo se movió un pelín y la red se onduló hacia fuera, conectada a todos mis pensamientos, a todas mis emociones, a todos mis recuerdos. También a los de mis antepasados. No solo sentía la hierba. Yo *era* la hierba. Me había convertido en la nieve y el pino.

—Lou, me estás asustando. —La repentina voz de Coco cortó a través de mi asombro, y mis ojos se abrieron sin que yo les dijera nada. Coco estaba justo delante de mí. En el marrón de sus iris se reflejaba mi piel, brillante y lustrosa. Luminosa—. ¿Qué ha pasado?

—Yo... —El dolor en mi pecho tiraba de mí hacia delante, entre los árboles. No podía resistirme a su tracción—. Estoy bien —dije mirando hacia atrás. Me reí al ver sus ojos desorbitados y sus bocas entreabiertas. Reid había sacado un cuchillo de su bandolera. Me miró con una suspicacia patente. No lograba hacer que me importara—. Puedo esconder a todo el mundo. Seguidme.

Coco corrió detrás de mí.

—¿Cómo?

—Patrones blancos —dije, con una gran sonrisa.

—¿Como el del campamento de sangre? —Su expresión esperanzada se diluyó—. ¿El que te llevó hasta Etienne?

Mi sonrisa se esfumó y me detuve con un estremecimiento, insegura de repente.

—¿Crees que es Morgane?

—Creo que debemos considerar la posibilidad. Tus patrones nunca han sido blancos, ¿verdad?

—Tampoco has sido nunca *La Dame des Sorcières* hasta ahora —señaló Beau. Aunque Coco y yo lo fulminamos con la mirada, era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho y la amenazadora presencia de Reid se alzó detrás de mí.

—¿Tú eres *La Dame des Sorcières*?

Con mi recién adquirida sensibilidad, era capaz de sentir incluso el peso de sus pisadas. Sentía cómo la nieve y el musgo se apisonaban debajo de sus botas. Su presencia era más pesada que la de los otros, más dura y más fuerte. Más oscura. Solté una risa burlona.

—Apenas. —Me volví hacia Coco, confiada en que Beau y Célie e incluso Jean Luc protegerían mi espalda—. No parece Morgane. Me resulta familiar, sí... casi de mi sangre... pero también parece propio de mí. Creo... creo que confío en ello.

Coco asintió una vez en señal de comprensión. Pero ¿cómo podía comprenderlo Coco? Yo misma apenas lo comprendía. Aunque confiaba implícitamente en la integridad de esta magia, en su pureza, en gran medida me sentía como un barco de remos en el mar. El dolor de mi pecho seguía aumentando y me arrastraba a la deriva. Me arrastraba debajo de la corriente.

—Entonces hazlo —dijo con firmeza—. Hazlo deprisa.

Cerré los ojos, ignoré las vehementes protestas de Reid, y extendí mi percepción hacia fuera, más lejos y más deprisa que antes. Allí. Kilómetro y medio al norte, debajo del famoso puente, un río se estrellaba contra el océano. Con un agitar de mi mano, el agua se solidificó para convertirse en hielo, cambió el estado de la materia. El patrón blanco estalló y mis amigos y yo nos disolvimos en sombras.



Con nuestros primeros pasos sobre el puente, mi cuerpo intentó volver a materializarse. Mis extremidades se acumulaban y dispersaban con violentas sacudidas. Excepto por que no era mi cuerpo en absoluto. Apreté los dientes

por la concentración y bajé la vista hacia mi mano desconocida e incorpórea. La mano de la Doncella.

—Mierda.

Mi susurro flotó en la oscuridad mientras la mano se dispersaba en sombras una vez más.

—¿Qué pasa? —preguntó Coco con tono brusco. Justo veía su forma en sombras al lado de la de Beau, aunque los detalles más finos de su apariencia, como la expresión de sus rostros o el brillo de sus ojos, se habían perdido con el hechizo. Ahora solo parecían partes de una noche, más oscuras que el resto. Sombras con forma humana. Nadie se fijaría en nosotros a menos que miraran, e incluso entonces el humo oscurecía todo rastro de luz de luna. Éramos casi invisibles.

—Nada. Es solo que... me siento rara. —Aunque incorpórea, mi cabeza todavía estaba mareada por la magnitud del poder que tenía ante mí. Por su impresionante alcance. ¿Cómo había soportado esto mi madre? ¿Cómo no la había aplastado?—. Es demasiado. Es como si no pudiera respirar.

—Pues no respire —ofreció Reid.

De haber tenido manos, tal vez lo hubiese estrangulado. Quizá lo habría intentado de todos modos si no hubiese mirado hacia arriba, más allá de la puerta de entrada, hasta la desierta extensión de montañas por todas partes alrededor del Château. Parpadeé despacio, incapaz de creer lo que veía. Donde antes prosperaba un inmenso bosque, ahora solo había rocas y tierra para darnos la bienvenida.

—¿Dónde están los árboles?

Alguien chocó conmigo desde atrás. Jean Luc.

—¿A qué te refieres?

—Los árboles. —Señalé hacia la ladera rocosa que se alzaba sobre nosotros, olvidando que no podía verme—.

Aquí solía haber árboles. Árboles por *todas partes*. Cubrían toda esta cara de la montaña.

—Es verdad. —Las pesadas pisadas de Reid se detuvieron a mi lado—. Me acuerdo.

Nos pusimos en marcha de nuevo, más despacio y con más cautela.

—A lo mejor los han talado —dijo Beau—. Y hace poco. Mira, no hay nieve.

Me opuse a esa idea al instante.

—No lo hicieron.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y *ya está*.

—No hay tocones —dijo Coco, inclinándose hacia delante—. ¿Ves? Aunque el suelo sí parece alterado.

—Entonces, a lo mejor Zenna los quemó todos. —Beau señaló hacia las marcas ennegrecidas en el puente, en la puerta más allá. Prueba de la cólera de Zenna. Aun así, se me pusieron de punta los pelos de la nuca. A estos árboles no los habían quemado. De eso estaba segura.

—Da la impresión de que los hubieran... arrancado de cuajo y de que se hubieran alejado andando.

Reid hizo un ruidito desdeñoso en la parte de atrás de su garganta. Le hice caso omiso. En lugar de eso, me encaminé hacia la puerta una vez más, concentrada en el sonido de mis pies sobre la madera.



De los daños que Zenna pudo haber provocado con su ataque, quedaban pocas evidencias. La integridad estructural del Château permanecía intacta e incluso la fachada mostraba pocos signos del fuego. La magia era útil para esas cosas. Supuse que a Morgane no le habría

gustado tener hollín bajo sus pies. Nos paramos a escuchar dentro de la entrada medio derruida. Aunque el aire en el patio podía helar hasta los huesos, la temperatura en el interior era agradable, a pesar de la maleza que crecía entre las ruinas del vestíbulo. Y el castillo... cobraba vida de noche. Resonaban ecos de todas direcciones: más allá de la gran escalinata, por los pasillos, dentro del gran salón. Una pareja de enamorados pasó a nuestro lado de la mano y, poco después, un sirviente lo hizo a toda prisa con una bandeja de algo que olía a tartaletas de crema pastelera. Un puñado de brujitas apareció un momento más tarde, de camino a hacer formas en la nieve del exterior. Aunque no reconocí a nadie, la familiaridad de todo ello me hizo sonreír. No había cambiado nada.

Reid desenvainó otro cuchillo a mi lado y mi sonrisa se desvaneció.

Todo había cambiado.

Al menos Morgane no había enviado fuerzas a Cesarine. *Todavía no*, al menos.

—Manteneos cerca —murmuré al empezar a caminar hacia las escaleras. Aunque mi cuerpo seguía siendo solo sombra, me moví por los bordes de la sala. Afuera, el humo había oscurecido la luz de la luna, sí, pero dentro, las velas encendidas goteaban en sus candelabros y proyectaban una luz parpadeante. No correría ningún riesgo—. Morgane y Josephine están por aquí en alguna parte. Quizá también Nicholina.

—¿Y la cámara del tesoro? —murmuró Reid.

—Seguidme.

Los conduje a través de una puerta estrecha bajo las escaleras, que daba a un pasadizo serpenteante. Aunque tardaríamos más en llegar a la torre del tesoro por allí, poca gente utilizaba ese camino... y no podía explicar el creciente miedo en mi pecho. Cuanto más tiempo ocultaba a mis

amigos en sombras, más nerviosa me ponía. Como si la magia misma se estuviese... rebelando contra mí. Contra ellos. Tenía poco sentido, pero ¿no era el propósito de *La Dame des Sorcières* proteger su hogar?

Nosotros éramos intrusos ahí, todos nosotros, decididos a robar un tesoro sagrado.

Mi magia no confiaba en nosotros, me di cuenta en un arrebatado de claridad.

El aire del pasadizo sabía rancio, húmedo, y el musgo de las piedras amortiguaba nuestras pisadas. Fue una suerte, porque en ese momento exacto una puerta se abrió un poco más adelante y tres figuras salieron a la semioscuridad. Me quedé helada en mitad de un paso, mi corazón latía con fuerza en mis oídos. Oí sus voces antes de poder ver sus caras.

Morgane, Josephine y Nicholina.

Empezaron a andar, sumidas en una conversación profunda, así que agarré a Reid antes de que pudieran vernos y lo empujé hacia el nicho más cercano. Célie y Jean Luc entraron en tromba detrás de nosotros mientras Coco y Beau hacían lo mismo al otro lado del pasillo. El espacio, sin embargo, era demasiado pequeño. Mi mejilla quedó aplastada contra el pecho de Reid y, detrás de mí, la rodilla de Jean Luc se clavaba en mi muslo. Célie temblaba sin parar. Me contorsioné para pasar un brazo a su alrededor y así ocultar el movimiento y consolarla en igual medida. Nadie se atrevió ni a respirar.

—Me importa *un bledo* lo que digas —le bufó Morgane a Josephine, visiblemente agitada. Se había recogido el pelo blanco en una trenza enmarañada y tenía los ojos inyectados en sangre. La fatiga le había dado un tono grisáceo a su piel—. El momento es ahora. Estoy cansada de estos juegos incesantes. Los árboles se han movilizad

nosotros iremos detrás para golpear duro y con contundencia mientras el cónclave delibera.

Josephine sacudió la cabeza de manera brusca.

—No creo que sea lo más inteligente. Debemos seguir con el plan como fue diseñado. Tu hija, los hijos del rey, ellos...

Morgane dio media vuelta para encararse con ella, las aletas de la nariz muy abiertas con una ira repentina.

—Por última vez, Josephine, no *tengo* hija, y si tengo que repetírtelo otra vez, te arrancaré la lengua de tu garganta miserable.

No tengo hija.

Ah. Mi corazón se retorció de manera inesperada. Aunque ya sospechaba que me había olvidado, sospechar la verdad y saberla, y *oírla*, eran dos cosas completamente diferentes. No debería de haber dolido tanto, pero ahí, en el hogar de mi infancia, rodeada de hermanas que habían vitoreado cuando mi sangre se derramó... dolía. Solo un poco. Busqué la cara de Reid, oculta entre las sombras. De tan cerca, podía ver la forma de sus ojos, el rictus de su boca. Me fulminó con la mirada.

Aparté la vista.

Con una carcajada, Nicholina empezó a canturrear.

—Los muertos han de olvidar. Cuidado con sueños que impidan dormir. Pues en su pecho hay recuerdos...

Morgane le cruzó la cara sin previo aviso. El enfadado *plaf* resonó por el pasillo.

—Tú no hablas —una vena palpitó en la frente de mi madre—, no *respiras* a menos que yo lo quiera. ¿Cuántas veces tengo que castigarte antes de que lo entiendas? — Cuando levantó la mano otra vez, Nicholina se encogió. Se *encogió* de verdad. No obstante, en lugar de golpearla, Morgane dio unos golpecitos con los nudillos sobre la frente

de Nicholina—. ¿Bueno? ¿Cuántas? ¿O es que tus oídos están tan atrofiados como tu cerebro, diablo inútil?

Nicholina retrocedió visiblemente ante el insulto, su expresión se vació de pronto. Tenía la vista fija más allá de Morgane a medida que la roja huella de una mano afluía en su mejilla.

—Lo que pensaba. —Con una mirada de desdén, Morgane retomó su camino por el pasillo hacia nosotros, sus propias mejillas moteadas eran visibles incluso a la luz de las velas—. Debí matarte cuando tuve la oportunidad.

Josephine se limitó a arquear una ceja en dirección a su protegida y la siguió.

Célie ya no era la única que temblaba. Mis propias manos se sacudían cuando Nicholina se deslizó detrás de ellas, tan ausente y exánime como los espectros en el exterior. Incluso el corazón de Reid latía como un tambor fuera de compás contra mi oído. Se mantuvo rígido mientras ella pasaba, pero noté que su mano subía despacio por mi espalda. Noté su cuchillo. Ahora bien, si pretendía matarme a mí o a Nicholina, nunca lo supe, porque antes de desaparecer al otro lado de la esquina, Nicholina se giró hacia nuestro nicho.

Sus ojos se cruzaron con los míos.

Y supe, del mismo modo instintivo que había sabido que los árboles se habían marchado solos y que mi magia quería proteger a Château le Blanc, *supe* que me había visto.

El cuchillo de Reid se detuvo al mismo tiempo que las pisadas de Nicholina.

—Hola, ratón —susurró, sus dedos se cerraron en torno a la esquina. Un miedo puro y sin adulterar serpenteó por todo mi cuerpo al oír sus palabras. No pude hacer más que mirarla pasmada. Paralizada. Un solo grito por su parte podría matarnos a todos.

Esperamos, con la respiración al mínimo, mientras Nicholina ladeaba la cabeza y luego doblaba la esquina sin hacer ruido.

—¿Qué estamos haciendo? —La voz de Reid sonó pegada a mi oído, baja y furiosa—. Todavía podemos atraparla. Moveos.

Mantuve los ojos fijos en el punto por el que había desaparecido, con la mente a mil por hora. Sin embargo, Nicholina no reapareció y ningún sonido de alarma desgarró el silencio. Ningún sonido de persecución.

—Nos ha dejado ir.

—Para matarnos más tarde.

—Podría habernos matado aquí y ahora, pero no lo hizo. —Fruncí el ceño, completamente desencantada con su intensidad obsesiva. Rozaba lo cabezota. ¿Había sido así de estúpido cuando lo conocí? ¿Sería *su* mente la que estaba atrofiada?—. No sé por qué, pero *sí* sé que no le voy a mirar el dentado a un caballo regalado. Está con Morgane y La Voisin —añadí cuando intentó pasar a mi lado. Planté los pies con firmeza—. Ahora no es el momento para este enfrentamiento. Hicimos un trato con Isla: entramos, salimos y le damos el anillo.

—Inaceptable. —Ese cuchillo por fin presionó entre mis escápulas—. No estoy aquí para apoderarme de un anillo mágico, Louise. Si no te apartas de mi camino, encontraré a otra bruja a la que matar.

Le clavé un dedo en el pecho. Fuerte.

—Escúchame, imbécil. —Levanté un poco la voz al decir la palabra, pero me apresuré a bajarla de nuevo—. Isla necesita ese anillo. *Nosotros* necesitamos a las melusinas. Cuanto antes acabemos aquí, antes podremos unir a nuestros aliados, antes podremos formular un plan de ataque...

—Yo ya tengo un plan: atacar. Morgane está aquí, no en Cesarine.

—Tu *madre* está en Cesarine.

—No me importa mi madre —gruñó. Al final, me dio un empujón con el hombro y salió de atrás de mí. Yo me tambaleé contra Jean Luc, que intentó no perder el equilibrio pero, a cambio, empujó a Célie contra Reid y me lanzó a mí sola al pasillo.

Me giré hacia él, maldiciendo en voz alta. Y entonces me quedé paralizada.

Manon me miraba fijamente.

—¿Hola? —Entornó los ojos con suspicacia y los deslizó por mi figura oscura. Levantó una mano como para tocarme y yo me escabullí hacia atrás. No tenía elección. Si me tocaba, se daría cuenta sin lugar a dudas de que era humana. Cuando frunció aún más el ceño, hice una mueca al percatarme demasiado tarde de que las sombras no se *escabullían*—. ¿Quién está ahí? —Sacó una hoja fina de su manga—. Muéstrate o llamaré a los centinelas.

¿Por qué todos los planes que hacía se iban siempre a la mierda de un modo tan completo?

Con los labios apretados abrí apenas esa puerta de poder en mi pecho, debajo de la cual centelleaba la red blanca. Sería un riesgo cambiar formas, pero Morgane era lista. Aunque no cabía duda de que se habría dado cuenta de que la Triple Diosa había revocado su bendición, yo no podía quedarme ahí sin más con un cuchillo delante y otro detrás, pero tampoco podía revelar mi verdadera forma. Seguro que este poder recién descubierto lo haría más fácil.

Hice un esfuerzo por recordar mis clases de la infancia, me devané los sesos en busca de todo lo que sabía acerca de la Triple Diosa y sus formas.

Su última forma es la Anciana, que encarna el envejecimiento y el final, la muerte y el renacimiento, vidas

pasadas y transformaciones, visiones y profecías. Ella es nuestra guía. Ella es crepúsculo y noche, otoño e invierno.

Muy adecuado, ya que lo más probable era que muriéramos todos aquí de todos modos.

Me concentré en esas características, intenté centrarme en torno a ellas, mientras otros recuerdos se consumían: mi vida en este castillo, mi sangre en el cuenco, mi despedida a Ansel. Esa sensación de profunda y absoluta aceptación. Mi transformación en la Doncella había ocurrido con facilidad, sin intención, pero esta transformación había llegado todavía más fácilmente. Tal vez en el pasado hubiese empatizado sobre todo con la Doncella (aún lo hacía, hasta cierto punto), pero esa alegre temporada de luz ya había pasado. Llevaba viviendo en invierno demasiado tiempo. Para mi sorpresa, no me arrepentí del cambio. Me deleité en él.

Mis manos se arrugaron y agrietaron a medida que las sombras a su alrededor se disipaban y mi columna se combaba bajo años de fatiga. Mi visión se empañó. Mi piel se puso flácida. Triunfante, supercontenta conmigo misma, levanté un dedo nudoso hacia el rostro sorprendido de Manon. Lo había hecho.

Me había transformado.

—¿Has salido a dar un paseo a la luz de la luna, querida?
—Mi voz sonó temblorosa, desconocida y grave y desagradable. Solté una carcajada ante el sonido y Manon dio un paso atrás—. Aunque me temo que no hay demasiada luz de luna esta noche. —Mi lengua asomó por el agujero entre mis colmillos cuando la miré con malicia—. ¿Quieres que vaya contigo?

Manon se apresuró a hacer una genuflexión.

—Mi señora. Lo siento mucho. No... no la reconocí.

—Algunas noches debo pasar inadvertida, Manon.

—Por supuesto. —Agachó la cabeza. Demasiado tarde me di cuenta de que había estado llorando. El kohl alrededor de sus ojos había dejado sendas marcas en sus mejillas y su nariz todavía goteaba. Manon se sorbió los moquillos lo más disimuladamente que pudo—. Lo entiendo.

—¿Va algo mal, chiquilla?

—No. —Dijo la palabra demasiado deprisa, sin dejar de retroceder—. No, mi señora. Siento haberla molestado.

No necesitaba la Visión de la Anciana para ver a través de su mentira. En realidad, no necesitaba haber preguntado siquiera. Manon aún lloraba a su amante muerto, Gilles, el hombre al que había matado con sus propias manos. Todo porque había sido hijo del rey.

—Una taza de té de camomila, querida. —Cuando Manon parpadeó confundida, se lo aclaré—. En las cocinas. Prepara una infusión de camomila y déjala un poco en remojo. Calmará tus nervios y te ayudará a dormir.

Con otra reverencia y una palabra de agradecimiento Manon se marchó, y yo me dejé caer contra la pared más cercana.

—Por todos los demonios —murmuró Beau.

—Eso ha sido *increíble* —añadió Coco.

—Suéltame. —Reid se zafó del agarre de Jean Luc de un modo rápido y eficiente, con los tendones del cuello marcados por el esfuerzo. Se giró hacia él en una tormenta de furia—. Estaba aislada. La situación estaba controlada. Debimos *atacar*...

—¿Y después qué? —Levanté las manos por los aires y cojeé hacia él—. Venga, ¿cuál es el siguiente paso en este plan magistral tuyo, Chass? ¿Escondemos su cuerpo para que alguien se tropiece con él? ¿Lo metemos en el armario? ¡No podemos arriesgarnos a que alguien sepa que estamos aquí!

—Estás poniendo en peligro la misión, Reid —convino Jean Luc muy serio—, y de paso nos pones en peligro a todos. Sigue las órdenes de Lou, o te dejaré incapacitado.

Reid se plantó a escasos centímetros de él.

—Me gustaría verte cómo lo intentas, Jean.

—Oh, cierra la boca ya o esconderé *tu* cuerpo en el maldito armario. —Había perdido la paciencia por completo. Di media vuelta (aunque, en realidad, fue más bien un arrastrar de pies) y me tambaleé pasillo abajo una vez más —. Ya hemos perdido bastante el tiempo aquí.

Reid nos siguió en silencio, furioso.

CAPÍTULO 36

COSAS LETALES Y PRECIOSAS



Reid

Château le Blanc era un laberinto. En Modraniht, no me había aventurado más allá del Gran Salón, así que no podía hacer nada más que seguir a Lou. *Lou*. No me había dicho quién era. Por supuesto que no. No me había dicho que había heredado el poder de su madre. Que *ella misma* se había convertido en *La Dame des Sorcières*.

Ahora hacía grandes esfuerzos por subir un desvencijado tramo de escaleras. Coco y Beau la sujetaban, uno a cada lado. Sus formas permanecían oscuras. Antinaturales. Como sombras.

—Siempre podrías volver a transformarte —murmuró Beau, que acababa de sostener su enjuta figura cuando se tambaleó.

—Esto es mejor. Si nos topamos con alguien más, no querrá mirar con demasiada atención.

Las escaleras subían en espiral por una torre estrecha. El techo en esta zona, sin embargo, había colapsado en parte. Igual que en el Gran Salón, los elementos habían invadido la mayoría de las habitaciones. La nieve caía con suavidad en la salita familiar, donde un alegre fuego crepitaba en la elegante chimenea tallada. Su luz danzaba sobre tapices con bestias mágicas y mujeres hermosas. Los ojos de todos

ellos parecían seguirnos a medida que pasábamos; podría jurar que una incluso giró su elegante cuello.

—Esta sala es para el uso personal de Morgane. —Lou señaló hacia el escritorio de madera en un rincón. Una pluma de pavo real garabateaba sobre un pergamino por voluntad propia. La nieve que caía no estropeaba el papel, las alfombras ni los tapices. No manchaba las molduras decorativas. Simplemente se derretía para convertirse en nada en el agradable aire caliente. En un rincón, un arpa tañía sus propias cuerdas con suavidad.

Toda la escena era tétrica.

—Su dormitorio también está en esta torre. —Señaló hacia una habitación detrás del arpa—. Y su oratorio. Me prohibió que entrara en esta parte del castillo, pero yo me colaba de todos modos.

—¿Y la sala del tesoro? —preguntó Jean Luc.

—Justo encima de nosotros. —Lou arrastró los pies hasta la estantería de al lado del escritorio y estudió los tomos que había ahí. Sus cejas plateadas se fruncieron en señal de concentración—. La puerta está en alguna parte... —Sus dedos se detuvieron sobre un libro antiguo forrado con tela negra. En el lomo, habían estampado letras en color oro: *L'argent n'a pas d'odeur*. Le dio unos golpecitos con una sonrisa maliciosa—. Aquí.

Cuando tiró del libro hacia ella, la pared entera gimió. Unos engranajes traquetearon. Y la estantería... se abrió hacia un lado. Detrás, una escalera estrecha y empinada desaparecía en la oscuridad. Lou hizo una ligera reverencia sin dejar de sonreír y chasqueó los dedos. El olor de la magia estalló por todas partes a nuestro alrededor, más fresco que antes, y una antorcha en la pared de la escalera se avivó de pronto.

—Detrás de ti.

Beau retiró la antorcha con cautela. Una sombra que llevaba luz. Una imagen antinatural que me puso de punta los pelos de los brazos. Del cuello.

—No nos dijiste que el tesoro estaba en sus dependencias personales.

—No quería asustaros.

—Oh, sí. —Beau dio un paso tentativo sobre el primer escalón, que crujió bajo su peso—. Las sombras, los espectros y las brujas asesinas hubiesen palidecido en comparación con la cama de Morgane. —Vaciló un segundo y miró hacia atrás—. Al menos... ¿crees que volverá pronto?

Coco lo siguió, antes de que el cobarde pudiera pensárselo dos veces.

—Creo que está ocupada tramando el fin del mundo.

—Este sitio... —Célie miró atrás con añoranza mientras ella también iniciaba el ascenso. Sus ojos se demoraron en la pluma de pavo real antes de posarse en el arpa. Sus cuerdas doradas. Su cuerpo oscilaba un poco al son de la cautivadora melodía—. Es tan precioso...

Puse los ojos en blanco.

—Casi mueres ahí afuera, Célie.

—No lo he olvidado —espetó cortante, a la defensiva de pronto. Su tono me irritó—. Créeme, recuerdo bien lo que es la magia. Es solo que... —Apartó la mirada de la habitación y se volvió, en cambio, hacia Jean Luc, hacia mí. Su mano subió para atrapar un copo de nieve entre nosotros, y todos observamos cómo se derretía sobre la yema de su dedo, embelesados. No. Embelesados *no*, asqueados—. Nunca me dijiste que también puede ser bonita —terminó, más suave ahora.

—Es peligroso, Célie —dijo Jean Luc. Célie levantó la barbilla.

—¿Por qué no puede ser ambas cosas?

Todos oímos lo que quería decir de verdad: *¿Por qué no puedo «yo» ser ambas cosas?*

Jean Luc la miró durante unos segundos, con la cabeza ladeada en contemplación. Cuando al final asintió, como respuesta afirmativa a su pregunta inarticulada, Célie le dio un beso en la mejilla y subió las escaleras con los otros. Jean Luc la siguió como un cachorrillo fiel y enamorado, y mi estómago cayó en picado como si se hubiese saltado un escalón. La respuesta de Jean Luc no debería haberme sorprendido. La de ella tampoco. Estaba claro que Célie había sufrido la influencia de las brujas, y Jean Luc jamás diría una palabra en su contra.

Aun así, me sentí... raro, por alguna razón... como desconectado, cuando le hice a Lou un gesto con la barbilla. Solo quedaba ella. Los demás se habían marchado, no solo en el sentido literal.

—Ve.

La sonrisa mellada de Lou se diluyó.

—Perdóname, pero preferiría terminar la noche sin tener un cuchillo clavado en la espalda. Estoy segura de que lo entiendes.

Meneó los dedos en una amenaza silenciosa para invitarme a pasar. Con una mueca de enfado, seguí a Jean Luc. Aunque Lou había estado en lo cierto en cuanto a sus sospechas (*sí* quería terminar con su existencia depravada), no tenía otra opción que obedecer. Había perdido mi Balisarda.

—Creí que la puerta estaba protegida por un hechizo poderoso.

Las pisadas de Lou sonaron pesadas y torpes a mi espalda, su respiración cada vez más ruidosa a cada paso. Laboriosa. No le ofrecí ayuda. Si insistía en utilizar esta magia repulsiva, ella recogería los frutos.

—Eso era *una* puerta —jadeó—. No era *la* puerta. ¿De verdad creías que mi madre protegería sus posesiones más preciadas solo con una estantería?

Sus posesiones más preciadas. Las palabras me provocaron un escalofrío de anticipación. Seguro que había algo al otro lado de esa puerta que me serviría para eliminarla, para eliminarlas a *todas* ellas. Tal vez si lo liberara, si se lo entregara a un arzobispo nuevo, podría renovar mi juramento y unirme otra vez a mi hermandad. Ahí era donde yo pertenecía.

No obstante, en cuanto ese pensamiento se materializó, lo desterré de mi mente. Si este arzobispo nuevo me aceptaba con tanta facilidad (a mí, a un hombre culpable de asesinato y conspiración), no sería un líder en absoluto. Yo no podría seguirlo. No, desde este momento en adelante, yo solo podía aspirar a expiar mis culpas. Mataría a estas brujas, sí, pero sin esperar ninguna recompensa a cambio. Si los carteles de «se busca» decían la verdad, no me merecía ninguna.

Las mataría de todos modos.

En la cima de la escalera, los otros se detuvieron delante de una puerta simple y anodina. Lou se abrió paso a mi lado, todavía resollando. Agarró su pecho con una mano y el picaporte de la puerta con la otra.

—Dios mío. Creo que es posible que mis rodillas se hayan roto.

—Mi *māmā rū’au* puede predecir el tiempo con las tuyas —aportó Beau.

—Suena como una mujer fascinante, y lo digo en serio. — Lou se enderezó todo lo que pudo y giró el picaporte dorado de manera experimental. No se movió. Solté un resoplido desdeñoso—. Comprobarlo no hacía ningún daño —musitó.

Se produjo un momento de silencio mientras Lou miraba la puerta y nosotros la mirábamos a ella.

—¿Y? —La impaciencia hizo que mi tono fuese más cortante.

Lou estiró la palma de la mano sobre el picaporte y me lanzó una mirada desafiante.

—Estaba en lo cierto. Esta puerta está bajo un hechizo retorcido y me costará un rato deshacerlo (si es que lo consigo). —Cerró los ojos—. Puedo sent... sentirlo ahí. Como un sexto sentido. La magia... tira de mi pecho incluso ahora. —Negó con la cabeza y volvió a abrir los ojos—. Pero no sé si puedo confiar en ella.

—No creo que tengamos elección. —La voz de Coco se había vuelto sombría.

—Quiere proteger este lugar, incluso de mí.

—Tú controlas la magia, Lou. Ella no te controla a ti.

—Pero ¿y si...?

—Cambia tu perspectiva.

La respuesta me sobresaltó incluso a mí, y había salido de mi propia boca. Debajo de sus miradas de sorpresa, me arrepentí al instante de haber dicho nada. Un rubor cálido trepó por mis mejillas. ¿Por qué *había hablado*? Necesitaba entrar en esta sala, como es obvio, pero... no. Esa era la única explicación. Necesitaba entrar en esta habitación. Los miré a los ojos, a cada uno de ellos, antes de continuar.

—Esta magia nueva quiere proteger el Chateau. ¿Por qué? —Lou frunció el ceño—. Porque es mi hogar. El hogar de mis hermanas. Ha sido nuestro desde el albor de los recuerdos.

—Eso no es del todo así —susurró Coco. Lou parpadeó en su dirección.

—¿Qué?

—Mi tía lo recuerda de manera diferente. —Coco se movió con una incomodidad evidente—. Habla de un tiempo en el que las *Dames rouges* paseaban por estos pasillos en lugar de las *Dames blanches*. —Al ver la expresión

escandalizada de Lou, se apresuró a añadir—: No importa. Olvida que haya dicho nada.

—Pero...

—Tiene razón. —Interrumpí, mi voz dura—. Lo que importa ahora es si tú, *La Dame des Sorcières*, todavía consideras que este sitio es tu hogar. —Cuando no dijo nada y se limitó a mirarme con intensidad, me encogí de hombros. Los hombros rígidos—. Si no, sería lógico que tu magia no lo protegiera ya más. Seguramente se trasladará a tu nuevo hogar, sin importar donde esté.

Lou siguió mirándome.

—Correcto.

Crucé los brazos y aparté la mirada, claramente incómodo.

—Bueno, ¿lo es?

—No. —Después de otro momento largo e incómodo, al final hizo lo mismo—. No, no lo es.

Entonces cerró los ojos y soltó el aire contenido. Todo su cuerpo se relajó en el movimiento, hizo desaparecer la piel marchita hasta no parecerse más a la Anciana, sino a una mujer joven otra vez. Una mujer joven y vibrante. Una *bruja*, me regañó mi mente. Una *bruja* joven y vibrante. Aun así, con los ojos cerrados, no pude evitar mirarla de arriba abajo: pelo castaño largo y facciones delicadas, ojos rasgados, pecas besadas por el sol. En el cuello, un círculo de espinas rodeaba su piel dorada. También había rosas.

¿Por qué no puedo yo ser ambas cosas?

El inexplicable impulso de tocarla casi me abrumó. Sentí ganas de trazar la delicada curva de su nariz. El arco franco de su frente. Me resistí a ese alocado impulso. Solo los tontos codiciaban cosas preciosas y letales. Yo no era un tonto. Yo no codiciaba. Y desde luego que no quería tocar a una bruja, me mirase como me mirare.

Me miraba como si le perteneciera y ella me perteneciera a mí.

—Es una cerradura —murmuró al cabo de un rato, con el rostro contorsionado por el esfuerzo. El sudor perlaba su frente—. La magia. Yo soy la llave. *La Dame des Sorcières* pronunció el hechizo y solo ella puede deshacerlo. Pero yo... —apretó los ojos con fuerza—, las redes, están todas fijas. No puedo moverlas. Son como hierro.

—¿Crees que es una cerradura? —Vacilante, Célie se acercó a la puerta—. ¿De tambor de pines o antigua?

Con los ojos aún cerrados, Lou frunció los labios. Aparté la vista.

—No estoy segura. Es como... si estuviera dentro de ella, si es que eso tiene algún sentido...

—¡Descripción, por favor!

—¡No puedo describir el interior de una cerradura, Célie! ¡Jamás he visto una!

—Bueno, pues yo sí y...

—¿Tú sí? —preguntó Jean Luc, incrédulo—. ¿Cuándo?

—Todo el mundo necesita un hobby. —Decidida ahora, se abrió paso con los hombros y fue hasta Lou. La agarró de las manos—. Abrí la cerradura de la cámara acorazada de mi padre y puedo ayudarte a abrir esta también. Ahora, dime, ¿los patrones tienen agujeros y ranuras, o se parecen más a un ábaco? ¿Hay tres o más filas paralelas?

Lou hizo una mueca. Lo mismo que Jean Luc.

—Nada de filas —dijo, con los nudillos blancos en torno a los de Célie—. Puede que haya agujeros. Yo... no lo distingo bien. —Inspiró con brusquedad, como si sufriera algún dolor—. No sé si tengo el control suficiente para esto. La magia... es más fuerte que yo. Y... —Su voz se difuminó, cada vez más tenue, y osciló sobre los pies.

—Tonterías. —Célie la equilibró con mano firme—. En el ataúd de mi hermana, cuando sentía que podría alejarme

volando, contaba los nudos de la madera para mantenerme en contacto con el mundo real. Había treinta y siete que yo pudiera ver. Los contaba una y otra vez, y aspiraba una bocanada de aire con cada uno. —Apretó las manos de Lou—. Escucha mi voz y respira. —Después—: Necesitas una llave maestra.

No pude evitarlo. Di un paso al frente, con los ojos cautivados por la cara de Lou.

—¿Una llave maestra? —preguntó.

—Es una cerradura antigua. Esos agujeros que ves están destinados a falsas protrusiones que evitan que el mecanismo se abra. Una llave maestra no tiene ninguna. Forma la llave en tu mente: larga y estrecha, con solo dos protrusiones al final. Dales forma para que encajen con los últimos agujeros y empuja.

Coco se movía de un pie al otro, perpleja.

—No lo entiendo. ¿Por qué crearía Morgane simples llaves y cerraduras cuando tiene acceso a la magia?

—¿A quién demonios le importa? —Beau rondaba ansioso al lado de las escaleras. Vigilando—. Es una cerradura encantada para una puerta encantada en un maldito castillo encantado. Nada de esto tiene sentido. Solo date prisa, ¿quieres? Creo que he oído algo.

Lou rechinó los dientes, pálida y temblando ahora.

—Si alguno de vosotros hubiese intentado abrir esta puerta, no habría visto una cerradura. Está destinada solo a *La Dame des Sorcières*, pero también... es la magia de las matriarcas anteriores que pone a prueba la mía. Noto el desafío de todas ellas. Al otro lado de la puerta se encuentran sus tesoros y yo debo... ganarme... el derecho a entrar. —Su cabeza dio una breve sacudida con cada palabra, y sus ojos se abrieron como platos y se dirigieron directos hacia el picaporte. Respondió con un simple *clic*. Un

silencio pesado descendió sobre nosotros mientras la mirábamos.

Lou levantó un único dedo hacia la madera y probó a empujar.

La puerta se abrió.



Entramos en una habitación de oro; o, al menos, eso parecía a primera vista. En realidad, el techo abovedado y las paredes octogonales habían sido erigidos a partir de placas de vidrio de mercurio, que reflejaban las *couronnes*. Cientos de ellas. Miles de ellas. Las monedas se derramaban hacia nosotros desde todos los rincones, apiladas en precarios montones que formaban torres propias. Unos caminos estrechos serpenteaban entre ellas como calles y callejuelas en una ciudad colosal y centelleante.

—Esto... —Beau estiró el cuello para estudiar la cresta más alta del techo. Construida en la cima de una torre, la habitación se estiraba más a lo alto que a lo ancho, más bien cilíndrica, como si acabáramos de entrar en una caja de música. Un enorme cuenco para el fuego descansaba sobre un pedestal en el centro de la cámara. No había troncos que alimentaran las llamas; tampoco emitían humo. Respiré hondo. Aunque la magia lo impregnaba todo, ahí dentro casi olía rancio. Como una gruesa capa de polvo—. No era lo que esperaba —terminó por fin.

Lou examinó un par de cadenas oxidadas cerca de la puerta, los eslabones eran más gruesos que sus muñecas. Una sustancia seca se desprendía como en lascas del metal. Marrón, casi negra. Sangre.

—¿Qué esperabas?

Beau recogió lo que parecía una vieja calavera humana.

—¿Un armario polvoriento lleno de muñecas tétricas y muebles viejos?

—Es un tesoro, Beau, no un ático. —Lou señaló un montón de oro al otro lado del sendero. Una figurita de madera descansaba sobre un sofá manchado. A su lado había un peine dorado y un espejo de mango rosa—. Aunque ahí tienes una muñeca. Morgane dijo una vez que estaba maldita.

—¿Maldita *en qué sentido*? —Beau se había puesto blanco.

—Solo evita mirarla a los ojos. —Lou devolvió las cadenas a su sitio y luego dio la impresión de elegir otro camino al azar y empezó a andar—. Muy bien. Deberíamos dividirnos. Avisad si encontráis algo parecido a un anillo de oro, pero *no* toquéis nada más. —Arqueó una ceja en nuestra dirección—. Aquí hay muchas cosas letales y preciosas.

Me deslicé detrás de ella mientras los otros se desperdigaban para buscar. Al oír el sonido de mis pisadas, se volvió hacia mí con una sonrisita. Aquí, en esta habitación oscura con su oro encantado y su fuego mágico, parecía más una bruja de lo que la hubiera visto jamás. Extraña y misteriosa. Casi surrealista.

—No podías mantenerte alejado, ¿eh?

No sabía por qué la había seguido. No respondí.

Cuando se deslizó detrás de un armario con sus puertas y cajones pintados con flores diminutas, saqué un cuchillo de mi bandolera. Su risa fantasmagórica resonó por el aire de olor espeso. Parecía resplandecer donde ella había desaparecido, la luz del fuego iluminaba de dorado las motas de polvo. La yema de un dedo me rozó la nuca. Giré en redondo y la encontré de pie justo detrás de mí. Sus ojos relucían con un brillo antinatural. Azules. No, verdes.

—No voy a dejar que me mates, ¿sabes? —comentó—. Después, no serías capaz de vivir con ello.

Mis dedos ansiaban agarrar el mango de mi cuchillo. Se me comprimió la garganta y casi no podía respirar.

—Solo quiero mis recuerdos de vuelta, bruja.

Esos ojos inquietantes se posaron sobre mi arma y Lou dio un paso adelante. Dos. Tres. Caminó hasta que su pecho se topó con la punta y luego se inclinó aún más hacia delante. Hasta producir una gota de sangre. Solo entonces volvieron sus ojos a los míos. Solo entonces susurró contra mis labios.

—Eso es lo que quiero yo también.

Miré mi cuchillo. Su sangre. Un rápido empujón lo haría. Un simple movimiento y *La Dame des Sorcières* estaría muerta. O, al menos, incapacitada. No podría impedir que tirara su cuerpo al fuego. Al fuego *mágico*. Sería casi poético contemplar cómo se quemaba sobre él. Quedaría reducida a cenizas antes de que los otros pudieran salvarla.

Un rápido empujón. Un simple movimiento.

Ella me volvería loco si no lo hacía.

Nos quedamos así durante un segundo más, cien segundos más, tensos, preparados... pero entonces sonó un grito desde el otro lado de la sala y nuestro duelo silencioso se interrumpió.

—¡Está aquí! —La risa de Célie rodó entre nosotros—. ¡Lo he encontrado! —Con una sonrisita de suficiencia, Lou dio un paso atrás. Se alejó de mí. En su ausencia, pude respirar de nuevo. Pude *odiar*.

La mujer me volvería loco *hasta* que lo hiciera.

—Eres afortunada —dije en tono sombrío, al tiempo que envainaba el cuchillo.

—Qué curioso. No me siento afortunada en absoluto.

Su sonrisita parecía quebradiza cuando se giró para seguir la voz de Célie. Me dio la espalda y cada fibra de mi ser ansiaba abalanzarse sobre ella. Atacar. Llegué incluso a flexionar las rodillas, y me detuve solo cuando un zafiro

centelleó en la periferia de mi visión. Me quedé paralizado. Desde el interior de un cajón del armario, asomaba el mango de plata de una Balisarda. Daba la impresión de que la habían guardado ahí al tuntún. Almacenada y olvidada. Un fogonazo de emoción atravesó mi cuerpo. El impacto de un relámpago.

Con cuidado, en silencio, deslicé la Balisarda dentro de mi bandolera.

Encontramos a Célie, Jean Luc y Beau congregados al lado del fuego. Coco llegó hasta ellos en el mismo momento que nosotros. Célie mostró al instante el anodino anillo en la palma de su mano.

—Lo encontré —repitió, sin aliento, por la emoción. Y por algo más. Cuando sus ojos saltaron hacia el cuello de Coco de manera casi imperceptible, seguí su movimiento. Vi que ahí brillaba un medallón—. Toma. Míralo.

Coco examinó el anillo durante un rato antes de sonreír.

—*Claro* que ibas a ser tú la que lo encontrara. —Con un gesto afirmativo de reconocimiento hacia Célie, le entregó el anillo a Lou, que se lo puso en el dedo como si perteneciera ahí. Fruncí el ceño—. Gracias, Célie.

—Deberíamos irnos —nos apremió Beau—. Antes de que vuelva Morgane.

Todos de acuerdo, volvimos escaleras abajo, pero no fue Morgane quien nos recibió en la puerta.

Fue Manon.

CAPÍTULO 37

NO ME HAGAS PREGUNTAS



Reid

Con los pies separados y los brazos agarrados a ambos lados del umbral de la puerta, nos recibió con una expresión tan muerta que daba miedo. Nos tenía atrapados ahí dentro. Todo rastro de lágrimas había desaparecido desde que la vimos en el pasillo más abajo.

—¿Té de camomila, Louise?

Lou se abrió paso hasta la parte de delante de nuestro grupo; su mano rozó la mía al pasar. El contacto fue como un ligero calambre. Retiré la mano a toda prisa.

—Dabas la impresión de necesitarlo —comentó, mientras hacía un gesto en dirección al aspecto desaliñado de Manon en general. El tono desenfadado de Lou parecía forzado, igual que su sonrisa—. Supongo que no has hecho caso de mi consejo y no lo has bebido. ¿Cuándo has dormido por última vez? —Manon no contestó. Unos gritos en lo bajo borraron la sonrisa de Lou de todos modos. Abrió los ojos como platos—. Tú... ¿le has dicho a mi madre que...?

—Todavía no. Tenía que asegurarme de la intrusión. Pero sí se lo dije a algunos otros. Informarán a nuestra señora pronto.

—Mierda, mierda, mierda. *Mierda*. —Soltando una brusca bocanada de aire, incrédula, Lou apretó los puños antes de

agarrar a Manon por el cuello y tirar de ella hacia la escalera. Beau cerró la puerta a su espalda—. No pasa nada. No saben que soy *yo* en concreto la que está aquí. Aún podemos...

—No volverás a escapar, Louise —dijo Manon, sus ojos todavía neutros e inexpresivos.

—Solo... solo... —Lou agitó un puño delante de la cara de la bruja y Manon se quedó tan tiesa como una tabla, incapaz de moverse—. Solo cierra la boca por un segundo, Manon. Necesito pensar. —Se volvió hacia Coco, Jean Luc y yo—. No podemos salir por donde entramos —nos dijo a toda prisa—. ¿Alguna idea brillante?

—Nos abrimos paso peleando —dije al instante. Jean Luc frunció el ceño mientras pensaba una estrategia.

—Somos seis. Número de enemigos desconocido. Hemos conquistado el terreno elevado, pero tenemos que crear un cuello de botella...

—Ya tenemos uno —dije, estampando un puño contra la puerta—. No pueden romper el hechizo...

—Sois unos idiotas, los dos. —Lou volvió unos ojos implorantes hacia Coco—. ¿Había alguna cosa entre los tesoros que pudiéramos utilizar?

—¿No puedes *demostrarles* sin más que la Diosa ha revocado la bendición de Morgane? —Beau agitó las manos por el aire a lo loco—. Ahora tú *eres* su reina, ¿no es así?

—Una vez más, ¿por qué no pensé *yo* en eso? Te diré qué, alteza, ¿por qué no ordenas *tú* a tu gente que dejen de quemar brujas para que se terminen todos nuestros problemas? —Se giró otra vez hacia Coco antes de que él pudiera contestar—. Había fuego mágico.

Coco cerró los ojos con fuerza y se frotó las sienes.

—Y vidrio de mercurio. También vi cadenas y espadas y... —Sus ojos saltaron hacia Lou una vez más y de pronto las

dos se dieron cuenta de algo. Fue como si las atravesara un relámpago.

—La ventana —dijeron al unísono.

Lou asintió con frenesí.

—Tendremos que trepar.

Coco ya estaba arrastrando a Beau y a Célie de vuelta arriba.

—Será arriesgado...

—No más arriesgado que un cuello de botella...

Por fin registré las implicaciones de sus palabras. Se me revolvió el estómago.

—*No.*

—No te pasará nada. —Lou me dio unas palmaditas en el brazo, medio distraída, y echó a correr hacia las escaleras—. No te dejaré caer. —Cuando no me moví para seguirlos, cuando los gritos a nuestra espalda subieron de volumen, Lou perdió la paciencia. Dio media vuelta y tiró de mi mano. Cedí un paso. Ni uno más. Lou, frenética, intentó persuadirme, mientras seguía tirando de mi mano—. *Por favor, Reid.* Tenemos que escalar esa pared o no saldremos de aquí con vida. No solo me matarán a mí. Te matarán también a ti. De una manera horrible. Lenta. ¿Quieres un *cuello de botella*? No tienes Balisarda, o sea que sentirás cada momento, cada uno de ellos.

Le enseñé los dientes en una sonrisa feroz.

—Correré el riesgo.

La frustración afloró en sus ojos y levantó la mano una vez más.

—Si no te mueves, te *obligaré* a hacerlo.

—Por favor —triunfante, abrí un lado de mi abrigo para revelar la Balisarda. Giré en redondo entre ella y las escaleras—, hazlo.

Cuando se quedó boquiabierta, alucinada, me deleité con ello. Me deleité con su sorpresa, su miedo, su...

El mango de otro cuchillo se estrelló contra mi coronilla y me tambaleé hacia delante, contra ella. Lou intentó sujetarme y los dos casi nos rompimos el cuello. A mi espalda vi a Beau, jadeando, con el cuchillo todavía en alto.

—No necesito magia para patearte el culo. Te *arrastraré* hasta ese tejado si hace falta. No vas a morir de este modo.

Jean Luc apareció a su lado. Se alzaban amenazadores sobre mí, hombro con hombro. Como si pudieran intimidarme. Como si pudieran *amenazar*...

—No podemos derrotar a un castillo entero de brujas nosotros solos —dijo Jean Luc, traicionero y cobarde a partes iguales. La encarnación de Judas—. Esta es nuestra mejor opción. Sube esas escaleras o lo ayudaré a arrastrarte.

Las pisadas resonaban más altas ahora. Me tragué una maldición (porque tenían *razón*), agarré a Manon y eché a correr. El olor de la magia estalló detrás de mí cuando Lou volvió a cerrar la puerta a cal y canto. Arriba, columpió los brazos con movimientos frenéticos. El tesoro obedeció: sofás y armarios se movieron para formar una escalera precaria.

—No pasa nada. —Beau se dobló por la cintura, con las manos apoyadas en las rodillas—. No pueden cruzar la puerta. Tenemos tiempo...

Planté a Manon en una silla vacía.

—No lo tenemos.

Aún rígida, resbaló de lado hacia el suelo.

—Rodearán el castillo enseguida. —Se volvió hacia Lou—. Te dije que no volverías a escapar —susurró.

—Oh, por el amor de Dios. —Lou fue hacia Manon hecha un basilisco mientras Jean Luc propulsaba a Célie sobre el armario. Beau y Coco treparon como pudieron detrás de ella. Lou se puso en cuclillas al lado del cuerpo postrado de la bruja y le dio la vuelta con otra ola de magia. Manon se relajó al instante y Lou (la miré incrédulo) ayudó a la bruja a

sentarse con amabilidad—. Morgane te ordenó que mataras a tu amante, Manon. Gilles está *muerto* por culpa de *ella*. ¿Cómo puedes servir todavía a una mujer así? ¿Cómo puedes quedarte de brazos cruzados mientras tortura y mata a *niños*?

Sus palabras tuvieron el mismo efecto que una chispa sobre la yesca. Manon se impulsó hacia delante con un gruñido salvaje y agarró a Lou de los hombros.

—Mi *hermana* es una de esas niñas muertas, y Morgane no la mató. Lo hice *yo*. Gilles no murió a manos de nadie, sino a causa de las mías. Hice una *elección* en ese callejón, una elección que no puedo cambiar. Ya he ido demasiado lejos como para dar marcha atrás. —Las lágrimas rodaban con libertad por sus mejillas tras su confesión. Cuando volvió a hablar, se le quebró la voz—. Aunque quisiera.

Observé, pasmado, mientras Lou le secaba las lágrimas sin dudarle.

—Escúchame, Manon. No, *escucha*. Mira a tu alrededor — señaló hacia los otros, hacia sí misma y hacia mí— y dime lo que ves.

—Veo *traidores*.

—*Exacto*. —Lou levantó las manos para agarrar las muñecas de Manon; tenía los ojos muy abiertos, implorantes—. Traicioné a mi aquelarre. Reid y Jean Luc han traicionado a su Iglesia, y Beau y Célie han traicionado a su Corona. Todos nosotros estamos luchando por un mundo mejor, igual que tú. Queremos lo mismo, Manon. Queremos *paz*.

El cuerpo entero de Manon temblaba de la emoción, mientras sus lágrimas no dejaban de brotar. Mojaron el regazo de Lou. Mojaron el suelo sucio entre ellas, centelleaban brillantes a la luz del fuego. Al final, Manon dejó caer las manos.

—No la conseguiréis jamás.

Lou estudió el rostro de Manon durante un momento, con nostalgia, con pena, antes de ponerse en pie.

—Estás equivocada. Hay muy pocas elecciones en la vida que no puedan deshacerse, y ha llegado el momento de que hagas otra. No te contendré ni te haré daño de ningún otro modo. Ve. Dile a Morgane que me has visto si crees que debes, pero no trates de detenernos. Nos vamos.

Manon no se movió.

Lou fue hacia la pila de muebles sin decir una palabra más; después vaciló un instante. Miró hacia atrás, pero en lugar de encontrar a Manon, sus ojos se toparon con los míos, y habló en un murmullo.

—Ya lo has retrasado bastante, Reid. Sube ahí. Te prometo que no caerás.

Tragué saliva. De algún modo, Lou sabía que se me había encogido el pecho y se me había estrechado el campo de visión. Sabía que las palmas de mis manos habían empezado a sudar. Sabía que había dudado al lado de Manon, no para proteger al grupo de su ira, sino para prolongar lo inevitable. Para pensar en un modo, *cualquier* modo, de salir de esa habitación que no fuese por la ventana. Y eso significaba que conocía mi debilidad, mi punto vulnerable. La ira se avivó a través de la espesa parálisis de mis pensamientos y me empujó hacia los muebles.

—¿Por qué conseguiste quedarte con los tuyos? —susurró Manon a nuestra espalda. La tristeza empañó la cara de Lou cuando miró en mi dirección.

—No lo conseguí.



Uno por uno, nos colamos por la ventana y salimos al tejado. Mi cabeza palpitaba. Mi corazón corría como loco. Al trepar por los muebles, mi pie había resbalado dos veces y casi me había estrellado contra el suelo. Aunque Lou había mantenido una retahíla constante de ánimos, solo tenía ganas de estrangularla. El tejado podía haber sido un campanario, una torre, una aguja, de tan empinada que era su pendiente.

—Te *voy a matar* por esto —le prometí.

En cuclillas, se asomó por encima del alero hacia donde los otros escalaban la roca con sus cuchillos. Sus piernas y brazos temblaban por el esfuerzo. Por la tensión.

—Lo espero con impaciencia, créeme. —Sacó sus propios cuchillos de sus botas—. Hasta entonces, ¿crees que podrás llegar hasta esa torreta?

Seguí la dirección de su cuchillo. Justo debajo de nosotros, en la base de la torre, un pináculo sobresalía en un lateral del castillo. Parecía muy capaz de colapsarse en cualquier momento.

—Esto es una locura.

—Ve tú primero. Yo te seguiré.

Separando uno a uno los dedos de las tejas que se habían convertido en mis salvavidas, fui bajando por la pendiente. Lou caminó de costado como un cangrejo, a mi lado.

—Eso es. —Asintió con un énfasis excesivo, y los ojos demasiado brillantes. Su sonrisa era demasiado amplia. O se preocupaba más de lo que decía, o estaba disfrutando de esto más de lo que debía. Ambas cosas eran inaceptables.

Cuando me asomé por encima del alero, mi pie resbaló por tercera vez.

Una ráfaga de viento.

Una sensación ingrávida, mareante.

Y una mano.

La mano de *Lou*.

Agarró la mía cuando resbaló del alero, y su otra mano la siguió para cerrarse en torno a mi muñeca. Mi visión se llenó de puntitos negros mientras colgaba en el aire. Mientras el viento rugía en mis orejas. Mi corazón aporreaba en mi pecho como loco. No lograba ver bien a Lou, no lograba oír sus instrucciones aterradas. Solo había suelo allá abajo, mi cuerpo suspendido en medio del aire. Impotente, lanzaba manotazos en su dirección. Los brazos de Lou se sacudían bajo mi peso.

—¡Súbeme! —Mis gritos sonaban delirantes incluso a mis oídos—. ¡Súbeme *ahora!*

Una sombra se movió en sus ojos al oír la orden. Me lanzó una sonrisa felina.

—Dime que soy guapa.

—¿Q... *qué?*

—Dime —repitió con voz dura— que soy guapa.

La miré durante un momento de infarto. No podía hablar en serio, pero sí. Desde sus débiles brazos hasta sus ojos odiosos y su sonrisa salvaje, hablaba en *serio*. Podía dejarme caer, me *dejaría* caer, si no la aplacaba pronto. No podía sujetar mi peso de manera indefinida. Pero ¿qué me estaba pidiendo? ¿Que mintiera? ¿Que la halagara? No. Quería otra cosa. Algo que no podía darle.

—Dijiste que no me dejarías caer —escupí, con los dientes apretados.

—Y tú has dicho muchas cosas.

Le había dicho la verdad. Que quería matarla. Quería matarlos a todos. No podía ceder a esa herejía, ese *grandioso romance* que se había imaginado entre nosotros. Como si fuese posible. Como si una bruja y un cazador de brujas pudiesen ser algo más que enemigos. No recordaba nada; quería recordar incluso menos. En ese instante, sin embargo, el viento sopló con una alegría aterradora y miré

hacia abajo. Una equivocación. Los bordes de mi visión se pusieron negros. Mi mano resbaló un milímetro dentro de las suyas.

—Muy bien —me apresuré a decir. Me odié por ello, aunque la odié a ella aún más—. Eres... eres muy guapa, Lou.

—¿La más guapa que has visto jamás?

Estuve a punto de echarme a llorar de la frustración.

—Más guapa aún. Cuando te miro, no puedo ni pensar.

Sonrió de oreja a oreja y la tensión se esfumó de su cara tan deprisa como había llegado. Sus brazos dejaron de temblar. Demasiado tarde, me di cuenta de su juego: su magia no funcionaba *contra mí* debido a la Balisarda, pero en cambio la había empleado para fortalecer su propio cuerpo. Había estado fingiendo que estaba haciendo un gran esfuerzo todo ese tiempo. Había alimentado mi miedo. Lo más probable era que hubiese podido izarme con un solo dedo. La ira volvió a avivarse en mi pecho, incandescente ahora.

—Y ahora —dijo, inmensamente satisfecha consigo misma—, dime que soy una cantante excelente.

—Er... eres...

—Estoy esperando —canturreó.

—Eres una cantante excelente. Cantas como un pájaro. Un ángel. Y si no me subes en este *segundo*, voy a partir tu bonito cuello.

Esperó un segundo más, solo para hacerme rabiar. Luego otro. Y otro.

—Bueno, ahora que hemos aclarado *eso*... —Con un poderoso tirón, me izó por encima del alero una vez más. Me desplomé a su lado en un batiburrillo de piernas y brazos temblorosos y casi vomité a sus pies.

—No vuelvas a mentirme *jamás*.

—No te hubiese dejado caer. —Me clavó un dedo en la mejilla en ademán burlón.

—¡Mientes!

—Bueno... —encogió un hombro con indiferencia—, quizá sí lo hubiese hecho, pero no habría dejado que te hicieras papilla contra el suelo. —Su sonrisa se volvió casi autocrítica—. Vamos, Chass. Habría movido el castillo entero antes de dejarte morir.

—¿Por qué? —La pregunta brotó de mi interior, repentina e involuntaria. Ese no era momento para semejante conversación. Tampoco era el lugar, no con brujas rondando por todas partes a nuestro alrededor. Lo más probable era que en esos momentos estuviesen reunidas a nuestros pies, esperando para devorarnos. Manon les habría informado ya. Hubiese insistido en su ventaja. Sin embargo, no sonaban gritos desde el suelo y no llegó ninguna magia para atraparnos—. ¿Por qué me has salvado? ¿Por qué has dejado marchar a esa bruja? La... la consolaste. Le secaste las *lágrimas*. Los dos queremos *matarte*.

La certeza de mis palabras me sorprendió tanto que dejé de hablar. Manon había querido matar a Lou. No sabía *cómo* lo sabía, pero así era. Manon y La Voisin e incluso Morgane, su propia madre, querían verla muerta. Pero... mis pensamientos se espesaron como el barro... eso tampoco tenía demasiado sentido. *No tengo hija*, había dicho Morgane. ¿Podía ser que ella también hubiese olvidado a su hija, como yo había olvidado a mi mujer? ¿O había mentido Lou acerca de ambos? La miré con suspicacia mientras se ponía en pie.

—¿Por qué? —repetí con firmeza.

Me dio unas palmaditas en la mejilla y se deslizó desde el alero sin mí. Su voz llegó flotando, arrastrada hacia arriba por el viento.

—No me hagas preguntas, *mon amour*, y yo no te diré mentiras.

Fruncí el ceño ante esas simples palabras. Luego hice una mueca. Estas parecían distintas de las demás, cortantes y punzantes como insectos. Sacudí la cabeza para quitármelas de encima, pero se quedaron ahí. Se clavaron aún más profundo. Familiares y dolorosas y estremecedoras. *No me hagas preguntas*. Aunque seguía sobre el tejado, mi visión cayó en picado de pronto y, en vez de tejas y humo, vi árboles, raíces nudosas, una botella de vino. Ojos verde azulados. Un enfermizo *déjà vu*. *Y yo no te diré mentiras*.

No. Sacudí la cabeza para deshacerme de esas imágenes, e hincé mi cuchillo en la piedra. Esto era aquí. Volví a clavarlo. Esto era real. Bajé un poco más. Esto era ahora. *Clavar, clavar*. No la recordaba. *Clavar*. No había ocurrido. *Clavar, clavar, clavar*.

Me repetí el mantra durante todo el descenso. Lo repetí hasta que esos ojos verdeazulados se confundieron con los árboles y el viento, y con el Hueco. Un dolor nuevo alanceó mi cabeza con esto último. Lo ignoré y me centré en cambio en el mundo a mis pies. Los otros me esperaron en silencio. No había brujas escondidas entre las sombras. Manon, según parecía, no nos había delatado. No lo entendía. Sin mirar a ninguno de ellos, salté. Aterricé con fuerza sobre los pies.

—¿Estás bien? —Lou me estabilizó por instinto. Cuando me aparté de su contacto sin contestar, suspiró y nos indicó el camino hacia las rocas detrás de la torre, deslizándose entre las sombras como si hubiese nacido ahí. La observé alejarse con una punzada dolorosa en el pecho.

No me hagas preguntas, mon amour, y yo no te diré mentiras. Otro recuerdo a medio formar. Inútil. Roto.

Como un cazador de brujas que no era capaz de matar a una bruja.

CAPÍTULO 38

VERDAD O RETO



Lou

A medio camino de nuestro regreso a L'Eau Mélancolique, Célie se había quedado dormida a caballo. Jean Luc, que había sucumbido al estupor hacía horas, no había sido capaz de atraparla a tiempo, y la chica había caído de bruces en el barro, ensangrentándose la nariz en el proceso. Estuvimos todos de acuerdo en que era necesario hacer una parada para descansar. Jean Luc había conseguido dos habitaciones en la siguiente posada y luego nos había colado por la puerta de atrás aprovechando la oscuridad.

—Volveré con comida —había prometido. Aunque el humo todavía oscurecía el cielo nocturno, debía de ser entre medianoche y el amanecer. Teniéndolo todo en consideración, habíamos hecho las cosas muy deprisa, pues tardamos poco más de una hora en entrar y salir de Château le Blanc. Aun así, pocas posadas servían cenas a las tres de la mañana. Sospeché, sin embargo, que el abrigo azul de Jean Luc quizás ayudara al posadero a olvidar lo aberrante de la hora.

Coco, Célie y yo nos quedamos con una habitación para nosotras mientras esperábamos, así que Reid y Beau desaparecieron en la de al lado. Casi de inmediato, Célie colapsó bocabajo sobre el colchón relleno de heno, su

respiración se volvió regular y se le abrió la boca. El hilillo de baba sobre la almohada la convertía en una dama por excelencia. Coco y yo le quitamos una bota cada una.

—No creo que aguante hasta la cena —dijo Coco, ocultando un bostezo detrás de la mano. Mi estómago retumbó de manera audible.

—Yo sí.

—Guárdame algo de comida, ¿vale?

Sonreí mientras ella se dejaba caer en la cama al lado de Célie. Cabían justito. Ninguna de las dos pareció notarlo.

—De acuerdo.

Jean Luc abrió la puerta una rendija unos minutos más tarde. Traía una bandeja de higos secos, pan de brioche y queso comté. De la sopera de plata en el centro emanaba el celestial aroma de un estofado de carne. Se enroscó alrededor de mi nariz y se me hizo la boca agua de inmediato. Sin embargo, Jean Luc se paró en seco cuando vio a Coco y a Célie. Me llevé un dedo a los labios, retiré la fruta, el pan y el queso de la bandeja y lo dejé todo en la mesa de al lado de la cama. Le hice gestos para que saliera otra vez al pasillo y vacilé solo un segundo antes de cortar un trozo de queso.

Me encantaba el queso.

—Están exhaustas. —Cerré la puerta a mi espalda, me metí el pedazo de queso en la boca y casi gemí de placer—. Pueden comer cuando se despierten.

Aunque claramente irritado por la perspectiva de cenar conmigo y no con Célie, Jean Luc asintió y me condujo a la habitación de los hombres. Beau había encendido un candelabro en el tocador que proyectaba una suave luz ambiental sobre los escasos muebles: una única cama, como en nuestra habitación, y un bol de porcelana para lavarse. La atmósfera era gastada pero acogedora, a lo cual

contribuían la colorida colcha de la cama y los cálidos suelos de madera.

—Las chicas están dormidas —gruñó Jean Luc, y cerró la puerta de una patada.

—¿Debería sentirme insultada? —Hice una pirueta hacia la cama y aterricé de manera dramática sobre el regazo de Beau. Estaba sentado con la espalda contra el cabecero de la cama y las piernas estiradas delante de él, con lo que ocupaba mucho más espacio del que le correspondería. Con un resoplido, me empujó fuera de la cama.

—Sí.

Impertérrita, crucé la habitación para investigar el contenido de la sopera, pero Jean Luc apartó mi mano de un golpe. Mientras servía cucharones de estofado en boles de madera agrietados, hizo un gesto con la barbilla detrás de él.

—Ve a lavarte, por amor de Dios. Tienes las manos mugrientas.

Por desgracia, Reid estaba al lado del lavamanos. Frunció el ceño cuando me aproximé y se apartó un poco para no tocarme. Cuando lo salpiqué con agua *por accidente*, se refugió en el otro lado de la habitación.

—Si partimos después del desayuno, llegaremos a L'Eau Mélancolique esta tarde —le dije a nadie en particular. Una energía nerviosa me recorrió de arriba abajo mientras aceptaba mi estofado. Aspiré su aroma con avaricia, de pie ante el lavamanos como una rata, para impedir que llenara el aire muerto entre nosotros. Si este era el santuario de la masculinidad, no quería tener nada que ver con él.

Mis ojos se deslizaron hacia Reid.

Bueno, quería tener *poco* que ver con él.

Comimos en silencio hasta que no quedó nada de estofado. Entonces sonó una llamada ligera a la puerta.

—¿Capitán Toussaint? —preguntó una vocecilla desconocida. Los ojos de Jean Luc se abrieron al instante y se giró hacia nosotros. *El posadero*, nos dijo solo con los labios—. Mis más humildes disculpas. ¿Podría entrar solo un momento? Mi mujer me ha regañado por mis espantosos modales ahí abajo. Y tiene mucha razón. Tengo una botella de whisky como recompensa; lo destilamos aquí, con el trigo que cultiva mi propio hermano —su voz sonó llena de orgullo— y estaría encantado de servirle una copa yo mismo.

—Emm. —Jean Luc se aclaró la garganta—. Solo... déjela en la puerta.

Sonó como una pregunta.

—Oh. —Este posadero tenía un don, seguro, para incluir tanta desilusión en una sola palabra tan pequeña—. Oh, bueno, sí. Tiene razón. Qué grosero fui. Es muy tarde, por supuesto, y estoy seguro de que necesita su descanso. Mis más humildes disculpas —repitió. La botella repicó contra la puerta—. Buenas noches, pues, capitán.

Sus pisadas no retrocedieron. Casi podía verlo merodeando por el pasillo al otro lado, quizás apoyando una oreja contra la madera, con la esperanza de que el gran capitán se apiadara de él y cambiara de opinión. Reid y yo intercambiamos una mirada de ansiedad.

Como si pensase lo mismo, Jean Luc gimió en silencio.

—Emm... ¿*Monsieur* Laurent? —Nos lanzó una mirada de disculpa antes de apilar a toda prisa nuestros boles y dejarlos detrás del lavamanos. Mis ojos se entrecerraron de la incredulidad. No podía estar pensando en...—. Me encantaría tomar un trago. Por favor, pase.

Reid, Beau y yo no pudimos hacer nada más que buscar un escondrijo, excepto que la habitación tenía muy pocos. Como la más pequeña de los tres, me lancé debajo de la cama. Como el más estúpido, Beau se agachó detrás del

tocador a plena vista. Y Reid, incapaz de encontrar un sitio, pues no era para nada pequeño y quizá fuese más estúpido que Beau, rodó debajo de la cama detrás de mí. Pasó un brazo por mi cintura para evitar que saliera por el otro lado. El movimiento aplastó mi cara contra su pecho y me eché hacia atrás, agarrando el cuello de su camisa con furia. *¿Qué demonios te pasa?*

Él rodó sobre la espalda y me miró ceñudo, justo cuando *monsieur* Laurent entraba en la habitación.

—Oh, capitán, no puede imaginar lo contenta que se va a poner *madame* Laurent de saber que está tomando nuestro whisky. Estará muy muy contenta. Gracias, gracias.

El enorme cuerpo de Reid bloqueaba mi vista de la habitación, así que poco a poco, con cuidado, me incliné por encima de su pecho y me asomé afuera desde el otro lado de su hombro. Se quedó muy quieto. Podría haber dejado de respirar incluso.

Monsieur Laurent era un tipo alto y delgado, vestido con ropa de dormir y zapatillas, y se afanó con dos vasos en el tocador. Jean Luc se movió con disimulo para esconder a Beau.

—Me siento honrado de poder catarlo, *monsieur*. Gracias otra vez por proporcionarnos alojamiento a una hora tan intempestiva. Mi compañero duerme en la habitación de al lado —añadió, aceptando el vaso de líquido ambarino que le ofrecían. Se apresuró a beber un trago.

—Debo decir —*monsieur* Laurent probó su propia copa, apoyado contra la mesa con el aspecto de un hombre que se está poniendo cómodo— que me sorprendí bastante al verlo ante mi puerta, capitán. —Se rio en voz baja—. Bueno, no tengo que explicárselo, ¿verdad? Me disculpo otra vez por la recepción nada cálida que le he dado. Uno nunca está seguro del todo estos días. Las brujas se vuelven cada vez más descaradas, y son abundantes por esta zona. Debería

oír los espantosos sonidos del bosque por la noche. —Con un escalofrío, reajustó su gorro de noche, lo que reveló una frente alta con profundas entradas. A pesar de su tono casual, gotitas de sudor nervioso relucían en ella. Tenía miedo de Jean Luc. No, mis ojos se entornaron con perspicacia, tenía miedo del abrigo azul de Jean—. En cualquier caso, creí que la mayoría de los *chasseurs* estarían en Cesarine con el cónclave. —Bebió otro trago generoso de whisky—. Supongo que ha recibido noticias de los juicios, ¿no?

Jean Luc, que por lo que yo sabía no había tenido noticia de tal cosa, asintió y vació su vaso.

—Tengo prohibido hablar de esas cosas.

—Ah, por supuesto, por supuesto. Muy correcto por su parte, señor. —Cuando *monsieur* Laurent hizo ademán de rellenar su vaso, Jean Luc negó con la cabeza y el posadero se vino un poco abajo. No obstante, se recuperó de su desilusión casi de inmediato, quizás un pelín aliviado, y engulló el resto de su whisky de un solo trago—. Lo dejaré descansar entonces. Por favor, acepte la botella como prueba de nuestro agradecimiento. No todos los días alojamos a un héroe. Nos sentimos honrados, señor, muy *honrados* de tenerlo aquí.

Reid estaba tan quieto y tan tenso que podrían haberle salido raíces debajo de esa cama. Con la mandíbula apretada y los ojos clavados en las tablillas del techo, no parpadeó ni una vez mientras *monsieur* Laurent salía de la habitación y Jean Luc cerraba la puerta una vez más. La llave repicó en la cerradura.

Reid no se movió durante un segundo, claramente dividido entre su deseo de huir de mí y su deseo de esconderse de Jean Luc para siempre. Estudié su perfil rígido a contraluz. Supuse que... dolía. Oír la adoración de *monsieur* Laurent por la persona que él solía ser, la persona

que no podría volver a ser jamás. Jean Luc ostentaba ahora ese honor, aunque en verdad, si seguía escondiendo a brujas debajo de su cama, ese privilegio tampoco le duraría demasiado. Incapaz de evitarlo, retiré un mechón de pelo cobrizo de la frente de Reid.

—No lo sabe.

—¿Quién no sabe qué? —espetó.

—El posadero. No sabe a quién tiene aquí. —Sacudió la cabeza, disgustado conmigo, consigo mismo, con toda esa situación—. No sabe lo que significa el heroísmo —añadí con firmeza.

—¿Y tú, sí? —Se giró para mirarme con desdén—. ¿Tú eres una heroína, Louise le Blanc?

—No. Pero tú, sí.

Aunque apartó mi mano a un lado, no se movió para salir de ahí.

—Solía serlo. Ahora estoy escondido debajo de una cama con una bruja. ¿Sabías que me encontraron en la basura? —Cuando no dije nada, sacudió la cabeza de nuevo—. Pues claro que lo sabías. Lo sabes todo sobre mí, ¿verdad? —Sus ojos ardían de la emoción en ese pequeño santuario en sombras. Y en verdad era un santuario. Ahí, apretujados y escondidos del resto del mundo, podríamos haber sido las dos únicas personas con vida—. Entonces sabes que crecí perdido. Crecí solo. Me llamaban «el chico de la basura» y luché con uñas y dientes para ganarme el respeto. Ensangrenté narices y rompí huesos para ganármelo... y maté a la única persona que me consideraba familia. ¿Eso suena como un héroe para ti?

Se me hizo un nudo en la garganta al ver su expresión. Podía haber sido ese niño perdido y solitario otra vez.

—Reid...

La cabeza de Beau asomó por el borde de la cama.

—¿Qué andáis susurrando vosotros dos ahí abajo?

Como si hubiese encendido una cerilla dentro de sus pantalones, Reid se apartó de mí al instante. Se levantó y desapareció. Beau lo observó marchar con una expresión sorprendida antes de ofrecerme una mano. En la otra, sujetaba el cuello de la botella de whisky.

—¿Ha habido suerte con la seducción?

—Ninguna, gracias a ti.

—Tengo que proteger mi inversión. Pero ¿sus recuerdos...?

Fruncí el ceño.

—Coco cree que...

—Ya sé lo que cree Coco. —Pasó un brazo alrededor de mi cuello y me atrajo hacia él. Reid nos observó con expresión hosca desde el rincón más alejado de la habitación—. Quiero saber lo que crees *tú*. Apuesta aparte, ¿preferirías que nos centráramos en restaurar sus recuerdos? Sé que no podemos obligarlo a invertir el patrón, pero quizá podríamos ayudarlo a avanzar.

El peso de sus palabras cayó como una piedra en mi pecho. Una elección. Me había ofrecido una elección. Libre de juicios o desaprobación, libre de consejos, me había conducido hasta una encrucijada en el camino y ahora esperaba con paciencia a que fuese a derecha o a izquierda. Él me seguiría, sin importar la dirección que eligiera. Excepto por que... eché una mirada a Reid. Él ya había hecho una elección, una elección *estúpida*, pero elección en cualquier caso. Había dado el paso sin consultármelo, pero es obvio que había pensado que era necesario. ¿Había *sido* necesario? Morgane me había olvidado, sí, pero no había olvidado su odio contra la Iglesia y la Corona. El reino corría más peligro ahora que nunca.

Te encontraré, Lou. Lo prometo.

Fingí una sonrisa y le di a Beau un golpecito en la nariz.

—No creas que te vas a librar de nuestra apuesta.

—Ni soñarlo, hermana mía. —Todavía hablando en voz baja, me soltó con un guiño y su propia sonrisa, nuestra comprensión implícita. Meneó la botella de whisky delante de mi cara—. ¿Qué tal una rama de olivo, solo por esta noche? No tengo demasiadas ganas de dormir.

Le quité la botella de las manos y bebí un trago. El whisky quemó en mi lengua todas esas palabras no pronunciadas. Todo el miedo y la duda y la inquietud. Bebí otro trago.

—Yo tampoco.

—¿Y ahora, quién está susurrando? —refunfuñó Reid.

Los dos miramos a Jean Luc, que había tirado su abrigo sobre el tocador. Levanté mi voz y la botella al mismo tiempo.

—¿Y tú, querido capitán? ¿Podemos tentarte?

—Me voy a la cama. Envenenaos todo lo que queráis.

Me llevé una mano a la boca y me dirigí a Beau en un susurro fingido.

—No quiere jugar.

Jean Luc hizo una pausa mientras retiraba la colcha.

—¿Jugar a qué?

—A «verdad o reto». —Hice aletear mis pestañas y bebí otro trago largo antes de cederle la botella a Beau—. Solo un par de preguntas para pasar el rato hasta que nos quedemos dormidos.

—Hasta que os desmayéis, querrás decir. —Eché la colcha hacia atrás y empezó a meterse debajo—. No, gracias.

—Seguramente será mejor así. —Me incliné hacia Beau en actitud cómplice. Ya notaba un agradable calorcito por las piernas. Beau se rio entre dientes en respuesta, era una presencia sólida y familiar a mi lado. Un ancla contra mis pensamientos más rebeldes. *Lo sabes todo sobre mí, ¿verdad? Me llamaban «el chico de la basura»*—. He pasado

un montón de tiempo con Célie últimamente, así que tengo todo tipo de secretos jugosos que puede que se me hayan escapado.

Jean Luc se irguió al instante, luego entornó los ojos. Despacio, se tumbó otra vez en la cama.

—Sé lo que estáis haciendo.

—¿A qué te refieres?

—Sé lo que estáis *haciendo* —repitió, con la voz enfática— y esa no es la razón de que haya decidido haceros caso. Pásame la botella. —Beau se la plantó en la mano estirada y el cuello de Jean Luc subió y bajó con un enorme trago. Se limpió la boca y se la pasó a Reid—. Empiezas tú.

Reid examinó la botella con desagrado.

—Yo no juego.

—Oh, vamos, Chass. —Me puse de puntillas, crucé las manos a la altura del pecho y oscilé de un lado a otro—. Por favor. *Prometo* que no te haré comparar el tamaño de tu pene con la de Jean Luc.

Este último esbozó una sonrisilla de suficiencia.

—Vaya, eso sí que es una suerte. No querría avergonzar a nadie.

Reid se atragantó, tenía los nudillos blancos en torno a la botella.

—No... no podéis... —Hizo una mueca—. ¿Cuáles son las reglas?

—Las reglas son sencillas. —Beau le quitó la botella de la mano antes de tumbarse al pie de la cama. Yo me senté en el suelo y enrosqué las piernas debajo de mí, encantada con mi triunfo—. Eliges «verdad» o eliges «reto». Si eliges no hacer alguno de los dos —levantó el whisky con ademán significativo—, bebas. ¿Suena justo?

Reid se quedó de pie, cruzó los brazos y nos lanzó una mirada asesina desde lo alto como una especie de dios vengativo de mejillas sonrosadas.

Me gustó, más o menos.

—Venga, yo primero. —Jean Luc se aclaró la garganta y apoyó los codos en las rodillas. Sus ojos claros encontraron los míos—. Lou: ¿verdad o reto?

—Reto.

Dejó caer los hombros. Estaba claro que no le había dado la respuesta que quería y estaba claro que no había preparado una prueba de reto de antemano. Agitó una mano casual por el aire.

—Te reto a cortarte el pelo con uno de mis cuchillos.

Me reí y bebí un trago de whisky sin decir una palabra.

—Mi turno. —Me froté las manos y me giré hacia Reid. Luego dudé un instante. Esta era mi primera oportunidad real de engatusarlo fuera de nuestras circunstancias habituales: fuera de L'Eau Mélancolique, el robo, el tejado. Fuera de peligro. Tenía que sacarle partido, y sin embargo, todos los pensamientos salieron volando de mi mente mientras lo miraba. Ese brillo suspicaz en sus ojos, la tensión de su mandíbula y la flexión de sus brazos... muy bien podía haber sido impenetrable. Como Jean Luc, él conocía mi juego y no quería jugar.

¿Cómo lo *había engatusado* en Cesarine?

Me devané los sesos para intentar recordarlo; y fracasé en mi intento. Atrapada en la torre de los *chasseurs*, rodeada por mis enemigos, la mayoría de los días había estado borde y cortante y desconfiada, y me revolvía a la menor provocación. Había intentado avergonzarlo, rebajarlo, menospreciarlo. Y había tenido bastante éxito en ese empeño, y aun así él se había ablandado hacia mí. Y yo me había ablandado hacia él. ¿Cómo? ¿Cuándo? El whisky ya empezaba a embarullar mis pensamientos, y mis palabras, fundiéndolos en un solo recuerdo de calidez y nostalgia. En la torre de los *chasseurs* había habido una bañera y una

cama compartida, y había habido libros y obras de teatro y vestidos...

Reprimí un gemido de frustración. Los ronquidos de Coco se filtraban a través de las delgadas paredes. Ella todavía no me había enseñado el sutil arte de la seducción (si era que existía tal cosa). Jamás lo había necesitado hasta ahora. Reid simplemente... me había querido, a pesar de todo, y ese amor lo había conducido a esta espantosa elección: olvidarme para salvarme.

Honraría esa elección.

De todos modos, tampoco podía revertir el patrón. Ni siquiera como *La Dame des Sorcières*. Si no podía recordar nuestro pasado, yo forjaría un nuevo futuro. Sellé esa promesa con otro trago.

—¿Verdad o reto, Reid?

—Reto —dijo, sin perder un instante. Me encogí de hombros y le apunté con la botella.

—Te reto a desnudarte y a bailar la *bourrée*. Mientras nosotros miramos —añadí a toda prisa cuando vi que se movía hacia la puerta. No pude evitar mi sonrisa. Siempre había sido inesperadamente rápido de mente—. No en el pasillo.

Frunció el ceño y se detuvo a mitad de camino.

—Verdad.

—Dime cómo te sientes en este exacto momento.

—Dame la botella. —La agarró antes de que pudiera protestar y tuve que tragarme mi desilusión. Quizás eso fuese mejor. El alcohol era una verdad en sí mismo. Con unos cuantos tragos más, se convertiría en una plétora de información.

—Vaya, esto va a ponerse feo pronto —caviló Beau—. Me gustaría ser el siguiente. Louise, querida —me lanzó una sonrisa radiante—, ¿verdad o reto? Y por favor, elige «verdad».

—Verdad. —Puse los ojos en blanco. Él me regaló una sonrisa felina.

—¿Quién es la persona más atractiva de los aquí presentes? Por cierto, sé sincera o son dos tragos.

Con un guiño lascivo, extendí todo el brazo hacia Reid y lo condené con un dedo.

—Ese hombre de ahí. El tipo de pelo cobrizo. Él es. Reid hizo una mueca e interrumpió de inmediato.

—Mi turno, Lou. ¿Cuál es tu mayor temor?

—No has dicho «verdad o reto» —señalé. Frunció el ceño aún más.

—¿Verdad o reto?

—Reto.

—Te *reto* a contestar a mi pregunta.

Me reí entre dientes y me eché atrás, crucé las piernas por los tobillos. *Inesperadamente rápido*. Aun así, la pregunta dejaba mucho que desear. Era obvio que trataría de convertir el juego en un arma. Era obvio que aprovecharía cualquier ventaja para debilitarme. *Bueno, pues mala suerte, tío*.

—Solía ser la muerte —dije en tono informal—, pero una charla rápida con nuestro querido amigo Ansel cambió eso. Está fenomenal, por cierto. —Los tres hombres me miraron boquiabiertos. Beau, en concreto, dio la impresión de palidecer—. Habló conmigo en L'Eau Mélancolique. Llevaba siguiéndonos todo el tiempo, ¿sabéis?

—¿Qué? —preguntó Beau, incrédulo—. ¿Cómo?

—Era un perro blanco.

—Oh, Dios mío. —Beau se cayó hacia atrás sobre la colcha y se pellizcó el caballete de la nariz—. ¿Te refieres a *aquel* perro blanco? Creía que era un *mal augurio*. —Solté una risotada burlona—. ¡Siempre estaba ahí cuando ocurría una calamidad! —exclamó al oírme.

—Supongo que para *advertirte*.

—No sabía que había... no lo he visto desde... —Tragó saliva—. ¿Qué le pasó?

—Encontró la paz. —La habitación quedó en silencio tras mis palabras suaves. Me miré las manos con intensidad, luego las crucé en el regazo—. Pero también hizo que me diera cuenta de que no le temía a la muerte en absoluto. O al menos no es el momento de morir en sí el que me da miedo. No es el dolor. Es la separación de mis seres queridos para siempre. —Levanté la vista—. Pero volveré a verlo. Todos lo haremos.

Daba la impresión de que acababa de abofetear a Reid. Él también se acordaba de Ansel, pues, aunque solo fuese como novicio. Recordaba su muerte. A lo mejor no había esperado que yo lo llorara, que fuese capaz de unos sentimientos tan profundos por otra persona. Yo, una bruja. Me aclaré la garganta.

—Creo que es tu turno, Jean Luc.

Se volvió hacia Beau de inmediato.

—¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Me mencionó Célie durante vuestros viajes?

—Sí. —Beau se giró hacia Reid sin dar más detalles, a pesar de las protestas vehementes de Jean Luc—. ¿Verdad o reto?

—Reto.

Otra sonrisa. Esta vez, más dura.

—Te reto a hacer un conjuro para pintar de azul ese pelo cobrizo.

A Reid se le puso la cara morada.

—Yo no... ¿cómo te atreves...?

—La compartimentación no es sana, hermano. Viste tu cara en ese cartel de «se busca» con la malvada palabra en «b», pero aun así no te das por aludido. —Arqueó una ceja en desafío—. La negación es la primera etapa de la pena.

—Verdad —dijo Reid con los dientes apretados.

—Sí, lo es. —Beau se inclinó hacia delante con ganas—. ¿Por qué no puedes dejar de mirar a nuestra preciosa Louise?

La cara de Reid se puso aún más oscura, si acaso era posible. La cantidad de sangre en sus mejillas parecía incluso físicamente incómoda. Empecé a reírme.

—Porque quiero *matarla*.

—Ah, ah, ah. —Beau meneó un dedo reprobatorio antes de dar unos golpecitos en la botella que Reid sujetaba entre las manos—. Una mentira son dos sorbos.

Cuando Reid bebió dos tragos, furioso, sin vacilar, sin negar su falsedad, un calor totalmente distinto se abrió paso por mi pecho, fluyó por mis brazos y piernas. Me enderecé, de rodillas ahora, y empecé a dar saltitos entusiasmada. La habitación daba vueltas con un precioso tono rosáceo.

—¿Verdad o reto, Jean Luc?

Ni siquiera fingió estar interesado.

—Verdad.

—¿Te arrepientes de lo ocurrido en Modraniht?

Se produjo un momento de silencio.

A regañadientes, sus ojos se deslizaron hacia Reid, que parecía a punto de asesinar a alguien. O a punto de vomitar. Aun así, no interrumpió el juego y la repentina alerta en sus propios ojos revelaba su interés. Quería saber esta verdad. Tenía mucho interés en conocerla. Después de un momento, Jean Luc frotó una mano por su cara y musitó:

—Sí y no. No me arrepiento de haber obedecido mis órdenes. Las reglas existen por algo. Sin ellas, reina el caos. La anarquía. —Soltó un suspiro, sin mirar a nadie ya—. Pero sí me arrepiento de las reglas en sí. —Dejó caer las manos y se volvió hacia Reid—. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Tu corazón todavía está con los *chasseurs*?

Se miraron durante otro buen rato. Me incliné hacia delante, ansiosa, conteniendo la respiración, mientras Beau fingía no escuchar pero estaba pendiente de cada palabra. Reid fue el primero en apartar la mirada y romper el silencio.

—¿Y el tuyo?

Jean Luc se inclinó hacia delante y le quitó el whisky de la mano. Después de tragar, se puso de pie y me pasó la botella de camino afuera.

—Creo que ya he tenido suficiente por hoy.

La puerta se cerró a su espalda con un *clic*.

—Y entonces quedaron tres —murmuró Beau, sin dejar de jugar con el borde de la colcha. De pronto me guiñó un ojo—. Te reto a lamer la suela de mi zapato.

Pasamos media hora más haciendo payasadas. Los retos entre Beau y yo eran cada vez más ridículos: *danos una serenata, haz cuatro ruedas laterales, di palabrotas como un marinero durante veinte segundos seguidos*; mientras que las preguntas se volvieron más personales: *¿cuál es la cosa más asquerosa que has tenido jamás en la boca? ¿La que ha salido de tu cuerpo?* Hasta que Reid estuvo total y profundamente borracho. Se tambaleó hasta mí en su siguiente turno, se agachó y plantó una mano pesada sobre mi hombro. Una luz grisácea teñía la ventana.

—¿Cuál es la mayor mentira que has dicho en tu vida? —farfulló.

Me entró tal ataque de risa que quizás haya resoplado whisky por la nariz.

—Jamás te dije que era una bruja. En la torre de los *chasseurs*. Nunca lo supiste.

—Eso es absurdo. ¿Cómo es posible que no lo supiera?

—Una pregunta *excelente*.

—Lou, mi querida hermana —Beau plantó un brazo sobre su cara de un modo muy dramático, todavía tumbado en la cama—, debes decirme la verdad: ¿Coco y yo tenemos alguna oportunidad?

—¡Por supuesto que la tenéis! Pero si está loca por ti. Cualquiera puede verlo.

—¿Y *ella* lo ve? —Me miró con ojos soñolientos. La botella que sujetaba contenía ahora una cantidad alarmante de whisky; es decir, casi nada—. Me llamó Ansel, ¿sabes? El otro día. No pretendía hacerlo, por supuesto, pero se le escapó. —Empezó a volcar la botella por la colcha, pero crucé la habitación y se la quité justo a tiempo—. Se había estado riendo de una broma que había hecho yo. —De repente levantó la vista hacia mí, sus ojos más avispados y claros. Más calmado—. Tiene una risa preciosa, ¿verdad? Me encanta su risa.

Con suavidad, volví a empujarlo contra la almohada.

—Te encanta más que su risa, Beau.

Sus pestañas aletearon.

—Vamos a morir todos, ¿verdad?

—No. —Tiré de la manta hasta su barbilla y la remetí a su alrededor—. Pero en cualquier caso, te reto a decírselo.

—¿Decirle... —su voz se perdió en un inmenso bostezo —... qué?

—Que la quieres.

Se rio otra vez, sus ojos por fin se cerraron y su cuerpo sucumbió al sueño.

Y entonces quedaron dos.

Me volví para mirar a Reid, sorprendida de encontrarlo justo detrás de mí. Sus ojos estaban fijos en los míos, con una intensidad profunda e inquietante que no había estado ahí antes.

—¿Verdad o reto?

Mil mariposas revolotearon por mi tripa cuando se acercó aún más. Una oleada de calor invadió cada centímetro de mi piel.

—Verdad. —Reid negó con la cabeza despacio. Tragué saliva—. Reto.

—Bésame.

Mi boca se abrió por voluntad propia cuando levanté la vista hacia él, cuando vi esa fascinación primitiva en sus ojos, pero incluso a través de la fuga de alcohol, de *deseo* intenso y desesperado, meforcé a dar un paso atrás. Reid me siguió con ímpetu. Su mano se levantó para cerrarse en torno a mi nuca.

—Reid. Tú no... Estás borracho...

Las puntas de sus botas tocaron los dedos de mis pies desnudos.

—¿Qué es esto que hay entre nosotros?

—Mucho alcohol.

—Siento como si te conociera.

—Hubo un tiempo en el que me conocías. —Me encogí de hombros impotente, me costaba respirar tan cerca de él. Tan cerca de su calor. Este brillo en sus ojos... no me había mirado de ese modo desde antes de la playa. Ni a caballo, ni en el puente, ni en la sala del tesoro, ni siquiera debajo de esta misma cama. Mis ojos saltaron hacia el whisky que tenía en la mano, y el calor de mi tripa parecía más bien náuseas ahora. *El alcohol es una verdad en sí mismo*—. Pero ahora no.

Su mano se deslizó hacia un lado de mi cuello y su pulgar me acarició la mandíbula.

—Éramos... románticos.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué tienes miedo?

Agarré su muñeca para evitar que su pulgar llegase hasta mis labios. Cada instinto de mi cuerpo rabió contra

mí. Cada instinto anhelaba su contacto. *Así no.*

—Porque esto no es real. Dentro de un par de horas te despertarás con un dolor de cabeza atroz y querrás matarme otra vez.

—¿Por qué?

—Porque soy una bruja.

—Eres una bruja. —Repitió las palabras despacio, de un modo lánguido, y no pude evitarlo: me incliné hacia la palma de su mano—. Y te conozco. —Cuando osciló sobre sus pies, mis propias manos volaron hacia su cintura para sujetarlo. Se inclinó para enterrar la nariz en mi pelo y respiró hondo—. Nunca había estado borracho.

—Lo sé.

—Me conoces.

—Así es.

—¿Verdad o reto?

—Verdad.

Las yemas de sus dedos recorrieron mi cicatriz y se agachó más, restregó la nariz por la curva de mi cuello y por mi hombro.

—¿Por qué tienes rosas en el cuello?

Me aferré a él, impotente.

—Mi madre me desfiguró con odio. Coco me transformó con esperanza.

En ese momento hizo una pausa, se apartó un poco para mirarme. Una emoción sin nombre ensombreció su mirada cuando pasó de mi cicatriz a mis labios.

—¿Por qué hueles tan dulce?

Aunque se me estaba acumulando la presión detrás de los ojos, la ignoré y pasé uno de sus brazos por encima de mis hombros. Pronto se desplomaría. Torpes por el alcohol, a sus movimientos les faltaba su gracia típica, les faltaba incluso la coordinación más básica, y continuó oscilando sobre los pies. Recé con fervor por que no recordara nada

de esto al día siguiente. No debí dejar que bebiera tanto. Sentí una punzada de dolor en la sien derecha. Yo misma no debería haber bebido tanto. Con unas pisadas lentas y pesadas, lo arrastré por la habitación hasta la cama.

—¿A qué huelo, Reid?

Su cabeza cayó sobre mi hombro.

—Como un sueño. —Cuando lo deposité con cuidado al lado de Beau (al que se le había salido una pierna entera del colchón), su mano agarró la mía y se demoró ahí, incluso después de que sus ojos se cerraran—. Hueles como un sueño.

CAPÍTULO 39

LA RESACA



Reid

Me sentía como si me hubiese arrollado un caballo desbocado.

Nuestros propios caballos se movían inquietos en el callejón detrás de la posada, resoplando y manoteando. Agarré las riendas más fuerte. Un dolor sordo palpitaba detrás de mis ojos. Cuando mi estómago subió de repente a mi boca, me aparté de ellos y apreté los ojos contra la tenue luz de la mañana.

—Nunca más —les prometí con amargura.

Jamás volvería a beber un solo trago de licor en toda mi vida.

El caballo más cercano a mí levantó la cola y defecó en respuesta.

El olor casi acabó conmigo. Apreté un puño contra mi boca, hice lo imposible por atar sus riendas al poste y corrí a nuestras habitaciones una vez más. En el interior, los otros empacaban sus últimas pertenencias con movimientos lentos y espesos. Excepto Coco y Célie. Coco observaba desde la cama con una sonrisilla en la cara, mientras que Célie iba de acá para allá en un esfuerzo por ayudar. Pero no ayudaba. En lugar de eso, hablaba. Alto.

—¿Por qué no me despertaste? —Dio una palmada juguetona en el brazo de Jean Luc antes de agacharse a buscar debajo de la cama la bota que le faltaba—. Sabes que *siempre* he querido probar el whisky, y ¡vosotros os bebisteis una botella entera sin mí! ¡Y además jugasteis a «verdad o reto»! ¿Cómo pudisteis dejarme dormir en la habitación de al lado mientras vosotros os divertíais a lo grande?

—No fue divertido —musitó Beau, aceptando su camisa de manos de Lou. En algún momento de la noche había acabado en el lavamanos. La escurrió ahora con expresión desdichada—. De hecho, «divertido» es la última palabra que utilizaría para describirlo. Y ahora, ¿puedes dejar de hablar, cariño?

—¡Oh, tonterías! —Célie abandonó su búsqueda debajo de la cama, se levantó y plantó las manos sobre sus caderas—. Quiero saber hasta el último detalle. ¿Qué preguntas hicisteis? ¿Qué retos intentasteis? ¿Eso es...? —Sus ojos se posaron en una mancha oscura en la esquina del tocador—. ¿Eso es sangre?

Me acerqué para limpiarla, tenía las mejillas al rojo vivo.

—Me caí haciendo una rueda lateral —murmuré.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? De hecho, déjalo. Olvida que lo he preguntado. Está claro que todos os lo pasasteis *genial* sin mí, así que un poco de sangre puede ser tu penitencia. Eso sí, *más os vale* contarme todo lo que salió a la luz, ya que no os molestasteis en invitarme. Por suerte, tenemos tiempo de sobra para contar todos los detalles de camino a L'Eau Mélancolique...

En ese momento, Jean Luc la agarró de los hombros, con los ojos inyectados en sangre y suplicantes.

—Te quiero, Célie, pero por favor... cállate.

—Oye, oye —dijo Beau, levantando su zapato.

Aunque Célie nos miró de uno en uno con los ojos entornados, fue Coco la que interrumpió, su voz convertida en un grito.

—¿Qué dices? —Su sonrisa se ensanchó al ver nuestra mueca colectiva. Cada palabra era una pica a través de mis ojos—. ¿No nos oís? Célie, cariño, debemos levantar la voz porque no nos oyen bien.

Ahora Célie también sonreía.

—Por *supuesto*, Cosette. ¡Qué mala educación tan abominable por nuestra parte! ¿Queréis que repita todo lo que acabo de decir?

—Creo que eso sería lo más cortés.

—Tienes razón. Lo sería. Lo que *he dicho* es...

—Por favor. —Beau se giró con impotencia hacia Lou, que estaba sentada en el suelo al pie de la cama, doblando su ropa sucia para guardarla en su bolsa. Se me retorció el estómago de nuevo al verla. La bilis burbujeó hasta mi garganta. Lou no había hablado con nadie esta mañana, incluido yo. Podría haberme puesto enfermo solo de la vergüenza, con el recuerdo de su piel, suave y dulce. Su olor todavía me atormentaba.

La había retado a *besarme*.

Fui hasta el lavamanos a echarme agua en la cara y tragué ácido por el camino.

Cuando Lou no respondió, Beau le dio unos golpecitos en el hombro y ella levantó la cara con expresión distante. La tez pálida. Las pecas más visibles.

—¿Puedes obligarlas a callarse de algún modo? —le preguntó—. Soldar sus cuerdas vocales, ¿quizá?

Lou se llevó una mano a las orejas y sacó un pequeño trozo de tela de cada una de ellas.

—¿Qué decías?

Todos la miramos pasmados.

Tapones para los oídos. Había fabricado *tapones para los oídos* con un trozo de la colcha del posadero. Beau se los quitó con aire reverente y se los puso en sus propias orejas.

—Eres un genio malvado.

Pero Lou no se rio. Se limitó a parpadear. Sus ojos se enfocaron en la habitación despacio, como si hubiese estado perdida en sus pensamientos. Todavía sujetaba una prenda interior en una mano cuando preguntó:

—¿Deberíamos informar a Claud de algún modo? ¿Sobre Morgane? —Las palabras de la odiosa mujer reverberaban entre nosotros. *El momento es ahora. Los árboles se han movilizado y nosotros iremos detrás para golpear duro y con contundencia mientras el cónclave delibera*—. En realidad, deberíamos avisar también a Blaise, y los dos deberían saber de Isla. Podemos coordinar algún tipo de defensa...

No pude evitar una risa desdeñosa.

—¿Crees que las sirenas y los hombres lobo pueden coordinar algo?

Los ojos de Lou se enfocaron de manera abrupta.

—Creo que todos los planes que hemos *coordinado* nosotros en la vida han sido una mierda completa y absoluta y han terminado siempre en un desastre total.

—Los necesitamos —convino Coco con firmeza. Cerró su bolsa y se levantó—. Les enviaré un mensaje desde la playa.

—Hizo una pausa—. Cuando Isla se comprometa a ayudarnos.

Al unísono, todos miramos hacia el anillo en el dedo de Lou, que lo giró con nerviosismo.

—¿Creéis que podemos confiar en ella? —Sus ojos se cruzaron con los de Coco al otro lado de la sala—. ¿Podemos confiar en tu madre?

—Nosotros cumplimos con nuestra parte del trato. —Coco se encogió de hombros—. Y las aguas evitan la falsedad.

—Cierto. —Lou siguió girando el anillo. Gira que te gira que te gira—. Además, ¿qué es el cónclave? ¿Qué están *deliberando*?

Fue Jean Luc el que contestó.

—En Cesarine, se han reunido líderes religiosos de todo el reino para elegir a un nuevo arzobispo. También están — se aclaró la garganta, ocupado de repente con sus alforjas —... están *sonsacando* información de *madame* Labelle.

La palabra iba cargada de significado.

—Sonsacando —repitió Lou. Jean Luc aún se negaba a mirarla.

—El Fuego Infernal continúa asolando la ciudad.

—¿Qué significa *sonsacando*? —le preguntó Coco, inasequible al desaliento.

—Ya sabes lo que significa.

Todos me miraron en el silencio subsiguiente. Noté que el calor subía por mi cuello, por mi cara.

—No me importa.

Lou se puso en pie.

—Es tu madre.

—*He dicho* que no me importa. —Con un gruñido, giré en redondo para regresar con los caballos, arrepentido de mi decisión de volver con el grupo, de volver con ella. No obstante, Célie señaló mi bolsa con el ceño fruncido.

—Emm... ¿Reid? Tu morral se está moviendo.

Mi morral se está... Sus palabras atravesaron mis pensamientos un segundo demasiado tarde. Miré abajo.

Entonces tiré mi bolsa al otro lado de la habitación.

Algo dentro de ella chilló cuando impactó contra la pared. Semillas y ropa y armas salieron rodando de la bolsa, junto con lo que parecía un bollo y una... y una *rata*. Célie dio un grito y se encaramó en la cama de un salto. Beau se unió a ella al instante. Lou, sin embargo, se apresuró a

pescar el bollo mientras la rata se escabullía por una grieta en la pared. Lo sujetó en alto entre dos dedos.

—¿Esto es lo que creo que es?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —Furioso, barrí las semillas con la mano de vuelta a su bolsita. Jean Luc me dio mi camisa. Mis pantalones. Los guardé sin la menor ceremonia. Después intenté quitarle el hojaldre a Lou.

—Sea lo que fuere, es *mío*.

—Esto es un bollo de miel. —Lou no lo soltó—. ¿Lo llevabas encima todo este tiempo?

El bollo se rompió entre nuestros dedos.

—No me acuerdo.

—¿Recuerdas haberlo comprado?

—No.

—Entonces está claro que lo compraste para mí. Así que es *mío*.

—No es tuyo.

Célie se aclaró la garganta mientras continuábamos discutiendo por el pastelito ya rancio.

—Sí que *era* una rata lo que se estaba comiendo eso, ¿verdad?

—No todo. —Con los ojos en llamas, Lou tiró fuerte y el bollo se rompió en dos. Fue a dar un gran bocado.

Un fuego se avivó en mi propio pecho e intenté arrebatárselo el bollo.

—Devuélveme eso...

Coco tiró el bollo de la mano de Lou antes de que yo pudiera hacerlo.

—No —dijo, como quien no quiere la cosa—. Ya está bien. —Dejé caer la bolsita de semillas en mi bolsa y Coco dio media vuelta para seguir guardando sus cosas—. Llevaos bien, niños.

Lou y yo nos fulminamos con la mirada.

CAPÍTULO 40

LA BRECHA



Lou

La niebla nos envolvió más tarde ese mismo día.

Desmontamos en medio de ella justo al borde del camino. Miramos a nuestro alrededor en busca de señales de vida. Constantin había muerto; ¿significaba eso que las aguas no tenían guardián? ¿Podíamos... caminar hasta la orilla sin más? ¿Deberíamos?

—Beau, Célie y Jean Luc, deberíais quedaros todos aquí, solo por si acaso —susurré—. La magia de Isla os protegió una vez, pero no sabemos si nos brindará la misma cortesía ahora. Yo le llevaré el anillo. —Miré a Coco—. ¿Vendrás conmigo?

Sin decir una palabra, entrelazó su brazo con el mío en un admirable esfuerzo por normalizar la situación. Sin embargo, no había nada normal en ese lugar. Nada normal en cómo nos agachamos al unísono para sacar cuchillos de nuestras botas. A pesar de la hora diurna, el humo todavía tapaba el sol y la niebla oscurecía la tierra para dejarla envuelta en una penumbra perpetua. La niebla, además, se pegó a nosotros cuando empezamos a andar, densa como el agua, y limitaba nuestra visibilidad, razón por la cual las dos chillamos cuando la mano de Reid se estiró con sigilo y me agarró del codo.

—Ni lo sueñes.

Me lo quité de encima con una exclamación indignada.

—¡No *vuelvas a hacer* eso! Si quieres venir con nosotras, perfecto, pero *anúnciate* la próxima vez. ¡Podría haberte cortado la mano!

—Puede que él planee hacer algo peor —comentó Coco con los ojos entornados. Reid le lanzó una mirada asesina mientras la neblina ondulaba alrededor de su inmensa figura.

—No confío en ninguna de las dos. No os vais a alejar de donde pueda veros.

—No es que te estés ganando nuestro cariño precisamente —dijo Coco, con un tono de voz venenoso de tan dulce.

—Tengo una Balisarda. Podría haber brujas aquí.

—Oh, sí que *hay* brujas aquí.

Reid hizo rechinar los dientes.

—Manon podría haberles contado lo que robamos. Podrían estar esperando.

Coco fingió sopesar esa idea durante un momento antes de encogerse de hombros.

—Perfecto. Siempre y cuando no me claves esa Balisarda *a mí* en vez de a ellas. —Como muestra de lo lejos que ambos habían llegado, Coco le dio la espalda y tiró de mí hacia delante. Reid nos siguió sin comentarios.

Recorrimos el camino en el mayor silencio posible, escuchando cualquier sonido, aunque no había ninguno. Ni el roce de las hojas ni las olas al romper ni los gritos de las gaviotas. No, este silencio era una criatura viva en sí misma, antinatural y densa y opresiva. Cuando llegamos a la playa, vacilamos, parpadeamos por la repentina luz del sol y nos quedamos más apiñados de lo que solíamos estarlo.

—¿Tiramos el anillo dentro y ya está, o...?

Como si mi susurro hubiese roto alguna especie de hechizo, Angélica se materializó en el agua como un espectro, silenciosa y etérea. El agua caía a raudales de su vestido de pura plata. Cuando sus ojos se posaron en Coco, su rostro sereno se iluminó con una sonrisa radiante.

—Cosette, has vuelto.

—Te dije que lo haría.

Me quité el anillo de oro del dedo y se lo tendí.

—Toma. Es tuyo.

—Gracias, Louise. —Su sonrisa se difuminó mientras examinaba la sencilla alianza en la palma de su mano. Aunque centelleaba con inocencia al sol, las dos sabíamos la verdad. Su historia había sido forjada en muerte y magia hasta que las dos se habían convertido en una—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi este anillo. —Con pesar, sus ojos se levantaron hacia Coco—. Casi veinte años, de hecho.

—¿Significa eso que Isla está de acuerdo en ayudarnos? —pregunté. Angélica me ignoró y fue, en cambio, a agarrar las manos de Coco.

—Hija. Los eventos ya se han puesto en marcha. Me temo que esta será la última oportunidad que tengamos de hablar.

Coco se apartó sin mucho entusiasmo.

—Ya te dije que no quiero hablar.

—Debes hacerlo.

—No...

Angélica bajó la voz a un susurro apasionado y se acercó más a Coco, pero en el silencio, su voz todavía se extendía. Oímos todo lo que decía.

—Por favor, entiéndelo. *Jamás* quise dejarte, pero la idea de ti atrapada bajo el agua toda tu vida, como un pez en una pecera, examinada y admirada y cortejada... no podía soportarla. Te merecías mucho más. Créeme. Te he

observado siempre, desesperada por reunirme contigo en la superficie.

Coco retiró las manos de un tirón.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Ya sabes esa respuesta.

—Sé que tienes *miedo*.

—Tienes razón. —Angélica todavía susurraba—. Te abandoné en manos de una mujer cruel con la esperanza de que ella te amara, de que te diera las herramientas para trazar tu propio camino. Y lo hizo. La superaste. Nos has superado a las dos.

—Háblame, Chass —bufé, al tiempo que deseaba con desesperación que Beau no me hubiese robado los tapones para las orejas. Reid me miró con una suspicacia patente.

—¿Sobre qué?

—Lo que sea. Cualquier cosa que te venga a la...

—Puedes intentar justificarlo todo lo que quieras. —Coco no se molestó en bajar la voz—. ¿Cuántas veces visité esta playa, llorando por ti? ¿Cuántas veces me ignoraste?

—Conmigo hubieses vivido una vida a medias, Cosette. Quería más para ti.

Incapaz de evitarlo, miré hacia atrás para ver a Coco contemplando a su madre con incredulidad.

—¿Y qué pasa con lo que quería *yo, maman?* Tú y *tante...* de todo lo que os habéis preocupado jamás es de esta estúpida contienda. Yo soy el daño colateral, ¿verdad? Yo soy la que sufre.

—*Todos* hemos sufrido —espetó Angélica, cortante—. No te equivoques conmigo, Cosette. Tu tía y yo fuimos de las primerísimas brujas de la historia. Sí —asintió ante la expresión pasmada de Coco—, he vivido cien vidas. Quizá más, incluso. El tiempo transcurría de manera diferente por aquel entonces. —Se volvió hacia mí y levantó una mano impaciente—. Ven, Louise le Blanc. Tú también deberías oír

esto. Se está cociendo una batalla en el horizonte, más catastrófica que cualquiera que haya visto este mundo jamás. Y todos debemos desempeñar nuestro papel. Este es el mío.

Me acerqué un poco, dubitativa.

—En realidad, no tenemos tiempo para esto. Morgane ya ha partido hacia Cesarine...

—Si deseas derrotar a tu madre, mi hermana, encontrarás el tiempo.

Su tono no dejaba lugar a discusión, y en el siguiente segundo extrajo un estilete de la manga y se hizo un corte en la palma de cada mano. Su sangre se derramó espesa sobre la arena y de ella brotaron enredaderas negras con forma de sillas. Señaló hacia ellas mientras la sangre seguía goteando por sus muñecas. Diminutas florecillas de acónito morado brotaron donde tocaba la arena.

—Sentaos. Ahora. No os lo volveré a pedir.

El acónito significaba *precaución*.

Agarré la manga de Reid y lo obligué a sentarse; yo me instalé en mi propia silla sin más discusiones. Enfrente de mí, Coco hizo lo mismo, y Angélica se quedó de pie en el centro de nuestro macabro círculo. Giró despacio sobre sí misma para mirarnos a todos a los ojos.

—Esta es vuestra historia, la de todos vosotros, así que escuchad ahora y escuchad bien. Al principio, la magia vivía dentro de todas las brujas. Sí, me has oído bien, Louise —añadió cuando intenté interrumpir—. Aunque ahora nos llamáis *Dames rouges*, la magia de vuestros antepasados era más cercana a la nuestra que a la vuestra. Vibraba en su sangre, fluía por sus venas. Vivían en armonía con la naturaleza: jamás se llevaban más de lo que daban y jamás desafiaban el orden natural de las cosas. Vivían. Morían. Prosperaban. —Inclinó la cabeza—. Yo era una de esas brujas originales, igual que mi hermana gemela, Josephine.

—¿Qué pasó? —susurró Coco. Angélica suspiró.

—¿Qué pasa siempre? Con el tiempo, algunas de entre nosotras desearon más: más poder, más libertad, más *vida*. Cuando una secta de mi familia empezó a experimentar con la muerte, se abrió una gran brecha entre nosotros. — Angélica se arrodilló delante de Coco y la agarró de las manos una vez más—. Tu tía estaba entre ellas. Le supliqué a Josephine que se enmendara, que olvidara esa obsesión con la inmortalidad, pero cuando la pillé comiéndose el corazón de un bebé, no pude ignorar su enfermedad por más tiempo. Tuve que actuar. —Una nueva enredadera trepó por la silla de Coco, nacida de las lágrimas de Angélica. Como el acónito, sus pétalos florecieron morados, aunque esta planta no era acónito para nada. Era la letal belladona—. Le prohibí a mi hermana que regresara a Château le Blanc.

—¿Vivías ahí? —pregunté, asombrada.

—Todas vivíamos ahí. Es lo que estoy intentando decirte, Louise; esta es la gran brecha entre *Dame blanche* y *Dame rouge*. Aunque le prohibí a Josephine que regresara, no hizo caso de mi advertencia. En lugar de eso, reunió a las brujas que le eran afines y organizó una rebelión. —Con un estremecimiento, se puso en pie y la belladona trepó aún más alto para enroscarse alrededor del respaldo de la silla de Coco—. Jamás he visto semejante derramamiento de sangre.

La miré sin pestañear, con el corazón desbocado, cuando otro recuerdo salió a la superficie: sangre que discurría como un río desde el templo, y empapaba a su paso el pelo y la ropa de las brujas caídas. *La Brecha*. Y de repente, cobró sentido: no había visto a Coco en ese recuerdo, para nada. Había visto a Angélica. *Angélica* era la mujer sin rostro.

Ahora cerró los ojos.

—Las mataron. A nuestra familia. Nuestras madres y hermanas y tías y sobrinas... todas desaparecidas en una sola noche, masacradas como animales. Sin embargo, a pesar de todo, Josephine no podía matarme. No después de nuestro juramento de sangre.

—No podía torturarte —dije yo, consciente de pronto de la situación.

—No, pero *sí podía* desterrarme, y lo hizo sin dudar. No volvimos a vernos hasta muchos años después. —Sus manos se deslizaron hacia sus codos y dio la impresión de encogerse dentro de sí misma—. Observé desde la lejanía cómo sus *Dames rouges* cosechaban su justa recompensa cuando se dieron cuenta del caro coste de su victoria: ninguna de las brujitas nacidas después de la masacre tenía magia alguna en su interior. Si fueron sus hermanas asesinadas o la Diosa en persona las que las maldijeron, no lo sé. Forzadas a extraer su magia de la tierra y a seguir el orden natural de las cosas, sus hijas, las primeras *Dames blanches*, pronto superaron en número a sus antepasadas. La influencia de mi hermana fue menguando a medida que continuaba con sus experimentos, de naturaleza cada vez más oscura. Las *Dames blanches* empezaron a sospechar de ella y, cuando llegó el momento oportuno, aproveché su odio, su miedo, y regresé al Château para deponer a Josephine del trono.

Me levanté de un salto y empecé a caminar arriba y abajo; mis pensamientos eran esporádicos e incompletos.

—Pero no sabía que *eras* una bruja de sangre.

—Nadie lo supo jamás. Guardé el secreto con gran celo por temor a las persecuciones, oculté la verdad de mi magia con un esfuerzo inmenso. Fui cobarde, siempre lo he sido, pero al final no importó. Cuando salté hacia mi condena en L'Eau Mélancolique, Isla me salvó... o más bien, salvó mi anillo. —Deslizó el pulgar por la alianza—. Mi magia. Sin él

no estoy completa, y sin mí, L'Eau Mélancolique tampoco lo está. Por esa razón, Isla desea que evite implicarme en vuestra guerra. No comprende que también es *mi* guerra.

—Si Josephine muere, tú también morirás —susurró Coco, con la voz quebrada por la emoción contenida.

Sus palabras cayeron como piedras en mi estómago.

Sin previo aviso Angélica dio media vuelta: su cuchillo era casi invisible cuando cortó la belladona e impidió que se enroscara en torno al cuello de Coco. Solté una exclamación ahogada. Reid dio un respingo y Coco se puso de pie con un grito. Ninguno de nosotros nos habíamos percatado de sus siniestros zarcillos serpenteantes, fruto de la aflicción y de la ira de Angélica. Cuando volvió a hablar, su voz sonó suave.

—Todos debemos desempeñar nuestro papel.

Coco la miró. Yo crucé el círculo para darle a Coco un apretoncito en la mano.

—¿Significa eso que Isla *no* se va a unir a nosotros?

La mano de Angélica se cerró en torno al anillo.

—Isla es muchas cosas. —Pasó a nuestro lado y se deslizó hacia las aguas. Sus sillas de enredadera se marchitaron cuando Reid vino hacia nosotras; las flores de acónito se ennegrecieron hasta no ser más que nubecillas de cenizas—. Pero no es una mentirosa. Me habéis devuelto mi anillo y habéis vencido a Morgane. Has demostrado ser una aliada digna, Louise. Y aunque Isla no puede intervenir directamente en los eventos por venir, permite a sus melusinas que elijan por sí mismas si desean caminar a vuestro lado en Cesarine. Me permite *a mí* elegir.

—¿Lo harán? —pregunté.

—¿Lo *harás*? —preguntó Coco al mismo tiempo.

Inclinó la cabeza.

—Yo misma conduciré a todas las voluntarias a Cesarine dentro de tres días.

—¿Qué pasa dentro de tres días? —preguntó Reid, con la voz tensa.

Angélica se limitó a continuar su camino hacia las aguas, que permanecieron calmadas y quietas. Justo antes de entrar se detuvo con elegancia, con las manos cruzadas en la cintura.

—El Oráculo ofrece un regalo final. —Cuando tres cálices de hierro se materializaron delante de nosotros, el miedo afloró en mi estómago. Reid frunció mucho el ceño y se arrodilló a toda prisa para examinar uno—. Bebed de las aguas —dijo Angélica—, y lo veréis.

CAPÍTULO 41

HOMBRES SANTOS



Reid

El cáliz de hierro me resultaba familiar en la mano cuando me lo llevé a los labios. *Demasiado* familiar. Como si hubiese bajado un tramo de escaleras pero me hubiese saltado el último escalón. En el mismo instante en que el agua gélida tocó mi lengua, una fuerza invisible me succionó hacia delante y caí directamente por encima del horizonte.

Al segundo siguiente, salí a la superficie en la sala de audiencias de la catedral. Reconocí de inmediato los duros bancos y las paredes revestidas de madera. El aroma a miel en el aire. Velas de cera de abeja. Envolvía la sala una luz parpadeante, pues las cortinas estaban echadas por delante de las vidrieras de sus ventanas terminadas en punta. Había montado guardia en esas puertas abovedadas, detrás del podio, detrás del arzobispo, al menos una docena de veces mientras los culpables aguardaban su veredicto. No habíamos celebrado demasiados juicios dentro de estas salas. El rey Auguste y sus guardias se encargaban de los criminales comunes, mientras que las brujas no habían tenido derecho a juicio para nada. No, los que testificaban aquí solían ser encausados por crímenes de categorías intermedias: conspiración, complicidad con lo oculto, e

incluso intento de brujería. En mis años con los *chasseurs*, solo en unas pocas excepciones habían simpatizado abiertamente con brujas. Algunos habían estado tentados por el poder. Otros, seducidos por la belleza. Y aun otros habían buscado la magia para ellos mismos.

Habían ardido en la hoguera todos, hasta el último hombre o mujer.

Tragué saliva cuando Lou y Coco aterrizaron a mi lado.

Coco trastabilló un poco y chocó con el hombre de pelo plateado que estaba a nuestro lado. El hombre no reaccionó. De hecho, cuando el hombro de Coco pasó a través de su brazo, incorpóreo, fruncí el ceño. Al parecer, no podían vernos.

—Perdónela, señor —murmuré, para poner a prueba otra teoría. No respondió.

—Tampoco pueden oírnos. —En cualquier caso, Lou habló en un susurro. Tenía los ojos fijos en algo en el centro de la sala. Me giré. Y me quedé de piedra. Con el ceño fruncido y una mueca feroz, Philippe, un viejo compañero de armas, arrastraba a mi madre hacia el podio. La habían amordazado y maniatado. Todo su vestido estaba manchado de sangre, tanto en costras negras como de un escarlata vivo, y su cuerpo colgaba flácido. Drogada. Sus ojos aleteaban entre el sueño y la vigilia.

—Oh, Dios mío. —Coco se llevó una mano a la boca, horrorizada—. Oh, *Dios* mío.

Philippe no se molestó en desatarle las manos. Se limitó a clavar su oreja al podio. Con un aullido, mi madre se despertó de golpe, pero el movimiento solo exacerbó su posición y desgarró el cartílago. Sus gritos pronto se convirtieron en sollozos frente a la risa de Philippe. Bajo la influencia de las drogas, no podía sostenerse sola, y cuando cayó al suelo, su oreja se desprendió de cuajo.

Una nube roja empañó mi visión. Empecé a andar hacia delante antes de poder evitarlo, y solo paré cuando otro hombre se alzó en la sala. Igual que con el cáliz de hierro, reconocí su cara: barba canosa, mejillas demacradas, ojos tormentosos, aunque tardé varios segundos en ubicarlo.

—¿Eso ha sido necesario, cazador? —Su voz afilada cortó el estruendo de la sala. Al instante, todas las demás voces guardaron silencio. Todos los ojos se volvieron hacia él. Su atención, sin embargo, no se apartó de Philippe—. Si no estoy equivocado, esta mujer ha sido incapacitada con cicuta, por consejo de los curanderos. No plantea ninguna amenaza en su condición actual. ¿No son crueles e inusuales estas medidas adicionales? —Aunque dijo esto último como una pregunta, nadie la tomó como tal. La censura en su tono sonó bien clara.

Y ahí fue cuando lo ubiqué. De pie entre dos bancos, con una olla de estofado en sus manos nudosas. *La mayoría del clero no acogería a su propia madre si fuese una pecadora.*

Achille Altier.

No obstante, este no era el anciano encorvado y cascarrabias de la parroquia del cementerio. Se había peinado y aceitado la barba. La había recortado con pulcritud. Sus vestiduras también brillaban resplandecientes incluso en la semioscuridad. Más aún, su porte era diferente, más recto, más alto, y mandaba en la sala con una facilidad que envidié.

Philippe se enfureció, cuadró los hombros. Miró a su alrededor, a los rostros duros e impassibles del cónclave.

—Es una bruja, padre. Seguro que ninguna precaución es excesiva.

—¿Estás diciendo que sabes más que los sacerdotes de nuestra enfermería?

Philippe palideció.

—Yo...

—Bueno, bueno. —El hombre que estaba al lado de nosotros también se puso en pie, casi tan alto y ancho como yo. A pesar de su pelo plateado, espeso y brillante como el de un hombre más joven, irradiaba juventud y vitalidad. Piel dorada. Facciones clásicas. Alguien podría haberlo considerado apuesto, incluso. No obstante, sus pálidos ojos azules centelleaban de malicia. Dios lo había creado como lo opuesto a Achille en todos los sentidos—. No nos apresuremos a condenar al *chasseur* Brisbois por protegernos de la amante del demonio, cuyo mismísimo poder residía en su engaño. —Arqueó una gruesa ceja—. Aunque debo reprenderlo por la sangre derramada sobre nuestro podio.

Philippe se apresuró a agachar la cabeza.

—Mis disculpas, padre Gaspard.

Padre Gaspard. Mi cerebro rellenó el agujero a toda prisa. Padre Gaspard *Fosse*. Reconocí el nombre de mi tiempo pasado en el norte, en Amandine. Allí, el padre Gaspard había cultivado la parroquia más grande de todo el reino aparte de Cesarine, y se había forjado un nombre propio en el proceso. Al arzobispo no le había gustado su ambición, su astucia. Su lengua afilada. Yo había adoptado la opinión del arzobispo en aquel momento. El padre Gaspard no me había gustado por principio. Pero ahora que había conocido al hombre en persona, me di cuenta de que el arzobispo había estado en lo cierto. Al menos en este aspecto.

El padre Gaspard no era un hombre santo.

Fruncí el ceño por mi propia conclusión abrupta. ¿Qué había visto para llegar a tal conclusión? Había defendido a un *chasseur* de una crítica abierta. Había hecho crecer su parroquia. Ambas cosas deberían de haber sido comportamientos admirables, bíblicos, pero no lo eran. *No lo eran* y yo no lo entendía; ni a él, ni a la Iglesia, ni este creciente calor en mi pecho ni esta cosquillosa sensación a

lo largo de la piel. Como si de repente fuese varias tallas demasiado pequeña.

—Estás perdonado, hijo —dijo, a pesar de la barba canosa de Philippe—. Se perdona *todo* en pos de nuestra noble causa. El Padre conoce tu corazón. En la violencia contra estas criaturas, Él guía tu mano.

Gaspard bajó los escalones sin prisa hacia Philippe. Despacio. Casi ocioso. Elegante y orgulloso y superior. El padre Achille podría haber puesto los ojos en blanco. De todos modos, bajó renqueando por sus propias escaleras y siguió a Gaspard al otro lado de la sala. Los dos se encontraron a ambos costados del podio. De mi madre.

Achille se detuvo delante de ella. Las vestiduras del padre ocultaban el cuerpo comatoso de mi madre.

—Él nunca guía nuestra mano hacia la violencia.

—Hazte a un lado, anciano. —Aunque murmurada, la voz de Gaspard reverberó a través de la silenciosa sala. Se podría haber oído un alfiler cayendo al suelo—. Estamos aquí para quemar a la bruja, no para mimarla.

Me sonrojé de ira, con un dolor inexplicable. Pero *no debería* sentirme agitado, no debería sentirme *dolido*, y desde luego que no debería preocuparme por la bruja de allá abajo. Sin embargo, como con Célie y con Gaspard, no podía explicar mis propias decisiones.

Ya no amaba a Célie.

No me gustaba el padre Gaspard.

Y no quería que mi madre, una bruja, sufriera. No quería que ardiera en la hoguera.

Una vergüenza enfermiza me recorrió de arriba abajo ante esto último. Me dejé caer en el banco más cercano. Desesperado por recuperar la compostura. Cuando Lou me siguió, me puso una mano suave sobre la espalda, me obligué a contar hasta tres, hasta cinco, hasta diez. Cualquier cosa para centrar mis pensamientos turbulentos.

Sabía lo que debía hacer. Me lo imaginé con claridad: desenvainaba mi cuchillo para cortarle la mano a mi madre. Para clavarlo en su corazón.

Con la misma claridad, la abracé con fuerza y enterré la nariz en su cuello. Saboreé su cicatriz. Separé sus piernas para sentarla en mi regazo y la toqué con suavidad, la toqué sin suavidad, la toqué de todas las formas que ella quería. Cuando sus labios se entreabrieron, robé mi nombre de ellos y lo guardé para siempre. No un grito de dolor, sino una llamada de anhelo.

Así es como tocas a una mujer. Así es como me tocas a «mí».

El dolor me partió el cráneo en dos ante esa cruda imagen, y me vencí hacia delante, me agarré la cabeza. Expulsé esas palabras odiosas. Esa voz odiosa. A medida que se desperdigaron y alejaron volando, el dolor menguó, pero mi vergüenza ardía aún más caliente que antes. Intolerable. Hice ademán de apartar su mano de mí. Me detuve en el último momento.

Cuando se inclinó sobre mi hombro, su pelo me hizo cosquillas en la mejilla.

—¿Reid?

—No se ha tomado ninguna decisión —gruñó Achille.

Gaspard sonrió. Un gato con un secreto jugoso.

—Por supuesto que sí. No puedo culparte por esta ignorancia, obviamente, pues tu idealismo ha puesto a muchos en tu contra. No se atreven a hablar con libertad en tu presencia por miedo a la censura. —Cuando Achille no le dio la satisfacción de una respuesta, ni siquiera un fruncir de cejas, ni siquiera un parpadeo, continuó—. Pero por supuesto, esperemos a que Su Majestad recuente los votos. Llegará en cualquier momento. —Entonces se inclinó hacia delante para susurrar algo al oído de Achille. Un susurro de verdad, esta vez. No uno fingido. Achille se puso tenso y

masculló algo en respuesta. Como si les hubiesen dado permiso, en el cónclave se iniciaron varias conversaciones en voz baja, todos esperando a que llegara mi padre.

Lou se sentó a mi lado.

—No la van a quemar *de verdad*. No te preocupes.

Su muslo presionaba contra el mío, así que meforcé a echarme a un lado.

—Lo harán.

Coco hizo una mueca y se deslizó en el banco al lado de Lou haciendo rebotar su propia pierna, debido a los nervios.

—Por desgracia, creo que Reid tiene razón. Lo más probable es que Auguste la queme con el Fuego Infernal solo por rencor.

Lou me miró alarmada, con los ojos como platos.

—¿Qué hacemos?

—Nada. —Cuando arqueó una ceja, poco impresionada, fruncí el ceño y añadí—: No hay nada que *podamos* hacer. Incluso aunque quisiera ayudarla, cosa que no quiero, no hay tiempo. Mi madre es una bruja y arderá por sus pecados.

—*Tú* también eres brujo —espetó Lou—. Y aunque no lo fueras, has conspirado con nosotros un montón. —Empezó a contar mis delitos con los dedos, cada uno era un cuchillo impregnado de veneno—. Te has casado con una bruja —no lo recordaba—, has dormido con una bruja —desearía recordarlo—, has escondido y protegido a una bruja en múltiples ocasiones —cerré los ojos, se me retorcieron las entrañas—, y mejor aún: has *asesinado* por una bruja. Por cuatro de nosotras, para ser precisos. —Abrí los ojos de golpe mientras ella hacía rotar un dedo entre nosotros tres. Luego hizo un gesto brusco hacia el suelo de la sala—. Y la más importante de ellas se está desangrando en la alfombra ahora mismo. Por ti, debo añadir. Se sacrificó *por ti*. Su *hijo*. Al que *quiere*.

La mayoría del clero no acogería a su propia madre si fuese una pecadora.

Pero yo tampoco era un hombre santo. Cerré los puños y aparté la mirada.

—Yo no puedo hacer magia.

—Sí que puedes. —Con tono coloquial, Coco examinó una cicatriz en su muñeca—. Y muchas veces, practicaste cuando Lou no estaba implicada de manera directa, lo cual significa que estás *eligiendo* olvidar. —Cuando abrí la boca para contestar, para gruñir, Coco se limitó a agitar un dedo delante de mí—. Cállate. No estoy interesada en excusas. Isla nos ha regalado esta visión, así que tenemos que prestar atención. Estamos aquí por una razón.

La taladré con la mirada mientras ella hacía otro tanto conmigo. Lou cruzó los brazos y soltó el aire con fuerza por la nariz. Todavía estaba enfadada. Al parecer, eso también lo teníamos en común.

—¿Qué tiene que ver *madame* Labelle con la elección de un nuevo arzobispo? —preguntó después de un momento.

—Están empleando su acusación como una especie de tribunal propio. —No debí de explicarle nada. Ahora no podía parar. Hice un gesto con la barbilla hacia Achille y Gaspard—. Esos dos —añadí— se están posicionando para el título.

Coco hizo una mueca y miró por la sala. Supuse que estaría buscando lo que fuera que Isla quería que encontráramos.

—Más vale que gane Achille.

Lou nos miró a uno y a otra.

—¿Lo conoces?

—Era el sacerdote de Fée Tombe. Nos reconoció por los carteles de «se busca», pero aun así nos dio cobijo para la noche, e incluso nos ofreció su desayuno. Beau no le gustaba demasiado —añadió Coco, como si esa fuese otra

muesca a favor del hombre—. Será el primer arzobispo decente que haya visto Belterra jamás.

—No lo será. —Para demostrar lo que decía, señalé hacia los hombres apiñados justo debajo de nosotros. Habían juntado las cabezas para susurrar entre ellos. Cuellos tensos. Voces estresadas. Lou y Coco intercambiaron una mirada antes de inclinarse hacia ellos para escuchar.

—... no se está haciendo ningún favor —murmuró el de la incipiente calvicie—. No con su historial.

—¿Qué historial? —preguntó su compañero igualmente calvo.

El tercero, también calvo pero con una larga barba, sacudió la cabeza.

—Supongo que no tienes por qué saberlo, Emile. Ocurrió antes de que nacieras.

—Esta no es su primera campaña. —El que aún no estaba calvo del todo le lanzó a Achille una mirada de desprecio, con una hostilidad incalculable—. Achille se postuló junto con Florin durante el último cónclave, pero rescindió su candidatura en el último momento.

—Nunca dio una explicación —añadió el barbudo—. Se limitó a replegarse en esa pequeña parroquia deprimente allá en el norte. El viejo Florin se hizo con el título y nadie volvió a saber nada de Achille durante casi treinta años. Hasta ahora.

Alguien llamó a las puertas en arco de medio punto y los hombres se callaron un momento para observar a Philippe salir al pasillo y cerrarlas a su espalda. El hombre de la calvicie incipiente resopló y retomó sus cotilleos malintencionados.

—Oí que su hermano se enamoró de una bruja, no recuerdo su nombre.

—Audric —aportó el barbudo, su expresión era pensativa. A diferencia de su compañero, parecía menos propenso a

aborrecer a Achille. Bajó la vista hacia el hombre en cuestión casi con curiosidad—. Mi padre me dijo que Achille ayudó a toda la familia a cruzar la frontera.

—No sabía que simpatizara con brujas —masculló el más joven, con una mueca de asco.

—¿Cómo puedes no saberlo? —El hombre medio calvo señaló hacia donde Achille todavía protegía a mi madre—. No tiene una sola oportunidad de ganar la votación. No con su manera de actuar: todo este hablar de paz y urbanidad con las *criaturas* de este reino. El cónclave no lo nombrará jamás. Está claro que su asilamiento ha alterado sus sentidos.

Lou se mofó con una vehemencia inesperada.

—¿Crees que lo sentirá si le corto la lengua?

Incapaz de quedarme quieto, bajé las escaleras en dirección a mi madre.

—No lo toques.

—¿Por qué? —Se apresuró a seguirme—. Está claro que es un *bastardo*...

Las enormes puertas se abrieron de par en par antes de que pudiese terminar.

Envuelto en una capa de piel de león (la melena cruzada sobre los hombros), mi padre entró en la sala de audiencias. Lo acompañaban Philippe y tres cazadores a los que no reconocí. Al unísono, la congregación entera se puso en pie e hizo una reverencia ante su llegada. Todos los hombres. Incluso Achille. Mi estómago se retorció cuando me paré en seco al lado del podio.

Había amenazado con la tortura la última vez que lo vi. Había amenazado con ratas. De inmediato bajé la vista hacia mi madre, que yacía muy quieta. Aunque su vestido había empezado siendo verde esmeralda, ahora no lograba identificar bien su color... un tono desagradable de marrón,

quizá. Me arrodillé para examinar su estómago. Cuando sus ojos aletearon al sentir el movimiento, me quedé paralizado.

—Sí, sí, *bonjour*. —Auguste agitó una mano nerviosa. Hoy no ofreció sonrisas. Ningún cumplido vacío. Lo miré con un odio creciente. Su pelo seguía inmaculado, por supuesto, pero unas oscuras sombras hacían que sus ojos lucieran más hundidos. Le temblaban los dedos de manera inexplicable. Los escondió en su capa—. No puedo quedarme mucho tiempo. Aunque este maldito fuego ha perdido un poco de fuerza —varias personas en la sala abrieron los ojos ante la maldición, pero Auguste no se disculpó—, los curanderos creen que por fin han descubierto la solución: una planta rara de La Fôret des Yeux. —Avanzó unos pasos y le hizo un gesto a Achille para que se apartara de mi madre—. Terminemos con esto de una vez.

Coco soltó un resoplido burlón.

—No existe *solución*, ni con fruta ni de otro modo —musitó.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con el ceño fruncido.

—Porque el fuego se originó en mi pena. —Con expresión solemne, me miró directa a los ojos—. Y no hay solución para la pena. Solo el tiempo. Puede que el fuego pierda fuerza, sí, pero nunca se apagará del todo.

Lou asintió para mostrar su acuerdo, mientras miraba a mi madre. Y mi madre... hubiese jurado que le había devuelto la mirada. Lou se puso en cuclillas a su lado y apoyó una mano en su brazo mientras Auguste continuaba con su diatriba.

—Todos conocemos los delitos de la criatura. —La señaló, mientras miraba con desdén su figura mugrienta—. Con sus propios labios admitió su culpa. Es una bruja. Una poderosa. Prometió rociar este lago de fuego negro a cambio de su vida, pero *Dios* ha encontrado nuestra cura. Los curanderos ya han empezado a hacer pruebas. Para el final de la

semana prometen encontrar un producto para sofocar el Fuego Infernal, y en ese momento, esta bruja arderá por sus pecados.

Esta bruja. Las palabras no deberían haber dolido. *Era* una bruja. Pero también era mi madre y *su* antigua amante. Él se había acostado con ella. La había amado en algún momento, si lo que decía mi madre era verdad. Ella desde luego que lo había amado. Y ahora su estómago sangraba a causa de los mordiscos de las ratas... Levantó una mano destrozada hacia la mejilla de Lou, que intentó sujetarla pero no pudo, pues su propia mano pasó a través de la de mi madre sin tocarla.

Solo entonces me di cuenta del resto de las palabras de mi padre: *para el final de la semana.* Se me cayó el alma a los pies. Mi madre ardería en la hoguera al final de esta semana. Demasiado pronto para que pudiéramos llegar hasta ella. Muy muy pronto.

Varios de los presentes aplaudieron el arrebató del rey, incluido el hombre medio calvo, pero solo Achille hizo ademán de protestar.

—Majestad, existen unos protocolos a seguir. Sin un arzobispo electo, el cónclave debe emitir un voto oficial...

—Ah. —La nariz de Auguste se arrugó al girarse—. Tú otra vez, ¿padre...?

—Achille, majestad. Achille Altier.

—Achille Altier, ¿eres consciente de que el apoyo de la Corona es necesario para obtener el arzobispado?

—Preferible. No necesario.

Auguste arqueó una ceja y lo escrutó con nuevos ojos.

—¿Ah, sí?

—Por favor, Achille —interrumpió Gaspard con suavidad—. La palabra de su majestad es divina. Si él dice que la bruja debe arder, la bruja arderá.

—Si su palabra es divina —refunfuñó Achille—, no debería tener ningún reparo en presentar el asunto a una votación. El resultado coincidiría.

—*Debería* hacerlo. —Auguste lo fulminó con la mirada antes de levantar los brazos para dirigirse a todos los presentes; su voz sonó seca e impaciente. Fuera de sus límites habituales—. Ya habéis oído a este hombre. Vuestro padre Achille querría una votación, y eso es lo que va a tener. Todos los partidarios de quemar a la bruja, levantad la mano.

—¡Esperad! —Achille levantó sus propios brazos, con los ojos muy abiertos a causa del pánico—. ¡La bruja todavía podría ser útil! Los curanderos aún no han perfeccionado el producto para sofocar el fuego. Si falla y quemamos a esta mujer, ¿qué esperanza tenemos de extinguir las llamas? —Ahora se dirigió solo a Auguste—. Sus conocimientos han demostrado ser valiosos para los curanderos. Puedo traer a alguien más para testificar.

Auguste habló entre dientes.

—Eso no será necesario. Este cónclave ya ha oído lo suficiente de tus divagaciones ridículas.

—Con el debido respeto, majestad, la búsqueda de conocimientos no es ridícula. No cuando la vida de una mujer está en peligro...

—Cuidado, padre, no vaya a considerar herejes tus palabras, en lugar de ridículas.

La boca de Achille se cerró de golpe en respuesta y desapareció entre su barba. Auguste se dirigió a la congregación una vez más.

—Intentémoslo de nuevo, ¿os parece? ¿Los partidarios de quemar a la bruja?

Todas las manos de la sala se levantaron. Todas menos una. Aunque Achille observó cómo sus pares decidían el destino de mi madre con una expresión inescrutable,

mantuvo las dos manos fijas a los lados. Firme. Implacable. Incluso bajo la mirada siniestra del rey.

—Parece que has perdido la votación —se burló Auguste—. Mi palabra es divina.

—Te rescataremos —le susurró Lou con furia a *madame Labelle*—. No sé cómo, pero lo haremos. Lo prometo.

Madame Labelle pareció negar con la cabeza.

—¿Por qué esperar al final de la semana? —La voz de Achille temblaba por el esfuerzo de contenerla—. Habéis tomado vuestra decisión. ¿Por qué no quemar a la bruja ahora mismo?

Auguste se rio entre dientes y plantó una mano amenazadora sobre el hombro de Achille.

—Porque ella es solo el cebo, hombre estúpido. Tenemos peces mucho más grandes que pescar. —Se volvió hacia Philippe—. Difunde la noticia por todo el reino, capitán. *Madame Helene Labelle arderá*. —Le lanzó una mirada significativa a Achille—. Y todo el que se oponga encontrará el mismo final.

Achille hizo una reverencia rígida.

—Debes seguir a tu conciencia, majestad. Yo debo seguir a la mía.

—Preocúpate de que tu *conciencia* te lleve fuera de la catedral dentro de tres días. Al atardecer, serás el encargado de prender su hoguera. —Dicho eso, salió por las puertas con arco de medio punto otra vez y la sala de audiencia se convirtió en humo.

CUARTA PARTE



Qui sème le vent, récolte la tempête.
Quien siembra vientos recoge tempestades.

PROVERBIO FRANCÉS

CAPÍTULO 42

EL ASPECTO DE LA FELICIDAD



Lou

Aunque Angélica y sus cálices de hierro habían desaparecido cuando volvimos a salir a la superficie, Beau, Célie y Jean Luc flotaban en la ensenada en un barco de pesca. Un *barco de pesca*. Célie sonreía con un entusiasmo palpable desde el puente, agarrada al timón con ambas manos. Sin embargo, su sonrisa se borró de un plumazo cuando vio nuestras caras serias.

—¿Qué pasa? —nos gritó.

Esperé hasta subir a bordo para contestar.

—El regalo de Isla era una mierda.

No seríamos capaces de llegar a Cesarine antes de que *madame* Labelle quedara reducida a cenizas. Cuando Coco explicó la decisión del cónclave, la implicación del padre Achille y las últimas palabras de Auguste, Beau dio unas palmaditas en la popa.

—*Este* es su regalo. O al menos es el de Angélica. Nos llevará ahí a tiempo. —Se encogió de hombros—. Y no me preocuparía por mi padre —añadió—. Tiene un gusto especial por lo dramático, pero sabe lo que hace aun menos que nosotros.

—Tú no lo viste. —Me escurrí el pelo, maldiciendo por el frío. Los mechones ya habían empezado a congelarse y se

me puso la carne de gallina por todo el cuerpo—. No estaba actuando. Sabe que iremos a rescatar a *madame* Labelle. Planea atraparnos, como ya lo hizo otra vez. —Miré a nuestro alrededor por el barco destartado—. Y *esto* no nos va a llevar a Cesarine pronto.

—Lo hará. —Beau empujó a Célie a un lado con suavidad y asintió cuando Jean Luc bajó la vela. Y empezamos a deslizarnos por las aguas con velocidad—. Aprendí a navegar cuando tenía tres años. —Arqueó una ceja engreída en dirección a Coco—. Me enseñó el almirante de la Marina Real en persona.

A mi lado, Coco se frotaba los brazos y Reid apretaba todos los músculos del cuerpo, negándose a tiritar a pesar de que se le habían puesto los labios azules. Célie corrió a buscar unas mantas en el camarote bajo cubierta, pero las mantas no ayudarían. En realidad, no. A regañadientes, fui en busca de los patrones blancos, tras prepararme para su intensidad cuando aparecieron con todo su brillo. Fruncí el ceño ante la sensación: el alcance de las posibilidades todavía me sorprendía, pero después de un segundo o dos de ajuste, me sentí... bien. Como estirarse tras haber pasado demasiado tiempo sentado en una posición. Lo que resultaba aún más curioso era que, en lugar de tirar de mí hacia Château le Blanc, la magia parecía tirar de mí hacia...

Lo que importa ahora es si tú, «La Dame des Sorcières», todavía consideras que este sitio es tu hogar. Si no, sería lógico que tu magia no lo protegiera más. Seguramente se trasladará a tu nuevo hogar, sin importar dónde esté.

Ahora me resultaba muy fácil tirar de una cuerda. Un fognazo de aire caliente envolvió a Reid y a Coco, luego a mí, y observé, pasmada, cómo se derretía la nieve del camino. Calor por calor. El patrón blanco se disipó con él.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Coco con suspicacia.

—Derretí la nieve.

—Creía que la naturaleza exigía sacrificio. —Sus ojos se entornaron, y escudriñaron mi rostro y mi cuerpo en busca de daños—. ¿Cómo es que derretir nieve es un sacrificio?

Me encogí de hombros con impotencia, pugnando por articular este extraño nuevo poder incluso para mí misma. Cuando era *La Dame des Sorcières*, Morgane había parecido no tener límites y, al menos de este modo natural, quizás así lo fuera.

—Yo *soy* la nieve.

Coco me miró parpadeando como respuesta. Todos lo hicieron. Incluso Célie, cuando volvió con unas mantas un poco mohosas. Envolví la mía alrededor de mis hombros y me enterré en su calor. El patrón nos había secado, sí, pero seguía habiendo un viento gélido. Intenté aclararlo, aunque era muy probable que no lo consiguiera.

—Es como... antes mi magia parecía como una *conexión* con mis antepasados. Obtenía mis patrones a través de ellos. Ahora, como *La Dame des Sorcières*, *soy ellos*. Soy sus cenizas, su tierra, su magia. Soy la nieve y las hojas y el viento. Soy... infinita, no tengo límites. —Fue mi turno de parpadear, de mirar pasmada. Lo más probable era que sonara como una lunática desquiciada, pero no sabía cómo describirlo si no. A lo mejor las palabras *no podían* describirlo.

—Pero... —Coco se aclaró la garganta, visiblemente incómoda—, ya oíste lo que le ocurrió a mi tía sin un sistema de control y de equilibrio. Ella y sus seguidores fueron demasiado lejos. Asesinaron a su aquelarre como resultado y la Diosa los castigó. Tamb... también castigó a tu madre.

—La Diosa le dio a mi madre una oportunidad para redimirse en La Mascarade des Crânes. Le dio una advertencia. Cuando Morgane hizo caso omiso de ella,

Aurore revocó su bendición. ¿Ves? *Sí* hay un sistema de control. Y yo no puedo —volví mi vista hacia el interior para examinar los patrones que había ahí—, no puedo hacer nada *antinatural* con ello. Al menos, creo que no. No puedo matar a nadie, ni...

—La muerte es natural —declaró Reid con determinación por encima de la borda. Como todavía no habíamos salido de L'Eau Mélancolique, las aguas no ondulaban bajo nosotros. Reid se ciñó más la manta y tragó con fuerza—. Todo el mundo muere antes o después.

—Sí —dije despacio, mientras recordaba las palabras que me había dicho Ansel. Las de él habían parecido un consuelo en cierto modo, como una bendición. Las de Reid, sin embargo, no. Parecían más una amenaza; no, una promesa. Fruncí el ceño de nuevo, y entorné los ojos al mirar sus cejas espesas, su expresión alicaída. Por primera vez desde que había perdido sus recuerdos (aparte de nuestro encuentro mientras estábamos borrachos), Reid no proyectaba malevolencia. No mantenía una mano sobre su bandolera—. La muerte es natural; el asesinato, no.

Reid se encogió de hombros, pero no dijo nada.

Me resistí al impulso de acercarme a él.

—¿Estás bien, Chass? Beau tiene razón. *Sí* llegaremos hasta tu madre a tiempo...

Giró sobre los talones y se metió bajo cubierta antes de que pudiera acabar la frase. La puerta se cerró de un portazo a su espalda.

Un silencio incómodo descendió sobre nosotros tras su partida y noté que se me caldeaban las mejillas.

Coco rebuscaba en su bolsa, de espaldas al viento gélido.

—No deberías necesitar una lección para saber que quiere que vayas tras él. —Sacó un trozo de pergamino, un frasco de tinta y una pluma antes de dejarse caer sobre el suelo del barco. Sin ninguna ceremonia, utilizó su rodilla

como mesa y empezó a escribir un mensaje. A Claud, seguramente. A Blaise—. A menos que *sí* necesites una lección... Podría enseñarte una manera excelente de aliviar el estrés...

—Conozco un *montón* de formas de aliviar el estrés, muchas gracias. —Cuando el viento hizo imposible mantener el pergamino quieto, agité una mano en el aire. El viento paró durante un momento, y paró también el barco. Acabábamos de llegar a la extensión de mar más ancha, y las olas por fin rompían contra el casco—. Reid no estaría interesado en ninguna de ellas.

—Oh, yo creo que está *muy* interesado. —Su sonrisilla se esfumó cuando levantó la vista y dio unos golpecitos significativos con la pluma en el papel—. ¿Qué le voy a decir a Claud?

Resignada, me instalé a su lado y extendí mi manta también por encima de ella. Al otro lado de la pequeña cubierta, Beau gobernaba el timón mientras Célie contemplaba su progreso desde el único banco del barco. Jean Luc se reunió con ella.

—Puede que mi padre planee atraparnos —concedió Beau—, pero todavía tenemos una cosa a nuestro favor. —Señaló a Célie y luego a Jean Luc—. Esta vez tenemos a estos dos. Él no sabe que están con nosotros.

—Sabe que abandoné mi puesto —musitó Jean Luc. Coco sacudió la cabeza.

—Pero no sabe *por qué*. Si se hubiese enterado de la ausencia de Célie, cosa que dudo, conociendo a Tremblay, podría sospechar que la has seguido, pero nadie creería jamás que ella iría a buscarnos, y mucho menos que se aliaría con nosotros. No después de todo lo que ha pasado.

—Es verdad que tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado. —En la periferia de mis pensamientos, un plan empezaba a cobrar forma. No lo miré con demasiada

atención, más concentrada en jugar con un hilo suelto de la manta. Así dejaba que se formara del todo. No solucionarían el problema de Morgane; aunque en realidad, *problema* parecía una palabra demasiado suave para la imagen que había pintado Angélica. *Se está cocinando una batalla en el horizonte, más catastrófica que cualquiera que haya visto este mundo jamás.*

No podíamos centrarnos en eso ahora. El plan había cambiado. *Madame* Labelle iría primero, y luego... luego venían las batallas catastróficas. Tiré con violencia del hilo, con lo que deshilaché parte de la manta.

—No podremos entrar en la ciudad sin ser vistos. No lo logramos antes, cuando nadie sabía siquiera que íbamos para allá. Ahora nos estarán esperando.

—¿Estoy oyendo un *pero*? —preguntó Beau. Levanté la vista hacia él. Levanté la vista hacia todos ellos.

—Quizá *no tengamos* que entrar sin ser vistos. Quizá sería mejor anunciar nuestra llegada. —Sonreí un poco, aunque no tenía demasiadas ganas de hacerlo—. Quizá nos interese dejar que nos detengan.

—¿*Qué*? —exclamó Beau.

—No, escucha. —Me incliné hacia delante y volví a señalar a Célie y a Jean Luc—. Tenemos a una aristócrata con deseos de matar y a un cazador locamente enamorado de ella. Un *capitán*. Tiene una habilidad letal y está muy bien entrenado y, lo que es más importante, tiene el respeto de la Corona y de la Iglesia. Si Célie se hubiera escapado en busca de venganza (contra mí, contra Reid, contra todas las brujas), *por supuesto* que él iría a reunirse con ella. *Por supuesto* que nos incapacitaría y por supuesto que nos llevaría de vuelta a Cesarine para arder en la hoguera. Incluso arrestaría al príncipe heredero anárquico en el proceso.

—Os meterán a todos en la cárcel. —El viento revolvió los salvajes rizos de Coco mientras lo pensaba—. La misma cárcel en la que retienen a *madame* Labelle.

—Exacto. Jean Luc puede relevar a la guardia y yo haré magia para sacarnos a todos de ahí.

—Te inyectarán cicuta —dijo Jean Luc.

—No si ya lo has hecho tú antes. —Me desplomé como si estuviese incapacitada para demostrárselo, mi cabeza se bamboleaba sobre el hombro de Coco—. Olvidas que yo soy una mentirosa consumada y que tus compañeros confían en ti.

—Si escapáis en mi turno de guardia, sabrán que os he ayudado. Me degradarán.

Coco, que había estado anotando nuestro plan (tachaba y lo escribía de nuevo a medida que cobraba forma), levantó la vista con una expresión sombría.

—Te harán cosas mucho peores que esa. —Sacó un cuchillo de su abrigo y cortó una fina línea en su antebrazo. Apoyó el corte sobre el papel, y a cada gota de sangre, el papel chisporroteó hasta desaparecer del todo. Se volvió hacia mí—. Le he pedido a Claud, y supongo que a Zenna y a Seraphine, que encuentren a Blaise y se reúnan con nosotros después en el Léviathan. Si lograron curar a Toulouse, a Liana y a Terrance, serán capaces de curar también a *madame* Labelle.

Jean Luc no dijo nada. Célie se apresuró a su lado y deslizó los dedos entre los de él.

—Es lo correcto, Jean. El cometido de los *chasseurs* es proteger a los inocentes. *Madame* Labelle no ha hecho más que querer a su hijo. Si no hubiese sido por su sacrificio, el rey habría torturado a Reid.

—Además —comentó Beau, frunciendo los labios—, no quiero ser *agorero*, pero tu capitanía no importará nada cuando Morgane mate a todo el mundo.

—En eso tiene razón —dijo Coco.

Jean Luc cerró los ojos, con la cara tensa y estresada. En lo alto, las gaviotas chillaban bajo la luz filtrada del sol y, a estribor, las olas se estrellaban contra la orilla lejana. Aunque no conocía a Jean Luc, él aún llevaba sus emociones como llevaba su abrigo, un abrigo que había trabajado duro por recibir. Más duro que la mayoría. Y si nos ayudaba ahora, todo ese duro trabajo, todo ese dolor, toda esa envidia, todo ese rencor, habrían sido para nada. Al hacer *lo correcto*, él lo perdería todo.

No, no conocía a Jean Luc, pero lo comprendía mejor que la mayoría.

Después de unos momentos, bajó la cabeza en señal de asentimiento. De pena.

—Por supuesto. Solo decidme lo que tengo que hacer.

—Gracias, Jean —dijo Célie, y le dio un beso en la mejilla.

El último pergamino desapareció con la sangre de Coco y el mensaje quedó enviado.

No obstante, en lugar de alivio, un miedo nuevo reptó en mi interior. Un miedo fresco y una ira rancia. Esta última bullía justo debajo de mi piel mientras miraba la puerta del camarote. Jean Luc nos ayudaría, sí, y Claud y Blaise también. Teníamos un dragón dorado de nuestro lado, así como una bruja original. Melusinas y un hombre lobo. Una *diosa* me había otorgado la magia de *La Dame des Sorcières*, con la que podía cambiar de forma, podía alterar la propia composición de la naturaleza, con solo un gesto de la mano. Morgane no sabía que yo existía, y Auguste no sabía nada de nuestro plan. Nunca antes habíamos contado con semejantes elementos sorpresa; de hecho, nunca antes habíamos estado tan preparados para lo que se avecinaba. Nuestro plan era excelente. El mejor que habíamos urdido en la vida.

Excepto por un problema muy alto y muy *odioso*. Mis ojos podrían haber taladrado agujeros en la puerta ya. Coco siguió la dirección de mi mirada y me dio un empujoncito en el hombro.

—Ve a hablar con él.

—Es imposible que esté de acuerdo.

—No lo sabrás hasta que lo intentes.

—Tienes razón —comenté, con una risa burlona—. Es probable que le *encante* este plan. Le dará la oportunidad de representar sus fantasías de mártir. Demonios, lo más probable es que quiera que lo aten a la hoguera por una sensación de vergüenza o de odio hacia sí mismo o... por alguna sensación de *deber* malentendido.

Me lanzó una mirada de soslayo.

—Eso no es lo que he dicho.

—Es lo que querías decir.

—De verdad que no. —Coco pasó los brazos a mi alrededor, se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Aquí tienes tu primera lección de seducción: la sinceridad es supersexy. No, no del modo que estás pensando —añadió, cuando volví a burlarme—. La sinceridad va más allá de decirle quién solías ser, quién solía ser él, quién solíais ser juntos. Lo has intentado y no ha funcionado. Tienes que *enseñárselo*. Permítete ser vulnerable para que él también pueda serlo. Ese tipo de sinceridad... ese tipo de sinceridad es íntimo. Es algo crudo.

Apoyé la cabeza contra el casco y solté un gran suspiro.

—Olvidas que soy una mentirosa. Que la sinceridad no es *lo mío*.

Su sonrisa se ensanchó.

—Con él, sí.

—Es que es exasperante, joder.

—Lo es, lo es.

—Quiero sacarle los ojos.

—Estoy de acuerdo por completo.

—Puede que robe su Balisarda y le afeite las cejas con ella.

—Ojalá lo hicieras.

—Seré sincera si lo eres tú.

Su cara se levantó hacia la mía al instante, confundida. La miré a los ojos sin alterarme.

—¿A qué te refieres? —preguntó con suspicacia. Por la forma en que sus ojos saltaron hacia Beau, sin embargo, tan deprisa que podría haberseme pasado por alto, estaba claro que sabía *exactamente* a qué me refería. Fingí sopesar mis palabras mientras me daba golpecitos en la barbilla con un dedo.

—Bueno... Célie me contó algo de cierto beso.

Coco entornó los ojos en señal de advertencia.

—Célie tendría que preocuparse por sus propios asuntos.

—Suenas como que *tú* también tienes que preocuparte por tus propios asuntos. —Reprimí una sonrisa ante su súbita expresión asesina—. Venga ya. Creí que habías dicho que la sinceridad era supersexy.

Retiró el brazo de mis hombros de mal modo y lo cruzó con el otro. Se arrebujaó más hondo bajo las mantas.

—No proyectes lo que tenéis Reid y tú sobre Beau y sobre mí. El nuestro no es un grandioso romance apasionado. No somos amantes malhadados. *Nosotros* fuimos un rollito ocasional y eso es todo.

—Coco, Coco, Coco. —Esta vez fui yo la que le di un golpe en el hombro *a ella*—. ¿Quién es la mentirosa ahora?

—No estoy mintiendo.

—Creí que habías dicho que la sinceridad era *cruda*. Creí que habías dicho que era íntima.

Hizo una mueca y apartó la mirada. Cerró la mano en torno al medallón de su pecho.

—Demasiado cruda. Demasiado íntima.

Mi sonrisa se diluyó poco a poco al percibir el dolor en sus palabras.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste vulnerable con alguien?

—Soy vulnerable contigo.

Pero yo no contaba, y ella lo sabía. Me devané los sesos para recordar todas las relaciones serias de Coco: una bruja llamada Flore, Babette y el propio Beau. No sabía si debía contar a Ansel. Esas emociones habían sido serias, sí, pero no correspondidas en ambos lados.

—¿Esto... tiene que ver con Ansel? —pregunté con cautela. Coco me lanzó una mirada penetrante.

—No. —Y luego—: Bueno, ya no. —Bajó un hombro y los brazos cayeron sueltos a los lados. Se miró las palmas de las manos en su regazo—. Al principio, sí. Pero él... me visitó en las Aguas Melancólicas, Lou.

—Lo sé. —Se me humedecieron los ojos.

Coco no parecía sorprendida de que yo lo supiera; su mirada, en cambio, se volvió hacia su interior. Como si no me hubiese oído en absoluto.

—Me dijo que quería que fuese feliz. Dijo que si Beau podía hacer eso, no debía dudarlo. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Pero ni siquiera sé qué aspecto tiene la felicidad.

—Por supuesto que lo sabes...

—Lo que sé —continuó con decisión, hablando por encima de mí— es que no es trabajo de Beau enseñármelo. No es trabajo de nadie más que mío. Y si yo no puedo hacerme feliz a mí misma, ¿cómo puede hacerlo él? ¿Cómo pueden hacerlo mi madre o mi tía o mi familia?

Ah. Se produjo un momento de silencio entre nosotras a medida que las piezas encajaban en su sitio. La miré, con ganas de envolver mis brazos alrededor de sus hombros tensos. De manera intencionada o involuntaria, Coco había sido abandonada por todos aquellos a los que había osado

amar. Excepto por mí. No era ninguna coincidencia que se permitiera ser vulnerable solo con una persona. Aun así... me dolía el corazón cuando observaba a Beau, que lanzaba miradas disimuladas en nuestra dirección cada pocos segundos.

—Él no es todos los demás —susurré. Hipó en respuesta.

—Es un *príncipe*.

—Y tú eres una princesa.

—Lideramos a dos tipos de personas distintas. Las suyas lo necesitarán a él y las mías me necesitarán a mí. Mira a tu alrededor, Lou. —Abrió los brazos a los lados, como si Morgane y Josephine y Auguste estuvieran aquí con nosotras en este momento—. Más allá de cómo salga esto en Cesarine, nuestros reinos no están alineados. Jamás lo estarán. No tenemos ningún futuro juntos.

Arqueé una ceja y repetí como un loro sus propias palabras.

—No lo sabrás hasta que lo intentes. —Cuando me miró con cara de pocos amigos y no dijo nada, la tomé de las manos—. No, escúchame, Coco. Si no quieres a Beau, perfecto. Prometo que no diré una sola palabra más. Pero si lo *quieres*, y si él te quiere, los dos encontraréis una manera. Lo haréis funcionar. —Sin pensarlo, eché una mirada hacia la puerta del camarote—. Solo tú puedes decidir el aspecto que tendrá tu felicidad.

Me apretó las manos con más fuerza; los ojos le brillaban por las lágrimas.

—Ya te lo he dicho, Lou. *No sé* qué aspecto tiene mi felicidad.

—No pasa nada por no saberlo. —Sin pensarlo, tiré de ella para levantarla y la abracé con fuerza por fin. Beau, Célie y Jean Luc cesaron su conversación murmurada para mirarnos, sobresaltados. Les hice caso omiso. No me

importaba—. Pero sí pasa por dejar de intentarlo. Tenemos que *intentarlo*, Coco, o jamás la encontraremos.

Coco asintió contra mi mejilla y sus palabras resonaron en mis oídos.

La sinceridad va más allá de decirle quién solías ser, quién solía ser él, quién solíais ser juntos. Lo has intentado y no ha funcionado. Tienes que enseñárselo.

Una vez más, miré hacia la puerta del camarote. La ira seguía ahí, por supuesto, tan rancia como siempre, pero el miedo había sido sustituido por una determinación férrea. Por un propósito recién descubierto. Mi felicidad incluía a Reid, y jamás dejaría de luchar por él. Jamás dejaría de intentarlo. Coco siguió la dirección de mi mirada con una sonrisita. Me empujó hacia allí con suavidad.

—Vayamos al encuentro de nuestra felicidad —susurró.

CAPÍTULO 43

LLEVAME A LA IGLESIA



Reid

Me agaché para entrar en el camarote, aunque casi me parto la cabeza en el proceso, antes de enderezarme para inspeccionar mi santuario. Una cocina desordenada, llena de cacerolas y sartenes a la derecha. Un sofá raído delante de mí. Una mesa circular. Crucé el camarote de dos zancadas. En la proa del barco, oculta tras unas cortinas de tartán, había una cama. Dos zancadas más y una segunda cortina ocultaba otra cama a popa. Las sábanas tenían un ligero aroma a moho. A sal y pescado.

Cuando mi estómago emitió un gruñido audible, rebusqué entre los armarios en busca de comida. Les dio a mis manos un propósito. A mi mente, algo en qué concentrarse. El hambre tenía solución; una solución clara y tangible. El dolor podía curarse con una hogaza de pan duro, un frasco de encurtidos. Puse ambos sobre la encimera, corté la hogaza con mi cuchillo y destapé las zanahorias y los rábanos. Busqué un plato y un tenedor sin prestar demasiada atención. Cuando los encontré, comí deprisa, con determinación. Cada movimiento era eficiente. Centrado.

El dolor de mi estómago no amainó.

La culpa seguía reconcomiéndome, hasta que aparté el plato, disgustado con las zanahorias. Con el barco. Conmigo mismo.

No podía dejar de pensar en ella.

Te rescataremos. No sé cómo, pero lo haremos. Lo prometo.

Me había considerado una persona con convicciones, pero nunca había oído convicción verdadera hasta este día.

Tú también eres brujo, y aunque no lo fueras, has conspirado con nosotros un montón. Te has casado con una bruja, has dormido con una bruja, has escondido y protegido a una bruja, en múltiples ocasiones, y mejor aún: has «asesinado» por una bruja. Por cuatro de nosotras, para ser precisos. Y la más importante de ellas se está desangrando en la alfombra ahora mismo.

Jamás había oído semejante vehemencia. Semejante pasión.

Lo odiaba.

La odiaba *a ella*.

Odiaba no odiarla en absoluto.

Mis pensamientos giraban mientras lavaba mi plato. El frasco vacío. Mientras los devolvía al armario, junto con el pan. Me dejé caer en el sofá y me dediqué a mirar la puerta del camarote. No podía matarla. No podía tocarla de ese modo. De *ningún* modo. Cuando pensé en ello ahora, en deslizar mis labios por sus costillas, o quizás en deslizar un cuchillo entre ellas, la bilis subió por mi garganta. Quizá pudiera abandonarla, dejarla tirada, y a *todos* los demás, como había planeado desde el principio.

La sola idea me produjo daño físico.

No, no podía dejarla, no podía matarla, no podía *tenerla*. Lo cual dejaba solo una solución. Una solución clara y tangible. Para ser sincero conmigo mismo, debería haberlo

hecho ya. Debería haberlo hecho en cuanto vi mi rostro en ese cartel de «se busca». Debería de haber sido fácil.

Lo correcto rara vez lo era.

La puerta se abrió de par en par antes de que pudiera terminar el pensamiento y Lou irrumpió en el camarote. El pelo desgreñado. La barbilla decidida. Aún llevaba esos *mugrientos* pantalones de cuero y la lazada superior de su blusa se había aflojado. El cuello de la camisa había resbalado por un hombro, dejando a la vista una clavícula larga y delicada. Mis ojos se demoraron ahí durante un segundo de más antes de que apartara la vista, furioso conmigo mismo. Con ella. Miré el suelo con cara de pocos amigos.

—Bueno, ya *basta* de malas caras, creo. —Sus botas aparecieron ante mis ojos y se pararon apenas a un par de centímetros de las mías. Demasiado cerca. Atrapado en el sofá, no podía apartarme sin ponerme de pie, sin que mi cuerpo rozara el suyo para pasar a su lado. El camarote era demasiado pequeño. Demasiado caliente. El aroma dulce de Lou lo engullía—. Vamos, Chass —me pinchó, doblándose por la cintura para que la mirara a los ojos. Su pelo cayó, largo y espeso, entre nosotros. Apreté las manos sobre las rodillas. No lo tocaría. No, *no lo haría*—. Sé que las cosas se pusieron un poco... bueno, *feas*, en la sala de audiencias, pero ahora tenemos un plan para salvarla. Vamos a engañar a Auguste.

—Sigue sin importarme.

—Y yo sigo sin creerte. —Cuando no la miré, Lou se enderezó y mis ojos traicioneros reaccionaron ante el movimiento. Plantó las manos en las caderas—. Vamos a engañar a Auguste —repitió, decidida a contármelo, quisiera o no quisiera escucharla—, fingiremos que Jean Luc nos ha arrestado.

De repente, tenía toda mi atención. Su cara. Sus palabras.

—¿Nos vamos a entregar?

—Vamos a *fingir* que nos entregamos. —Sus cejas se aplanaron ante lo que fuese que veía en mi expresión—. Solo vamos a fingir, Chass. Después de que liberemos a tu madre, nosotros también vamos a salir pitando de ahí. Coco va a reunir a Claud y a Blaise, y con suerte incluso a Angélica, y nos encontraremos con todos ellos en el Léviathan.

Claud y Blaise y Angélica. Dioses y hombres lobo y brujas y sirenas.

Negué con la cabeza.

—Para ya. —Lou chasqueó los dedos para llamar mi atención. Entornó los ojos con suspicacia—. Sé lo que estás pensando. Puedo verlo escrito por toda tu estúpida cara y la respuesta es *no* .

—¿Sí? —empecé, mirando su dedo con mala cara—. ¿Qué estoy pensando?

—Quieres *arruinar* mi brillante plan...

—Sí que *es* un plan brillante.

El halago debería haberla aplacado. En lugar de eso, avivó su ira. Me clavó un dedo en el pecho.

—No. No, no, no, no. *Sabía* que ibas a intentar esta mierda de actitud tipo mártir, como si el hecho de que te pudras en prisión o de que ardas en la hoguera fuese de algún modo a resolverlo todo. Pues permite que te lo arruine, Chass: no lo hará. No solucionará nada porque además de salvar a tu madre y luchar con Morgane... y La Voisin, Nicholina y otro montón de jodidas molestias, también tengo que rescatarte *a ti* .

Mi piel ardió con mayor intensidad ante su blasfemia. Ante su *boca* .

—Ese lenguaje —mascullé. Me ignoró y volvió a clavarme el dedo en el pecho. Más fuerte esta vez.

—Sé que estás experimentando unas cuantas *sensaciones extremas* ahora mismo, pero no vas a hacer nada estúpido con ellas. ¿Lo entiendes? No vas a ir a la *cárcel* porque quieres mucho a tu madre. No vas a *morir* porque quieras follar con una bruja. Acéptate. A. Ti. Mismo.

Recalcó cada pausa con un golpe del dedo.

Mi sangre casi hervía. Me pitaban los oídos. La aparté a un lado para ir hacia la puerta. Si insistía en quedarse bajo cubierta, yo volvería arriba. A los otros podía soportarlos, pero a ella... *ella* me hablaba como si fuera un niño. Un niño descarriado y *petulante* necesitado de una buena regañina. De disciplina. Era demasiado. Me giré hacia ella en el último momento.

—Lo que hago o dejo de hacer no es asunto tuyo —espeté, indignado. Una breve pausa—. Y no quiero *follar* con una bruja.

—¿No? —A la velocidad del rayo, cruzó la pequeña distancia entre nosotros. En sus ojos, la ira centelleaba brutal, brillante y preciosa. Y algo más... algo parecido a la determinación. Cuando su pecho rozó mi estómago, mis músculos se contrajeron casi con violencia—. Entonces, ¿qué es lo que quieres? —Se acercó más aún, la cara levantada hacia la mía. Su voz adoptó un tono duro—. Decídete de una vez. No puedes tenerme esperando toda la vida, con un calentón tremendo en un momento y frío como el hielo al siguiente. ¿Quieres quererme o quieres matarme?

Bajé la vista hacia ella mientras una oleada de calor trepaba por mi cuello y encendía mis mejillas.

—Es una línea muy fina, ¿verdad? —Se puso de puntillas y casi susurró las palabras contra mis labios—. O... quizá no quieras ninguna de las dos cosas. Quizá prefieras adorarme.

¿Es eso, Chass? ¿Quieres adorar mi cuerpo como lo solías hacer?

No podía moverme.

—Puedo enseñarte, por si lo has olvidado —murmuró—. *Yo sí recuerdo cómo adorar a ti.*

Se me puso la visión roja solo de imaginarlo. Si era de ira o de lujuria o de pura *locura*, no lo sabía. No me *importaba*. Estaba condenado de una manera u otra. Mis manos agarraron sus hombros, su mandíbula, su pelo, y mis labios se estrellaron contra los suyos. Ella respondió de inmediato. Lanzó los brazos alrededor de mi cuello y se impulsó hacia arriba. Atrapé sus piernas cuando lo hizo, la levanté más alto y enrosqué su cuerpo alrededor del mío. Mi espalda chocó con la puerta. Nos fundimos en un solo ser. No podía ralentizar mis caderas, mi lengua. La presión se acumuló en la base de mi columna cuando empujé contra ella. Cuando se apartó un poco, jadeando. Cuando cerró los ojos y hundió los dedos en mi pelo.

No paré.

Mi rodilla se deslizó entre sus piernas, inmovilizándola contra la pared. Sostuve sus manos por encima de su cabeza. Las atrapé ahí. Adoré su cuello con mi lengua. Y su clavícula; su *maldita* clavícula. La mordisqueé con suavidad y me deleité en cómo respondió su cuerpo bajo el mío. Había sabido que sería así; no sabía *por qué*, pero había sabido que haría ese sonido exacto. Era como si mi cuerpo conociera el suyo de una manera que mi mente no lo hacía. Oh, y la conocía a ella, la conocía de una manera íntima.

Puedo enseñarte, por si lo has olvidado. «Yo» sí recuerdo cómo adorar a ti.

Las palabras me incitaron a una actividad febril. El instinto me guio y probé su cuello, su hombro, su oreja. No podía tocarla lo suficiente. La madera crujió debajo de mi rodilla, la piel de la zona ya irritada y rozada por la presión,

la fricción. Por instinto, pasé sus muñecas a una sola mano y usé la otra para acercarla más a mí, lejos de la puerta. Deslicé esa mano por su espalda, la acaricié mientras ella hacía rodar sus caderas por mi muslo. Por el borde duro del muslo.

—¿Así es como lo hacía? —Deslicé la nariz por su clavícula, casi delirante por su olor. Mis propias caderas respondieron de manera involuntaria. La presión aumentó. Aunque una voz en el fondo de mi mente me advirtió de que no fuera más allá, la ignoré. Arderíamos por nuestros pecados, los dos, aquí y ahora. Tiré de los cordones de sus pantalones. Los cordones de los míos—. ¿Así es como te *adoraba*?

Sus ojos permanecieron cerrados mientras se arqueaba contra mí, mientras todo su cuerpo se estremecía. Saboreé la imagen. La deseaba. Cuando su boca se abrió en un gemido, capturé el sonido con hambre, llevé mi mano más abajo. Mis dedos se enroscaron. Empujaron. Buscaron. En este momento, podía tenerla, podía *adorarla* y fingir que era mía.

Solo esta vez.

Mi garganta se cerró de manera inexplicable al pensarlo, y mi pecho se comprimió. Empecé a mover los dedos más deprisa, perseguía esa promesa vacía. La apreté contra la puerta una vez más.

—Enséñame —susurré con una respiración irregular—. Por favor. Enséñame cómo solíamos ser.

Sus ojos se abrieron al instante y dejó de moverse de repente.

—¿Qué pasa?

No respondí. No *podía* responder. Negué con la cabeza y la besé otra vez, desesperado por intentarlo. Desesperado por aliviar este *dolor* entre nosotros, este deseo que antes

conocía y casi recordaba. Lo quería. Lo temía. La besé hasta que ya no noté la diferencia.

—Reid. —Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca. Sobresaltado, me di cuenta de que se había liberado. Sacó mi mano de sus pantalones, tenía sus ojos fijos en los míos. Brillaban con una emoción intensa. Aunque quería ponerle nombre al sentimiento que vi en ellos, quería reconocerlo, no lo hice. No *podía*.

—No... así no. No estás preparado.

—Estoy *bien*...

—No creo que lo estés. —Se inclinó hacia delante y me dio un beso en la frente, suave como una pluma. La ternura del movimiento casi hizo que me desmoronara. Esa intimidad...—. Más despacio, Reid. Tenemos tiempo.

Más despacio, Reid. Tenemos tiempo.

Tenemos tiempo.

Derrotado, me aparté al oír sus palabras, y apoyé la frente sobre el hueco de su cuello. Apoyé las manos contra la puerta. Lou se dejó caer despacio hasta el suelo y el silencio descendió a nuestro alrededor. Cuando no lo rompí y me limité a apretar los puños contra la madera, restregó la mejilla contra mi pelo. Se *acurrucó* contra mí. Cerré los ojos.

—Háblame —susurró.

—No puedo. —Las palabras salieron gruesas de mi lengua. Torpes—. Lo siento.

—Nunca te disculpes por sentirte incómodo.

—No estoy *incómodo*. Estoy... estoy... *a la deriva*. — Aunque en ese momento levanté la cara para mirarla, me arrepentí de inmediato de la decisión. Sus cejas, su nariz, sus *pecas*. Y esos ojos... podría ahogarme en esos ojos. La luz procedente de las ventanas centelleó en sus profundidades turquesas. Así de cerca, podía ver el anillo azul hielo que rodeaba sus pupilas. Las motas verde mar de

sus iris. No podía seguir *mirándome* de este modo. No podía seguir *tocándome* como si... como si...

»¿Por qué no te recuerdo? —pregunté.

Esos ojos preciosos parpadearon.

—Elegiste olvidar.

—¿*Por qué?*

—Porque me querías.

Porque me querías.

Levanté las manos por los aires y fui al otro lado del camarote. No tenía ningún sentido. Si la había querido, ¿por qué la había dejado? Si la había abrazado como bruja, si me había abrazado *a mí mismo*, ¿por qué había renunciado a ello? ¿Había sido feliz? ¿Lo había sido *ella*? La manera en que decía mi nombre... hablaba de algo más que de un fugaz momento de lujuria.

Hablaba de algo más.

Como una polilla atraída por una llama, me volví hacia ella una vez más.

—Enséñame lo.

Ella frunció el ceño en respuesta, con el pelo más desgredado que cuando había entrado. El escote más bajo. Los labios hinchados y los pantalones abiertos. Entre los cordones, dos o tres centímetros de tersa piel dorada me tentaban. Cuando quise acercarme a ella, otra vez, ladeó la cabeza como un gato.

—¿A qué te refieres?

Tragué saliva y me obligué a parar. A repetir las palabras.

—Enséñame cómo solíamos ser.

—¿Me estás pidiendo... *quieres* recordar? —Cuando me limité a mirarla, ella sacudió la cabeza despacio y se acercó un poco. Todavía me estudiaba. Parecía estar conteniendo la respiración—. El silencio no es una respuesta.

—No lo sé.

Las palabras salieron atropelladas, tan sinceras como pude articularlas. Solo decirlas en voz alta era como desnudarme. Apenas podía mirarla. Pero lo hice. La miré, me obligué a reconocer mi propia indecisión. Mi desesperación y mi esperanza.

Una pausa mientras ella lo pensaba. Una sonrisita pícara.

—Muy bien.

—¿Qué?

—Siéntate. —Señaló detrás de mí con un dedo—. En el sofá.

Me dejé caer en los almohadones sin una palabra más, con los ojos muy abiertos, el corazón acelerado. Ella me siguió, se apoyó contra la mesa frente a mí y se sentó en el borde. Bastante cerca como para tocarla. Algo en su expresión, sin embargo, me paralizó la mano; en ese momento, hizo un gesto con la muñeca y cerró con llave la puerta del camarote. El olor de la magia brotó a nuestro alrededor.

—Ya está. Nadie puede vernos. Nadie puede oírnos, tampoco.

—¿Se supone que eso debe asustarme?

—¿Lo hace?

La miré con una expresión oscura. De manera intencionada o no, me había liado con una bruja, una bruja a la que deseaba en todos los sentidos de la palabra. Una bruja a la que deseaba saborear y sentir y *conocer*. Todo ello debería de asustarme. Lo último más que nada, pero...

—No, no me asusta.

—Dime dónde te gustaría tocarme, Reid. Dímelo y yo lo haré por ti. Te enseñaré cómo solíamos ser.

La miré hambriento, apenas me atrevía a creerlo. Ella me devolvió la mirada. Después de otro momento, arqueó una ceja y deslizó un pie y después otro fuera de sus botas. Los calcetines vinieron a continuación.

—Si prefieres no hacerlo, por supuesto que lo entendería. Hay dos camas. Podríamos descansar un rato, si prefieres.

—No. —La palabra salió de mí de manera instintiva. Rápida y sin pensar. Maldije mi propia ansia antes de soltar el aire con serenidad. *Más despacio, Reid. Tenemos tiempo.* Ella me había dado esta oportunidad para que yo dominara mi cuerpo, mis reacciones. Para que recuperara algo parecido al control. Era obvio que ella había subestimado su atractivo. Mis pulgares ansiaban acariciar las plantas de sus pies desnudos, deslizarse por sus dedos y subir por sus tobillos. Eché una mirada hacia la puerta.

Ella fingió un bostezo.

Mis ojos se clavaron en los suyos, buscando, y en ellos vi la verdad. Ella quería que tuviera las ideas claras, pero no solo por mi bien, sino también por el suyo. *Decídete, Reid,* había dicho antes. *No puedes tenerme esperando toda la vida, con un calentón tremendo en un momento y frío como el hielo al siguiente.*

Me deslicé hasta el borde del sofá, pero con cuidado de no tocarla.

—Quiero —empecé—, quiero que... —Pero no me salían las palabras. La sinceridad me ahogaba. La sinceridad y el miedo. Por lo lejos que estaba dispuesto a ir, lo lejos que iría ella, lo lejos que ya habíamos ido.

Ladeó la cabeza; sus ojos brillaban, con un intenso fuego en su interior. Que amenazaba con devorarnos a los dos.

—Lo que quieras, Reid. —Y luego con voz más suave—: Dímelo.

Mi miedo se derritió por la profundidad de su voz. La emoción pura y sin límites.

Amor.

Sacudí la cabeza para quitarme de encima ese pensamiento.

—Quítate los pantalones.

Si mi petición la había sorprendido, no lo demostró. No vaciló. Despacio, como una tortura, fue bajando los pantalones por sus piernas. Sus ojos no se apartaron de los míos jamás. No hasta haberse quitado por completo la prenda de cuero.

Se me secó la boca al verla.

Había estado cautivado por su clavícula. Ahora, toda la extensión de sus piernas desnudas se extendía ante mí. Todavía encaramada sobre la mesa, las puntas de sus pies apenas llegaban al suelo. Su camisa, no obstante, ondulaba a su alrededor y la ocultaba de mi vista. Me resistí al impulso de inclinarme hacia delante, enrosqué los dedos en torno al almohadón y observé, en silencio, mientras se recostaba hacia atrás sobre las manos y columpiaba sus pies como si estuviera aburrida.

No estaba aburrida.

—¿Y ahora qué? —preguntó. Su voz entrecortada, como si le faltara el aire, revelaba la verdad.

—Tu camisa.

—Se supone que tienes que decirme dónde te gustaría tocarme.

—Quiero verte primero.

Y era verdad. Quería... no, *necesitaba*... verla, como un hombre hambriento necesita alimento. Entornó los ojos, pero levantó poco a poco el borde de su camisa para ir revelando más y más de esa piel dorada. Centímetro a tortuoso centímetro. Después de quitársela por encima de la cabeza, la tiró a mis pies.

—¿Y ahora?

Ahora estaba desnuda. Gloriosamente desnuda. Aunque deseaba tocarla, estirar la mano y trazar la curva de su cintura, mantuve los puños cerrados sobre los almohadones. Ella quería que le dictara cada caricia. Quería oír cada palabra por lo que era: una decisión. Decisiones

pequeñas, sí, pero decisiones de todos modos. Sinceras. No podía haber mentiras entre nosotros. Ahí, no. Así, no.

Así, no.

—El muslo —dije, incapaz de apartar la mirada de sus tobillos, sus pantorrillas, sus rodillas. Incapaz de pensar con coherencia, de decir más que un puñado de sílabas. Demasiado cautivado para sentirme avergonzado—. Tócalo.

Su barriga onduló con sus risas al oír la orden. Sus hombros se sacudían. Me deleité en el sonido, en la *vista*. Cada inspiración, cada exhalación. Aunque cada carcajada sonaba alta y clara, encantada, no pintaba nada que sonara tan inocente. No cuando su cuerpo ardía como la encarnación de un pecado.

—Necesito más que eso, Chass. Sé específico. —Se inclinó hacia delante y deslizó la mano de manera casual hasta la mitad del muslo.

—¿Aquí? —Cuando sacudí la cabeza y tragué el nudo que tenía en la garganta, llevó un único dedo más arriba. Más arriba aún—. ¿O... aquí?

—¿Qué sientes? —Incapaz de evitarlo, me puse de pie, deprisa e inestable. Mis manos temblaban con la necesidad de sustituir a las suyas, pero me resistí. No podía tocarla ahora. No pararía jamás—. Imagina que es mi mano y dime exactamente qué siente tu piel.

Con un guiño, cerró los ojos.

—La noto... cálida.

—¿Solo cálida?

—Febрил. —Su otra mano fue hacia su cuello, su nuca, mientras continuaba acariciando su muslo. Se le diluyó la sonrisa—. Me siento febril. Caliente.

Febрил. Caliente.

—Tu dedo. Muévelo más arriba. —Cuando obedeció y lo deslizó entre sus piernas, a punto estuve de atravesar los

cojines. Mi corazón latía a mil por hora—. ¿Qué sientes con él ahí?

Cuando ese dedo se movió, se quedó sin respiración con un escalofrío. Le temblaban las piernas y yo ansiaba agarrarlas. Inmovilizarla sobre esa mesa y terminar lo que habíamos empezado. Pero... esto no era como antes. Esto era diferente. Esto lo era *todo*.

—Dime, Lou. Dime cuán caliente estás.

—Estoy... —Sus caderas se mecían a un ritmo lento con su dedo y su cabeza cayó hacia atrás, su columna se arqueó—. Me siento bien. Me siento tan bien, Reid. Me siento muy bien.

—Sé específica —dije, con los dientes apretados.

Cuando me dijo cómo se sentía: mojada y sensible, ansiosa y *vacía*... caí de rodillas delante de ella. Había hablado de adoración. Ahora lo entendía. Sin embargo seguí sin tocarla, ni siquiera cuando añadió un segundo dedo, un tercero. Ni cuando agregó, con un suspiro:

—Desearía que fueses tú.

Yo también lo desearía.

—Separa las piernas. —Lo hizo—. Enséñame cómo te tocas.

Y lo hizo.

Primero su pulgar dibujó círculos delicados. Luego otros nada delicados. Más y más, sus movimientos cada vez más rápidos, menos elegantes, mientras sus piernas se tensaban y daban sacudidas. Yo mismo sentí cada presión de su pulgar, la creciente presión, el agudo dolor anhelante. La necesidad de liberación. Logré respirar una vez. Dos. Después...

—Para.

Esa palabra seca la sobresaltó y se quedó quieta, jadeando. Una fina película de sudor centelleaba sobre su

pecho y yo deseé saborearla. Me levanté sobre las rodillas, agarré la mesa a ambos lados de ella.

—Abre los ojos. —Cuando lo hizo, todavía jadeando con suavidad, seguí hablando—. Mírame. No te escondas. Dije que quería verte.

Sus ojos se clavaron en los míos con un enfoque perfecto. Ni siquiera parpadeó cuando sus dedos retomaron su actividad entre nosotros. Lentos al principio, luego cada vez más deprisa. Y en sus labios... Me acerqué más aún, ya casi la tocaba. Pero no la toqué en ningún momento. Cuando murmuró mi nombre (una condena, una súplica, una *oración*), el sonido hizo que me viniera abajo. Mi mano se zambulló en mis propios pantalones. Al primer roce, casi me rompo.

—¿Te...? —Lou apoyó su frente contra la mía, casi frenética ahora. Una gota de sudor resbaló entre sus pechos mientras se movía. Seguí su recorrido sin pensar—. ¿Te hago sentir *lascivo*, marido? ¿Esto te... hace sentir *avergonzado*?

No. *Dios*, no. Nada de esto parecía bochornoso. Mi pecho se comprimió aún más con la palabra; demasiado tenso, demasiado pequeño para contener las emociones que batallaban en su interior. No podía describirlas, excepto por que parecían, *ella* parecía...

—Me haces sentir bien. Completo.

Un escalofrío bajó por mi columna ante la confesión. Ante la verdad. Mi piel hormigueaba de anticipación. Puede que su voz se quebrara con un sollozo, con mi nombre, y en el momento en que ella alcanzó el clímax, yo también lo hice. Una mano subió para agarrar mi hombro. La mía aferró su rodilla. Nuestros ojos permanecieron abiertos mientras nos estremecíamos juntos, y cuando me dejé caer sobre ella, vaciado, rozó sus labios contra los míos. Suaves esta vez. Tentativos. Esperanzados. Le temblaba la barbilla. Sin decir

una palabra, la engullí entre mis brazos y la sujeté con fuerza.

Había parecido tan fuerte desde la playa. Tan dura e implacable. Insensible al dolor o al daño. Pero aquí, después de romperse, de hacerse añicos bajo mi mirada, parecía frágil como el cristal. No, no como el cristal.

Como mi *mujer*.

No podía recordarla. Esos recuerdos habían desaparecido y habían dejado grandes grietas de vacío en mi identidad. En mi mente. En mi corazón.

No, no podía recordar.

Pero ahora quería hacerlo.

CAPÍTULO 44

LA BARRIGA DE LA BESTIA



Lou

Cuando el sol trepó por el horizonte la tercera mañana, entramos en las aguas de Cesarine.

Jean Luc agarraba el timón más fuerte de lo necesario, los dedos hacían girar la madera en un gesto de nerviosismo.

—Esto se va a poner muy feo, muy deprisa. —Sus ojos volaron hacia mí y hacia Reid, que estaba detrás de mí en la barandilla. Había rondado por el barco desde ese primer día en el camarote, hablaba poco y fruncía mucho el ceño. Ya me lo había esperado. Reid no era el tipo de persona para arrebatos casuales. Nuestro momento en la mesa había significado algo para él.

Solo que él no sabía *qué*.

Aun así, cuando creía que nadie lo veía, lo había pillado con el ceño fruncido, sacudiendo la cabeza, como si estuviese manteniendo una conversación silenciosa consigo mismo. En ocasiones, su rostro incluso se contorsionaba de dolor. No me atrevía a especular acerca de la causa, no me atrevía a albergar *esperanzas*, y en lugar de eso me concentraba en lo que me había dado por voluntad propia. Aunque sus palabras habían sido escasas, habían sido maravillosas.

Me haces sentir bien. Completo.

A pesar del frío gélido, una oleada de calor se extendió por mi cuerpo ante el recuerdo.

No había sido la decisión final, en absoluto, pero había sido *una* decisión. En ese momento, me había elegido. En todos los momentos desde entonces, había elegido estar cerca de mí, dormir a mi lado, escuchar cuando hablaba. Cuando me había ofrecido el final de su comida la noche anterior, con el ceño fruncido y confuso, Beau se había ofrecido incluso a pagarle a Célie lo que le debía.

Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Me aferré a ello con todas mis fuerzas.

—Cuando atraquemos en el puerto, el práctico llamará a la guardia de su majestad —dijo Jean Luc—, que a su vez alertará a los *chasseurs*. Yo pediré una escolta hasta el castillo para solicitar una audiencia con el rey. Me la concederá en cuanto descubra a quién he capturado.

Célie levantó en alto su inyección.

—Lou y Reid fingirán estar incapacitados mientras estemos en la ciudad.

—Aun así, tendrán que ir atados. —Jean Luc se giró hacia Beau—. Como tú, alteza.

—Cuando los padres de Célie vengán a recogerla al puerto, yo me colaré debajo de su carruaje. —Coco estudió el perfil de la ciudad a medida que nos aproximábamos. Aunque aún se veía pequeña y borrosa, se iba haciendo más grande por momentos—. Esperaré la señal junto con Claud y los otros en el Léviathan.

Reid se alzaba detrás de mí, su presencia era cálida y serena. Una extraña calma se apoderaba de sus facciones siempre que hablábamos de estrategias. Como si se introdujera en otro estado de conciencia, separado del caos y la confusión de sus emociones. Me reí en silencio,

ocultando el sonido detrás de mi mano. La compartimentación era fuerte en este.

—Después de que nos depositen en nuestras celdas, Coco creará una distracción bastante grande como para merecer la atención de los *chasseurs* —explicó—. Jean insistirá en que nuestros guardias intervengan y él ocupará su puesto de manera temporal.

—Y yo sacaré a todos de las celdas con magia —continuó yo—, incluida *madame* Labelle. Beau y Jean Luc nos sacarán a escondidas del castillo a través de los túneles.

Jean Luc parecía alterado.

—Auguste conoce los túneles.

—No los conoce como yo —dijo Beau muy serio—. Yo puedo sacaros de ahí.

Jean Luc pasó los ojos de Reid a mí. No dejaba de retorcerse los dedos.

—Habrá bastante más entre la parte del plan de *escoltaros al castillo* y la de *depositaros en vuestras celdas*. Lo sabéis, ¿verdad?

Esto se va a poner muy feo, muy deprisa.

—Sí. —No por primera vez, la cara angustiada de Estelle se me apareció en el ojo de mi mente. Su cuerpo flácido. Una bota sobre su mejilla y un puño en torno a su pelo. Enseguida la siguieron otras caras, otros susurros. *Viera Beauchêne escapó después de que intentaran quemarlas a ella y a su mujer; ácido esta vez, en lugar de llamas. Un experimento. Y...*—. Tengo entendido que su majestad tiene un gusto especial por las ratas.

—Haré lo que pueda para protegeros, pero...

—... si esto va a funcionar, tu actuación debe ser creíble —terminó Reid por él, con la voz dura—. La de todos nosotros debe serlo.

Jean Luc asintió.

—Va a doler.

—El dolor es algo pasajero. —No sabía de dónde salían esas palabras, pero eran ciertas—. Y si metemos la pata, aunque sea solo por un momento, el dolor será mucho peor. La *hoguera* será mucho peor. —Un silencio pesado descendió sobre nosotros mientras recordaba el tormento de las llamas lamiendo mis piernas, las ampollas que rompían mi piel, el calor que separaba músculo de hueso. Me estremecí un poco—. Confiad en mí.

Cuando llegamos bastante cerca como para ver edificios individuales, para ver a gente afanándose como hormigas entre ellos, Jean Luc nos tiró la cuerda. No miró a ninguno.

—Es la hora.

—Átala fuerte —le indiqué a Reid, que la enroscó en torno a mis tobillos un momento después. En cuclillas delante de mí, procuró ser suave, *demasiado* suave, y parecía reacio a apretar las cuerdas. Su pulgar siguió el camino de una pequeña vena de mi pie, hasta el tobillo, donde desaparecía. Sin embargo, su pulgar siguió su avance. Lo miró muy concentrado.

—Vas a fingir que estás incapacitada —musitó al fin—. No necesito mutilarte.

—Tiene que ser convincente.

—Nadie va a mirar tus tobillos.

—Reid. —Cuando me eché hacia delante para acariciar su mejilla, me miró a los ojos, reticente, y perdió la compostura. Solo un poco. Se apoyó en la palma de mi mano, incapaz de evitarlo, y la emoción por fin afloró a sus ojos. Parecía miedo—. Si esto sale mal, yo no seré la única en arder en la hoguera. Arderá tu madre. Y *tú* también. Y eso... es inaceptable.

Su garganta subió y bajó.

—Eso no va a pasar.

—Tienes razón. No va a pasar. Ahora —le ofrecí una sonrisa poco entusiasta—, ¿puedes atarme como un

chasseur ata a una bruja, o le pido a Coco que lo haga?

Reid me miró durante un segundo antes de ver a su espalda. Detrás de nosotros, Coco ayudaba a Beau con sus propias cuerdas, mientras Célie revoloteaba a su alrededor; intentaba ayudar, pero fracasaba en su intento. Reid bajó la voz.

—Dime cómo recordar.

Un momento de silencio, de *sorpres*a, tanto mía como suya.

—¿Qué? —pregunté dubitativa, segura de haberlo oído mal entre toda la agitación. El viento soplaba ya como un vendaval cuando nos acercamos a la orilla, y resonaron voces desde los muelles. Las gaviotas chillaban por encima de nuestras cabezas con el brillante sol matutino. Y mi corazón... estaba a punto de salirse del pecho—. ¿Has dicho que quieres...?

—Recordar, sí. —Una vez más, miró a Coco y a los otros, y se movió un poco para bloquear su vista—. Dijiste... antes dijiste que solo la magia podía ayudarme. *Mi* magia. Dijiste que podía revertir el patrón. ¿Qué significa eso?

—Significa... —me obligué a respirar hondo, asentí en su dirección, para mí misma, para Dios o la Diosa, o para cualquiera que pudiese estar gastándome una broma tan cruel—. Significa que tu...

—De momento no significa nada —intervino Coco. Se dejó caer a nuestro lado de repente. Me apretó la mano antes de volverse hacia Reid—. Por favor, pensadlo. No necesitamos que Morgane recuerde a Lou mientras estamos todos en la ciudad. Tenemos suficientes cosas en contra de nosotros como para añadir una madre vengativa a la lista.

—Pero... —dije, desesperada.

—Cuando recordaste a Bas, eso casi os mató a ambos. —Coco agarró mis dos manos, su expresión era seria. Quizás estuviera tan desesperada como yo—. Estamos apenas a

momentos de llegar a la orilla de Cesarine y tenemos un plan montado para rescatar a *madame* Labelle. Después, si esto es lo que los dos elegís, lo ayudaré a recordar de todas las maneras que pueda. Sabéis que lo haré. *Ahora* mismo, sin embargo, tenemos que ataros a los dos, o los siete acabaremos en la hoguera antes el anochecer.

Los siete.

Mierda.

Tragué saliva, pero seguí asintiendo mientras Reid fruncía el ceño y empezaba a atar sus propios tobillos. Ahora, esto era más grande que nosotros. Siempre había sido más grande que nosotros.

—*Habr*á un después, Lou —susurró Coco con fiereza. Dio la vuelta para atarme las manos detrás de la espalda. Luego hizo lo mismo por Reid—. Superaremos esto juntos, *todos* nosotros, y empezaremos de cero. Forjaremos ese pedazo de paraíso. Juntos —repitió con firmeza—. Lo prometo.

Juntos.

Dejé que mi cuerpo quedara flácido contra las tablas del suelo mientras Coco se escabullía bajo cubierta, mientras unas voces llamaban a Jean Luc al reconocerlo, mientras nuestro pequeño barco entraba en el puerto y varios hombres saltaban a bordo para ayudar a amarrarlo. Reid presionó su cabeza sobre la mía; la única muestra de consuelo que podía darme. Unas sensaciones aumentadas brotaron como agujas a lo largo de mi piel cuando mi magia pugnó por liberarse, para protegerlo, para proteger mi *hogar*, pero la reprimí. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Habíamos entrado en la barriga de la bestia.

CAPÍTULO 45

LOS SIETE



Lou

En general, casi todo salió según el plan.

Pasó un ratito sin que nadie se diera cuenta de que estábamos ahí, inertes y olvidados en el suelo. Pero cuando un caballero de nariz aguileña casi pisó el pie de Reid, dio un gritito de sorpresa; luego otro gritito más fuerte, de miedo esta vez. Sus facciones morenas se crisparon al reconocerlo.

—¿Ese es...? ¿No es...?

—Reid Diggory, sí —confirmó Jean Luc con una mirada de desdén, tras materializarse a nuestro lado. Me dio una patadita en las costillas con su bota y resbalé de lado contra Reid, que se puso un pelín tenso—. Y su mujer, la heredera de *La Dame des Sorcières*. Los apresé en un pequeño pueblo al norte de Amandine.

Los ojos del pescador estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¿Tú solo?

—Incapacité a Morgane le Blanc yo solo, ¿no es así? —Jean levantó una ceja arrogante ante los balbuceos del hombre—. Creo que encontrarás que cualquier cosa es posible con la motivación adecuada. —Hizo un gesto con la barbilla en dirección a Célie, que se mostraba debidamente

asustada cerca del timón—. Tenían algo que me pertenecía —concluyó.

Otras personas se habían reunido ahora a nuestro alrededor, con los ojos muy abiertos, curiosas. El miedo todavía no se había apoderado de ellas. Estos hombres vivían sobre todo en los mares, donde las brujas eran poco más que cuentos de hadas, comparadas con el peligro muy real de Isla y sus melusinas.

—¿Y esa, quién es? —preguntó otro, sin apartar los ojos de Célie.

—*Mademoiselle* Célie Tremblay, hija del vizconde. Su padre es consejero personal de su majestad. —La mandíbula de Jean Luc se endureció—. Es posible que hayáis oído hablar de él en conexión con su hija mayor, Filippa, que fue asesinada por brujas el año pasado. Célie quiso convertirse en justiciera y fue tras estos dos ella sola. —Al oír las carcajadas burlonas de los marineros, Célie enderezó los hombros a la defensiva, solo durante un segundo, antes de recordar su papel. Bajó la cabeza y acudió a la llamada de Jean Luc cuando le pidió que se acercara. Jean Luc le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. La mano agarraba el hombro con más fuerza de la necesaria, el único signo visible de su estrés. Aun así, su voz rezumaba arrogancia cuando continuó con su relato—. Es una boba, pero ¿qué se puede esperar de alguien tan bonito? — Cuando los hombres se rieron, como *ovejas* descerebradas, Jean Luc chasqueó los dedos en dirección a uno que estaba en el borde del grupo—. Envía un mensaje a su padre. Él la recogerá y la castigará como considere oportuno.

El mensajero miró a Beau con el ceño fruncido.

—El suyo no será el único padre que vaya a castigar y a imponer disciplina.

Entonces saltó del barco y desapareció, sustituido casi al instante por el práctico del puerto, un tipo bajito y rollizo

con un espectacular bigote retorcido. Actuaba con la ferocidad de un tejón y agarró mi cara para examinarla. No fue suave. Los músculos de Reid se tensaron debajo de mí.

—No me lo creía —gruñó el práctico, mientras tiraba de mi barbilla de un lado a otro, con la fuerza suficiente como para hacerme moratones—. Pero sí es ella después de todo. La hija de la puta bruja en carne y hueso. —Sonrió y se enderezó de nuevo. Después dio media vuelta para dirigirse a Jean Luc—. Avisaremos a tus compañeros de inmediato, por supuesto, si es que no están ya de camino. Estas noticias corren como la pólvora. —Con un gesto de su mano, otro marinero partió—. Espero algún tipo de reconocimiento por permitirte atracar. Una captura a dúo, si quieres.

Jean Luc lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo osas extorsionar a un capitán de los *chasseurs*?

—No eres capitán, no. —Impertérrito ante la ira de Jean Luc, el hombre cruzó los brazos sin perder la sonrisa—. Auguste es un viejo amigo mío, ¿sabías? Se dice que te han echado de menos, *capitán*.

Los ojos de Jean Luc se entornaron al tiempo que se me caía el alma a los pies.

—¿A qué te refieres?

El hombre se limitó a encogerse de hombros y miró a su espalda, hacia la conmoción en la calle más arriba.

—Supongo que lo averiguarás muy pronto.

Casi un batallón entero de *chasseurs* se dirigía hacia nosotros a caballo con un ruido atronador, provocando gritos entre los peatones a su paso. Más y más gente (marineros, pescadores, vendedores ambulantes) se congregaba poco a poco alrededor de nuestro barco. Todos estiraban el cuello desde el muelle para ver qué era todo ese lío. Algunos se tapaban la boca al vernos, otros bufaban entre dientes. Una mujer incluso tiró un pescado con una

puntería certera: impactó contra la mejilla de Reid antes de caer muerto al suelo. Beau fingió forcejear con sus ataduras.

—Ya basta —masculló. El práctico chasqueó la lengua.

—Vaya, vaya, vaya, alteza. —Se puso en cuclillas delante de él para examinar el rostro de Beau desde todos los ángulos—. La última vez que te vi, llevabas pañales... —Sin embargo, antes de que pudiese terminar su humillante diatriba, el primero de los cazadores llegó hasta nosotros. Lo reconocí de La Mascarade des Crânes.

—Philippe. —Jean Luc torció el gesto cuando el hombre en cuestión (un hombre grande que daba algo de miedo; aunque no era tan grande como Reid ni daba tanto miedo) se abría paso a su lado a empujones con una intencionada falta de respeto. De hecho, chocó con Jean Luc como si fuese un mueble y le hizo dar dos pasos atrás—. ¿Has perdido la cabeza?

—Asegurad la zona —ordenó Philippe, mientras sus compañeros se colocaban en posición alrededor del barco, alrededor de *nosotros*. Ignoró a Jean Luc por completo. Buscó en cambio al práctico—. Su majestad llegará en cualquier momento —le informó.

—¿Va a venir *aquí*? —Jean Luc levantó la voz por encima del tumulto, decidido a que lo oyeran. Se oía ya el atronar de botas que anunciaba la llegada de la guardia real, también de la policía; ambos grupos ignoraron mis dedos. Entonces Philippe pisó los de Reid de manera intencionada. Oí el cruel *crac* del hueso. Reid ni se inmutó—. ¿Por qué?

—A poner a los prisioneros a buen recaudo, por supuesto —repuso el práctico.

—No. —Jean Luc sacudió la cabeza con vehemencia—. No debería dejarse ver de este modo. Morgane está aquí. Está en la ciudad...

La sonrisa de Philippe me heló hasta los mismísimos huesos.

—No depende de ti, Jean. Ya no.

El rey llegó al momento siguiente, justo al mismo tiempo que *monsieur* y *madame* Tremblay. A continuación se produjo el caos más absoluto. El carruaje de los Tremblay se detuvo con un chirrido más allá del muelle y *madame* Tremblay embistió la barricada de soldados llamando a gritos a su hija sin decoro alguno.

—¡Célie! ¡Célie! —Apenas se dio cuenta de que varios soldados la perseguían. Jean Luc se interpuso en el camino para bloquear su avance, mientras la mujer envolvía a su hija en un abrazo—. Oh, gracias a *Dios*...

—¡*Contrólate*, mujer! —gruñó *monsieur* Tremblay cuando él también llegó a la cubierta a la carrera y nos esquivó a Reid, a mí y a la barricada de *chasseurs* que nos rodeaba—. ¿Es que no tienes *vergüenza*? Te vas a *disculpar* en este mismo *instante*. —Me hubiese reído del espectáculo que habían creado de no haber sido porque el rey venía justo detrás. De no haber sido porque sus ojos se habían clavado en Reid. De no haber sido porque había metido la mano en su bolsillo de terciopelo para extraer dos jeringas de metal.

Oh, mierda.

—*Rebonjour, fils*. —Sus ojos pasaron de Reid a mí, y algo depredador se iluminó en ellos. Algo venenoso. Una amplia y radiante sonrisa transformó su rostro de atractivo a despampanante. Se me quedó el aire atascado en la garganta. Literalmente. Esa sonrisa pertenecía a Reid. A Beau. La conocía como la palma de mi mano—. *Fille*.

Chasseurs, soldados y agentes de policía se abrieron al mismo tiempo al verlo llegar. Incluso *madame* Tremblay se calló, al darse cuenta por fin de lo precario de la situación. La gente no sonreía de ese modo sin razón. Sobre todo los reyes. Apenas osé respirar cuando se agachó delante de mí. Cuando él también agarró mi barbilla entre pulgar e índice. Sus dedos fueron más suaves que los del práctico. De

hecho, me trató como a porcelana fina, su pulgar se deslizó por encima de las ronchas como para aliviarlas.

—*Shh, shh*. No tengas miedo, Louise. No sabes cuánto he anhelado este momento.

Jean Luc se apresuró a interceder.

—Majestad, por favor, permítame que...

—No te permitiré nada. —Las palabras frías de Auguste detuvieron a Jean en seco. Sin embargo, el rey no apartó los ojos de los míos. Estudió mis labios y siguió hablando—. Desde este momento se te destituye de tu capitanía, *chasseur* Toussaint. Todas las labores futuras las dirigirá tu nuevo capitán, Philippe Brisbois.

—*¿Philippe?* —La cara de Jean Luc se retorció de furia y miró de uno a otro, con su pecho henchido de rabia—. He apresado e incapacitado a dos de las brujas más famosas del reino. He traído de vuelta a su *hijo*...

—Lo que *has hecho* —espetó Auguste— es desobedecer una orden directa mía. Tu presencia en el cónclave no había sido solicitada. Había sido requerida. Al abandonar tus responsabilidades, has abandonado tu título. Espero sinceramente que la chica mereciera la pena. —Retorció el labio al mirar a Célie—. Es *verdad* que es muy guapa.

Jean Luc abrió y cerró la boca, casi apopléjico ya. Incluso en nuestras pésimas circunstancias, sentí un pelín de pena por él. En un solo instante, creí que lo había perdido todo. No obstante, cuando Auguste dejó caer la mano de mi barbilla y sacó la primera jeringa, el miedo superó a todas las demás emociones. Eché un vistazo aterrado a Jean Luc, rezando por que recuperara la compostura.

—Conocí a tu madre una vez, Louise —dijo Auguste, sin dejar de dar toquecitos contra la jeringa. *Tap, tap, tap*—. Ella... *ella* sí que es exquisita. Un diamante de la primera agua. En realidad, es una pena que sea una diablesa chupaalmas. Igual que *tu* madre —añadió en dirección a

Reid, al tiempo que ladeaba la cabeza para examinar la aguja. Una gota de cicuta resbaló por la punta. Mi magia levantó la cabeza al verla y patrones blancos se desenroscaron por todas partes a mi alrededor. Vibraban con la necesidad de proteger a Reid. De protegerlos a todos. Casi temblaba debido al esfuerzo de mantenerlos a raya. Auguste, ajeno a ello, me acarició el pelo y puso mi cuerpo flácido sobre su regazo—. Tú no te pareces nada a ella, claro, pobrecita. Igualita a tu padre, ¿verdad? —Se acercó tanto que pude oler la menta en su aliento—. Odiaba a ese hombre. Supongo que hace que esto sea más fácil. Un poco *demasiado* fácil. Cuando anuncié la ejecución de Helene sabía que vendrías, pero jamás esperé este tipo de debilidad.

Apretó la jeringa contra mi cuello.

—Majestad. —Aunque Jean Luc no se atrevió a acercarse, alzó la voz con tono urgente—. Reinyecté a los prisioneros solo unos momentos antes de atracar. Si les administra otra dosis tan pronto, me temo que morirán antes de llegar a la hoguera.

Auguste arqueó una ceja dorada.

—¿*Temes* su muerte?

—Una mala elección de las palabras. —Jean Luc agachó la cabeza—. Por favor, discúlpeme.

Pero la mirada de Auguste ya se había afilado de suspicacia.

—Hay solo una manera de matar a una bruja, cazador, y no es con veneno. No tienes nada que *temer*. Aun así, soy benévolo y no inyectaré a los prisioneros de nuevo.

Solté un largo suspiro de alivio, muy despacio.

Quizás Auguste haya percibido el movimiento. Quizá no. Fuera como fuere, le hizo un gesto a Jean Luc para que se acercara. Le puso la jeringa en la mano antes de levantarse.

Me llevó con él, acunada entre sus brazos. Mis brazos y mis piernas colgaban inertes.

—Lo harás *tú*.

Mierda, mierda, *mierda*.

Jean Luc parpadeó, se puso lívido.

—¿Yo, majestad?

—Sí, cazador. Tú. Un gran honor, ¿no crees? Apresar e incapacitar a dos de las brujas más famosas del reino.

La implicación resonó con claridad en el silencio subsiguiente. Incluso el viento se había callado para escuchar. Como si quisiera confirmar sus sospechas, Auguste pellizcó la carne de mi muslo y retorció. Con fuerza. Apreté los dientes contra el dolor. El rey no nos rompería con un pinchazo, ni con una barbilla magullada o con un dedo roto. Los patrones blancos, sin embargo, todavía se retorcían de furia. Exigían un castigo. Pero no los utilizaría. Todavía no. Si lo hiciera, todos sabrían que Jean Luc había mentido. Sabrían que los había traicionado y entonces *sí* lo perdería todo: su abrigo, su Balisarda, su *vida*. Célie también se vería implicada.

Los siete sufriríamos las consecuencias.

No, nuestro plan todavía podía funcionar. Jean Luc podía fingir de algún modo que nos inyectaba y entonces...

—Estoy esperando —dijo Auguste en tono sombrío.

Aunque Jean Luc hizo todo lo posible por mantener la cara impassible, el pánico centelleó en las pálidas profundidades de sus ojos; pánico y remordimiento. Se cruzaron con los míos solo por un segundo antes de bajar hacia la jeringa. En ese segundo, lo supe. No fingiría nada. No *podía* fingir nada, no con tantos ojos ya fijos en nosotros. No delante de las mismísimas narices del rey.

Lo cual me dejaba dos opciones.

Podía atacar al rey ahora, y era *probable* que pudiéramos escapar luchando, pero condenaríamos a Jean Luc, a Célie y

a *madame* Labelle en el proceso. *O* podía permitir que me pusiera la inyección y confiar en que los demás nos rescataran. Ninguna de las dos opciones era infalible. Ninguna garantizaba nuestra huida. Con la última al menos estaríamos en un lugar centralizado, con *madame* Labelle. Si rescataban a uno, podrían rescatarnos a todos. Y aunque Claud insistía en que no podía intervenir, no nos dejaría ahí tirados para que muriéramos, ¿verdad?

Tuve una décima de segundo para decidir antes de que Jean clavara la aguja en mi cuello.

Sentí un dolor agudo en el momento del pinchazo, y la cicuta, tan fría y viscosa como la recordaba, se extendió como lodo por mis venas. Apenas sentí el cálido flujo de la sangre antes de que el aturdimiento se apoderara de mí, antes de que me fallara la vista, antes de que Coco se deslizara sin ser vista desde el agua hasta el carruaje de los Tremblay.

Los patrones blancos se resistían a la oscuridad. Ardieron con más brillo y más calor a medida que yo me apagaba.

Auguste abrió uno de mis ojos, en el mismo instante en que se volvía hacia atrás en su cuenca.

—No temas, *fille*. Este dolor pasará. Al atardecer, arderás junto con mi hijo y su madre en un lago de fuego negro. — Cuando me acarició la mejilla, casi con ternura, los patrones blancos por fin amainaron, por fin sucumbieron, por fin se disolvieron en la nada.

Habíamos entrado directamente a la barriga de la bestia.

CAPÍTULO 46

NUESTRA HISTORIA



Lou

Mi cuerpo se fue despertando de a poco. Primero un movimiento en mi mano, un cosquilleo en los pies, antes de que unas luces danzaran sobre mis párpados y creciera algodón en mi lengua. Ambas cosas parecían espesas y pesadas, mientras mi estómago cabeceaba y daba bandazos. Mi conciencia fue la siguiente, poco después, o quizá no haya sido poco en absoluto... y noté piedra fría debajo de mi espalda, aristas duras, un dolor sordo afloró en mis costillas, en mi sien. Un dolor más intenso en la garganta.

Me di cuenta de la situación poco a poco.

Jean Luc nos había envenenado. Nos habían encerrado en la cárcel. Arderíamos al atardecer.

Mis ojos se abrieron de golpe al pensar en ello.

¿Qué hora era?

Con los ojos clavados en el techo, intenté mover los dedos, respirar alrededor de las sofocantes náuseas. Necesitaba encontrar a Reid y a Beau. Necesitaba asegurarme de que estaban bien...

Solo entonces me di cuenta de dos cosas, como cartas destapadas en un juego de tarot: a mi derecha, piel caliente se apretaba contra la mía, y a la izquierda, unos barrotes de

madera llegaban al techo en un patrón cruzado por encima de mi cabeza. Tragué saliva con fuerza y giré la cabeza con enorme dificultad. *Gracias a Dios*. Reid estaba tumbado a mi lado; tenía el rostro pálido, pero su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas.

Barrotes de *madera*.

Una tos amortiguada resonó cerca y cerré los ojos de golpe, aguzando el oído. Unas pisadas lentas se acercaron y lo que sonó como una puerta chirrió al abrirse. Después de unos segundos, volvió a cerrarse con un *clic*. Abrí los ojos con cuidado esta vez, asomada entre mis pestañas. Los mismos barrotes de madera del techo y el suelo discurrían también en forma perpendicular. Suaves y torneados a mano, cortaban la habitación y formaban una especie de jaula a nuestro alrededor.

Una jaula.

Oh, Dios.

Una vez más me obligué a respirar. Aunque la habitación más allá de los barrotes estaba oscura, iluminada por una única antorcha, no parecía una mazmorra. Una mesa colosal dominaba el centro de la sala, circular y cubierta por lo que parecía un mapa, trozos de pergamino y... y...

Ahora no me di cuenta poco a poco, sino de sopetón. La verdad me golpeó como un tsunami y rodé hacia la izquierda, lejos de Reid. No estábamos en las mazmorras del castillo, sino en la sala del consejo de la torre de los *chasseurs*. Hubiese reconocido esa mesa en cualquier parte, excepto por que ahora, en lugar de los dibujos de mi madre a carboncillo, unos retratos de mi propia cara me devolvían la mirada. Retratos de Reid. Me aclaré la bilis de la garganta y me apoyé con cuidado en los codos. Miré por la jaula a mi alrededor. No había ni un catre, ni siquiera un orinal.

—¿Beau? —Un susurro ronco; mi voz todavía reverberaba demasiado alta en la oscuridad—. ¿Estás ahí?

No respondió nadie.

Maldije en voz baja y me arrastré de vuelta hacia Reid. Me sentía más despejada por momentos y no entendía por qué. Por lo que sabía, debería estar inconsciente en el suelo, no moviéndome y pensando con relativa facilidad. Tenía poca lógica, excepto... Respiré hondo una vez más e invoqué mi magia, tanto dorada como blanca. Aunque los patrones dorados se enroscaban perezosos y confusos por la jaula, los blancos brotaron con ganas. Su presencia calmó el malestar de mi cuerpo como un bálsamo. Mi vista se despejó y mi estómago se asentó. El dolor punzante de mis sienes se alivió. Por supuesto. *Por supuesto*. Estos patrones me habían sido concedidos por una diosa. Eran más grandes que yo, eternos, más fuertes que mi propia carne y mis huesos humanos.

Me habían salvado.

Todo iba a salir bien.

Con una sonrisa triunfal comprobé las pupilas de Reid, los latidos de su corazón y su respiración. Percibía el veneno que contaminaba su sangre, casi podía verlo bajo su piel como una nube negra y nociva. Con suavidad, un patrón blanco se enroscó a su alrededor, iluminando sus facciones pálidas con un resplandor sutil. A un roce de mi mano, palpitó y empezó a drenar la cicuta de su cuerpo. La piedra de alrededor de Reid absorbió la savia como una esponja para devolverla a la tierra donde pertenecía. Cuando los últimos restos de veneno habían desaparecido, el patrón se disolvió en polvo blanco. Los ojos de Reid aletearon y se abrieron. Eché el peso atrás para sentarme sobre los talones mientras él se orientaba con respecto a la habitación. Con respecto a mí.

Alargó una mano para tocar un mechón de mi pelo.

—Estás brillando.

Me encogí de hombros con una sonrisa tímida.

—Diosa Divina, ya sabes.

—Menuda arrogancia.

—Menuda belleza y gracia.

Soltó una risa burlona mientras se sentaba y se frotaba el cuello. Pudo haber sido mi imaginación, pero pensé que una sonrisa triste jugueteaba en sus labios.

—¿Por qué no me siento enfermo?

—Te he *curado*. —Mi sonrisa se ensanchó. Con un quejido gutural, sacudió la cabeza y entonces no me lo imaginé, sonrió de verdad.

—Realmente no conoces el significado de la palabra «humildad», ¿verdad?

—Y *tú* realmente no conoces el significado de «gratitud»...

Pisadas otra vez, más deprisa ahora. Nos dejamos caer para fingir que estábamos inconscientes, justo cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz grave y desconocida.

—Me pareció oír a alguien.

—¿Los inyectamos de nuevo? —La primera voz sonó cargada de incertidumbre y angustia. El otro se aclaró la garganta.

—Todavía *parecen* incapacitados.

—Philippe nos despellejará vivos si mueren en nuestro turno de guardia.

—La cicuta es una mera precaución. Los barrotes los mantendrán ahí dentro. —Una pausa—. Philippe dijo que la madera es... especial. Procede de La Fôret des Yeux.

Después de unos segundos de angustioso silencio, cerraron la puerta a su espalda.

—Habla más bajo la próxima vez —le susurré a Reid, mientras le clavaba un dedo en las costillas.

Me miró al instante, furioso.

—Yo no he...

—Es una broma, Chass.

—Oh. —Frunció el ceño cuando me reí entre dientes—. ¿Crees que es momento para bromas?

—Con nosotros *nunca* es momento para bromas. Si esperáramos a no estar en una situación de vida o muerte, solo podríamos reírnos en nuestras tumbas. —Me puse de pie e inspeccioné los barrotes de cerca. Aunque estaba claro que eran de madera, también parecían... antinaturales. Tanto hechos como no hechos. La luz de la antorcha captó venas plateadas en la madera. *La cicuta es una mera precaución. Los barrotes los mantendrán ahí dentro.* Me incliné para olerlos mientras Reid se levantaba detrás de mí.

—¿Qué son? —preguntó.

—No lo sé. El árbol huele a aliso, pero la madera es... ¿metálica? No recuerdo árboles metálicos en La Fôret des Yeux. ¿Y tú?

—Un árbol metálico —repitió despacio. Nos miramos de golpe, horrorizados al pensar lo mismo.

—¿No podría ser...?

—¿No es...?

—Oh, Dios mío —murmuré. Retrocedí. Los barrotes parecían repentinamente fríos bajo mis dedos. Opresivos—. La han talado. Tu Balisarda.

A mi lado, Reid cerró los ojos para confirmarlo, derrotado. Apoyó la frente contra la madera.

—¿Cómo lo habrán averiguado siquiera? —preguntó con la voz tensa.

—Estaba al borde del camino. Bas y sus compinches llamaron a los *chasseurs* cuando nos encontraron. —Por intuición, apreté un dedo contra uno de los barrotes. Los patrones blancos se difuminaron casi al instante en respuesta. No. No, no, *no*—. Lo verían al instante. Un árbol inmenso con la corteza plateada, frutos negros y púas letales.

—Puedes sacarnos de aquí con magia.

Solté el barrote y volví al centro de la jaula, a la misma distancia de todos los lados. Aunque los patrones blancos se avivaron de nuevo, flotaban sueltos cuando llegaban a los barrotes, incapaces de tocarlos ni de moverse más allá de ellos. No era una señal prometedora. Cerré los ojos, concentré mi energía y busqué el cierre en los barrotes: más sencillo que el de la sala del tesoro en Château le Blanc, hecho de hierro, pero estratégicamente colocado por fuera de la madera mágica. Cuanto más ahínco ponía en llegar a él, más se deshilachaba el patrón, hasta que se desintegró por completo.

—Mierda.

Reid ni siquiera se inmutó. En vez de eso, agarró los barrotes con determinación y sopesó su consistencia.

—Puedo romperlos.

—Tienes un dedo roto.

Eso no le impidió intentar romper la madera durante los siguientes diez minutos. Al final, con los nudillos ensangrentados y los brazos temblorosos, terminó por darle un puñetazo a la madera con todas sus fuerzas, con lo que solo consiguió quebrarse otro dedo. Cuando cerró el puño para golpear de nuevo, furioso, puse los ojos en blanco y lo arrastré hacia el centro de la jaula.

—Sí, *gracias*. Eso ha sido de mucha ayuda.

—¿Qué vamos a *hacer*? —Se pasó una mano frustrada por el pelo. La atrapé antes de que pudiera romper nada más. Sus dedos rotos se habían hinchado al doble de su tamaño habitual, y la sangre se arremolinaba morada debajo de la piel. Me dio la espalda—. Este *brillante* plan tuyo tiene unos cuantos agujeros.

Reprimí una mueca y enrosqué otro patrón alrededor de su mano.

—No puedo controlar todas las variables, Reid. Al menos *este* no incluía bigotes y muletas. Ahora cierra la boca o te daré un agujero de verdad del que quejarte. —Una amenaza vacía, ya que los *chasseurs* nos habían desarmado antes de encerrarnos.

—¿Se supone que eso es una indirecta? Nunca lo sé contigo.

Di un tirón del patrón y los dedos de Reid volvieron a su sitio con un chasquido, haciendo añicos mi irritación en el proceso. Reid hizo una mueca y arrancó su mano, ahora curada del todo, de la mía.

—Gracias —musitó después de otro momento—. Y... lo siento. —Sonaba dolido.

Casi me reí. Casi. Por desgracia, sin irritación para distraerme, el pánico me volvió a invadir. No podía usar la magia para sacarnos de ahí y Reid no podía romper los barrotes físicamente. Quizá pudiera protegernos dentro de la jaula de algún modo, como había hecho en el puente. Si no podían vernos, no podrían llevarnos a la hoguera. Según cobraba forma la idea, supe que no era una solución real. No podíamos escondernos ahí para siempre, invisibles. Sin embargo, si lográbamos que abrieran la jaula para investigar...

—Los otros vendrán a salvarnos. —No supe si se lo decía a él o a mí misma.

—Philippe no dejará que Jean Luc se acerque ni a quince metros de esta habitación.

—Entonces es una suerte que Jean Luc no sea nuestro único aliado. Coco sabrá dónde estamos. Traerá a Claud o a Zenna o a Blaise, y ellos nos sacarán de aquí.

Me miró con franqueza.

—No creo que seas consciente de la cantidad de *chasseurs* que viven en esta torre, Lou.

Me eché hacia delante y apoyé los codos en las rodillas.

—No creo que *tú* seas consciente de que yo también viví aquí.

—¿Ah, sí? —La sorpresa tiñó su tono—. ¿Cómo puede ser?

—Era tu *mujer*. El arzobispo no podría habernos separado ni aunque hubiese querido, cosa que no quería. Él organizó la boda.

—¿Por qué? —Él también se echó hacia delante, con los ojos clavados en los míos. Hambriento de información. Las palabras que había dicho resonaban en mi mente. *Dime cómo recordar*. Si íbamos a morir al atardecer, el argumento de Coco apenas era aplicable ya, ¿no? Otra idea demente se formó tras los pasos de ese pensamiento. Si Reid recordaba, Morgane también lo haría. Si los otros no venían a por mí, *ella* sí lo haría. Destrozaría esta torre ladrillo a ladrillo si supiera que los *chasseurs* tenían la intención de quemarme.

Claro que Reid todavía tenía cierta razón cuando decía que no había sido capaz de destrozarla en otras ocasiones. Desprovista de su título, apenas sería capaz de hacerlo ahora.

—Ya sabes por qué. —Me encogí de hombros, con los pensamientos enredados en un impotente nudo de confusión. No paraba de dar golpecitos en el suelo con el pie—. Soy su hija. Él quería que tú me protegieras.

Reid soltó una risa burlona otra vez, un sonido enfadado, e hizo un gesto a nuestro alrededor.

—Pues lo he hecho genial.

—Nuestros amigos vendrán por nosotros, Reid. Tenemos que confiar en ellos.

—¿Dónde están, pues? ¿Por qué no están aquí?

—Con suerte, estarán rescatando a tu madre y a tu hermano. Ese *era* el objetivo principal de esta aventura, ¿recuerdas?

Se puso rojo y apartó la vista.

—Claro que me acuerdo.

Esta vez, los guardias abrieron la puerta sin previo aviso. En la décima de segundo que tardó la cerradura en soltarse, se me ocurrió una tercera idea y, de manera impulsiva, me transformé en la Doncella justo cuando dos *chasseurs* entraban por la puerta. Abrieron los ojos como platos al verme.

—¡Oh, por favor, *messieurs*! —Me retorcí las manos con una exclamación y caminé de un lado a otro tras los barrotes sin tocarlos—. La bruja... ella me engañó. Soy una de las doncellas de la torre, pero mientras hacía la colada oí una voz entonando una canción preciosa. —Empecé a hablar más deprisa, asqueada por el brillo calculador en los ojos del mayor—. Simplemente *tuve* que seguirla, *messieurs*... como si alguna fuerza externa me impulsara a ello, como si estuviese en un *trance*... Y no desperté hasta haber abierto la puerta y haberla dejado marchar. Por favor, *por favor*, déjenme salir mientras el otro aún duerme. — Señalé a Reid en el suelo y dejé que mi labio temblara y que las lágrimas rodaran por mis mejillas. Fue más fácil fingir angustia de lo que había imaginado—. Lo siento muchísimo. Pueden quedarse con mi paga, pueden despedirme, pueden *azotarme*, pero por favor no dejen que él me haga daño.

Aunque el más joven parecía dispuesto a correr en mi ayuda, el mayor lo detuvo con una sonrisa. No había compasión en ella.

—¿Has terminado?

Sorbí por la nariz de manera sonora.

—¿No me van a ayudar?

De dos zancadas, cruzó la habitación hasta la mesa circular para rebuscar entre unos papeles. Sacó uno de abajo de un crucifijo que hacía de pisapapeles y lo sostuvo a la luz. Aunque era un boceto burdo, el dibujo representaba mi cara, la cara de la *Doncella*, bastante bien. Mi expresión

de angustia desapareció de un plumazo y me apoyé contra los barrotes.

—Bien por ti.

—Sí —caviló, mientras me examinaba con curiosidad—. Más bien. Parece que has heredado los dones de tu madre. Su majestad se alegrará al saberlo.

—¿Esa... es la hija de *La Dame des Sorcières*?

—Bueno, parece que ahora *ella* es *La Dame des Sorcières*.

La preocupación del más joven se esfumó al instante, sustituida por algo que parecía asombro. Quizá con un toque de miedo. De hambre.

—¿La atrapamos?

—No habéis atrapado a nadie. —Mi propio miedo le dio un toque cortante a mi voz. Lo reprimí. Los otros vendrían. *Lo harían*—. ¿Puedo preguntaros la hora?

El mayor devolvió el papel a su sitio antes de acercarse a la jaula. Aunque mantuvo una postura casual, se le había formado una película de sudor sobre el labio superior. Yo lo ponía nervioso. *Bien*.

—Puedes preguntarlo. Aunque no te voy a contestar. Prefiero ver cómo te retuerces con la incertidumbre. — Cuando empujé mi rostro contra los barrotes en un movimiento rápido y repentino, se tambaleó hacia atrás. En su favor diré que no maldijo, solo se llevó una mano al pecho con una risita baja.

—¿La inyectamos? —El joven sacó jeringas nuevas de su abrigo—. ¿Le damos una lección?

—No. —El mayor negó con la cabeza y salió de la habitación marcha atrás—. No, creo que estamos infligiendo justo la cantidad de tormento adecuada, ¿no te parece?

Cerraron la puerta a su espalda con un sonoro *clic*. Y ahora fue Reid el que me arrastró *a mí* lejos de los barrotes.

—Los otros vendrán —dijo.

Un rato más tarde, se oyó una refriega en el pasillo que corroboró sus palabras. Las voces se trocaron en gritos y el sonido de acero contra acero resonó con la más dulce de las armonías. Los dos nos levantamos de un salto, con los ojos clavados en la puerta, esperando.

—Esta es la nuestra. —Mis dedos se cerraron en torno a los barrotes en anticipación—. Han venido.

Reid frunció el ceño al darse cuenta de que lo que se oía eran voces agudas, femeninas. Desconocidas. No pertenecían a Coco ni a Célie ni a Zenna, ni siquiera a Seraphine. Sonaban como voces de... *niñas*.

—¡Dejadnos en paz! —gritó una, indignada—. ¡Soltadnos!

—No lo creo —gruñó un *chasseur*—. Esta vez, no.

—Tu padre no va a estar contento, Victoire.

—¡A mi padre le pueden dar morcilla!

—Esto no está *bien* —gritó otra niña—. Quitadme las manos de encima de *inmediato*. Es nuestro *hermano* el que está ahí dentro y no ha hecho nada malo...

Sus voces se perdieron en la distancia a medida que los *chasseurs* se las llevaban a rastras.

—Violette y Victoire. —Reid miró la puerta como si su sola fuerza de voluntad pudiera abrirla. Al ver la intensidad de su mirada, yo hubiese podido creerlo también—. Ellas nos sacaron de las mazmorras antes de La Mascarade des Crânes.

—Sigue ese recuerdo —lo insté, desesperada. Si ni siquiera las hijas del rey podían entrar en la torre de los *chasseurs* sin que las detuvieran, las posibilidades de que otros pudieran hacerlo acababan de esfumarse en una nubecilla de humo.

—¿Qué?

—Querías recordar. Esta es la manera de hacerlo. —Incapaces de escapar de esta *espantosa* prisión, sin saber qué hora era, sin saber nada de nuestros amigos, de

nuestras propias vidas, de repente esto se convirtió en la cosa más importante del mundo. La más urgente. Reid tenía que recordar. Si íbamos a morir al atardecer, tenía que recordarme. La apuesta, la seducción, el plan... todo eso pasó a segundo plano a la luz de este único momento crítico —. Sigue el recuerdo hacia delante o hacia atrás hasta que te topes con una pared. Y entonces *empuja*.

Su boca se retorció con tristeza.

—Ya... ya lo he *intentado*. Estos últimos días no he hecho más que intentar recomponerlo.

—Inténtalo otra vez. Con más ahínco.

—Lou...

Estrujé sus manos entre las mías.

—¿Y si no vienen?

Él apretó las mías con el mismo fervor, su voz era grave y feroz al tirar de mí hacia él.

—*Vendrán*.

—¿Y si no pueden? ¿Y si no logran colarse sin ser vistos? ¿Y si tienen que luchar? ¿Y si Claud no puede intervenir, o si los capturaron en el castillo, o...? —Mis ojos se abrieron alarmados—. ¿Y si ya están muertos?

—Para, *para*. —Me agarró la cara y se agachó para mirarme directamente a los ojos—. Respira. Dime qué hacer.

Tardé un momento en recuperar la compostura, en apaciguar mi corazón desbocado. Reid esperó con paciencia, se masajeó las sienes con los pulgares. La intimidad del gesto me alteró y al mismo tiempo me tranquilizó. Al final, me aparté un poco y empecé a hablar.

—Después de que Violette y Victoire te rescataran de las mazmorras, volviste al Léviathan. ¿Lo recuerdas?

Reid me siguió por la jaula.

—Sí. Me di un baño.

—¿Y luego?

—Y luego... —su rostro se contorsionó—, hablé con Claud. Le conté que habían apresado a mi madre.

Entrelacé los dedos con los suyos y negué con la cabeza.

—No fue así. «Se la han llevado, Lou. Se han llevado a mi madre y no va a volver». Eso fue lo que me dijiste.

Reid me miró, desconcertado.

—¿Qué pasó después?

—Dímelo tú. —Cuando no dijo nada y solo me miró, me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Sus brazos se cerraron en torno a mi cintura—. Después de arrebatarme a Bas sus recuerdos —susurré contra su piel—, no me di cuenta de lo que había hecho hasta que lo vi otra vez. Había... unos agujeros en mis recuerdos. No le borré la memoria por completo, solo los momentos románticos, pero aun así no me reconoció en absoluto. Tuve que encontrar un desencadenante, como un gatillo, para que me ayudara a recordar: un recuerdo para despertar a los demás.

Se echó atrás para mirarme.

—Pero eso podría ser cualquier cosa.

—Para mí, fue el momento en que conocí a Bas en *Soleil et Lune*.

—¿Dónde te conocí yo a ti?

—A la puerta de la *pâtisserie* de Pan. —Lo hice girar a toda prisa hacia la cerradura—. Imagina una puerta. La bloqueabas entera como un enorme imbécil, mientras contemplabas el desfile de regreso a casa de Beau por las calles. —Se giró para mirarme ceñudo—. ¿Qué? Es lo que *hacías*. Fue muy descortés. Intenté pasar a tu lado —imité el movimiento—, pero no había sitio para los dos. Tú acabaste por girarte y casi me rompiste la nariz con el codo. — Cuando pivotó para mirarme en tiempo real, levanté su codo y eché la cabeza atrás, en una pantomima del encontronazo—. ¿Te suena algo de esto?

—No. —Parecía hundido en la miseria. *Mierda*.

—A lo mejor este no sea tu desencadenante. —Hice un esfuerzo por mantener la voz serena—. Podría ser otra cosa... como cuando me perseguiste en el *Soleil et Lune*, o cuando nos casamos a la orilla del Doleur, o... cuando tuvimos sexo por primera vez en ese tejado.

Entornó los ojos.

—¿Consumamos nuestra relación en un tejado?

Asentí deprisa. Demasiado deprisa.

—*Soleil et Lune* otra vez. Hacía muchísimo frío. Intenta imaginarlo. El viento sobre tu piel desnuda.

Cuando unos guardias nuevos se asomaron para ver lo que hacíamos, los ignoramos y, después de una pulla o dos, se marcharon. El reloj seguía avanzando. Cada segundo nos llevaba más cerca del atardecer. No se oyeron más gritos en el pasillo. Ningún segundo intento de rescate. ¿Dónde *estaban*? Reid sacudió la cabeza y se frotó la cara con una mano mientras caminaba de acá para allá.

—No recuerdo nada de eso.

—Pero tú... te he visto empezar a recordar. He visto el dolor en tu rostro. Es algo que te *duele*.

Levantó los brazos por los aires, cada vez más frustrado. Quizá nervioso. O quizá las dos cosas.

—Esas veces han sido escasas y con mucha separación entre unas y otras. E incluso entonces, cuando intento continuar, cuando intento seguir el hilo de ese recuerdo, es como si saltara al vacío. No hay *nada*. Ninguna pared que derribar. Ninguna puerta que abrir ni cerradura que forzar ni ventana que romper. Los recuerdos simplemente *no están*.

Unas lágrimas patéticas me anegaron los ojos.

—El patrón puede revertirse.

—¿Qué *patrón*? —Su voz subió hasta ser casi un grito y giró en redondo para mirarme, con la mandíbula apretada y las mejillas arreboladas—. El *mundo* entero parece creer que soy un brujo. Y estoy a punto de morir en la hoguera, o

sea que debe de ser verdad, pero no puedo... no... jamás he *visto* un patrón, Lou. Ni una mota de oro o de blanco o de jodido índigo. Es como si esa persona que conocías... no *existiera* siquiera. Yo no soy él. No sé si volveré a ser él alguna vez.

Cuando las lágrimas cayeron con libertad por mis mejillas, Reid gimió y me las secó. Sus propios ojos se humedecieron y centellearon.

—Por favor, no llores. No puedo soportar tus lágrimas. Me hacen... me dan ganas de hacer trizas el mundo solo para detenerlas, y no puedo... —Me besó de nuevo, con un abandono feroz—. Cuéntamelo otra vez. Cuéntamelo todo. Esta vez recordaré.

Protegida en el firme escudo de sus brazos, lo repetí todo. Le conté nuestra historia: el corte en el brazo y la sábana manchada, el libro titulado *La Vie Éphémère*, el viaje al teatro y al mercado, el templo, la *troupe*, la tienda de curiosidades. Le conté lo de Modraniht y La Mascarade des Crânes, y todos los momentos que pasamos juntos entre medio. Cada mínimo cambio en nuestra relación. La bañera. El ático. El funeral.

Le conté lo de la magia.

Él no recordó nada.

Sí, su rostro se torcía alguna vez, pero tras aceptar el dolor y perseguir los recuerdos, al final solo encontraba humo y espejos.

Poco a poco nos dimos cuenta de que los soldados rotaban en turnos de dos horas (Reid *sí* podía recordar eso) y entraban a comprobar que todo estuviera en orden cada media hora. Cuando entraron los últimos, yo lloraba como una magdalena mientras Reid me acunaba en su regazo.

—Ya no os queda mucho —se había mofado uno de ellos. El otro, sin embargo, no había querido entretenerse y había

sacado a su compañero de la habitación con una expresión de desasosiego.

Aun así, no vino nadie a rescatarnos.

Esperaba que hubiesen sobrevivido. Esperaba que hubiesen rescatado a *madame* Labelle y a Beau. Y esperaba que hubiesen huido de la ciudad. No podía soportar la idea de que nos vieran arder en la hoguera. Aunque no sería culpa de ellos, jamás se lo perdonarían. Y Coco... ya había sufrido bastante. Ya había *perdido* bastante, igual que *madame* Labelle y Beau y Célie, e incluso Jean Luc. Tal vez habíamos sido unos estúpidos al soñar con algo más. Algo mejor. Todavía esperaba que ellos lo hubiesen encontrado.

Si alguien merecía la paz, eran ellos.

Reid apoyó la mejilla contra mi pelo.

—Lo siento muchísimo, Lou. —El silencio se estiró entre nosotros, tenso como la cuerda de un arco. Pensé que se rompería en cualquier momento—. Desearía...

—No lo digas. —Despacio, levanté la cabeza para mirarlo. Se me comprimió el corazón al ver la angustia en ese rostro tan familiar. Tracé la forma de sus cejas, su nariz, sus labios. Miré cada rasgo, uno a uno. En el fondo, siempre había sabido cómo terminaría esto. Lo había intuido desde el momento en que nos conocimos, desde el momento en que había visto un atisbo de la Balisarda en su bandolera... dos amantes malhadados unidos por la providencia o el destino. Por la vida y por la muerte. Por los dioses, o quizá por los monstruos.

Terminaríamos con una hoguera y una cerilla.

Agité la mano para ocultarnos de la vista de cualquier cazador. La magia brotó a nuestro alrededor.

—Bésame, Reid.

CAPÍTULO 47

CONFESIONAL



Reid

Miré su cara empapada de lágrimas, el pecho dolorido. No necesitaba convencerme. Haría cualquier cosa que me pidiera. Si besarla impidiese que cayera una sola lágrima más, la besaría un millar de veces. Si sobrevivíamos a esta noche, espantaría sus lágrimas a besos durante el resto de su vida.

Dondequiera que tú vayas, iré yo. Dondequiera que vivas, viviré.

Lou me había susurrado esas palabras como una oración. Y todavía las sentía. Sentía cada una de ellas.

¿Cómo podía haber pensado alguna vez que esta emoción que había entre nosotros no era sagrada? Esta conexión. Lo que sentía por Lou era visceral y crudo y *puro*. Me consumiría, si lo dejara. Nos consumiría a los dos.

Pero la miré durante demasiado tiempo. Con lágrimas renovadas, lanzó los brazos alrededor de mi cuello y enterró la cara en mi hombro. Maldiciendo mi error, agarré su cara con ambas manos. Con suavidad. Con una inmensa suavidad. Levanté su cara para que me mirara. Y entonces, con una ternura deliberada, apreté mis labios sobre los suyos.

No podía aliviar este dolor. No podía arreglar este mal. Lo más probable era que los dos ardiéramos al ponerse el sol.

Pero podía abrazarla.

—Te quiero —murmuró, sus pestañas aletearon mientras repartía suaves besos por sus mejillas. Su nariz. Sus párpados—. Te quería entonces, te quiero ahora y te querré después. —Mis labios bajaron por su cuello. Hacia su cicatriz. Su cabeza cayó hacia atrás en respuesta, dejándola al descubierto para mí. Vulnerable por completo—. Antes de que mi madre me cortara el cuello en Modraniht —las palabras sonaron como una confesión—, pensé que jamás volvería a verte. Una bruja y un cazador de brujas no pueden tenerse uno al otro en el más allá.

Entonces levanté la cabeza.

—Te encontraré otra vez, Lou. —Las palabras me vinieron sin ningún esfuerzo, como si hubiesen estado esperando en la punta de mi lengua. Una confesión propia. Tal vez las podría haber dicho antes. No lo recordaba. Tampoco importaba. Aunque había perdido nuestro pasado, me negaba a perder también nuestro futuro. Ni siquiera la muerte me lo arrebataría—. Lo prometo.

Me miró a los ojos con un calor lánguido.

—Lo sé.

A pesar de la urgencia de nuestra situación (los cazadores que patrullaban tras la puerta, el sol que se ponía sobre la ciudad), Lou no se apresuró al deslizar las manos por el cuello de mi camisa, al bajarlas por mi espalda. Mis propias manos se movieron con calma hacia el faldón de su camisa. Retiré la tela que cubría su vientre centímetro a centímetro. La tumbé en el suelo. Ella me quitó la camisa por encima de la cabeza. Un intenso calor se arremolinó entre nosotros, mientras Lou recorría con un dedo la cicatriz de mi pecho, mientras yo la ayudaba a tumbarse del todo. Mientras saboreaba cada una de sus curvas. Con cada

respiración, cada caricia (sensual y lenta, como buscando), la intensidad iba aumentando. La desesperación silenciosa.

Sus dedos se enroscaron en mi pelo.

Mi lengua acarició su cadera.

—Me llamaste tu «pagana» —dijo Lou con un suspiro. Arqueó la espalda y movió mi boca más abajo. Y aún más abajo.

Volvería a encontrarla, sí, pero todavía teníamos este momento. Esta última hora apasionada.

—Sigues siéndolo. —Bajé sus pantalones por sus piernas y le di la vuelta. Atrapándola. Sus uñas arañaron contra los barrotes del suelo cuando levanté sus caderas para besarla. Cuando la acaricié ahí en cambio. Su temblor aumentó y aumentó hasta que al final estalló. Se mordió la mano para ahogar el sonido y yo la estreché con fuerza contra mi pecho. La apreté contra los barrotes. Esperé con la respiración entrecortada.

Su cabeza cayó otra vez sobre mi hombro y deslizó un brazo alrededor de mi cabeza. Sus labios subieron al encuentro de los míos.

—No te atrevas a parar.

Me zambullí en su interior sin decir una palabra más, incapaz de hablar aunque lo hubiese intentado. Deslicé un brazo alrededor de su cintura. Una ráfaga de calor invadió todo mi cuerpo. Abrumado, mi otro brazo tiró de ella hacia atrás y se envolvió alrededor de sus hombros. La abracé contra mí. Cuando sus dedos se apoyaron en mis antebrazos, no pude apartar la mirada de ellos. Suaves y dorados sobre mi propia piel más pálida y áspera. Esa sencilla imagen me comprimió el pecho hasta el punto de sentir dolor. Tan parecidos. Tan diferentes. No podía soportarlo. No podía *respirar*. Ella era... ella era como el paraíso, pero meforcé a moverme despacio. Profundo. A

saborearla. Al oír su gemido, la planté una mano delante de la boca.

—Shh. Nos oirán.

Ella tenía otras ideas.

Retorciéndose entre mis brazos, me apretó contra el suelo e inmovilizó mis manos por encima de mi cabeza. Se inclinó hacia mí y me mordisqueó el labio de abajo.

—Que nos oigan.

El último aire que me quedaba me abandonó de golpe. Hice todo lo posible por quedarme quieto mientras ella se movía encima de mí, con una presión cada vez mayor, hasta que apreté los ojos con fuerza. Hasta que no pude evitarlo. Hasta que mis manos se apoyaron en sus caderas y la insté a moverse más deprisa mientras me ajustaba a su ángulo. La observé cuando sus labios se entreabrieron, su respiración se aceleró. Aunque la presión en el centro de mi ser aumentó hasta convertirse en dolor físico, apreté los dientes contra ella. *Todavía no*. Su cuerpo se movía en perfecta sintonía con el mío. *Ella* era perfecta. Había sido un tonto al no haberme dado cuenta antes. Muy ciego.

Cuando se estremeció y liberó toda la tensión un momento más tarde, yo hice lo mismo... y en ese instante, algo dorado parpadeó en la periferia de mi visión. Solo un destello. Desapareció antes de que pudiera registrarlo del todo. Una fantasía de mi imaginación.

Sin embargo, me quedó un fragmento de memoria. Un puñado de palabras. *Mis* palabras.

Obedece a los que la invocan.

Un dolor atroz invadió mis sentidos al darme cuenta. Me doblé por la cintura y casi caí hacia un lado. Los ojos de Lou se abrieron al instante, alarmados.

—¿Reid? —Me meneó con suavidad—. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Nada. —El dolor se fue tan rápido como había venido. De un modo igualmente inexplicable. Cuando vi que no estaba muy convencida, sacudí la cabeza—. Estoy bien. De verdad.

—¿Un recuerdo?

—Ya se ha ido.

Con un suspiro cansado, envolvió los brazos a mi alrededor. Yo la estrujé entre los míos. Nos quedamos ahí sentados durante varios minutos, simplemente abrazados. Respirando. Su mejilla cayó pesada sobre mi hombro.

—Deberías vestirte —murmuré al final—. Los cazadores...

—Creo que no puedo moverme.

—Yo te ayudo.

Sus brazos se pusieron rígidos un momento, pero no protestó cuando deslicé primero la camisa por encima de su cabeza, luego la mía. A continuación, le subí los pantalones; no se molestó en atar las cintas. En vez de eso, colapsó otra vez sobre mi pecho. Sus párpados aletearon. Tragué saliva y le acaricié el pelo.

—Duerme. Te despertaré si cambia algo.

—Todavía podrían venir, ¿sabes? —Reprimió un bostezo mientras se le cerraban los ojos—. Los otros. Todavía podrían rescatarnos.

—Podrían. —La abracé con más fuerza de la necesaria mientras se dormía. El silencio pareció crecer y estirarse tras ella. La luz de la antorcha titiló—. Podrían —repetí con firmeza. Para ella. Para mí. Para cualquiera que quisiese escuchar.

Todavía podrían rescatarnos.

Pero no lo hicieron.

CAPÍTULO 48

UNA SOLA CHISPA



Reid

Cuando la puerta se abrió una hora más tarde, supe de inmediato que había llegado la hora.

Dos cazadores seguían al primero, con los hombros rígidos y las Balisardas desenvainadas. Dos más entraron tras estos. Luego otros dos. Y otros dos. Siguieron llegando hasta que llenaron por completo la sala del consejo. Otros esperaban en el pasillo. Docenas de ellos. Aunque rebusqué entre sus caras en busca de Jean Luc, no estaba ahí.

Lou se despertó sobresaltada al oír las pisadas, con los ojos todavía pesados por el sueño.

—¿Qué es...?

Soltó una exclamación ahogada cuando vio la habitación. Se enderezó de golpe. El *chasseur* más próximo a nosotros bajó la vista hacia las cintas de sus pantalones y soltó una risotada. Yo me apresuré a girarme para bloquearla de la vista y la ayudé a levantarse. Ella, sin embargo, se limitó a asomarse desde detrás de mí y esbozó una sonrisa felina.

—¿Ves algo que te guste?

A pesar de su bravuconería, sus ojos seguían enrojecidos e hinchados. Demasiado brillantes. Su mano temblaba sobre mi brazo.

El cazador hizo una mueca de desagrado.

—No demasiado.

Con una risita, Lou lanzó una mirada significativa a los pantalones del hombre y salió de detrás de mí para abrocharse los suyos con una indiferencia casual.

—Lo dudo mucho.

—Serás... —El hombre se abalanzó hacia los barrotes, pero cuando Lou se encaró con él ahí, tras moverse a una velocidad letal, cambió de opinión a medio andar. Optó por apuntar a su rostro con la Balisarda—. Muy pronto cantarás una canción diferente, bruja. Tu última palabra será un grito.

—¿Por qué no entras aquí y me lo enseñas? —lo retó, al tiempo que le hacía gestos para que se acercara.

—Lou —susurré en voz baja, como advertencia. Tiré de la parte de atrás de su camisa. Cedió solo un paso. A nuestro alrededor, los *chasseurs* imitaron el movimiento y se cernieron sobre nosotros—. No los provoques.

—Creo que ya es un poco tarde para eso.

—Cierto. —El profundo retumbar de Philippe lo precedió al entrar en la sala. Al verlo llegar, los *chasseurs* se separaron en dos olas, una a cada lado. La sonrisa de Lou se tornó salvaje. Vestido con un traje impecable azul y oro, la insignia de capitán brillando en la solapa, la miró como a un bicho debajo de su bota. Entonces sonrió con frialdad. Hizo una reverencia—. El sol se ha puesto, *madame*. Tu pira funeraria aguarda.

Lou retrocedió otro paso. Su brazo rozó el mío. Aunque su sonrisa de suficiencia seguía plantada en su cara, sus ojos saltaron de la sala al pasillo. De Philippe a sus *chasseurs*. Mi corazón latía con violencia mientras contaba. Había un montón. Un escuadrón entero.

—Hay demasiados.

Lou hizo un gesto hacia la puerta de la jaula con una risa seca.

—Qué suerte que tengamos un cuello de botella.

Bajé la vista hacia ella. Su pecho subía y bajaba en respiraciones superficiales. Mis propias piernas temblaban por la adrenalina. Un *chasseur* detrás de nosotros nos miró con desdén.

—Tendréis que salir en algún momento.

Lou dio media vuelta y lo fulminó con la mirada.

—En realidad, no.

—Os *moriréis de hambre*.

—Venga, hombre. Su majestad no tendrá tanta paciencia. Ha decretado que arderíamos esta noche. —Su sonrisa se ensanchó—. No quedaría nada bien si esta ejecución no saliese de acuerdo con el plan previsto, ¿verdad? Supongo que sus súbditos ya están bastante alterados por lo del Fuego Infernal. Bastante asustados. —Ahora se dirigió directamente a Philippe—. *Tú* tampoco quedarías demasiado bien.

—Sobre todo después de la fuga de mi madre —añadí yo en un repentino impulso.

La sala se llenó de murmullos bajos al oír mi afirmación y el rostro de Philippe se endureció. Su expresión lo decía todo. Un alivio fugaz me recorrió de arriba abajo. La habían salvado. Coco y Jean Luc y Célie, de algún modo habían salvado a mi madre. Estaba a salvo. Lou casi estalló en carcajadas tras lanzarme una mirada apreciativa por el rabillo del ojo.

—La atraparán —afirmó Philippe en tono seco—. No te equivoques.

—Necesitas una victoria, Phil. No puedes permitirte esperar. —Lou meneó los dedos en su dirección—. Creo que entraréis más pronto que tarde.

Un *chasseur* diferente, este más joven que los demás, prácticamente un novicio, blandía su Balisarda como un crucifijo.

—¿Crees que tu magia puede hacernos daño, bruja?

—*Creo* —dijo despacio— que no será demasiado difícil desarmarte, *mon petit chou*. Creo que todos conocéis a mi marido. —Me señaló con el pulgar—. El *chasseur* más joven de la hermandad. También el capitán más joven.

—No es ningún capitán —dijo Philippe en tono sombrío. Lou arqueó una ceja.

—Bueno. *A ti* te pateó el culo.

Le puse una mano en el hombro, bastante incómodo ya. Un sudor frío resbalaba por mi espalda. Cuando levantó la vista hacia mí, negué con la cabeza. De un modo casi imperceptible. *¿Qué estás haciendo?*, intenté preguntar.

Cuando levantó ese hombro, tan suave que nadie más pudo verlo, tuve mi respuesta. No lo sabía ni ella. Las bravatas, las burlas, las amenazas... eran nada más que trucos desesperados para ganar tiempo. *Ayuda. Cualquier cosa.*

Nos habíamos quedado sin ideas.

—Vamos, Phil —lo incitó, y con sus palabras, el tenue aroma de la magia me envolvió. Los otros también lo olieron. Algunos enseñaron los dientes y se pusieron tensos, los nudillos apretados en torno a sus Balisardas. Miraron a Philippe en busca de instrucciones. Otros se movieron inquietos. Unos pocos, sin embargo, miraron a Lou fascinados cuando su piel empezó a refulgir—. *Abre la puerta. Juega conmigo.*

Unas palabras diferentes resonaron en mi cabeza. Seguía siendo la voz de Lou, pero más suave y asustada. *Reid.*

La miré, pasmado.

Cuando abran la puerta, dijo, sin quitarle los ojos de encima a Philippe, quédate cerca de mí. No puedo hacerles daño directo con magia, pero puedo hacer que esta torre caiga sobre sus cabezas. Es la mejor opción que tenemos. Después: ¿Crees que Beau habrá escapado también?

No lo sabía y tampoco tuve ocasión de contestar. No cuando vi que Philippe aceptaba un arco del *chasseur* que tenía al lado. Una aljaba con flechas de punta azul.

—Hoy, no —gruñó, mientras cargaba una flecha con una precisión de experto. Cuando apuntó con ella directo a la cara de Lou, ella entornó los ojos. Ya no sonreía—. Como tú misma has dicho, no tengo tiempo para jueguecitos. El reino aguarda.

Disparó la flecha sin previo aviso. Antes de que pudiera moverme, antes de poder gritar siquiera, silbó hacia ella con una puntería letal. Lou, sin embargo, giró en el último segundo, más rápida aún, se puso en cuclillas y la flecha se clavó en la pared a nuestra espalda. Los *chasseurs* ahí apostados ya se habían movido para colocarse en formación a los lados y delante de la jaula. Formaban una especie de corral. Una diana.

Emergieron más arcos a nuestro alrededor. Más flechas.

Corrí hacia ella, agarré su mano y la arrastré al fondo de la jaula. Tenía que hacer algo. *Ahora*. Lou había hablado de magia, de incitar mentalmente a unas cuerdas doradas para que cobraran forma. Me concentré en ellas; en crear un escudo, un arma, una maldita *llave*. Cualquier cosa, para escapar de esa jaula. No respondió ningún patrón. Por supuesto que no. Rodé hacia un lado cuando Philippe disparó una segunda flecha.

—¿Por qué molestarse con la hoguera? —Con una mueca feroz, Lou levantó la mano y la flecha se fracturó a medio vuelo. Cuando cayó a nuestros pies, la agarré y alancé a un *chasseur* ingenuo que había intentado acercarse con sigilo por detrás. Cayó como una piedra. Los ojos en blanco. Brazos y piernas con espasmos. Lou lo miró horrorizada.

—¿Qué demon...?

Philippe cargó otra flecha.

—Cicutu.

Esta casi me dio en el hombro. Estuvo tan cerca que rasgó la manga de mi camisa. Los ojos de Lou lanzaron chispas en dirección a la tela desgarrada. Su piel palpitaba con una luz antinatural. Cuando se puso delante de mí, su voz resonó con una calma letal. Una calma *etérea*. No una sola voz, sino muchas. Reverberaban juntas con un timbre escalofriante.

—No lo tocaréis.

Inmune al hechizo, Philippe hizo una seña hacia los otros para que levantaran sus arcos. Los veinte.

Lou enseñó los dientes.

A la orden seca de Philippe, volaron flechas desde los dos lados. Más de veinte. Más de *cuarenta*. Cortaron a través del aire con una precisión letal, pero todas se convirtieron en polvo en un radio de poco más de un metro a nuestro alrededor. Simplemente... se desintegraron. Noté la barrera en el aire, más que verla. Una fina película, como el jabón de una burbuja. Un escudo. A Lou le temblaban los puños en su esfuerzo por mantenerlo en pie mientras más flechas volaban hacia nosotros.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¡Dime, Lou!

—Un patrón —masculló, con los dientes apretados—. Puedes reforzar... mi magia.

—¿Cómo?

—Concéntrate. —Ahora nos caía una lluvia constante de flechas, pues cada *chasseur* cargaba y disparaba a su aire. Un ataque continuo. Lou hizo una mueca por los impactos, como si pudiera *sentir* cada punta envenenada, y el escudo se onduló a su vez—. *Eres* un brujo. Acéptalo. Concéntrate en el resultado y... los patronos aparecerán.

Pero no lo hicieron, *no aparecieron*, sin importar cuán fuerte me concentrara. No centelleó nada de oro. Me concentré aún más. En ella. En su escudo. En las puntas de flecha que lo estaban rompiendo. Un extraño zumbido

surgió en mis oídos. Voces. Susurros. No míos ni de Lou, sino *de otros*. Aunque el oro seguía brillando por su ausencia. Solté un rugido de frustración, de *rabia*.

—Puedes hacerlo, Reid —me apremió Lou—. Ya lo has hecho antes. Puedes hacerlo otra vez. Solo tienes que...

No terminó de decir sus palabras. Con disimulo, dos *chasseurs* habían conseguido lo que no había logrado su hermano caído. Deslizaron las manos entre los barrotes, usando el escudo de Lou en su propio beneficio, y la agarraron de la camisa para tirar de ella hacia atrás contra la madera.

El escudo desapareció al instante.

Grité su nombre y me lancé a por ella. Solté el brazo de uno de su cuello, pero un dolor agudo alanceó mi muslo. No miré. *No podía*. No cuando clavaron una jeringa, dos jeringas, *tres*, en el cuello de Lou al mismo tiempo. No cuando su espalda se arqueó, su cuerpo se sacudió, sus manos se estiraron hacia mí.

—¡Reid! ¡Reid! —Su voz sonaba como procedente de un túnel. Al final, se liberó y me agarró justo cuando mis rodillas cedían. La torre entera se sacudió a nuestro alrededor. Su cuerpo dio un bandazo cuando recibió un impacto mientras me protegía de una flecha tras otra. Más de una sobresalía ya de su espalda. Sus brazos. Sus piernas. Aun así, siguió arrastrándome hacia la puerta de la jaula, que Philippe había abierto de par en par.

Unas manos tiraban de nuestra ropa, nuestro pelo, y nos arrojaron al suelo de la sala del consejo. Mi visión se apagó cuando cayeron sobre Lou como hormigas. Cuando se desplomó, inmóvil, bajo sus jeringas. La matarían antes de que pudiera llegar a la hoguera. *Lou*. Apreté los dientes; deliraba del dolor, del miedo... Me concentré más en su piel difuminada de lo que me había concentrado jamás en nada. Unas rodillas duras se hincaron en mi espalda.

Va a morir va a morir va a morir.

El oro explotó delante de mis ojos. Me puse en pie de un salto. Pero era demasiado tarde.

Una aguja se clavó en mi cuello y el mundo se oscureció una vez más.



Me desperté rodeado de gritos.

De humo. El roce cosquilloso del heno a mis pies y madera dura a mi espalda. Cuerdas fuertes en torno a mis muñecas. Con el estómago revuelto, abrí apenas los ojos. Tardaron un momento en enfocar. Mi visión cabeceaba.

Antorchas.

Parpadeaban en la oscuridad para proyectar una neblina anaranjada sobre la escena. Sobre las caras. Muchísimas caras. La ciudad entera se apelotonaba en la calle a mis pies. Con un respingo, me di cuenta de que estaba de pie por encima de ellos. *No*. Cerré los ojos y me incliné hacia delante con una arcada. Las cuerdas me mantuvieron derecho. Me mantuvieron en el sitio. No estaba de pie en absoluto. Abrí los ojos del todo al darme cuenta de lo que pasaba.

La hoguera.

Me habían atado a uno de los postes de la hoguera.

Los detalles me invadieron a toda prisa después de eso, desorientaron mis sentidos. Las escaleras de la catedral, la plataforma de madera, la cálida presencia a mi espalda.

—Lou. —La palabra salió balbuceada por mi lengua a causa de la cicuta. Me palpitaba la cabeza. Hice todo lo posible por retorcer el cuello hacia atrás—. *Lou*. —Su pelo caía por encima de mi hombro y su cabeza colgaba flácida. No respondió. Estaba inconsciente. Entonces forcejeé para

intentar verla, pero mi cuerpo se negaba a obedecer. Al menos alguien había extraído las flechas de punta azul. La habían vestido con una camisola limpia. La ira se avivó tan deprisa como la droga ante esa nueva injusticia. Un *chasseur* la había desvestido. ¿Por qué?

Bajé la vista hacia mi camisa sencilla y mis pantalones de lana. Me habían quitado las botas.

El cuero no arde.

Las calles estaban llenas de abrigos azules. Formaban barricadas. Mantenían al populacho a raya. Entorné los ojos y parpadeé despacio, esperando a que la escena se volviese más nítida. Philippe estaba entre ellos. Jean Luc también. Reconocí su pelo negro. Su cuello ancho y su piel color bronce. No me miró, tenía los ojos clavados en Célie, que estaba en primera fila con sus padres. No vi a Coco. Ni a Beau. Ni a Claud ni a Blaise ni a Zenna.

Nadie.

—Lou. —Con cuidado de no mover los labios, de hablar en voz baja, intenté darle un pequeño codazo. Mis brazos no se movían—. ¿Puedes... oírme?

Tal vez se removiese. Solo un poco.

Sonaron más gritos cuando una niña se coló a través del cordón de *chasseurs*. Era una niña pequeña que corría detrás de una... pelota. Corría detrás de una pelota. Rodó hasta pararse al pie de la plataforma.

—No eres tan alto como creía que serías —caviló, mirándome desde debajo de un flequillo castaño rojizo. Familiar. Mis ojos aletearon. Ahora había dos como ella. No, otro chiquillo se había unido a ella. Un niño pálido con sombras en los ojos. Sujetaba la mano de la niña con expresión solemne. Aunque no lo había visto jamás, casi podía reconocer su cara.

—No pierda la esperanza, *monsieur* —susurró.

Otro grito. Un *chasseur* se adelantó para alejarlos de ahí.

—¿Te... conozco? —Mi boca no era capaz de formar bien las palabras.

—*Le visage de beaucoup* —dijo, con una sonrisa inquietante. La imagen daba bandazos y cabeceaba con mi visión. Llamativa a la luz del fuego—. *Le visage d'aucun*. — Su voz se fue difuminando a medida que se alejaba.

La cara de muchos, la cara de nadie.

Palabras sin sentido. Palabras absurdas.

—Lou —supliqué, más alto ahora. Desesperado—. Despierta. Tienes que despertarte.

No se despertó.

Una risa imperiosa a mi lado. Patrones dorados. No... pelo. Auguste apareció en mi línea de visión, con una antorcha en una mano. Las llamas no ardían naranjas, sino negras como el carbón. Fuego Infernal. Fuego eterno.

—Estás despierto. Bien.

Detrás de él, Gaspard Fosse y Achille Altier subieron a la plataforma, el primero con una sonrisa ansiosa y el segundo con cara de asco. Achille me miró solo un segundo antes de murmurarle algo a Auguste, que frunció el ceño.

—No importa —musitó. Luego se volvió hacia mí—. Puede que el fruto de tu Balisarda no haya vencido a este maldito fuego, todavía no, pero su madera desde luego que ha propiciado este día trascendental. —Levantó la mano para agarrar un mechón del pelo de Louise—. Fabricamos esa jaula solo para vosotros dos. Un final agridulce, ¿no crees? Que te mate tu propia espada.

Cuando no dije nada y me limité a mirarlo, se encogió de hombros y examinó la antorcha.

—Aunque supongo que no será la Balisarda la que dé el golpe final. Tal vez debería sentirme agradecido de que los sacerdotes hayan fallado. Ahora arderás por toda la eternidad.

—Igual que vuestra... ciudad —logré articular.

Las palabras me costaron un mundo. Achille hizo una mueca y miró hacia otro lado cuando me atraganté con la bilis y tosí a causa del humo. Esta vez, no intervino. No dijo ni una palabra. ¿Cómo podría? La pira ya estaba construida. Él sería el siguiente en arder.

Con una última mirada desdeñosa, Auguste se volvió para dirigirse a su reino.

—¡Mis amados súbditos! —Abrió los brazos a lo ancho. Su sonrisa aún más ancha. La multitud se calló al instante, atentos y extasiados—. Esta noche, por fin, erradicaremos un gran mal que asola nuestro reino. He aquí a Louise le Blanc, la nueva y malvada *Dame des Sorcières*, y a su *marido*, el hombre al que una vez conocisteis como capitán Reid Diggory.

Abucheos y bufidos reverberaron desde la calle.

Aunque intenté invocar mis patrones, centelleaban enfocados y desenfocados en un borrón dorado. La cicuta había surtido el efecto deseado. Tenía el estómago revuelto. Mis manos se negaban a moverse, ni un poco siquiera. Habían impregnado las cuerdas. *Concéntrate*.

—Sí, helos aquí —continuó Auguste, más callado ahora. Levantó la antorcha hacia nuestros rostros—. Una bruja y un cazador de brujas, enamorados. —Otra risa. Algunos entre el público la emularon. Otros, no—. Os pregunto lo siguiente, queridos súbditos... —La antorcha se movió ahora hacia Achille e iluminó sus ojos oscuros. Bullían de repugnancia mientras miraban a su rey. Bullían de rebelión—. ¿Ha salvado al reino su *apasionado romance*? ¿Nos ha unificado por fin? —Señaló hacia el humo en lo alto, la piedra chamuscada de la iglesia, los edificios ennegrecidos y derruidos que llenaban las calles. Había *chasseurs* en todas las ruinas, tratando de contener las llamas—. No —susurró Auguste, con los ojos fijos en todos esos abrigos azules—. Creo que no.

Cuando volvió a hablar, su voz subió hasta ser un grito.

—¡No creáis que no he oído vuestros susurros! ¡No creáis que no he visto vuestras dudas! ¡No temáis a que los Pedros y los Judas entre vosotros, los esquiroles y los traidores, sigan merodeando libres por ahí! No lo harán. La nuestra es una nación dividida. Estamos al borde del precipicio. Pero permitidme que dilucide la verdad aquí y ahora: no vamos a caer.

Agarró la barbilla de Lou.

—Esta bruja, esta *diablesa*, puede parecer una mujer... vuestra madre, quizá. Vuestra hermana o vuestra hija. Pero no es ninguna de ellas, queridos. No es humana en absoluto y desde luego que no es capaz de *amar*. No, este ser demoníaco ha maldecido nuestro reino con muerte y destrucción. Os ha robado a vuestros hijos y vuestros medios de vida, ha corrompido a nuestro antaño gran y noble protector. —Dejó caer su barbilla y se volvió hacia mí, con el labio retorcido. Pugué por recuperar la sensibilidad en las manos. *Cualquier cosa*, por mínima que fuese. Los patrones dorados titilaron—. Reid Diggory. —Sacudió la cabeza—. Traidor. Asesino. *Brujo*. Eres la mayor decepción de este reino.

Detrás del rey, Achille puso los ojos en blanco.

Fruncí el ceño ante lo incongruente del gesto. El primer atisbo de sensibilidad hormigueó por la palma de mi mano cuando Lou levantó la cabeza.

—Lou —susurré, desesperado.

Su cabeza volvió a caer.

—¡Oídmme, y oídmme bien! —Auguste levantó los brazos, la antorcha, una pasión salvaje refulgía en su mirada. La gente lo observó conteniendo la respiración, y siguió la trayectoria de la antorcha con expresión ávida—. ¡No me volverán a engañar, amada gente! He capturado a estos grandes enemigos y, con sus muertes, emprenderemos el camino de

la victoria y la salvación. Yo os guiaré a través de él. ¡El legado de los Lyon perdurará!

Por fin estallaron grandes gritos entre la multitud, alentados por el padre Gaspard. La gente dio fuertes pisotones en el suelo, aplaudió, incluso cuando Philippe y sus *chasseurs* intercambiaron miradas cautelosas. Destelló un pelo como rayo de luna. Auguste empujó la antorcha hacia Achille.

—Hazlo, padre —lo conminó—. Mátales. Mata a estas criaturas que tanta pena te dan. O te reunirás con ellos en el Infierno.

Aunque Achille vaciló, no tenía elección. Sus dedos se cerraron despacio en torno a la antorcha. Fruncí el ceño aún más. Parecían... más rectos de lo que los recordaba. La piel más joven. Bronceada y suave. Cuando mis ojos subieron a su cara, sus mejillas parecieron ensancharse, *moverse*, los huesos treparon más alto. Sus ojos se alargaron. Su nariz también. La barba canosa fue cayendo a trozos, su pelo se volvió más abundante y su piel... las arrugas desaparecieron y me guiñó un ojo.

Entonces se volvió hacia el rey.

—¿Sabes, *père*? —empezó, arrastrando las palabras mientras los últimos rasgos del padre Achille se iban derritiendo—, es muy descarado por *tu* parte hablar de grandes decepciones.

Asqueado, Beau negó con la cabeza.

Lo miré boquiabierto.

Beau.

—Pero tú... eras... —Pasmado, Auguste miró a su hijo de arriba abajo antes de que sus dientes entrechocaran de manera audible. Una vena se abultó en su frente—. *Magia.*

El verdadero padre Achille emergió de una callejuela por detrás de la catedral. Con la expresión dura, sujetaba la mano de la niña de pelo rojizo que había visto antes. Claud

Deveraux asomó tras ellos y me envió un alegre saludo con la mano, y... Coco. Me sonrió triunfal y me lanzó un beso. El corte de la palma de su mano todavía sangraba.

Habían venido.

Me atravesó una oleada de alivio tan intensa que casi me eché a reír.

Lou soltó una temblorosa bocanada de aire.

—Reid...

El cosquilleo de la palma de mi mano se extendió a mis dedos. Los patrones empezaron a verse más nítidos.

—Estoy aquí, Lou. Están todos aquí.

—Perdona la tardanza, hermana mía. —Beau corrió hacia ella, atento a su antorcha, justo cuando los *chasseurs* reaccionaban; sus gritos se perdían entre el repentino caos. Philippe gesticulaba como loco mientras la muchedumbre huía. O gritaba. Se llevaban a los niños o se acercaban más para ver mejor, abriéndose paso sin miramientos entre la guardia del rey y los agentes de policía. Un hombre llegó incluso a subirse de un salto en la plataforma con un feroz «¡Quemad al rey!», antes de que Philippe lo agarrara del cuello y lo tirara al suelo de nuevo.

—¡Mantened la línea! —rugió.

Cuando los *chasseurs* asaltaron la plataforma, Blaise se materializó desde abajo de ella... y Liana y Terrance, y Toulouse y Thierry. Los hombres lobo se habían transformado solo a medias, sus ojos refulgían y sus caninos aún se estaban alargando. Docenas más brotaron de entre la multitud para unirse a ellos. Gruñían y lanzaban dentelladas. Lobos transformados del todo salieron en tromba de todas las callejuelas. Se enfrentaron al acero de los *chasseurs* con garras y dientes.

Beau tiró de las cuerdas de Lou con una mano. Apresurado. Torpe.

—Resulta que la torre de los *chasseurs* es algo parecido a una fortaleza. ¿Quién iba a saberlo? No podíamos llegar hasta vosotros ahí, pero *aquí*... —Su rápida explicación se interrumpió con el gemido de Lou y sus ojos se posaron en la sangre de su camisola. Las heridas punzantes en sus brazos, su pecho. Su voz se tiñó de una amenaza velada—. ¿Qué demonios le ha pasado?

Aunque mis manos sufrían espasmos, todavía no podía moverlas a voluntad. No podía *ayudar*. Hice todo lo posible por recuperar el control.

—Flechas envenenadas. Corre...

—¿Cómo osas elegirlos a ellos? —siseó Auguste. Otra vena palpitó en su cuello. Se lo veía menos apuesto ahora. Más perturbado—. ¿Por encima de tu propio *padre*?

Antes de que Beau pudiese contestar, Philippe por fin llegó a la plataforma y Auguste se abalanzó hacia delante.

Todo ocurrió en cámara lenta.

Beau giró en redondo para repelerlo, hizo columpiar la antorcha en un gran arco y una única chispa saltó al aire. Flotó inmóvil durante un segundo, durante un millar de segundos, antes de planear casi con pereza hasta la plataforma. Hasta el heno.

No pude hacer nada más que observar, horrorizado, cómo estallábamos en llamas.

CAPÍTULO 49

UNA LLUVIA DE LUZ



Reid

El fuego se extendió más deprisa de lo normal, lamiendo el heno y nuestros pies en cuestión de segundos.

El Fuego Infernal. La llama eterna.

No existe solución, me había dicho Coco, ni con fruta ni de otro modo.

¿Cómo lo sabes?

Porque el fuego se originó en mi pena. Y no hay solución para la pena. Solo el tiempo.

A pesar del calor abrasador, un miedo gélido se apoderó de mí. Grité el nombre de Lou y me giré hacia ella, decidido a cubrirla. A protegerla de lo inevitable. No me rendiría. No cedería. Si lograba soltar nuestras ataduras, podríamos saltar de la plataforma para ponernos a salvo...

Aterrado, Philippe se estrelló contra Auguste y lo tiró de la plataforma. Una llama prendió la manga del rey. La engulló al instante y él cayó al suelo, retorciéndose y aullando, mientras Philippe se apresuraba a arrancarle la capa de león e intentaba quitarle la camisa en llamas, pero la tela ya se había fundido con su piel. Philippe retrocedió al instante, viendo que era una batalla perdida.

—¡Oliana! —Auguste estiró una mano hacia su mujer, que estaba de pie al lado de la plataforma. Sin decir una

palabra, esta dio media vuelta y entró en la iglesia. Espantado por el caos de la calle, el padre Gaspard la siguió a toda prisa.

Philippe aplastó la mano de Auguste bajo su bota cuando él también emprendió la huida.

—Sal... de aquí. —Apenas audible, Lou hizo un gesto con la cabeza en dirección a Beau, que seguía peleando con la cuerda; tenía la cara contorsionada a causa de las llamas, que se enroscaban alrededor de sus botas. Sus botas de cuero—. *Vete*.

—No —gruñó él.

El calor lo consumía todo ya. El dolor. A nuestros pies, los chillidos de Auguste cesaron de repente. Sus brazos y piernas dejaron de moverse. La piel y la carne derretidas sobre los huesos. Con ojos vacíos, contempló su ciudad en llamas para siempre jamás.

Las llamas danzaron sobre su cadáver.

—No puedo... no puedo sofocarlas. —La adrenalina rugía en mis oídos y ahogaba la voz de Lou. Aunque tenía la cara contorsionada por la concentración, apenas lograba verla entre el humo, apenas podía *respirar*. El fuego arreció. Reptaba por las callejuelas, las puertas ocultas, las grietas y las ranuras mientras los *chasseurs* abandonaban sus puestos. Serpenteaba por las cañerías. Entraba deslizándose por las ventanas. Devoraba la ciudad centímetro a centímetro. Casas. Tiendas. Personas.

Un agudo grito resonó desde la calle.

Coco.

Luchaba por llegar hasta nosotros. Sus cuchillos centelleaban y se incrustaban en cualquiera que fuera bastante tonto como para bloquearle el paso. La multitud se apelotonaba a su alrededor. Los cuerpos colisionaban. Las mujeres se llevaban a sus hijos de la calle, chillando y

llamando a golpes a las puertas más cercanas, mientras que hombres estúpidos intentaban meterse en la refriega.

—La magia... es demasiado... —Lou se estremeció con una tos, todavía inmersa en sus patrones, mientras Coco por fin se abría paso y salía de entre la multitud—. No es *mía*.

Coco corrió alrededor de la plataforma, frenética, buscando un hueco entre las llamas. Sus gritos se perdieron entre el tumulto.

—Ya casi lo... —los dedos de Beau seguían peleándose con las cuerdas—... tengo.

La voz de Lou salió como un grito. Brotó de su garganta, cruda y agresiva. Aterrada.

—Es demasiado tarde...

—¡*Márchate*, hermano! —Mi propia voz se unió a la de ella—. ¡VETE!

El fuego trepaba ya por nuestras piernas. Por las suyas. Lo consumía todo a su paso: cuerda, ropa, *piel*. Sin el poste para sujetarse, Beau cayó contra nosotros.

—*No* voy a dejaros aquí. —Pero en ese momento sus piernas cedieron y se desplomó. Su cara se contorsionó al tiempo que bramaba de dolor y decenas de ampollas cubrían su cuello, su cara.

—Yo creo que sí —dijo Lou con los dientes apretados. Miró a Coco con lágrimas en los ojos—. Cuidad el uno del otro.

Las cuerdas de sus tobillos se habían desintegrado, y aprovechó para levantar una pierna y darle a Beau una patada en pleno pecho. Cayó hacia atrás desde la plataforma, hecho una columna de llamas, y cayó directo en brazos de Coco.

Ella lo miró horrorizada.

—No. —Negó con la cabeza, histérica, y se dejó caer sobre la nieve. Empezó a cubrir la piel de Beau con ella. Él

se retorció impotente—. Beau. Beau, mírame. —Unas llamas empezaron a enroscarse por sus brazos, pero ella las ignoró. Mis propios músculos sufrían espasmos y sacudidas mientras los observaba, impotente. La nieve no hizo nada por sofocar las llamas. No había escapatoria de esto, ningún elemento que sofocara el fuego, ninguna magia para ayudarnos ahora. Ni siquiera la de Lou—. No, no, *no*. Por favor, Beau, *Beau*.

—Lo siento muchísimo, Reid —boqueó Lou—. No puedo detenerlo, pero puedo... puedo ayudar... —Se retorció para mirarme a los ojos—. Te quiero. Encuentra la paz.

Encuentra la paz.

Las palabras crepitaron y crujieron entre nosotros, fuera de lugar. Seguro que la había oído mal. No podía ser eso. Porque aquí, ardiendo en un lago de fuego negro, no podía haber paz. Ni para ella. Ni para mí. No mientras nuestros huesos se derretían y nuestra piel se pelaba.

Lou flexionó una mano.

Las cuerdas de mis muñecas saltaron por los aires en respuesta y yo salí volando de la plataforma en un fogonazo de aire caliente. Aterricé como un fardo en la calle. Me giré para mirarla, pero ya no veía nada, no *oía* nada. El dolor me robó los sentidos y mis patrones dorados se desperdigaron para convertirse en polvo y asentarse como un velo sobre la escena.

Excepto que ya no era *esta* escena.

La muchedumbre se difuminó entre el dorado, sustituida por otra multitud. El fuego negro desapareció. Una hoguera diferente alanceó el cielo y otra bruja se debatía contra ella. Su pelo color mazorca de maíz ardió primero. Yo estaba delante de la plataforma, con las manos cruzadas, y el arzobispo estaba a mi lado. Una Balisarda brillaba en mi pecho.

Asesino de brujas asesino de brujas asesino de brujas.

El recuerdo se disipó antes de que pudiera entenderlo del todo.

Pero el dolor, ese *calor* insoportable, se esfumó de repente cuando una magia nueva brotó a nuestro alrededor. Su olor superó al del humo. La carne chamuscada. Aunque las llamas todavía devoraban mi ropa y me hacían ampollas en la piel, solo sentía nieve fría. A mi lado, los ojos de Beau se abrieron de golpe. Se asentó en brazos de Coco.

Y entonces Lou empezó a gritar.

Gritó y gritó hasta que su garganta debería haberse desgarrado de arriba abajo por el sonido. Hasta que su corazón debería haberse parado. La agonía en su cara era palpable mientras se retorció. Como si su dolor se hubiese triplicado. Cuadruplicado.

Y entonces lo comprendí.

Me puse de pie a duras penas.

Lou nos había quitado el dolor. Era todo lo que podía hacer.

—*Lou*. —Coco sollozó su nombre, meciendo a Beau mientras se quemaban. Suplicando. Cuando sus lágrimas cayeron, sisearon contra la cara de Beau. Sin embargo, en lugar de avivar el fuego, las gotas lo sofocaron. La piel de Beau chisporroteó. *Calentada*. Unos truenos retumbaron por encima de nuestras cabezas—. No hagas esto, Lou, *por favor...*

Otro recuerdo salió a la superficie sin previo aviso. Más intenso que el primero. Caí de rodillas una vez más.

¿Cuándo? ¿Cuándo lo supiste?

Durante la quema de brujas. Cuando... cuando Lou tuvo su ataque. Todos pensaron que Lou estaba sufriendo una convulsión, pero yo la vi. Olí la magia.

Un dolor más profundo que el fuego brotó con ese recuerdo, aun cuando las lágrimas de Coco engordaron. Cuando las primeras gotas de lluvia empezaron a caer. La

lluvia de Coco. Ella había dicho desde un principio que su pena había provocado este fuego. Ahora daba la impresión de que su amor lo apaciguaría. Dondequiera que tocaban las gotas, el suelo chisporroteaba y humeaba. Las llamas se apagaron. Pero los gritos de Lou... esos continuaron. Me desgarraban por dentro. Tuve que agarrarme la cabeza y caí hacia delante. La lluvia empapó mi camisa. Mi piel.

Mis ampollas se cerraron.

Se quemaba, Reid. No sé cómo, pero le quitó el dolor a esa bruja. Lo sufrió por ella.

Pero yo ya lo había sabido. En lo más profundo de mi ser, había hecho la conexión. Había reconocido la generosidad de Lou, incluso entonces. Su sacrificio. En aquel momento había sido incapaz de admitirlo. Incapaz de enfrentarme a la verdad, incluso mientras había cuidado de mi mujer moribunda hasta que recuperó la salud. Porque era *verdad* que casi había muerto por salvar a otra.

En aquel momento, me había enamorado de ella.

Mi dolor de cabeza fue *in crescendo* al darme cuenta. No podía soportarlo. Incoherente, dolorido, rugiendo, me mesé los cabellos. Me arañé la cara. Vagamente, oí que la plataforma colapsaba, y noté unas manos urgentes sobre mis hombros.

—¡Reid! ¡Reid! —Pero los gritos de Beau y de Coco no podían atravesar la confusión de mi mente. La oscuridad perfilaba mi visión. La inconsciencia acechaba. El suelo subió a mi encuentro.

Un patrón centelleó y se materializó.

A primera vista parecía dorado, ondulaba desde mi pecho hasta las ruinas de la plataforma. Hasta donde la madera y el humo y el fuego habían engullido a Lou. Sin embargo, cuando levanté una mano temblorosa, vi que había estado equivocado. La cuerda relucía con dimensión.

El azul de mi abrigo. El blanco de los copos de nieve. El rojo de la sangre en el taller de un herrero.

Un centenar de colores más, *recuerdos*, que se entrelazaban, apretados en una sola hebra.

Tiré de ella.

La energía pulsó hacia fuera en una onda y yo colapsé bajo su peso. Mis oídos pitaban debido al silencio. *Sangraban* debido al silencio.

Un grito agudo y primitivo desgarró la calle.

No de Lou. No de Coco. Hice un esfuerzo supremo por levantar la cabeza, por ver entre el gentío histérico, la intensa lluvia, y reconocí las facciones pálidas y el pelo color rayo de luna de Morgane le Blanc. Ella también se había desplomado. Los que estaban más cerca huyeron cuando la vieron, resbalando en la nieve derretida. En el barro. Lloraban y llamaban a gritos a sus seres queridos. Los rostros cubiertos de hollín.

Josephine estaba en cuclillas al lado de Morgane, con el ceño fruncido por la confusión.

Detrás de ellas, Nicholina sonreía.

Corrí hacia la plataforma sin mirar atrás. Mi voz se quebró al gritar el nombre de Lou. La recordaba. Lo *recordaba* todo: el Doleur, el ático, el tejado... toda la historia que me había contado en la jaula de madera. Todo era verdad. Todo había sido *real*.

Te encontraré otra vez, le había dicho.

Ella se había tomado la promesa en serio. No se había dado por vencida conmigo. Ni cuando la insulté, ni cuando la amenacé, ni cuando imaginé mil maneras diferentes de matarla. Ahora pensaría otras mil para compensarla. Jamás volvería a dejarla. Mi voz cobró fuerza. Cobró esperanza.

—¡Lou! ¡LOU!

Siguió sin contestar. Con el fuego por fin sofocado por la lluvia de Coco, las ruinas humeaban suavemente. Me

zambullí entre los restos, arranqué tablones chamuscados, me abrí paso entre las cenizas, entre lo que quedaba del poste. Beau y Coco me pisaban los talones.

—¿Dónde estás? —pregunté en voz baja, apartando tablón tras tablón—. Vamos. ¿Dónde *estás*?

Unas manos pálidas se unieron a las mías. Célie. Otras más oscuras. Jean Luc. Me miraron a los ojos con expresiones decididas y asentimientos secos. No vacilaron, ni siquiera cuando mi propio cuerpo empezó a temblar. *Por favor, por favor, por favor...*

Cuando un tablón a mi derecha se movió sin que nadie lo tocara, lo arranqué a toda prisa. Tenía que estar ahí. *Tenía* que estar...

Lou explotó hacia arriba en una lluvia de luz.

CAPÍTULO 50

LA BATALLA FINAL



Lou

El poder inundó mis extremidades y mis pulmones, y ardí no con fuego sino con luz. Brillaba a través de mi camisola ensangrentada, a través de las heridas de mi cuerpo, y el fulgor se proyectaba hacia fuera en cegadores rayos de magia. Aunque la lluvia de Coco todavía caía densa y pesada a nuestro alrededor, las gotas no me empapaban como a los otros. No, mi piel y mi pelo absorbieron cada una, y me curaron, me fortalecieron, consolaron mi corazón dolorido. Sabían a esperanza. A *amor*.

Encontré su rostro inundado de lágrimas entre las ruinas. Sonreí y me agaché con ternura a su lado.

Lo había hecho. Aunque la ciudad todavía humeaba a nuestro alrededor en suaves ondas, aunque *siempre* lloraría a Ansel, el fuego negro había desaparecido. Ella lo había conquistado. Se había conquistado a *sí misma*.

Me devolvió la sonrisa, agarró la mano de Beau y asintió.

—Lou. —Todavía en cuclillas con un tablón en la mano, Reid levantó la vista hacia mí, con los ojos anegados de lágrimas. De amor y de alivio y de... *reconocimiento*. Conciencia. Brotó entre nosotros como un ente vivo, tan reluciente y brillante como un patrón. Se puso de pie despacio. Nos miramos durante un largo momento.

—Me encontraste —susurré.

—Te lo prometí.

Nos movimos al mismo tiempo, nos tambaleamos el uno hacia el otro, nuestros brazos y nuestras piernas enredados hasta que no pude distinguir dónde acababa él y dónde empezaba yo. Sin aliento, riendo, me levantó por los aires y me hizo dar vueltas y vueltas. No podía dejar de besar su sonrisa. Sus mejillas. Su nariz. Y él no protestó; más bien se rio aún más fuerte, levantó la cara hacia el cielo. El humo se despejó mientras Coco nos miraba, las nubes de lluvia también, hasta que solo quedó una cristalina noche invernal. Por primera vez en semanas, las estrellas centelleaban en lo alto. La luna menguante reinaba suprema.

El principio del final.

Cuando por fin Reid me dejó sobre mis pies, le di un puñetazo en el hombro.

—Eres un *imbécil* redomado. ¿Cómo *pudiste*? —Le agarré la cara entre mis manos, casi febril de la risa—. ¿Por qué no me diste ese bollo pegajoso?

Sus propias mejillas seguían sonrojadas, su sonrisa era ancha.

—Porque no era *tuyo*.

Una nueva oleada de gritos sonó detrás de nosotros y nos giramos todos al mismo tiempo, con nuestra alegría atolondrada un pelín desinflada. La escena volvió a nosotros poco a poco. *Chasseurs* y *loup garous* todavía luchaban en la calle, empapados hasta la médula, sangrando, mientras los ciudadanos de a pie huían o peleaban también. Algunos sollozaban, aferrados a seres queridos en el barro. Otros golpeaban sin cuartel las puertas de las tiendas, en busca de refugio para los heridos. Para ellos mismos.

A ambos lados de la calle habían surgido brujas que bloqueaban todas las salidas.

Reconocí a algunas del Château, a otras del campamento de sangre. Más de las que jamás había creído que existieran. Debían de haber acudido desde todos los rincones del reino... quizá del mundo. Se me aclaró la piel y se me puso la carne de gallina.

Peor aún. Al otro lado de la calle, Morgane se puso en pie.

—Toma. —Célie se quitó la bolsa del hombro y la volcó. La bandolera de Reid se derramó por el suelo. Sus cuchillos y semillas. La inyección de la propia Célie. Coco y Beau corrieron a recuperar sus dagas y yo hice otro tanto. Anhelaba atacar, *proteger*, y entonces Morgane cuadró los hombros. Levantó la barbilla y me miró a los ojos.

Aunque los sonidos del entrec chocar del acero y los chasquidos de dientes deberían de haber ahogado su voz, la oí tan clara como el cristal. Como si estuviese justo mi lado.

—Hola, hija.

Mis propias palabras salieron con calma.

—Hola, madre.

Eché un vistazo a los pies desnudos de Reid. Su pecho calado. Mi propia camisola patética. Incluso los otros llevaban solo prendas de lana (y Célie un *vestido*, de hecho), lo que los dejaba penosamente vulnerables a los ataques. Quizá no de magia, pero el acero podía cortar igualmente profundo. Respiré hondo. No podíamos luchar de este modo. Todavía no.

Agité la mano y examiné la red blanca de patrones en busca de algo más adecuado, algo defensivo, algo como... una *red*. Sonreí de nuevo cuando la idea se reafirmó. Nicholina había hablado de una araña que moraba en las profundidades de La Fôret des Yeux. *L'Enchanteresse*, una criatura canibalística con una seda que estaba ente los materiales más ligeros y más fuertes del mundo natural.

Busqué las arañas. Extendí mi conciencia hacia el norte, hacia el este, hacia los viejos árboles que rodeaban la ciudad. Sus hogares. Sin embargo, los patrones no la siguieron, sino que se zambulleron directamente en la calle. Vacilé un instante. Los árboles no vivían ahí abajo. Quizá... quizá las arañas se hubiesen enterrado bajo el suelo para el invierno. No obstante, no tenía tiempo para especulaciones. No con Morgane al otro lado de la calle, flanqueada a ambos lados por Josephine y Nicholina. No con las brujas que se cerraban sobre nosotros.

Con otra respiración honda, extraje seis cuerdas idénticas. Los patrones se estiraron a lo ancho hasta que apareció una miríada de fibras, como redes finísimas, y se entretejieron apretadas para formar armaduras.

Oscuras y ceñidas, ligeras y flexibles, sustituyeron a nuestra ropa en un estallido de polvo centelleante.

En algún sitio bajo nosotros, seis arañas se marchitaron. Morgane aplaudió.

—Qué lista eres, cariño. Qué bien te queda mi magia. Al menos cuadras con la compañía que cultivas... ladrones, todos ellos.

—Yo no te he robado nada, *maman*.

—Me lo has robado *todo*. —Sus ojos esmeraldas centelleaban como cristales rotos. Cortantes y afilados. La emoción que se veía en ellos trascendía la maldad para convertirla en un odio crudo y sin adulterar—. Pero no lo cuestiono. Estoy aquí para reclamar lo que es mío, y asesinaré a todo hombre, mujer o niño que intente impedirlo. —Hizo un gesto brusco con la barbilla y las brujas avanzaron en tromba—. Matadlos a todos.

Un atronador rugido sacudió la ciudad en respuesta, y un ala oscura ocultó la luna.

Zenna aterrizó a mi lado un segundo después. Los adoquines se agrietaron bajo su enorme peso, y cuando

resopló con sorna escupió una llamarada. Brujas, hombres lobo y cazadores, todos se apartaron de su camino al instante. A lomos de Zenna, vestida con su propia armadura, Seraphine desenvainó una antigua espada larga.

No pude evitarlo. Me eché a reír de la felicidad.

Coco me había contado las torturas que habían sufrido Toulouse y Thierry. Me había hablado de la promesa de Zenna de *comerse* a mi madre.

—¿Qué tal unos dragones? —le pregunté ahora, asomándome por un lado de la grupa de Zenna.

Esta respondió al desafío con una nueva llamarada.

Con una mueca de rabia, Morgane se escabulló hacia atrás mientras *chasseurs* y brujas se lanzaban a la carga. Centellearon las Balisardas. La magia entró en erupción a nuestro alrededor. Zenna volvió a resoplar y echó a volar. Fue pescándolos a todos de la calle, uno a uno y...

Y se los zampó.

—Oh, eso es *asqueroso* —exclamó Beau con una mueca—. Por no hablar de la indigestión...

Antes de que pudiese terminar, Morgane juntó las palmas de las manos una última vez. El intenso aroma de la magia nos envolvió.

La tierra tembló en respuesta.

Por todas partes, en medio de la refriega, la gente hacía lo imposible por mantenerse en pie. Incluso Philippe hizo una pausa; trastabilló y su Balisarda terminó a un par de centímetros del cuello lobuno de Terrance. Reid se puso tenso. Entornó los ojos. Entonces...

—¡A cubierto! —Me derribó para sacarme de la plataforma y nos estrellamos contra el suelo, dando volteretas, mientras multitud de ramas salían disparadas de la mismísima tierra y agrietaban las escaleras de la iglesia. No pararon ahí. Docenas más brotaron a toda velocidad, más grandes que la vida. Les salieron troncos y raíces, e

hicieron añicos las preciosas vidrieras al crecer *a través* de ellas. Llovían piedras sobre nuestras cabezas y tuvimos que correr para ponernos a refugio entre la multitud. Al instante, perdí de vista a Coco y a Beau, a Célie y a Jean Luc. Demasiado bajita, demasiado liviana, era incapaz de abrirme paso entre la marea de gente. No lograba distinguir amigo de enemigo.

Solo la mano de Reid en la mía evitó que un *loup garou* me tirara otra vez al suelo.

Los árboles seguían creciendo. Derribaron torres y colapsaron arcos, hasta que la *Cathédral Saint-Cécile d’Cesarine* quedó reducida a escombros. Hasta que el bosque la reclamó.

Eso explicaba lo de las arañas.

Pero no tenía *sentido*. El bosque le pertenecía a *Claud*, no a Morgane. ¿Cómo había...?

Los árboles se han movilizado y nosotros iremos detrás para golpear duro y con contundencia.

Los árboles de alrededor del Château. Se me hizo un nudo en el estómago. Morgane había traído sus propios soldados.

Y no se detuvieron ahí. Ahora fracturaban la calle, sus ramas se enganchaban en pelo y en capas a medida que se estiraban hacia el cielo. La mujer que tenía al lado chilló cuando una enganchó su falda. Cuando la levantó más y más arriba, hasta que la tela se rompió. La rama dio un latigazo.

La mujer cayó en picado hacia la calle.

Mi magia corría de acá para allá. Aterrada, pugué por calmarla, por concentrarme, pero la mujer caía demasiado deprisa...

Apenas unos segundos antes de que impactara contra el suelo, el árbol pareció estremecerse. Miré, incrédula, mientras Claud Deveraux aparecía en escena. Silbaba una

melodía alegre. Y el mismísimo árbol *se doblaba*, crujiendo y gimiendo, y sus ramas se enroscaban para atrapar a la mujer en medio del aire. Para acunarla como en un abrazo macabro. Claud me guiñó un ojo.

—Qué curioso verte aquí, cielo. ¿Qué te pareció mi hermana?

Me atraganté con una carcajada mientras la mujer aullaba y se retorció para escapar del árbol, que había dejado de moverse.

—Creí... creí que no podías intervenir. —Y si no era así... —. ¿Dónde *has estado* todo este tiempo?

Chasqueó la lengua en ademán juguetón. Su mera presencia parecía actuar como un escudo; la presión de los cuerpos menguó a nuestro alrededor, se abrieron para dejar un hueco, como si todos supiesen por instinto que era mejor cambiar de dirección.

—Vamos, vamos, Louise —dijo Claud—, o pensaré que eres una egocéntrica. Aunque me duele admitir que tus amigos y tú os apañáis bastante bien sin mí. Y además tengo un reino entero del mundo natural que gobernar.

—Y una *mierda* nos apañamos. —Perpleja, ayudé a Reid a desenredar a la mujer del árbol. Egocéntrica. *Pfft*—. Pero *insisto*, creí que no podías...

—Oh, creíste bien, bombón. —Aunque Claud todavía sonreía, el aire a nuestro alrededor se cargó de un hedor a podrido. A putrefacción. Un puñado de hongos venenosos estalló a sus pies. El *loup garou* más cercano se hinchó de rabia, gruñía como si estuviese poseído y atacó con salvajismo renovado—. No estoy interviniendo. De hecho, estoy gobernando el mencionado reino mientras charlamos. —Al final, su sonrisa se oscureció y él se dio la vuelta para estudiar la calle. Sus ojos centellearon como los de un gato —. Y defendiéndolo de los intrusos.

Supe, sin preguntar, a quién estaba buscando.

Y Morgane me había llamado «ladrona» *a mí*.

—¿Cómo los controla? —Reid cedió un paso cuando la mujer le dio un empujón y corrió escaleras arriba, sin dejar de chillar como una histérica—. Los árboles, digo.

—Ellos también la quisieron una vez.

Con esas palabras intimidantes, el cuerpo de Claud casi duplicó su tamaño y se transformó por completo: unas enormes astas brotaron de su cabeza. Unas pezuñas hendidas desgarraron sus zapatos. Y los árboles... se inclinaron ante él a medida que subía por la calle como *Woodwose*, el ser de los bosques.

Su rey.

Su dios.

—¡Espera! —Hizo una pausa al oír mi grito, y arqueó una ceja mirando hacia atrás. El gesto pareció demasiado humano para sus facciones animalescas—. Mi madre —continué, tanto con anticipación como con miedo—. ¿Qué le vas a hacer?

Esos ojos amarillos parpadearon. Su voz retumbó profunda, como el rugido de un oso.

—Ha invadido mi reino. Mi ser la castigará.

La castigará.

Dio media vuelta y desapareció entre los árboles sin decir una palabra más. Demasiado tarde, me di cuenta de que debería de haberlo seguido. Había dejado poco lugar a dudas acerca de sus intenciones. Era un dios y ella se había aprovechado de él. Aunque él se lo había advertido, aunque la Triple Diosa en persona la había desposeído de su poder, ella no había escuchado. No se había rendido. Mi batalla se había convertido en la de ellos. Claud me conduciría directo hacia Morgane y, juntos, podríamos...

Reid tiró de mí en dirección contraria, hacia donde la muchedumbre era más densa.

—Tenemos que evacuar a esta gente.

—¿Qué? ¡No! —Negué con la cabeza, pero sin Claud aquí para protegernos la avalancha se reactivó—. No, tenemos que encontrar a Morgane...

—Mira a tu alrededor, Lou. —No se atrevió a soltar mi mano, ni siquiera cuando los más próximos a nosotros huyeron de una *Dame rouge* que había arrancado el corazón palpitante del pecho de un hombre. Aunque muchos de los presentes aporreaban los escaparates de las tiendas suplicando que los dejaran entrar. Los comerciantes trabaron las puertas. En ambos extremos de la calle, unas brujas de sangre habían rajado sus brazos. Allá donde su sangre se derramaba, unas enredaderas negras se retorcían hacia el cielo para formar un tupido seto. Una barricada—. Estas personas... No tienen escapatoria. Son *inocentes*. Ya oíste a Morgane. No parará hasta que todos estén muertos.

—Pero yo...

—Claud es un *dios*. Si está decidido a matar a Morgane, la matará. Nosotros tenemos que limitar las bajas.

Mi magia palpitó debajo de mi piel, me instaba a escuchar. A ir con él. Reid tenía razón. Sí. Por supuesto que tenía razón.

Con una última mirada de angustia hacia la espalda de Claud, asentí y esprintamos hacia el padre Achille y hacia Gabrielle, la hermana de Etienne, que había quedado atrapada en un círculo de enredaderas. Una bruja de sangre incitó a las zarzas a cerrarse aún más fuerte a su alrededor. Detrás de ellos, Célie se apresuraba a poner a salvo a Violette y a Victoire en la tienda más cercana, una *patisserie* dirigida por el mismísimo Johannes Pan.

Al oír los gritos de Gabrielle, el hombre salió a la calle con un rodillo de amasar. Gritaba y lo agitaba como un loco. Golpeó la cabeza de la bruja de sangre, y se oyó un crujido nauseabundo. Cuando la mujer se desplomó, sus espinas se

marchitaron y el padre Achille y Gaby pudieron desenredarse de ellas.

—¡Ven, ven! —apremió Pan a Gaby para que fuese con él, mientras Reid, Jean Luc y el padre Achille convergían.

Otras brujas hicieron lo mismo, con los ojos clavados en las tres niñas.

Parecía que seguían teniendo la intención de exterminar la línea Lyon, independientemente de Auguste.

Respiré hondo y escogí un patrón que relució y se expandió como una cubierta de plástico por encima de la *pâtisserie*. Esa misma protección existía sobre Château le Blanc, sobre la puerta de la sala del tesoro en el castillo. Era un pedazo de mi propia magia, un pedazo de todas las *Dames des Sorcières* que habían existido antes que yo. Cuando abandonó mi cuerpo, los patrones blancos se difuminaron. Solo un poquito. Mi conexión con ellos se debilitó. Un sacrificio que merecía la pena.

Nadie entraría en la *pâtisserie*, salvo aquellos a los que yo se lo permitiera. Tomé la mano de Gaby mientras pasaba al interior. La apreté con fuerza.

—Quédate dentro —le dije. Miré a Violette y a Victoire a los ojos. Las hermanas de Beau. Las medio hermanas de Reid—. Todos vosotros.

Aunque Gaby y Violette asintieron con vehemencia, no me gustó el porte testarudo de la barbilla de Victoire. Célie empujó a las tres dentro de la tienda antes de meter a una pareja histérica detrás de ellas.

—¡Cortad las barricadas! —El padre Achille señalaba hacia los setos de espinos. Un puñado de *chasseurs* luchaba por hacer retroceder a las brujas—. ¡Todo el que tenga una espada o un cuchillo!

—*No tenemos espadas* —gritó un hombre aterrado abriéndose paso hasta delante. Reid aprovechó para plantarle su Balisarda en la mano como respuesta.

—Ahora ya sí. *Ve.*

Cuando más hombres se adelantaron a empujones, con las manos estiradas, Reid sacó otro cuchillo de su bandolera. Y otro y otro, hasta que no le quedó ninguno.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, alarmada. Con voz sombría, Reid levantó las manos.

—Yo soy un arma.

Los hombres dieron media vuelta y volaron hacia las enredaderas, dando machetazos a las espinas con todas sus fuerzas.

Sin pausa, Reid apuntó hacia las tiendas cercanas y se volvió hacia Jean Luc.

—Derriba las puertas. Mete a esta gente en todos los edificios. Lou y yo iremos detrás para cerrarlos con un hechizo...

Se interrumpió cuando Philippe y una legión de cazadores atravesaron como un ariete la línea de brujas, masacrándolas con una eficiencia brutal. Las piernas de Philippe sangraban por múltiples mordeduras. Nos apuntó a Reid y a mí con su Balisarda.

—Matadlos —gruñó.

Levanté mi propio cuchillo y me puse delante de Reid. Ciertamente, éramos armas, nuestra magia era más afilada que cualquier hoja, pero solo como último recurso. Si algo me había enseñado Reid era a no cortarme a mí misma. Él tampoco lo haría. No obstante, antes de que pudiera golpear a Philippe, Jean Luc plantó los pies delante de nosotros dos. Para mi sorpresa, su puñado de *chasseurs* hizo lo mismo.

—No seas estúpido, Philippe. Esta gente no es nuestra enemiga.

A Philippe casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Son *brujas*.

—Nos están *ayudando* —espetó otro *chasseur*. No lo reconocí. Tampoco me importó—. Abre los ojos antes de que nos maten a todos. Es tu deber.

—Protege al reino —añadió el que estaba a su lado.

—Niños. —Achille se abrió paso a empujones entre ellos—. No tenemos tiempo para esto. Ni fuerzas para estar divididos. Todo el que tenga una Balisarda *debe* actuar contra nuestros atacantes.

—Tiene razón. —Reid asintió, mientras estudiaba la calle más allá. Los cazadores luchaban contra las brujas, luchaban contra los hombres lobo, mientras ambos bandos luchaban también entre sí. Reinaba el caos más absoluto—. *Chasseurs*, si no podéis matar, apuntad a las manos. Las *Dames blanches* no pueden lanzar hechizos con precisión sin ellas. Cortadlas por las muñecas; sin embargo, a las *Dames rouges* no las hagáis sangrar bajo ninguna circunstancia. A menos que las matéis, su sangre os mutilará.

—¿Cómo las distinguimos? —preguntó el primer *chasseur*.

—Las *Dames rouges* están llenas de cicatrices. Golpead deprisa y sed letales. Olvidaos de los hombres lobo y olvidaos de los árboles.

—¿*Olvidar* los...? —El rostro de Philippe se puso casi morado. Sacudió la cabeza adelante y atrás—. Ni hablar. *Chasseurs*, conmigo. No escuchéis a estos herejes. Yo soy vuestro capitán y *claro* que golpearemos deprisa y seremos letales. —Para demostrar lo que decía, incrustó su Balisarda en el corazón del árbol más cercano. El rugido de Claud reverberó desde alguna parte más allá de la catedral. Con una espantosa mueca de deleite, Philippe la clavó aún más hondo—. ¡Acabad con ellos! ¡Con todos ellos! ¡Árbol, hombre lobo o bruja!

—*No.* —Me abrí paso por al lado de Jean Luc mientras los cazadores de Philippe obedecían, alanceando a los árboles con una eficiencia brutal. Cientos de raíces brotaron del suelo como el restallar de un látigo, para atraparlos—. *No, parad...*

Sonaron unos gritos agónicos desde los setos y me giré para descubrir a las brujas empalando a los hombres con las ramas de espinas. *Mierda.*

Reid fue en su rescate sin vacilar. Sus manos volaron por los aires, buscaban, tiraban, y una magia renovada estalló a nuestro alrededor. Tres de las brujas gritaron en respuesta y los brazos de Reid se cubrieron de quemaduras nuevas. Pero no pudo salvar a los hombres. Sin Balisardas, todos los presentes eran vulnerables; incluso Reid.

La cuarta bruja cerró el puño y Reid se tambaleó tras llevarse una mano al pecho.

Mierda, mierda, mierda.

Mis pies se movieron por instinto. Le quité la Balisarda a un *chasseur* atrapado y esprinté hacia Reid. Tenía las venas abultadísimas, en el cuello, en la cara. Sus manos volaron por instinto hacia su bandolera en busca de un cuchillo. Solo encontró semillas. Las tiró a un lado y colapsó sobre manos y rodillas.

Lancé la Balisarda por los aires. Se clavó justo en la frente de la bruja.

Zenna se ocupó del resto. Sus mandíbulas chasquearon con violencia cuando hizo un vuelo rasante e incineró a la bruja y el seto de una tacada. Cuando las llamas menguaron, arranqué la Balisarda del cráneo de la bruja y se la planté en la mano a Reid.

—*Yo soy un arma.* —Resollando, imité su estúpida voz, y de mi garganta brotó una risa ahogada. No la reprimí, a pesar de las horribles circunstancias. A pesar de las brujas

calcinadas a nuestros pies. Jamás volvería a reprimir mi risa. No por ellos—. El mundo *temblará* y me *temerá*...

—Deja... de hablar —la voz del propio Reid se quebró con una carcajada.

Tiré de él para ponerlo en pie.

—Mis enemigos *lamentarán* el día en que osaron desafiarme...

—Estoy bien. —Sacudió la cabeza como para aclarársela—. Ve a ayudar a los otros.

—Ya lo hago. —Le planté un fuerte beso en los labios y lo empujé hacia la *patisserie*—. Los ayudo a ellos ayudándote a *ti*, capullo generoso y desprendido. Si vuelves a darle esa Balisarda a alguien, haré que te la tragues. Considera muerta la cortesía.

Soltó otra risa ronca mientras nos reincorporábamos a la refriega.

Los siguientes momentos pasaron en un revoltijo de magia y sangre. Obedeciendo órdenes de Reid, los cazadores que estaban libres se dedicaron a cortar manos de brujas, mientras que los atrapados por los árboles de Claud cercenaban raíces. El padre Achille condujo a un grupo de hombres y mujeres aún funcionales hasta la herrería más cercana en busca de armas. Los que no podían luchar siguieron a Célie hasta *boucheries* y *confiseries*, cualquier tienda que quisiera abrir sus puertas. Jean Luc y Reid abrieron las otras a patadas. Yo iba tras todos ellos e imbuía mi magia a las cerraduras.

Las brujas no se arredraban. Sentí cómo atacaban cada puerta, cada ventana, sus patrones siseaban y golpeaban como serpientes contra mi magia. Se burlaban de los refugiados en el interior, se burlaban *de mí*: susurraban las maneras en las que los matarían. Reid y Jean Luc avanzaron a machetazos entre ellas y dejaron un reguero de cuerpos a su paso.

A media calle, Reid se dio cuenta de lo pálida que estaba y frunció el ceño. Yo me limité a encogerme de hombros y continué adelante. No importaba. Había menos aliados que enemigos tirados por el suelo. Aunque Zenna no podía respirar fuego con libertad (no sin asarnos a todos en el proceso), sacó a bruja tras bruja de las calles. Cuando arrinconaron a Coco y a Toulouse en una esquina, ella los liberó. Cuando persiguieron a Beau y a Thierry, el primero llamando a Coco a pleno pulmón, Seraphine las cortó desde lo alto. Nos habíamos preparado para esto. Blaise y su manada, Troupe de Fortune, incluso Jean Luc y sus *chasseurs*... por todas partes a nuestro alrededor se estaban cobrando su venganza. Liana y Terrance separaban a mordiscos las manos de las muñecas, mientras Toulouse y Thierry inyectaban a un trío de brujas con cicuta.

Aun así, una inquietud abrumadora reptó por mi columna. Casi me paralizó.

Morgane había desaparecido sin dejar rastro.

A medida que la batalla se extendía por las calles, yo me dediqué a buscarla. También a Claud. Cualquier indicio de cuernos o de pelo como rayo de luna. Claud podía haber acabado ya con ella, pero por alguna extraña razón lo dudaba. El ambiente de la ciudad seguía siendo desagradable, con hedor a magia y a putrefacción. En los puntos donde las Balisardas habían apuñalado los árboles, una savia oscura lloraba como sangre. Los hongos trepaban por las puertas de las casas, del propio castillo. La atmósfera entera parecía cargada. *Enfadada*. Y continuaba empeorando.

Más de una vez, hubiera jurado que oí la risa de Morgane. Mi inquietud se incrementó hasta convertirse en miedo.

Reid, por su parte, se había apoderado de tres Balisardas (de dónde, no podía saberlo) para Gaby, Violette y Victoire,

que asomaban cada pocos minutos, bufando y escupiendo y ensangrentadas, en persecución de aquellos que las perseguían a ellas. Reid y Beau habían explotado, casi apopléjicos de rabia, la tercera vez.

—¡Están intentando *mataros*! —Beau había abierto de par en par el *Soleil et Lune* y las había empujado adentro—. Juro por Dios que os ataré a esas sillas.

—También intentan mataros *a vosotros* —había escupido Victoire mientras Reid cerraba de un portazo. La niña había aporreado la puerta—. ¡Dejadnos salir! ¡Dejadnos luchar!

Otra carcajada llegó flotando con el viento. Giré en redondo. Buscando. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca. Esa vez no me lo había imaginado. Había sonado bastante cerca como para tocarla. Como prueba de lo que pensaba, Reid frunció el ceño en dirección a la puerta del teatro.

—¿Qué ha sido eso?

—Encerradlas.

—¿Qué? —Sus ojos volaron hacia los míos. Percibió mi determinación y dio un paso hacia mí, pero Victoire abrió la puerta de un tirón una vez más. Reid vaciló—. Lou, ¿qué estás...? ¿Adónde *vas*?

No respondí; corría ya calle abajo haciendo caso omiso de sus gritos. No importaba cuántas veces intercediera Beau, ni a cuánta gente pusiera a salvo Reid. Nadie estaba a salvo ahí; en realidad, no. No con Morgane todavía moviendo los hilos. Cada movimiento que había hecho había sido siempre calculado. Esta noche no era diferente. Había *sabido* que Claud y Zenna se unirían a nosotros; también había sabido lo de los *loup garous*... y ella seguramente hubiese adoptado alguna medida ofensiva. Las brujas seguirían llegando. No pararían hasta que terminaran esto; destruirían a la Corona, a la Iglesia, a sus

perseguidores, por fin. Pero las brujas solas no podían acabar con un dragón. No podían matar a un *dios*.

No, estas brujas eran la defensa, no el ataque.

Y, sin ninguna duda, esto era una trampa.

—¿Dónde estás? —Me colé por una calle lateral, en pos de un destello de pelo color rayo de luna un poco más allá. La voz de Reid se perdió a mi espalda—. Creía que no querías jugar ya más. Vamos, sal. Sal ya y enfréntate a mí, *maman*. Eso es lo que quieres, ¿no? Solas las dos.

Otra calle. Otra más. Agarré mi daga con una mano, los patrones blancos se enroscaban y retorcían entre adoquines, cubos de basura, puertas y ventanas rotas, huertos. Volvió a reírse. Cuando corrí tras el sonido e irrumpí en el parque Brindelle, una mano salió de la nada para tomar la mía.

A punto estuve de apuñalar a Manon en un ojo.

—No está aquí, Louise. —Hablaba en voz baja, sin mirarme a los ojos, mientras los suyos saltaban de acá para allá. Dos cortes gemelos discurrían por sus mejillas y, aunque uno sangraba con profusión, fresco, el otro parecía más viejo. Le había empezado a salir costra. Retrocedió, retiró su mano sudorosa de la mía y se fundió entre las sombras—. Debes volver atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar con nuestras *hermanas*?

Dudó al oír el tono amargo de mi voz.

—Hablas como si tuviésemos elección —dijo, en voz aún más baja.

—¿Dónde está? Dímelo, Manon.

—Nos matará. —Cuando rozó la herida a medio curar con las yemas de los dedos, lo entendí. Aunque Manon no había revelado nuestra identidad a Morgane, *había dejado escapar* a unos ladrones. Manon dio otro paso atrás y se tocó la otra

mejilla. La que tenía sangre fresca—. O lo harán vuestros cazadores.

Se me cayó el alma a los pies. Consciente de cada paso, cada sonido, fui tras ella y le tendí una mano. Un salvavidas.

—Ven conmigo. No dejaré que nadie te haga daño.

Manon se limitó a negar con la cabeza.

—El dragón caerá, pero aun así nos superan en número. Morgane lo sabe. No le permitas manipular...

Una rama crujió a nuestra espalda. Di un salto, cortando el aire por detrás con mi cuchillo, pero la voz de Coco brotó como un grito. Levantó las manos a toda prisa.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! ¿Qué ocurre? Te vi pasar a toda velocidad hace unos momentos. ¿Es Reid? ¿Es *Beau*? Les perdí la pista y...

—Los dos están bien. —Me agarré el pecho con un alivio traicionero—. Es Manon. Ha dicho... ha dicho que...

Pero cuando me giré para mirarla una vez más, ya no estaba. Había desaparecido.

Y en su lugar estaban Josephine y Nicholina.

CAPÍTULO 15

CUANDO INTERVIENE UN DIOS



Lou

Sucedió demasiado deprisa como para impedirlo. Con un gruñido, Coco tiró de mí detrás de un árbol y se cortó el brazo en el mismo movimiento. En el instante en que mi espalda tocó el tronco, registré dos cosas: primero, una sustancia caliente y mojada cubría la corteza, mezclada con ortigas urticantes, y segundo, derritió mi armadura al instante.

Después vino el dolor. Un dolor *violento*.

Se incrustó en mis extremidades al tiempo que unas ramas con filos como sierras se clavaron en mis manos y mis pies y me levantaron por los aires como Jesús en la cruz. Aunque traté de gritar para llamar a Claud, a Zenna, a *quien fuere*, unas espinas cruzaron mi boca. Me laceraron los labios, las mejillas, me asfixiaron con sus puntas envenenadas. Impotente, me debatí y forcejeé, pero los pinchos y las espinas solo se clavaron más hondo.

Coco alargó los brazos hacia mí horrorizada, pero Nicholina se abalanzó sobre ella. Se echó a reír cuando Coco le salpicó la cara con sangre, y luego le dio a Coco un puñetazo en las costillas. No. *A través* de las costillas. Directamente hacia su corazón. Coco se atragantó con una

exclamación y arañó la muñeca de Nicholina, con los ojos muy abiertos pero sin ver nada.

Cuando Nicholina apretó, Coco se quedó aterradoramente quieta.

—Nicholina. —La voz grave de Josephine cortó a través de la noche—. Basta.

Nicholina miró hacia atrás, a su señora. Su risa se diluyó. Se miraron a los ojos durante un segundo de más antes de que Nicholina, a regañadientes, sacara la mano de la cavidad torácica de Coco. Los ojos de esta se voltearon hacia atrás y se desplomó al suelo, inconsciente.

—Mala —musitó Nicholina.

Josephine no reaccionó. Se limitó a mirarme. Luego, ya no impasible, levantó la barbilla.

—Tráeme su corazón —fueron sus gélidas palabras.

Si Nicholina vaciló, si una sombra cruzó su expresión, el movimiento fue casi indiscernible. No pude hacer nada más que observar, delirante de dolor, cuando dio un paso hacia mí. Dos. Tres. Mi corazón palpitaba como un salvaje, bombeando más sangre de Josephine por mis venas. Más veneno. No pensaba cerrar los ojos. Nicholina vería su reflejo en lo más profundo. Vería el monstruo en el que se había convertido, esta perversión de la persona que una vez había sido: sus propios rasgos, los rasgos de *su hijo*, retorcidos en algo enfermo y equivocado. Cuatro pasos ya. La sangre de Coco todavía goteaba de su mano. Chamuscaba la piel a su alrededor.

Ella la ignoró.

Al quinto paso, sin embargo, sus ojos se deslizaron hacia el Doleur. Serpenteaba detrás de nosotras a través de la ciudad, el río en el que el arzobispo había estado a punto de ahogarse, en el que Reid y yo habíamos pronunciado nuestros votos. Josephine siguió la dirección de su mirada,

le hizo una mueca a algo que yo no veía. Agucé el oído, pero el rugido mortecino del agua no reveló nada.

—Hazlo —se apresuró a decir Josephine—. Hazlo *ahora*.

Aunque Nicholina se movió con una urgencia renovada, todo su cuerpo se estremeció con el siguiente paso. Su pie dio una sacudida. Resbaló y cayó de rodillas en un movimiento muy poco elegante. La confusión desfiguró su espantosa cara. Confusión y... *pánico*. Apretó los dientes y pugnó por levantarse mientras sus músculos sufrían espasmos. Como si se hubiesen rebelado contra ella.

No aparté los ojos de ella. Apenas me atrevía a albergar esperanzas.

—Malos, desobedientes. —Cada palabra brotaba de su interior con una brusca exhalación, como si estuviera sufriendo un dolor terrible. Su cuerpo entero se arqueó. Aun así, se arrastró hacia delante, sus uñas desgarraron la tierra —. Taimados... *raton... citos*.

—Inútil. —Con un labio retorcido en un ademán asqueado, Josephine vino hacia mí. Le dio a Nicholina una patada en las costillas al pasar. Fuerte—. Lo haré yo misma.

Nicholina levantó la cabeza, con una cara atterradoramente inexpresiva.

En mi primer día en Cesarine, un perro vagabundo había llegado por casualidad a la basura donde me había escondido. Tiritando y solo, su única posesión había sido un hueso. Contemplé cómo una niña cruel se lo había robado y luego le había pegado con él hasta que el perro se revolvió y le lanzó una dentellada a la mano. Más tarde ese mismo día, después de que la niña saliera corriendo, llorando y sangrando, un hombre había acariciado la cabeza del perro al pasar y le había dado un poco de *calisson*. El perro lo había seguido a casa.

Como un perro vagabundo en la basura, Nicholina se revolvió y clavó las uñas en la pantorrilla de su señora.

Josephine dio un respingo, sobresaltada, con los ojos entornados por la incredulidad. Luego los abrió mucho, de rabia. Con un gruñido salvaje, se agachó para agarrar el pelo de Nicholina, tiró de su ayudante hacia arriba y le hundió los dientes bien profundo en la garganta. La bilis bulló en la mía cuando esos dientes chasquearon y masticaron, devorándola con ansia, mientras Nicholina pateaba impotente. Sus gritos terminaron en un borboteo.

Josephine le había arrancado las cuerdas vocales.

Pero ni siquiera entonces paró. Bebió y bebió hasta que las manos de Nicholina quedaron laxas, y sus pies, inertes. Bebió hasta que sonó un chapoteo a nuestra espalda, acompañado de agudas ondulaciones. Gritos de guerra. Cuando la primera mujer desnuda pasó corriendo a nuestro lado, con el pelo plateado ondulando y su tridente lanzando destellos, jamás pensé que estaría tan agradecida de ver el trasero de Elvire.

Josephine dejó caer el cuerpo de Nicholina al tiempo que giraba en redondo, con los ojos abiertos como platos. Aún caía sangre de su boca, pero agarró el tridente de Elvire antes de que conectara con su cráneo. Aurélien derribó mi árbol con un único golpe de su garrote. Me recogió con una ternura sorprendente, mientras Lasimonne se dejaba caer de rodillas a nuestro lado.

—Mi señora manda saludos —retumbó—. Perdóname. Esto va a doler.

Extrajo las púas de mi boca, retiró las espinas de mis manos y pies, mientras Olympienne, Leopoldine y Sabatay caían sobre Josephine. Docenas más pasaron a la carrera para encontrar presas entre los árboles: las brujas de sangre que se habían reunido para ser testigos de mi ejecución.

Mientras tosía y echaba flemas, Aurélien y Lasimonne me arrastraron lejos del peligro.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el primero—. ¿Cómo podemos curarte?

—No podéis hacer nada, a menos que ocultéis un antídoto contra el veneno en vuestro... no bolsillo. —Tosí a media carcajada, mientras acunaba mis manos en mi regazo. Me apoyaron contra otro árbol. Este, por suerte, sin sangre alguna—. Marchaos. Mi cuerpo se curará.

Solo que despacio.

No necesitaron que los convenciera. Con dos reverencias impecables, se adentraron en la reyerta una vez más. Intenté respirar, aferrarme a mi magia. Ella había purgado la cicuta de mi cuerpo. También limpiaría la sangre de Josephine. Aunque los patrones brillaban más apagados que antes, estirados demasiado lejos y demasiado finos por la ciudad, los árboles de Brindelle me ayudaron. Incluso en esas circunstancias, el poder de este bosquecillo sagrado fluyó a través de mí, profundizó mis conexiones. Restauró mi equilibrio.

Solo necesitaba tiempo.

Con un pánico repentino, me acordé de Coco.

Intenté ponerme de pie, pero no pude, así que la busqué con la mirada entre el caos, entre las brujas de sangre y las melusinas que zigzagueaban entre las sombras de los árboles. La encontré sentada entre las raíces de otro arbolillo. Detrás de ella, Angélica la ayudó a incorporarse.

Solté un tembloroso suspiro de alivio... hasta que las dos se volvieron hacia Josephine.

Luchaba con sangre y cuchillo. Lanzaba puñaladas y cuchilladas hacia las melusinas con una fuerza y una velocidad sobrenaturales. Si la sangre de estas últimas no se derramaba, lo hacía la de Josephine. La salpicaba hacia sus ojos, orejas, narices e ingles. Cada parte vulnerable en sus cuerpos humanos. Cuando Elvire cayó hacia atrás y se

enredó con las espinas negras de otra bruja, Angélica la liberó a machetazos con la misma destreza.

Josephine hizo una mueca de rabia.

Negando con la cabeza, Angélica limpió la savia del espino de su hoja, la limpió sobre su vestido. Llevaba vestido.

—Has elegido el bando equivocado, hermana.

—Al menos he elegido un bando. —Josephine no se amedrentó cuando Angélica fue hacia ella. Coco la siguió a hurtadillas, con los ojos muy abiertos y ansiosos. Intenté levantarme otra vez—. Llevas demasiado tiempo hablando de lo correcto y lo incorrecto, del bien y del mal, de conceptos fáciles que no existen. En realidad, no. —Empezó a caminar alrededor de Angélica, que hizo un gesto con la mano para detener el avance de Elvire—. Solo hay búsqueda, querida hermana. De sabiduría. De poder. De *vida*. Pero a ti siempre te ha dado miedo vivir, ¿verdad? Ansiabas tener poder, pero aun así traicionaste a tu propia gente. Buscabas amor y afecto, y aun así abandonaste a tu hija. Incluso ahora ansías la libertad, pero permaneces atrapada bajo el mar. Eres *cobarde*. —Escupió la palabra y continuó andando, acechante.

Angélica giró con ella; así mantenía a Coco detrás de su espalda.

—Qué tonta eres —susurró.

—¿Yo soy la tonta? ¿Cómo imaginas que va a terminar esto, hermana? —La boca de Josephine se retorció mientras gesticulaba de una a otra—. ¿Seguimos fingiendo? ¿Te cortas a ti misma para cortarme a mí? Las dos sabemos que la cosa no puede ir más allá. Una no puede vivir sin la otra. Yo no puedo matarte y tú no puedes matarme.

—Estás equivocada.

Los ojos de Josephine se entornaron al oírla.

—Creo que no.

—Todos debemos desempeñar nuestro papel. —Angélica entrelazó sus dedos con los de Coco, miró atrás y le dio un apretón—. Para que surja un nuevo régimen.

Josephine miró a una y a otra. Quizá fue la forma en que Coco sacudió la cabeza, las lágrimas en sus ojos, o quizá la profunda aceptación en la sonrisa de Angélica. La manera en que tocó el medallón de Coco y susurró:

—Llévalo siempre.

Fuese cual fuere la razón, dio un paso atrás. Después otro. De hecho, cuando Angélica se volvió hacia ella de nuevo, avanzando despacio, cuchillo en mano, Josephine abandonó todo intento de fingir. Dio media vuelta y huyó.

Nicholina la agarró por el tobillo.

Sin que nadie la viese, se había arrastrado hacia delante con el cuello hecho trizas, cada respiración era un sonido mojado y hueco. Su piel estaba gris, más allá de la palidez. Como la de un cadáver. Incluso en esos momentos, tenía que hacer un esfuerzo supremo por mantener los ojos abiertos mientras su vida se le escapaba.

No la soltó.

Consternada, Josephine trató de liberarse a patadas, pero resbaló con la sangre de Nicholina y cayó al suelo como un fardo. El movimiento le costó caro. Nicholina hizo acopio de sus últimos resquicios de fuerza y trepó por su pierna mientras Angélica avanzaba.

—Quítate de *encima*, repugnante... —Aunque Josephine se arrastró pataleando hacia atrás, no logró deshacerse de su ayudante.

—Se... ñora... —gorjeó Nicholina.

Los ojos de Josephine se abrieron como platos. Había verdadero pánico en ellos ahora. Se giró e intentó ponerse en pie, pero Nicholina se aferró a ella y le atrapó las piernas. Angélica acechaba justo detrás. Cuando Josephine volvió a estrellarse contra el suelo, retorciéndose y gruñendo,

Angélica se arrodilló a su lado y deslizó su cuchillo limpiamente a través del cuello de su hermana.

Justo en la base del cráneo.

Las tres murieron juntas.

No fue poético. No fue grandioso ni heroico ni crucial, como uno hubiese podido esperar. Los cielos no se abrieron y la tierra no se las tragó enteras. Estas tres mujeres, las más viejas y poderosas del mundo, murieron igual que cualquier otro: con los ojos abiertos y las extremidades frías.

Coco apartó a su madre del resto mientras intentaba contener las lágrimas. Ajena a la batalla que seguía arremolinando a su alrededor.

Me tambaleé hasta llegar a su lado. Cuando me vio, exclamó mi nombre y lanzó los brazos a mi alrededor.

—¿Estás bien? —Se echó atrás para mirarme, frenética. Se secó las lágrimas y me tocó la cara—. Oh, Dios mío. Ven... deja que... deja que te cure...

—Ahorra fuerzas. Ya me estoy curando.

Sus ojos bajaron otra vez hacia su madre.

—Tenemos que terminar esto, Lou.

Despacio, me arrodillé y cerré los ojos de todas, una a una. Incluso los de Nicholina. Incluso los de Josephine.

—Y lo haremos.

Coco me ayudó a tenerme en pie mientras renqueamos entre los árboles y hasta la calle. Para sorpresa de Coco, y menos para la mía, un puñado de brujas de sangre dejaron de luchar cuando reconocieron el cadáver de Josephine en el suelo. Algunas se arrodillaron a su lado. Otras huyeron. Y aun otras miraron a Coco como perdidas, como un reflejo de su propia expresión perpleja. Ante la repentina retirada de las brujas de sangre, las melusinas siguieron su camino en pos del sonido de gritos y acero.

Claud, todavía en forma de ser de los bosques, asomó atronador por la esquina, en el otro extremo de la calle.

Cuando nos vio, aceleró el paso y levantó la voz.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Qué ha sucedido? Oí vuestra llamada...

Algo se movió demasiado deprisa detrás de nosotras.

Un destello blanco. Pelo como rayo de luna.

—¡CUIDADO! —El inesperado chillido de Célie estuvo a punto de desgarrar el cielo, pero llegó demasiado tarde. No pudimos evitarlo. Paralizadas por el miedo, nos quedamos clavadas en el sitio cuando Morgane se alzó para encararse con nosotras. Cuando levantó su mano para clavar una daga en mi corazón. Cuando Claud nos hizo salir volando hacia atrás y los labios de mi madre se curvaron en una sonrisa macabra.

—Oh, no. —Su risa fantasmagórica reverberó por el bosquecillo—. Oh, no, no, no. —El suelo bajo nuestros pies empezó a temblar—. Parece que has incumplido las reglas, cariño. —Se giró y negó con la cabeza—. Reglas muy antiguas.

Me di cuenta de lo ocurrido con una sensación enfermiza.

—Ha intervenido —dije con un susurro.

Al unísono, Coco y yo nos volvimos hacia Claud, que estaba solo en medio de la calle; su rostro era una máscara de serenidad. Los adoquines se agrietaron y se fisuraron a su alrededor. La tierra tembló. Nos miró directo a los ojos.

—Corred.

CAPÍTULO 52

EL ABISMO



Reid

—¿Tú *correrías*? —Incrédulo, miré hacia atrás a Beau, que iba un poco rezagado. Se agarraba las costillas con una mano y, a cada paso que daba, casi se empalaba con su Balisarda.

Se la había robado a Philippe.

No nos habíamos molestado en liberarlo.

—Corre *tú*. —Jadeando, hizo un gesto a su alrededor, a la calle vacía, con la otra mano. En ella sujetaba otro cuchillo —. Maldita sea, no puedo *respirar* y, por si no te habías dado cuenta, ¡no queda nadie aquí!

Puse cara de pocos amigos y seguí adelante.

La verdad era que Beau tenía cierta razón.

Esta calle, esa calle, todas las calles por las que habíamos pasado en el último cuarto de hora, habían estado prácticamente desiertas. Habíamos logrado encerrar a la mayoría de los viandantes en sus casas, o dentro de las tiendas. Dentro de cualquier edificio que hubiéramos podido fortificar. El padre Achille y Johannes Pan habían convertido la *boucherie* de al lado en una enfermería, donde trataban a los heridos y reunían a los muertos.

Las brujas se habían... retirado.

Había sucedido despacio. De manera casi imperceptible. En un momento luchábamos contra decenas de ellas. Demasiadas para contarlas. Hombres lobo y cazadores, hombres y mujeres, incluso melusinas que habían surgido del Doleur como serpientes marinas, habían luchado con uñas y dientes para contenerlas. Sin embargo, a medida que la hora progresaba, todas ellas se habían ido retirando con disimulo, de una en una. Se nos habían escapado entre los dedos. Como si respondieran a una llamada silenciosa.

Mi propia respiración empezaba a acelerarse a cada paso que daba. No podían simplemente haberse *esfumado*.

—Tenemos que encontrarlas —dije, con la voz endurecida por la determinación.

—*Tenemos* que encontrar a nuestras malditas hermanas pequeñas. —Beau agitó el cuchillo en mi dirección para que me detuviera. Se dobló por la cintura y se agarró las rodillas. Fruncí el ceño pero volví a por él y lo obligué a seguir adelante. Las encontraríamos. Si no, nos reagruparíamos con Lou y Coco, con el padre Achille y Jean Luc y Célie, y planearíamos otra estrategia.

Sin embargo, doblamos la esquina y la posibilidad de armar un *plan* saltó por los aires.

Al final de la calle, había una horda de brujas reunida entre las sombras.

Beau bufó cuando lo empujé detrás de un cubo de basura, aunque no sirvió de nada... Docenas de cabezas se giraron en nuestra dirección. Solté un gran suspiro de resignación. Despacio, me puse en pie. Beau hizo lo mismo con una maldición.

—¿Has oído hablar alguna vez de apariciones?

—Cállate.

—Cállate *tú*. —Levantó su Balisarda y el cuchillo, con los nudillos blancos, cuando tres brujas salieron del grupo. Las otras volvieron a fijar su atención en el centro del grupo. En

algo que... traqueteaba. Entorné los ojos y me acerqué un poco—. De hecho, no te calles. Me encantaría oír el siguiente paso de tu plan de *vayamos a encontrar a las brujas sedientas de sangre...*

Un tintineo de metal. Gruesos eslabones.

Una cadena.

Fruncí el ceño cuando las tres brujas se movieron hombro con hombro. Me bloqueaban la vista. Era una cadena. Una *cadena* antigua y oxidada. Por lo poco que había visto, parecía bastante larga como para rodear medio Cesarine. Bastante ancha también. Un recuerdo se me apareció en el subconsciente, medio registrado. Ya había visto esa cadena. En la sala del tesoro de Château le Blanc.

—Hola, principitos —saludó la bruja del medio con voz melosa.

Con gran sorpresa, reconocí su rostro ambarino. De Modraniht. Parecía que hubieran pasado años.

—Elaina.

—No. —Beau hizo una mueca cuando se detuvieron delante de nosotros. Idéntico pelo negro, idénticas narices estrechas. Labios carnosos. Se retorcieron con idéntica amenaza—. Esa es Elinor. Reconocería esa aura de desdén en cualquier parte. —Señaló sus dientes con un dedo y esbozó una sonrisa arrebatadora—. ¿Me recuerdas ahora, encanto? ¿Ves la oportunidad que te perdiste?

—Oh, claro que te recuerdo, *Burke*. Me hiciste quedar como una imbécil delante del aquelarre entero.

—Ya no importa —dijo su hermana, Elaina o bien Elodie.

—Llevamos toda la noche buscándoos —terminó la otra—. Gracias por ponérselo fácil.

Aunque las tres doblaron los dedos al mismo tiempo, no ocurrió nada. No se alzó ningún patrón para atacar. Beau meneó su Balisarda en su dirección. Sonreía de nuevo.

—¿Pasa algo?

Elinor le enseñó los dientes.

—Pregúntaselo a tu hermana.

—¿Qué signif...?

Atacaron antes de que pudiese terminar. Sacaron cuchillos de sus mangas y se abalanzaron sobre nosotros. Elaina y Elodie, contra mí. Elinor, contra él. Aunque rápidas, aunque furiosas, estaba claro que las hermanas no habían entrenado para el combate físico sin magia. Con malas vibraciones tras esas escalofriantes últimas palabras, despaché a la primera de ellas a toda velocidad mientras Beau se enfrentaba a Elinor en un combate igualado. La sangre de su hermana todavía goteaba de mi hoja cuando me giré para encararme con Elodie.

El suelo tembló bajo nuestros pies.

Me tambaleé por el movimiento y bajé la vista incrédulo. Los adoquines se estaban haciendo añicos. Por todas partes a nuestro alrededor, se agrietaban los cimientos. La calle estaba ya cubierta de tejas. Y Zenna, desde algún lugar allá arriba, dejó escapar un poderoso rugido. Las brujas del grupo se pusieron tensas, y renovaron sus esfuerzos de manera apresurada. La mitad había trepado por los canalones para extender la cadena tensa entre los tejados, como un cable. La magia lo impregnaba todo.

No lograba encontrar el sentido. No podía pensar. El suelo no paraba de temblar. Al percibir mi distracción, la hermana cortó con su cuchillo hacia abajo con una fuerza brutal. Aunque retrocedí, aunque levanté mi propio cuchillo para bloquear el ataque, otro cuchillo pasó zumbando por delante de mi cara, tan cerca que sentí su calor sobre mi mejilla, y se incrustó en el pecho de la hermana.

Con un gritito de sorpresa, cayó de rodillas, resbaló de lado y ya no se movió más.

Detrás de nosotros, Beau se alzaba triunfante. Elinor había quedado inmóvil a sus pies.

—¿Has *visto* eso? —Aunque agitó su Balisarda hacia el cuerpo de la vengativa bruja, apartó la mirada enseguida. Tragó saliva con esfuerzo—. Te he salvado la vida.

Bloqueé su vista de los cadáveres. Le di un golpe en el hombro con el mío. Lo obligué a dar la vuelta.

—También me prendiste fuego.

—Quizá podrías conjurar un poco para el resto de est...

Con otro rugido atronador, Zenna apareció de pronto. La imagen de sus alas recortadas contra el cielo, de sus llamas incandescentes, me robó la respiración de la garganta. Y recordé. Un escenario iluminado por antorchas. Una capa estrellada. Y Zenna... Zenna que relataba una leyenda conmovedora de dragón y doncella.

Una cadena mágica debieron usar para en el aire al dragón apresar.

Y cuando Tarasque bajó en espiral, el padre de la chica derribó al animal.

Con Seraphine encaramada sobre su lomo Zenna voló bajo, demasiado bajo. Escudriñaba las calles en busca de desconocidos. Cuando nos vio, bajó aún más. No vio la cadena hasta que fue demasiado tarde.

—¡Espera! ¡No, PARA!

Al verme agitar los brazos a la desesperada viró para remontar el vuelo, pero una de sus patas se enganchó en los eslabones. La cadena se movió por voluntad propia y se enroscó a toda velocidad en torno a su pierna, por su grupa. Con un bramido iracundo, empezó a caer, y al hacerlo, su pata... se transformó en una pierna humana. De un modo horripilante. Cuando se estrelló contra el suelo, las brujas se abalanzaron sobre ella como hormigas. El impacto lanzó a Seraphine por los aires a una velocidad aterradora. Colisionó contra los cubos de basura más próximos a nosotros.

—Oh, Dios mío —exclamó Beau—. Oh, Dios mío; oh, Dios mío; oh, *Dios mío*.

Los rugidos de Zenna se convirtieron en gritos cuando Seraphine pugnó por moverse. Corrí hacia ella, apartando los cubos de basura a patadas.

—Seraphine...

Apartó mis manos con una fuerza sorprendente.

—*Marchaos*. —Aunque Beau intentó levantarla a pulso, también se lo quitó de encima, al tiempo que desenvainaba otra espada que llevaba a la espalda. Hizo columpiar ambas con una destreza asombrosa—. Encontrad a Claud y a los otros. Encontrad a Lou. Él *intervino*.

—¿Qué? —preguntó Beau, perplejo.

Mis ojos volaron hacia Zenna, a quien las brujas habían amarrado y azotado con la cadena. Ya se había transformado del todo. Humana de nuevo. Vulnerable.

—Deja que ayudemos...

—No soy ninguna damisela. —Se levantó de un salto, nos apartó de un empujón y echó a correr hacia su compañera—. Encontrad a Claud. Dejadme a Zenna a mí.

El suelo cabeceó con fuerza en respuesta y no nos quedó otra opción.

Esprintamos calle arriba.

—¿Adónde *vamos*? —Aunque el grito de Beau atravesó mis sentidos, lo ignoré y apreté el paso. Más deprisa. La sangre rugía en mis oídos a medida que seguíamos la fisura, todo el camino a través del West End, por delante de la casa de los Tremblay, hasta parar derrapando en el límite del parque Brindelle. Rodeados de edificios en ruinas. De brujas y melusinas desperdigadas por igual.

Claud estaba en medio de la calle, completa y cuidadosamente quieto. Miraba a los larguiruchos árboles de Brindelle.

Miraba a Coco y a Lou.

La fisura discurría justo entre ellas, cada vez más ancha. Las obligó a separarse de un salto.

—¡LOU! —Su nombre desgarró mi garganta, pero lo grité aún más alto. Lo grité como un demente. Cuando levantó la cara y sus ojos se cruzaron con los míos, un frío puño de miedo me atenazó el corazón. Aunque intenté echar mano de un patrón dorado, ninguno hubiese podido evitar esto. Ninguno hubiese podido pararlo. Ella lo intentó de todos modos. Proyectó ambas manos hacia el suelo, con todo el cuerpo en tensión. Temblando. El penetrante olor de la magia explotó por encima de la hierba, las rocas, los árboles, más fuerte que nunca, pero esta fisura era más fuerte, más profunda, *más vieja*, incluso, que *la Dame des Sorcières*.

Juntos, impotentes, observamos cómo la tierra se desgarraba por completo.

Cómo Claud caía como una piedra hacia sus profundidades sin decir ni una palabra.

Cómo la fisura siguió creciendo, se siguió *ensanchando*, hasta que el parque Brindelle y la mitad de la *ciudad* entera se fracturaban del resto, separados por un abismo descomunal. Y siguió creciendo. La voz de Coco subió de tono para unirse a la mía, y tomó carrerilla, preparada para dar un salto imposible...

Beau la agarró de la camisa en el último segundo. Tiró de ella hacia sí.

—¿Estás *loca*?

—*¡Suéltame!* —Coco lo golpeó en el pecho, le dio pisotones en los pies, se giró para darle un violento codazo. Solo entonces la soltó Beau con un gemido ahogado.

—¡Por favor, Coco, *no lo...*!

Pero esta vez no saltó. En lugar de eso se lanzó de cabeza hacia el borde del abismo y cerró las manos en torno a la muñeca de una bruja de sangre. De otra. Gritando, se

quedaron ahí colgadas, impotentes. Sus uñas arañaban la piedra, la piel de Coco. Al darse cuenta de lo que pretendía, Beau corrió a ayudar, y juntos tiraron de las brujas hasta un lugar seguro. Se desplomaron todos en un solo montón.

Cuando el polvo se asentó, Beau, Coco y yo estábamos a un lado del abismo.

Lou y Célie, aferradas una a la otra.

Detrás de ellas se alzaba Morgane le Blanc.

CAPÍTULO 53

COMO EMPEZAMOS



Lou

El horror en la cara de Reid, ese *terror* absoluto, era una imagen que no olvidaría jamás. Aunque caminaba furioso de un lado al otro del borde del abismo, en busca del más estrecho de los salientes, en busca de un patrón, de un *milagro*. Era mejor así. De verdad. Así, pasase lo que pasare ahora, la cosa sería entre mi madre y yo.

Justo como habíamos empezado.

En línea con mis pensamientos, Morgane agitó su mano en un estallido de magia y Célie salió volando por los aires para estrellarse contra un árbol de Brindelle. Dos brujas de sangre que habían estado ahí atrapadas bajaron a por ella, para... no. La esperanza ardió salvaje y brillante en mi corazón. Iban a *ayudarla*. La estaban ayudando. En esa décima de segundo pensé en Manon, en Ismay, o en *Dame blanche* y *Dame rouge* que habían sido dañadas por igual a causa del odio de Morgane. Que se habían sentido atrapadas entre Iglesia y aquelarre. Que habían vivido con un miedo tan debilitante como el mío.

La esperanza no es la enfermedad. Es la cura.

De entre todas las personas posibles había sido Célie, por supuesto, la que había encontrado a Morgane. La que la había seguido con sigilo mientras recorría la ciudad. Mi

madre jamás lo hubiese sospechado. Jamás hubiese creído que a una muñeca de porcelana tan bonita pudieran crecerle dientes. Sin embargo, si pensaba que Célie se iba a venir abajo, si creía que lo haría *yo*, sería el último error de su vida.

Esta vez, no dudaría.

—¡Lou! ¡LOU! ¡*Célie!*

Reid, Coco, Beau, Jean Luc... todos gritaban nuestros nombres con frenesí, las voces fusionadas en una sola. La determinación se endureció y afiló en mi pecho mientras los miraba. Ya habíamos perdido mucho, cada uno de nosotros. Padres y madres y hermanas y hermanos. Nuestros hogares. Nuestra esperanza. Nuestros mismísimos *corazones*.

Se acabó.

Al final, encontré los ojos de Reid y le sostuve la mirada durante más tiempo que a los demás. Cuando sacudí la cabeza despacio, con determinación, él se paró en seco, su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Nos miramos un solo segundo más.

Entonces él asintió.

Te quiero, le dije.

Yo también te quiero.

Morgane nos miró con desdén. Se bajó la capucha de la capa de piel de león mientras avanzaba. Era la capa de Auguste, la había robado de su cadáver en la catedral. Aunque chamuscada y ennegrecida en algunas partes, la vestía como un trofeo. Los dientes centelleaban alrededor de su garganta en una sonrisa espantosa y la melena se extendía orgullosa por sus hombros.

—No más huir, Louise. No más esconderte. —Señaló con un dedo al otro lado del abismo, donde se había reunido Blaise con lo que quedaba de su manada. Donde Elvire y sus melusinas seguían buscando una manera de cruzar. Donde Claud había caído a un destino desconocido—. Tu

dios ha caído, tu dragón ha perecido, y tus adorados *aliados* no pueden llegar hasta aquí. Debo reconocer... que eres mucho más lista de lo que jamás hubiera creído. Qué astuto esconderte debajo de aquellos más poderosos que tú. Qué *cruel*. Somos más parecidas de lo que piensas, cariño, pero por fin ha llegado el momento. Estás sola.

Pero no estaba sola. En realidad, no. En la vida o en la muerte, tendría a alguien para recibirme. Alguien para *quererme*. Mi estómago se revolvió al ver el cuello destrozado de Nicholina. La expresión vacía de Josephine. Aunque puede que la primera encontrase consuelo con su hijo, ¿podía la segunda decir lo mismo? ¿Podía hacerlo Morgane? Pasó por encima de sus cadáveres sin dedicarles ni un pensamiento. Ya significaban menos para ella que el lodazal bajo sus botas.

—Tus generales están muertos. —Después añadió con voz queda—: Creo que eres *tú* la que está sola.

Las brujas de sangre se pusieron tensas cuando Morgane hizo una pausa y dio media vuelta para dar una patada en el rostro vacío de Josephine.

—*Hasta nunca*.

Con una paralizante sensación de pena, la miré mientras mis patrones ondulaban con debilidad. No podía matarla con ellos. No directamente. La muerte era natural, sí, pero el asesinato, no. En cualquier caso, ahora apenas importaba. Cuando había agarrado dos lados del mismísimo mundo en un intento por salvar a Claud (un dios, un *amigo*) de su propia magia, había estado a un tris de desgarrarme de arriba abajo. Mis patrones se habían distendido más allá del punto de reparación. Algunos se habían partido del todo. Los que quedaban estaban cada vez más tenues debido al cansancio.

Morgane no lo sabía.

Busqué con cuidado, en pos de una distracción, algo que me permitiera acercarme. Algo para debilitarla durante el tiempo suficiente como para poder atacarla. Con suavidad, empecé a empujar los patrones hacia delante.

—¿Has amado a alguien en este mundo, *maman*?

Soltó una risa desdeñosa y levantó las manos.

—*Amor*. Maldigo la palabra.

—¿Te ha amado alguien? —Me miró con los ojos entornados, la boca retorcida en una pregunta—. Es cierto —admití, más bajito aún—. Sí hubo un tiempo en el que te amé. Parte de mí todavía lo hace, a pesar de todo.

Moví un pelín los dedos y el agua del Doleur fluyó constante y en silencio por entre la hierba bajo nuestros pies. Derritió la nieve. Limpió la sangre. Si Morgane se dio cuenta, no reaccionó. Aunque sus facciones seguían llenas de rencor, me estudió como embelesada. Como si jamás me hubiese oído decirlo, aunque se lo había dicho mil veces. Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla en respuesta y el patrón se disipó. Una lágrima para un río. Ambos tenían profundidades insondables.

—Me diste la vida —proseguí, con más fuerza ahora. Las palabras brotaron más deprisa de lo que pretendía. Una catarsis—. Por supuesto que te amaba. ¿Por qué crees que permití que me *encadenaran* a un *altar*? A los dieciséis años estaba dispuesta a *morir* por ti. Mi madre. —Cayó otra lágrima y el agua fluyó más deprisa. Tocaba ya los bajos de su vestido—. Jamás debiste preguntármelo. Soy tu hija.

—Nunca fuiste mi hija.

—Tú me diste la vida.

—Te di un *propósito*. ¿Qué debería *haber hecho*, cariño? ¿Acunarte en mis brazos mientras las hijas de otras personas perecían? ¿Mientras *ardían* en la hoguera? ¿Debería haber valorado tu vida más que las de ellas?

—¡Sí! —La confesión brotó violenta de mi interior en un arrebatado de arrepentimiento frío, y le saqué el máximo partido apretando el puño. El agua alrededor de los pies de Morgane se congeló y formó hielo sólido. La atrapó—. *Deberías* haberme valorado. Deberías haberme *protegido*, porque ¡soy la única persona en este mundo que aún te quiere!

—Eres *tonta* —se burló, al tiempo que brotaba fuego de las yemas de sus dedos—. Y predecible, por cierto.

Con un gesto cortante de su mano, el hielo se derritió y el suelo se secó dando lugar a un sendero en llamas que llegó directamente hasta mí. Sin embargo, no quemó mi piel, sino que pasó directamente a través de ella. Directo a mis órganos. Mi temperatura corporal subió como la espuma cuando mi sangre empezó a hervir (literalmente), mis músculos se agarrotaron y mi visión empezó a dar vueltas. Con un grito, Célie intentó venir en mi ayuda, pero las brujas de sangre la retuvieron. No querían tener nada que ver con Morgane. Por miedo. Por odio.

Con apenas unos segundos para reaccionar, agarré otro patrón y el árbol de Brindelle más próximo a mí se marchitó y se convirtió en ceniza.

El león de la capa de Auguste empezó a reanimarse.

Caí de rodillas y unas volutas de humo brotaron de mi boca cuando clavó los dientes en el cuello de Morgane. Con un grito, giró sobre sí misma al tiempo que desenvainaba un cuchillo de su manga, pero el león medio formado se aferró a su espalda. Sus tendones y músculos continuaron regenerándose a una velocidad horrorosa. Donde había habido mangas, brotaron unas poderosas zarpas que se aferraron a los hombros de Morgane. Sus patas traseras le patearon la espalda.

La llameante compostura de Morgane se disipó mientras forcejeaba. Mientras yo intentaba levantarme. *Respirar*.

Cuando Morgane enterró su cuchillo en el pecho de la bestia, esta emitió un último gruñido y quedó inerte. Morgane tiró su cadáver entre nosotras. Estaba cubierta de sangre que manaba de heridas en su cuello, sus hombros, sus piernas, pero ella las ignoró y apretó el puño de nuevo.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —Debajo de mi armadura, contra mi piel, noté un cosquilleo alarmante. Patitas que correteaban—. Puede que te hagas llamar *La Dame des Sorcières*, puede que mates árboles y robes ríos, pero jamás conocerás esta magia como la he conocido yo. Jamás conquistarás su poder como lo hice yo. No tienes más que *mirarte*. Ya ha debilitado tu espíritu enclenque. —Avanzó decidida ahora, con un brillo letal en los ojos—. La diosa ha elegido mal, pero no necesito su bendición para conquistarte *a ti*.

Retrocedí a toda prisa, sin apenas oír sus palabras, y empecé a tirar de mi armadura en todas direcciones.

Cientos de arañas brotaron de la tela tejida con su propia seda. Correteaban por mi cuerpo en una ola de patas, perforaban mi piel con sus colmillos. Cada mordisco me provocaba una punzada de dolor, un toque de insensibilidad. Chillé por instinto, con el corazón palpitante, y aplasté a todas las que se ponían a mi alcance; barrí sus cadáveres de mis brazos, mis piernas, mi pecho... aún retorciéndose.

—Naciste para ser inmortal, Louise. —Morgane levantó las manos e imbuyó toda su ira, su frustración, su *culpabilidad*, a otro fogonazo de fuego. Rodé para evitarlo y aplasté las últimas arañas en el proceso. Agarré la piel de león como escudo—. Aun destinada a morir, tu nombre hubiese vivido por siempre. Podríamos haber escrito la historia juntas, tú y yo. Puede que me desprecies ahora, puede que me odies siempre, pero yo lo di todo, lo *sacrifiqué* todo, por ti. Por *amor*.

Infundí fuerza a la piel mediante otro patrón, me agaché más. La hierba bajo sus pies se prendió y ella se apartó de un salto, con un siseo.

—No puedes ni imaginar la aflicción de tu nacimiento. Ni siquiera *tú* puedes imaginar la amargura que sentí. Debí matarte entonces. Incluso levanté el cuchillo sobre tu cuerpo, preparada para clavarlo en tu corazón recién nacido, pero... me agarraste el dedo. Con todo el puño me agarraste, y parpadeaste con esos ojos desenfocados. Tan pacífica. Tan satisfecha. No pude hacerlo. En un solo momento blandaste mi corazón. —Sus llamas se apagaron de pronto—. Le fallé a nuestra gente aquel día. Me costó dieciséis años volver a endurecerme. Incluso entonces, te habría regalado lo que hubieras querido. Te habría regalado *grandeza*.

—No *quería* grandeza. —Tiré mi escudo a un lado y me puse de pie, por fin. Tal vez su corazón se hubiese ablandado por un bebé recién nacido, pero jamás me había amado. En realidad, no. *A mí*, no. A la persona. Había amado la idea de mí. La idea de grandeza, de salvación. Yo había confundido sus atenciones con la cosa real. Por aquel entonces no sabía cómo era el amor verdadero. Miré al otro lado del abismo hacia Reid, Coco y Beau, que estaban agarrados al borde, pálidos y silenciosos.

Ahora sí sabía lo que eran. Tanto el *amor* como la *pena*. Las dos caras de la misma maldita moneda.

—Solo te quería *a ti*.

Cuando apreté el puño y solté el aire con fuerza, mi aflicción estalló en una tormenta de viento: aflicción por la madre que podía haber sido, aflicción por los buenos momentos, por los malos momentos, y por todos los momentos intermedios. Aflicción por la madre que había perdido, de verdad, mucho antes que esta.

El viento la lanzó hacia atrás, pero se retorció en medio del aire y el impulso la llevó más cerca de Célie. Un propósito malvado brotó en los ojos de Morgane. Antes de que pudiera detenerla, hizo un gesto con los dedos y Célie resbaló de entre las brujas de sangre, como si una cuerda invisible tirara de ella. Morgane la atrapó. Utilizó su cuerpo como escudo y apretó un cuchillo contra su esternón.

—Niña tonta. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? No puedes derrotarme. No puedes *esperar* triunfar. Erase una vez... en que hubieses podido ser inmortal, pero ahora tu nombre se *podrirá* junto con tu cadáver...

Se interrumpió sin explicación aparente, con la boca abierta en una «o» cómica.

Salvo por que no era gracioso. No era gracioso en absoluto.

Se tambaleó hacia atrás y se quitó a Célie de encima con un ruido de sorpresa y... miró hacia abajo. Seguí la dirección de su mirada.

Tenía una aguja clavada bien hondo en el muslo, su jeringa aún temblaba por el impacto.

Una inyección.

La contemplé en shock. Aliviada. Horrorizada. Cada emoción me inundó con un abandono salvaje. Y cien más. Cada una pasó demasiado deprisa como para ponerle nombre. Para *sentirlas*. Solo pude mirar, aturdida, mientras caía de rodillas con un movimiento suave y fluido. Mientras su pelo caía por sus hombros, menos plateado ya que escarlata sanguinolento. Con los ojos aún cautivados por la jeringa, cayó de lado. No se movió.

Algo de metal frío tocó la palma de mi mano y la voz de Célie me llegó desde lejos.

—¿Necesitas que lo haga yo?

Noté cómo negaba con la cabeza. Mis dedos se cerraron en torno al mango de su daga. Tragué saliva y me acerqué

al cuerpo inerte de mi madre. Cuando retiré el pelo de su cara, sus ojos rodaron en sus órbitas para mirarme. Suplicantes. No pude evitarlo. La puse sobre mi regazo. Su garganta trabajó durante varios segundos antes de que saliera un sonido.

—Hiii... jaa...

Memoricé esos ojos color esmeralda.

—Sí.

Entonces deslicé la daga de Célie por el cuello de mi madre.

CAPÍTULO 54

TERMINA CON ESPERANZA



Lou

La primera vez que había dormido al lado de Reid, había soñado con él.

Para ser más específica, había soñado con su libro. *La Vie Éphémère*. Me lo había regalado ese día. Su primer secreto. Más tarde esa noche, después de que *madame* Labelle pronunciara su advertencia, después de que me despertara en un batiburrillo de sábanas enredadas y pánico gélido, me había arrastrado al lado de él en el duro suelo. Su respiración me había arrullado para dormir.

Ella está en camino.

El miedo a mi madre me había conducido literalmente a los brazos de Reid.

El sueño me había invadido poco a poco, como la luz grisácea previa al amanecer. Como en el cuento, Emilie y Alexandre habían yacido lado a lado en la tumba de la familia de ella. Sus dedos fríos se habían tocado para siempre jamás. En la última página, sus padres habían llorado por ellos, lamentando la pérdida de vidas tan jóvenes. Habían prometido dejar a un lado su reyerta familiar, sus prejuicios, en el nombre de sus hijos. Fue con esa escena con la que soñé, excepto por que no habían sido

los cuerpos de Emilie y de Alexandre, sino el mío y el de Reid.

Cuando desperté a la mañana siguiente, la inquietud se había apoderado de mí. Le eché la culpa a la pesadilla. Al recuerdo de mi madre.

Ahora, mientras la acunaba entre mis brazos, no pude evitar recordar esa pacífica imagen de Emilie y Alexandre.

No había nada pacífico en esto.

Nada fácil.

Aun así, la voz de Reid llegó flotando otra vez hasta mí mientras tenía *La Vie Éphémère* en la mano...

No termina con la muerte. Termina con esperanza.

CAPÍTULO 55

LA PATISSERIE DE PAN



Reid

Lou sujetó el cuerpo de su madre durante mucho tiempo. Yo esperé al borde del abismo, incluso después de que Coco y un puñado de brujas de sangre construyeran un puente de enredaderas. Incluso después de que Célie y sus nuevas amigas, dos brujas llamadas Corinne y Barnabé, lo cruzaran con piernas temblorosas. Jean Luc había envuelto a Célie en un abrazo desesperado, mientras Coco había recibido a las brujas con cautela. Las recordaba de su infancia. Ellas también la recordaban.

Incluso habían mostrado sus cuellos desnudos antes de ir en busca de sus seres queridos. Una señal de sumisión.

Coco las había observado marchar, visiblemente impactada.

No obstante, no todo había sido tan cortés. Una bruja, una sollozante *Dame blanche*, me había atacado por la espalda mientras esperaba. Jean Luc se había visto obligado a inyectarla. A atarle las muñecas. Sin embargo no la había matado, ni siquiera cuando Célie se apartó un poco para hablar con Elvire. Aurélien había caído. Otros también. Como la Mano del Oráculo, Elvire había empezado a reunir a sus muertos, preparada para partir hacia Le Présage de nuevo.

—No podemos hacer esperar a nuestra señora —había murmurado, con una reverencia profunda—. Por favor, dime que vendréis de visita alguna vez.

Beau y Coco se habían marchado corriendo en busca de Zenna y de Seraphine.

Aunque hice ademán de seguir las, Coco negó con la cabeza. Sus ojos se deslizaron hacia Lou, que no se había movido de debajo de su madre.

—Ella te necesita más —murmuró Coco. Asentí, tragué saliva y, después de otro momento, di un paso vacilante sobre el puente.

Alguien gritó a mi espalda.

Desenvainé mi Balisarda robada y di media vuelta, preparado para otra bruja. Sin embargo, me topé con dos: Babette ayudando a *madame* Labelle a llegar a la calle. Una enorme sonrisa se desplegó en el rostro de mi madre.

—¡Reid! —Me saludó desde lejos con el cuerpo entero, supuse que curado por la sangre de Babette. Las lesiones y magulladuras del juicio habían desaparecido, sustituidas por piel lustrosa aunque un pelín pálida. Solté una brusca exhalación. Mis rodillas temblaron en una mareante oleada de alivio.

Estaba aquí.

Estaba *viva*.

Crucé la calle de tres grandes zancadas y la recibí a medio camino, estrujándola en un abrazo. Ella se atragantó con una risa y me dio unas palmaditas en el brazo.

—Con cuidado, hijo. Las heridas internas tardan un poco más en curarse, ¿sabes? —Y aunque seguía sonriendo de oreja a oreja, con las manos sobre mis mejillas, sus ojos se fruncieron un poco por las esquinas. Babette esperaba detrás con expresión seria, lo cual no era habitual en ella. La miré por encima de la cabeza de mi madre.

—Gracias.

—No me las des. —Agitó una mano para restarle importancia—. Tu madre me proporcionó mi primer trabajo al llegar a esta ciudad. Le debía una.

—Y todavía me debes muchas más —añadió *madame* Labelle. Se giró para mirar a la cortesana con sorna—. No creas que he olvidado, Babette, aquella vez que teñiste mi pelo de azul.

Solo entonces esbozó Babette una sonrisa tímida. Después de unos instantes, miró a nuestro alrededor con disimulo.

—Por favor, cazador, ¿has visto a nuestra preciosa Cosette?

—Está con Beau. Iban hacia el norte.

Su sonrisa se diluyó un poco.

—Por supuesto. Si me excusáis.

Se marchó sin dilación y yo pasé un brazo como soporte alrededor de la cintura de *madame* Labelle.

—¿Dónde has estado? ¿Te encuentras bien?

—Estoy tan bien como se puede estar, dadas las circunstancias. —Se encogió de hombros con delicadeza—. Tomamos ejemplo de tu esposa y nos escondimos en el ático del *Soleil et Lune*. Allí no nos molestó nadie. Tal vez nadie supiera de su importancia para Lou. Si lo hubiese sabido, sospecho que Morgane habría arrasado el lugar solo por hacer daño. —Cuando asentí en dirección al otro lado del abismo, la expresión de mi madre se vino abajo. Sacudió la cabeza—. Oh, Dios mío. Oh, *Dios mío*. Qué desagradable. —Sus penetrantes ojos azules volaron hacia los míos, llenos de pesar—. Babette me contó que Auguste pereció a causa de su propio fuego. Qué hombre más estúpido y *arrogante*. —Como si se diera cuenta del poco tacto que había en sus palabras, me dio más palmaditas en el brazo—. Pero era... era muy...

—Te torturó —dije, sombrío. Ella suspiró, cabizbaja.

—Sí, lo hizo.

—Se merecía algo peor que la muerte.

—Quizá. Tendremos que conformarnos con la idea de que, allí donde esté, estará sufriendo un gran dolor. Quizá con *ratas*. Aun así... —Se tambaleó un poco, inestable sobre sus pies. Mi brazo se apretó a su alrededor—. Era tu padre. Y lo siento, pero jamás lamento que tú existas. —Me acarició la mejilla una vez más antes de mirar de reojo a Lou—. Debes ir con ella. Aunque, si pudieras acompañarme al banco más cercano, te estaría muy agradecida. Me gustaría contemplar la salida del sol.

La miré con incredulidad.

—No puedo dejarte en un banco.

—Tonterías. Claro que puedes. Ninguna bruja con dos dedos de frente nos atacaría ahora, y las que quisieran hacerlo... bueno, creo que ha sobrevivido más de un *chasseur*, y ese padre Achille es *muy*...

—No quiero saber más. —Aunque negué con la cabeza, un lado de mi boca se curvó hacia arriba. Por voluntad propia—. El padre Achille no es una opción.

No era verdad. Mi madre podía tener a quien quisiera. Yo mismo haría las presentaciones.

Después de instalarla en un banco, con parterres de jazmín de invierno floreciendo a ambos lados, la besé en la frente. Aunque la noche todavía dominaba el cielo, el amanecer llegaría pronto. Y con él, un nuevo día. Me agaché para mirar a mi madre a los ojos.

—Te quiero. Creo que no te lo había dicho nunca.

Con una risita burlona, se dedicó a jugar con su falda. Aun así, vi sus ojos. Centelleaban con unas lágrimas repentinas.

—Solo espero oírlo todos los días de hoy en adelante. Me visitarás al menos tres veces a la semana y Louise y tú le

pondréis mi nombre a vuestro primer hijo. Al segundo quizá también. Suena razonable, ¿no crees?

Me reí entre dientes y le di un tironcito del pelo.

—Veré lo que puedo hacer.

—Adelante, pues.

No obstante, mientras me dirigía de vuelta hacia donde estaba Lou, oí unas voces por una callejuela lateral. Voces familiares. Un sollozo agudo. Fruncí el ceño y seguí el sonido hasta Gabrielle y Violette. Estaban en un portal, encogidas sobre sí mismas, una a cada lado de Beau, que había pasado un brazo alrededor de cada una de ellas. Coco rondaba por detrás, tenía una mano plantada delante de la boca. A los pies del grupo, Ismay y Victoire yacían bocabajo, en posición antinatural, rodeadas por media docena de brujas. No se movía ninguna.

Impactado e incapaz de moverme, observé cómo el rostro de Beau se quebraba en un sollozo y abrazaba a las dos chicas contra su pecho. Los hombros de las niñas se sacudían mientras se aferraban a él. Sus lágrimas crudas. Angustiadas. Íntimas. La imagen fue para mí como un puñetazo en el estómago. Mis hermanas. Aunque no había conocido a Victoire tan bien como Beau, podría haberlo hecho. Lo *habría* hecho. El dolor fue de una intensidad inesperada.

Yo debería haber estado sobre esos adoquines. Morgane me había querido *a mí*, no a ella. Había querido a Beau. No a Victoire, una niña de trece años.

La culpa levantó su fea cabeza. Al cabo de unos instantes, me giré y me encaminé hacia donde estaba Lou. Esperé.

Esta vez, alzó la cabeza para saludarme.

Le sostuve la mirada.

Asintió y alisó el pelo de Morgane, con sus manos tiernas. Llenas de anhelo. Cerró los ojos de su madre. Después se

puso en pie con ademán cansino, encorvada, como si cargara con el peso del mismísimo cielo, y la dejó ahí.

Cuando cruzó el puente, le tendí por fin los brazos. Lou cayó en ellos si hacer un solo ruido. El rostro pálido y demacrado. Con el corazón roto. Me incliné hacia ella y apoyé la frente contra la suya.

—Lo siento muchísimo, Lou.

Sujetó mi cara entre ambas manos. Cerró los ojos.

—Yo también.

—Lo superaremos juntos.

—Lo sé.

—Dondequiera que tú vayas...

—... iré yo —terminó con suavidad. Abrió los ojos y me dio un suave beso en los labios—. ¿Quién ha sobrevivido?

—Averiguémoslo.



Como ya había sospechado, el abismo cortaba la ciudad entera en dos. Lou y yo, de la mano, recorrimos la fisura. Cerca de la catedral, encontramos a Toulouse y a Thierry. Miraban a las profundidades del abismo junto con Zenna y Seraphine. Nadie decía ni una palabra.

—¿Qué crees que le pasó? —susurró Lou, que ralentizó el paso hasta detenerse. Esa vigilia no estaba hecha para nosotros. Era para ellos. Troupe de Fortune. La familia de Claud—. ¿Crees que... murió?

Fruncí el ceño ante esa perspectiva. Se me acumuló la presión en el pecho. Detrás de los ojos.

—No creo que los dioses *puedan* morir.

Cuando dimos la vuelta para marcharnos, Terrance salió de entre las sombras. Como nosotros, él, Blaise y Liana se

habían quedado a una distancia respetable. Nos ignoró a Lou y a mí, pero captó la mirada de Toulouse y de Thierry.

—Podrías venir con nosotros. —Su voz resonó más grave de lo que la recordaba. Aún goteaba sangre por su pecho desnudo. Por un lado de su cara. Le habían arrancado una oreja de cuajo; si había sido en batalla o antes, no hubiese sabido decirlo. Con cierta sorpresa, me di cuenta de que debía de haber conocido a Toulouse y a Thierry en Château le Blanc. Cuando los habían... torturado a todos juntos; a Liana también.

La idea me revolvió el estómago.

Blaise se puso al lado de su hijo, plantó una mano en su hombro.

—Sería un honor para nosotros. —Se aclaró la emoción de la garganta—. Mis hijos... me han contado cómo los consolasteis. Cómo les disteis esperanza. Jamás podré pagaros a ninguna de las dos semejante amabilidad.

Los gemelos lanzaron miradas sutiles a Zenna y a Seraphine. La primera se encogió de hombros. Aunque unas quemaduras con forma de eslabón estropeaban la poca piel que tenía visible (de algún modo había conseguido hacerse con un reluciente vestido fucsia), el resto de ella parecía bastante intacto. Seraphine también. Tenía la armadura cubierta de sangre, pero no parecía pertenecerle. Las miré a las dos con incredulidad.

—¿Cómo escaparon?

—¿Quién? —preguntó Lou—. ¿Qué pasó?

—Las brujas... derribaron a Zenna con una cadena mágica.

—Ah. —Un asomo de sonrisa tocó sus labios—. La cadena de Tarasque.

—Como en el cuento de Zenna.

—Aunque *sí* dijo que ese no era su nombre real.

Fruncí el ceño mientras Lou tiraba de mí para ir en busca de los demás.



Acabamos en la *patisserie* de Pan.

Por fuera de las ventanas tapiadas con tablones, el padre Achille y un puñado de cazadores trataban de liberar a sus compañeros. Philippe seguía bramando órdenes desde el interior de su jaula de raíces. No lo escuchaba nadie. Cuando por fin lo liberaron, le lanzó un violento puñetazo a Achille, que lo esquivó con la velocidad de un hombre mucho más joven antes de derribar a Philippe él mismo. Hicieron falta cinco cazadores para reducirlo. Otro para ponerle unas esposas.

—¡No podéis *hacer* esto! —Varias venas palpitaban en su pecho mientras forcejeaba—. ¡Soy un *capitán* de los *chasseurs*! ¡Padre Gaspard! —Sus vasos sanguíneos estaban a punto de estallar—. Que alguien lo llame. ¡PADRE GASPARD!

El padre Gaspard había hecho oídos sordos a sus reclamos y había preferido permanecer en cuclillas detrás de un árbol, en el santuario. Los *chasseurs* lo habían echado mientras buscaban a la reina Oliana, a la que habían encontrado atrapada debajo del púlpito. Aunque tenía la pierna rota, tendría que enfrentarse a un dolor mucho mayor muy pronto. No envidié al *chasseur* que tuviera que contarle lo de su hija. Por primera vez en mucho tiempo, no envidié a ninguno de los *chasseurs* lo más mínimo.

Sin tener muy claro qué hacer con Philippe, Jean Luc y Célie decidieron encadenarlo a un poste para caballos un poco más allá, en esa misma calle. Fuera del alcance del oído. Por fortuna.

Se reunieron con nosotros en la *patisserie* momentos después.

Jean Luc se dejó caer en una silla vacía y se frotó la cara con una mano.

—Tendremos que coordinar refugios lo antes posible. Habrá que pedir a los ciudadanos que abran sus casas a quienes se hayan quedado sin techo.

Célie estaba sentada a su lado, calmada y en silencio. Sus mejillas pálidas estaban sucias de hollín, y su pelo colgaba lacio debido a la lluvia de Coco. Al sudor. Un corte todavía sangraba en su sien. Hizo un gesto hacia la *boucherie* en la puerta de al lado.

—Los heridos necesitarán tratamiento. Debemos llamar a curanderos de las metrópolis más cercanas.

—Oh, Dios —gruñó Jean Luc. Se levantó de un salto—. ¿Había sacerdotes en la enfermería? ¿Alguien ha ido a comprobar si hay supervivientes? —Al ver nuestros rostros inexpresivos, sacudió la cabeza y salió en busca del padre Achille. En lugar de ir con él, Célie nos miró con ansiedad. Se retorcía las manos en el regazo.

—Emm... ¿Lou? ¿Crees...? Lo siento muchísimo, pero... ¿podrías devolverme ya mi vestido?

Lou parpadeó, confundida. Con una risa tímida, Célie señaló su armadura.

—*Oh*. —Lou se rio también y agitó la mano por el aire. Brotó un intenso aroma a incienso—. Sí, por supuesto.

Desde los pies, la armadura de Célie se transformó en un vestido de luto negro y ella palpó su cintura con ansiedad. Debió de encontrar lo que buscaba porque la tensión abandonó sus hombros y se relajó. Solo un poco.

—Bien. Muchísimas gracias. —Una sonrisa radiante en dirección a Lou. Una mirada rápida en mi dirección. Aquello parecía... inexplicablemente significativo. Sin embargo,

cuando Jean Luc la llamó un momento después, hizo una mueca y fue hacia la puerta—. Vuelvo en un momento.

Lou la observó marchar con una sonrisa perpleja. Se estiró para observarla por la ventana.

—¿De qué iba *eso*?

—Deben de... gustarle mucho los vestidos.

Lou puso los ojos en blanco.

Coco y Beau fueron los siguientes en llegar. Aunque las lágrimas aún manchaban la cara de mi hermano, se las secó con una sonrisa débil y arrastró una silla a un lado para sentarse junto a Lou. Le pasó un brazo por el cuello y le alborotó el pelo.

—¿Te ha contado Reid que le salvé la vida?

—Para *nada* —dijo ella, sin apartarlo.

—Entonces es un imbécil *redomado*. Tiré un cuchillo con tal precisión que hubiese dejado en ridículo al mismísimo Mort Rouge...

—También me prendiste fuego —le dije, mordaz—. Y a ella.

—Tonterías. Son... matices. —Con un suspiro dramático, mantuvo a Lou agarrada un momento más. Se miraron a los ojos y las sonrisas de ambos se fueron difuminando poco a poco—. ¿Cómo estás, hermana mía? —le preguntó, ahora en serio.

Lou levantó las manos para agarrarle el antebrazo.

—Estoy... mejor, creo. Se me empieza a pasar la conmoción. Es... como si por fin pudiera respirar. —Apretó los dedos y parpadeó deprisa—. Lo siento muchísimo, Beau. —Cuando Lou miró a Coco, Beau la soltó—. Va por todos vosotros.

Coco deslizó un dedo por las vetas del tablero de la mesa.

—Yo perdí a mi madre hace mucho.

—Y yo a mi padre —añadió Beau, su voz más callada.

Pero no a Victoire. La culpa resurgió con fuerza redoblada. Había sobrevivido a lo suficiente ya como para saber que siempre sería así. La muerte de una niña no tenía ningún sentido. Ninguna explicación podría conseguir que fuese correcto. Tampoco había tenido ningún sentido cuando quemamos a los hijos de las brujas. Victoire se había merecido algo mejor. Todos ellos se lo merecían.

Nosotros también.

Me puse de pie y estiré el cuello en busca de Pan. Había desaparecido por una puerta trasera cuando llegué, pero no podía esconderse de mí para siempre. Fui hasta el mostrador y llamé a la campanilla. Llamé otra vez. Si una vocecilla en mi cabeza me regañó, si me llamó «grosero» por acosar a un panadero después de que hubiese arriesgado el cuello por mí, la ignoré. Las brujas no habían apagado su horno. Haría los dulces yo mismo si él no podía. Seguro que averiguaría cómo hacerlo.

—¿Qué estás haciendo? —Lou me miró con suspicacia desde la mesa—. Tienes que ser agradable con Pan.

—Siempre soy agradable con...

—Estás llamando a su campanilla.

—¿No está aquí para eso?

—No es un *gato*, Reid —dijo Beau con una sonrisilla.

—Llamar a la campanilla es de mala educación —convino Coco. Lou asintió.

—E irritante.

—Mucho —sentenció Beau. Los miré a todos con una mueca.

—Estoy *intentando* comprar bollos de miel para todos. —Miré a Lou—. Creo que *a ti* en particular te debo uno —refunfuñé.

El rostro de Lou se aclaró al instante, y ella se inclinó hacia delante con los ojos brillantes, juntando los dedos por encima de la mesa.

—¿Ya te he dicho hoy cuán absoluta y completamente atractivo encuentro tu culo?

Solté un resoplido justo cuando Pan asomaba por la puerta. Con cara de pocos amigos, arrambló con la campanilla del mostrador.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieres? ¿Es que no ves que tengo el negocio cerrado? —Medio desquiciado, señaló con una mano hacia la ventana—. Ha habido una *guerra*, jovencito. ¡Despierta! —Cuando chasqué los dedos debajo de mi nariz, tuve que reprimir el impulso de poner los ojos en blanco—. No todos podemos acobardarnos y temblar, abandonando a nuestros seres queridos. ¡Oh, no! Algunos de nosotros debemos proteger a este gran reino nuestro. Y ahora, trata a nuestra hermosa Lucida como a una princesa, ¿vale?

Lancé una mirada cáustica hacia atrás, donde tanto Beau como Coco se tronchaban de risa. Lou me devolvió la mirada con una expresión perfectamente plácida. Hizo aletear las pestañas.

—Como a una reina —dije con ironía.

Pan frunció el ceño en mi dirección, como si sopesara algo.

—Muy bien. Os haré los bollos de miel —chasqué los dedos de nuevo—, pero vas a pagar el precio completo.

—Gracias. —Le dediqué una sonrisa dura. En la mesa, Lou apretó su pie sobre el mío.

—Un verdadero imbécil redomado.

Se produjo un momento de silencio entre nosotros. Luego otro. En el exterior, el padre Achille seguía coordinando con Jean Luc. Con Célie. Habían enviado mensajes a pueblos cercanos para pedir víveres y suministros. Curanderos. Dos habían sobrevivido al ataque de Morgane contra la torre, pero ellos mismos requerían atención médica. Al menos creí que habían dicho dos. Detrás del mostrador, Pan se afanaba

de manera ostentosa, dando golpes a todas las cacerolas y haciendo entrechocar los utensilios.

—Precio doble —musitó en un momento dado.

Al final, Beau soltó un suspiro destrozado. Su sonrisa se había esfumado. Sus ojos brillaban de nuevo.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? La catedral está en ruinas. El castillo también, por la pinta que tiene. El arzobispo está muerto, el rey está muerto, *La Dame des Sorcières* está muerta... eh, la vieja al menos. —Le lanzó a Lou una mirada de disculpa.

Ella se encogió de hombros un poco tensa mientras deslizaba un dedo por las líneas de la palma de mi mano.

—El *Château* permanece en pie. Supongo que ahora es mío. Podemos... vivir ahí. —Sus ojos volaron hacia Coco—. Todos nosotros.

Una amplia sonrisa se desplegó en la cara de Coco.

—No creo que el padre Achille nos dé ningún problema.

—*Sí* es que lo eligen.

—Lo elegirán —afirmó Beau—. El padre Gaspard casi se hace pis encima cuando apareció Morgane. Es un político. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana. Hacia el padre Achille—. No un líder.

—¿Tú eres un líder, Beau? —preguntó Coco con voz queda. Él la miró durante unos instantes, frunciendo los labios. Indeciso.

—Todavía no lo sé.

—Eso que tenemos en común —dijo ella con una sonrisita.

—Lo mismo digo —musitó Lou—. No era capaz de mantener un ático en condiciones, no digamos ya un jodido *castillo*.

Nos quedamos callados un rato, hasta que Célie asomó la cabeza en la *pâtisserie* de nuevo. Con un gesto rápido, me instó a que me acercara. Besé la mano de Lou antes de

levantarme para ir con ella. Jean Luc estaba al otro lado de la puerta. Se inclinó por mi lado y la cerró a nuestra espalda; y Célie... estaba dando *saltitos* sobre la punta de los pies.

—Tengo una cosa para ti. —Siguió hablando antes de que pudiera contestar siquiera—. Cuando Jean Luc robó tus pertenencias de la torre, preferí no guardarla con el resto. Tu bandolera, tus cuchillos y esas cosas... porque parecía demasiado importante. No quería que la perdieras en el fragor de la batalla. —Jean Luc asintió.

—Le dije que pertenecía a tu madre.

Me empecé a poner nervioso a medida que me daba cuenta de hacia dónde iban.

—Por supuesto, cuando Lou lanzó un hechizo sobre nuestra ropa, pensé que lo había perdido *yo*. —Sacudió la cabeza, sonriendo pero agotada. Metió la mano en la banda que llevaba a la cintura y extrajo un anillo familiar con una alianza dorada y una gema de madreperla. Relucía incluso bajo esa luz grisácea. Su sonrisa se ensanchó cuando lo depositó en mi mano—. Toma. Haz lo que quieras con él. Es tuyo.

Lo miré, asombrado. Desde el punto de contacto con mi piel irradiaba calor a mi cuerpo. Mi corazón palpitaba desbocado.

—Gracias, Célie.

—Eso no es todo. —Jean Luc tocó el mango de la Balisarda que llevaba en la bandolera. Su zafiro centelleó a través del cuero—. He hablado con el padre Achille. Los dos hemos acordado que... tienes un puesto en nuestras filas, si lo quieres. Esa Balisarda es tuya.

La felicidad que sentía en el pecho se desinfló un pelín. Pero... no. No lo permitiría. Esta vez, no. Desenvainé la Balisarda con una mano y se la tendí a Célie.

—Creo que hay otros mejor dotados. —Sus dedos se cerraron en torno al mango, y sus ojos se abrieron por la sorpresa—. Dos niñas muy listas me dijeron una vez que querían ser cazadoras —le expliqué—. No como son ahora, sino como deberían ser: caballeros como mandan los cánones, dispuestos a vencer el mal. A defender la tierra y proteger al inocente. Una de ellas incluso juró que llevaría vestido.

—Oh, yo no puedo. —Sacudió la cabeza con vehemencia e intentó devolverme la Balisarda—. Yo no sé cómo blandir una espada. No podría usar esto jamás.

—No necesitas blandir una espada para proteger a los inocentes, Célie —dijo Jean Luc, mientras asentía en mi dirección en señal de aprecio. De respeto. Refulgía de orgullo cuando la miró—. Lo has demostrado más que nadie.

Yo también asentí. Me aparté de la puerta y la abrí de par en par.

—La torre está en ruinas. Es hora de reconstruir.

Célie esbozó una sonrisa tímida antes de que Jean Luc la abrazara para llevarla al interior.

No los seguí. No de inmediato. En vez de eso, miré el anillo que tenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera? —Lou me tocó el hombro y yo me giré, al tiempo que guardaba el anillo en mi bolsillo. Lou miró a izquierda y derecha con una sonrisilla significativa—. ¿Divirtiéndote con tus amigotes?

Al ver su mirada inquisitiva, no pude evitarlo. Una amplia sonrisa se desplegó en mi cara y la besé de lleno en la boca. Cuando me aparté, me dio un toquecito en la nariz, antes de acariciar ese mismo punto con el pulgar. Dejó la mano sobre mi mejilla.

—Vuelve adentro. Dice Pan que los bollos de miel ya están hechos.

Rocé la palma de su mano con los labios.

—Eso suena como el paraíso para mí.

EPÍLOGO



Ansel

El verano floreció lento y lánguido en Château le Blanc. Lavandas y salvias silvestres ondulaban por la montaña en oscuros morados y azules; margaritas blancas y amarillas crecían descontroladas entre rocas, por los lechos de los ríos, junto con el sonrojado rosa de las clavelinas de mar y los tréboles. Jamás en mi vida había visto esos colores. Jamás había sentido semejante calor en las mejillas, como el beso de una madre, el abrazo de un amigo. Si las voces... no, las *risas*... de mis propios amigos no me hubiesen llamado, podría haberme quedado entre la paz de esas flores silvestres para siempre.

Lou llevaba un ramillete de cada una hoy. El día de su boda.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama que usaba de niña, con el hilo de oro de la colcha centelleando a la luz del sol del atardecer, aguardaba impaciente a que Coco entretejiera las flores en una corona.

—Deja de retorcerte —la regañó Coco, con una sonrisa y un tironcito del pelo—. Haces temblar la cama entera.

Lou se limitó a contonear las caderas de un modo aún más marcado.

—Oh, esta noche sí que va a temblar.

Las mejillas de Célie se caldearon, junto con las mías. Cuando sacó un simple vestido color marfil del armario para

disimular su bochorno, sonreí, y me instalé en el diván al lado de *madame* Labelle. Ella no podía verme, por supuesto, pero por la forma en que centelleaban sus ojos, por la forma en que bailaban, pensé que quizá me sintiera.

—Tú, amiga mía, eres deliciosamente depravada.

—Oh, lo siento. —Con otra sonrisa radiante, Lou se giró para mirar a Coco—. *¿Quién* fue la que perdió la virginidad encima de...?

Célie la interrumpió con una delicada tos.

—¿Puedo sugerir que pospongamos esta conversación para cuando tengamos una compañía más adecuada? —Sus ojos se deslizaron hacia Violette y Gabrielle, que revoloteaban por la habitación, examinando todo y nada. La hoja dorada que se extendía por el techo. El polvo de luna del alféizar de la ventana. El arpa bañada en oro del rincón y los soldaditos de hojalata debajo del diván. Lou les había pintado bigotes cuando era una niña. Un baúl al pie de su cama todavía albergaba espadas de juguete e instrumentos rotos, libros a medio leer y un conejito blanco, de peluche por supuesto.

La gata de carne y hueso que tenía a los pies le bufó.

Melisandre, la había bautizado Lou. A la gata. No al conejo. Con su cola rota y sus dientes torcidos, la gatita gris atigrado no era ninguna belleza, pero era imposible saberlo por la forma en que Lou la miraba. Se había encontrado a la gata maullando indignada en una callejuela después de la batalla de Cesarine, y había adoptado al instante a la patética criatura, para disgusto de Reid.

A *Melisandre* no le gustaba Reid.

—Por favor, no se preocupe, *mademoiselle* Célie. —Con flores de amapola entretejidas en su pelo negro, Violette se rio y rebotó sobre las puntas de los pies mientras *madame* Labelle se carcajeaba a mi lado—. Lo sabemos todo acerca

de los pájaros y las abejas. ¿Verdad, Gaby? Es *terriblemente* romántico.

—Yo creo que el eufemismo es una tontería. —Gabrielle se sentó a mi lado sobre las rodillas, arrugando su vestido verde oliva, e intentó tentar a Melisandre con un trozo de cordel, para que se acercara. La gata volvió a bufar antes de mirarme con expresión de hastío. Con una sonrisa, me arrodillé para rascarle las orejas, y el bufido se convirtió en un ronroneo—. Como si necesitáramos la imagen de un pájaro poniendo huevos para entender la ovulación, o la de una abeja depositando polen para comprender la fertiliza...

—Oh, madre mía. —Las mejillas de Célie se pusieron de un color rosa pétalo tan bonito como su atuendo, y extendió el vestido color marfil al pie de la cama—. Creo que ya *basta* de hablar de eso. Ya casi es la hora de la ceremonia. ¿Te ayudamos a vestirte, Lou?

Cuando asintió y se puso de pie, Melisandre me abandonó al instante para correr al lado de su madre. Lou no vaciló en recogerla del suelo y abrazarla contra su pecho.

—Y ¿cómo está mi *querida* abejita? Encantadora. —Asintió apreciativa en dirección a Célie, que había tejido una versión en miniatura de la corona de flores de Lou para la gata. Melisandre ronroneó bajo los halagos de Lou y estiró mucho el cuello, supercontenta consigo misma.

Con un resoplido, Coco ayudó a Célie a desatar las cintas del vestido de boda.

—Sabes que Reid está tramando su muerte ahora mismo, ¿verdad?

Madame Labelle se levantó para reunirse con ellos. Todavía reía.

—Fue culpa de él. Vanidad, tu nombre es «gato», después de todo.

Incluso Manon, que había observado la escena en silencio desde el rincón, sin tener muy claro su lugar entre

esta gente, se acercó con cautela, llevando los lazos para la unión de manos. Cuando Lou le guiñó un ojo, ella sonrió. Había sido una sonrisa pequeña e insegura, pero una sonrisa en cualquier caso. Yo la reconocí bien. La había usado muchas veces. Me levanté y fui a ponerme a su lado.

Manon encontraría su nuevo sitio aquí. Todos lo harían.

—¡La había insultado! —Lou plantó un beso en la nariz desfigurada de Melisandre con decisión—. Además, el pis de su almohada se pudo lavar sin problema. Así que no pasó nada. —Se volvió hacia Melisandre con voz melosa—. No volverá a burlarse de cómo cantas, ¿verdad, abejita? No, no lo hará.

Melisandre maulló en respuesta y frotó su cabeza contra la barbilla de Lou. Aparté la mirada mientras la ayudaban a ponerse el vestido.

Aunque yo todavía tenía las mejillas arreboladas, ya no era por vergüenza sino por... orgullo. Casi reventaba de orgullo. Hacía demasiado tiempo que Lou se merecía este momento; *todos* estos momentos, los grandes, los pequeños y los medianos. Había sufrido más que la mayoría, más de lo que debería sufrir ninguna persona jamás. Solo podía tener la esperanza de que disfrutara en la misma medida de este día en adelante.

Esperanza.

No era la enfermedad.

Dios, Lou lo había hecho tan bien. Todos ellos.

Reid la adoraría, estaba seguro de ello. Haría todo lo que estuviera en su mano para garantizarle felicidad, y ella le devolvería sus esfuerzos multiplicados por diez. Aunque había sabido poco de la vida cuando estuve con ellos, incluso entonces se notaba que el suyo era un amor que lo cambiaría todo. Un amor que rompería el mundo. Un amor que lo haría nuevo.

Su amor había sido la cura.

—¿Qué opinas? —El murmullo bajo de Lou me provocó presión en los ojos—. ¿Valdrá?

Esperé a oír las exclamaciones de *madame* Labelle y de Célie, las risas de Violette y de Gabrielle, el hipido de Coco, incluso la suave exclamación ahogada de Manon, antes de girarme para ver a mi más querida amiga.



Reid caminaba de acá para allá a la luz del sol de primera hora de la tarde en el viejo bosquecillo de perales. El sol bruñía su pelo más dorado que cobrizo, captaba la elegante costura de su chaqueta y hacía destellar las hebras. Había dejado atrás su bandolera para la ocasión; se había colgado a cambio una única espada a la cintura. La mantenía quieta con una mano mientras recorría un camino bien marcado en la hierba. Deslizó la otra mano por su pelo.

Beau lo observaba con una diversión nada disimulada.

—Dime que no estás nervioso.

—No estoy nervioso. —Reid se rio con desdén, como insultado, pero sus ojos no dejaban de saltar hacia el otro lado del bosquecillo, donde ya habían empezado a llegar los invitados. Sería una ceremonia íntima. Habían invitado solo a sus seres queridos o a la gente de su confianza: Zenna y Seraphine. Toulouse y Thierry. Johannes Pan y su mujer. Babette estaba con un puñado de brujas más, todas las cuales mantenían un ojo puesto en Jean Luc y en el padre Achille. Blaise y sus hijos se quedaron cerca del borde del bosque, sin decir gran cosa, hasta que Toulouse les hizo una seña para fuesen a sentarse. Incluso Elvire y Lasimonne estaban presentes, descansando majestuosas con sus vestidos de diamantes y sus pendientes de anzuelo de pez.

Reid, Beau y Jean Luc se habían pasado la mañana llenando el bosquecillo de sillas. En el respaldo de cada una habían colgado con sumo cuidado lazos de colores brillantes y flores: amapolas, caléndulas, peonías, acianos. Escarlatas y dorados y rosas y azules, todos enclavados en camas de un verde vibrante. Más flores brotaban de los tocones de los perales por todo el bosquecillo, en los que un musgo exuberante trepaba por encima de la madera nudosa.

Reid miró los tocones, ceñudo, el único detalle de la escena que estaba fuera de lugar. El día anterior había construido a conciencia el cenador de enredaderas y flores en lo alto. Cada detalle había sido planificado. Cada flor, recortada a la perfección.

Beau siguió la dirección de su mirada con una expresión melancólica.

—Ojalá estuviese aquí Claud. Él podría haber hecho crecer nuevos árboles.

Reid lo miró, incrédulo.

—También podría estar *muerto*.

—No lo sabemos. Es un dios. Tal vez después de haber cumplido su tiempo de servicio...

—El suelo se abrió y lo engulló.

—... vuelva con nosotros vivito y coleando —terminó Beau con decisión. Agarró el hombro de Reid y lo obligó a parar—. Relájate, hermano mío. Es el día de tu boda.

—Lo sé. —Reid asintió para sí mismo y se soltó del agarre de Beau para seguir andando—. Lo sé. Solo quiero que todo sea perfecto.

—Y lo es.

Tenía razón. A Lou le encantaría.

Aunque me dolía el corazón porque no podía ser parte de este momento, de este recuerdo, el dolor se alivió cuando vi una silla vacía en primera fila. En un bruñido marco ovalado, habían metido un dibujo de mí que habían enganchado a un

ramo de girasoles. Una oleada de calor irradió a través de mí cuando me arrodillé para verlo bien.

Después de todo, me habían guardado un asiento.

Cuando Coco se deslizó hacia delante con su propio vestido color marfil, con flores entretejidas entre sus rizos negros, el calor de mi pecho se multiplicó por diez. El esfuerzo había arrebolado sus mejillas y sus ojos oscuros centelleaban de la emoción cuando miró a Reid y a Beau. Levantó el ramo de girasoles de mi asiento.

—Es la hora. —Inclinó la barbilla en dirección a Beau—. Te está esperando.

Con una sonrisilla satisfecha, Beau enderezó su chaqueta y se alisó sus ondas inmaculadas.

—Por fin. —Agarró el hombro de Reid antes de girar sobre los talones—. Mi momento de gloria. —Coco soltó una carcajada y puso los ojos en blanco.

—Nadie te va a mirar a ti —le dijo. Beau arqueó una ceja con picardía.

—Tú sí.

Coco levantó un hombro en ademán casual y habló por encima de él mientras se alejaba por el pasillo.

—Ya veremos.

—Sí, claro que... —Se detuvo en seco en su persecución de Coco. Posó los ojos en Jean Luc. El ramillete de su silla se había aflojado y él estaba intentando volver a atarlo—. En serio, Jean, ¿qué te dije? Queremos que parezca algo *natural*, como si las margaritas hubiesen brotado de la propia silla. Las estás atando demasiado ordenadas. — Cuando Jean Luc lo miró con cara de pocos amigos, nada impresionado, Beau lo apartó a un lado para hacerlo él mismo—. Qué inutilidad, madre mía.

—Cuidado, majestad. —Con una sonrisilla pícara, Jean Luc tiró un puñado de flores de las nieves a su cabeza. El rey de Belterra se apartó a toda prisa con una maldición.

Después se peinó el pelo con los dedos, frenético—. Vas a despeinar esos exquisitos rizos.

—Te voy a *matar*.

Coco lo agarró de la mano y lo arrastró por el pasillo antes de que la cosa fuera a mayores. Sin poder reprimir mi sonrisa, los seguí al otro lado del recodo, donde Lou aguardaba fuera de la vista con *madame* Labelle, Célie y Manon. Beau sacudió la cabeza cuando la vio. Soltó un silbido grave y apreciativo.

—Reid va a perder la cabeza cuando te vea.

Lou guiñó el ojo y meneó los hombros.

—Ese es el plan.

Madame Labelle arregló uno de los rizos de su inminente hija, colocándolo con delicadeza en torno a la mejilla pecosa de Lou.

—Estás preciosa, *fille*. Te veo en un momento. Vamos. — Les hizo un gesto a Célie y a Manon para que la siguieran, con lo que quedamos solo Lou, Coco, Beau y yo bajo la sombra de un peral marchito. El único que había sobrevivido. Cuando Reid había sugerido celebrar la festividad aquí, *madame* Labelle había protestado y había explicado una vez más cómo Morgane había quemado estos árboles en un ataque de rabia. Reid ya lo sabía, por supuesto. Sabía cómo el amor podía retorcer incluso a las personas o los lugares más hermosos, y convertirlos en cosas oscuras y crueles. También sabía lo especial que había sido este bosquecillo para su madre. Para todas las *Dames blanches*.

Lou había aceptado y, juntos, le habían devuelto su belleza.

Cuando Coco le tendió el ramo de girasoles, la sonrisa de Lou se apagó un poquito. Su dedo trazó la curva del marco.

—¿Crees que estará observando?

Coco pasó un brazo por el de Lou.

—Creo que no se lo perdería por nada.

—Debería haber estado aquí. Él también debería haberme llevado al altar.

Beau reclamó el otro brazo de Lou y le dio unos golpecitos a mi cara en el marco.

—Todavía lo está.

«Todavía lo estoy», susurré con una sonrisa. En respuesta, una suave brisa removió las ramas en lo alto. Trajo consigo un agradable calorcillo, el suave zumbido de las abejas, un tenue olor a narcisos. A nuevos principios.

Caminé a su lado mientras guiaban a Lou por el pasillo.

Aunque Claud ya no estaba, su asiento vacío esperaba al lado del mío, y Seraphine cantaba con voz suave una preciosa balada de amor perdido y amor encontrado, mientras Reid esperaba debajo del cenador. *Madame Labelle* estaba a su lado, con los lazos de unión de manos entre sus dedos. Le guiñó un ojo al padre Achille entre el público.

Beau se aclaró la garganta y cada persona (cada humano, bruja, hombre lobo y sirena) se dio la vuelta para mirarnos. Para mirar a Lou, a la que se le quedó el aire atascado en la garganta y cuyas manos se apretaron por instinto sobre Coco y Beau.

—Respira, hermana mía —murmuró Beau—. Solo respira.

«Adelante, Lou. —Aunque no podía verme, no podía oírme, dije las palabras de todos modos y la empujé con suavidad—. Encuentra la paz».

Lou pareció relajarse ante el cálido roce del viento sobre su cara.

Y entonces sus ojos encontraron a Reid y el mundo entero se redujo a esa cegadora conexión que llegaba hasta el alma. Cualquiera podía verla. Todo el mundo podía *sentirla*. Si hubiese estirado una mano en ese momento, creo que habría podido tocarla. Aunque no sabía nada de

patrones mágicos, este hilo que conectaba a Lou y a Reid, esta atracción gravitatoria, esta atracción *cósmica*, era un tipo de magia en sí mismo. Tiraba del uno hacia el otro. Los juntaba. Y los mantendría así.

Él la miró con la sonrisa más brillante y devastadora.

Lou parpadeó al verla, su propia sonrisa un poco aturdida, un poco asombrada, mientras Reid la admiraba en su vestido color marfil, sus largas mangas, las preciosas flores sobre su largo pelo suelto. La cicatriz de las rosas en su cuello. El sol veraniego había vuelto a dorar su piel, bruñía las pecas sobre su nariz. Cuando Reid dio un paso al frente para tomarla de la mano, rozó esas pecas con los labios en un intento por besar cada una.

—¿Ves algo que te guste? —le murmuró al oído. Ella lo miró con admiración.

—Hagamos esto rapidito.



Sus votos no fueron tradicionales. Esta vez, no. Tampoco su ceremonia. Terminó justo cuando el sol tocó las montañas, y su luz dorada alargó las sombras del bosquecillo. Empezaron a aparecer luciérnagas, como guiños de luz. Siempre curiosos, los *feux follets* vinieron después, su resplandor tenebroso iluminó un sendero entre los árboles nudosos. Dos veces, Beau se llevó a una inquisitiva Gabrielle lejos de ellos, para gran indignación suya.

—¡Serás pesado, hermano! ¡Solo quiero *verlos*!

Sus protestas apenas se oían por encima de la música.

Varias brujas más habían hecho el trayecto desde el castillo con mandolinas, laúdes y liras debajo del brazo. Otras habían traído vino. De hecho, la mayoría de las que se habían quedado en Château le Blanc estaban ahora

reunidas en la arboleda, curiosas y precavidas. Aunque mantenían las distancias con Jean Luc y el padre Achille, y también con Elvire y Blaise, nadie levantó ni un dedo contra ellas. Toulouse incluso consiguió engatusar a una bonita bruja joven para que bailara con él. Otra le pidió a Liana un baile.

No costó mucho que las demás hicieran lo mismo.

Excepto Lasimonne, que, al grito de «¡Tiene *cuatro patas!*», se dedicó a perseguir a Melisandre con una fascinación abyecta. La gata bufó y maulló y echó a correr hacia la seguridad del castillo. Tras poner los ojos en blanco, Elvire continuó examinando las flores, e incluso le dio un bocadito tentativo a una peonía. Pan le dio un manotazo, horrorizado.

—No —dijo en tono severo, meneando el dedo—. Desde luego que no, *ma douce*. Tú vienes a Cesarine y yo te horneo algo dulce, ¿sí?

Me di la vuelta y observé a Coco y a Beau bailando durante un largo momento agridulce. Él dijo algo para hacerla reír, reír *de verdad*, el tipo de risa que transformaba su cara entera. El sonido tenía a Beau embelesado. La hizo girar más cerca la siguiente vez, su atención cautivada por la expresión de Coco. Empapándose de su imagen.

—Sabía hacer más cosas que navegar cuando tenía tres años —le dijo en tono imperioso—. Sir D'Artagnan Delmore le Devere me enseñó a bailar en cuanto aprendí a andar.

Por desgracia, eligió ese momento justo para hacerla girar directamente contra Jean Luc y Célie. Jean Luc compensó el impacto sin despeinarse, hizo girar a Célie hacia fuera con una mano mientras agarraba a Coco por la cintura con la otra. Beau, que había resbalado al chocar, se tambaleó contra un tocón y casi perdió pie. Jean Luc sonrió con suficiencia.

—Sir D'Artagnan Delmore le Devere es mi padrino, majestad.

Coco se desternillaba de risa.

Deseé que no dejara de reír jamás.

Y en el centro de todo ello, Lou y Reid giraban y giraban con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes. Cuando Lou pisó a Reid por tercera vez, achispada por la bebida, él la levantó en brazos y la hizo dar vueltas y vueltas y más vueltas hasta que Lou aulló de alegría. Echó la cabeza hacia atrás y lo urgió a que fuera más deprisa. Reid no se tropezó ni una sola vez, no perdió su agarre ni una sola vez.

Incluso se unió a ella cuando empezó a cantar a voz en grito «Big Titty Liddy». Aunque ambos cantaban fatal, todos los presentes aplaudieron sus esfuerzos cuando terminaron y Lou hizo una reverencia dramática. Con las mejillas rojas, Reid se rio entre dientes e intentó alejarse, salir de los focos, pero Lou tiró de él otra vez.

—¿No ha estado *maravilloso*? —Graznó las palabras con orgullo y se rio a carcajadas cuando él se puso aún más rojo. *Madame* Labelle silbó del brazo del padre Achille—. Que todo el mundo le diga lo maravilloso que es. Decidle lo *impresionante* que ha estado.

Reid sacudió la cabeza, pegó a Lou con firmeza a su costado y la arrastró hacia el tocón más cercano.

—Me estás avergonzando, mujer.

—Mira lo rojo que te has puesto. —Lou estalló en carcajadas de nuevo y pasó los brazos alrededor de la cintura de Reid—. Ya verás en la luna de miel. Esos maravillosos días en los que te tendré todo para mí.

Reid se rio.

—Lo creeré cuando lo vea. Tus hermanas no son capaces de dejarte en paz más de una hora.

—Por eso nos iremos del Château.

Reid arqueó una ceja.

—Oh.

—*Oh* —confirmó ella, como si tal cosa—. Hay una pequeña cabaña en la playa. Pertenece a mi abuela. La he limpiado para nosotros. —Restregó la nariz contra su pecho, de un modo muy parecido a su gata—. Coco puede dirigir el castillo sin mí.

Reid se encogió de hombros, con la comisura de su boca todavía curvada hacia arriba.

—Supongo que tienes razón. Es mucho más diplomática.

—*¿Perdona?* —Lou le dio un codazo en las costillas con fingida indignación. Levantó la voz para que los otros la oyeran—. ¿Debería contarles lo del *impresionante* tamaño de tus pies? ¿Y lo de esas *maravillosas* cosas que sabes hacer con la lengua?

Reid llegó a plantarle una mano delante de la boca.

Los dos se desternillaron de risa, con los hombros sacudiéndose, mientras una anciana marchita entraba renqueando en el bosquecillo.

Yo no la reconocí, pero estaba claro que los otros sí: Lou y Reid se enderezaron, Coco y Beau se quedaron paralizados, e incluso Célie se acercó a Jean Luc. Aunque ninguno de ellos parecía realmente alarmado, junto con la mujer se había materializado una clara corriente de tensión. Curiosamente, Zenna sonrió.

—¡Hola, queridines! —Varios brazaletes tintinearón en la muñeca de la mujer cuando saludó con la mano, toda alegría, ajena a su menos que cálida bienvenida. Sus vestiduras escarlatas ondearon a su alrededor—. ¡Qué tarde más *sublime* para una boda! Y es verdad que no habrías podido elegir un lugar más providencial.

—*Madame Sauvage*. —Reid lanzó una rápida mirada nerviosa hacia Coco, Beau y Célie. Su siguiente palabra sonó como una pregunta—. Bienvenida.

—¿Cómo ha encontrado este sitio? —Lou había entornado los ojos.

—Ah. —*Madame* Sauvage tomó las manos de Lou en las suyas y les dio un beso—. Enhorabuena, querida mía, por tus recientes nupcias. Parece que me he perdido una velada bastante encantadora, y vosotros, a vuestra vez, os habéis perdido mi adorable compañía. —Sus ojos velados se demoraron en la bruja con la mandolina—. Confío en que hayas proporcionado la designación correcta esta vez. Nada de ese rollo de *Larue*.

Lou frunció el ceño aún más, pero no hizo nada por retirar sus manos.

—¿Cómo sabe eso?

Madame Sauvage hizo caso omiso de la pregunta y optó por volverse hacia Reid. Le dio un pellizco en la mejilla.

—¿Y tú, joven? ¿Has plantado esas semillas como prometiste?

—Yo... —miró a Lou otra vez, más asustado ahora que antes—. Lo siento, *madame* Sauvage, pero... las he extraviado.

—¿Quieres decir que las has *perdido*? —Cuando Reid asintió, ella chasqueó la lengua con desilusión. Me acerqué un pelín para estudiar su cara. Parecía... familiar, de algún modo. Como si la hubiese visto antes. Y su desilusión (miré a mi alrededor sin estar muy seguro) parecía fingida. Zenna todavía sonreía detrás de nosotros, y esa sonrisa se había contagiado a Seraphine, Toulouse y Thierry. *Madame* Sauvage les guiñó un ojo—. Bueno, *monsieur* le Blanc, ¿cómo crees que deberíamos continuar? Hicimos un *trato*, ¿recuerdas?

Reid asintió muy serio.

—Le conseguiré otra perla, *madame*. Lo prometo.

—Ya prometiste... —*Madame* Sauvage desenroscó los dedos despacio para revelar un puñado de semillas en la

palma de sus manos—. plantar las semillas.

Todos las miramos, pasmados.

—¿Cómo ha...? —empezó Reid.

Los ojos oscuros de *madame* Sauvage centellearon. Depositó las semillas en la palma de la mano de Reid.

—Un lugar providencial, en verdad. Si las plantas, si las *cuidas*, crecerán. —Como Reid no se movió, y se limitó a estudiar las semillas con abierta suspicacia, *madame* Sauvage le clavó un dedo en el pecho—. Bueno, venga, ¿qué esperas? ¡Hazlo ahora! No me voy a hacer más joven.

—No tengo *pala*.

Con un suspiro de impaciencia, Lou agitó la mano y las semillas salieron volando en una repentina ráfaga de magia. Se desperdigaron por todo el bosquecillo. Al segundo siguiente, se enterraron en el suelo por voluntad propia.

—Ya está. —Entrelazó el brazo con el de Reid de mal modo—. ¿Estamos en paz? ¿Hemos cumplido nuestra parte de este ridículo trato?

A modo de respuesta por parte de *madame* Sauvage, brotaron árboles del suelo.

Perales.

Treparon hacia el cielo a toda velocidad. Brotaron flores blancas y luego cayeron para dar paso a unos frutos verdes y duros. Una docena en total; un árbol por cada semilla plantada. Lou soltó una exclamación mientras Reid miraba pasmado, Beau daba un salto hacia atrás y *madame* Labelle alargaba un brazo, incrédula, para tocar uno de los frutos más bajos. Sacudió la cabeza y se volvió para encararse con la anciana.

—¿Quién es usted?

Madame Sauvage hizo una reverencia y lanzó una mirada significativa a Lou.

—Una amiga.

Dio media vuelta sin decir una palabra más y, tan súbitamente como había llegado renqueando a nuestra presencia, se alejó igualmente renqueante, dejando a su paso solo un peculiar aroma a... *tierra*. A hierba fresca, savia de pino y peras. Sin perder la sonrisa, Zenna, Seraphine, Toulouse y Thierry fueron tras ella.

Lou los observó marchar, boquiabierta, hasta que una risa inesperada brotó de su interior. Hasta que se quedó sin respiración debido a la risa. Se giró hacia Reid, lágrimas de alegría perfilaban sus ojos turquesas.

—Ese metido hijo de *puta*.

No oí el resto, porque al borde del bosquecillo *madame Sauvage* se volvió para mirarme a los ojos. *Mis* ojos. Con una sonrisita, hizo un gesto con la cabeza hacia algo detrás de mí.

—Ansel.

Entonces me giré. Esa voz, esa presencia. Las reconocí de manera innata como mías.

Había dos figuras en el sendero que bajaba de las montañas. El pelo y la mandíbula de él eran los míos. Los ojos y la piel de ella, también.

—¿Estás listo, cariño? —La mujer me ofreció una mano aceitunada y su sonrisa... era tan cálida como siempre lo había soñado. Tan cálida como esta noche de verano.

—Ese niño ha preguntado por ti otra vez —dijo el hombre. Pasó un brazo por los hombros de la mujer—. Etienne.

Unas mariposas aletearon al oír el nombre.

Por voluntad propia, mis pies se encaminaron hacia ellos, y mis labios se curvaron en una sonrisa. No obstante, no pude evitar lanzar una última mirada. A Lou, a Reid, a Coco, a Beau. Paseaban entre los perales, palpando cada tronco, poniendo a prueba las hojas. Se reían de sí mismos, junto con Terrance, Liana y Manon.

Si las plantas, si las «cuidas», crecerán.

Mi sonrisa se ensanchó. *Madame* Sauvage había desaparecido para dejar que siguieran viviendo su vida.

Tomé la mano de mi madre e hice otro tanto.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una gran deuda con mucha gente, no solo por la creación de este libro, sino también por la creación de toda esta saga. Para ir directamente al grano, el más importante eres *tú. El lector o la lectora. Gracias* parece una palabra demasiado común para transmitir mi gratitud, pero en realidad no existen palabras para describir la emoción que siento en el pecho cuando pienso en cuán amables habéis sido todos, cuán entusiastas. Aunque la pandemia golpeó justo pocos meses después de la publicación de *Asesino de brujas 2: Los hijos del rey*, todos vosotros os habéis desvivido por apoyar estos libros. Las preciosas fotos, ilustraciones, cosplays, canciones, cortos... se me hace un nudo en la garganta solo de pensar en ellos ahora mismo. Los últimos tres años han cambiado mi vida, y los lectores también sois grandes culpables de ello. En nombre de Lou y de Reid, de Coco, Ansel y Beau, y *de mí misma*, gracias, gracias, *gracias*.

Jordan, te lo he dicho un millón de veces, pero te lo diré de nuevo: jamás hubiese podido escribir este libro sin ti. Cuando otros escritores me piden consejo, suelo decirles que encuentren lo que les gusta y se lancen a ello sin pedir disculpas. Tú me das permiso para seguir mi propio consejo. Este libro (*todos mis libros*) no contendría ni la mitad de cosas ingeniosas, ni la mitad de besos, ni la mitad de *diversión*, sin tu aporte. ¿Eres mi musa? Es probable. Te quiero hasta la Luna y hasta Saturno.

RJ, Beau, James y Rose, las palabras jamás serán capaces de transmitir la profundidad de mi amor por vosotros. Esta fecha de entrega podría haber sido una losa, pero no lo fue. Gracias por vuestra paciencia. Gracias por vuestra comprensión. Gracias por vuestro amor, respeto y apoyo mientras, todos juntos, perseguimos nuestros sueños más locos. Zane y Kelly, y Jake, Brooke, Justin, Chelsy y Lewie, no tenemos la posibilidad de elegir a nuestra familia, pero incluso si la tuviésemos, os elegiría a vosotros de todos modos. Gracias por ser mi roca colectiva. Os quiero a todos más de lo que podéis imaginar.

Jordan, Spencer, Meghan, Aaron, Adrienne, Chelsea, Courtney, Austin, Jamie, Josh, Jake, Jillian, Aaron, Jon y Kendall, sois mis personas favoritas en este mundo y vuestro apoyo incondicional a mí y a mis libros no tiene precio. No me merezco a ninguno de vosotros. Katie, Carolyn, Isabel, Kristin, Adrienne, Adalyn y Rachel, hay algo muy especial en los amigos de escritura que se convierten en amigos en la vida real, y yo no podría sentirme más honrada de llamaros así.

Sarah, me siento increíblemente agradecida de tener una agente tan cálida y accesible en mi esquina. Erica, editora extraordinaria, no puedo darte las gracias lo suficiente por tu paciencia sin fin y tu infalible visión para esta saga. (¡Y prometo que cumpliré mi siguiente fecha límite! ¡Lo prometo!). Stephanie Guerdan, ha sido maravilloso trabajar contigo. Alexandra Rakaczki y Jessica White, agradezco mucho vuestra vista de lince y también ¡os prometo que no habrá ninguna Célie ni ningún Philippe en mi próximo libro! Allison Brown, gracias por todo el tiempo y la energía que has dedicado a esta saga. Jessie Gang y Alison Donalty, estas cubiertas siguen volviéndome loca; atribuyo gran parte del éxito de la saga a vuestra destreza y a la de Kart Phart. Rachel Horowitz, Sheala Howley y Cassidy Miller, así

como Sophie Kossakowski, Gillian Wise, Sam Howard, Karen Radner y todo el equipo de ventas, gracias por trabajar detrás de los focos para hacer estos libros tan exitosos.

Mitch Thorpe, Michael D'Angelo, Ebony LaDelle, Audrey Diestelkamp y todo el equipo de Epic Reads, sois todos estrellas del rock. En serio, no puedo agradecerlos lo suficiente vuestro entusiasmo y apoyo a esta saga, así como los recursos y las oportunidades que proporcionáis.



SHELBY MAHURIN nació en la zona rural de Indiana (EE.UU.). Escritora de libros para jóvenes adultos, debutó en los más vendidos del *New York Times* con su novela *La bruja blanca*, primer libro de la trilogía *Asesino de brujas*.